Natsume Sōseki

Soy un gato

Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés



«Soy un gato, aunque todavía no tengo nombre.» Así comienza la primera y más hilarante novela de Natsume Soseki, una auténtica obra maestra de la literatura japonesa, que narra las aventuras de un desdeñoso felino que cohabita, de modo accidental, con un grupo de grotescos personajes, miembros todos ellos de la bienpensante clase media tokiota: el dispéptico profesor Kushami y su familia, teóricos dueños de la casa donde vive el gato; el mejor amigo del profesor, el charlatán e irritante Meitei; o el joven estudioso Kangetsu, que día sí, día no, intenta arreglárselas para conquistar a la hija de los vecinos. Escrita justo antes de su aclamada novela Botchan, Soy un gato es una sátira descarnada de la burguesía Meiji. Dotada de un ingenio a prueba de bombas y de un humor sardónico, recorre las peripecias de un voluble filósofo gatuno que no se cansa de hacer los comentarios más incisivos sobre la disparatada tropa de seres humanos con la que le ha tocado convivir.

Natsume Sosuke

Soy un gato

ePUB v1.0
Percas 14.06.11

Capítulo 1

Soy un gato, aunque todavía no tengo nombre. No sé dónde nací. Lo primero que recuerdo es que estaba en un lugar umbrío y húmedo, donde me pasaba el día maullando sin parar. Fue en ese oscuro lugar donde por primera vez tuve ocasión de poner mis ojos sobre un espécimen de la raza humana. Según pude saber más tarde, se trataba de un ejemplar de lo más perverso, un *shoshei*, uno de esos estudiantes que suelen realizar pequeñas tareas en las casas a cambio de comida y de alojamiento. En algún sitio he escuchado incluso que, en ocasiones, esos crueles individuos nos dan caza y nos guisan, y luego se nos zampan. Aunque he de decir que, debido quizás a mi ignorancia y a mi poca edad, no sentí nada de miedo cuando lo vi. Simplemente noté que el *shoshei* en cuestión me levantaba por los aires en la palma de su mano, y que yo me sentía flotar. Una vez me acostumbre a esta novedosa perspectiva, tuve ocasión de estudiar tranquilamente su rostro. El sentimiento de extrañeza todavía permanece en mí hoy en día. En primer lugar hablaré de su cara: por lo que yo sabía, las caras de todo bicho viviente suelen estar cubiertas de pelo. Sin embargo, la suya estaba lisa y pulida como la superficie de una tetera. He conocido a lo largo de mi vida a muchos gatos, de orígenes diferentes, pero ninguno tenía una deformidad como la de ese tipo. Pero no sólo era eso. Había más. El centro de su rostro estaba ocupado por una enorme protuberancia, con dos agujeros en medio por los que, de vez en cuando, emanaban pequeños penachos de humo; algo que consideré ciertamente sofocante y fastidioso. Durante un rato me sentí enfermar por causa de esas asfixiantes exhalaciones. Ha sido sólo recientemente cuando he aprendido que aquel humo era producido por el tabaco, una cosa que, por lo visto, a los humanos les pirra.

Durante un rato estuve bastante cómodo, allí en su mano. Hasta que, de pronto, las cosas empezaron a desarrollarse a una velocidad de vértigo. No sabría decir si era el *shoshei* quien se movía o si era yo, pero, en cualquier caso, noté que empezaba a marearme sin remedio y que el estómago se me revolvía. Estaba ya convencido de que mis días habían llegado a su fin y que el mareo me mataría sin remisión, cuando, de repente, ¡plaf!, sentí un fuerte golpe y mi visión se nubló con miles de estrellas. Mi discernimiento, claro hasta ese momento, se nubló. A partir de ahí, por muchos esfuerzos que haga, no me acuerdo de nada.

Al volver en mí, el *shoshei* había desaparecido; tampoco había ni rastro de ninguno de mis numerosos hermanos. Ni de mi madre, que hasta entonces había sido la persona más importante de mi vida. Cuando me desperté del todo, descubrí que estaba en un sitio aterrador. Comparado con mi antigua madriguera, aquel lugar estaba excesivamente iluminado. De hecho era tan cegador que los ojos me dolían, hasta el punto de que apenas podía mantenerlos abiertos. ¿Qué me estaba

sucediendo? Comencé a arrastrarme como pude, intentando salir de allí, pero la experiencia fue de lo más dolorosa. Al parecer, me habían sacado súbitamente de la cómoda y caliente cama de paja que compartía con mis hermanos para arrojarme de modo inmisericorde a un pinchoso matojo de bambúes.

Después de muchos esfuerzos, me las arreglé para salir gateando de aquel matorral. Un poco más allá de donde yo estaba, pude divisar un estanque. Me senté al borde del agua, realmente desconsolado. Después de un rato de darle vueltas pensé que, quizás, si empezaba a maullar, el *shoshei* volvería a rescatarme. Pero por mucho que maullaba, nadie venía a en mi ayuda. Pronto empezó a soplar un vientecillo suave, y el cielo comenzó a oscurecerse. Tenía hambre. Por mucho que quisiera seguir maullando, estaba tan débil que la voz no me salía del cuerpo. Decidí que allí estaba perdiendo el tiempo, y que lo que debía hacer era procurarme algo de comida. Comencé a rodear lentamente el estanque, entre grandes dolores y sufrimientos. Tras caminar un rato llegué junto a una valla de bambú. Aquel lugar olía a humano. Tras dar un par de vueltas a la valla, encontré un estrecho agujero por el que me escurrí. Algo me decía que si entraba en aquella propiedad mi vida mejoraría. Ciertamente, el destino me había sonreído: si la valla no hubiera estado rota, podría haberme muerto de hambre y de frío allí mismo, a pocos metros de mi salvación. Descubro ahora lo ajustado que es ese adagio que asegura que lo que tiene que ser será. Hasta hoy, no hay día en que no me escurra por ese agujero para hacerle una visita a mi vecino Mike, el gato tricolor.

Ahora bien, una vez me colé a hurtadillas en la casa, no supe exactamente qué hacer a continuación. Pronto oscureció del todo. Y yo estaba allí, cada vez más hambriento y muerto de frío. Por si fuera poco, comenzó a llover a cántaros. Tenía que decidirme, no podía perder más tiempo. No tenía más alternativa que intentar refugiarme en un lugar más luminoso y cálido. Entonces no lo sabía, pero de hecho ya estaba dentro de la casa, lo cual me brindaba una ocasión inmejorable de observar en su hábitat natural a otros especímenes de la raza humana aparte del *shoshei*. Así fue como conocí a Osan, la criada. Las criadas, como pronto pude comprobar, constituyen una especie aún más violenta que los mismos *shoshei*. Tan pronto como me puso los ojos encima me agarró del pescuezo y me lanzó volando por la ventana. Una vez en el jardín de nuevo, decidí aceptar la situación con estoicismo y me encomendé a la providencia. Cerré muy fuerte los ojos, a la espera de que la noche pasase y la lluvia escampase. Pero el hambre y el frío me superaban. Decidí esperar al momento en que la criada bajase la guardia, para así aprovechar y colarme de nuevo en la cocina. Sin embargo, cada vez que lo intentaba, ella me volvía a coger del pescuezo y me lanzaba fuera de muy malos modos. Puede que el proceso se repitiera cuatro o cinco veces. Ahora que lo pienso, creo que fue entonces cuando comencé a cogerle manía a esta Osan. He de decir, no obstante, que hace unos días pude al fin

desquitarme del agravio y ajustar cuentas con ella, cuando le robé la caballa de la cena. En esas estaba, a punto de ser defenestrado por sexta o séptima vez, cuando por la puerta apareció el que debía de ser el señor de la casa. Empezó a discutir con la criada por el ruido que estábamos montando. Osan me levantó del suelo, me plantó justo frente a las narices del recién llegado y exclamó:

—¡Este gato es un auténtico fastidio! Tan pronto como lo echo a la calle, vuelve a colárseme aquí. Y lo peor es que no me deja en paz con sus maullidos.

El señor, entonces, me escrutó brevemente mientras se retorcía con fruición unos pelillos negros que le salían por sus orificios nasales.

—¡Hum...! En ese caso, dejémosle que se quede —dijo.

Entonces dio media vuelta y se marchó de la cocina. Vaya, aquel caballero parecía un tipo de pocas palabras. La criada, rabiosa, me arrojó de nuevo por los aires hasta que aterricé en el suelo de la cocina. Fue así como hice de esta casa mi guarida.

El señor rara vez se encuentra cara a cara conmigo. He oído por ahí que es maestro. Tan pronto como vuelve a casa de la escuela cada tarde, tiene por costumbre encerrarse en su estudio y no salir de allí durante el resto del día. Todo el mundo en la casa cree que es una persona muy trabajadora. Él mismo finge ser el colmo de la laboriosidad. Pero en realidad no trabaja tanto como los demás piensan. A veces me acerco de puntillas a su despacho para echar un vistazo y casi siempre le pillo durmiendo la siesta. En ocasiones babea encima de algún libro que ha empezado a leer, y que tiene abierto encima de la mesa. Tiene el estómago débil y digestiones difíciles. Su piel es de un color pálido amarillento, sin lustre y carente de vitalidad. No obstante, es un gran glotón. Después de ponerse las botas se toma una dosis de bicarbonato y abre un libro. Cuando ha leído dos o tres páginas le entra un sueño terrible y se queda dormido encima del libro abierto, babeando. En eso consiste su rutina de todas las tardes. Hay ocasiones en las que incluso yo, que soy un simple gato, pienso: «Vaya, pues sí que viven bien los maestros. Si fuera humano me gustaría ser como él, maestro de escuela. Uno puede dormirse cuando quiere y, aun así, siguen considerándote un buen maestro. Así que no le veo yo el problema a ser maestro y gato a la vez». Sin embargo, según el amo, no hay cosa más dura en el mundo que ser maestro. De hecho, cada vez que recibe una visita de sus amigos, no para de quejarse amargamente de esa circunstancia.

En mis primeros días en la casa, creo que no le caía bien a nadie. Excepto al amo, claro está. Allí donde iba no era bienvenido. Nadie quería saber nada de mí. De hecho, hasta hoy ni siquiera se han dignado a ponerme un nombre. Resignado, intentaba pasar todo el tiempo que podía con el amo. Él fue la persona que me acogió. Por las mañanas, mientras él leía el periódico, yo saltaba sobre sus rodillas y me hacía un ovillo. Durante la siesta vespertina me sentaba sobre su espalda, no porque sintiera un cariño especial por él, sino porque no me quedaba otra alternativa.

Además, tras hacer varios experimentos, decidí que lo mejor sería dormir también por las mañanas encima del recipiente para cocer arroz, por la tarde a los pies del brasero, y fuera, cuando hace buen tiempo, en la galería. Pero lo que más me gustaba era deslizarme entre las sábanas de la cama de las niñas y acurrucarme junto a ellas. El maestro tiene dos niñas; una tiene cinco años y la otra tres. Tienen su propia habitación y comparten cama. Siempre dejan algo de espacio entre sus pequeños cuerpecitos, así que suelo arreglármelas bastante bien para colarme entre ellas con gran sigilo. Aunque si, por desgracia, alguna se despierta en plena noche, entonces empiezan los problemas. Se me ha olvidado decir que ambas son un poquito antipáticas, especialmente la pequeña. En cuanto se les da ocasión, se ponen a chillar sin importarles la hora:

—¡El gato, que ha venido el gato!

Entonces, invariablemente, el dispéptico de la habitación de al lado se despierta y viene a toda prisa, arrastrando los pies y rezongando. A consecuencia de esos incidentes nocturnos, el amo suele ponerse de bastante mal humor, y creo que nuestra relación se resiente cada vez que lo hago venir a reprenderme en plena madrugada. El otro día, sin ir más lejos, me dio unos azotes en el trasero con su regla reglamentaria de madera.

Viviendo como vivo entre humanos, he de decir que cuanto más los observo más obligado me siento a constatar su egoísmo. Eso es cierto especialmente en lo que se refiere a esas niñas maléficas con las que duermo. Cuando se les antoja, me ponen cabeza abajo, me tapan la cara con una bolsa de papel, me lanzan por ahí y a veces hasta me encierran en el fogón de la cocina. Pero, como sea a mí a quien se le ocurra hacer una travesura, por pequeña que ésta sea, no duden que la casa entera se unirá para perseguirme por todas partes hasta darme caza. El otro día, sin ir más lejos, estaba yo afilándome tranquilamente las uñas en el *tatami* [1] del cuarto de invitados. Entonces entró la señora, y cuando vio lo que estaba haciendo empezó a dar gritos. Estaba tan indignada que creo que mientras siga viva ya no me dejará volver a entrar jamás en la habitación. Aunque me viera tiritando en el suelo de madera de la cocina, ella indiferente. La señorita Shirokun, la gata blanca que vive enfrente y a quien tanto admiro e idolatro, suele decirme cada vez que nos vemos que no hay criatura viviente tan despiadada como el ser humano. El otro día, sin ir más lejos, dio a luz a cuatro preciosos gatitos. Pero no habían pasado ni tres días cuando el *shoshei* de su casa los agarró a todos y los tiró al estanque que había al lado de su casa. Shirokun me narró toda la escena entre lágrimas, y me aseguró que si queríamos aspirar a disfrutar de algo de vida familiar, era imprescindible que nosotros, los felinos, entabláramos una guerra total y sin cuartel contra los humanos. Nuestra única alternativa era exterminarlos, acabar con ellos y con su raza entera, así de sencillo. Me pareció una propuesta bastante razonable, a la luz de los acontecimientos. Por su parte, Mike, el

gato tricolor que vive en la casa de al lado, también está bastante indignado con los humanos, aunque por motivos diferentes a Shirokun. Según él, los humanos vulneran constantemente nuestros derechos de propiedad. Hay que decir que entre los de nuestra especie se da por sentado que el primero que halla algo abandonado, ya sea la cabeza seca de una sardina o las tripas de un mújol, adquiere de inmediato el derecho a zampárselo. Cuando alguno de nosotros hace caso omiso de esa regla y se apropia de lo que no es suyo, entonces es incluso lícito recurrir a la violencia. Sin embargo, éste es un concepto que se les escapa a los humanos. De hecho, tengo comprobado que cada vez que encontramos algo bueno que llevarnos a la boca, invariablemente viene un humano y nos saquea. Confiados en su fuerza bruta, los humanos nos roban sin ningún tipo de pudor las cosas de comer que por derecho nos pertenecen. Shirokun vive en casa de un militar, y Mike en la de un abogado. Pero yo, como vivo en la de un maestro, no me tomo estas cosas tan en serio como ellos. Yo me conformo con vivir el día a día. Cuantos menos sobresaltos, mejor. Pero les juro que los humanos no se saldrán con la suya eternamente. Tenemos que ser pacientes. Llegará un día, y espero que no tarde mucho, en que los gatos dominaremos el mundo.

Y ahora que hablamos de lo egoísta que es la gente, déjenme que les cuente algo que le ocurrió a mi amo. Esta anécdota servirá para demostrar que ni él está libre de ese horrible defecto, por lo demás tan humano. Pero antes permítanme indicarles un hecho que creo que aclarará bastante la situación. Hay que decir que mi amo carece totalmente de talento para superar el aprobado raspado en cualquier actividad que emprenda. A pesar de todo, no puede abstenerse de intentar que las cosas le salgan, sea cual sea el precio que tenga que pagar por ello. De vez en cuando escribe haikus [2] de lo más arcaicos y los envía a la revista Hototoguisu; [3] también escribe poesías en estilo moderno y se las manda a Myójó [4] hace poco puso punto final a una especie de bodrio literario en prosa, escrito en un inglés macarrónico y salpicado de errores garrafales; es conocida su pasión por el tiro con arco; toma lecciones de canto para representar teatro No. [5] Y, en ocasiones, afortunadamente no muchas, se consagra a arrancarle estridentes chirridos a su violín. Siento mucho decir que de ninguna de estas actividades ha conseguido sacar nada en claro. Pero, a pesar de ser dispéptico y estar siempre de mal humor, se entusiasma enormemente cada vez que se embarca en un nuevo proyecto. En una ocasión los vecinos, hartos de sus estentóreos cánticos en el baño, le pusieron el mote de «El Maestro del Retrete». Pero eso a él le trae sin cuidado. De vez en cuando se le puede escuchar por ahí cantando viejas tonadas pasadas de moda, como «Soy Taira no Munemori [6]». Los vecinos, cuando se cruzan con él por la calle, se parten de risa y comentan entre ellos: «Mira, por ahí va Munemori».

Recuerdo que un buen día, aproximadamente un mes después de que yo llegara a casa, el señor entró muy nervioso con un gran paquete bajo el brazo. Yo estaba

intrigadísimo por saber qué habría comprado, y rezaba para que fuese un regalo para mí. Pero resultó que lo que traía era una simple caja de acuarelas, un par de pinceles y unas cuantas láminas de un papel especial llamado «Whatman», o al menos eso me pareció entenderle. Me dio la impresión de que por fin abandonaría la escritura de haikus y los cánticos medievales, y se dedicaría a algo serio: la pintura a la acuarela. En efecto, a partir de ese día, y a lo largo de todos los siguientes sin faltar ni uno en un largo periodo de tiempo, no hizo otra cosa sino encerrarse en su estudio y pintar. Tan entregado estaba a su nueva afición que incluso abandonó su inveterada costumbre de echarse la siesta al mediodía. Sin embargo, una vez daba por concluidas sus obras, a la vista del resultado final, nadie podía decir qué narices era lo que se había propuesto pintar. Aquello no había quien lo entendiera. Probablemente ni él mismo lo sabía. Un día vino a visitarle un amigo suyo, que se decía especialista en Bellas Artes.

—¿Sabes?, pintar es bastante difícil. Cuando lo ves desde fuera parece sencillo. Pero basta que agarres tú mismo los pinceles para darte cuenta de lo complicado que resulta pintar un cuadro —le confesó el maestro. Y a fe que a mi amo no le faltaba razón.

Su amigo, mirando al amo por encima sus gafas de montura dorada, respondió:

—Es natural que te cueste pintar bien, especialmente al principio. Además, es imposible pintar un cuadro sin tener un modelo, sólo con la fuerza de la imaginación. El maestro italiano Andrea del Sarto insistía en que para pintar un cuadro, lo primero que había que hacer era intentar plasmar la naturaleza tal como es. El cielo está plagado de estrellas. En la tierra brilla el rocío mañanero. Los pájaros surcan los cielos. Los animales corretean por las vaguadas. En los lagos nadan los peces de colores. Si uno mira un viejo árbol en invierno, sobre sus ramas verá posados a los cuervos. La naturaleza, amigo mío, es por sí misma un enorme cuadro viviente. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Si quieres pintar un cuadro decente, ¿por qué no intentas primero hacer algún boceto?

—¡Oh, vaya! ¿Así que Andrea del Sarto, el gran maestro italiano, dijo eso? No tenía ni idea. Ahora que lo pienso, no le faltaba razón. De hecho, creo que ha dado en el clavo...

EI maestro ponía cara de estar muy impresionado. Tras las gafas doradas de Meitei se adivinaba una risita burlona.

Al día siguiente, estaba yo, como de costumbre, echándome una siestecita de lo más agradable en la galería, cuando de repente vi cómo el señor salía disparado de su estudio en dirección a donde yo estaba. Me extrañó verlo tan excitado. Algo venía trajinando. Abrí un ojo somnoliento y me pregunté qué diablos estaría haciendo, y a qué venía tanto trajín y tanto misterio. El maestro me miraba con ojo escrutador, y luego se iba a su bloc y dibujaba algo. De pronto me di cuenta: estaba intentando

emular a ese italiano, Andrea del Sarto. No pude evitar echarme a reír: supongo que había empezado a hacer un bosquejo mío animado por el consejo de su amigo. Yo ya había dormido bastante, y tenía unas ganas tremendas de bostezar y de desperezarme; pero como veía al maestro entregado con tanta seriedad a su trabajo, no tuve el valor de moverme. Así que me sumergí en el aburrimiento con gran resignación. Un rato después, una vez terminó de trazar mi silueta, el maestro empezó con mi cabeza. He de reconocer que algunos gatos son auténticas obras de arte. Aun así, no tengo más remedio que confesar que yo no soy lo que se dice una pieza de coleccionista. Sinceramente, no creo que mi cuerpo o mi pelaje o mis facciones sean muy diferentes a los del resto de gatos vulgares y corrientes que en el mundo han sido. Pero, a pesar de todo lo pedestre y prosaico que pudiera ser mi aspecto, pronto comprobé que no existía ni el más mínimo parecido entre mi humilde persona y esa cosa tan extraña que el señor estaba dibujando. En primer lugar, los colores de su cuadro estaban todos equivocados. Mi pelaje, propio de un gato persa, está marcado con manchas en forma de concha sobre un fondo gris pálido amarillento. Eso es un hecho objetivo, por encima de cualquier argumento que se quiera arrojar sobre el asunto. Sin embargo, el color que el maestro había empleado en su cuadro no era ni amarillo, ni negro, ni gris, ni marrón; ni siquiera era una mezcla de esos cuatro colores a la vez. A lo sumo, se puede decir que lo que había utilizado era «una especie de color». Es más, por alguna extraña razón, la cara que él había dibujado representándome a mí carecía de cuencas oculares. Podría pensarse, en su descargo, que estaba pintando a un gato dormido, pero, en cualquier caso, como ni siquiera era posible encontrar en su dibujo ni una pista de dónde estaban localizados mis ojos, no quedaba muy claro si lo que estaba dibujando era un gato durmiendo o más bien un gato ciego de nacimiento. Me dije para mis adentros que algo así no debería permitírsele ni siquiera al mismísimo Andrea del Sarto. Otro asunto diferente era la admiración que sentía por la implacable determinación de mi amo. Me atrevo a decir incluso que si hubiera dependido de mí, habría mantenido mi pose todo el tiempo necesario. Pero lo cierto es que la naturaleza me reclamaba desde hacía ya un buen rato. Los músculos del cuello se me habían dormido y sentía un aguijoneo de lo más desagradable recorriéndome todo el cuerpo. Cuando el hormigueo alcanzó un punto que podría calificar de insoportable, me vi obligado a reclamar mi libertad. Estiré las patas delanteras todo lo que pude, desentumecí el cuello y bostecé abriendo todo lo que pude mi enorme boca. Una vez realizado el ritual completo de desperezamiento, no había ya ningún motivo para seguir allí quieto sin hacer nada. El dibujo del maestro constituía un intento nulo en cualquier caso, así que ahora yo también podía dedicarme a mis propios asuntos en algún rincón del jardín. Movido por estos pensamientos, así como por mi instinto, comencé a alejarme de la galería.

—¡Eh, tú, idiota! —bramó el maestro desde la sala, con una mezcla de lo que

parecía ser cólera y decepción. Tenía el hábito de gritar ese «¡Tú, idiota!» sin parar, pues en realidad no se sabía más insultos. Pero creo que su reacción en ese caso fue de lo más impertinente, además de injustificada. Después «de todo, yo había sido tremendamente paciente posando allí para él, máxime cuando se constataba el pobre resultado de su experimento. No me suele desagradar recibir los inofensivos insultos de mi amo en otras circunstancias, como cuando me encaramo a su espalda, siempre y cuando, naturalmente, mi amo me vilipendie haciendo gala de su buen talante. Pero llamarme idiota así como así era algo excesivo. Eso sí que no. No comprendía que lo único que yo quería era orinar a gusto. Mi cuerpo era mi único amo en esos momentos. Si hay algo que odio en los humanos es que tiendan a crecerse en virtud de su extrema tendencia a la autocomplacencia, confiados como están en su fuerza bruta. A menos que aparezcan sobre la tierra unas criaturas más poderosas y crueles que ellos, no podremos saber hasta dónde podrán estirar, y estirar, y estirar su estúpida presunción antes de que se les rompa.

Cierto es que la vida, en tales circunstancias, puede hacerse perfectamente soportable. Sin embargo, en una ocasión tuve noticia de algunas indignidades humanas infinitamente más deplorables que las que acabo de describir.

Detrás de mi casa hay una pequeña plantación de té. No es un lugar muy grande, pero sí bastante agradable y soleado. Tengo por costumbre dejarme caer por ese pequeño huerto cuando necesito reafirmarme moralmente, cuando las niñas están haciendo tanto ruido que no puedo dormir a gusto, o cuando el aburrimiento me indispone. Un día, en pleno veranillo de San Martín, a eso de las dos de la tarde, después de una apacible siesta, me desperté y decidí que tocaba hacer un poco de ejercicio. Me entretuve un buen rato olfateando una por una las raíces de las plantas de té, y me llegué hasta la valla del cedro que quedaba en la parte más occidental de la plantación. Había un enorme gato negro dormido sobre una cama de crisantemos. Las flores se doblaban bajo el peso de su cuerpo. No pareció darse cuenta de que me acercaba, o al menos no mostró ningún tipo de reacción. En cualquier caso, allí estaba, acostado todo lo largo que era, roncando ruidosamente. Estaba realmente sorprendido del atrevimiento que mostraba durmiéndose tan despreocupadamente en un jardín ajeno. Era negro como el carbón. El sol del mediodía derramaba sobre él sus más brillantes rayos, y parecía como si de su pelo resplandeciente se desprendiesen llamas invisibles. Tenía un físico imponente. Un físico que uno diría propio del Emperador del País de los Gatos. Fácilmente me duplicaba en tamaño. Absorto y lleno de curiosidad y admiración por aquel soberbio ejemplar, me olvidé completamente de mí mismo. El viento suave y apacible de aquel veranillo movía dulcemente la rama de una paulonia, que asomaba por encima de la valla de cedro, y unas cuantas hojas cayeron sobre los crisantemos. El Emperador de los Gatos abrió de pronto sus grandes y redondos ojos. Todavía lo recuerdo como si fuera hoy.

Brillaban más que dos cristales de ámbar, esa joya tan apreciada por los humanos. No movió ni un músculo. Lanzó sobre mi diminuta frente un rayo de luz salido de la enorme sima de sus cristalinos y dijo:

—¿Quién demonios eres tú?

Sus palabras me parecieron poco elegantes para tratarse de un Gran Rey, pero su voz era tan profunda y llena de fuerza que podría haber atemorizado incluso a un perro de presa. Me estremecí de puro miedo, pero pensé que sería poco civilizado no atender a su pregunta, así que respondí con una falsa sangre fría y una voz tan impostada como pude.

—Soy un gato. Todavía no tengo nombre.

Mi corazón latía tan fuerte que parecía que en cualquier momento se me iba a salir del pecho. Con un enorme desdén, el gato negro respondió:

—¿Tú, un gato...? Me sorprende que lo seas. Bien, ¿de dónde diablos has salido?

Vaya un gato mal hablado, pensé yo.

—Vivo aquí al lado, en la casa del maestro...

—Eso me parecía a mí. Por eso estás tan raquítico, ¿no?--Su discurso era vehemente. Se notaba que le gustaba mandar.

A juzgar por su forma de dirigirse a mí, se podía deducir que no era un gato de origen distinguido precisamente. Pero, por su aspecto, parecía próspero y bien alimentado, casi obeso en su grasienta corpulencia. Me vi obligado a preguntarle:

—¿Y tú, quién eres?

—¿Yo? Parece que no me conoces... Yo soy Kuro, el gato del carretero. Mi amo tira de un *rickshaw* —respondió con altanería. Su voz rezumaba orgullo.

¡Kuro, el del carretero! Este gato era de sobra conocido en el vecindario por ser un matón. Como bien se podía esperar de alguien que ha crecido en el garaje de un carretero, era fuerte pero bastante maleducado. De ahí que pocos de nosotros nos mezclásemos con él. Nuestra política consistía en mantener una prudente distancia. Al oír su nombre me temblaron las patas, pero al mismo tiempo quería mostrarme desdeñoso con él, a fin de que no me perdiera el respeto. Para comprobar hasta qué punto aquel gato era un ignorante y un necio, le pregunté:

—Y hablando de nuestros amos, ¿tú quién crees que es más respetable? ¿El carretero o el maestro?

—Bueno, el carretero tiene más fuerza, naturalmente. Si no, fíjate en el tirillas de tu amo. No es más que pellejo y huesos.

—Tú, como buen gato de carretero que eres, pareces muy fuerte. Compruebo que comes bien en tu casa.

—Bueno, lo cierto es que encuentro comida allá donde voy. Tú podrías hacer lo mismo en lugar de estar todo el día perdiendo el tiempo por ahí. ¿Por qué no te vienes conmigo? En un mes estarás tan gordo y enorme que no te reconocerían ni en tu casa.

—En cuanto se me presente la ocasión no dudes que me iré contigo de aventuras. Pero, dado que insistes en que entremos en comparaciones, a mí me parece que la casa del maestro es más grande que la del carretero, se mire por donde se mire.

—¡Pero mira que eres simple! Por muy grande que sea una casa, eso no ayuda a llenar una barriga vacía.

Parecía bastante molesto, la verdad, por mis apreciaciones. Estiró brutalmente las orejas como si fueran tallos puntiagudos de bambú, pegó un salto y desapareció.

Fue así como tuve conocimiento de la existencia de Kuro, y desde aquel día han sido muchas las ocasiones en las que hemos paseado por ahí juntos. Cada vez que nos encontramos él se expresa igual de bruscamente que aquel primer día. No obstante, qué vas a esperar del gato de un carretero. Fue él, precisamente, quien me contó ese deplorable incidente al que antes hacía referencia.

Un día estábamos Kuro y yo tomando el sol en el huerto del té, como teníamos por costumbre. Hablábamos de esto y de lo otro, y nos contábamos las mismas aventuras de siempre como si fueran nuevas. De repente, Kuro se quedó pensativo y me preguntó:

—Dime, ¿cuántos ratones has cazado en tu vida?

He de decir que, si bien mi entendimiento es más selecto y profundo que el de Kuro, debo admitir que mi fuerza física y mi coraje no son nada comparados con los suyos. O, lo que es lo mismo, esta pregunta, hecha a quemarropa, me dejó, naturalmente, algo anonadado. Sin embargo, un hecho es un hecho, y uno debe afrontar la verdad con valentía. Respondí: —En realidad, no hago más que pensar en que algún día tendría que decidirme. Pero, a día de hoy, todavía no he tenido oportunidad de cazar ninguno.

Kuro se rió a carcajadas, agitando sus largos bigotes. Como todos los fanfarrones, tenía su punto débil. Si aparentabas escuchar con atención sus historias, automáticamente se mostraba más dócil y manejable. Desde la primera vez que nos cruzamos me di cuenta de esa debilidad suya, y supe cómo había que tratarle. Por eso pensé que no era conveniente seguir defendiéndome. Sería más prudente esquivar simplemente el asunto, induciéndole a vanagloriarse de sus propios logros. Le lancé mi mirada más dócil y le dije:

—Pues me imagino que tú has debido de cazar cientos y cientos de ratones.

No perdió la oportunidad de alardear de sus triunfos:

—Bueno, no tantos. Habrán sido unos treinta o cuarenta. Pero si me dieran la oportunidad, podría hasta con cien o doscientos —contestó triunfante—. Sin embargo, con lo que no puedo es con las comadrejas. Una vez lo pasé fatal con una...

—¿En serio? —respondí con cara de inocente. Kuro parpadeó y siguió con su historia:

—Fue el año pasado. Era día de limpieza general. Mi amo estaba tirado en el

suelo, arrastrándose con un saco de cal, cuando de repente vimos aparecer una comadreja enorme y sucia. No sé de dónde diablos pudo salir esa alimaña...

—¿De verdad? —exclamé tratando de hacerme el sorprendido.

—Recuerdo que me dije a mí mismo: al fin y al cabo, ¿qué es una comadreja sino un ratón bien alimentado? Así que me lancé a perseguirla hasta que al final logré arrinconarla en una zanja.

—¡Bien hecho! —exclamé.

—De eso nada, compañero. Yo ya creía que la tenía acorralada. Pero entonces, al ver que no tenía escapatoria, la comadreja levantó la cola, y sin mediar palabra me lanzó un cuesco de lo más fétido. ¡Vaya peste! Se me pusieron los ojos bizcos, y noté que me entraba un mareo. Naturalmente, la muy guarra logró escapar. Desde entonces, basta con que me nombren a una comadreja para que me entren ganas de vomitar.

En ese momento se llevó la zarpa a la punta de la nariz y se la tapó. Lo sentí por él, así que traté de animarle.

—Pero si se trata de ratones, seguro no se te escapa ni uno, ¿no es verdad? Supongo que por eso estás tan gordo y tan hermoso.

Mis palabras sólo pretendían infundirle ánimo y alimentar su ego, pero extrañamente surtieron el efecto contrario. Kuro bajó la mirada y respondió con un semblante abatido:

—Es deprimente. Por muchos ratones que caces, al final te da lo mismo... Te aseguro que no hay criatura peor en el mundo que el ser humano. Cada vez que cazo un ratón, mi amo me lo confisca y lo lleva al puesto de policía más cercano. Le dan un céntimo por pieza cada vez que lleva uno. Meses hay en los que ha llegado a ganarse hasta un yen, y todo gracias a mí. Y luego ni siquiera es capaz de ponerme una comida decente. ¡La verdad, por cruda que suene, es que los hombres son todos unos ladrones!

A pesar de estar convencido de la supina ignorancia de Kuro, aquello me demostró que aquel zopenco también era capaz de razonar. Por momentos pareció enojarse, y se le comenzó a erizar el pelo de la espalda. Preocupado por la historia que acababa de contarme, pero también por su extemporánea reacción, le di una vaga excusa y me volví cabizbajo a casa. Desde ese día me hice el firme propósito de no cazar un solo ratón. No lo haría ni aunque me lo pusiesen delante. Pero esa decisión no me convirtió ni mucho menos en el subordinado de Kuro a la hora de buscar comida. Soy de los que prefieren llevar una vida muelle. Realmente es más cómodo echarse a dormir tranquilamente que estar por ahí dando tumbos a la caza de la sardina. Puede que el hecho de vivir en la casa de un maestro me haya contagiado el indolente carácter de mi amo. Aunque espero no acabar convertido en un dispéptico, como él.

Y, ya que hablamos del maestro, eso me recuerda que recientemente el señorito parece haberse dado cuenta de su ineptitud en lo referido a hacerse un nombre en el sublime arte de la acuarela. He aquí lo que escribió en su diario con fecha de 1 de diciembre:

«En la reunión de hoy he coincidido con un señor cuyo nombre no recuerdo. Nos ha contado que llevaba una vida muy disoluta, y en verdad aparentaba ser un hombre de mundo. Como a las mujeres les gustan los hombres con ese carácter, creo que es más adecuado decir que se había visto "obligado a llevar una vida disoluta". Escuché que su mujer es una geisha, y es por eso que le envidio. Entre los que critican a los libertinos, muchos carecen de lo necesario para llevar una vida licenciosa. Y muchos que sí lo hacen, no son arrastrados a ello por su propia voluntad. Pues bien, lo mismo me sucede a mí con las acuarelas. Un libertino piensa que sólo hay una persona en el mundo: él mismo. Si admitimos la teoría de que con sólo beber sake en los restaurantes o frecuentando casas de citas uno se convierte en un libertino, también se puede admitir que yo podría llegar a ser un gran pintor a la acuarela con sólo proponérmelo. Pero la sola idea de que mis acuarelas serían mejores con tal de que yo no las pintara, me lleva a concluir que un simple campesino es infinitamente superior a cualquiera de esos hombres de mundo».

Sus observaciones sobre los hombres de mundo me sorprendieron en cierto modo, aunque me parecieron poco convincentes. Confesar que sentía envidia de ese hombre que vivía con una geisha era algo estúpido, e impropio de un maestro. Sin embargo, la apreciación que hacía de sus obras era, ciertamente, justa. En efecto, el maestro era buen juez de su propio carácter, pero mantenía un insoportable aire de vanidad. Tres días más tarde, el 4 de diciembre escribía en su diario:

«Anoche soñé que alguien cogía una de mis acuarelas, desechada por mí a causa de su escaso valor artístico. Colocaba la pintura en un fantástico marco y lo colgaba de la pared. Sintiéndome el gran autor de un cuadro enmarcado, de pronto me di cuenta de que me había convertido en un verdadero artista. Me sentía enormemente agraciado. Me pasaba el día ensimismado disfrutando de mi trabajo, y convencido de que constituía una auténtica obra de arte. Pero de pronto amaneció, desperté y todo se desvaneció cuando comprobé con la luz del sol que el cuadro seguía siendo igual de horrible que cuando lo había pintado.»

Está visto que el maestro parece arrastrar sus reproches sobre sus acuarelas incluso en sueños. El hombre que acepta la carga de los reproches, sea en lo referente a las acuarelas o a cualquier otra cosa, no está hecho de la misma pasta que los pintores y los hombres de mundo.

El día siguiente vino el esteta de las gafas doradas, en inesperada visita. Hacía tiempo que no aparecía por allí. No bien tomó asiento, preguntó:

—Y bien, ¿cómo van esos ejercicios pictóricos? El maestro adoptó un aire

despreocupado y respondió: —Bien. Seguí tus consejos y ahora estoy bastante comprometido con mi obra. Debo decir que cuando uno pinta, empieza a tomar conciencia real de las cosas, de los sutiles cambios de color que hasta ese momento habían pasado inadvertidos. Yo creo que en occidente se ha insistido mucho, incluso históricamente, en la necesidad de retratar la naturaleza tal como es, y de ahí su extraordinario desarrollo. Ya lo decía Andrea del Sarto...

Sin aludir a lo que había escrito en su diario el día anterior, el nuestro continuó explayándose con su cháchara sobre el pintor Italiano. El esteta se rascó la cabeza y dijo entre risas:

—Bueno, en realidad lo del Andrea del Sarto era una historia que me inventé.

—¿Que era *qué*?

—Todo eso sobre Andrea del Sarto, a quien tanto admiras; era un cuento que me inventé para ti. Nunca pensé que te lo tomarías tan en serio.

Las carcajadas no le dejaron continuar.

Yo escuchaba la conversación desde la galería y me imaginaba la siguiente entrada que el maestro escribiría en su diario aquella noche. Este esteta era el tipo de persona cuya máxima afición era reírse de los demás. Aparentó no darse cuenta del impacto que esta historia de Andrea del Sarto había causado en el maestro, y continuó hablando pretenciosamente:

—A veces me invento pequeñas historias para los amigos, pero a veces os las tomáis demasiado en serio. Las situaciones cómicas que esto provoca me parecen verdaderamente interesantes. El otro día, sin ir más lejos, le dije a un estudiante que Nicholas Nickleby, el héroe de la novela de Dickens, aconsejó a Gibbon no escribir en francés su monumental *Historia de la Revolución Francesa* [7] sino hacerlo en inglés y publicarla en ese idioma. Pues bien, ese estudiante, que tiene una memoria prodigiosa, repitió palabra por palabra lo que le dije en una respetable sesión de la Sociedad Literaria Japonesa. Fue todo bastante gracioso, ¿no crees? Pero lo mejor es que en el auditorio habría como unas cien personas y todos le miraban boquiabiertos, absolutamente fascinados por su erudición. Pero escucha, escucha. Todavía tengo una historia mejor. Hace poco estaba en compañía de unos amigos, escritores para más señas, cuando salió el tema de esa novela histórica que acaban de publicar, y que habla sobre los cruzados, ya sabes, *Theophano*, [8] de Aisnworth. Aproveché la ocasión para decir que era un espectacular relato romántico y que la escena en que la heroína muere era el epítome de lo espectral. El hombre que estaba sentado frente a mí, incapaz de pronunciar las tres simples palabras «no-lo-sé», respondió al instante que ese párrafo en concreto del que yo hablaba estaba excepcionalmente logrado. De lo cual deduje que aquel tipo, al igual que yo, nunca había leído el libro.

Mi pobre y dispéptico maestro, con los ojos como platos, dijo:

—Pero si hubiera leído realmente el libro, ¿qué habrías hecho? —El maestro

parecía no preocuparse tanto por lo deshonesto del engaño, como por lo embarazoso de que le pillaran en una mentira. La pregunta dejó a su amigo bastante indiferente.

—Bueno. Si llega a pasar algo así, habría dicho que me había confundido con otro libro. Algo se me habría ocurrido.

Totalmente despreocupado, continuó riéndose a carcajadas.

A pesar de su apariencia refinada y de su atildado rostro adornado con esas gafas de montura de oro, en el espíritu de ese hombre había algo muy parecido al carácter de Kuro. El maestro, mientras tanto, guardaba prudente silencio. Se limitaba a exhalar anillos de humo por sus peludas narices, como si fuera una demostración de su incapacidad para incurrir en las audacias de su amigo. El esteta, por su parte, insinuando con la mirada que no merecía la pena el esfuerzo de seguir pintando, dijo:

—Bromas aparte. La pintura es un arte verdaderamente complicado. Parece que Leonardo da Vinci le dijo en una ocasión a sus alumnos que reprodujeran en sus dibujos las manchas de las paredes de las catedrales. He ahí las palabras de un gran maestro. En un baño, por ejemplo: si observas con detenimiento las señales de la lluvia en las paredes, aparece invariablemente un asombroso diseño, una creación de la Naturaleza misma. Debes mantener los ojos abiertos e intentar aprender de la Naturaleza, querido amigo. Estoy seguro que, si lo intentas, puedes hacer algo interesante.

—¿Ésta es otra de tus bromitas?

—No, te lo aseguro. Es cierto. De hecho, creo que esa mancha que tienes en la pared de tu baño es realmente ingeniosa, no crees? Ésa es la clase de cosas que habría dicho Leonardo da Vinci...

—Sí. Sin duda es una imagen de lo más chocante —afirmó el maestro con cierto reparo. Ahora que lo pienso, sinceramente no creo que hasta ese momento hubiera prestado ninguna atención a la susodicha mancha del baño.

Kuro se ha quedado cojo recientemente. Su brillante pelaje ha perdido fulgor y eso le desluce bastante. Sus ojos, que una vez me parecieron más hermosos que el mismo ámbar, ahora están llenos de legañas. Lo que más llama la atención es su pérdida de vitalidad y lo rápido que se ha deteriorado físicamente. I a última vez que le vi en el huerto del té le pregunté qué tal estaba, y su respuesta fue deprimentemente precisa:

—Estoy harto de que me atufen con su hedor las comadrejas, pero más harto estoy de las palizas que me da el pescadero.

Las hojas de otoño, arremolinadas en dos o tres pisos de color escarlata entre los pinos, han caído como sueños antiguos. Las camelias rojas y blancas cerca de la pila ornamental del jardín pierden sus pétalos; ahora uno blanco, ahora uno rojo, hasta quedarse completamente desnudas. El sol de invierno ya no cubre totalmente la galería de unos seis metros de largo orientada al sur, y cada vez las jornadas son más

cortas. Raro es el día en que no sopla un viento infernal. Mis horas de siesta se están reduciendo de modo drástico.

El maestro sale para la escuela todas las mañanas y tan pronto como vuelve a casa se encierra en el estudio. Le dice a todos sus visitantes que está harto de su profesión. Rara vez pinta. Dejó de tomar bicarbonato, porque, según él, no sirve para nada. Las niñas, esas encantadores criaturas, en cuanto regresan del parvulario cantan canciones tontas, juegan a la pelota y, en ocasiones, me levantan por la cola.

No recibo ningún alimento especialmente nutritivo y, por tanto, no engordo especialmente. Pero me mantengo relativamente en forma y, al menos, estoy sano y no cojeo. No cazo ratones y sigo odiando a Osan con toda mi alma. Nadie se ha dignado todavía a ponerme un nombre, pero tampoco es cuestión de pedir tanto. He decidido quedarme el resto de mi vida en la casa del maestro, aunque sea a condición de seguir sin nombre.

Capítulo 2

Es desde el día de Año Nuevo que he adquirido cierta fama, si bien modesta. Aunque no sea más que un simple gato, me siento muy orgulloso de mi notoriedad.

Aquella mañana de Año Nuevo, el amo recibió una postal de felicitación de un pintor amigo suyo. La parte superior estaba pintada en rojo, la inferior en verde oscuro; y justo en el 1 entro había, pintado a pastel, un animal acurrucado. El amo, sentado en su estudio, miraba el dibujo de arriba abajo una y otra vez:

—¡Qué bonito colorido!

Una vez hubo expresado su opinión de este modo, pensé que ya había dado por concluido el asunto. Pero no. Continuó examinándolo; primero lo miró por arriba, luego por abajo. Para estudiarlo aún mejor retorcía el cuerpo, estiraba los brazos para alejarlo como si fuera un viejo consultando el *Libro de las adivinaciones*, lo giraba hacia la ventana o se lo acercaba hasta que se lo pegaba a las mismas narices. Estaba deseando que terminase con su actuación, pues de tanta gimnasia ya le temblaban las rodillas y yo empecé a temer por mi propio equilibrio. Cuando el último temblor despareció, le oí susurrar con un hilo de voz:

—Me pregunto qué habrá pintado.

Debido a su ciego entusiasmo por los colores de la postal, era incapaz de identificar al animal que había en el centro. Lo cual explicaba sus extraordinarias payasadas. ¿Era realmente el dibujo tan difícil de interpretar? Con imperturbable calma abrí ligeramente los ojos; para mí no había sombra de duda. ¡Era mi vivo retrato! No creo que el autor de la obra se considerara a sí mismo una especie de Andrea del Sarto, como hacía el maestro, pero ciertamente, lo que el artista había plasmado era, en color y forma, perfectamente armonioso. Cualquier imbécil se daría cuenta de que eso era *un gato*. Y su factura era tan hábil, que cualquiera con dos ojos en la cara y un mínimo de discernimiento, afirmaría inmediatamente y sin dudarlo que aquel gato no era otro sino yo mismo. ¡Y pensar que alguien necesita realizar tan dolorosas contorsiones para un asunto tan manifiestamente claro...! Sentí lástima por la raza humana. Me hubiera gustado ayudarle a entender a ese pánfilo que el de la postal *era yo*. En el caso de que fuera demasiado difícil para él comprender ese detalle, al menos me hubiera gustado hacerle ver, simplemente, que lo que había ahí retratado era un gato. Pero como el cielo no ha dotado a los humanos con la habilidad de comprender el lenguaje de los gatos, preferí dejar las cosas como estaban.

Por cierto, me gustaría aprovechar la ocasión para advertir a mis lectores sobre ese hábito que tienen los humanos de referirse a mí con ese desdeñoso tono de voz, como cuando me se refieren a mí como «un simple gato». Los humanos deben de pensar que las vacas y los caballos están fabricados de materia humana desechada, y que los gatos estamos hechos de los excrementos de esas vacas y esos caballos. Estos

pensamientos, analizados desde un punto de vista objetivo, son de muy mal gusto, y bastante frecuentes entre los profesores que, ignorantes de su propia ignorancia, siguen tan felices transmitiendo a sus alumnos sus anticuadas y arrogantes ideas acerca de cuán importante es la especie humana. Esta idea no puede darse por sentada, ni por ello tratar a los gatos de un modo tan brutal. Quizás a un observador poco atento los gatos le parezcamos todos iguales, como copias los unos de los otros en forma y sustancia, como vulgares guisantes en su vaina; incapaces de afirmar nuestra propia individualidad. Pero una vez admitido en los círculos de la sociedad felina, ese mismo observador se dará cuenta de que las cosas no son tan simples como parecen, que ese refrán humano que dice «todos iguales, todos diferentes», es aplicable también al mundo de los gatos. Nuestros ojos, nuestro pelo, nuestras narices, nuestras patas... todo en nosotros es *diferente*. Desde la inclinación de los bigotes o la forma de estirar las orejas, hasta la caída de la cola. Todos estamos claramente diferenciados. En nuestra belleza y en nuestra fealdad, en nuestros gustos y nuestras fobias, en nuestros refinamientos y nuestras groserías; se puede decir con toda justicia que existe una infinita variedad de gatos en el ancho mundo. A pesar de existir entre nosotros unas diferencias tan obvias, los humanos, con su mirada puesta siempre en el cielo en virtud de lo elevado de sus mentes, o de alguna tontería por el estilo, son simplemente incapaces de apreciar esas diferencias externas; así que no hablemos de nuestro carácter, que trasciende con creces su limitada comprensión. Lo cual es una lástima. Entiendo y apoyo la filosofía que se esconde detrás de refranes como «Zapatero a tus zapatos», «Dios los cría y ellos se juntan», o «Cada uno en su casa y Dios en la de todos». Puesto que los gatos, en efecto, son asunto de los propios gatos. Y si alguno de ustedes pretende saber algo sobre nosotros, sólo podrá enseñárselo un gato. Los humanos, a pesar de sus progresos, desconocen todo sobre el tema. Y dado que están menos desarrollados de lo que ellos piensan, les va a resultar difícil llegar a entendernos. En el caso concreto de un individuo tan poco comprensivo como el maestro, mi esperanza en ese sentido es nula. No entiende siquiera que el amor no puede progresar a menos que exista una mutua y completa comprensión entre nosotros. Como una mala ostra, se adhiere a su estudio y nunca abre la boca cuando de lo que se trata es de bregar con el mundo exterior. Verle ahí, fingiendo que es el único destinatario de la iluminación, es motivo suficiente para hacer que los gatos nos partamos de risa. La prueba de que no ha alcanzado nada parecido es que aunque tenga mi retrato delante de sus narices, no se entera, y, no contento con eso, se atreve con comentarios absurdos del tipo:

—Puede que, como estamos en guerra con Rusia, haya pintado un oso. [9]

Estaba yo pensado en todas estas cosas medio adormilado sobre las rodillas del maestro, cuando entró la criada con una nueva postal. Se trataba de una imagen que representaba cuatro gatos europeos puestos en fila, en actitud estudiosa, sosteniendo

plumas o, simplemente, leyendo un libro. Uno de ellos había roto filas y aparecía bailando. Sobre la imagen, escrita en grandes letras con tinta japonesa, había una frase: «Soy un gato». Y en la parte inferior derecha aparecía un *haiku*: «*En días de primavera, los gatos leen libros, o bailan*». La postal era de un antiguo alumno del profesor y su significado me parecía evidente. Sin embargo, mi amo parecía no entender nada. Estaba allí, con los ojos muy abiertos y cara de pasmado. Miró atentamente la postal y dijo para sí:

—¿Será quizás el año del gato?

No se enteraba de que todas esas postales de felicitación eran debidas a mi creciente fama.

En ese momento la criada trajo una tercera tarjeta. Esta vez no había dibujo, pero el remitente había escrito una felicitación de Año Nuevo, tras la que añadía: «*Por favor, le ruego tenga la amabilidad de saludar a su gato*». Así que finalmente, y gracias i un mensaje tan inequívoco, el maestro pareció comprender. Miró al techo y musitó pensativo: «¡Hum!» Al contrario de lo que era habitual en él, en su mirada apareció un atisbo de i espeto y consideración hacia mi persona. Lo que resultaba bastante oportuno teniendo en cuenta que gracias a mi fama, el, hasta entonces un perfecto don nadie, había empezado a gozar de un cierto renombre y reputación.

Justo en ese momento sonó la tintineante campanilla de la puerta. Probablemente una visita que anunciaría oportunamente la criada. Yo no me apartaba en ningún caso de las rodillas del maestro a no ser que se tratara de Umekou, el chico del pescadero. Noté que el maestro miraba con preocupación hacia la puerta, como si hubieran llegado los acreedores. Me di cuenta de que no le gustaba recibir visitas de Año Nuevo y tener que compartir un trago de sake. ¡Qué carácter tan encantador! ¿Hasta dónde puede llegar el egoísmo? Si no le gustaban las visitas, lo que debería haber hecho es salir a dar una vuelta. Pero mi amo carecía de tamaña determinación. Su carácter, propio de una ostra cobarde, cada vez era más acusado. Un instante después apareció la criada y dijo que el señor Kangetsu acababa de llegar. Ese Kangetsu era un antiguo alumno suyo que, después de graduarse, había prosperado hasta lograr una posición superior a la de su antiguo maestro. No sé muy bien por qué, pero cada cierto tiempo aparecía para endilgarle una pequeña charla. En cada una de sus visitas parloteaba y parloteaba sin parar, afectando un espantoso tono de coquetería, sobre si estaba enamorado de esta o de la otra; sobre lo mucho que disfrutaba de la vida, o sobre lo desesperadamente cansado que estaba de ella. Y acto seguido se marchaba. Lo extraño era que el tipo recurriese a un confidente tan anticuado y mustio como el maestro para tratar esos asuntos. Pero aún más extraño era ver como mi amo, cual ostra esquiva, se veía obligado una y otra vez a salir de su concha para comentar las monótonas correrías de Kangetsu, que siempre eran las mismas.

—Siento no haber pasado por aquí antes, pero desde finales de año estoy pero que

muy ocupado y no he encontrado el momento. Y además, por alguna razón mis pies no me han traído hasta aquí... —dijo mientras retorcía un hilo de su *haori*. [10]

—Bueno, ¿y entonces a dónde diablos te han llevado tus pies? —preguntó el maestro con gesto serio al tiempo que estiraba la manga de su *haori* negro, en esta ocasión decorado con el emblema de su familia. El *haori* era de algodón, con las mangas algo cortas. Una parte algo desgastada del forro de seda asomaba por las bocamangas.

—Pues para acá y para allá —respondió Kangetsu riendo. En ese momento me di cuenta de que le faltaba un diente. —¿Qué te ha pasado en el diente? —preguntó el maestro cambiando de tema.

—Oh, no me hable. Hace unos días se me ocurrió la extravagante idea de comerme unas setas...

—¿Qué dices que comiste?

—Setas. Al morder una, no sé cómo, se me partió el diente. —¡Romperse un diente comiendo setas! Vaya. Me parece que te estás haciendo viejo. Es una imagen magnífica para ilustrar un *haiku*, pero, desde luego, no te servirá para enamorar a una chica —señaló el maestro mientras golpeaba suavemente con su mano en mi cabeza.

—¡Vaya! ¿Ese es el gato? Está bastante gordo. Así de fornido no puede con él ni el mismísimo Kuro. Ciertamente es una bestia esplendida —dijo Kangetsu prodigándose en halagos hacia mi persona.

—Sí, se ha puesto bastante grande últimamente —respondió el maestro atusando con orgullo mi cabeza. Yo me sentía halagado pero la cabeza empezaba ya a dolerme.

—Anteanoche celebramos un pequeño concierto —dijo Kangetsu volviendo a su tema.

—¿Dónde?

—Oh, vaya, no merece la pena que se lo diga. Lo más seguro es que no conozca dónde queda. Pero fue bastante interesante: tres violines, acompañamiento de piano... Aunque no éramos muy virtuosos, gracias a los violines todo sonó bastante bien. Dos de las intérpretes eran unas chicas bastante guapas. Pude colocarme entre ellas. Y creo que lo hice bastante bien...

—¡Ya! ¿Y quiénes eran las mujeres? —preguntó el maestro con un deje de envidia. A primera vista, el maestro parece un tipo frío y duro, pero, a decir verdad, no es en absoluto indiferente a las mujeres. En una ocasión leyó una novela occidental en la que un hombre se enamoraba sin remedio de prácticamente todas las mujeres con las que se cruzaba. Otro personaje del libro observaba sarcásticamente que, según un simple cálculo, ese compañero debía de caer rendido ante siete de cada diez mujeres que pasaban por la calle. Al leerlo, el maestro quedó profundamente impresionado. ¿Por qué un hombre tan impresionable como él llevaría entonces una vida de ostra, siempre tan aislado de todo? Es posible que para un simple gato sea

difícil de entender. Algunos hablan de una historia de amor fracasada. Otros aseguran que tiene que ver con su dispepsia y con su falta de osadía y con su pobreza. Sea cual sea la verdad, el asunto tampoco es tan importante. Mi amo no es una persona tan relevante como para resultar determinante en el devenir de este periodo histórico. Kangetsu parecía divertirse con la situación, así que cogió con los palillos un trozo de *kamaboko*, una especie de pasta de pescado cocido, y le pegó un gran mordisco con los pocos dientes que le quedaban. Tuve miedo de que en el proceso se le cayera algún otro incisivo, pero en esta ocasión todas sus piezas dentales permanecieron en su sitio.

—Las dos son hijas de buena familia. No creo que las conozca usted... —respondió fríamente el invitado.

—Sí... —titubeó el maestro incapaz de rematar la frase con un ¡claro!

Kangetsu, consideró que había llegado el momento de marcharse.

—¡Qué tiempo más estupendo! Si no tiene nada mejor que hacer podríamos salir a dar un paseo. Las tropas japonesas han tomado Lushun [11] y la gente en la calle está de lo más animada.

El maestro parecía más interesado en seguir hablando de la identidad de las dos mujeres que en la toma de Lushun, y estuvo a punto de rechazar la invitación. Obligado a tomar una decisión, finalmente se levantó y dijo:

—De acuerdo. Vamos.

Salió con la misma ropa que llevaba puesta. El *haori* era herencia de su hermano mayor, y éste lo había usado al menos durante veinte años. Incluso la seda más resistente es incapaz de aguantar semejante uso. Estaba tan desgastado que a contraluz se le veían las costuras y los parches. El maestro vestía igual en diciembre que en enero, y no seguía la costumbre de cambiarse de ropa para el Año Nuevo. De hecho, no hacía distinción entre la ropa de diario y la del domingo. Cuando salía de casa paseaba por ahí sin importarle lo más mínimo lo que levaba puesto. No sé si era porque no tenía más ropa, o porque le aburría cambiarse. Sea cual sea el caso, no puedo concebir que esa desidia suya en el vestir tuviera algo que ver con el famoso desengaño sentimental del que todos hablaban.

Cuando los dos hombres se marcharon, me tomé la libertad de comerme los restos de *kamaboko* que Kangetsu había dejado. Ya no me sentía como un gato corriente. Me consideraba a mi mismo tan bueno, al menos, como el de aquel cuento de Momokawa Joen, el famoso recitador, o como el gato que robó a Thomas Gray sus peces de colores [12] Los tipos como Kuro ya no me llamaban en absoluto la atención. Suponía que a nadie le iba a importar que cogiese un poco de kamaboko. He de decir que esa costumbre de picar entre horas no es exclusiva de la raza felina. Sé que Osan, la criada, aprovecha la mínima ocasión en la que la señora sale a la calle para glotonear pasteles y otras cositas apetitosas. Y no sólo ella. Las niñas, con esa

refinada educación de la que tan orgullosa se siente la señora, muestran la misma tendencia que la criada en cuanto su madre se descuida. Hace sólo unos días la preciosa parejita se despertó a una hora intempestiva mientras sus padres estaban aún en la cama. Se sentaron la una frente a la otra en la mesa de la cocina. El maestro tiene por costumbre desayunarse todas las mañanas con un par de rebanadas de pan y les da un trozo a las niñas para que lo espolvoreen con azúcar. Ese día, alguien había dejado el tarro del azúcar encima de la mesa, e incluso había una cucharilla metida dentro del recipiente. Como no había nadie para impedírselo, la mayor cogió una cucharada rebosante y la vertió en su plato. La pequeña siguió el ejemplo de su hermana y se sirvió otra cucharada. Durante un instante las criaturas se quedaron sentadas y se miraron. Entonces, la mayor volvió a echar otra cucharada en su plato y la menor, para equilibrar la situación, hizo lo propio. La hermana mayor fue a por la tercera cucharada y la pequeña la siguió. Y así continuaron hasta que en sus respectivos platos había sendas montañitas de azúcar, mientras que en el tarro no quedaba ni rastro. En ese momento el maestro salió de la habitación aún medio dormido y procedió a devolver laboriosamente todo el azúcar a su recipiente original. Este incidente me hace pensar que el sentido igualitarista está más desarrollado en los humanos que en los gatos, pero, por contra, creo que nosotros somos criaturas mucho más sabias. Si las chicas me hubieran pedido consejo, les habría dicho que se comieran todo el azúcar, y que dejaran de hacer pirámides con ella, así, sin ton ni son. Pero como no habrían podido entender lo que les decía, me limité a observarlas en silencio desde mi caldeado rincón mañanero, justo encima de la olla del arroz.

Anoche, el maestro debió de volver tarde de su paseo con Kangetsu. Sólo Dios sabe dónde estuvieron, pero ya eran más de las nueve cuando se levantó a desayunar. Desde mi confortable atalaya observé como daba cuenta del *zoni*, la típica sopa de Año Nuevo [13]. Comía con ganas y picaba de aquí y de allá. En la sopa había varios trozos de *mochi*, una especie de torta de arroz pegajosa. Como no eran demasiado grandes, debió de comerse seis o siete. El último trocito se quedó flotando en el tazón. Dejó los palillos encima de la mesa y dijo:

—¡Ya está bien!

Nadie se comportaría de una manera tan caprichosa. Vaya tipo desconsiderado. Pero como le gustaba dar muestras de la autoridad que ejercía en la casa, no pareció preocuparse por el hecho de dejar un triste *mochi* flotando en una sopa turbia. Cuando su mujer cogió el bicarbonato y lo puso encima de la mesa, el señor dijo:

—No lo quiero. No me hace ningún bien.

—Pero dicen que es muy bueno después de comer alimentos con almidón —insistió su mujer.

—Almidonado o no, esa cosa no es buena —insistió tercamente el maestro.

—Mira que eres caprichoso —murmuró la mujer para sí. Yo no soy caprichoso,

es que la medicina no funciona.

—Pues hasta hace dos días decías que te iba bien y lo tomabas a todas horas, ¿no?

—Sí. Funcionaba. Hasta el otro día. Pero desde entonces ha dejado de hacerlo.

—Si la tomas un día sí y otro no, nunca vas a lograr que la medicina te haga efecto. Es más, no te hará ningún bien. A menos que seas un poco más paciente, no te curarás de la dispepsia ni de ninguna otra enfermedad que tengas. Se giró hacia Osan, que estaba sirviendo la mesa.

—Es cierto, señora —afirmó Osan inmediatamente para apoyarla—. A menos que se tome regularmente, no se puede saber si una medicina es buena o mala.

—¡Me da igual! No me la tomo porque no me la tomo. ¿Será posible que las mujeres no podáis entender eso? Será mejor que os calléis de una vez.

De acuerdo. Pues no soy más que una mujer —dijo acercándole el bicarbonato.

EI maestro se puso en pie y sin decir una palabra se encerró en su estudio. Su mujer y la criada se miraron y se rieron. Si en ocasiones como esa, le seguía y saltaba encima de sus rodillas, la experiencia me decía que podía pagarlo caro. Por esta razón preferí dar un rodeo en silencio por el jardín y saltar a la galería que había justo enfrente de su estudio. Miré por una rendija de las puertas correderas y vi que el señor estaba examinado un libro de alguien llamado Epicteto. Si por fortuna entendía lo que estaba leyendo, era realmente algo digno de admiración. Pero en cinco o seis minutos dejó caer el libro encima de la mesa, justo como yo sospechaba. Cuando le estaba mirando, sacó su diario y apuntó lo siguiente:

Di un paseo con Kangetsu porNezu, Ueno, IkeNoata y Kanda. En IkeNoata había unas geishas vestidas con kimono de Año Nuevo jugando al bádminton frente a una casa de citas. Sus vestidos eran preciosos, pero sus caras eran extremadamente desagradables. Se me ocurrió que se parecían al gato.

¡No entiendo porque me tenía que poner a mí como ejemplo de algo tan desagradable! Si fuese al barbero para pedirle que me arreglara un poco, no sería muy diferente de un ser humano. Son todos unos engreídos. Ése es su problema.

En cuanto doblamos la esquina de Houtan apareció otra geisha. Era delgada, bien formada y sus hombros estaban muy bien proporcionados. La forma en qué vestía el kimono morado denotaba su genuina elegancia. «Lo siento por anoche, Kan-chan. Estuve muy ocupada», dijo sonriendo y mostrando unos dientes blanquísimos. Su voz era tan ronca como la de un cuervo. Su encanto se borró de inmediato. Como me parecía comprometedor pararme para averiguar quién era ese tal Genchan, continué caminando en dirección a Onarimichi con los brazos cruzados y metidos en las bocamangas. Kangetsu, sin embargo, parecía estar en apuros.

No hay nada más difícil que intentar comprender lo que pasa por la mente de los seres humanos. El estado mental del nuestro dista mucho de ser claro en estos momentos. ¿Está enfadado, está alegre, o es que busca consuelo en algún filósofo

muerto? No podría decir si se burla de todo el mundo, o si anhela ser aceptado en su frívola compañía; si se pone furioso por alguna insignificancia, o se distancia de las cosas mundanas. Si nos comparamos con tales complejidades, los gatos somos tremendamente simples. Si queremos comer, comemos; si queremos dormir, dormimos. Cuando estamos furiosos, nos enfurecemos de verdad. Cuando maullamos, lo hacemos con toda la desesperación de la que somos capaces en nuestra aflicción. Por eso nunca escribimos nada en un diario. No tiene sentido. No hay duda de que los humanos como el maestro, con dos caras bien diferenciadas, se creen en la necesidad llevar diarios i un el fin de mostrar un carácter que frecuentemente ocultan al resto del mundo. Pero entre los gatos nuestras cuatro ocupaciones principales, a saber, caminar, sentarnos, permanecer en pie o tumbarnos, así como la más ocasional de evacuar, se hacen de un modo abierto. Nuestros diarios *los vivimos*, y, en consecuencia, no tenemos necesidad de mantener un registro paralelo con el objetivo de mostrar nuestro verdadero carácter. Si tuviera que dedicar tiempo a escribir un diario, preferiría dormir en la galería.

Cenamos en algún lugar de Kanda. Como me permití tomar me un par de copas de sake, que no había probado durante largo tiempo, mi estómago estaba esta mañana extremadamente bien. Concluyo que el mejor remedio para el estómago es, por huno, el sake de la noche. El bicarbonato es inútil. Digan lo que digan no vale para nada. Y lo que no tiene efecto ahora, no lo tendrá más adelante.

Por lo visto, el amo desautorizaba sin ninguna consideración al bicarbonato. Parecía como si estuviera discutiendo consigo mismo, y era fácil intuir en esa anotación la discusión que había tenido con su mujer aquella misma mañana. Quizás este tipo de anotaciones sean las más características del ser humano cuando lleva un diario.

El otro día un individuo me dijo que no era bueno para el estómago desayunar fuerte, como yo hago. Durante dos o tres días anduve en ayunas, pero lo único que conseguí fue hacer gruñir a mis tripas. Otro individuo me dijo que la culpa de todo la tiene el tsukemono, las verduras en salmuera. Dice que si no tomo tsukemono el problema se cortará de raíz, y la recuperación será inmediata. Durante al menos una semana, ni un pedazo de verdura cruzó mis labios. Pero desde el inicio de la prohibición no aprecié ningún beneficio, así que he vuelto a comerlas regularmente. De acuerdo con otro tipo, el único remedio verdadero para mi mal son los masajes abdominales. Pero un simple masaje no basta. Deben estar de acuerdo con los viejos métodos de la escuela confuciana de Minagawa. Un par de masajes así, y se me curarían todos los males. Por lo visto al escritor Sokuken Yasui le gustaba someterse a ellos, y héroes de la talla de Ryoma Sakamoto no fueron ajenos a sus beneficios. Inmediatamente me fui a Kaminegishi para una sesión. [14] Pero los métodos que usaban eran extraordinariamente crueles. Me dijeron que no me curaría si no me

masajeaban los huesos. Que si no invertían la posición de mis vísceras al menos una vez, nunca me curaría. Todos estos manejos redujeron mi cuerpo a la condición de una bola de algodón y me sentí como si hubiera quedado en estado de coma. Nunca volví, con una vez fue suficiente. Una vez más este y el otro me dijeron que lo que tenía que hacer era dejar de comer alimentos sólidos. Pasé un día entero bebiendo leche solamente. Pero entonces empecé a sentir unas enormes y ruidosas turbulencias en mi interior que me impidieron dormir. Otra persona me animó a ejercitar los intestinos mediante la respiración diafragmática, lo cual redundaría en un estómago sano. Seguí el consejo con bastante disciplina hasta que el estómago empezó a revolvérseme tanto que yo creía que me iba a morir. Respiraba profundamente para dilatar el diafragma cuando me acordaba, pero a los cinco o seis minutos me olvidaba de disciplinar mis músculos. Y menos mal, porque si no hubiera sido así y hubiera continuado con la atención puesta en el diafragma, no habría podido ni leer ni escribir. En una ocasión vino mi amigo Meitei, el esteta, y me encontró ejercitándome para obtener el tan ansiado estómago sano. De manera bastante descortés, me dijo que terminara con las contracciones. Así fue como la respiración diafragmática se convirtió en algo del pasado. Un doctor me recetó soba, fideos de alforfón. Así que me sometí a la dieta de los fideos, unas veces en sopa, otras veces fríos después de hervir. Pero no sirvieron para nada, excepto para vaciar mis intestinos. ¡He intentado prácticamente todo para remediar mi enfermedad, pero ha sido inútil! Las tres copas de sake que tomé anoche con Kangetsu sí que me hicieron bien. ¡Así que a partir Je ahora, antes de irme a dormir cada noche, me tomaré dos o tres copas y arreglado!

Dudaba de si mi amo mantendría este tratamiento a base de *sake* durante mucho tiempo. El carácter del maestro tiende a ser tan variable como los ojos de los gatos. Carece del más mínimo sentido de la perseverancia y lo deja todo a medias. Peor aún, mientras se dedica rellenar su diario con lamentaciones sobre sus problemas de estómago, trata de poner su mejor cara frente al resto del mundo. Al mal tiempo buena cara, ése parece ser su lema. El otro día vino a visitarle un tal señor no se quién, un profesor amigo suyo y expuso la teoría, como poco discutible, de que todas las enfermedades son el resultado directo de los pecados propios y de los de los antepasados. Parecía haber estudiado el asunto profundamente, pues su exposición era clara, consistente y ordenada. En conjunto, se trataba de una teoría ciertamente interesante. Siento decir que el maestro no posee la inteligencia ni la erudición para refutar esta clase de argumentos. Sin embargo, y quizás como consecuencia directa de sufrir él mismo una dolencia del estómago, se vio obligado a poner todo tipo de excusas, y se dedicó a replicar de manera un tanto irrelevante:

—Tu teoría es interesante, pero ¿sabes ya que Carlyle era dispéptico? —como si al argumentar que Carlyle era dispéptico se atribuyera a sí mismo una especie de honor intelectual.

Su amigo replicó:

—Pero que Carlyle fuera dispéptico, no implica necesariamente que todos los dispépticos tengan que ser como Carlyle.

El maestro, tras esta reprimenda, se calló la boca, pero el incidente puso en evidencia su vanidad. Lo más gracioso es que, aunque seguramente mi amo preferiría no ser dispéptico que serlo, esa misma mañana había reiterado, precisamente, en su diario su firme intención de comenzar de una vez con el tratamiento a base de *sake*, del que había hablado la anoche anterior. Pensándolo bien, su infrecuente y abundante consumo de *mochis* aquella mañana, parecía ser consecuencia directa de lo que había bebido la noche anterior con Kangetsu. A mí también me gustaría probar el *zoni* y el *mochi*.

Aunque soy un gato, como prácticamente de todo. Al contrario de Kuro, me falta la energía para marcharme de expedición hasta los lejanos callejones donde están casi todas las pescaderías. Tampoco mi estatus social me permite disfrutar de los lujos que se da Mikeko, mi vecina la gata, cuya dueña da clases particulares de arpa japonesa a los ricos ociosos. Yo me como los desperdicios de pan dejados por las niñas, y lamo la mermelada de judías de los restos de pastel. El *tsukemono*, la verdura encurtida, sabe fatal. Pero una vez me atreví con un par de rodajas de nabo en salmuera. Es extraño, pero una vez la pruebo, casi cualquier cosa se vuelve comestible. Creo que decir «esto me gusta» o «esto no me gusta» constituye una extravagancia, y una muestra de obstinación. Se trataría de una actitud impropia de mí. No en vano soy un gato que vive en la casa de un vulgar maestro, y debo rechazar esos remilgos.

Según el maestro Kushami, hubo en Francia un novelista llamado Balzac. Fue un hombre muy extravagante. No quiero decir que fuera extravagante en el comer, sino en lo que se refiere a su escritura. En una ocasión buscaba un nombre para un personaje de una novela que estaba escribiendo y, por alguna razón, no lograba encontrar ninguno a su gusto. En ese momento un amigo suyo llegó de visita y el novelista pensó que sería una buena ocasión para dar un paseo. Este amigo, por supuesto, no tenía ni idea de la razón del paseo, que no era otra que la de encontrar el nombre que Balzac necesitaba. Una vez en la calle, lo único que hizo Balzac fue dar vueltas de acá para allá mirando letreros para ver si al fin daba con el ansiado nombre. Caminaba sin descanso mientras su confuso amigo, sin saber el objetivo de esa expedición, le seguía como podía. Exploraron París de la mañana a la noche sin resultado. Pero entonces, en el camino de vuelta a casa, Balzac se topó con el cartel de un sastre que se llamaba *Marcus*. Empezó a dar palmadas de alegría y a gritar: «Eso es. Este tiene que ser. *Marcus* es un buen nombre, pero con una Z delante será perfecto. Será *Z. Marcus*, un nombre estupendo. Los que yo invento no son nada buenos. Aunque están bien construidos no suenan muy reales. Pero ahora, al fin, ya tengo el nombre que quiero».

Balzac estaba completamente satisfecho por su hallazgo, y era ajeno a las molestias que había causado a su amigo. Podrá parecer muy chocante que uno se dedique a recorrer las calles de París todo un día sólo para encontrar el nombre del personaje de una novela. Extravagancias de tal enormidad dan un cierto esplendor a quien las protagoniza, pero para tipos como yo, un vulgar gato mantenido por un maestro introvertido y encerrado en sí mismo como una ostra, resulta imposible siquiera imaginar semejante comportamiento. Por eso no debo preocuparme demasiado por lo que como, siempre que sea comestible, pues es el resultado inevitable de mis circunstancias. No creo, por tanto, que decir que quería probar los *zoni*, constituya una muestra de extravagancia. Simplemente pensé que era mejor aprovechar la situación y entonces recordé que el maestro había dejado en el cuenco de su desayuno algunos *zoni* y que, probablemente, éstos seguirían en la cocina. Así que decidí hacer una expedición.

Y allí estaba la sopa con el *mochi*, el pastelito de arroz, como yo recordaba, pegado al fondo del cuenco, y con el mismo color que tenía por la mañana. Debo advertir que nunca antes había probado estos pastelillos. Me gustó su buen aspecto, pero sentí una sombra de duda. Con la pata delantera arañe los vegetales adheridos al pastel. Las uñas, al tocar su parte exterior, se me pusieron todas pegajosas. Las olfateé y reconocí ese olor característico del arroz cuando se ha pegado al fondo de la olla y se cambia a otro recipiente. Mire a mi alrededor y pensé: «¿Debo comérmelo o no debo?». Por suerte o por desgracia, no había nadie alrededor. Osan, la criada, jugaba al bádminton. Tenía la misma cara agriada que el año pasado. El Año Nuevo no parecía haber tenido efecto en ella. Las niñas, en su cuarto, cantaban algo sobre un conejo. Si tenía que comerme esa especialidad del primer día del año, ése era el momento. Si perdía la oportunidad tendría que esperar todo un año completo para conocer el sabor del *mochi*. En ese momento, a pesar de ser un simple gato, vislumbré una verdad resplandeciente: las oportunidades de oro impulsan a los animales a hacer cosas que en circunstancias normales no harían ni atados. A decir verdad, yo no quería comerme el pastel. De hecho, cuanto más miraba aquella cosa pegajosa y fría en el fondo del cuenco, más nervioso me ponía y más inclinado me sentía a rechazarlo. Si Osan hubiera abierto en ese momento la puerta de la cocina, si hubiera escuchado los pasos de las niñas acercándose, habría abandonado el cuenco sin dudarlo. Y no sólo eso. Habría eliminado todo tipo de pensamiento sobre el *mochi* durante lo que quedaba del año. Pero nadie vino. Seguí dudando un rato. Y por allí seguía sin aparecer ni un alma. Sentí como si alguien estuviera forzándome, susurrando a mi oído: «Cómetelo. ¡Deprisa!» Miré dentro del cuenco y recé para que viniera alguien. Después de todo, la voz dentro de mi cabeza me repetía sin parar que tenía que comérmelo. Al final, dejando caer todo el peso de mi cuerpo sobre el fondo del cuenco, mordí no más de un trocito de la esquina del *mochi*.

La mayor parte de las cosas que muerdo de un modo tan decidido como yo lo hice en esa ocasión entran directas mi gaznate. Pero aquí me llevé una sorpresa. Una vez la densa pasta entró en mi boca, me di cuenta de que, por mucho que intentara abrir la mandíbula, ésta no se movía. Probé a liberarla con todas mis fuerzas, pero nada. Mis dientes estaban pegados. Me di cuenta demasiado tarde de que el *mochi* es en realidad un alimento del demonio. Imaginaos a un hombre que ha caído en una ciénaga e intenta escapar. Cuanto más apretaba las mandíbulas para sacar las piernas, más profundamente se hundirá en ella. Pues bien. A mí me pasaba exactamente lo mismo. Cuanto más apretaba las mandíbulas más peso sentía en la boca y más se me inmovilizaban los dientes. Podía sentir su resistencia, pero eso era todo. Simplemente no podía disponer de ellos. Meitei, el amigo esteta del maestro, le describió en una ocasión como una persona indivisible, y debo decir que se trataba de una expresión de lo más ajustada. Este pastel, como mi maestro, era prácticamente indivisible. Me parecía que por mucho que intentara morderlo no obtendría ningún resultado. El proceso podía continuar así, eternamente. Era como dividir diez entre tres. Estaba en mitad de esta angustia cuando de repente me vi iluminado por una segunda verdad: que todos los animales son capaces de decidir por instinto lo que es bueno o malo para ellos.

Aunque ahora había descubierto dos grandes verdades, me sentía bastante infeliz por causa de ese pastel de arroz adhesivo. Mis dientes se estaban pegando irremediablemente a la masa, y todo el proceso se iba volviendo cada vez más doloroso. A menos que pudiese completar el mordisco y salir de allí pitando, Osan volvería y me pillaría con las manos en la masa. Parecía que las niñas habían dejado de cantar y seguro que pronto entrarían en la cocina. En un ataque de angustia, di unos cuantos latigazos con la cola sin resultado alguno. Estiré las orejas y las encogí, pero sin ningún efecto. Empecé a pensar que ni la cola ni las orejas tenían nada que ver con todo el asunto. Como me había entregado a una guerra de desgaste a base de levantar orejas y dejar caer orejas, al final abandoné esta táctica. Hasta que se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era forzar al *mochi* hacia abajo usando mis patas delanteras. En primer lugar levanté la mano derecha y me la acerqué a la boca como pude. Como es natural, este simple movimiento no sirvió en absoluto para mejorar la situación. En segundo lugar, alcé la mano izquierda y la comencé a girar en círculos. Pero estos inútiles giros y piruetas fracasaron en su intento de exorcizar al demonio del *mochi*. Me di cuenta de que si quería lograr algo era imprescindible que actuara con paciencia, así que rasqué el aire alternativamente con la mano derecha e izquierda, pero los dientes siguieron igual de pegados al pastel. Cada vez más impaciente, comencé a mover ambas patas simultáneamente, como si fuera un molinillo. Fue entonces, y sólo entonces, cuando me di cuenta, para mi sorpresa, de que podía sostenerme con las patas traseras. De alguna manera dejé de sentirme un

miembro de la especie gatuna. Pero gato o no, continué arañando como un loco toda mi cara con frenética determinación, hasta lograr que el demonio del mochi fuera expulsado definitivamente. Como el movimiento de las patas traseras era bastante vigoroso, me di cuenta de que ponía en riesgo mi equilibrio y corría el peligro de caerme estrepitosamente. Para mantenerme en pie comencé a marcar el paso con las patas. Empecé a dar brincos por toda la cocina. Me sentí orgulloso de ser capaz de mantener tan diestramente esa compleja posición erecta. Fue entonces cuando la tercera verdad se reveló ante mis ojos: en condiciones de peligro excepcional, uno puede actuar de modo inesperado, y sobrepasar con creces el estándar de sus logros. Este es el verdadero significado de la Providencia.

Sostenido por esa Providencia, seguía yo luchando por mi apreciada vida contra ese demonio que habitaba en el *mochi*, cuando de pronto escuché unos pasos. Alguien se acercaba. Pensando que sería fatal que me encontrasen en ese trance, redoblé mis esfuerzos y eché a correr alrededor de la cocina. Los pasos cada vez se acercaban más. Oh, Dios mío, empecé a sospechar que la Providencia no duraría para siempre. Eran las niñas. En cuanto me descubrieron se echaron a gritar:

—¡Mirad! ¡El gato se ha comido el *mochi* y ahora está bailando!

La primera en escuchar el aviso fue Osan. Dejó de lado el bádminton y voló hasta la puerta de la cocina.

—¡Santo Cielo!

Después entró la señora, vestida con un *kimono* de seda. Me miró con condescendencia y se limitó a apuntar:

—¡Por Dios, que gato más imbécil!

Y el maestro, violentamente expulsado de su estudio a causa del escándalo señaló:

—¡Será idiota!

Pero las que encontraron más graciosa la situación fueron las niñas. Así que después de un rato la casa entera se carcajeaba de mí sin piedad. Era irritante, era doloroso, pero también me era imposible dejar de bailar. ¡Maldición! Al poco, las risas empezaron a calmarse. Pero entonces la encantadora niña de cinco años me señaló con el dedo y dijo:

—¡Qué gato más cómico!

Y toda la familia se empezó a reír de nuevo. Vaya, que se partieron de risa a mi costa. He oído que los seres humanos eran despiadados, pero nunca hasta entonces había encontrado su conducta tan absolutamente detestable. De la Providencia, mientras tanto, no había ni rastro, y yo había vuelto a mi postura habitual sobre las cuatro patas. Estaba al borde de la desesperación y, por causa del mareo, creo que mi semblante era un tanto ridículo. El maestro debió de pensar no era el momento de dejarme morir ante de sus ojos. Sería una verdadera lástima. Así que le dijo a Osan:

—Anda, sácale el *mochi* de la boca...

Osan miró a la señora como diciendo: «¿Y por qué no le dejamos que siga con el bailecito?». A la señora le hubiera encantado verme seguir con el *minuet*. Pero como tampoco quería verme bailar hasta la extenuación o la muerte, no dijo nada. El maestro se volvió enfadado hacia la criada y le ordenó:

—Date prisa o morirá.

Osan, casi sin ganas y con una mirada torva en sus ojos, como si la hubieran despertado de golpe de un sueño particularmente dulce, me metió los dedos en la boca y me arrancó el *mochi*. No tengo una dentadura tan débil como la de Kangetsu, pero en ese momento pensé que, en la operación, la criada se llevaría por delante mis muelas. El dolor fue indescriptible. Entended que yo tenía mis pobres dientes empotrados en el pastel, y que Osan lo arrancó de un tirón. Es imposible expresar con palabras la agonía que sentí. En ese momento me alcanzó la Iluminación y se me reveló una cuarta verdad: que todos los placeres están íntimamente emparentados con el dolor. Cuando por fin pude recobrarme, me giré y comprobé como todo había vuelto a la normalidad. El maestro y su familia habían vuelto a sus quehaceres.

Después de ponerme en evidencia, me sentía bastante incapaz de enfrentarme a la creciente inquina de Osan. Aquello suponía un terrible trastorno para mí. A fin de recuperar mi tranquilidad mental, decidí hacer una visita a mi vecina Mikeko, la gata tricolor. Así que salí de la cocina y me dirigí al patio en dirección a la casa del arpa japonesa.

Mikeko tiene fama en el barrio de ser una auténtica belleza. Aunque soy un gato, poseo un conocimiento genérico de lo que significa la compasión, y soy muy sensible a los afectos, a los ánimos cariñosos, a la ternura y al amor. Me quedo muy afectado al contemplar el gesto de amargura del maestro o los di plantes de Osan. En esas ocasiones aprovecho para visitar a mi amiga y nuestra conversación gira en torno a muchos y variados temas. Esas charlas me dejan como nuevo. Olvido mis preocupaciones, mis dificultades, todo. Me siento renacer. La influencia femenina en mí es inmensa. Miré a través di un agujero en la valla de cedro para ver si la veía por ahí. Pronto la divisé, sentada elegantemente en la galería con un collar nuevo, regalo de Año Nuevo. La redondez de su lomo la hacía indescriptiblemente bella. Era aquél el más hermoso de indos sus preciosos perfiles. La curvatura de su cola, la forma de doblar las patas, el movimiento encantador y perezoso de sus orejas, todo estaba por encima de cualquier descripción. Parecía cómoda, sentada en el lugar más soleado de la galería. Su cuerpo desprendía una sensación de tranquilidad y un aura de hermosura. Y su manto de pelo brillante como terciopelo, parecía ondularse aunque el aire estaba quieto. Durante un momento me quedé embelesado mirándola. Entonces, cuando me recobré de la impresión la llamé suavemente:

—¡Mikeko, Mikeko! —y le hice una señal con mi pata.

—Hola, maestro —me saludó mientras bajaba de la galería. Una campanita sujeta a su collar rojo tintineaba ligeramente. Me dije: «Lleva una campanita porque es Año Nuevo». Mientras me admiraba con su cascabel, se plantó junto a mí.

—Feliz Año Nuevo, maestro —dijo mientras movía la cola hacia la izquierda. Entre los gatos, cuando nos saludamos, primero se levanta la cola hacia arriba y luego se gira hacia la izquierda. Mikeko es la única en el vecindario que me llama «maestro». Como ya he dicho antes, todavía no tengo nombre, y es Mikeko, y sólo ella, la única que me muestra respeto otorgando un nombre a este pobre gato que vive en casa de un profesor. De hecho, no me desagrada que se refieran a mí como «maestro», así que respondí de buena gana a su saludo:

—Feliz Año Nuevo para ti también. ¡Vaya! Tienes un collar muy bonito...

—Sí. La señora lo compró para mí. ¿Verdad que es precioso? —y lo hizo tintinear.

—Precioso. Y tiene un sonido muy bonito. Nunca he visto nada tan hermoso en toda mi vida.

—No será para tanto. Todo el mundo tiene uno. —Y comenzó a hacerlo tintinear una y otra vez—. ¿No te parece un sonido increíble? Estoy tan feliz... —Y seguía dando golpecitos con su campana.

—Tu dueña te debe de querer mucho —dije mientras comparaba mi vida con la suya. Sentí cierta envidia.

Mikeko es una criatura inocente. Repuso:

—Sí. Es cierto. Me trata como si fuera su propia hija. —Rió cándidamente. No es cierto que los gatos nunca se rían. Los seres humanos se equivocan al pensar que son las únicas criaturas capaces de hacerlo. Cuando me río, los orificios nasales se me ponen triangulares y la nuez me tiembla. Pero mis amos parecen no darse cuenta.

—¿A qué se dedica tu amo? —le pregunté.

—¿Mi amo? Suena extraño. De hecho es un ama. Una señora. La señora del arpa japonesa.

—Lo sé. Pero quiero decir, ¿qué orígenes y posición social llene? ¿Es una persona de alta cuna?

—Oh, sí.

La señora, entonces, comenzó a tocar el arpa en el interior de la casa y a cantar:

Mientras te espero,

Junto a un pequeño pino enano...

—¿No crees que tiene una voz increíble? —preguntó MikeI o muy orgullosa.

—Parece preciosa, pero no entiendo lo que está cantando. ¿Cuál es el nombre de la pieza?

—¿Esa? Se llama no se qué. A la señora le gusta mucho. ¿Sabías que ya tiene sesenta y dos años? Pero se conserva estupendamente, ¿no te parece?

Supongo que debo admitir que se conserva bien. Tras sesenta y dos años ha logrado sobrevivir. Vaya récord. Por eso contesté con un lacónico «sí». Pensé que había dado una respuesta un poco tonta, pero estaba un poco obnubilado y no se me ocurría nada más brillante que decir.

—Quizás no lo parezca, pero era una persona de muy buena posición. Ella siempre está recordándomelo.

—¿A qué se ha dedicado entonces?

—Pues, según tengo entendido, es la decimotercera viuda del secretario privado de la hermana menor de la madre del marido de la sobrina de la hermana de un *shogun*.

—¿Cómo dices?

—Pues la decimotercera viuda del secretario privado...

—Vale, vale, no tan rápido. La decimotercera viuda del *shogun* privado de...

—¡No, no, no! La decimotercera viuda del secretario privado. ..

—La viuda del *shogun*...

—Eso es.

—Del secretario privado, ¿no?

—Eso es.

—Marido de...

—No, hermana menor del marido.

—Ah, por supuesto. ¿Cómo se me ocurre? Hermana menor del marido.

—Hermana de la madre del sobrino. Eso es.

—¿Hermana de la madre del sobrino?

—Eso es. Lo has entendido.

—No del todo. Es tan enrevesado que todavía no lo entiendo. ¿Cuál es exactamente su relación con la decimotercera viuda del *shogun*?

—Pero mira que eres estúpido cuando te lo propones. Te lo acabo de decir precisamente. Es la decimotercera viuda del secretario privado de la hermana menor de la madre del marido de la sobrina de la hermana de un *shogun*.

—Todo eso lo he entendido, pero...

—Entonces ya lo sabes, ¿no?

—Sí —tuve que conceder finalmente. Siempre hay un momento para las mentiras piadosas.

Detrás de las puertas correderas de papel de arroz, el sonido del arpa se detuvo de pronto y la voz de la señora inquirió:

—¡Mikeko, Mikeko! Ya está listo tu almuerzo.

Mikeko se puso contenta y dijo:

—Me está llamando. Tengo que irme. Espero que sepas excusarme. ¿Qué podría decir yo ahora? Ven a verme otro día— dijo. Entonces se dio media vuelta y echó a

correr por el jardín haciendo tintinear su campanita. Pero de repente se volvió y trotó hacia mí de nuevo:

—Tienes mala pinta. ¿Te pasa algo? —preguntó.

No podía contarle mi lamentable historia de la danza del *mochi*, así que le dije:

—No. Nada en especial. Sólo que he estado pensando en cosas que me han dado un terrible dolor de cabeza. Por eso te he llamado antes, porque pensé que hablando contigo se me pasarían todos los males que me aquejan.

—¿En serio? Bueno, cuídate. Hasta luego entonces. Parecía un poco apenada de dejarme, lo cual me subió la moral y me ayudó a recomponerme de la atroz experiencia del *mochi*. Me sentí volver a la vida. Ahora estaba recuperado, así que decidí volver a casa pasando por la plantación de té. La escarcha acababa de descongelarse. Metí la cabeza por el agujero de la valla de bambú y allí estaba Kuro, sobre los crisantemos secos, estirándose y elevando su espalda en un gran arco negro. Ya no me sentía acobardado por él pero, como supuse que cualquier conversación podría terminar en problemas, me esforcé por evitarle. En la naturaleza de Kuro no estaba esconder sus sentimientos, y si notaba que alguien le hacía un desaire, inmediatamente le hacía frente:

—¡Eh, tú, el gato sin nombre! Estás de lo más escurridizo últimamente, ¿no te parece? Puede que vivas en la casa de un profesor, pero no te des esos aires. Y ten cuidado, te prevengo. No trates de ignorarme.

Kuro no parecía estar al tanto de que yo ahora era una celebridad. Querría habérselo explicado, pero no parece de esos tipos capaces de entender según qué cosas, así que simplemente desistí y le ofrecí una excusa cortés para escaparme tan rápido como me fuera posible:

—Feliz Año Nuevo, Kuro. Tienes tan buen aspecto como siempre.

Levanté la cola y la giré hacia la izquierda. Kuro, con la suya bien erguida, rechazó mi saludo.

—¡Qué feliz, ni feliz! Si el Año Nuevo es feliz es que entonces debes de estar loco con ese diminuto cerebro que tienes. Y ahora lárgate rapidito, cara de acordeón.

Ese giro de la frase relacionado con la cara de acordeón, parecía bastante insultante, pero el contenido semántico de la expresión se me escapaba.

—¿Qué quieres decir con cara de acordeón? —pregunté.

—Vaya. Te insulto y te quedas ahí pasmado preguntándome por el significado de mi insulto. ¿Sabes qué? ¡Paso de ti! Eres el bobo de Año Nuevo.

¡Un bobo de Año Nuevo! Vaya, suena un tanto poético, pero su sentido profundo se me hacía todavía más oscuro que el de cara de acordeón. Me hubiera gustado preguntarle otra vez por el significado de este nuevo insulto, para incorporarlo a mi vocabulario, pero, como era obvio que no recibiría una respuesta, me quedé parado frente a él sin decir una palabra. La verdad, me estaba sintiendo bastante torpe. Pero

entonces, justo en ese momento, se escuchó la voz de su dueña gritando:

—¿Dónde diablos está el trozo de salmón que había dejado encima del estante? ¡Madre mía, ese demonio de gato ha estado aquí otra vez y lo ha robado! ¡Es la criatura más sucia que he visto en mi vida! ¡Se va enterar de lo que es bueno cuando vuelva!

Su voz estridente y vulgar rompió la atmósfera de paz y armonía. Kuro puso cara de desdén como diciendo: «Si quieres gritar, hazlo», y abrió su cuadrada mandíbula en dirección a mí, desafiante: «¿Has visto qué follón?», parecía decirme con su mirada. Hasta ese momento había estado demasiado ocupado hablando con Kuro como para darme cuenta de nada más; pero entonces me fijé, y entre sus patas pude ver los restos de un hueso de la parte más barata del salmón.

—¡Vaya! Así que has vuelto a liarla de nuevo. —Olvide nuestra reciente discusión y le ofrecí una de mis más amables exclamaciones de admiración, pero eso no pareció suficiente para que su humor cambiara.

—¿Liándola de nuevo, dices? ¿Qué quieres decir con eso, Mingo impertinente? ¿Y a qué te refieres con ese «de nuevo», cundo no se trata más que de la parte más esmirriada de un pez barato? ¿No sabes quién soy yo? Soy Kuro, el gato del carretero, maldita sea. —A pesar de no tener mangas de camisa que enrollarse para la pelea, levantó la pata derecha a la altura del hombro en un gesto agresivo.

—Siempre he sabido quién eras, Kuro el del carretero.

—Si lo sabes, ¿entonces por qué demonios tienes que decir que si la he estado liando de nuevo? —gritó. Su voz sonaba como un tornado.

Si fuéramos hombres, seguro nos habríamos agarrado para darnos una buena tunda. Pero era un gato, y bastante desconcertado. Y me estaba preguntando cómo podría salir de esa situación cuando de repente la voz de la mujer tronó de nuevo:

—Nishikawa-san. ¿Puede oírme? Tráigame un kilo de ternera ¿Ha oído? Y rapidito. Un kilo de ternera, ¿de acuerdo?

Sus voces al teléfono pidiendo carne rompieron una vez más la paz del vecindario.

—Para una vez que pide carne de ternera, lo tiene que hacer a voces, para que se entere bien todo el mundo. Quiere que todos hablen de su maravilloso kilo de ternera. ¿Qué se puede hacer con una mujer como esa? —exclamó Kuro mientras estiraba sus cuatro patas a la vez.

Como no se me ocurría ninguna respuesta, me mantuve callado y me limité a observar.

—De todos modos, no entiendo cómo encarga sólo un kilo. Pero creo que eso bastará. Si lo agarro luego, me lo zampo entero —dijo Kuro, como si el encargo fuera para él.

—Vaya, esta vez sí que te vas a dar un buen atracón —le dije para ver si

conseguía escabullirme de sus ataques. Pero Kuro se volvió hacia mí y me taladró con la mirada:

—Esto no tiene nada que ver contigo. ¡Cierra tu bocaza de una vez! —Y usando sus patas traseras me dio una coz que me lanzó rodando por el barro. Aterricé en un charco que el deshielo de la escarcha había dejado en medio de la plantación. Aquello me pilló completamente desprevenido. Estaba sacudiéndome los restos de barro del cuerpo cuando Kuro desapareció, probablemente para tomar posesión de su kilo de ternera.

Volví a casa cabizbajo y encontré el lugar más concurrido de lo normal. Incluso la risa del maestro sonaba más jovial que de costumbre. Me preguntaba el porqué de aquellas bromas, y salté a la galería. Cuando llegué vi al maestro junto a un invitado desconocido. Tenía una cabellera muy cuidada, y vestía un *haori* de algodón y un hakama. [15] Parecía un estudiante, además de una persona muy seria. Junto al brasero del maestro, apoyada en una esquina de la pitillera laqueada, había una carta de visita en la que estaba escrito: «Tengo el placer de presentarle al señor ochi Toito. De parte de Kangetsu». Como me había perdido el comienzo, la conversación que tenía lugar entre el anfitrión y el huésped sonaba de lo más enigmática. Pero supuse que estaban hablando de Meitei, el esteta de quien ya he hablado en otras ocasiones.

—.. .y me dijo que fuera con él porque se le había ocurrido una idea bastante ingeniosa —comentaba el invitado tranquilamente.

—¿Quiere decir que hay algo interesante en el hecho de ir a comer a un restaurante occidental? —El maestro sirvió más té para el invitado y empujó levemente la taza hacia él.

—Bueno, en ese momento no entendí que podía tener de interesante, pero tratándose de «su» idea, pensé que merecía la pena y ...

—Le acompañó usted. Ya entiendo.

—Sí. Pero me llevé una sorpresa.

El maestro le miró como si pensara: «lo sabía», y me dio una palmadita en la cabeza como para afirmarse. El coscorrón me dolió un poco.

—Supongo que le haría a usted alguna de sus grotescas jugaditas. Tiene tendencia a reírse de la gente. —Todavía se acordaba del asunto de Andrea del Sarto.

—¿Ah, sí? Bueno, sugirió que podíamos comer algo especial...

—¿El qué?

—Antes de nada, mientras estudiábamos el menú, me dio lodo tipo de información sobre la comida.

—¿Antes de pedir nada?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Entonces, girándose hacia el camarero dijo: «Parece que no hay nada especial

en la carta». El camarero pareció no darse por enterado y sugirió pato asado o ternera en salsa, tras lo cual él dijo que no habíamos ido hasta allí desde tan lejos para comer un simple menú, un menú común y corriente. El camarero pareció no entender qué quería decir con lo de un simple menú, común y corriente, y se alejó algo aturdido.

—Ya. Me puedo imaginar la situación.

—Entonces, volviéndose hacia mí, me dijo que en Francia o en Inglaterra uno podía comer la cantidad de platos que quisiera preparados *à la Tenmei o à la Manyoshu,* [16] pero que en Japón, fueras donde fueras, la comida estaba tan estereotipada que a uno casi se le quitaban las ganas de entrar en un restaurante occidental. Así siguió un buen rato y cada vez se ponía más desagradable. Pero, ¿este hombre ha estado alguna vez en el extranjero?

—¿Meitei? ¿En el extranjero? Por supuesto que no, aunque no por falta de tiempo o de dinero. Si quisiera, podría viajar a Occidente en cualquier momento. Probablemente estaría transformando su mera intención de hacer un viaje en el futuro, en una especie de amplia experiencia viajera. Le estaría gastando a usted una broma. —El maestro se rió como si hubiera dicho algo ingenioso, pero su invitado le miró como si nada.

—Ya veo. Me preguntaba si había estado en el extranjero. Yo suelo tomarme todo lo que dice bastante en serio. Además, describía la sopa de babosa o el asado de rana con tal precisión, que parecía como si los hubiera visto con sus propios ojos.

—Se lo habrá escuchado a alguien. Le gusta mucho incurrir en ese tipo de inexactitudes. Lo hace a propósito.

—Será eso —afirmó el invitado algo decepcionado mientras fijaba su mirada en el narciso del florero.

—Entonces, ¿era ésa la idea ingeniosa de la que le hablaba? —preguntó el maestro buscando encontrar algo sólido entre tanta incertidumbre.

—No. Eso sólo fue el principio. La parte principal está por llegar.

—¡Ah! —exclamó el maestro con curiosidad.

Terminada la disertación sobre la gastronomía europea propuso, dado que era imposible comer babosas o ranas a pesar lo mucho que nos apetecían, que al menos nos trajeran unas cuantas *albóndregas*. «¿Qué ha pedido usted?», le pregunté. Pero él no me hizo caso y se limitó a responder: «Sí, eso estará bien».

—¡*Albóndregas*! No había oído hablar de ellas en mi vida. Eso sí que suena raro.

—Sí, rarísimo. Pero como hablaba tan en serio no me di cuenta en ese momento de lo raro que era. —Parecía estar excusándose ante el maestro por su imprudencia.

—¿Y qué pasó después? —preguntó el maestro indiferente aI rubor de su invitado, y sin mostrar ninguna consideración por su excusa implícita.

—Bueno. Entonces le pidió al camarero que trajera *albóndregas* para dos. El camarero se excusó y preguntó: «Disculpe señor, ¿no querrá decir albóndigas?». Pero

él con una expresión súbitamente seria le corrigió implacable: «No. Albóndigas no. *Albóndregas*».

—¿En serio? ¿Pero es qué hay de verdad alguna comida que se llame *albóndregas*?

—Bueno, yo pensé que sonaba bastante raro, pero como él se mostraba tan serio y tan calmado y demostraba esa gran autoridad en todo lo relacionado con Occidente, y había viajado tanto, me uní a él y también le dije al camarero: «*Albóndregas*, buen hombre, *albóndregas*».

—¿Qué hizo el camarero?

—Ahora que lo pienso, la anécdota resultó bastante graciosa. EI camarero se quedó petrificado durante unos instantes y respondió: «Lo siento mucho señor. Pero hoy, por desgracia, no nos quedan *albóndregas*. Pero si se decide por unas buenas albóndigas, le traeré una ración inmediatamente». Meitei con cara de decepción le espetó: «Entonces hemos venido hasta aquí para nada. ¿Está seguro de que no puede conseguir *albóndregas*?», le preguntó mientras le deslizaba una pequeña propina en el bolsillo. El camarero dijo que preguntaría de nuevo al cocinero y desapareció en la cocina.

—Parece que se moría de ganas de comer *albóndregas*.

—Al cabo de un rato el camarero volvió y dijo que si queríamos comer algo tan especial como unas *albóndregas* había que encargarlas y que, en cualquier caso, tardarían un buen rato en prepararlas. Meitei se tranquilizó bastante y dijo: «Bien. Es Año Nuevo y no tenemos ninguna prisa. Esperaremos». Sacó un puro de su traje de corte occidental y lo encendió ceremoniosamente. Me sentí obligado a imitar su compostura, así que saqué el periódico del bolsillo de mi kimono y empecé a leer. El camarero desapareció de nuevo.

—¡Vaya historia! —asintió el maestro tratando de mostrar tanto interés como cuando leía noticias sobre la guerra.

—El camarero volvió con más excusas, y explicó que los ingredientes de las *albóndregas* escaseaban y que no estaban ni estarían disponibles en la tienda de Kameya, ni tampoco en el decimoquinto almacén de Yokohama. Se disculpó de nuevo y dijo que, según parecía, esos ingredientes no estarían disponibles durante un tiempo. Meitei se giró hacia mí y empezó de nuevo: «Qué lástima, y eso que habíamos venido especialmente para degustar ese plato excepcional». Yo pensé que debía añadir algo, así que dije: «Sí. Una verdadera lástima. Realmente, una pena».

—Es natural —asintió el señor. Se me escapaba el hilo de su razonamiento.

—Estas lamentaciones le debieron hacer sentir mal al camarero. Bajó la cabeza y dijo: «Señor, cuando tengamos los ingredientes necesarios, estaremos encantados de que vuelvan y prueben nuestra especialidad». Pero cuando Meitei le preguntó qué ingredientes usaban exactamente, al camarero le dio un ataque de risa y no supo qué

contestar. Entonces Meitei Ie preguntó si por un casual usaban Tochian (que, como usted sabe, era un maestro de *haiku* de la Escuela Japonesa), y el camarero dijo: «¡Sí, sí! Y precisamente eso es de lo que no hay ahora en Yokohama. Lo lamento muchísimo, señor».

—¡Ja, ja, ja! ¿Así que ese es el *quid* de la cuestión? ¡Es bastante gracioso! —Y el maestro, cosa poco frecuente en él, estalló en carcajadas.

Sus rodillas temblaban de tal manera que casi me caigo al suelo. De pronto parecía verdaderamente complacido de no ser el único que había caído en una de las malvadas trampas del inventor de Andrea del Sarto.

—Y entonces, tan pronto como llegamos a la calle, Meitei me dijo: «La hemos liado buena, ¿verdad? Toda esa historia sobre las *albóndregas* ha estado bastante graciosa, ¿no crees?». Le mostrré mi admiración por todo el acontecimiento y, con estas, nos despedimos. Pero la verdad es que ya había pasado la hora de la comida y yo estaba muerto de hambre.

—Eso sí que es grave —repuso el maestro mostrando, por primera vez en toda la velada, una cierta compasión. No puse ninguna objeción a su comportamiento. Durante un momento se produjo una pausa en la conversación, y tanto uno como otro pudieron escuchar mi ronroneo satisfecho.

El invitado apuró de un trago el té de su taza, ya bastante frío, y con una cierta formalidad señaló:

—Pero lo que me ha traído aquí hoy es mi intención de pedirle un favor.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarle? —El maestro ensayó, también, su gesto más formal.

—Como usted sabe, soy un devoto del arte y de la literatura...

—Eso está bien —respondió el maestro animándole a que siguiera.

—Desde hace un tiempo, unos amigos y yo hemos organizado un grupo de lectura. La idea es reunimos una vez al mes para meditar sobre diversas cuestiones. De hecho, ya hemos celebrado una reunión, a finales del año pasado.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Cuándo se refiere usted a un grupo de lectura, ¿qué quiere decir exactamente? ¿Que declaman poesía, leen prosa? ¿Qué es lo que hacen ustedes en esas reuniones?

—Bueno, hemos empezado con textos clásicos, pero tenemos pensado leer también nuestras propias composiciones.

—Cuando dice textos clásicos, ¿se refiere a algo así como *La Canción del Laúd*, de Pu-Cho? —No.

—¿Quizás a otras cosas, como la mezcla del *haiku* y la poesía de Yosa Buson? [17]

—No...

—Bueno, entonces ¿qué clase de textos comentan?

—El otro día leímos uno de los pasajes del suicidio de los amantes, del maestro Chikamatsu. [18]

—Chikamatsu. ¿Se refiere a ese dramaturgo, Chikamatsu, que escribió las piezas *joruri*.

No existen dos escritores diferentes llamados Chikamatsu. Cuando alguien habla de Chikamatsu se refiere, en efecto, al dramaturgo, y no puede ser nadie más. Creo que fue bastante necio por parte del maestro hacer una pregunta así. Sin embargo, no tuvo en cuenta mis reacciones naturales y me dio una palmadita en la cabeza. Me calmé y le dejé que siguiera dándome suaves golpecitos de vez en cuando. En un mundo como éste en el que la gente se cree digna de admiración porque un bizco les mira atentamente, el dislate del maestro me pareciió, al fin y al cabo, relativamente tolerable.

EI invitado respondió:

—Sí —e intentó leer la reacción del maestro en su cara.

—Entonces, ¿lee sólo una persona, o comparten la lectura entre todos ustedes?

—Compartimos. La idea es empatizar con los personajes de la obra y sacarles su verdadera personalidad individual. También gesticulamos. Lo más importante es captar la esencia del carácter de la época de la obra. Por eso, los pasajes los leemos como si los dijera el personaje, es decir con la voz de una mujer joven o la de un chico de los recados, si se tercia.

— Oh, vaya. En ese caso debe de ser más bien como una representación teatral.

—Así es. Las únicas cosas que se echan de menos son el vestuario y el escenario.

—¿Puedo preguntarle si tuvieron éxito en esa reunión?

—Debo decir que, para ser la primera vez, no estuvo mal deI todo.

—¿Y qué pasaje de la escena del suicidio de los amantes representaron ustedes exactamente?

—La escena en la que el barquero lleva a alguien al barrio deI placer de Yoshiwara.

—Realmente escogieron ustedes uno de los pasajes más extraños de la obra, ¿no cree?

EI maestro movió un poco la cabeza con gesto de autoridad. EI humo del tabaco salió a borbotones de su nariz, le rodeó las orejas y revoloteó después por encima de su cabeza.

—No. No es tan extraño. Los personajes son un chulo, un matón, el barquero, una prostituta de lujo, una sirvienta, una antigua *madame* de burdel y, por supuesto, una asistenta de *geisha*. Pero eso es todo.

El invitado se mostraba imperturbable, pero mi maestro cuando escuchó «prostituta de lujo» puso cara de vinagre, probablemente porque no estaba muy acostumbrado ni a ese tipo de términos, ni a tecnicismos como «sirvienta», «chulo» o

«matón».

Intentó aclarar el asunto y preguntó:

—Cuándo dice «sirvienta», ¿se refiere usted quizás a una especie de señorita que ayuda en un burdel?

—A pesar de que todavía no me enterado bien del todo, creo que más bien se refiere a una sirvienta como las que hay en las casas de té. Por su parte, un chulo es algo así como una especie de asistente en los barrios de mujeres.

Aunque el invitado acababa de decir que en sus representaciones intentaban imitar las voces de los personajes, no parecía haber comprendido exactamente la verdadera naturaleza de las sirvientas y los chulos en aquella obra.

—Ya veo. La *sirvienta* trabaja en la casa de té, mientras que el *chulo* vive en un burdel. ¿Y el *matón*? ¿Es un ser humano o se trata del nombre de un lugar? Y si es humano, ¿se trata de un hombre o de una mujer?

—Yo creo que es un ser humano. De sexo masculino, concretamente.

—¿Y de qué se encarga?

—Todavía no lo sé, pero preguntaré un día de estos a ver si me entero.

A la luz de estas extrañas revelaciones, y del lío que se traían con la terminología, pensé que las lecturas de la obra debían de resultar un tanto absurdas. Miré al maestro y le noté bastante serio:

—Aparte de usted, ¿quiénes más participan en la lectura?

—Hay varios. El señor K., licenciado en Derecho, hace el papel de la prostituta de lujo. Pero confieso que los diálogos un tanto dulzones de esa mujer suenan un poco extraños cuando los pronuncia un hombre como él, con ese gran bigote. Y además hay una escena en la que a la prostituta de lujo le entran espasmos...

—Y estas representaciones se llevan hasta el punto de simular los espasmos? —preguntó con impaciencia el maestro.

—Sí, en efecto. Son importantes si queremos que la representación sea tan expresiva como se merece. —El señor Toito se consideraba claramente un artista literario *à l'outrance*.

—¿Y se le dieron bien los espasmos? —preguntó mi amo con inquina.

—Quizás los espasmos es lo único que falló en esta primera representación —contestó Toito también con cierta cintura.

—Por cierto —preguntó el maestro—: ¿Y qué personaje representa usted?

—Yo hago de barquero.

—¿En serio? ¿De barquero? —La voz del maestro sonaba como si estuviera sugiriendo que si Toito podía hacer de barquero, él bien podría hacer de secretaria de la *geisha*. Con un tono algo más cándido preguntó:

—¿Y le resultó difícil el personaje?

Toito no se sintió ofendido, y con el mismo calmado tono de voz, contestó:

—De hecho, fue por culpa del barquero por lo que nuestra m unión, que estaba alcanzando el clímax, se vino debajo de repente. Resulta que en la pensión justo al lado de nuestro lugar de reunión viven cuatro o cinco chicas. No sé como se enteraron, pero de algún modo sabían que haríamos la representación. El caso el que se acercaron hasta la ventana a curiosear. En ese momento yo estaba metido en mi papel imitando la profunda voz del barquero. Y justo cuando por fin había encontrado el tono exacto, las estudiantes, hasta ese momento muy recatadas, estallaron en una carcajada que me desconcentró. Cierto es que estaba acompañando mi parlamento con gestos que quizás fueran algo sobreactuados, pero me quedé petrificado. Y, por supuesto, horriblemente avergonzado. Eso me hundió. No supe cómo continuar y me temo que tuvimos que concluir nuestra reunión de manera algo precipitada.

Si esto se consideraba un éxito tratándose de una primera reunión, ¿cómo sería un fracaso? Me eché a reír sin poder evitarlo. Mi nuez se movía con un ruido sordo. El señor debió de interpretarlo como un ronroneo, y empezó a darme de nuevo golpecitos cada vez más amables en la cabeza. Está bien que te quieran por reírse de alguien, pero en esa ocasión empezaba a sentirme algo incómodo.

—¡Qué mala suerte! —se compadeció el maestro a pesar de que todavía estábamos en la época del año de las felicitaciones y no de las condolencias.

—Para nuestra segunda reunión, nuestra intención es mejorar todos los aspectos posibles. Y ésa es, en realidad, la auténtica razón de mi visita. Profesor, nos gustaría que se uniera a nosotros.

—¡Oh, no! ¡Yo sería totalmente incapaz de tener espasmos!— contestó el maestro rechazando la invitación.

—No, no. No tendría que tener espasmos ni nada parecido. Nada de eso. Aquí tiene una lista de nuestros patrocinadores.

Toito extrajo con cuidado un cuaderno de notas de su envoltorio de tela morada. Lo abrió y se lo plantó delante al maestro:

—¿Le importaría firmar aquí y poner su sello?

Pude ver que el cuaderno contenía una lista de distinguidos doctores en literatura y licenciados en artes; todo en perfecto orden.

—Bueno, no creo que pueda oponer ninguna objeción a convertirme en uno de vuestros patrocinadores. Pero, ¿cuáles serían en realidad mis obligaciones? —Su retraído carácter de ostra huidiza volvió a aflorar a la superficie...

—Esto no implica ninguna obligación. Lo único que le solicitamos es su firma. Para mostrarnos su apoyo, más que nada.

—Bueno. En ese caso me uniré a ustedes.

Cuando vio que no tenía ninguna obligación en realidad, mi amo se sintió aligerado en su ánimo. Su cara asumió el gesto de alguien que firmaría incluso una conspiración secreta para derrocar al gobierno imperial. Dejó claro, eso sí, que esa

firma no le supondría ninguna obligación. Además, era perfectamente comprensible que asintiera tan ávidamente a la propuesta de invitado. Ser incluido, aunque fuera sólo con su nombre, entre tantos otros de próceres universitarios de tan reconocido prestiigio, era un honor supremo para alguien que nunca antes habíaa tenido una oportunidad como aquélla.

—Discúlpeme un momento —dijo mientras se levantaba para ir al estudio a buscar su sello.

Caí rodando de un modo ciertamente poco ceremonioso sobree el *tatami*. Toito aprovechó la ocasión para apañarse en secreto un trozo de bollo. Estaba seco y durante un momento pareció invadirle el pánico mientras masticaba compulsivamente sin poder tragar. Me vino a la memoria mi propia experiencia matutina. El maestro volvió con su sello justo en el momento en el que el bollo era deglutido finalmente por Toito. No pareció darse cuenta de que el contenido del plato había menguado. De todos modos, si lo hubiera hecho, yo me habría convertido inmediatamente en el principal sospechoso.

Una vez se marchó Toito, el maestro volvió a su estudio donde encontró una carta de su amigo Meitei:

—Le deseo un muy féliz Año Nuevo...

Al maestro le pareció que la carta empezaba con un tono excesivamente formal. La cartas de Meitei raramente eran tan serias. El otro día, sin ir más lejos, escribió: «Ultimamente, como no estoy enamorado de ninguna mujer, tampoco recibo cartas de ninguna. Pero no se preocupe por mí. Sigo vivo». Comparado con ésta, la del Año Nuevo parecía excepcionalmente distinta:

Me gustaría mucho ir a visitarte, pero últimamente estoy tan ocupado que me resulta imposible. No seré tan pesimista como tú. He decidido empezar este Nuevo Año, un año que nunca se repetirá en la historia, con la actitud más optimista posible. Espero que lo entiendas...

El maestro entendía bastante bien y pensaba que, de ser él, Meitei habría estado muy ocupado divirtiéndose. Continuó leyendo:

Ayer tuve un rato libre e invité al señor Toito a comer unas albóndregas. Por desgracia, y debido a un sencillo problema de abastecimiento ajeno a mi competencia, finalmente no pude consumar la invitación. Una lástima.

El maestro sonrió y pensó que la carta pronto volvería a tener el tono habitual de siempre:

Mañana asistiré a una fiesta para jugar a las cartas en casa de un cierto barón. Pasado mañana tengo un banquete de Año Nuevo en la Sociedad de los Estetas, y el día después una fiesta de bienvenida organizada para recibir al profesor Toribe. Después...

Lo que contaba era bastante aburrido, así que el maestro se saltó unas cuantas

líneas:

Como puedes ver, por causa de todas estas incesantes celebraciones, de esas reuniones en la que se toca música No, se recitan haikus, se habla de tanka, y también de Nueva Poesía, estaré absolutamente ocupado durante un tiempo. Esta es la razón por la que me veo en la obligación de enviarte esta felicitación de Año Nuevo en lugar de visitarte personalmente para hacerlo. Espero que sepas perdonarme...

—¡No tienes por qué venir a verme! —le contestó el maestro ,a voz en grito.

La próxima vez que tenga oportunidad de hacerte una visita, me gustaría invitarte a cenar. Si bien no hay nada especialmente selecto en mi humilde despensa, podríamos ir a algún restaurante a comer unas buenas albóndregas. Espero que la ocasión se presente pronto...

—¡Todavía con el cuento ese de las *albóndregas*!—murmuró el maestro. Aquella invitación era un insulto en toda regla. Empezaba a sentirse realmente indignado.

Sin embargo, parece que por problemas de suministro no es posible encontrar los ingredientes necesarios para la elaboración de este plato excelso. En ese caso, me gustaría ofrecerte lengua de pavo...

—¡Vaya! Este tipo cada vez tiene más recursos —pensó el maestro. Pero no pudo por menos que seguir leyendo.

Como sabes, la carne aprovechable de cada lengua de pavo es inferior a la mitad de un dedo meñique. Por tanto, y con el fin de satisfacer a tu insaciable estómago...

—Vaya sarta de patrañas —refunfuñó el maestro con resignación.

... creo que al menos sería necesario adquirir veinte o treinta ejemplares para prepararte el plato como mereces. Sin embargo, rara vez puede uno ponerle el ojo encima a un pavo, que yo sepa, salvo quizás a los dos o tres que viven en el zoológico de Asakusa. Y tampoco, me temo, mi pollero dispone actualmente de tales aves para los propósitos que te he comentado. Esto me supone un disgusto, un gran disgusto...

—Si te sientes a disgusto es porque te da la gana. —El maestro no parecía dispuesto a mostrar el más mínimo signo de gratitud ante la desdicha de su amigo.

Este plato a base de lenguas de pavo estuvo muy de moda en la época dorada del Imperio Romano, cuando todo era orgullo y prosperidad. ¡No puedes imaginarte cómo he codiciado probar en alguna ocasión ese producto del lujo gastronómico! El colmo de la elegancia...

—Puedo imaginármelo perfectamente. ¡Qué ridiculez! —El maestro se mostraba muy frío.

Desde aquel tiempo hasta el siglo XVI, las lenguas de pavo eran una exquisitez indispensable en todos los banquetes. Si no me falla la memoria, cuando el conde de Leicester invitó a la reina Isabel de Inglaterra a Kenilworth, la lengua de pavo estaba en el menú. Y en una de las escenas de banquete de Rembrandt, se ve claramente un fastuoso pavo sobre la mesa...

El maestro empezó a pensar que si Meitei había encontrado tiempo suficiente para inventar una historia como ésa, es que, realmente, no debía de estar tan ocupado.

En todo caso, si continúo deleitándome con todas estas comidas como hasta ahora, sin duda terminaré por tener un estómago tan débil como el tuyo...

—¡Decir «como el tuyo» era innecesario! No tiene ningún derechoo a ponerme como el prototipo del dispéptico —refunfuñó i el maestro.

De acuerdo con los historiadores más serios, los romanos solían ofrecer dos o tres banquetes al día. Así que, si unimos el consumo exagerado de comida al hecho de que aquella gente se veía obligada a sentarse a la mesa dos o tres veces cada jornada, sin solución de continuidad, y honrando a sus anfitriones cada una de las veces, la consecuencia lógica fue que los romanos, en general, se veían aquejados de unos horribles desórdenes gástricos. Iguales, estoy seguro, a los que tú padeces...

—¡Iguales a los que tú padeces! ¡Qué impertinencia!

Pero aquellos hombres, que habían estudiado cómo compaginar el lujo con la salud, consideraban esencial no sólo devorar cantidades desproporcionadas de delicatessen, sino también mantener sus intestinos en perfecto estado de funcionamiento. De acuerdo con esto, dieron con un formula secreta...

—¿En serio? —el maestro de pronto pareció entusiasmado.

Después de comer tomaban, invariablemente, un baño Tras el baño, a través de métodos cuyo secreto se perdió durante mucho tiempo, procedían a vomitar en un cuenco todo lo ingerido previamente. Así lograban mantener sus estómagos perfectamente limpios. Entonces se sentaban de nuevo a la mesa para degustar más exquisiteces y delicadezas. Luego, tomaban otro baño y vomitaban de nuevo. De esta manera, a través de la regurgitación de sus platos favoritos, lograban evitar el más mínimo daño a sus órganos internos, y, en mi humilde opinión, mataban dos pájaros de un tiro.

—¡Vaya que si lo hacían! —La expresión del maestro denotaba una viva envidia por el logro de los romanos.

Hoy en día, en pleno siglo XX, al margen de tanta actividad y tantos banquetes, cuando nuestra nación se encuentra en el segundo año de la guerra contra Rusia, nos vemos desbordados por los acontecimientos y las celebraciones. En consecuencia, creo firmemente que ha llegado el momento para nosotros, para el pueblo de esta victoriosa nación, de cambiar nuestra mentalidad y empezar a estudiar e imitar ese verdadero arte de los romanos, consistente en tomar cada día baños purgantes, por nuestra propia salud. De otra manera, mucho me temo que la gente de esta poderosa nación se convierta en un futuro próximo en totalmente dispéptica, como tú...

—¿Qué? ¡Como yo, otra vez! Vaya un amigo... —exclamó el maestro.

Ahora supon que nosotros, que afortunadamente estamos familiarizados con todo lo occidental, contribuimos a descubrir a través del estudio de la Historia Antigua y

las leyendas de nuestros padres, la fórmula secreta que ha estado perdida durante tanto tiempo, y que pondría solución a todos nuestros problemas. Si lo lográsemos y pudiéramos hacer uso de ella en nuestra era Meiji, nuestro descubrimiento constituiría un verdadero acto de virtud. Sería una forma de conjurar las enfermedades en este florecimiento que vivimos actualmente y, más aún, justificaría nuestra vida entera que hasta ahora ha estado gobernada constantemente por la indulgencia y el placer.

Mi amo pensó que toda esta historia parecía una nadería bastante extraña.

De acuerdo con todo esto que te estoy contando, he buceado en diversas obras relevantes de autores de la talla de Gibbon, Mommsen y Goldwin Smith, [19] pero siento reconocer que sin mucho resultado hasta el momento. Sin embargo, como bien sabes, soy un hombre que cuando empieza un proyecto no para hasta alcanzar sus objetivos últimos. Por tanto, creo que el descubrimiento de los fundamentos del método de la purga por baños no se hará esperar mucho tiempo. Te haré saber de mis avances en la materia, estate seguro de ello. Por eso prefiero posponer la degustación de las albóndregas y las lenguas de pavo estofadas hasta no haya puesto el broche de oro a mi descubrimiento. Algo que no sólo conviene a mi investigación, sino también a tu sufrido estómago.

—¡Me ha estado tomando el pelo todo el tiempo! Su escritura es tan sobria que me lo he tomado todo al pie de la letra. Meitei debe de ser un hombre de lo más ocioso para dedicarse a perder el tiempo gastándome una broma así —dijo el maestro entre risas.

Pasaron varios días sin que se produjera ningún acontecimiento especial. Pensándolo bien, fueron tan aburridos que me entretenía incluso contemplando como se marchitaba el narciso en su jarrón blanco, o cómo florecía lentamente la rama de ciruelo del jardín. Salí a dar una vuelta un par de veces a ver si me encontraba con Mikeko, sin resultado alguno. La primera vez pensé que estaba fuera, y la segunda me enteré de que en realidad estaba enferma. Escondido tras las aspidistras junto al lavadero, pude escuchar la siguiente conversación entre la señora y la criada a través de las puertas correderas de papel:

—¿Se ha tomado Mikeko su comida?

—No, señora. No ha comido nada desde esta mañana. La he colocado a los pies del brasero, a ver si así se dormía.

No parecía que estuvieran hablando de una gata. La trataban como si fuera un ser humano. Si lo comparaba con mi propia situación, no podía por menos que sentir cierta envidia, pero al mismo tiempo me alegré mucho de que a mi amada gatita la tratasen tan bien.

—Eso no es bueno. Si continúa sin comer, estará cada vez más débil.

—Así es, señora. A mí también me pasa. Si no como un día, soy incapaz de

trabajar al día siguiente.

La criada respondía como si reconociese que la gata era un ser superior a ella. Y, en cierto sentido, parecía que, al menos en esa casa, así era.

—¿La ha llevado al doctor?

—Sí, y el doctor se comportó de una manera bastante extraña. Cuando entré en la consulta con Mikeko de los brazos, me preguntó si me había resfriado e intentó tomarme el pulso. Le dije: «No, doctor. Yo no soy la paciente». Y le planté delante a Mikeko. Entonces me dijo que no sabía ni una palabra de las enfermedades de los gatos, y que si la dejaba tal cual, probablemente mejoraría ella sola.

—¡Eso es terrible!

—Me enfadó tanto su actitud que le solté: «Si se pone usted así de impertinente, no hace falta que se moleste en examinarla. Se trata de nuestra preciosa gata». La cogí en brazos de nuevo y me la traje a casa.

—¿De veras?

«De veras» era una de esas elegantes expresiones que nunca se escuchaban en casa de mi amo. Había que ser la decimotercera viuda del *shogun*, sobrina de no sé quién, para poder pronunciar una frase como ésa. Me quedé totalmente impresionado Vaya refinamiento.

—Parece que está algo resfriada...

—Sí. Estoy segura de que ha cogido frío y le duele la garganta. Cuando uno coge frío le entra una tos de lo más honorable.

Como era de esperar en la criada de la decimotercera viuda del shogun, sobrina de no sé quién, era muy rápida con los honoríficos.

—Además, desde hace un tiempo vengo escuchando que hay una cosa que llaman tisis...

—En estos tiempos hay que ser muy cuidadoso. Esas enfermedades como la tuberculosis o la peste negra aumentan escandalosamente entre la población.

—Cosas así no existían en la época del shogunato, así que habrá que tener cuidado también con ella.

—¿Habla usted en serio, señora? —preguntó la criada impresionada.

—No sé como ha podido resfriarse si casi no sale fuera...

—No. Pero últimamente frecuenta malas compañías —dijo la criada como si estuviera revelando un secreto de Estado.

—¿Mala compañías?

—Sí, señora. Ese gato apestoso de la casa del maestro en la calle principal.

—¿Se refiere a ese profesor que hace esos ruidos horribles por las mañanas?

—El mismo... Ése que cuando se lava la cara por la mañana canta que parece un ganso al que estuvieran estrangulando.

Eso: un ganso ahogándose. Eso es lo que mi amo parecía al levantarse. Hay que

decir que cada mañana, cuando mi amo se enjuaga la boca en el cuarto de baño, tiene la fea pero arraigada costumbre de entonar unos extraños gorgoritos, muy desagradables y ciertamente poco ceremoniosos, a la vez que se golpea la garganta con el cepillo de dientes. Si está de mal humor, estoy convencido de que grazna por pura venganza contra el mundo. Si está de buen humor, lo hace incluso más vigorosamente, para mostrar así que su ánimo es exultante. Según su mujer, no fue hasta mudarse a aquella casa cuando adoptó esa costumbre tan molesta. Desde que se instalaron en la casa, no falla un día en que no ensaye sus gorgoritos. Se trata de un hábito exasperante. Nosotros, los gatos, no somos capaces de imaginar qué le lleva a hacer algo así. Pero bueno, lo dejamos pasar. Lo que no pude dejar pasar, desde luego, fue ese calificativo que se me asignó de «gato apestoso». Continué escuchando con disimulo:

—¿Cómo puede hacer algo así? En la época del shogunato incluso un lacayo o un mozo de cuerda sabían cómo comportarse convenientemente. Y es más, en una zona residencial como esta no había nadie a quien se le ocurriera lavarse de esa forma. —La señora estaba un tanto indignada.

—Estoy segura de que a nadie se le ocurría por entonces, señora, tiene razón.

Esta criada era muy influenciable. Y además, tenía tendencia a usar el término «señora» con demasiada discrecionalidad.

—Con un amo como ése, ¿qué se puede esperar del gato? Sólo puede ser un golfo. Así que si se le ocurre volver a meter la nariz por aquí, déle un golpe.

—Tenga por seguro, señora, que le arrearé un buen golpe. Seguro que la pobre Mikeko está enferma por su culpa. No se preocupe, tendrá su escarmiento.

¡Qué falsas eran esas acusaciones! Pero juzgué que de ahora en adelante se volvería realmente peligroso rondar por ahí, así que me marché a casa sin poder ver a Mikeko.

Cuando regresé encontré al maestro en el estudio. Estaba imbuido en algún tipo de escritura con pincel. Si le hubiera dicho que se decía de él en la casa de la mujer del arpa japonesa, se habría cogido un enorme berrinche. Pero, como dice la gente, la ignorancia es plácida. Y ahí estaba él, sentado como un poeta místico, gimiendo teatralmente.

En ese preciso momento apareció Meitei, el mismito que un momento antes había declarado en su carta de Año Nuevo que estaría muy ocupado durante una temporada:

—Estás componiendo un poema en el Estilo Nuevo, amigo mío? Enséñamelo. Seguramente será *interesantísimo*.

—Oh no Es un fragmento de prosa. Y bastante impresionante diría yo. Estoy pensando en traducirla —contestó el maestro, imperturbable.

—¿Prosa? ¿Prosa de quién?

—Pues no sé muy bien de quién.

—Ya veo. Umm... Un autor anónimo, eso es. Entre los autores anónimos hay algunos verdaderamente notables. Bien. No hay que despreciarlos. ¿Dónde lo encontraste? Quizás te pueda ayudar.

—El *Libro de Lecturas de Segundo...* —contestó el maestro haciendo gala de una serenidad imperturbable.

—¿Qué dices del *Libro de Lecturas de Segundo*? ¿Eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Lo que tiene que ver es que en el *Libro de Lecturas de Segundo* es donde aparece la pieza tan bella y delicada que estoy traduciendo.

—Deja de decir estupideces! Ah, ya sé... Supongo que se trata una de tus jugadas. Seguro que querrás vengarte del asunto de las lenguas de pavo...

—Yo no soy un fanfarrón, como tú —repuso el maestro mientras se retorcía el bigote guardando perfectamente la compostura.

—En una ocasión alguien le preguntó al maestro Sanyo si últimamente había leído algo interesante en prosa. Entonces, este famoso erudito de los clásicos chinos respondió: «Bueno. He leído una carta de cobro en la que un mozo de caballos reclama una deuda. Ciertamente es la pieza en prosa que más me ha llamado la atención en los últimos tiempos». Su ojo para lo bello, al contrario de lo que yo me imaginaba, era bastante fino. Lee la pieza si te parece, y yo haré la crítica —dijo Meitei como si él mismo fuera el creador de todas las teorías estéticas.

El maestro comenzó a leer con la misma voz con la que un sacerdote Zen leería un testamento en el templo Daitokuji. [20]

—Gravitación colosal —entonó.

—¿Qué diablos quiere decir gravitación colosal?

—Es el título.

—Un título extraño. No lo entiendo.

—La idea es que hay un coloso que se llama Gravitación...

—Una idea poco razonable, pero como está en el título, lo dejaré pasar. De acuerdo, sigue con el texto. Tienes buena voz, eso lo hace interesante.

—Está bien. Pero no más interrupciones. —Una vez expuso sus condiciones, el maestro retomó la lectura:

Kate miró por la ventana. Los niños estaban jugando a la pelota. Cada vez que la lanzaban al aire, la pelota subía y subía hacia el cielo, y después de un momento, bajaba. La volvieron a lanzar de nuevo: dos, tres veces. Y por muy alto que la lanzaban, la pelota volvía a caer. Kate se preguntó en voz alta por qué la pelota caía en lugar de subir y subir, hasta alcanzar las nubes. «Es porque hay un gigante que vive en la tierra», contestó su madre. Es el gigante Gravitación. Es tremendamente fuerte. Tira de todas las cosas hacia él. Tira de los edificios lucia la tierra. Si no lo hiciera saldrían volando. Los niños también saldrían volando. ¿No has visto las hojas

que caen de los árboles? Eso es porque el gigante las está llamando. Así que la próxima vez que se te caiga un libro al suelo, piensa que es porque el gigante te lo reclama para leerlo.

—¿Eso es todo?

—Sí. ¿No te parece bueno?

—De acuerdo, tú ganas. No esperaba un regalito como éste por lo de las *albóndregas*.

—Qué regalito ni qué niño muerto. No es un regalito ni nada por el estilo. Lo he traducido porque me parece muy bueno. ¿No te parece bueno?

EI maestro clavó su mirada en las gafas doradas de Meitei.

—¡Vaya sorpresa! Pensar que tienes ese talento... ¡Bien, bien! Realmente esta vez me has dejado impresionado. Me quito el sombrero. —Sólo Meitei era capaz de entender lo que estaba diciendo, y hablaba para sí. La situación sobrepasaba al maestro.

—No es mi intención que te quites el sombrero. No lo traduje para impresionarte. Simplemente porque me pareció una pieza interesante.

—En efecto, de lo más interesante. Me rindo. ¡Vaya! Me siento insignificante ante tu logro.

—No tienes por qué. Desde que he abandonado la acuarela hace ya un tiempo, he decidido que lo mío es escribir.

—Y en comparación con tus acuarelas, que, por cierto, no mostraban el más mínimo sentido de la perspectiva, no apreciaban las diferencias de tono, he de decir que tu escritura es *sencillamente* espléndida. Estoy verdaderamente *sorprendido*.

—Esas palabras tuyas de alabanza me hacen sentir bien —dijo el maestro.

En ese momento, hizo su entrada Kangetsu, con su parco saludo habitual:

—Buenas.

—Hola. Acabo de escuchar una excelente frase. El espíritu de las albóndregas ha pasado a mejor vida —dijo Meitei obtusamente y de manera incomprensible.

—¿En serio? —respondió Kangetsu de manera igualmente incomprensible. Sólo el maestro parecía no compartir el sentido del humor reinante.

—Vaya, Kangetsu —dijo—. El otro día vino a verme de tu parte un hombre llamado ochi Toito.

—¿De verdad? Es una persona honesta, algo infrecuente en estos tiempos. Pero tiene algo raro... Temía que pudiera causarle alguna molestia. Me insistió tanto en que le permitiera venir a verle...

—No me causó ninguna molestia, no has de preocuparte.

—¿Y no intentó darle explicaciones sobre su nombre durante la visita?

—No. No dijo ni una palabra sobre ello.

—¿No? Pues cada vez que visita a alguien por primera vez tiene la costumbre de

empezar a explicar por qué se llama así.

—¿Y alguien tendrá la amabilidad de explicarme qué diablos tiene de particular ese nombre? —exclamó Meitei, que había estado esperando una oportunidad de meter baza.

—Ya saben. Se enfada mucho cuando alguien le llama *Coito* en lugar de Toito. En fin, cuando leen su nombre a la manera japonesa...

—Que extraño... —dijo Meitei mientras extraía un cigarrillo de su pitillera de cuero con ribetes dorados.

—Cuando eso sucede invariablemente remarca que no es Coito, a la manera japonesa, sino Toito, a la china.

—Qué extraño... —repitió Meitei inhalando el tabaco hasta lo que parecía ser lo más profundo de su ser.

—Eso proviene de su pasión por la literatura. Le encanta cómo suena su nombre, está inexplicablemente orgulloso de él. Así que cuando alguien le llama de modo incorrecto se molesta mucho, pues no logra el efecto que él pretende.

—Es realmente extraordinario... —Cada vez más interesado, Meitei extrajo el humo de las profundidades e intentó darle salida a través de sus orificios nasales. Sin embargo, en su largo camino el humo se extravió por algún conducto y quedó atascado en su esófago. Meitei agarró la pipa con la mano y empezó a toser violentamente.

—Cuando estuvo aquí el otro día, Toito me contó que actuaba en el papel de un barquero en una obra representada por su Sociedad de Lectura, y que un grupo de chicas se había mofado de él —contó el maestro entre risas.

—¡Ah, vaya! Así que se trata de eso —Meitei empezó a dar golpecitos a su pipa contra las rodillas. Aquello ciertamente mi ponía en una situación realmente peligrosa. Me aparté un poco de él.

—¡La Sociedad de Lectura! Ahora lo entiendo. El otro día, cuando fuimos a comer las *albóndregas*, me lo mencionó de pasada. Me dijo que celebrarían su segunda gran representación en breve, y que invitarían a literatos bien conocidos. Por cierto, a mí también me invitó. Cuando le pregunté si intentarían representar de nuevo otro drama de Chikamatsu, me dijo que no, que habían decidido empezar con obras modernas, en concreto con *El demonio dorado*, de Koyo Ozaki. [21] Le pregunté qué papel haría y me dijo que el de Omiya. ¡El protagonista, nada menos! Desde luego merecerá la pena ver a Toito en el papel de Omiya. Estoy decidido a asistir, necesita nuestro apoyo.

—Tiene pinta de ser interesante —dijo Kangetsu al tiempo que se reía de una forma enigmática.

—Pero es totalmente sincero y eso le honra. No es cuestión de frivolizar sobre él, como por otro lado hace Meitei.

El maestro se estaba tomando la revancha de una sola vez por lo de Andrea del Sarto, por las lenguas de pavo y por lo de las *albóndregas*. Meitei fingió no enterarse.

—Bueno, será que yo soy un zurrumbático.

—Pues más o menos —observó el maestro, aunque no acababa de ser consciente del sofisticado método que usaba Meitei para dejarle en evidencia como un gran simplón. Pero no en vano había sido maestro de escuela durante años. Era muy hábil dando evasivas, y su amplia experiencia en el mundo de la enseñanza le era de mucha utilidad en los momentos más inoportunos.

—¿Qué es un zurrumbático? —preguntó Kangetsu.

El maestro miró hacia la alcoba y esquivo la pregunta diciendo:

—Esos narcisos de ahí son bonitos. Y mira que están durando. Los traje el otro día, por Año Nuevo, cuando regresaba del baño público.

—Eso me recuerda lo que me pasó a finales de año. A fe que fue una de las más extraordinarias experiencias que he tenido en mi vida —dijo Meitei mientras volteaba la pipa.

—Cuéntala. —El maestro, confiado en que había dejado liquidado el asunto del zurrumbático, hizo una mueca de alivio. Entonces Meitei empezó a narrar esa anécdota que él consideraba tan extraordinaria.

—Si no recuerdo mal ocurrió el 27 de diciembre. Toito me avisó de que le gustaría venir a visitarme para consultarme algunas cuestiones literarias. Le estuve esperando toda la mañana pero se retrasaba. Almorcé y me senté junto al brasero a Ieer los textos cómicos de Barry Pain, [22] cuando de pronto llegó una carta de mi madre, que vive en Shizuoka. Como todas las madres piensa que todavía soy un crío; no para de darme todo tipo de consejos: que si no debo andar por ahí de noche porque hace mucho frío, que si no debo bañarme si la habitación no está caldeada o me moriré de un resfriado... Le debemos tanto a nuestros padres... ¿Quién sino ellos pensaría en nosotros con tal desinterés y entrega? La verdad es que yo me tomo las cosas que me dice bastante a la ligera, pero esta vez la lectura de su carta me afectó profundamente. Me arrepentí de llevar una vida tan irresponsable, y de estar tirándola por la borda. Pensé que mi familia se merecía el honor de que yo escribiera una obra maestra de la literatura, o algo por el estilo. Me propuse lograr, antes de que mi madre muriera, que el nombre di Meitei fuese reconocido como el de uno de los maestros literarios de la época Meiji. Continué con la lectura de la carta: «Eres muy afortunado», me decía. «Mientras tantos jóvenes de tu edad sufren las penalidades de la guerra contra Rusia, tú andas por ahí divirtiéndote lo mismo para el final del año que para el principio del nuevo.» En realidad, queridos amigos, no soy tan dichoso como piensa mi madre. Pero lo cierto es que la carta incluía un listado de los nombres de mis compañeros de clase caídos en combate. Eso me hizo pensar que el mundo era horrible y la vida humana fútil. Mi madre terminaba su carta diciendo: «Como ya

estoy muy mayor, es muy posible que este sea mi último Año Nuevo...». Como os podréis imaginar esa afirmación me deprimió profundamente. Estaba ansioso porque Toito llegase cuanto antes, pero no acababa de venir. Y ya era casi la hora de cenar. Pensé en contestar a mi madre, así que rellené un papel con una docena de líneas. Cierto es que la carta de mi madre era mucho más extensa que la mía, pero yo nunca he sido capaz de explayarme por escrito, así que suelo despacharme normalmente con unas pocas frases. Como había estado sentado todo el día, empecé a sentir el estómago revuelto y pesado. Si Toito venía, que me esperase. Salí a dar un paseo, y así de paso me acercaría hasta el buzón.

«Ocurrió que en lugar de ir por Fujimicho, que suele ser mi camino habitual, y embebido como estaba en mis pensamientos, fui sin saberlo por el camino de Dotesanbancho, ya sabéis, el del tercer dique. Estaba algo nublado y soplaba un fuerte viento. Hacía un frío terrible. Un tren que venía de Kagurazaka pasó pitando por la parte baja de la ribera. Me sentí muy solo. El fin de año, todos esos caídos en el campo de batalla, la vejez, la inseguridad de la vida... Un montón de pensamientos se me agolparon de repente en la cabeza. A veces hablamos de suicidio. Pero es en ocasiones como ésta cuando uno se siente tentado de acabar con su vida realmente. En esas estaba yo, absorto en mis elucubraciones, cuando de repente alcé mi mirada, y lo vi ante mí, en la parte alta de la ribera. Era el pino. El auténtico y genuino pino.

—¿El auténtico y genuino pino? —preguntó el maestro.

—El pino de los ahorcados —explicó Meitei.

—¿No estaba ese pino de los ahorcados en Konodai? —preguntó Kangestsu.

—¡El pino de Konodai es para colgar campanas! El pino de Dotesanbancho, al que me refiero yo, ése es para los ahorcados. La razón por la que tiene ese nombre se debe a una antigua leyenda que dice que todos aquellos que se ponen debajo de él, sienten al momento la tentación de colgarse. A pesar de que por allí hay una docena de pinos, es en ése en concreto donde siempre encuentran un cuerpo balanceándose. Os puedo asegurar que todos los años suelen ahorcarse en él dos o tres personas. De hecho, sería impensable ir hasta allí y luego ahorcarse en otro pino. Y en esas estaba, subyugado por la visión del árbol, me di cuenta de que una de las ramas se descolgaba muy convenientemente hacia el pavimento. ¡Qué rama tan tentadora! Sería una lástima dejarla así, sin hacer nada. Un cuerpo debía colgar de ella. Por desgracia no había nadie más en los alrededores. ¿Debía colgarme yo? No, no... Si me colgaba, perdería mi vida. Demasiado peligroso. Una vez escuché una historia que hablaba de los antiguos griegos. Daban banquetes y organizaban demostraciones sobre cómo ahorcarse convenientemente y sin peligro. Un hombre se subía a un taburete y otro le pasaba una cuerda con un nudo corredizo por el cuello. Entonces, venía otro y retiraba el taburete y con el peso del cuerpo, el nudo corredizo se aflojaba sin causarle daño. Si esa historia era cierta, no había motivo para estar

asustado. Pensé que podría intentarlo yo mismo, así que posé la mano en la rama y comprobé que se balanceaba de una forma bastante apropiada. En efecto, la manera en que se balanceaba resultaba muy estética. Me sentí muy feliz imaginándome a mí mismo colgando de la rama, y pensé que al menos debía intentarlo. Pero de pronto me di cuenta de que Toito estaría esperándome. Volvería a casa para mantener con Toito la conversación pendiente, y después me acercaría otra vez hasta allí. Así que tomé el camino de vuelta a mi casa.

—¡Ah, vaya! ¿Y ese es el final feliz de tu historia? —preguntó el maestro.

—Muy interesante —dijo Kangetsu sonriendo. Cuando llegué a casa, vi que Toito no había venido. En su lugar encontré una nota en la que decía que un suceso inesperado le impedía acudir a nuestra cita. Añadía que intentaría encontrar el momento para venir a visitarme pronto. Me sentí aliviado y feliz. Ahora podía volver al pino y colgarme sin más pronunciamientos. No tenía excusa. Salí corriendo hacia el lugar donde estaba el pino y entonces...

Se detuvo con un aire despreocupado y miró fijamente al maestro y a Kangetsu.

—¿Y entonces qué pasó? —pregunto impaciente el maestro.

—Hemos llegado al clímax de la historia —dijo Kangetsu mientras retorcía los hilos de su abrigo.

—Entonces vi que alguien se me había adelantado y se había colgado antes que yo. Sentí que, por unos segundos, probablemente había perdido mi oportunidad. Ahora veo que en aquellos momentos había estado en manos del dios de la muerte. William James, ese eminente filósofo, no hubiera dudado en explicar que la región de la muerte en mi inconsciente y el mundo real en el que, de hecho, existo, debieron interactuar de acuerdo a algún tipo de ley de causa y efecto. Realmente fue algo extraordinario, ¿no creéis?

El maestro debió de pensar que le habían vuelto a tomar el pelo y se limitó a guardar silencio mientras masticaba incoherentemente un trozo de pastel con mermelada de judías. Kangetsu removía con cuidado las cenizas del brasero con la cabeza inclinada hacia abajo y sonreía. De pronto, comenzó a hablar en un tono muy tranquilo:

—Es una cosa tan rara, que me parece increíble. Sin embargo yo tuve recientemente una experiencia parecida, así que le creo, sin lugar a dudas.

—¿Qué? ¿Tú también tenías ganas de ahorcarte?

—No, mi historia no va sobre ahorcados. Pero es de lo más extraña, porque tuvo lugar a finales de año, en los mismos días en que ocurrió la anécdota que acaba de narrar Meitei.

—Interesante... —respondió éste llevándose un trozo de pastel a la boca.

—Ese día hubo una fiesta de fin de año y con tal motivo se celebró un concierto en la casa de un amigo mío en Mukojima.

Y allí acudí yo con mi violín. Fue una gran fiesta, habría quince o dieciséis mujeres solteras, y también casadas. Estaba todo tan perfectamente organizado que tengo la impresión de que fue la mejor fiesta a la que había asistido en los últimos tiempos. Cuando acabó la cena y el concierto, nos quedamos hablando hasta bien entrada la noche. Me disponía a marcharme cuando se me acercó la mujer de un doctor y me susurró que se había enterado de que una señorita a la que yo conocía había enfermado. El hecho es que unos días antes, cuando vi por última vez a esa señorita, su salud era completamente normal, así que me sorprendió bastante recibir esa mala noticia. Cuando le pedí más detalles me enteré de que la misma tarde que estuvimos juntos se empezó a sentir mal, y cayó en la cama con fiebre. Según parece por causa de su delirio febril, hablaba sin parar y decía cosas sin sentido, y entre todas ellas no paraba de repetir mi nombre.

Ni el maestro ni Meitei se atrevieron a hacer el más mínimo comentario irónico. Escuchaban en silencio.

—Llamaron a un médico para que la examinara y el diagnóstico fue desconcertante: se trataba de una enfermedad desconocida. La fiebre le estaba afectando al cerebro y su vida corría un grave riesgo a menos que los somníferos que le iba a administrar surtieran el efecto deseado. Tan pronto como me enteré de todos los detalles empecé a sentirme muy mal, como si estuviera en medio de una pesadilla, como si el aire que me rodeaba se me hubiera solidificado alrededor del cuerpo. En el camino de vuelta a casa no me podía quitar su imagen de la cabeza: la preciosa señorita, tan sana, tan guapa y esbelta...

—Un momento, por favor. Has mencionado dos veces ya a esa señorita. Si no tienes inconveniente, nos gustaría saber su nombre, ¿es posible? —preguntó Meitei, y luego miró al maestro para confirmar su interés. Pero éste sólo respondió con un evasivo «Hmm».

—No. No les diré su nombre puesto que eso podría comprometerla —contestó Kangetsu.

—Entonces, ¿va a seguir contando su historia en unos términos tan vagos, ambiguos y poco comprometedores? —insistió Meitei.

—No deberían burlarse. Es una historia seria. En todo caso, pensar en esa joven sufriendo de esa manera me provocaba mucho dolor y me hacía pensar todo el tiempo en lo efímero de la vida. Me sentía muy abatido como si todo rastro de vitalidad hubiera abandonado mi cuerpo. Fui por ahí dando tumbos hasta que llegué al puente de Azuma. Me apoyé en el pretil y miré hacia abajo, hacia las negras aguas, no sé si de marea baja o alta, que parecían estar coagulándose bajo mis pies, y que apenas se movían. Un *rickshaw* que venía de Hanakawado pasó junto a mí. Miré su lamparilla y observé como cada vez se hacía más pequeña hasta llegar a desaparecer a la altura de la fábrica de cervezas Sapporo. Miré otra vez al agua. En ese momento escuché una

voz que desde la corriente parecía pronunciar mi nombre. Que alguien me estuviera llamando a esas horas de la noche y en ese lugar era algo harto improbable. Me preguntaba quién podría ser. Miré de nuevo en dirección al agua pero no pude ver nada en la oscuridad. Pensaba que había sido mi imaginación y decidí volverme a casa, pero, de pronto, la voz volvió a llamarme por mi nombre. Me quedé quieto como una estatua y agucé el oído. Cuando escuché la voz por tercera vez noté que las piernas me empezaban a temblar a pesar de que estaba bien agarrado al pretil. La voz parecía venir de muy lejos, como del fondo del río y, sin duda, era la voz de la señorita. Le respondí con un «sí» tan fuerte que rebotó contra las aguas y el eco me devolvió mi propia voz. Sorprendido, me di la vuelta y eché un vistazo a mi alrededor. No había nadie, ni un perro vagabundo, ni siquiera había luna en el cielo. En ese preciso momento sentí el impulso de sumergirme en las negras aguas del río. Una vez más la voz de la señorita me taladró los oídos y esta vez sonaba como si estuviera pidiéndome ayuda, en medio de un gran sufrimiento. Grité «voy» desde al pretil y miré hacia las oscuras profundidades. La voz surgía con fuerza del propio seno de las olas. Pensaba que el origen de aquel lamento debía de estar en el agua, justo debajo de mí y trepé hasta ponerme de pie sobre el pretil. Estaba decidido a saltar si la voz me volvía a llamar. Y, efectivamente, una vez más su rumor llegó hasta mis oídos. Ahora es el momento, pensé, y salté cerrando los ojos con fuerza. Me dejé caer a plomo.

—¿Así que finalmente te tiraste? —preguntó el maestro sorprendido.

—Nunca pensé que llegarías tan lejos... —dijo Meitei mientras se rascaba la punta de la nariz.

—Tras el salto me quedé inconsciente y durante unos instantes me pareció estar viviendo en un sueño. Pero de pronto me desperté, sentí frío y me di cuenta de que no estaba mojado ni había tragado agua. Estaba seguro de haberme sumergido ¡Qué extraño! Me daba cuenta de que algo raro había pasado y al darme la vuelta me llevé una gran sorpresa. Quería saltar al agua, pero extrañamente estaba allí, en medio de la calzada. Me sentí fatal. Por equivocación había saltado hacia atrás en lugar de hacerlo hacia delante. Así que, apesadumbrado, comprendí que había perdido mi ocasión de responder a aquella voz que me convocaba.

Mientra hablaba, Kangetsu jugueteaba sin parar con el cordón de su *haori* de una manera un tanto irritante.

—¡Ja, ja, ja! Que cosa tan cómica. ¡Saltaste hacia atrás! Es extraño que tu experiencia se parezca tanto a la mía. Esto también se podría utilizar en apoyo de las teorías de William James. Si, al hilo de estas dos anécdotas, escribieses un artículo titulado «La respuesta humana», todo el mundillo literario se quedaría boquiabierto. Pero dinos, ¿qué pasó finalmente con la señorita? —preguntó Meitei.

—Cuando unos días más tarde pasé por su casa, estaba jugando al bádminton con

su criada, así que supongo que se habría recobrado totalmente de su dolencia.

El maestro había permanecido todo el tiempo en silencio, pero finalmente se decidió a hablar. Adoptando un tono de innecesaria rivalidad dijo:

—Yo también tengo una historia.

—¿Qué tienes qué? —replicó Meitei sorprendido por el hecho de que alguien tan insulso como el maestro también tuviera experiencias que relatar.

—También tuvo lugar a finales de año.

—¡Vaya coincidencia! También a finales de año, mira qué casualidad —señaló con sorna Kangetsu. Estaba comiendo pastel de judías y un trozo se le había quedado adherido en el hueco que dejaba su diente roto.

—Y seguro que tuvo lugar el mismo día y en el mismo momento. .. —añadió Meitei.

—No. La fecha es otra. Debió de ocurrir alrededor del día veinte. Mi mujer me había pedido unos días antes que la llevara al teatro como regalo de año nuevo. No podía negarme, naturalmente, y le pregunté por el programa. Miró el periódico y vio que aquel día representaban *Unagidani* [23] «Mejor no vamos hoy. No me gusta esa obra», le dije. Así que ese día no fuimos. Al día siguiente mi mujer vino de nuevo con el periódico y dijo: «Hoy representan *El hombre mono de Horikawa,* esa seguro que te apetece». Pero yo le dije: «Mejor no. Creo que esa obra es muy frívola. Y además, se representa sólo con el *shamisen.* No me apetece tirarme toda la tarde escuchando una mandolina. Para mí no tiene sentido». Mi mujer se marchó entonces. Se la veía bastante decepcionada. Al día siguiente volvió a insistir: «Querido, en el programa de hoy está prevista la representación de *El templo de los treinta y tres pilares.* Seguro que te parecerá tan poco conveniente, o tan poco interesante como todas las demás. Pero se trata de mí, así que al menos deberías ser capaz de acompañarme». Le respondí: «Si quieres ir tan desesperadamente, no te preocupes, iremos. Pero como la obra se ha anunciado en todas partes y no hemos reservado con antelación, es probable que el teatro esté lleno y no sea posible entrar. Para empezar, y con el fin de lograr el objetivo deseado, creo que es necesario establecer un procedimiento de actuación. Hay que ir a la sala de té del teatro y negociar la reserva de un par de asientos. Si no lo haces así, es virtualmente imposible ir al teatro en esta ciudad. No puedes saltarte alegremente el método, así de simple. Así que lo siento, querida, pero hoy tampoco podemos ir». Mi mujer me miró iracunda: «Vaya. Así que como sólo soy una mujer, y debo de ser tonta, además, crees que no seré capaz de comprender lo complicado que es adquirir una entrada para el teatro. Pero has de saber que la madre de Ohara *y* Kimiyo Suzuki han conseguido entrada sin todas esas formalidades de las que tú hablas, y les ha resultado bastante fácil. Tú eres un maestro de escuela y seguro que no tienes que complicar las cosas hasta ese extremo sólo por ir al teatro. ¡Eres sencillamente insoportable...!», y rompió a llorar. Me rendí:

«De acuerdo. Iremos al teatro, aunque luego no me eches la culpa cuando no podamos entrar. Cenaremos pronto y cogeremos el tranvía». De pronto, se animó: «De acuerdo, pero si vamos tenemos que llegar antes de las cuatro. No podemos entretenernos». Cuando le pregunté por qué teníamos que estar allí antes de las cuatro, me dijo que así se lo había dicho Kimiyo. Si llegábamos más tarde era muy probable que los asientos estuvieran ya ocupados. Yo insistí: «O sea, que si llegamos después de las cuatro ya no habrá asientos». «No podemos llegar tarde», zanjó ella. Fue entonces cuando empezaron los escalofríos.

—¿Escalofríos? ¿Su mujer empezó a sentir escalofríos? —preguntó Kangestsu, alarmado.

—No, imbécil. Mi mujer no. Ella estaba tremendamente contenta. Fui yo quien empezó a sentirse como un balón hinchado. Casi no podía moverme.

—Una enfermedad súbita —señaló Meitei.

—Es terrible. ¿Qué podía hacer? Quería satisfacer los deseos de mi mujer. Era lo único que me había pedido en todo el año. Yo no hacía más que reprenderla, despreciarla con mis silencios, o enfadarme con ella por los gastos de la casa, o insistiría en que tuviera más cuidado en la educación de las niñas. Hasta ese día nunca la había recompensado por todos sus esfuerzos en la vida doméstica. Pero en ese momento, por suerte, tenía tiempo *y* dinero para que pudiéramos darnos un capricho. Podía sacarla de vez en cuando por ahí. Quería hacer feliz a mi mujer. Pero cuanto más me convencía de que debíamos salir, más escalofríos me entraban. No podía ni siquiera dar un paso para llegar a la escalera de casa. ¡Cómo para pensar en subir al tranvía! Cuanta más pena sentía por ella, más aumentaban los escalofríos y peor me encontraba. Pensé que si llamaba al médico y me recetaba algún medicamento, quizás podría recuperarme antes de las cuatro. Lo hablé con mi mujer y mandamos a buscar al doctor Amaki. Por desgracia, había estado de guardia nocturna en el hospital de la universidad y todavía no había vuelto. Sin embargo, nos aseguraron que sobre las dos estaría de vuelta y tan pronto como llegase, vendría a casa a visitarme. ¡Qué molestia! Si al menos hubiera podido tomar algún tipo de sedante, seguramente me habría curado antes de las cuatro. Pero cuando las cosas se ponen feas, nada sale como debería. Y allí estaba yo, postrado, enfermo, justo en el preciso momento en que me había decidido a hacer feliz a mi mujer y compartir con ella mi alegría. Parecía que, lamentablemente, no podría cumplir sus expectativas. Mi mujer me miró con cara de reproche y me preguntó si realmente quería ir al teatro. «Iré. Seguro que iré, no te preocupes. Estoy seguro de que a las cuatro ya estaré bien. Lávate, ponte tus mejores galas y espérame». Los escalofríos se recrudecieron. Cada vez estaba más mareado. Aquello iba de mal en peor. A menos que me recuperase para las cuatro y cumpliese la promesa dada, no sabía qué podía pasar con mi mujer. Ya sabéis el carácter que tiene. Mal asunto. ¿Qué podía hacer? Estaba seguro de que

ocurriría lo peor, y empecé a pensar en mi deber de marido para explicar a mi mujer, ahora que todavía estaba en plena posesión de mis facultades mentales, las pavorosas verdades concernientes a la mortalidad y a las vicisitudes de la vida. Por si sucedía lo peor, ella debía estar preparada para superar el trance y sobreponerse a su aflicción. La llamé inmediatamente a mi estudio *y* le dije: «Querida, a pesar de que seas una mujer, y de que seas tan simple, quiero compartir contigo un refrán que suelen repetir en occidente en situaciones de aflicción como ésta: *Many a slip twist the cup and the lip*» [24] . Se puso furiosa. «¿Cómo pretendes que entienda lo que dices si sabes perfectamente que no hablo ni una palabra de inglés? Tú lo que estás intentando es volverme loca. Vale, no hablo inglés. Pero si tanto te gusta ese idioma, ¿por qué diablos no te has casado con una de esas chicas de la Escuela Cristiana? Nunca he conocido a nadie, a nadie tan cruel como tú». A la vista de aquella reacción tan extemporánea, mis amables sentimientos, mi ansiedad de marido que lo único que quiere es preparar a su esposa para lo peor, se vinieron abajo. Me gustaría que entendieseis que no utilicé el inglés con malicia. Las palabras salieron solas de mis labios, como una muestra de amor a mi mujer. Por tanto, su errónea interpretación de los motivos que me impulsaban a hablarle así, hizo que me embargara un sentimiento de desamparo. Además, tenía la mente confusa por culpa de los escalofríos y del mareo, y estaba destrozado por los esfuerzos de intentar explicarle la verdad sobre la muerte y la naturaleza de las vicisitudes de la vida. Esa fue la razón por la cual, de manera inconsciente y olvidando que mi mujer no hablaba inglés, le solté aquel refrán para darme cuenta, casi inmediatamente, de que me había equivocado. Fue culpa mía, lo reconozco. Como resultado de mi error, los escalofríos intensificaron su violencia y el mareo aumentó de manera vertiginosa. Mi mujer siguió mis indicaciones y fue al cuarto de baño a arreglarse. Se puso su mejor *kimono,* que tenía guardado primorosamente en el armario. Su actitud evidenciaba que estaba lista para salir, así que sólo quedaba que yo lo tuviese también. Empecé a sudar copiosamente. Miré el reloj deseando que apareciese el doctor Amaki. Vi que eran las tres en punto. Sólo faltaba una hora para que nos tuviéramos que ir. Mi mujer abrió las puertas correderas del estudio y preguntó si nos podíamos ir ya. Puede parecer tonto que uno diga esto de su propia mujer, pero en ese momento me pareció una belleza. Su piel, lavada con jabón, brillaba en maravilloso contraste con la oscuridad de su *kimono.* Su cara refulgía tanto interna como externamente, debido en parte a la acción del jabón, y en parte a la ilusión que tenía por ver a su compañía teatral favorita. Pensé que debía ir pasara lo que pasara para satisfacerla. «Está bien, quizás deba hacer ese terrible esfuerzo y salir», pensaba mientras encendía un cigarro. En estas llegó el doctor Amaki. ¡Estupendo! Cuando uno se lo propone, las cosas se enderezan. El doctor me hizo un examen en profundidad. Observó mi lengua, me tomó el pulso, golpeó mi pecho y mi espalda, me dio la vuelta a los párpados, me palpó el cráneo y,

finalmente, se quedó pensativo durante un instante. Le dije: «Me da la impresión de que es algo malo», pero él contestó: «No creo que sea nada serio». «Imagino que no pasará nada porque salga un rato», sugirió mi mujer. «Déjeme ver...», el doctor Amaki volvió a sumergirse en las profundidades de su pensamiento sólo para volver y decir: «Bueno. Si no se siente mal...». «Pero *es que me siento fatal*», repliqué. «En ese caso le daré un sedante y un jarabe», dijo. «¡Oh, sí, por favor! Se trata de algo grave, ¿verdad doctor?», insistí. «No, no. Para nada. No hay nada de qué preocuparse. No debe ponerse nervioso». Y dicho esto se marchó. Ya eran las tres y media. Enviamos a la criada a por las medicinas. De acuerdo con las instrucciones de mi mujer no sólo debía correr mientras iba a la farmacia, sino que debía volver a casa volando. Ya eran las cuatro menos cuarto. Eso significaba que sólo quedaban quince minutos para nuestra partida. De pronto empecé a sentirme peor. Sucedió de forma totalmente repentina. Mi mujer disolvió la medicina en una taza y la puso delante de mí, pero tan pronto como pretendía tomarla, noté que algo extraño se revolvía en mis entrañas. «Vamos, bébetelo. Rápido», me urgía mi mujer. En efecto, debía tomármelo rápido y salir igual de rápido. Reuniendo todo mi coraje, me acerqué la taza a los labios e intenté beber, pero de pronto un enorme retortijón separó la medicina de mí. En este proceso de acercarme la taza para beber y verme forzado a desistir una y otra vez, dieron las cuatro en punto. No podía demorarme más y levanté la taza una última vez. Sabéis, en ese momento sucedió algo verdaderamente extraño. Diría que una de las cosas más inexplicables de mi vida. Tan pronto como sonó la cuarta campanada del reloj, la dolencia desapareció y pude al fin tomarme la medicina sin mayor problema. Y alrededor de las cuatro y diez los escalofríos y el mareo desaparecieron. Aquí debo añadir que fue en ese momento cuando me di cuenta del gran científico que tenemos en el doctor Amaki. Hasta ese momento había pensado que la enfermedad duraría días, pero para mí sorpresa me di cuenta de me había curado totalmente.

—¿Y al final fuisteis al teatro? —preguntó Meitei con cara de no pillar del todo el hilo de la historia.

—Queríamos haber ido, pero ya sabéis: mi mujer decía que ya eran las cuatro, y que cualquiera encontraba sitio libre a aquellas horas. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Al final nos quedamos en casa. Si el doctor Amaki hubiese venido sólo quince minutos antes, podría haber mantenido mi promesa. ¡Fue justo por quince minutos! Estaba angustiado. Incluso ahora, cuando pienso en lo estrecho de aquel margen de tiempo, vuelvo a angustiarme sin remisión.

El maestro una vez concluyó su mezquina historia, se las arregló para aparentar ser una persona que había cumplido con su obligación. Me imagino que en el fondo nada le diferenciaba de los otros dos.

—¡Qué lástima! —dijo Kangetsu, sonriendo. Pudimos vislumbrar su diente roto.

Meitei, por su parte, dijo con una falsa ingenuidad:

—Oh, vaya. Tu mujer estará feliz de tener un marido tan considerado y entregado como tú.

Tras las puertas correderas de papel se pudo escuchar a la mujer del maestro como si se estuviera aclarando la garganta.

Escuché tranquilamente las historias sucesivas de estos tres individuos, pero éstas ni me divirtieron ni me entristecieron. Sólo puedo llegar a la conclusión de que los seres humanos no valen para nada, excepto para el uso estruendoso que hacen de su boca con el fin único y exclusivo de matar el tiempo, contando historias sin gracia y riéndose de cosas que no son divertidas. Sé desde hace mucho del egoísmo y de la estrechez de miras del maestro, pero como normalmente tiene bien poco que decir, y la mitad de lo que dice no lo entiendo, tendía a disculparle. Sentía cierta precaución, cierto miedo, incluso algo de respeto hacia él, por su naturaleza inescrutable. Pero una vez escuché su historia, todas mis incertidumbres desaparecieron de golpe para convertirse en simple desprecio. ¿Por qué no podía escuchar las historias de los otros dos en silencio? ¿Qué buen propósito le podía haber llevado a contar una historia tan lamentable como esa sino el único afán de competir con sus invitados? Me pregunto si en sus portentosos escritos, Epicteto abogaba por algún tipo de acción. En resumen, el maestro, Kangetsu y Meitei son más bien como tres eremitas en un reino de paz. Han adoptado una actitud de indiferencia ante la vida, manteniéndose al margen de la gente, apartados de todo como serpientes en su nido, pero en realidad les mueven las mismas ambiciones mundanas que a todo el mundo. La necesidad de competir y la ansiedad por ganar se atisban en sus conversaciones diarias, y sólo un pelo les separa de los Filisteos, que dedicaban sus vidas a denunciar a todo el mundo sin excepción. Son animales del mismo pelaje, reconozcámoslo. Lo que, desde el humilde punto de vista de un felino, es algo de lo más despreciable. Lo único que los redime mínimamente es que su discurso e inventiva son menos aburridos que los de otras criaturas menos sutiles.

Estaba yo meditando sobre la verdadera naturaleza de la raza humana cuando sentí de pronto que la conversación de esos tres especímenes se me hacía insoportablemente aburrida, así que decidí salir a dar una vuelta por el jardín de la señora del arpa japonesa a ver si me enteraba del estado de salud de Mikeko. Era ya el 10 de enero, y habían quitado la decoración de los pinos. Desde lo alto de un cielo límpido brillaba un sol primaveral que iluminaba tierras y mares, y que hacía que incluso los pequeños jardines pareciesen mucho más vivos que tan sólo unos días antes. Había un cojín en la galería de la casa de Mikeko; las puertas correderas estaban cerradas y no se veía a nadie. Probablemente la señora se habría marchado al baño público. No me preocupaba lo más mínimo si la señora había salido o si estaba en casa, pero sí me preocupaba, y mucho, de la salud de Mikeko. Como no se veía un

alma, salté a la galería con mis patas llenas de barro y me tumbé en el cojín. Me pareció comodísimo. Me entró una modorra considerable y poco a poco me fui quedando dormido. De pronto escuché unas voces tras las puertas de papel:

—¿Qué tal? ¿Ya esta hecho?

La mujer del arpa japonesa había vuelto a casa.

—He tardado un poco. Fui al templo y ya lo tenían listo.

—A ver, déjame verlo. ¡Es precioso y está muy bien terminado! Con esto Mikeko seguro que descansará en paz ¿Estás segura de que el dorado no se echará a perder?

—Sí. Me he asegurado de ello. Me han dicho que como han utilizado materiales de la mejor calidad, durará más que la mayoría de las tablillas funerarias. Dijeron también que darían una última mano para que el ideograma «honor» en el nombre póstumo de Mikeko quedara escrito en cursiva.

—¿De verdad? Bueno. Pues coloquemos la tablilla en el altar familiar y hagamos la ofrenda de incienso.

Me estremecí. ¿Le había pasado algo a Mikeko? Igual había oído algo mal, así que me puse de pie sobre el cojín y escuche un tintineo familiar: ¡Ting! Luego se escuchó una invocación: «Amen Myouyoshinnyo, sálvanos Buda misericordioso y que descanse en paz». ¡Era la voz de la señora!

—Ahora reza tú también por ella.

De nuevo un ¡ting! y un Amen con la voz de la criada. Mi corazón empezó a latir violentamente. En un momento me sentí como un gato de madera; apenas podía ni pestañear.

—Una desgracia... Y pensar que en principio no era más que un resfriado...

—Quizás, si el doctor Amaki le hubiera dado algún medicamento, aún estaría entre nosotros.

—De hecho, es culpa del doctor Amaki. No prestó ninguna atención a Mikeko.

—No debes hablar así de la gente. Después de todo, a cada uno nos llegará la hora en cualquier momento...

Parecía que ese reputado doctor Amaki no sólo atendía humanos, sino que también se había hecho cargo de Mikeko.

—Una vez que todo ha terminado, yo creo que la culpa fue de ese gato callejero, ya sabes, el del maestro. La sacaba a la calle demasiado a menudo.

—Sí, ese bruto no le hizo ningún bien a Mikeko.

Me hubiera gustado excusarme, pero me daba cuenta que en este momento me convenía más ser paciente. Me contuve y seguí escuchando. Se produjo una pausa en la conversación.

—La vida no siempre discurre por donde uno quiere. Una preciosa gata como Mikeko muere en plena juventud, mientras un gato callejero como ése sigue por ahí sano y salvo, y haciendo maldades...

—Así es, en efecto, señora. Si uno buscara una persona tan encantadora como Mikeko no la encontraría ni con lupa.

La criada no dijo «otro gato», dijo «otra persona». Parece que la criada pensaba que gatos y humanos eran de la misma especie, lo cual no me extrañaba en absoluto. No había más que mirar la cara que tenía ella.

—Si en lugar de nuestra preciosa Mikeko...

—.. .se hubiera muerto ese salvaje gato callejero del profesor. .. ¡Ay! La vida habría sido más justa, señora.

Si todo hubiera ido tan bien como ellas deseaban, yo me habría encontrado en grandes dificultades, de eso estoy seguro. Como nunca he estado muerto no puedo decir si me habría gustado o no la experiencia. El otro día, por ejemplo, amaneció con un frío bastante desagradable, así que me acurruqué en el recipiente donde se colocan las brasas mientras aún conservaban su calor. La criada no se dio cuenta de que estaba allí y le colocó la tapa al recipiente. Escapé de milagro. Me estremezco sólo de pensar la agonía que habría sufrido. Shirokun, mi amiga la gata blanca, que vive enfrente, asegura que si esa agonía dura apenas unos instantes más, uno muere sin remisión. No me quejaría si hubiera muerto yo, en lugar de Mikeko, pero si para ello es imprescindible pasar por una agonía semejante, honestamente, no me preocupa mucho quedarme como estoy.

—A pesar de ser una gata ha tenido un digno funeral como Dios manda, oficiado por un monje. Y ahora ya tiene su propio nombre póstumo. No creo que ella pudiera esperar nada más por nuestra parte.

—Por supuesto que no, señora. De hecho, ha sido bendecida tres veces. La única pega que yo le pondría es que la lectura de los sutras del funeral no ha sido todo lo solemne que era de esperar.

—En efecto. Y creo que la ceremonia ha sido demasiado corta. Pero cuando se lo dije al monje ese del templo Gekkei, me contestó que había cumplido con los preceptos necesarios para asegurar la entrada de un gato en el paraíso.

—¡Madre mía! ¿Y si el gato en cuestión hubiera sido ese gato callejero que llevó a Mikeko a la tumba?

Ya he señalado en varias ocasiones que aún no tengo un nombre, pero esa mujer sigue refiriéndose a mí como «callejero». Razón de más para pensar que se trata de una criatura de lo más necia.

—Un ser tan pecaminoso, señora, no merece descansar en paz. Sin embargo, cuántos textos edificantes se han leído para salvar almas tan puras como la de Mikeko...

No tengo ni idea de cuántos cientos de veces más fui estigmatizado como gato callejero aquella tarde. Decidí dejar de escuchar aquel parloteo interminable, abandoné el cojín y salté al corredor. Agité mi cuerpo de la cola al hocico, y al tiempo

encrespé cada uno de mis ochenta y ocho mil ochocientos ochenta y ocho pelos, todos a la vez. Desde aquel día no he vuelto a aventurarme por la casa de la mujer del arpa japonesa. No hay duda de que el monje del templo de Gekkei leerá ahora sutras de inadecuada solemnidad en ayuda de la señora.

Desde hace algún tiempo he notado que no tengo ni fuerzas para salir a la calle. Por alguna razón la vida me parece en extremo fatigosa. Me he hecho un gato tan indolente como indolente es el maestro, sólo que él es un vulgar humano, y eso juega en su contra a ojos del mundo. Es ahora cuando empiezo a entender que es natural que la gente piense que el maestro se ha recluido en su estudio por razón de algún amor fracasado. Como nunca he cazado ninguna rata, Osan no deja de proponer mi expulsión inmediata de la casa. Pero el maestro sabe que no soy un gato vulgar y corriente, y esa es la razón por la que me permite continuar con mi vida ociosa. Por esa comprensión suya, me siento muy agradecido. Es más, aprovecho cualquier oportunidad para mostrarle mi respeto por su gran perspicacia. Tampoco me enfado especialmente con Osan por lo mal que me trata, pues la pobre es tan corta de raciocinio que no entiende por qué soy como soy. Pero ya veréis cuando llegue el día en que venga a esculpirme para el frontispicio de un templo algún maestro tipo Hidari Jingoro, el autor de la escultura del Gato Durmiente del templo de Nikkó; [25] o bien el equivalente japonés del famoso retratista de gatos francés Steinlen, [26] que venga a inmortalizarme en un lienzo. Será ese día cuando estos pobres seres miopes se arrepientan de su falta de visión y empiecen a confiar en mí de veras.

Capítulo 3

Mikeko estaba muerta. Y yo no podía acercarme a Kuro, así que me sentía sólo. Por suerte me manejaba razonablemente bien entre los seres humanos, por lo que, al menos, no me aburriría. Alguien había escrito recientemente al maestro y le pedía una fotografía mía. A los pocos días otra persona me mandó un paquete lleno de pasteles *kibidango,* típicos de Okayama. Cuanto más simpatía mostraban hacia mí los humanos, más inclinado me sentía yo a olvidarme de mi condición gatuna. Me sentía más próximo a ellos que a los míos, y la idea de algunos de mis congéneres de lanzar a la raza felina a una guerra sin cuartel para arrebatar la supremacía a los bípedos, ya no tenía sentido alguno. Es más, en los últimos meses había evolucionado de tal manera que a veces pensaba en mí mismo como si fuera un ser humano, lo cual era muy alentador. No es que despreciara a los miembros de mi propia raza, sino que me parecía natural sentirme bien entre quienes tenían unas actitudes similares a las mías. Me ofendería si mi creciente inclinación hacia el género humano se estigmatizara como un capricho, como una frivolidad o una traición. Son precisamente quienes lanzan esos furibundos ataques a los demás, los más intransigentes y los menos dotados. Me había graduado y había pasado de felino a humano, *y* ya no me sentía capaz de limitar exclusivamente mis intereses al mundo de Mikeko o Kuro. Con una altanería tan orgullosa como la de los humanos, me sentía ya capaz de juzgar sus pensamientos, sus palabras, sus hechos. Es natural. Sin embargo, y a pesar de haber adquirido esa consciencia de mí mismo, el maestro sólo alcanzaba a tratarme como a un gato ligeramente superior a cualquier vulgar minino de jardín. Por eso se comió todos los pasteles *kibidango* sin la más mínima consideración hacia mí y, por supuesto, sin pedirme permiso, algo muy reprobable. Tampoco se había molestado en preparar mi fotografía y enviarla, como el remitente de los pasteles le pedía. Supongo que esto podría ser motivo de queja, pero como las opiniones del maestro y las mías difieren radicalmente, no puedo hacerme responsable de las consecuencias que traiga su actitud. Desde que intento comportarme con total humanidad, encuentro cada vez más difícil escribir sobre los asuntos de los gatos, con quienes ya no me relaciono apenas. Pido, pues, su indulgencia si a partir de ahora me limito a escribir sobre las actividades de personas tan respetables como Kangetsu o Meitei.

Era domingo y hacía un día precioso. El maestro había salido de su estudio. Alineó frente a él un pincel, tinta china y un soporte para escribir. Se tumbó sobre el vientre *y* comenzó a gruñir y a rezongar. Yo le miraba asombrado, pensando que quizás esos ruidos tan peculiares resultaban ser en realidad los dolores de un parto literario. Después de un rato, escribió en grandes caracteres negros: «Incienso quemándose». ¿Sería acaso un poema, o un *haiku*? En el momento en que pensaba la frase era demasiado ingeniosa para él, la abandonó y comenzó a deslizar su pluma

rápidamente por el papel. Escribió una frase completa: «Ahora, después de un cierto tiempo, he estado pensando en escribir un artículo sobre Tennen Koji, el famoso Hombre Santo y Natural...» [27] En ese punto el pincel se detuvo en seco. El maestro, pincel en mano, se estrujaba los sesos, pero de allí no parecía salir nada brillante, así que, distraído, empezó a chupar la cabeza del pincel. Poco a poco sus labios comenzaron a adquirir una extraña coloración. Entonces se sacó el pincel de la boca, y justo debajo de lo que había escrito, dibujó un círculo con dos puntos como si fueran ojos, le añadió una nariz con orificios en el centro y, finalmente una simple línea recta a modo de boca. Desde luego, aquello no era un *haiku*, pero tampoco era un fragmento de prosa. Incluso el maestro parecía disgustado con su propia obra pues, casi inmediatamente, de varios trazos embadurnó la cara hasta que en el papel sólo había un borrón. En este momento empezó una nueva frase. Parecía tener una vaga noción que barruntaba algo totalmente diferente; algo inspirado en un poema de estilo chino. Tras varios intentos frustrados empezó a escribir bruscamente en estilo coloquial: «Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural, estudia el Infinito, lee los *Anales* de Confucio, come batatas asadas y tiene una nariz moqueante». Una frase ciertamente confusa. Acto seguido la leyó en voz alta declamando y luego se rio a carcajadas: «¡Ja, ja, ja! Interesante. Pero esa nariz moqueante es una imagen de lo más cruel. La tacharé». Eliminó esa parte. No contento con una sola frase, se lanzó a una segunda, y luego a una tercera. Continuó así sin importarle si se estaba sobrepasando. Cuando había escrito ocho renglones, pareció llegar al límite de su arrebato *y* se detuvo. Empezó a retorcerse los bigotes como si quisiera sacarles alguna sentencia final. En esas estaba, retorciéndose los bigotes arriba y abajo, cuando llegó su mujer desde el cuarto de estar y se sentó justo frente a sus narices:

—Cariño... —dijo.

—¿Qué pasa? —La voz del maestro sonaba sin brillo, como el golpe de un gong bajo el agua. A la mujer pareció no gustarle el tono de la respuesta. Volvió a insistir:

—Cariño...

—Sí, dime. ¿Qué pasa?

En esta ocasión el maestro se metió el dedo índice y el pulgar en un orificio nasal a fin de arrancarse un pelo que sobresalía.

—Vamos un poco justos este mes...

—No es posible que vayamos justos. Hemos pagado al doctor y la factura de la librería. Así que este mes deberíamos ir incluso algo sobrados —dijo fríamente mientras observaba muy atento los pelos que acababa de arrancarse de la nariz como si fueran maravillas de la naturaleza.

—Es por tu culpa. En lugar de comer simplemente arroz, te empeñas en comer pan con mermelada...

—Bueno, ¿y cuántos botes de mermelada dices que me he comido?

—Este mes has vaciado ocho.

—¿Ocho? Desde luego yo no he comido tanta mermelada.

—No has sido sólo tú. Las niñas también comen.

—Por muy cara que sea la mermelada, no puede costar más de dos o tres céntimos el bote.

El maestro, muy calmado, plantó los pelos de su nariz, uno por uno, en el soporte para escribir. Los pelos se quedaron de pie, pegados sobre el soporte como si fueran agujas en una plantación. Impresionado por este descubrimiento inesperado, pegó un soplido. Pero los pelos estaban tan pegados al soporte que no pudo lograr que levantaran el vuelo.

—Vaya. ¿No te parecen obstinados, estos pelos? —Y entonces se puso a soplar frenéticamente.

—Y no se trata sólo de la mermelada. Hay otras cosas que comprar.

La señora de la casa frunció el ceño.

—Puede ser —dijo, e introdujo de nuevo la pinza dáctil para extraer de un tirón unos cuantos pelos más que asomaban por las narices. En el matojo que logró arrancar había cerdas de diversas tonalidades, rojas y negras, además de un único pelo tipo cana. El maestro con gran sorpresa, mostró el racimo de pelos a su mujer, cogiéndolo entre los dedos y poniéndoselo delante de su cara:

—¡Pero qué haces! —gritó la mujer apartándose con un gesto de profundo desagrado.

—¡Míralo! Tengo una cana nasal —dijo profundamente impresionado por su descubrimiento.

Su mujer, resignada, se refugió de nuevo en el cuarto de estar. Parecía haber dado por perdida cualquier esperanza de recibir ayuda de algún tipo para solucionar sus problemas domésticos. El maestro parecía centrar todos sus esfuerzos en las consideraciones sobre Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural.

Su estrategia para quitarse a su mujer de encima haciendo una exhibición de sus pelos de la nariz había constituido un éxito rotundo, no cabía duda. Parecía bastante aliviado. Así que volvió a consagrarse a sus labores depilatorias mientras retomaba su artículo. Sin embargo, el pincel seguía inmóvil.

—Ese «come batatas asadas» es superfluo. ¡Fuera con él! —y borró la frase.

—Y lo de «incienso quemándose» suena un tanto abrupto. También lo tacharemos.

Su exuberante labor autocrítica tuvo como consecuencia que al final en el papel quedara solamente la frase que había escrito en primer lugar: «Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural es uno de los que estudia el Infinito y lee los *Anales* de Confucio». Ahora tenía la impresión de que era demasiado simple:

—Bueno, no me molestaré más. —Abandono la prosa y se conformó con un

simple epitafio. Después tomó el pincel transversalmente y se dedicó a garabatear vigorosamente sobre el soporte para la escritura, tal como suelen hacer comunmente los literatos. El resultado fue un estudio muy pobre a la acuarela de una orquídea. Sus esfuerzos por escribir un artículo se habían quedado en nada. Dio la vuelta a la hoja y escribió algo sin sentido: «Nacido en el Infinito, estudió en el Infinito *y* murió en el Infinito. Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural. Infinito». En ese momento apareció Meitei vestido con su habitual estilo desenfadado. Parecía no tener muy clara la distinción entre su casa y las de los demás. Solía plantarse en cualquier casa sin anunciarse y sin ningún tipo de ceremonias y, lo que es peor, en ocasiones lo hacía deslizándose subrepticiamente por la puerta de la cocina. Era uno de esos tipos que desde el mismísimo día en que nacen se disculpan a sí mismos de observar normas de conducta como el respeto por sus semejantes, la reserva, los escrúpulos o la propia consideración al prójimo.

—¿Estabas otra vez coqueteando con el Gigante Gravitación? —preguntó todavía de pie.

—¿Es que crees que sólo escribo sobre el Gigante Gravitación? Estoy tratando de componer un epitafio para la lápida de Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural —replicó el maestro exagerando considerablemente.

—¿Qué es eso? ¿Una especie de nombre budista, como «Niño Accidental»? —preguntó Meitei, haciendo gala de su habitual falta de estilo.

—Ah, ¿es que hay alguien llamado «Niño Accidental»?

—No, por supuesto que no lo hay. Pero parecía que trabajabas en algo de ese estilo.

—No creo conocer a nadie con ese nombre, pero Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural sí existe. Es alguien de mi propio círculo, de hecho.

—Imposible. ¿Quién de tus conocidos va a tener un sobrenombre así?

—Sorosaki. Seguro que lo conocerás. Después de licenciarse en la universidad hizo un postgrado sobre el estudio de la «teoría del infinito». Pero trabajó en exceso, sufrió una peritonitis y murió. Sorosaki fue amigo mío. Intimo, diría yo.

—De acuerdo, fue amigo tuyo. Intimo. No pretendo cuestionar ese hecho, pero ¿a quién diablos se le ha ocurrido convertir a Sorosaki en «Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural»?

—Yo. Fue a mí a quien se le ocurrió el nombre. No hay nada más filisteo que los nombres budistas que ponen los monjes. —El maestro se jactaba de la ocurrencia como si se tratara de un hallazgo artístico.

—En cualquier caso, veamos el epitafio —dijo Meitei riendo. Cogió el manuscrito del maestro y leyó en voz alta:

—¡Hey! «Nacido en el Infinito, estudió en el Infinito y murió en el Infinito. Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural. Infinito». Ya veo, ya veo. Está bien.

Bastante apropiado para el pobre Sorosaki.

—¿Lo dices en serio? —preguntó el maestro evidentemente complacido.

—Deberías grabar el epitafio en una de esas pesadas piedras para moler nabos y dejarla en el jardín de algún templo como si fuera una lápida sepulcral. Es bueno. Es casi artístico: «Señor Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural, puede descansar en paz».

—En realidad eso es, precisamente, lo que pensaba hacer —contestó el maestro con un ademán bastante serio—. Pero te pido que me excuses un instante. No tardaré mucho. Juega con el gato mientras tanto, pero no te vayas —dijo el maestro mientras salía por la puerta.

Y salió como alma que lleva el diablo sin esperar siquiera la respuesta de Meitei.

De pronto y sin haberlo previsto, se esperaba de mí que entretuviera a ese buitre cultural de Meitei. Si tenía que dedicarme a complacerle, ya no podría mantener mi actitud glacial hacia él. Así que maullé y me senté sobre sus rodillas.

—Hola —dijo Meitei—Has engordado un poquitín, ¿no es cierto? Vamos a echarte un vistazo.

Me cogió sin ninguna consideración del pellejo del cogote y me levantó del suelo hasta dejarme suspendido y con las patas colgando.

—Los gatos como tú, que dejan las patas de atrás oscilando de ese modo, son de los que no cazan ratones... ¡confiesa! —dijo mientras me giraba hacia la habitación de al lado, donde estaba la mujer del maestro.

—¿Ha cazado algo alguna vez?

—En lugar de cazar se dedica a comer pasteles de arroz y a bailar —contestó la señora.

La esposa del maestro había cometido la indiscreción de contar mis intimidades y eso me hizo sonrojar. Especialmente en un momento tan delicado en el que Meitei me tenía suspendido por el aire como si fuera un animal del circo.

—Con una cara como esa no me sorprende que se pase el día bailando. Sabe, este gato tiene una fisonomía auténticamente insidiosa. Parece uno de esos gatos-duende que aparecían en las ilustraciones de los libros antiguos. —Meitei, intentaba entablar una conversación con la señora, aun a riesgo de estar parloteando sobre estupideces. La mujer interrumpió su costura de mala gana y entró en la habitación.

—Lo siento. Debe de estar usted aburriéndose sin mi marido. No creo que tarde mucho en volver. —Llenó la taza del invitado con té recién hecho.

—Me pregunto adonde habrá ido.

—Sólo Dios lo sabe. Nunca explica dónde va cuando sale. Probablemente a ver al médico.

—¿Se refiere al doctor Amaki? Qué mala suerte para el doctor Amaki tener que atender a un paciente como su marido.

El comentario sonó algo impertinente, y parecía difícil que la señora pudiera darle una buena réplica. Por eso se limitó a decir:

—Bueno, si usted lo dice...

Meitei no pareció apercibirse de la reacción de la mujer y siguió a la suya:

—¿Cómo se encuentra últimamente? ¿Está mejor de su estómago?

—Es imposible decir si está mejor o no. Por mucho que el doctor Amaki cuide de él, es imposible que su salud mejore si continúa consumiendo tales cantidades de mermelada. —Se resarcía con Meitei de su fracasada conversación con el maestro, un rato antes.

—¿En serio come tanta mermelada? Parece cosa de niños, más bien.

—Y no sólo mermelada. Hace poco le he pillado engullendo un cuenco entero de rábanos rallados. Le ha dado por decir que es un gran remedio contra la dispepsia.

—Me sorprende... —murmuró Meitei.

—Todo empezó cuando se enteró por uno de esos periodicuchos que lee que los rábanos rallados contenían una alta concentración de diastasas.

—Ya veo. Supongo que piensa que comiendo rábanos rallados compensará los empachos de mermelada. Ciertamente se trata de una deducción ingeniosa.

Meitei parecía divertido escuchando el quejicoso recital de la buena mujer.

—El otro día intentó hacérselo comer al bebé.

—¿Intentó que el bebé comiera mermelada?

—No. Rábanos rallados. ¿Puede usted creérselo? Le cogió y le dijo: «Ven aquí, mi tesoro, que papaíto te va a dar una cosa muy rica». Cada vez que muestra el más mínimo interés por las niñas, lo cual sucede de pascuas a ramos, siempre lo hace por cosas igual de absurdas. Hace unos días, sin ir más lejos, cogió a nuestra segunda hija y la subió a lo alto de una cesta.

—¿Intentaba demostrar algo ingenioso? —Meitei no perdía ocasión para indagar en intimidades ajenas.

—De ingenioso nada. Lo único que quería era comprobar si la niña saltaría por su propio pie, cuando es bastante obvio que una niña de tres o de cuatro años es incapaz hacer algo tan estúpido.

—Vaya. Desde luego fue una idea poco afortunada. Pero su marido sigue siendo una buena persona. En su corazón no hay maldad.

—¿Usted cree que le soportaría si encima tuviera una naturaleza malvada? —respondió la señora enérgicamente.

—Seguro que no hay motivo para sospecharlo. Su marido no se preocupa por cosas mundanas, ni derrocha el dinero en vestir a la última. Es un tranquilo hombre de familia.

Meitei se prodigó en alabanzas sobre una vida que desconocía.

—Bien. Eso es lo que usted piensa. Mi marido es justo lo contrario...

—¿Ah sí? ¿Tiene vicios secretos, entonces? Desde luego, hay que tener cuidado con lo que se dice —dijo Meitei en un tono blando e indiferente, típico de él.

—No tiene vicios secretos, que yo sepa. Pero no hace más que comprar un libro detrás de otro y luego nunca lee ni uno. No me preocuparía si utilizase la cabeza y comprase con moderación, pero no. Cada vez que se le antoja se va a la librería más grande de la ciudad y vuelve a casa con todos los libros que le da la gana. Luego, a final de mes, cuando llegan las facturas, se desentiende totalmente del asunto. A finales del año pasado lo pasamos fatal con las facturas acumuladas.

—No importa cuántos libros compre. Cuando vengan de la librería a cobrar, dígales que no se preocupen, que les pagarán más adelante. Ya verá cómo se van.

—Pero no se pueden aplazar las cosas indefinidamente —dijo la mujer, abatida.

—Entonces debe explicarle el asunto a su marido y decirle que corte el gasto en ese concepto.

—¿Y usted cree realmente que me escuchará? El otro día me dijo: «No pareces la mujer de un profesor. Parece que no entiendes el valor de los libros. Escucha atentamente esta historia de la antigua Roma. Puede que sirva para que en el futuro pienses un poco antes de hablar».

—Suena interesante. ¿Y qué historia era esa?

Meitei se entusiasmó. Ahora parecía más interesado en satisfacer su curiosidad que en mostrar compasión por la señora.

—Según parece en la antigua Roma hubo un rey llamado Tarukin.

—¿Tarukin? Vaya nombre más raro.

—Siempre me confundo con los nombres extranjeros. Son todos tan difíciles. En cualquier caso, creo que era el séptimo rey de Roma.

—El séptimo rey de Roma... Suena extraño. Pero, dígame. ¿Qué pasó con ese séptimo rey, el tal Tarukin?

—No me tome el pelo, por favor. Me avergüenza usted. Si sabe el verdadero nombre de ese rey, dígamelo. Su actitud. ..— le espetó— es de lo más descortés.

—¿Cree que le tomo el pelo? Ni siquiera soñaría con hacer semejante cosa. Es sólo que el «séptimo rey de Roma» sonaba bien, maravillosamente bien. Veamos... un Romano... concretamente el séptimo rey. No estoy totalmente seguro, pero juraría que se trata de Tarquinio el Soberbio. Aunque bueno, tampoco importa mucho quién fuera. ¿Qué es lo que hizo ese rey?

—Por lo que entendí ocurrió que una mujer, una tal Sibila, fue a verle y le llevó nueve libros con la intención de vendérselos.

—Entiendo.

—Cuando el rey le preguntó cuánto pedía por ellos, ella le dio una cifra enorme. Tan grande que el rey pidió un descuento. Tras lo cual la mujer lanzó tres libros al fuego que se transformaron rápidamente en cenizas.

—¡Vaya, qué lastima!

—Parece que los libros contenían profecías, predicciones, que no estaban registradas en ninguna otra parte.

—¿En serio?

—El rey pensaba que los seis libros restantes serían algo más baratos que el lote completo y preguntó su precio. Pero el precio era exactamente el mismo, ni un céntimo menos. Cuando el rey se quejó de este escandaloso aumento, la mujer lanzó otros tres libros al fuego. El rey parecía seguir anhelándolos *y* preguntó el precio de los tres restantes. La mujer pidió el mismo precio que por los nueve que había traído originalmente. De nueve libros habían pasado a seis, y después a tres, pero el precio seguía siendo el mismo. El rey sospechaba que si intentaba regatear de nuevo con la mujer, esta los lanzaría de nuevo a las llamas, así que se los quedó por el precio de partida de los nueve. Esa era la moraleja. Mi marido pensó que si me contaba esa historia llegaría a comprender el valor real de los libros. Sin embargo, si le soy sincera, yo no le veo la punta por ninguna parte a esta historia.

Parecía como si estuviera desafiando a Meitei a contarle su opinión sobre la absurda historia que le había contado su marido. Incluso el propio Meitei, hombre de recursos, parecía algo perdido. Sacó un pañuelo de la manga de su *kimono y* me tentó para jugar con él. Entonces, en voz alta, como si una idea repentina le hubiera golpeado la cabeza dijo:

—¿Sabe, señora? Es precisamente por comprar tantos libros y llenarse la cabeza con todo tipo de ideas por lo que a su marido se le considera un erudito. El otro día, sin ir más lejos, leí un comentario sobre él en una revista literaria.

—¿En serio? —dijo la señora mientras se giraba. Después de todo, es bastante natural que la mujer del maestro sintiera curiosidad por los comentarios que se hacían de su marido—. ¿Y qué es lo que decían? —preguntó.

—Bueno, la verdad es que sólo le dedicaban unas líneas. Decía que la prosa del maestro, el señor Kushami, era como la de una nube que atraviesa el cielo, como el agua que fluye en la corriente.

—¿Eso decía? —preguntó la señora con una sonrisa—. ¿Nada más?

—Bueno, también decía que eso era porque su prosa se borraba tan pronto como aparecía, y que cuando lo hacía era para siempre y sin dejar rastro alguno en la memoria.

La señora de la casa le miró con extrañeza y preguntó:

—Eso era un elogio, ¿no?

—Eh, quizás sí, ya que lo dice... Sí, una especie de elogio —contestó Meitei mientras meneaba su pañuelo frente a mi cara.

—Ya que los libros son tan importantes para su trabajo, supongo que no tengo motivo para quejarme. Pero ese hábito suyo es tan acusado que...

Meitei interpretó que se avecinaba una nueva andanada de reproches y la interrumpió:

—Cierto. Pero en eso es igual a cualquier otro hombre de letras que persiga unos conocimientos tan elevados.

Una respuesta perfectamente ambigua destinada a alabar y a criticar a un tiempo.

—El otro día tenía que ir a algún sitio justo después de volver a casa del colegio, y como cambiarse de ropa le parecía un engorro, pues se puso a comer tal cual, sin quitarse nada, sentado en el suelo frente a la mesa baja, con la bandeja puesta encima del brasero. Yo, mientras tanto, sujetaba la olla del arroz también sentada en el suelo. La escena resultaba de lo más cómica.

—Parece como cuando antiguamente los generales se sentaban en el suelo para identificar las cabezas cortadas de sus enemigos muertos en batalla. Algo muy típico del maestro Kushami. Desde luego no se puede decir de él de ninguna manera que sea una persona aburrida y convencional —dijo Meitei a modo de cumplido un tanto forzado.

—Una mujer no puede decir qué es convencional y qué no lo es, pero yo creo que su conducta resulta en ocasiones de lo más rara.

—En cualquier caso, eso es mejor que ser convencional.

Según aumentaba el apoyo de Meitei al maestro, más crecía el descontento de su esposa.

—La gente siempre anda discutiendo si esto o aquello es convencional. Pero, ¿podría decirme, por favor, qué hace que algo sea realmente convencional?

—Convencional... Bueno, lo que se dice convencional... Es un poco difícil de explicar...

—Si se trata de algo así de impreciso, seguro que entonces no tiene nada de malo. —La señora empezó a arrinconar a Meitei con la típica lógica femenina.

—No, no se trata de algo impreciso. Es algo perfectamente claro y definido. Sólo que es difícil de explicar.

—Entonces usted llama convencional a todo aquello que no le gusta.

Sin saberlo, había dado en el clavo. Meitei, completamente noqueado, no podía seguir esquivando una definición.

—Le daré un ejemplo. Un hombre convencional es el que anhela casarse con una chica de dieciséis o dieciocho años, pero como no lo logra, se conforma y no hace nada al respecto. Un hombre que cada vez que hace buen tiempo sólo se dedica a pasear tranquilamente a la orilla del río Sunida, sin olvidar, eso sí, llevarse con él una botella de *sake*.

—¿De verdad existe gente así? —Como no podía seguir aguantando las sandeces de Meitei, empezó a perder interés por la conversación—. Lo que usted dice es tan complicado que me supera.

—¿Usted cree que es complicado? Imagínese: cogemos a un dependiente medio de cualquier comercio *y* lo sumamos a un estudiante cualquiera. El resultado lo divide entre dos y ahí tiene un ejemplo perfecto de hombre convencional.

—¿De verdad lo cree así? —respondió ella extrañada. Se la notaba poco convencida.

—¿Todavía estáis aquí? —preguntó el maestro mientras se sentaba en el suelo al lado de Meitei. Nadie había notado su presencia.

—¿Cómo que si todavía estamos aquí? Dijiste que no tardarías mucho y que te esperase.

—¿Ve? Siempre hace lo mismo —susurró la señora inclinándose hacia Meitei.

—Mientras estabas fuera, tu mujer me ha contado toda clase de historias sobre ti.

—El problema de las mujeres es que hablan demasiado. Mejor le iría si estuviera calladita. Como este gato —dijo dándome unas palmaditas en la cabeza.

—Me ha contado que intentaste endilgarle un plato de rábanos rallados a tu bebé.

—Hum —refunfuñó el maestro, y luego se echó a reír.

—Hablando de bebés. Los de ahora son de lo más inteligentes. Desde el día en que le di los rábanos rallados, si le preguntas: «¿Dónde está el rabanito picante?», saca la lengua y responde: «Aquí». ¿No es extraño?

—Es natural; con lo picante que está. Parece como si hubieras estado adiestrando a un perro y enseñándole trucos. Es muy cruel por tu parte. Por cierto, Kangetsu debe de estar al llegar.

—¿Va a venir Kangetsu? —preguntó el maestro con voz turbada.

—Sí. Le mandé una nota pidiéndole que se pasase por aquí a la una en punto.

—¡Mira tú que bien! Invitar a la gente a mi casa sin preguntarme si me viene bien o no. ¿Y se puede saber cuál es la razón de la invitación?

—En realidad no fue idea mía, sino que más bien actué a sugerencia suya. Según parece, va a ofrecer una lectura en la Sociedad de Ciencias Físicas. Dijo que necesitaba ensayar su discurso y me pidió que lo escuchara. Pensé que estaría bien que también tú lo oyeras. Por eso le pedí que viniera a tu casa. Eres un hombre ocioso, sin compromisos, y no pensé que opusieras mucha resistencia. Harás bien en escucharle. —Meitei parecía saber perfectamente cómo conducir la situación.

—No sé ni una palabra sobre Ciencias Físicas —replicó el maestro con una voz que delataba su disgusto por las componendas y apreciaciones de su amigo.

—No te creas. El tema no es tan arduo como, por ejemplo, el de los tubos magnéticos. Su discurso versa sobre un asunto extraordinario y trascendental, la «Mecánica del Ahorcamiento». Seguramente merece la pena escucharlo.

—Tú mismo fallaste recientemente en tu intento de suicidarte. Entiendo tu interés en el tema, pero en lo que se refiere a mí...

—Hombre, creo que fue a ti a quien le entraron convulsiones cuanto te tocaba ir

al teatro, así que tampoco creo que debas perderte el discurso de Kangetsu.

Meitei soltó una de sus puñaladas habituales y el maestro Kushami lo aceptó con una sonrisa.

La señora de la casa se rió también, malignamente, y tras despedirse del invitado con una inclinación de cabeza abandonó la estancia. Por primera vez en mucho tiempo el maestro me acarició la cabeza con suavidad.

Kangetsu apareció justo siete minutos después. Como tenía que pronunciar su esperado discurso esa misma tarde, no iba vestido con su habitual ropa informal, sino con una elegante levita perfectamente compuesta. Parecía más distinguido de lo habitual.

—Siento llegar tarde —saludó a sus amigos, que estaban sentados haciendo gala de una perfecta compostura.

—Hace siglos que te esperábamos. Nos gustaría que empezases sin más preámbulos, ¿no es así? —preguntó Meitei al tiempo que miraba al maestro para confirmar su petición.

—Hmm —respondió el maestro distraídamente. Parecía no tener mucha prisa.

—¿Me podrían dar un vaso de agua? —solicitó el ponente.

—Vaya, parece que no bromeabas con lo de endilgarnos tu conferencia. La próxima petición será de aplausos, supongo. —Meitei empezaba a divertirse.

Kangetsu extrajo un papel de un bolsillo y se lo quedó mirando:

—Como se trata de un ensayo, no duden, por favor, en realizar todas las críticas que consideren oportunas.

Y con esta invitación comenzó finalmente su lectura:

—«La pena de muerte por ahorcamiento parece que tuvo su origen en los pueblos anglosajones. Previamente, en tiempos más antiguos, ahorcarse era el método más común para suicidarse. Se cuenta que entre los hebreos era habitual matar a los criminales mediante la lapidación. Si uno lee el Antiguo Testamento, encontrará que la palabra ahorcamiento sólo se utiliza para referirse al hecho de colgar los cuerpos una vez muertos, a fin de que fueran devorados por las fieras. Según el sabio Herodoto, parece ser que los judíos, antes de su salida de Egipto, aborrecían la idea de dejar por la noche los cuerpos expuestos a la intemperie. Los egipcios, por su parte, decapitaban a los condenados y luego crucificaban sus torsos dejándolos expuestos por la noche. Por lo que se refiere a los persas, también...»

—Alto ahí. Parece que cada vez te alejas más del tema del ahorcamiento, ¿no crees? —interrumpió Meitei.

—Tengan paciencia, tengan paciencia. Enseguida entraré en materia. Ahora con respecto a los persas, «también parece que usaron la crucifixión como método de ejecución de los criminales. Sin embargo, no está claro si lo hacían antes o después de que el reo hubiera muerto. Y este es un tema controvertido *y* no suficientemente

aclarado».

—¿Y a quién le importa lo que hacían los persas? Esos detalles carecen de importancia —se quejó el maestro bostezando. Se le notaba realmente aburrido.

—Hay todavía muchas formas de ejecución de las que me gustaría informarles, pero como parece que mi discurso les aburre...

—Mejor debería decir que *efectivamente* nos aburre soberanamente, ¿no te parece, Kushami? —intervino Meitei. El maestro respondió fríamente:

—¿Y cuál es la diferencia?

—Ya he llegado al tema principal de mi lectura —les cortó Kangetsu—. Les leeré el resto de mi texto.

—Un locutor *lee* un texto. Tratándose de un orador, permíteme decirte que deberías usar una expresión algo más elegante —interrumpió de nuevo Meitei.

—Si la expresión «leer el texto» le parece vulgar, ¿qué palabra debería usar entonces? —preguntó Kangetsu empezando a irritarse visiblemente.

—Con Meitei uno nunca sabe si te está escuchando o te está interrumpiendo. No hagas caso a sus impertinencias, Kangetsu. Continúa.

El maestro buscaba la forma de que aquello no se alargase más de lo debido.

—«Al recitar tristemente, supongo que has encontrado un sauce llorón» —dijo Meitei remedando el conocido *haiku.*

Kangetsu, a pesar de sí mismo, no se contuvo y estalló en una carcajada. Luego continuó con su discurso:

—«Mis investigaciones revelan que la primera prueba documentada del uso del ahorcamiento como método de ejecución aparece en la *Odisea,* exactamente en el volumen veintidós. Me refiero al pasaje en que Telémaco ordena ahorcar a las doce doncellas de Penélope. Podría leerles el pasaje en el griego original, pero como lo considerarían un acto de afectación, no lo haré. En cualquier caso, lo encontrarán entre los versos 465 y 473.»

—Deberías cortar todo ese rollo de los griegos. Parece como si quisiera mostrar a todo el mundo tu conocimiento del mundo helénico. ¿No te parece, Kushami?

—En eso estoy de acuerdo contigo. Yo sería más modesto y evitaría ese alarde de ostentación. Eso mejoraría el discurso.

Era bastante raro que el maestro se pusiera de parte de Meitei. La razón oculta era, por supuesto, su total desconocimiento del griego.

—Muy bien. Pues omitiré todas esas referencias. Y ahora, continuaré, si no les parece mal: «Consideremos en este punto cómo se llevaron a cabo exactamente los ahorcamientos. Se puede decir que existían dos métodos. El primero es el que empleo Telémaco, ayudado por Eumeo y Filoteo. Tras sujetar un extremo de la cuerda a una columna, hizo nudos corredizos a lo largo de ella para introducir las cabezas de las mujeres en cada uno de los lazos. Una vez estuvieron dentro, tiró del otro extremo y

de esa manera quedaron todas colgadas».

—O sea, que quedaron todas colgadas como si fueran camisas en una cuerda de tender la ropa...

—Exactamente. «El segundo método consistía en sujetar firmemente un extremo de la cuerda a una columna, como he indicado anteriormente, y el otro a una viga del techo. De esa cuerda primaria se hacían colgar varias cuerdas secundarias en las que se hacían los correspondientes nudos corredizos. Se colocaba a una mujer por nudo y, cuando estaban todas listas, se les apartaba bruscamente el poyete sobre el que se encontraban.»

—Entonces tendrían el mismo aspecto que cuando se cuelgan farolillos de papel en una cuerda a la entrada de un burdel, ¿no? —preguntó Meitei.

—Eso no lo puedo afirmar —respondió con cautela Kangetsu—. Nunca he visto esos farolillos de papel de los que habla usted, pero si tal cosa existe, debe de ser justamente así. «Bien. Si se analiza cuidadosamente, el primer método de ahorcamiento descrito en la *Odisea* resulta, mecánicamente, imposible. Y para demostrar mi afirmación debo proceder a argumentarla.»

—¡Qué interesante! —replico Meitei.

—En efecto. Muy interesante —confirmó el maestro.

—«Supongamos que las mujeres deban ser colgadas a intervalos equidistantes, y que el tramo de cuerda entre dos mujeres más cercano al suelo esté colocado horizontalmente, ¿de acuerdo? Ahora supongamos que ai, a2, y así hasta a6 sean los ángulos entre las cuerdas y el horizonte. Y que Ti, T2 y así hasta Ts representen el peso que recibe cada parte de la cuerda. Entonces, T7 = X, siendo éste el peso que recibe la parte más baja de la cuerda. W es, por supuesto, el peso de las mujeres. Hasta ahora todo claro. ¿Me siguen?»

El maestro y Meitei se miraron y contestaron al unísono:

—Bueno, más o menos.

Debo señalar el valor singular que ese «más o menos» tenía en el caso del maestro y Meitei. Imposible afirmar si era muy distinto al de otra gente.

—«Bien. De acuerdo con la conocida teoría de los valores medios aplicada a los polígonos, una teoría de la que estarán al tanto, sin duda, se pueden establecer las siguientes doce ecuaciones:

$T1 \cos \alpha I = T2 \cos \alpha 2$.. …(I)

$T2 \cos \alpha = T3 \cos \alpha 3$.. ..(2)

—Creo que ya tenemos suficiente con esas ecuaciones —le interrumpió el maestro.

—¡Pero estas ecuaciones son la verdadera esencia de mi ponencia! —Kangestsu parecía realmente molesto por la observación de mi amo.

—En ese caso, será mejor dejar esa parte tan verdaderamente esencial para otra ocasión. —Meitei también parecía estar fuera de juego.

—Pero si omito el detalle completo de las ecuaciones, será imposible sustanciar los estudios mecánicos a los que he dedicado tanto esfuerzo...

—No te preocupes por eso. Ahórratelos —contestó el maestro haciendo gala de una total sangre fría.

—Es algo totalmente irracional eso que dicen; pero, ya que insisten, los omitiré.

—¡Bien! —saltó Meitei dando palmas.

—«Ahora llegamos a Inglaterra. Si revisamos el *Beowulf*, encontraremos la palabra *gallows*, horca. Es decir, *galga*. De esto podemos deducir que el ahorcamiento, como pena capital, ya se usaba en el período al que el libro hace referencia. De acuerdo con Blackstone, si un convicto no muere en su primer intento de ahorcamiento, debe ser ahorcado otra vez.

En cambio, y eso es bastante extraño, en *Pedro el Labrador* [28] *se.* asegura que, incluso si eres un asesino, no se te puede condenar dos veces a muerte. No sé cuál es la versión correcta. De cualquier modo, podría referir aquí multitud de casos en los que, tristemente, los condenados no morían a la primera. En 1786 las autoridades trataron de colgar a un villano llamado Fitzgerald, pero cuando le quitaron el apoyo de los pies, por alguna extraña razón la cuerda se rompió. En el siguiente intento, la cuerda era tan larga que sus piernas tocaban el suelo y, de nuevo, sobrevivió. A la tercera, finalmente murió gracias a la ayuda de los espectadores.»

—Bien, bien —dijo Meitei repentinamente animado, como era de esperar.

—Un auténtico tanatófilo, este Kangetsu. —Incluso el maestro, tan soso habitualmente, parecía divertirse de lo lindo.

—Hay otro hecho interesante. Una persona ahorcada crece alrededor de tres centímetros tras su muerte. Eso es perfectamente cierto. Los médicos lo han comprobado.

—¡Ah! Eso es algo que no sabía. ¿Qué te parece Kushami? —preguntó Meitei.

—Podrías mandar que te colgaran. Así crecerías tres centímetros y por fin tendrías el aspecto de una persona normal. La observación fue admitida con una inesperada seriedad.

—Dime, Kangetsu —apuntó Meitei—. ¿Existe alguna posibilidad de sobrevivir a ese proceso de alargamiento?

—En absoluto. Se trata del estiramiento de la médula espinal. Es más una cuestión de rotura que de otra cosa.

—En ese caso, no cuentes conmigo para experimentar.

El maestro abandonó toda esperanza de ver a su amigo demostrar la teoría de Kangetsu.

El ponente se centró entonces en la controvertida cuestión de las funciones

fisiológicas de los ahorcados. Pero como Meitei le interrumpía tan constantemente y de un modo tan caprichoso, y el maestro bostezaba tan ostentosamente, al final Kangetsu abandonó su exposición inopinadamente y se marchó. Y así acabó todo. Lo que no puedo decir es si triunfó cuando finalmente pronunció el discurso, y menos aún los gestos que empleó en su alocución, pues la lectura en sí tuvo lugar a kilómetros de distancia.

Pasaron varios días sin que se produjera ningún acontecimiento destacado. Un buen día, serían las dos de la tarde, Meitei volvió a aparecer, tan inesperadamente, como solía, haciendo gala de sus habituales ademanes desenfadados. Tan pronto como tomó asiento preguntó abruptamente:

—¿Has oído lo de ochi Toito y el incidente de Takanawa?

Hablaba muy excitado, como si en vez de dar una noticia sobre un amigo común, estuviera anunciando la caída de Port Arthur.

—No. No le he visto últimamente —contestó el maestro. Su ánimo aquella tarde era de lo más sombrío.

—Pues a pesar de todas las cosas que tengo que hacer, y de lo ocupado que estoy, quiero que sepas que he venido expresamente para contarte su última metedura de pata.

—Seguro que es otra de tus exageraciones. Eres insoportable...

—Insoportable, eso nunca. Imprevisible, quizás. Debo pedirte disculpas en ese sentido. Lo que has dicho afecta de un modo imperdonable a mi honor.

—Es lo mismo —contestó el maestro con una aire provocativo y al tiempo indiferente. Cuando estaba así era la viva imagen del Tennen Koji, el Hombre Santo y Natural.

—Bueno. Pues el domingo pasado ochi Toito fue al templo de Sengaku, en Takanawa. Y eso que hacía un frío que pelaba. Ir allí con este tiempo parece cosa más propia de un pueblerino que no se entera de nada.

—Pero no me negarás que Toito es muy consciente de lo que hace. No tienes derecho a impedir que vaya si quiere.

—Cierto. No soy quién para juzgarlo, así que dejemos el asunto de lado. El asunto es que en el recinto del templo hay una exposición de reliquias de los cuarenta y siete ronin. ¿Lo sabías? [29]

—No.

—¿No? Pero seguro que ha estado en el templo...

—Pues no.

—Vaya. Me sorprende. No me extraña que defiendas tan ardientemente a Toito. Es vergonzoso que una persona que se ha criado y crecido en Tokio no haya visitado nunca el templo, pero en fin.

—Uno puede ejercer de maestro perfectamente sin necesidad de tener que

recorrerse hasta el último rincón de la ciudad.

El maestro, sin duda, cada vez se parecía más a su santificado amigo Tennen Koji.

—De acuerdo. En cualquier caso, Toito estaba visitando el templo cuando vio que un matrimonio alemán entraba en la sala de exposiciones. Le preguntaron un par de cosas en japonés, pero Toito, como usted sabe, no pierde ocasión de intentar ensayar su alemán. Así que se lanzó a tumba abierta, y les soltó unas cuantas palabras en su lengua. Aparentemente lo hizo bastante bien. De hecho, cuando se piensa en todo lo que pasó después, parece ser que fue precisamente su fluidez a la hora de expresarse en la bella lengua germánica lo que constituyó el origen del deplorable incidente que siguió.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Los alemanes señalaron una caja laqueada que perteneció a otaka Gengo, uno de los cuarenta y siete, y dijeron que les gustaría comprarla. Le preguntaron a Toito si estaba a la venta. Él les dijo que eso era imposible, pues los japoneses se caracterizan por ser auténticos caballeros y personas de la mayor integridad, incapaces de vender al mejor postor sus tesoros nacionales. Los alemanes pensaron entonces que habían encontrado un buen intérprete y le asediaron con preguntas de todo tipo.

—¿Sobre qué?

—Ahí es donde reside el problema. Si Toito hubiera entendido las preguntas, no hubiera habido ningún problema. Pero los alemanes empezaron a hablar de un modo cada vez más enrevesado y él, simplemente, no tenía ni la más mínima idea de lo que le estaban diciendo. Cuando, finalmente, entendió algo, creyó que le estaban preguntando sobre algo así como un hacha de bombero, o sobre un mazo, qué se yo, palabras que no sabía traducir. El pobre estaba completamente perdido, y no sabía qué responder.

—Me puedo imaginar perfectamente la escena —contestó el maestro pensando en sus propias dificultades como profesor.

—Entonces hubo un montón de gente que empezó a arremolinarse en torno a ellos, hasta que muy pronto Toito y los alemanes estaban completamente rodeados de ojos inquisidores. Confuso, Toito empezó a sonrojarse. En contraste con su confianza inicial, ahora estaba al borde de la desesperación.

—¿Y qué pasó después?

—Al final no pudo soportarlo más. Gritó algo así como *sainara*, en japonés, y se marchó corriendo a su casa. Cuando me lo contó, yo le hice ver que *sainara* no significaba nada, que quizás es que estaba intentando despedirse diciendo *sayonara*. Le pregunté si en su barrio la gente se despedía diciendo *sainara*. Me respondió que no, que en su barrio también se decía *sayonara*, pero que como estaba hablando con unos europeos, decidió que ese *sainara* ayudaría a mantener la compostura.

—Está bien lo de *sainara* pero, ¿cómo reaccionaron los europeos?

—Pues cómo se van a quedar: de piedra. —Meitei dio rienda suelta a su risa—. Curioso, ¿no?

—Pues francamente, no me parece nada curioso, y es más, no le veo la gracia a tu historia. Que hayas venido hasta aquí sólo para contármela, eso sí que me parece realmente curioso.

El maestro dio unos golpecitos a su cigarro a fin de que la ceniza cayera en el cenicero. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Se escuchó una penetrante voz de mujer gritando: «Disculpen». El maestro y Meitei se miraron en silencio.

Era bien poco frecuente que el maestro recibiera a mujeres en su casa. La visitante en cuestión no se hizo esperar e hizo su entrada triunfal. Vestía un *kimono* de crepé japonés de dos capas y aparentaba más de cuarenta años. Sus mechones de pelo se elevaban como torres por encima de la desnuda extensión de su frente, como el muro de un dique, y ocupaban al menos la mitad de la longitud total de su cara. Sus ojos formaban un ángulo como una carretera que corta transversalmente una montaña, rasgados simétricamente en línea recta. Sus ojos, de hecho, eran más estrechos que los de una ballena.

Sin embargo su nariz (ay, su nariz), era excesivamente larga en comparación con el resto de sus rasgos. Daba la impresión de que la buena señora le hubiera robado aquel apéndice a alguien extremadamente bien dotado y después se lo hubiera plantado a ciegas en el centro de la cara. Aquel cacho de carne lo llenaba prácticamente todo, como una piedra funeraria colocada en un jardín diminuto. Evidentemente, aquella nariz afirmaba su propia trascendencia, pero aun así parecía fuera de lugar. Tenía forma aguileña y al principio se alargaba desmesuradamente para doblarse después a mitad de camino, como si se avergonzara de sus propias dimensiones. Después perdía parte de su vigor y caía a plomo encima de los labios. Era de tal tamaño que, cuando aquella mujer hablaba, parecía que era la nariz la que entraba en acción, en lugar de hacerlo la boca. De hecho, en honor a semejante enormidad, decidí ponerle a aquella mujer el mote de Madame Hanako, la Nariguda. Una vez acabó de presentarse, la Señora Nariguda miró en derredor y dijo:

—¡Pero qué casa más bonita!

«Será mentirosa», pensó el maestro para sus adentros, mientras se concentraba en su cigarro. Meitei, por su parte, se concentraba en el techo.

—Dígame —preguntó—. Esa extraña mancha, ¿es debida a una gotera o a la textura inherente de la madera?

—A una gotera, naturalmente —contestó el maestro. A lo que Meitei respondió fríamente:

—Maravilloso.

La señora Hanako les miraba y pensaba que eran dos tipos de lo más descorteses. Se sentía incómoda y durante un rato reinó el silencio en la habitación.

—He venido a preguntarle sobre cierta cuestión —empezó de nuevo la señora Hanako.

—Ah —respondió fríamente el maestro.

La señora Hanako, evidentemente insatisfecha con el desarrollo de la conversación, se puso de nuevo manos a la obra:

—Vivo muy cerca, de hecho en la casa que hay cruzando la calle, la que hace esquina.

—¿Esa casa tan grande de estilo europeo con un almacén en la planta baja? Ah, sí, por supuesto. ¿No tiene en la entrada un letrero que pone «Kaneda»?

El maestro por fin cayó en la cuenta de la casa a la que se refería la señora, pero su actitud hacia ella siguió siendo de total indiferencia.

—Debería haber venido mi marido para pedirle consejo pero, lamentablemente, siempre está demasiado ocupado en sus negocios.

Pensó que el comentario les dejaría impresionados, pero el maestro no mostró el más mínimo interés. De hecho, estaba un tanto molesto por la forma en que esa mujer se dirigía a él, máxime cuando era la primera vez que se veían.

—Y no sólo está ocupado con su empresa. Tiene relación con dos o tres de las que también es director, como seguramente ustedes ya sabrán.

Les miraba como diciéndose a sí misma: «Ya verás cómo ahora se sienten insignificantes». Pero lo cierto es que el maestro sólo mostraba respeto hacia los doctores o profesores de universidad, y poco o nada hacia los hombres de negocios. Como en realidad era un inadaptado por naturaleza, se resignaba a no recibir ningún tipo de trato de favor por parte de esas personas. Por eso, en él sólo había indiferencia, sin importarle lo rico o lo influyente que uno pudiera ser. No albergaba esperanza alguna de recibir beneficio de esas relaciones y, consecuentemente, tendía a no prestar la más mínima atención a nadie que no perteneciera a su propia comunidad de profesores. Todo lo relacionado con el mundo de los negocios le traía sin cuidado. No se hacía siquiera una ligera idea de las actividades a las que se dedicaba aquella buena gente, así que tampoco era capaz de sentir la más mínima impresión o respeto por esos seres que él consideraba insondables.

La señora Kaneda, por su parte, jamás podría haber concebido la existencia de un ser tan excéntrico como el maestro. Su vida social era muy intensa y solía tratar con gente de lo más dispar. Tan pronto como proclamaba ser la esposa del señor Kaneda, notaba que a su alrededor el aire se hacía más denso. En cualquier fiesta o reunión social, sin importar el nivel social de la gente que allí acudiera, la señora Kaneda era inmediatamente aceptada. ¿Cómo podía entonces fracasar en su intento de impresionar a un tipo como mi amo, un profesor oscuro y de gustos obsoletos? Había supuesto que la sola mención de su residencia de estilo europeo, acompañada del anuncio de quién era su marido, habría bastado que el maestro cayera a sus pies.

—¿Usted conoce a ese tal Kaneda? —preguntó entonces el maestro a Meitei, con tono despreocupado.

—Por supuesto que le conozco. Es amigo de mi tío. Precisamente el otro día estuvo en la fiesta que dimos en el jardín —respondió Meitei muy serio.

—¿En serio? ¿Y quién es su tío? —preguntó de un modo algo impertinente la Señora Nariguda.

—Oh, bueno, el barón Makiyama —contestó Meitei, afectando la voz.

El maestro estaba a punto de decir algo, pero justo antes de encontrar las palabras adecuadas la señora Kaneda se le adelantó abruptamente y le dirigió a Meitei una mirada penetrante. Meitei, envuelto en su *kimono* de seda, se mostraba imperturbable.

—¡Oh, vaya! Así que es usted sobrino del barón Makiyama. .. No lo sabía. Le ruego me disculpe. He escuchado a mi marido hablar tanto del barón Makiyama... Me ha dicho que siempre nos ha ayudado mucho...

La forma de hablar de la Señora Nariguda se había transformado repentinamente. De pronto sonaba hasta educada. Incluso se inclinó en una reverencia.

—Oh, sí —contestó Meitei riéndose para sus adentros.

El maestro, bastante sorprendido, les observaba en silencio.

—Creo que mi marido incluso ha consultado al barón en relación al matrimonio de nuestra hija.

—¿En serio? —exclamó Meitei, sorprendido. Incluso él parecía desconcertado por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Sí. Ha de saber que recibimos una proposición de matrimonio tras otra para nuestra hija. Nos llegan de todas partes. Usted entenderá que, teniendo que considerar seriamente nuestra posición social, no podemos casar a nuestra pequeña con un cualquiera...

—Desde luego. —Meitei parecía aliviado.

—De hecho, precisamente he venido a visitarles en relación a este asunto.

La señora Kaneda se dio media vuelta y se dirigió al maestro en el mismo tono vulgar de antes.

—He oído que hay un tal señor Kangetsu que les visita a menudo. ¿Qué clase de hombre es ese individuo, Kangetsu?

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente del individuo Kangetsu? —replicó el maestro con cara de fastidio.

—Quizás sea en relación al matrimonio de su hija por lo que pregunta usted sobre el carácter del individuo llamado Kangetsu —puntualizó Meitei con evidente sentido táctico.

—Si pudieran decirme algo sobre él, para mí sería de gran ayuda.

—Entonces, ¿lo que pretende es casar a su hija con Kangetsu?

—No se trata de lo que yo *quiera* —cortó inmediatamente la Señora Nariguda al

maestro—. Tenemos innumerables candidatos y no nos preocuparía si Kangetsu finalmente no fuera el elegido.

—En ese caso, no necesita ninguna información sobre Kangetsu —contestó el maestro con evidente enojo.

—Pero tampoco hay razón para que se la guarde usted para sí —contestó desafiante la señora Kaneda.

Meitei, sentado entre los dos, sostenía en la mano su pipa de plata como si fuera el árbitro de la situación, y se regocijaba con la escena. Los otros dos parecían dispuestos a continuar con sus intercambios dialécticos.

—Dígame. Por lo que usted sabe, ¿Kangetsu quiere casarse realmente con ella? —atacó el maestro.

—Bueno, él no lo ha dicho nunca de modo expreso, pero...

—Ustedes suponen que sí quiere hacerlo, ¿verdad? —El maestro se daba perfecta cuenta de que para tratar con esa mujer sólo servía atacar de frente.

—El asunto todavía no ha llegado a ese punto... pero no creo que el señor Kangestsu se oponga totalmente a la idea. —La señora Kaneda recuperaba posiciones.

—¿Existe alguna evidencia concreta de que Kangetsu esté enamorado, encaprichado o incluso interesado sentimentalmente en su hija de usted? —El nuevo golpe del maestro parecía decir: «Chúpate esa. Responde si puedes».

—Bueno, más o menos sí. —El ataque no obtuvo el resultado esperado.

Meitei había permanecido hasta ese momento medio oculto en su papel de árbitro y disfrutaba del rifirrafe, pero, de pronto, su curiosidad se desbordó. Dejo la pipa y entró en la batalla:

—¿Le ha escrito Kangetsu alguna carta de amor a su hija? ¡Qué divertido! Por fin algo interesante. No pasaba nada así desde finales de año, por lo menos. Además, se trata de un espléndido tema de debate.

Sólo Meitei parecía divertirse con la situación.

—No. No le ha escrito ninguna carta de amor. Ha sido algo mucho más ardiente que eso. ¿De verdad no están ustedes enterados de nada? —La señora Kaneda se dirigía ahora a ellos con sorna.

—¿Tú sabes algo? —preguntó el maestro a Meitei.

—Yo no sé nada. Si alguien sabe algo, ése deberías ser tú.

—¡Pero si ustedes dos lo saben todo, no me engañen! —exclamó triunfante la señora Kaneda.

—¿Cómo? —exclamaron los dos al unísono.

—Por si lo han olvidado, déjenme que les refresque la memoria. A finales del año pasado el señor Kangetsu acudió a un concierto en la residencia del señor Abe, en Mukojima. Esa noche, mientras volvía a casa, algo sucedió en el puente de Azuma.

¿Se acuerdan? No repetiré los detalles pues eso comprometería a la persona en cuestión, pero lo que les he contado hasta ahora es una prueba más que suficiente de que algo hay.

La señora Kaneda, allí de pie, muy estirada, con sus dedos llenos de diamantes sobre el regazo y su magnífica nariz, parecía más resplandeciente que nunca, hasta tal punto que el maestro y Meitei parecían ir eclipsándose poco a poco.

El maestro y Meitei se quedaron de piedra ante semejante revelación. Estaban allí sentados, aturdidos, como dos pacientes a los que la fiebre hubiera dejado para el arrastre. Pero cuando el impacto de ese golpe cesó, volvieron poco a poco a la normalidad, recuperaron su sentido del humor y estallaron en risitas irreprimibles. Las expectativas de la señora Kaneda se habían frustrado. Como no estaba preparada para semejante reacción, les taladró con la mirada.

—¿Así que era su hija? ¡Que me aspen si no es extraordinario! En efecto, tiene usted toda la razón, señora. Kangetsu debe de estar loquito por ella. Te digo, Kushami, que ya no hay razón para seguir manteniendo el secreto. Vamos a aclararlo todo.

El maestro rezongó un poco.

—Evidentemente, ya no hay razón de mantener un secreto, una vez éste ha sido revelado —dijo la Señora Nariguda.

—Bueno, en efecto, reconozco que hemos estado un poco al margen de todo este asunto. Pero ahora, las circunstancias nos obligan a hacer una declaración en toda regla en lo referente a Kangetsu para información de esta señora. ¡Kushami! Eres el anfitrión, así que para de reírte o no acabaremos nunca. Es extraordinario. Vaya asunto tan misterioso, esto de los secretos. Sin embargo, por mucho que uno se guarde algo para sí, al final acaba descubriéndose todo el pastel. En efecto, cuanto más piensas en ello, más extraordinario resulta. Díganos, señora Kaneda, ¿cómo descubrió usted el secreto? Estoy verdaderamente intrigado.

—Tengo *olfato* para estas cosas —declaró la señora Kaneda con evidente complacencia.

—Eso no lo dudo, pero ¿quién le ha dado detalles sobre la cuestión?

—La mujer del carretero que vive ahí, justo detrás.

—¿Se refiere a esa que tiene un gato negro? —preguntó el maestro sorprendido.

—Sí. Su amigo Kangetsu me ha costado unos cuantos céntimos. Cada vez que viene aquí quiero saber de qué habla, así que me he arreglado con la mujer del carretero para que se entere y me mantenga informada.

—¡Pero eso es espantoso! —dijo el maestro a voz en grito.

—No se preocupe. No tengo el más mínimo interés en lo que ustedes dos dicen o hacen. El único que me interesa es Kangetsu.

—Kangetsu o el que sea. ¡La mujer de ese carretero es un ser despreciable! —El

maestro empezaba a enfadarse de verdad.

—Pero es libre de estar ahí, en su jardín. Si no quieren que escuche sus conversaciones, deberían hablar más bajo o mudarse a una casa más grande. —La señora Kaneda, evidentemente, no estaba ni por asomo avergonzada—. Y esa no es mi única fuente. También me mantiene informada la señora del arpa japonesa.

—¿Quiere decir sobre Kangetsu?

—No sólo sobre Kangetsu...

Aquello sonaba preocupante. El maestro no pareció sentirse avergonzado por nada y replicó:

—Esa mujer se da unos aires... Actúa como si fuera la única que tuviera cierta categoría en el vecindario. Una vanidosa, una idiota, eso es lo que es...

—¡Disculpe! ¡Le recuerdo que está usted hablando de una mujer! ¿Cómo puede referirse a ella en semejantes términos? Creáme, no dicen ustedes más que sandeces.

Las formas de la señora Kaneda dejaban al descubierto cada vez con mayor claridad sus orígenes vulgares. En ese momento parecía que sólo había venido a buscar pelea. Meitei, mientras tanto, seguía tranquilamente sentado como si la lucha se desarrollara única y exclusivamente para su diversión particular. Parecía un sabio chino contemplando una pelea de gallos, sentado allí plácidamente, por encima del bien y del mal.

El maestro, finalmente, se dio cuenta de que nunca podría ganar a la señora Kaneda en lo que se refería a intercambiar barbaridades, y se sumió en un profundo silencio. Pero, de pronto, se le ocurrió una brillante idea.

—Hasta ahora ha estado hablando de Kangetsu como si fuera él quien perseguía a su hija, pero la versión que yo he escuchado es bastante distinta. ¿No es así, Meitei? —preguntó pidiendo ayuda a su amigo.

—Desde luego, desde luego —respondió el otro con gesto circunspecto—. Según oímos, su hija incluso cayó enferma y, según parece, no paraba de murmurar el nombre de nuestro amigo mientras deliraba.

—¡No! ¡Lo han entendido todo mal! —respondió la señora Kaneda, algo alterada.

—Pero eso es lo que nos dijo Kangetsu. Y también nos dijo que a él se lo había contado la mujer del doctor.

—Esa fue la trampa, precisamente. Fui yo la que le pedí a la mujer del doctor que representara ese pequeño engaño con Kangetsu. Me interesaba saber cómo reaccionaba ese fantoche.

—¿Y la mujer del doctor aceptó mantener toda esta historia aun a sabiendas de que era falsa?

—Sí. Pero, como es lógico, no podíamos esperar que nos ayudara simplemente por amor al arte. Como ya les he dicho, me he visto obligada a ir gastando unos cuantos céntimos por aquí y por allí, todo en defensa del honor de mi pequeña.

—Parece usted muy decidida a imponernos su voluntad y sacar toda la información que pueda sobre Kangetsu, ¿no es así? —A juzgar por las frases tan cortantes que soltaba, incluso Meitei estaba empezando a irritarse.

—En fin, Kushami. ¿Qué perdemos si hablamos? Contémosle todo. Ahora, señora, el maestro Kushami y yo mismo le diremos todo lo que quiera saber sobre Kangetsu. Pero sería más conveniente y efectivo si nos planteara usted sus preguntas una a una.

La señora Kaneda se sintió satisfecha con el arreglo. Entonces sus maneras, hasta entonces tan violentas, dieron paso a un cierto tono cívico educado, sobre todo cuando se dirigía al taimado de Meitei.

—Según tengo entendido, el señor Kangetsu es licenciado en Ciencias, ¿no es así? Pero, ¿podrían decirme cuál es la especialidad de su licenciatura?

—En sus cursos de especialización está estudiando el magnetismo terrestre —contestó el maestro secamente.

Por desgracia, la señora Kaneda no entendió la respuesta. Miró dubitativa a su interlocutor y preguntó:

—Si uno estudia eso, ¿puede obtener el título de doctor?

—¿Está usted diciendo en serio que no permitirá a su hija casarse con él a menos que obtenga un doctorado? —El tono de la pregunta del maestro mostraba bien a las claras lo antipática que le parecía esa mujer.

—Exactamente. Después de todo, si uno pega una patada a una piedra, salen doscientos licenciados —respondió la señora Kaneda sin asomo de vergüenza.

El maestro miró a Meitei con profundo disgusto.

—En vista de que no podemos estar seguros de si obtendrá o no el título de doctor, le rogamos que nos haga otras preguntas. —Meitei parecía igualmente disgustado.

—Díganme, ¿todavía está estudiando sobre ese asunto del no sé qué terrestre?

—Hace unos días, precisamente —respondió el maestro inocentemente—, dio una conferencia para presentar los resultados de sus investigaciones. Versaban sobre la mecánica del ahorcamiento.

—¿Del ahorcamiento, dice? ¡Pero que espanto! Vaya individuo más macabro. No creo que consiga graduarse como doctor si se dedica con tanta devoción a estudiar cosas tales como el ahorcamiento.

—Sería, por supuesto, muy difícil que lo obtuviera si de hecho se ahorcara él mismo, pero quizás lo logre mediante el estudio de la pura mecánica del fenómeno.

—¿No creen que es inconcebible? —respondió ella, intentando leer la expresión del maestro.

Es lamentable, pero como aquella mujer no entendía el significado de «mecánica», no acababa de sentirse tranquila. Probablemente pensaba que preguntar

por el significado de una expresión tan rebuscada le haría perder puntos ante sus interlocutores. Como una adivinadora, intentaba ver la verdad en los rostros de sus víctimas. El del maestro expresaba abatimiento.

—¿Y se puede saber si está estudiando algo más? Algo más sencillo de entender, quiero decir.

—Oh, sí, ahora recuerdo. En un ocasión escribió un ensayo titulado: «Una discusión sobre la estabilidad de las bellotas en relación al movimiento de los cuerpos celestes».

—¿Está usted diciéndome que se puede estudiar realmente en la universidad algo relacionado con las bellotas?

—Como no soy miembro de ninguna universidad no puedo responder a su pregunta con absoluta certeza, pero como Kangetsu está estudiando esa materia en concreto, eso quiere decir, sin duda, que el estudio merece la pena desde un punto de vista académico. —Meitei se reía de ella con expresión socarrona.

La Señora Nariguda parecía darse cuenta de que sus preguntas sobre temas académicos la estaban llevando a un callejón sin salida. Así que cambió de tema:

—Por cierto. Oí que se partió dos dientes comiendo setas durante las celebraciones del Año Nuevo.

—Bueno, fue sólo uno en realidad. Y luego se le quedó pegado un trozo de pastel de arroz en la parte rota. —Meitei sintió de pronto que pisaba terreno firme y se iluminó.

—¡Qué poco romántico! Me pregunto por qué no usó un mondadientes.

—La próxima vez que le vea le transmitiré su sabio consejo a este respecto —dijo el maestro con una risita.

—Si se puede partir un diente con una simple seta, es que debe de tener una dentadura muy débil. ¿No les parece?

—Cierto. Uno no podría decir cabalmente que esos dientes suyos sean lo que se dice fuertes y sanos, ¿no crees, Meitei?

—Por supuesto que no, pero le dan un aire gracioso. Es extraño que no se los haya arreglado y que se deje los dientes así. Quizás sea para convertirlos en anclas capaces de atrapar pastelitos de arroz perdidos por el éter.

—¿Insinúan que no tiene dinero para arreglárselos? ¿O es que simplemente es un individuo tan raro que no se preocupa por su aspecto?

—Bueno, no tiene por qué preocuparse. No creo que siga siendo el Señor Desdentado durante mucho tiempo. —Meitei recuperaba poco a poco su sentido del humor.

La Señora Nariguda cambió de nuevo de tema:

—Les agradecería que me mostraran alguna carta suya, o algo que haya escrito.

—Tengo por aquí toneladas de tarjetas escritas por él. Le ruego que les eche un

vistazo —dijo el maestro sacando lo menos treinta o cuarenta tarjetas de un cajón de su estudio.

—Vaya, no necesito tantas, me basta con dos o tres...

—Déjeme que elija un par de ellas para usted —dijo Meitei mientras cogía una. La postal en cuestión tenía un dibujo, pintado probablemente por el propio Kangetsu.

—¡Curioso! ¿Así que también pinta? Vaya, pues parece bastante hábil —exclamó. Pero tras examinar detenidamente el dibujo dijo: —¡Pero qué cosa más estúpida! ¡Es nada menos que un tejón! ¿Por qué entre todas las cosas del mundo eligiría, precisamente, dibujar un tejón? —Aunque para mal, parecía que el asunto le había impresionado.

—Lea lo que está escrito por detrás —sugirió el maestro con una sonrisa.

La señora Kaneda empezó a leer obediente en voz alta como una criada descifrando el periódico:

—«En Nochevieja, según el antiguo calendario, los tejones de la montaña hacen una fiesta en la que bailan hasta el amanecer. Esto es lo que dice su canción: *"Esta noche, como es Nochevieja, no paseará ningún viajero por este camino"*, y bom-bom-bom, se golpean sus barrigas». ¿Pero qué *diablos* es esto? ¿Se están burlando ustedes de mí? —preguntó la señora Kaneda con inquietud.

—¿Acaso no le gusta a usted ese poemilla? ¡Es divino! —Meitei sacó otra tarjeta, que representaba una especie de angelote con vestimenta celestial que parecía tocar un laúd.

—La naricilla de esta criatura del cielo parece demasiado pequeña.

—Oh, no. Para ser de un ángel, es de tamaño medio. Pero olvide el asunto de las narices por el momento y lea lo que pone —insistió Meitei.

—Dice: «Había una vez un astrónomo. Una noche subió, como tenía por costumbre, hasta lo alto de su observatorio y desde allí miró las estrellas. De pronto una hermosísima doncella apareció surcando el cielo y empezó a tocar una música como nunca antes se había escuchado en la tierra. El astrónomo estaba tan absorto en la muchacha que no se dio cuenta de que la fría noche había llegado. A la mañana siguiente encontraron su cuerpo sin vida cubierto de blanca escarcha. Un hombre viejo, un mentiroso sin duda, me aseguró que esta historia era cierta». ¡Pero qué *demonios!* ¿De qué está hablando? Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo puede ser este hombre un licenciado en Ciencias? Quizás le vendría bien leer de vez en cuando alguna revista literaria. —La Señora Nariguda vapuleaba despiadadamente al indefenso Kangetsu.

Meitei, por pura diversión, seleccionó una tercera tarjeta de entre las del montón.

—Bueno, probemos con esta.

En la tarjeta había pintado un barco y, como en las demás, debajo de la pintura había algo escrito:

La pasada noche una pequeña prostituta de dieciséis años
declaró no tener padres.
Como un chorlito en una costa accidentada,
lloraba mientras caminaba por la mañana temprano.
Sus padres, marineros ambos, yacían en el fondo del mar.

—¡Oh! Esta, en cambio, sí que es buena. ¡Qué sensibilidad! Trasluce un sentimiento verdadero... —estalló la señora Kaneda.

—¿Sentimiento, dice? —dijo Meitei, desconcertado.

—Sí, sí. Desde luego. Esta pieza iría bien con un acompañamiento de *shamisen.*

—Vaya. Pues entonces debe de ser lo más de lo más, ¿no cree? Bueno, vayamos ahora con esta otra —dijo Meitei sacando otra tarjeta al azar.

—Gracias, pero ya he tenido bastante. Por el momento, al menos sé que Kangetsu no es lo que se dice un mojigato.

Parecía estar satisfecha en lo que se refería a Kangetsu.

—Siento haberles molestado. Pero por favor, no le digan nada a Kangetsu de mi visita.

La petición demostraba, claramente, que se trataba de una mujer enormemente egoísta. Parecía sentirse con el derecho de llevar a cabo una investigación a fondo sobre quien le viniera en gana, al tiempo que esperaba que no se revelase ninguna de sus actividades inquisitoriales. Meitei y el maestro respondieron con un tímido «sí», muy poco convincente. La mujer, entonces, se puso en pie, y reiteró su petición.

—Por supuesto, en alguna otra ocasión no tendré problemas en compensarles por sus servicios.

Los dos hombres la contemplaron marcharse. Cuando volvieron a sus asientos, Meitei exclamó:

—¿Pero qué diablos ha ocurrido aquí?

El maestro respondió:

—¿A qué ha venido todo esto?

Supongo que la mujer del maestro no podía contener más su risa. De hecho, desde hacía un buen rato se la escuchaba gimotear en la habitación de al lado.

Meitei se dirigió a ella a través de las puertas correderas levantando la voz:

—Eso es, señora Kushami, ríase usted. Con ganas. Pocas veces se ven especímenes así en el mundo. Una mujer de lo más ordinario. Cuando los caracteres primitivos se desarrollan hasta ese punto, el resultado es de lo más grotesco. Vive dios que esta quintaesencia de lo chabacano se acerca incluso al extremo de lo irrepetible. Así que no se reprima y ríase todo lo que quiera.

Se notaba que al maestro aquella mujer le había resultado sencillamente repugnante. Hablo con tono esclarecedor:

—¿Te has fijado en qué cara tan espantosa...?

Meitei, para no ser menos, dijo:

—Y esa nariz, ahí plantada en la mitad de la jeta...

—Dios mío, ¿has visto lo torcida que estaba?

—Jorobada, diría yo. Una nariz *jorobada.* ¡Extraordinario! —y se río con genuino regocijo.

—Es la cara de una mujer que tiene a su marido debajo de sus posaderas. —La voz del maestro destilaba resentimiento.

—Es una de esas fisonomías que se quedaron sin vender en el siglo xix y que en el xx siguen sin encontrar postor —soltó Meitei.

En ese momento la señora de la casa salió de la habitación contigua. Como mujer que era, conocía bien los hábitos de los miembros de su mismo sexo. Les advirtió en voz baja:

—Si seguís montando este escándalo la mujer del carretero se enterará de todo y le faltará el tiempo para ir corriendo a contárselo a la señora Kaneda.

—Pero señora Kushami, escuchar tales chismes no le hará ningún bien a la señora Kaneda —dijo Meitei.

—Es muy degradante decir cosas tan crueles de la cara de alguien. No es elegante reírse así de las narices ajenas. Además, creo que las cosas han ido ya demasiado lejos. —Su defensa de la nariz de la Señora Kaneda constituía más bien una defensa indirecta de sí misma.

—No somos desagradables. Esa criatura no es una mujer corriente. Es una auténtica zopenca. ¿No es así, Meitei?

—Bueno, le concedo que quizás sea una zopenca. Pero se trata de un personaje formidable en cualquier caso. Te ha dado un buen repaso, ¿no crees?

—¿Cómo puede alguien tratar así a un profesor?

—Para ella un profesor está al mismo nivel que un carretero. Para ganarse el respeto de semejante bruja uno debe tener al menos el grado de doctor, ¿no te has fijado? Te aconsejaron mal cuando te dijeron que no te sacaras el título. ¿No cree, señora Kushami? —preguntó Meitei riéndose.

—¿Un doctorado, éste? Imposible. —Incluso la mujer se desesperaba con la ineptitud de su marido.

—Aunque nunca se sabe —respondió el maestro—. Quizás obtenga el título un día de estos. No deberías dudar por sistema de mi valía. Puede que lo ignores, pero en la antigua Grecia había un hombre, llamado Isócrates, que produjo grandes obras literarias a la edad de noventa y cuatro años. Sófocles, igualmente, era casi centenario cuando sorprendió al mundo con su obra maestra. Simónides, por su parte, escribía maravillosos poemas a los ochenta años. Así que yo también...

—No seas memo. ¿Cómo puedes pensar que vas a vivir tanto tiempo con lo

enfermo que estás del estómago? —La señora acortó de repente la expectativa de vida de su marido.

—Qué cosas dices. Vete a hablar con el doctor Amaki y verás. Además, todo esto ha sido culpa tuya, y nada más que tuya. Como me haces llevar este *haori* arrugado y este *kimono* remendado, las mujeres como la señora Kaneda me desprecian. Bien, pues a partir de mañana vestiré con la misma elegancia que Meitei.

—Pues «bien», como tú dices. No sé de dónde vas a sacar esa ropa tan elegante. Además, la señora Kaneda sólo le ha prestado atención a Meitei en el momento en que ha mencionado el nombre de su tío. Su actitud no estaba condicionada en absoluto por la apariencia de su *kimono.* —La señora Kushami se quitó hábilmente la responsabilidad de la vestimenta de su marido de encima.

La mención del tío de Kangetsu reavivó la memoria del maestro. Se giró hacia él y le espetó:

—Por cierto, es la primera vez que oigo hablar de ese tío tuyo, el barón. Nunca lo habías mencionado. ¿Existe realmente?

Meitei había estado esperando la pregunta, así que se apresuró a contestar:

—Sí. Sí existe. Ese tío mío es un testarudo de cuidado. Es una vieja gloria, una reliquia del siglo pasado.

—Ha dicho cosas de lo más pintorescas de él. ¿Dónde vive, por cierto? —preguntó la señora.

—En Shizuoka. Y no sólo eso. Es de los que todavía llevan un gran moño sobre la cabeza, como si fuera *shogun* ¿Os lo podéis imaginar? Cuando le decimos que debería ponerse un sombrero, responde con orgullo que nunca hace suficiente frío como para tener que llevar semejantes artefactos. Y cuando le insinuamos que quizás sería buena idea quedarse en cama cuando llega el invierno, replica que cuatro horas de sueño deberían ser suficientes para cualquiera. Está convencido de que dormir más de cuatro horas constituye una extravagancia, y se levanta cuando todavía es noche cerrada. «Cuando era joven», cuenta, «era duro porque a menudo me sentía adormilado, pero ahora al fin he logrado dormir y despertarme donde quiera y a la hora que quiera, según mi propia voluntad». Es natural que un hombre de setenta y siete años tenga menos necesidad de dormir que nosotros, eso es de reconocer. A mi tío le gusta pensar que su estado actual es el resultado de un largo proceso de autodisciplina. Y eso no es todo. Siempre que sale, lleva encima su famoso abanico metálico. —¿Para qué? —preguntó el maestro.

—No tengo la menor idea. Simplemente lo lleva. Quizás prefiera salir a caminar con su abanico en vez de con un bastón. De hecho el otro día le sucedió una cosa de lo más extraña —dijo Meitei.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Kushami.

—La primavera pasada me escribió una carta de lo más extraña, en la que me

pedía que le enviase un bombín y una levita. Me quedé verdaderamente sorprendido y le escribí de vuelta para ver si me aclaraba para qué quería toda esa ropa. Cuando me respondió, pasado un tiempo, me dijo que tenía la intención de vestir ambos artículos con ocasión de la celebración en Shizuoka de la victoria en la guerra contra los rusos. Me urgía a que se lo enviase lo más rápido que pudiese. Más que una petición, se trataba de una orden. Pero lo verdaderamente singular era que me conminaba a que, para elegir el sombrero y la levita, que además debían ser «de la talla que yo considerase apropiada», debía buscar en Daimaru.

—¿Y uno se puede comprar un traje así en Daimaru?

—No. Creo que se confundió y en realidad quería decir en Shirokiya [30]

—Da igual. Lo que no era de mucha ayuda era eso de «la talla que consideres apropiada», ¿no es así? —apuntó el profesor.

—Ese es mi tío.

—¿Y qué hiciste?

—Pues qué iba a hacer. Elegí lo que me pareció más apropiado y se lo mandé.

—¡Qué irresponsabilidad! ¿Y le quedaba bien?

—Al menos, eso fue lo que a mí me pareció. Por lo que pude leer más tarde en el periódico de la ciudad, el venerable señor Makiyama había causado sensación con su levita, que acompañó con su famoso abanico metálico.

—Parece que tu tío es de esos a los que les es difícil separarse de su amuleto.

—Le aseguro que cuando le entierren, le pondrán al lado el dichoso abanico.

—Al menos hubo suerte de que la levita y el bombín le quedaran bien.

—¡Pero es que al final no le quedaban bien! Poco después llegó un paquete procedente de Shizuoka. Lo abrí a la espera de que contuviera una nota de agradecimiento, pero cuál sería mi sorpresa cuando me encontré que dentro sólo estaba el dichoso bombín, acompañado de una escueta nota. Decía: «A pesar de que te has tomado la molestia de comprarme este sombrero, me queda demasiado grande. Por favor, sé tan amable de llevárselo al sombrerero para que lo reduzca. Y pásame la factura».

—Un asunto peculiar, hay que admitirlo. —El maestro parecía complacido de encontrar a alguien todavía más cascarrabias que él mismo—. ¿Y qué hiciste? —preguntó.

—¿Qué hice? Pues nada, qué voy a hacer. Me quedé con el sombrero para mí.

—Así que ese es el famoso sombrero... —señaló el maestro con una sonrisa.

—Y ese tío tuyo, ¿es barón de verdad? —preguntó la señora.

—No, no. Es profesor de clásicos chinos. Cuando era joven estudió a Confucio en el santuario de Yushima, y se quedó tan absorbido por las enseñanzas de Chu-Tzu [31] que por eso le dio por llevar ese moño en la cabeza. Aun hoy, en plena era de la luz eléctrica, sigue llevando el dichoso moño, como si fuera un samurái. —Meitei se

frotó la barbilla.

—Pero tuve la impresión, cuando hablabas con esa horrible mujer, de que te referías a tu tío como un barón —señalo el maestro.

—En efecto. Yo también lo escuché desde la habitación de al lado —confirmó la señora.

—¿Ah sí? ¿Lo hice? Es gracioso, ¿no es cierto? Bueno, no era verdad. Si tuviera un tío barón ahora sería funcionario, como poco. —Meitei no parecía avergonzado de su mentira.

—Me pareció algo raro, la verdad —dijo el maestro mitad complacido, mitad preocupado.

—Es impresionante la naturalidad con la que miente este individuo. Debo decir que es un maestro en ese juego —señaló la señora. Parecía profundamente impresionada.

—Me halagáis. Pero la Señora Nariz es peor que yo.

—No creo.

—Pero, señora Kushami, mis mentiras son simples e inocentes tomaduras de pelo. ¿No se da cuenta de que lo único que me interesaba era reírme de ella? Mis mentiras son mentiras con trampa, mentiras con truco, premeditadas y cargadas de malicia. Por favor, no confunda esas maldades calculadas con las bromas que suelo gastarla de vez en cuando. Si renunciase a sembrar la confusión, al dios de la comedia no le quedaría más remedio que echarse a llorar irremisiblemente por mi falta de perspicacia.

—Me asombras —dijo el maestro entornando los ojos, mientras la señora Kushami se reía de lo absurdo de la situación.

Hasta ese momento rara vez me había aventurado a cruzar la calle para investigar en las casas de enfrente. De hecho, nunca me había fijado en la casa de la esquina, la de los Kaneda, así que no tenía ni idea del aspecto que tenía. De hecho, aquella fue la primera vez que tuve noticia de su existencia. Hasta ese día, nadie en la casa había mencionado nunca a ese hombre de negocios, Kaneda. Así que si mi amo mostraba desinterés por esa gente en especial, imagínense yo, que sólo era el gato. Sin embargo, reconozco que después de escuchar toda esa conversación con la señora Kaneda, después de imaginar la supuesta belleza y encanto de su hija, y haciéndome también una somera idea de su excelente posición y desahogo, yo, insisto, que sólo era un gato, me di cuenta de que no podía perder más tiempo tumbado allí en la galería sin hacer nada. Y no sólo eso. Sentía cierta simpatía por el pobre de Kangetsu. Vivía despreocupado, sin saber que su enemiga más acérrima, la señora Kaneda, había sobornado a la mujer del doctor, a la mujer del carretero e incluso a la estirada mujer del arpa japonesa con tal de averiguar sus secretos, de descubrir sus pensamientos más íntimos. Sus movimientos habían sido espiados de tal modo, que

hasta su secreto más indigno, esto es, la anécdota sobre sus dientes y el pastel de arroz, había quedado desvelado. Mientras tanto, él se limitaba a juguetear con los cordones de su *haori* y, ocasionalmente, a reírse como un estúpido. Era alguien enormemente cándido y eso a pesar de ser un recién licenciado. No era alguien capacitado para bregar con una mujer como la señora Kaneda, especialista en meter sus enormes narices en los asuntos de los demás. El maestro, por su parte, no sólo carecía de talento para tratar estos asuntos, sino que también carecía de los recursos necesarios para enfrentarse a esa bruja. Meitei sí que disponía de dinero, pero era un individuo tan intrascendente que nunca se ocuparía de algo que no fuera él mismo, así que para qué hablar de ayudar a Kangetsu. ¡Qué solo y qué desamparado estaba en realidad ese hombre, cuyo máximo logro había sido dar una conferencia sobre la mecánica del ahorcamiento! Sería justo, por tanto, que yo mismo me aventurara en la fortaleza del enemigo para informarme sobre sus actividades. Aunque sea un gato, no soy tan idiota y estúpido como podría creerse. Soy un gato que vive en la casa de un maestro que cuando lee a Epícteto se da de cabezazos contra la mesa del sueño que le entra. Mi cola muestra bien a las claras un espíritu virtuoso. Podría convertirme si quisiera en caballero andante. Eso no quiere decir que esté en deuda con el pobre Kangetsu, ni que me vaya a comprometer en una alocada expedición en pos del bienestar de ese pobre desdichado. Si tuviera que decir algo en mi favor, simplemente declararía que mi desinteresada acción tenía como objetivo favorecer la imparcialidad y bendecir el término medio. Desde que la señora Kaneda utilizaba sin permiso los incidentes ocurridos en el puente Azuma, desde que reclutaba subordinados para espiarnos, desde que se vanagloriaba con propios y extraños de los resultados de su inquina, desde que empleaba para sus fines a carreteros, mozos, granujas, estudiantes, solteronas, hechiceras, masajistas y hasta a imbéciles, lo que estaba haciendo era buscarle problemas a un honrado hombre de talento. Por todas estas razones, incluso un gato está obligado a hacer todo lo necesario para impedir a una mujer como ella continuar con sus malvados manejos.

El tiempo, afortunadamente, era bueno. El deshielo es siempre algo molesto, pero uno debe prepararse para sacrificar su propia vida en aras de la justicia. Si mis patas se manchaban de barro y dejaba marcas en la galería, Osan se pondría hecha un basilisco, pero eso a mí no me preocupaba en absoluto. Haciendo gala de un supremo coraje, me había decidido firmemente a no dejar para mañana lo que podía hacer hoy. Me lancé hacia la cocina dispuesto a partir en expedición, pero una vez llegué allí, me detuve a reflexionar. «Despacito, despacito», me dije a mí mismo. «Haber alcanzado el nivel más alto de desarrollo que un gato puede lograr, quizás equivalga a tener un cerebro comparable al de un niño en su tercer año de vida. Pero, desgraciadamente, la evolución de mi garganta sigue siendo la de un felino común y corriente, así que soy incapaz de articular palabras humanas. Por tanto, incluso si triunfara en mi incursión

en la ciudadela de los Kaneda, sería incapaz de comunicar mis descubrimientos a Kangetsu. Es más, ni siquiera lograría contarle lo que descubriera al maestro o a Meitei. Esta información, no transmisible, sería como un diamante enterrado, sin brillo. Me habría sacrificado y habría corrido grandes peligros para nada. Lo cual sería una estupidez. Quizás lo mejor sería que revisase a fondo mi plan». Y en esas, me detuve en la puerta.

Pero dejar un plan a medio terminar me parecía tan lamentable como dejar de ir a un sitio por miedo a que se produjera un chubasco repentino que luego las negras nubes se llevaran a otra parte. Insistir en algo cuando uno está equivocado es cosa diferente, pero el hecho de seguir adelante por el bien de la justicia, incluso a riesgo de la propia vida de uno, supondría una gran satisfacción para cualquiera que tuviera conocimiento del concepto del deber. Los esfuerzos sin recompensa y el barro en las patas poco me importaban, pues estaban en mi condición de gato. Es mi desgracia no poder comunicarme con los movimientos de la cola, tal como hago con otros felinos, con gente de la talla de Kangetsu, Meitei o el maestro. Sin embargo, y precisamente por causa de mi esencia gatuna, mi capacidad para colarme sin ser visto es mayor que la de todos estos letrados prohombres. Me parece muy estimulante hacer algo que no está al alcance de los demás. Que yo conociera los secretos de la casa de los Kaneda era mejor que el hecho de que no los conociera nadie. Aunque no pudiese transmitir una información tan suculenta, al menos disfrutaría sabiendo que los Kaneda habían revelado sus miserias a alguien. A la luz de todas las alegrías que me aportaría semejante conocimiento, me decidí a aventurarme fuera de la casa.

Nada más cruzar a la acera de enfrente me encontré con la casa de estilo occidental de la que tanto había oído hablar. Dominaba el cruce, como si todo el barrio fuera suyo. Pensaba que el dueño de semejante mansión tendría el mismo aspecto pretencioso que la casa. Traspasé la verja del jardín y contemplé el edificio. Para ser sincero, la construcción no tenía ningún mérito, en realidad. Parecía hecha para impresionar, más que nada. Supongo que a esto es a lo que se refería Meitei cuando hablaba de la mediocre naturaleza de su propietaria. Me oculté tras unos setos, tomé nota de la entrada situada a la derecha y pronto encontré el camino a la cocina. Como era de esperar, la cocina era grande, al menos diez veces más grande que la de la casa del maestro. Cada cosa estaba perfectamente colocada en su sitio, limpia y brillante, hasta tal punto que en conjunto no desmerecería a la cocina del conde Okuma, [32] descrita recientemente en un artículo del periódico titulado «La Cocina Modelo». «Esto sí que es un modelo de cocina», me dije a mí mismo mientras me deslizaba por la encimera con mis patas llenas de barro. En un entarimado, sentada en el suelo, estaba la mujer del carretero discutiendo animadamente con la criada y un cochero. Me di cuenta de lo peligroso de la situación y me escondí detrás de un cubo de agua.

—¿Y el maestro ese ni siquiera sabe el nombre de nuestro señor? —preguntó la criada.

—Por supuesto que lo sabe. El que no lo sepa en este barrio es que está sordo, o ciego, o inválido —soltó el cochero particular del señor Kaneda.

—Bueno, nunca se sabe. Ese profesor es uno de esos personajes con cara de topo que sólo se entera de lo que pone en los libros. Si supiera algo sobre el señor Kaneda, más le valdría estar muerto de miedo. Pero cómo va estarlo si no se entera de nada, ni siquiera de la edad de esa hijas que tiene, y de las que tan poco se ocupa —apuntó la dueña de Kuro.

—Así que no tiene miedo del señor Kaneda. ¡Menudo zopenco! No tiene las más mínima consideración por su fama. Pues démosle un motivo para asustarse.

—Buena idea. Ha dicho unas cosas tan horribles... No hacía más que hablar de la narizota tan grande que tenía la señora. Como si él mismo fuera una belleza... ¡Pero si tiene cara de uno de esos tejones de terracota que fabrican en Imado. [33] ¿Qué se puede hacer con un animal tan feo como ese?

—Y no sólo se trata de su cara. ¿Os habéis fijado en los aires que se da cuando va al baño público con la toalla en la mano...? Parece como si no hubiera nadie por encima de él.

El maestro Kushima caía bastante mal hasta a las criadas.

—Vayamos al lado de su casa a decir cosas sobre él para que nos oiga.

—Seguro que eso le sacará de quicio...

—Pero no podemos dejar que nos vean. Nos pondremos a gritar y a interrumpir sus lecturas, a ver si se enfada de verdad. De hecho, es lo que nos ha encargado la señora...

—Eso ya lo sabía yo —dijo la mujer del carretero dando a entender que, si la dejaran, ella sola se encargaría con gusto de llevar a cabo el encargo.

«Vaya», me dije a mí mismo, «así que esta banda planea ridiculizar al maestro». Me deslicé con cuidado por detrás del vociferante trío y penetré aún más en el interior de la fortaleza enemiga.

Las patas de los gatos parece como si no existieran. Allá donde pisan, no hacen nunca el más mínimo ruido. Los gatos caminamos como si lo hiciéramos por el aire, como si pisáramos encima de las nubes, tan silenciosamente como una piedra que se hunde en el agua, como una antigua arpa china tocada en lo profundo de una cueva. El caminar de los gatos es la realización instintiva de todo lo más delicado. En lo que a mí me concierne, esa vulgar casa de estilo occidental, simplemente no existía. Tampoco la mujer del carretero, la criada, el cochero, la hija de la señora, la señora misma, sus amigas amantes de la cháchara vulgar, o su horroroso marido. Para mí no existían, sencillamente. Yo voy donde quiero y escucho lo que me parece oportuno escuchar. Luego saco la lengua y refresco mi cola y vuelvo a casa tranquilamente con

mis bigotes orgullosamente erguidos. En este asunto concreto, en lo que se refiere a la sagacidad, no creo que haya en todo Japón ningún gato tan dotado como yo. A veces pienso que debo estar emparentado con uno de esos gatos fabulosos que se pueden ver en los antiguos libros ilustrados. Se dice que cada sapo lleva en su frente una gema que brilla en la oscuridad, pero yo, dotado como estoy de mi fabulosa cola, no sólo llevo en mí el poder de Dios, de Buda, de Confucio, del Amor e incluso de la Muerte. Llevo también la panacea para curar todos los males que afectan a la especie humana. Puedo mover mi rabo grácilmente por los horrendos pasillos de la mansión de los Kaneda, igual que un dios gigante de piedra podría aplastar, sin inmutarse, un inmenso flan de leche.

En este punto me quedé tan impresionado de mis propios poderes y fui tan consciente de la reverencia que le debía a mi preciosa cola, que fui incapaz de negarle un inmediato reconocimiento a su divinidad. Me pareció oportuno rezarle a esta Graciosa Deidad de la Gran Cola una oración para triunfar en la batalla, así que baje un poco la cabeza pero me di cuenta de que no miraba en la dirección correcta. Debía girarme de nuevo y volver a reverenciarla con devoción tres veces. Pero cuando giré el cuerpo para cumplir con estos requerimientos, la cola se me había cambiado de sitio. En un esfuerzo para alcanzarla, torcí el cuello. Pero la cola seguía evitándome. Siendo así de sagrada y conteniendo el universo entero, como corresponde, es normal que mi cola de diez centímetros no quiera permanecer mucho tiempo bajo mi control. Me revolví en su persecución al menos siete veces y media, y el ejercicio me dejó exhausto. Me di por vencido. Estaba mareado y por un momento perdí toda noción de dónde estaba y quién era yo realmente. Decidí que mi paradero carecía de importancia y comencé a caminar sin rumbo. En ese momento escuché la voz de la señora Kaneda. Venía de más allá de la ventana de papel. Estiré las orejas en diagonal y las agucé, completamente alerta. Contuve la respiración. Debía dirigirme al lugar de dónde provenía la voz.

—Es demasiado engreído para ser sólo un maestrillo —gritaba con su voz de cacatúa.

—Desde luego, es un tipo insoportable —dijo otra voz, que identifiqué como la del señor Kaneda—. Tendríamos que darle una lección. Tengo amigos, dos o tres, de mi misma provincia, que enseñan en su misma escuela.

—¿Qué amigos son esos?

—Bueno, están Tsuki Pinsuke y luego Fukuchi Kishago, para empezar. Lo arreglaré con ellos para que le importunen en clase.

No sé de qué provincia exacta provenía el señor Kaneda, pero me sorprendió que la región fuera tan abundante en nombres estrafalarios.

—¿Da clases de inglés, no? —preguntó el marido.

—Sí. Según la mujer del carretero, está especializado en literatura inglesa o algo

parecido —contestó su mujer.

—En cualquier caso se va a quedar para el arrastre...

Yo también me quedé «para el arrastre» tras escuchar una expresión tan vulgar y poco principesca salir de sus labios.

—Cuando vi a Pinsuke el otro día me contó que en su escuela había un tarado. Resulta que un alumno le preguntó cuál era la palabra inglesa para decir té, un té corriente, o sea un té de mala calidad, y él respondió con toda seriedad que se decía té salvaje y no té común, como de hecho lo llaman. Ahora es el hazmerreír de todos sus colegas. Pinsuke añadió que todos los profesores sufren sus disparates. ¡Me juego el cuello a se trata de ese tal Kushami!

—¡Seguro que es él! Tiene la pinta que podrías esperar de alguien que pensara que existe de verdad el té salvaje. Y eso por no hablar de ese apestoso mostacho que se ha dejado crecer...

—¡Valiente desgraciado!

Si el hecho de lucir bigotes conllevara la desgracia, me temo que todos los gatos seríamos unos enormes desgraciados.

—Y qué me dices de ese tal Meitei ¡Vaya un tipejo siniestro! Un engendro como hay pocos. ¿Y no dice que el barón Makiyama es su tío? No creo que alguien con una cara como ésa pueda tener un tío barón.

—Más tonta eres tú por creerte todo lo que dice un individuo como ése, de dudosos orígenes.

—Puede que sea culpa mía, querido, tienes razón. Pero hay un límite, y él lo sobrepasó con creces. —La señora Kaneda, parecía especialmente molesta. Lo extraño es que ninguno de los dos mencionara a Kangetsu. Me preguntaba si habían dejado de hablar de él justo antes de que yo llegara, o si, por el contrario, habían dado por finalizado el tema de los esponsales de su hija y, por tanto, habían decidido olvidarle al pobre. Me quedé un tanto inquieto con esta circunstancia, pero no podía hacer nada al respecto. Durante un rato me quedé agazapado en silencio, pero entonces sonó un timbre al fondo del pasillo y decidí acercarme hasta la puerta para ver qué pasaba. Cuando llegué descubrí a una mujer muy parecida a la de la señora Kaneda, y que hablaba con voz desagradable. Como sus voces se parecían bastante, deduje que se trataba de su famosa hija, esa encantadora muchacha por la que Kangetsu bebía los vientos y por la que había estado a punto de perecer ahogado. Por desgracia, una puerta corredera de papel nos separaba y me resultó imposible calibrar de primera mano cuán bella era. Tenía una enorme curiosidad por saber si ella también tenía insertada en mitad de la cara un apéndice tan aparente como el de su madre. Deduje, por el ruido que hacía al respirar por la nariz, que era bastante improbable que su aparato nasal pasara por una simple naricilla de cerdito. Como hablaba continuamente y nadie contestaba, pensé que estaría usando uno de esos

aparatos tan modernos que la gente viene instalando últimamente en sus casas, un teléfono.

—¿Hablo con el teatro Yamato? Quería reservar para mañana el tercer palco de platea, fila tres. ¿De acuerdo? ¿Lo tiene? ¿Cómo dice? ¿Que no puede? Pero tiene que reservarlo. ¿Por qué voy a estar bromeando? No sea estúpida. ¿Quién demonios es usted? ¿Cuál es su nombre? ¿Chokichi? Bien, Chokichi: lo está haciendo rematadamente mal. Dígale a la dueña que se ponga al aparato. ¿Qué? ¿Dice que es usted capaz de arreglárselas con lo que sea? ¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Sabe quién soy yo? Soy la señorita Kaneda. ¡Vaya! Así que ya estaba usted al tanto de quién era. ¡Pues es usted una majadera! ¿No me entiende? Le habla Kaneda, Ka-ne-da. Ah, vaya, y ahora me da las gracias por nuestro patrocinio. ¿Pues sabe lo que le digo? ¡Que no quiero para nada su estúpido agradecimiento! Lo que quiero el tercer palco en la platea. No se ría, estúpida. Deber de ser usted terriblemente estúpida. ¿Qué soy qué? ¡Si no deja esas insolencia le prometo que colgaré! ¿Me oye? Le prometo que se arrepentirá. Hola. ¿Sigue ahí? Hola, hola. ¡Hable! ¡Respóndame! Hola, hola, hola...

Parecía que la tal Chokichi había colgado. Así que la chica estaba histérica y apretaba el teléfono como si estuviera fuera de sus casillas. A sus pies había un perrito faldero que empezó a ladrar. Decidí que lo mejor era desaparecer, así que salté a la galería para esconderme debajo.

Justo en ese momento escuché unos pasos aproximándose y el sonido de una puerta corredera que se abría. Agucé el oído.

—Su padre y su madre preguntan por usted. —Sonaba como la voz de una asistenta.

—Y a mí qué narices me importa —fue la vulgar contestación de la señorita Kaneda.

—Me envían a buscarla porque hay algo que desean decirle.

—Me estás molestando. Ya te he dicho que me da igual.

—Han mencionado algo relacionado con el señor Kangetsu. —La asistenta intentaba cambiar con sutileza el humor de la joven.

—¡Me importa un bledo si quieren hablar de Kangetsu o de Pingetsu! Odio a ese hombre. Tiene cara de huevo, y me mira como si fuera una calabaza desorientada. —Su tercer exabrupto de la tarde iba dirigido al ausente Kangetsu—. ¡Vaya! —siguió la muchacha como si nada—. ¿Cuándo te has hecho ese corte de pelo? Pareces una occidental.

La pobre sirvienta tragó saliva y contestó secamente:

—Hoy.

—¡Vaya descaro! Una vulgar asistenta... ¡Lo que hay que ver! —Su cuarto ataque había cambiado de dirección—. Y eso que llevas ahí, ¿no es un collar nuevo?

—Sí, es el que me dio usted hace unos días. Lo había guardado en mi joyero porque me parecía demasiado bueno para mí, pero como el otro que tenía se había puesto muy feo, me he decidido a cambiarlo.

—¿Y cuándo dices que te lo di?

—Lo compró en enero, en Shirokiya. Tenía unos luchadores de *sumo* como motivos decorativos sobre un fondo verde oscuro. Dijo que era demasiado sombrío para su estilo, y por eso me lo regaló.

—¿Te lo regalé, dices? La verdad es que te queda muy bien, y es muy provocativo.

—Muchas gracias, señorita.

—No era un cumplido. Estoy muy molesta contigo.

—Sí, señorita.

—¿Cómo aceptaste algo que te queda tan bien sin decirme nada?

—Pero...

—Si te queda tan bien a ti, seguro que a mí me quedará mucho mejor.

—Seguro que a usted le quedará precioso, señorita.

—¿Y por qué no lo dijiste entonces? En lugar de eso te quedas ahí como un pasmarote sin decir nada, sabiendo perfectamente que quiero que me lo devuelvas.

Sus imprecaciones parecían no tener fin, y yo me preguntaba cómo acabaría todo aquello. Entonces, de repente, se escuchó desde la habitación contigua la voz del señor Kaneda:

—Tomiko, Tomiko mía, ven aquí.

La muchacha, sin más opción que obedecer a su padre, salió enfurruñada de la habitación. Su perrito faldero, algo más grande que yo, una espantosa criatura, fea como el demonio, con los ojos y la boca apiñados en mitad de su desagradable cara, salió trotando detrás de ella.

En ese momento me dirigí de nuevo a la puerta de la cocina con mi habitual caminar sibilino, salí a la calle y volví a casa. La expedición había resultado todo un éxito.

Al volver repentinamente de esa hermosa mansión a nuestro mísero y angosto cuchitril, me sentí como si hubiera bajado de la luminosa cima de una montaña, a la más oscura de las cavernas. Mientras duró mi misión de espionaje no tuve oportunidad de fijarme en detalles como la decoración de las habitaciones, o de las puertas, ventanas, y cosas por el estilo. Pero tan pronto como volví a la casa del maestro fui consciente de la ramplonería de lo que me rodeaba, *y* entendí perfectamente a lo que se refería Meitei cuando hablaba de mediocridad. Me inclinaba a pensar que más valía aspirar a ser un hombre de negocios, antes que un simple profesor. Estos pensamientos me sumieron en una gran incertidumbre. Decidí recurrir al infalible oráculo de mi cola para conocer su sentencia. Ésta confirmó que

mis pensamientos eran correctos.

Me sorprendió comprobar que Meitei estaba todavía en el estudio del maestro. Las colillas de sus cigarrillos, apiladas en el brasero, semejaban una colmena de abejas difuntas. Sentado confortablemente en el suelo con las piernas cruzadas, hablaba y hablaba sin parar. Parece ser que durante mi ausencia había llegado también Kangetsu. El maestro yacía sobre su espalda con la cabeza apoyada en las manos, y contemplaba absorto las goteras del techo. Era otras de esas reuniones de ermitaños en un reino de paz.

—Kangetsu, mi querido compañero. Creo recordar que insistes en mantener en el máximo secreto el nombre de esa señorita que te llamaba en sus delirios. Pero, ¿no crees que ha llegado el momento de que nos reveles su identidad?

Kangetsu parecía algo molesto con las palabras de Meitei.

—Si fuera únicamente cosa mía, no me importaría revelárselo, pero como cualquier indiscreción puede comprometer a la otra parte...

—Así que no nos lo dirás.

—Se lo prometí a la mujer del doctor...

—¿Y también le prometió no decírselo nunca a nadie?

—Sí —dijo Kangetsu. Como de costumbre, jugueteaba con los cordones de su *haori*. Los cordones eran de un color púrpura brillante. Nadie podría encontrar hoy en día unos cordones así en una tienda.

—El color de esos cordones es completamente decimonónico —observó el maestro. Mostraba una indiferencia total hacia todo lo que tenía que ver con la familia Kaneda.

—Puede ser. Es probable que tenga usted toda la razón. Estos cordones sólo serían apropiados en las prendas de vestir de los samuráis de la época de los *shogun*. Se dice que con ocasión de su matrimonio, hace más de cuatrocientos años, el muy noble Oda Nobunaga [34] llevaba el pelo recogido en una especie de moño con forma de escobilla. Pues bien, no me cabe duda de que el sombrero que llevaba puesto encima lo decoraban cordones como esos —explicó Meitei con su habitual prolijidad.

—De hecho —respondió Kangetsu—, mi abuelo llevaba estos cordones en sus buenos tiempos, no hace más de cuarenta años, cuando derrocaron a los Tokugawa en la última rebelión, justo antes de la restauración del emperador.

Kangetsu se lo tomaba todo al pie de la letra.

—¿Y no crees que es momento de donarlos a un museo? Para un reputado profesor de la mecánica del ahorcamiento como tú, licenciado en Ciencias para más señas, resulta un poco ridículo llevar algo tan arcaico. Además, no creo que ayude mucho a tu reputación sentimental.

—Yo personalmente seguiría su consejo, pero hay una persona que dice que estos cordones me quedan muy bien.

—¿Quién puede haber hecho un comentario tan desafortunado como ése? —preguntó el maestro mientras se incorporaba.

—Una persona que usted no conoce.

—Eso no importa. ¿Quién es esa persona?

—Una mujer.

—¡Madre mía, qué delicadeza! ¿Sabes quién creo que es esa persona? Creo que es la mujer que te llamaba desde el fondo del río Sumida. ¿Por qué no te atas el *haori* con esos preciosos cordones púrpuras y te ahogas otra vez, pero esta vez de verdad? —le atacó Meitei.

Kangetsu rió la broma a Meitei y dijo:

—Ahora ya no me llama desde el fondo del río. Ahora lo hace desde un mundo más puro, un poco al noroeste de aquí...

—No esperes que esa mujer te aporte demasiada pureza. Porque esa nariz que gasta parece de todo menos pura.

—¿Cómo? —respondió Kangetsu asombrado.

—Esa Archinariz que vive enfrente ha venido a visitarnos. Sí, estaba justo aquí hace un rato. Y debo decirte que su visita constituyó una verdadera sorpresa, ¿no es así, Kushami?

—Desde luego —contestó el maestro todavía tumbado mientras se servía el té.

—¿A quién se refiere cuando dice Archinariz?

—Nos referimos a la madre de tu querida enamorada.

—¡Vaya...!

—Una mujer que decía llamarse Kaneda vino aquí a preguntar todo tipo de cosas sobre ti. —El maestro ahora hablaba con seriedad.

Miré al pobre Kangetsu y me pregunté si estaría complacido, sorprendido o simplemente avergonzado por esa revelación. Sin embargo, su aspecto era exactamente igual al de siempre. En su habitual tono calmado dijo:

—Supongo que les preguntaría si me iba a casar con su hija, ¿no es así? —Y comenzó a torcer y a retorcer sus cordones púrpuras.

—Nada de eso. Esa señora de enorme nariz...

Antes de que Meitei pudiera terminar la frase, el maestro le interrumpió con una trivialidad.

—Escucha —dijo—. He intentado componer un nuevo *haiku* sobre el enorme apéndice de la dama en cuestión.

La mujer del maestro empezó a reírse desde la habitación de al lado.

—¿No te da vergüenza interrumpirnos para decirnos que has compuesto un *haiku?*

—Bueno, sólo he escrito el principio. La primera línea dice así: «Un festival tiene lugar en su cara».

—¿Y luego?

—«En la que uno ofrece vino sagrado.»

—¿Y la frase de conclusión?

—Todavía no la he escrito.

—Interesante —dijo Kangetsu con una sonrisa.

—¿Qué te parece esto como frase de conclusión? —improvisó Meitei—: «Dos orificios oscuros».

Acto seguido Kangetsu añadió:

—«Tan profundos y sin pelos».

En esas estaban, divirtiéndose con frases y ocurrencias cada vez más atroces, cuando desde la calle, al otro lado de la valla, empezaron a escucharse voces de gente que gritaba: «¿Dónde está ese *tejón de barro*? Sal fuera si te atreves, tejón. Venga, *tejón de barro...».*

El maestro y Meitei se miraron confundidos y otearon a través de la valla. Se escucharon risas y pasos que se alejaban.

—¿Qué quiere decir tejón de barro? —preguntó Meitei con tono de asombro.

—No tengo ni idea —contestó el maestro.

—Qué ocurrencia... —añadió Kangetsu.

Meitei se puso de pronto en pie, como si se hubiera acordado de algo:

—Durante varios lustros —declamaba en un tono como de parodia de las lecturas públicas— he dedicado mis esfuerzos al estudio de la narizología y, por tanto, me gustaría en este momentó comunicaros, si disponéis de tiempo y paciencia, ciertas conclusiones a las que íntimamente he llegado.

La iniciativa fue tan repentina que el maestro se quedó anonadado.

Kangetsu, por su parte, declaró:

—Me encantaría escuchar esas íntimas conclusiones suyas.

—He realizado un completo estudio sobre la materia del origen de la nariz, pero éste permanece aún en la más completa oscuridad. La primera cuestión que se nos plantea es asumir que la nariz tiene un uso. Esta sería la aproximación funcional. Si esta premisa es cierta, ¿no serían suficientes dos fosas ventiladoras? No existen, pues, evidencias de por qué debe existir esa arrogante profusión que ocupa la mitad de la cara en la fisionomía humana. ¿Por qué entonces se destaca de esa manera?

Al llegar a este punto hizo pinza con dos dedos en la nariz.

—La tuya no sobresale gran cosa —cortó el maestro.

—Bueno, no está demasiado desarrollada, pero en fin... —dijo Meitei con voz de bocina—. Para que no haya malos entendidos, me gustaría llamar vuestra atención sobre la morfología de las fosas nasales: cada una de ellas paralela a la otra. En mi humilde opinión el desarrollo de la nariz es el efecto de ese delicado proceso llamado «secreción mucosa», por el cual se produce su estiramiento hasta llegar, a lo largo de

la evolución de las especies, hasta su fenomenal apariencia actual.

—Qué sabiamente expones tus «humildes» puntos de vista —interrumpió el maestro.

—Como sabéis, el acto de sonarse la nariz implica, ante todo, apretársela. El estrujamiento de la nariz, el retorcimiento, incluso uno podría decir el «presionamiento» de esa área tan localizada resulta, de acuerdo con los principios bien establecidos de la teoría evolutiva lamarckiana, en el desarrollo desproporcionado de ese punto concreto en relación a todos los que están a su alrededor. La epidermis de la zona afectada se endurece y el material subcutáneo, por tanto, se coagula y eventualmente se osifica.

—Eso suena un tanto exagerado: transformar la carne en hueso sólo por el hecho de sonarse los mocos. —Kangetsu, como buen representante de los licenciados en Ciencias, opuso sus objeciones. Meitei, por su parte, siguió adelante sin dar la más mínima importancia a los argumentos de sus compañeros.

—Naturalmente, puedo aceptar vuestras dudas, pero caminar se demuestra andando. El hueso está ahí y ese hueso se ha moldeado de algún modo. Sin embargo, y a pesar de ese hueso, uno moquea. Y si uno moquea, debe sonarse. Y en el curso de esa acción el hueso se dilata hasta adquirir la forma, altura y estrechez ideales. Es, de hecho, un proceso que yo calificaría de terrorífico. Pero, al igual que unas simples gotas de agua terminan, a lo largo de los años, por hacer un hueco en el granito, de la misma manera se ha alargado el órgano nasal con incesantes actos de sonarse. Eso ha moldeado dolorosamente esa línea recta en la cara de uno.

—Pero la tuya es fofa...

—Rechazo decididamente cualquier tipo de discusión sobre las características particulares observadas en la fisionomía del ponente. Una aproximación puramente personal implica el riesgo de la autoexculpación, así como la tentación de defender los defectos y deficiencias de cada uno. Pero, por lo que se refiere al objeto de estudio, esto es, a la honorable nariz de la señora Kaneda, ésta es de tal calibre que me gustaría llamar la atención de los oyentes y destacarla como la más desarrollada en su especie, el objeto más raro y egregio del mundo.

Kangetsu estalló en un grito espontáneo de admiración:

—¡Le escuchamos, le escuchamos!

—Pero cualquier cosa que se desarrolla hasta ese punto se convierte inmediatamente en algo intimidatorio, incluso aterrador. Puede ser espectacular, pero al tiempo chocante, inalcanzable. El puente de la nariz de esa señora me parece ciertamente magnífico, aunque excesivamente rígido, inaceptablemente empinado. Si uno se detiene a examinar las narices de los antiguos, parece probable que la nariz de Sócrates, Oliver Goldsmith, o William Thackeray fueran bastante imperfectas desde el punto de vista estructural, pero cada una de esas imperfecciones tenía su encanto.

Sin duda es un acto puramente intelectual afirmar que una nariz, como una montaña, no es relevante por su tamaño, sino por su personalidad. Igualmente, en este país tenemos una ajustada expresión popular que reza: «Mejor que la nariz son los pasteles». Se trata, sin duda, de una corrupción de algún tipo de adagio más antiguo que valoraba la nariz por encima de los olores. De lo que se deriva que, desde el punto del vista estético, mi nariz, la del ciudadano Meitei, es perfecta y totalmente normal.

Kangetsu y el maestro saludaron esta fabulación espontánea con una sonora carcajada, e incluso Meitei se acabó uniendo a la celebración.

—Ahora, la pieza que les he estado recitando...

—Distinguido ponente. Debo objetar respecto al uso de la expresión «he estado recitando». Se trata de una expresión un tanto vulgar para describir la actividad de un orador como yo.

Kangetsu se tomaba la revancha por la crítica del uso del lenguaje que Meitei le había hecho durante su reciente presentación.

—En cuyo caso, señor, y habiendo purgado mi error, con su permiso, me gustaría tocar ahora el tema de la adecuada proporción entre la nariz y la cara a la que ésta va asociada. Si simplemente se tratase de narices, sin considerar su relación con otras entidades, entonces declararía, sin temor a contradecirme, que esa nariz de la señora Kaneda es soberbia, superlativa y, probablemente, excelsa. La mejor situada para ganar el concurso de narices organizado por los duendes de largas narices del monte Kurama, que, según nuestra tradición, allí habitan por los siglos de los siglos. Pero, ¡ay de mí!, esa nariz no parece haberse formado, moldeado, o incluso me atrevería a decir, fabricado, teniendo en cuenta algún tipo de consideración por la relación con otros objetos faciales tan importantes como son, por ejemplo, los ojos y la boca. Julio César estaba dotado, sin duda, de una nariz muy fina. Pero, ¿cuál sería el resultado si uno le cortase la nariz al Cesar y se la pegase a, pongamos, este gato tuyo? La frente de los gatos es proverbialmente pequeña. Si injertásemos esa nariz heroica en un espacio tan diminuto, el resultado sería el mismo que si colocásemos el gran Buda de la ciudad de Nara [35] sobre un tablero de ajedrez. La yuxtaposición de elementos desproporcionados destruye los valores estéticos. La nariz de la señora Kaneda, como la del César, es en sí misma *una cosa*. Una protuberancia de lo más digna y mayestática. Pero, ¿cómo es en relación a lo que la rodea? Por supuesto, esas circunstancias faciales adyacentes no son mucho mejores que las de su propio gato. Sus ojos cuelgan de unas cejas oblicuas igual que los de una epiléptica. Señores, les preguntó: ¿Qué clase de nariz sobreviviría en tan lamentable cara?

Cuando Meitei se detuvo, pudo oírse una voz en la parte trasera de la casa que decía: «Todavía siguen con eso de la nariz, que aburridos».

—Esa es la mujer del carretero —explicó el maestro a Meitei. Continuó a modo

de resumen—: Es para mí un gran honor saber que al otro lado de la valla me están escuchando con tanta atención personas del sexo femenino. Estoy especialmente agradecido por que la dulce voz de esta nueva participante añada un poco de encanto a mi árida exposición. Para lograr que no pierda su atención, dejaré con gusto mi estilo académico a fin de adoptar otro más popular y más accesible, pero como estoy a punto de entrar a analizar un problema de mecánica, el inevitable vocabulario técnico resultará un tanto difícil de comprender para las mujeres. Les pido, por tanto, un poco de paciencia.

Kangetsu respondió a la mención sobre el problema mecánico con una abierta sonrisa.

—El punto que me gustaría establecer es que tal nariz y tal cara nunca armonizarán, aunque se lo propongan. Brevemente, diremos que su combinación va contra la regla fundamental de la teoría de Zeising, [36] un hecho que pretendo demostrar mediante la siguiente fórmula mecánica. En primer lugar, debemos designar H como la altura de la nariz y µ como el ángulo entre la nariz *y* el nivel de la superficie de la cara. Por favor, tengan en cuenta que W es el peso de la nariz. ¿Me siguen hasta ahora?

—A duras penas —suspiró el maestro.

—¿Y usted, Kangetsu?

—Yo también estoy un poco perdido.

—Me sorprendes, Kangetsu. Que el profesor Kushami no me siga lo puedo entender, pero tú, todo un licenciado en Ciencias... Esta fórmula es la pieza central de mi exposición. Si la suprimo se caerá por tierra todo lo dicho anteriormente. Este tipo de cosas no ayudan. Sin embargo, la eliminaré y pasaré a exponeros directamente mi conclusión.

—Ah, pero ¿hay una conclusión y todo? —preguntó el maestro con una genuina curiosidad.

—¿Por qué lo preguntas? Naturalmente. Una exposición sin conclusión es como una cena sin postre. Ahora escuchad atentamente. Voy a exponer mi conclusión. Caballeros, si se sigue la teoría que les he expuesto hasta ahora y se la relaciona con las teorías de Virchowy Wisemen, [37] uno se verá obligado a tener en consideración también el problema de las formas congénitas hereditarias. Es más, existe una clara evidencia para argumentar que no puede darse la transmisión de fisionomías adquiridas. Sin embargo, las condiciones mentales resultantes, en cuanto consecuencia de esas formas, son, de alguna manera, transferibles. Es, por tanto, lógico pensar que una persona con un progenitor con tal nariz, tendrá asimismo una protuberancia fuera de lo normal. Como Kangetsu es todavía joven, todavía no habrá notado ninguna anormalidad en la estructura del órgano nasal de la señorita Kaneda. Pero la herencia genética requiere cierto tiempo hasta desarrollarse por completo.

Uno nunca sabe. Quizás no haga falta sino un cierto cambio en el clima para que la nariz de la señorita germine y se convierta en un instante en una perfecta replica de la de su honorable madre. En suma, y a la luz de mi demostración teórica, creo que sería prudente intentar evitar cualquier idea de matrimonio en este momento, mientras todavía es posible hacerlo. Yo diría, incluso aun a riesgo de ir demasiado lejos, que todos en la casa del maestro, incluido su monstruoso gato, estamos de acuerdo en esto.

El maestro aprobó con entusiasmo:

—Por supuesto. Nadie en su sano juicio se casaría jamás con la hija de semejante engendro. Realmente, mi querido Kangetsu, no deberías casarte con ella.

Busqué mi propia forma de asentir a todas esas recomendaciones profiriendo dos maullidos. Kangetsu, sin embargo, no parecía especialmente preocupado por la situación.

—Si ustedes dos, personas sabias, comparten esa opinión, debería estar preparado para rechazarla, pero eso sería muy cruel puesto que probablemente las consecuencias de tal decisión llevarían a la persona en cuestión a enfermar gravemente.

—Eso —puntualizó Meitei alegremente— supondría la comisión de una especie de crimen sexual.

Sólo el maestro parecía seguir tomándose muy en serio el asunto.

—No bromeéis sobre esas cosas. Esa chica no se marchitará. No si es la hija de esa presuntuosa criatura que intentó humillarme plantándose en mi propia casa sin ser invitada para hacer preguntas incómodas. —El maestro volvió a enfurruñarse.

En ese momento se produjo una nueva interrupción procedente del otro lado de la valla. Se escucharon tres o cuatro voces que decían:

—¡Eres un testarudo, fanfarrón!

Y otra más que gritaba:

—Mejor que te vayas a vivir a una casa más grande.

Y una última:

—¿No es una lástima? Por muchos aires que te des, sólo eres una vieja gloria.

El maestro salió a la galería y gritó con violencia:

—¡Cierren la boca, fantoches! ¿Qué se creen que hacen molestando de esa manera en mi propiedad?

Las risas aumentaron:

—¿Has oído lo que dice? —soltó una—, Pero si es el viejo atontado del té salvaje. *¡Té salvaje!¡Té salvaje!*—comenzaron a corear.

El maestro, furioso, dio media vuelta. Entró en la casa, agarró su bastón y salió como una exhalación a la calle.

Meitei aplaudía de puro placer:

—Apunten y... ¡fuego! —gritó para enconar aún más al maestro.

Kangetsu seguía sentado, sonriendo y jugando con su cordón entre los dedos.

Yo seguí al maestro y le encontré en mitad de la calle blandiendo su bastón con gesto amenazante. Aparte de él, la calle estaba desierta. No podía ayudarle, pero tenía la sensación de que estaba haciendo el ridículo

Capítulo 4

Para mí se convirtió en una costumbre ir a husmear a la mansión de los Kaneda. No pretendo extenderme en el significado de la palabra «costumbre», puesto que sólo es otra forma de decir «a menudo». Lo que uno hace una vez, quiere hacerlo de nuevo, y las cosas que se han probado dos veces, exigen una tercera. Este afán de investigación no es algo exclusivo de los seres humanos, y me veo obligado a pedir aquí que se acepte la peculiaridad psicológica de cada gato nacido en este mundo. Igual que a los seres humanos, así les sucede a los gatos: si algo se hace más de tres veces, se convierte en un hábito, y practicarlo en una necesidad de la vida diaria. Si alguien se preguntase por qué visitaba la casa de los Kaneda tan frecuentemente, antes yo debería hacer una pregunta dirigida a la humanidad entera. ¿Por qué tragan humo a través de la boca los humanos y lo expelen por la nariz? Esa despreocupada inhalación-exhalación sirve de bien poco en aras de llenar la panza o de acabar con el mareo producido por el hambre. Por tanto, no veo la razón por la que la raza de los fumadores deba criticar mi costumbre de visitar a los Kaneda. Esa casa era mi tabaco.

Decir «husmear» da una impresión equivocada e incluso suena vagamente reprobable. Puede llevar a confusión y parece insinuar que yo entraba en aquella casa como un ladrón o como un amante clandestino. Bien es cierto que tampoco lo hacía invitado, pero mi objetivo no era robar una rodaja de bonito, o mantener una agradable conversación con el perrito faldero de ojos y nariz convulsamente amontonados en el centro de la cara. ¡En absoluto! ¿O quizás alguien se piensa que lo hacía por el puro placer de fisgonear? ¿Yo, un detective? Quien crea eso debe de estar loco. Entre las profesiones más degradantes de este mundo, no hay, en mi opinión, ninguna peor que la de detective, sin olvidarme de la de usurero. Es cierto que, por el bien de Kangetsu, se despertó en mí una especie de espíritu caballeresco poco frecuente en un gato, y que por esa razón mantuve la atención por todo lo que pasaba en casa de los Kaneda. Pero eso sólo ocurrió en una ocasión. Desde entonces, fui correcto y me comporté de manera tal que ni el más quisquilloso de los gatos pudiera reprocharme nada. En ese caso cabe preguntarse por qué describo mis acciones con una palabra tan desafortunada como «husmear». Tengo buenas razones, pero su explicación requiere un análisis en profundidad.

En primer lugar, soy de la opinión de que el cielo se hizo para dar cobijo al acto creativo en sí, y la tierra para que las cosas creadas que permanecieran en ella tuvieran un sustento con que sobrevivir. Incluso los seres humanos que adoran discutir sobre todo lo discutible no podrán negar este hecho. Después, deberíamos preguntarnos cómo o con qué esfuerzo han contribuido los humanos a esa creación. La respuesta es clara: con nada. ¿Qué derecho asiste, entonces, a los humanos para apropiarse de las cosas que ellos mismos no han creado y que no les pertenecen? Por

supuesto, la no existencia de ese derecho no impide que esas criaturas se apropien de lo que les venga en gana. Pero entonces, seguramente, no hallarán ninguna justificación para impedir a los demás entrar y salir inocentemente de eso que llaman su propiedad. Si se acepta el derecho que Fulanito de tal o Menganito de cual tiene de parcelar, dividir *y* colocar vallas en este mundo sin fronteras, y registrarlas a su nombre, ¿cómo podrá evitarse entonces que tales personas se dediquen también a parcelar y dividir el cielo y a encerrar el aire? Si la ley natural permite la propiedad privada de la tierra y la compraventa asignando un valor por metro cuadrado, es lógico que también se permita la partición del aire que respiramos y su venta por metro cúbico. Si no se puede negociar con la atmósfera y es ilegal la partición del firmamento, se debe deducir entonces que la propiedad de la tierra es irracional, y no algo natural. Esa es mi convicción, y por eso entro donde me da la gana. Naturalmente, si no quiero ir a un sitio, no voy. Pero si se me antoja, no me preocupo en absoluto sobre la propiedad de lo que me encuentro en mi camino. No siento ningún tipo de inhibición por entrar en la propiedad de gente como los Kaneda, si ése es mi deseo. Sin embargo, la triste realidad es que, siendo un simple gato, no puedo competir en el terreno de la pura fuerza física. Mientras rija en el mundo la ley del más fuerte, los gatos no podremos esperar que se nos permita discutir, por mucha razón que tengamos. Y si nos empeñamos en hacer valer nuestras razones, el riesgo que corremos es el de que nos muelan a palos, como le pasó a Kuro, el gato del carretero. En situaciones en las que se enfrentan la razón y la fuerza bruta, uno debe elegir entre plegarse a una imposición o seguir siendo fiel a sus convicciones y evitar así el enfrentamiento. Yo, por supuesto, me quedo con la segunda opción. Si a uno no le van a moler a palos, debe animarse a hacer algo, pues resulta una forma de presión. Por tanto, y una vez explicado el concepto de «traspasar» como algo irracional y el de «husmear» como una forma de «presión», me dispongo a describir mis visitas a la casa de los Kaneda.

Nunca tuve la intención de espiar, pero, como resultado natural de mis muchas incursiones, adquirí un cierto conocimiento sobre los más íntimos detalles de la vida de la familia Kaneda. Detalles *y* escenas que, por más que lo intento, no puedo borrar de mi memoria. Por ejemplo, la señora lavándose la cara y pasándose la toalla con especial cuidado por su enorme nariz; la señorita Tomiko tragando con fruición pasteles y más pasteles de arroz espolvoreados con harina de soja o mermelada de judías; o el viejo señor Kaneda cuya nariz, en abierto contraste con la de su mujer, era chata como la de un gato de angora. De hecho, lo único chato no era su nariz, sino su cara entera. Era una cara tan nivelada, que parecía como si se la hubiesen aplastado en una pelea de barrio en su infancia y ahora, muchos años después, siguiera ahí como recuerdo viviente de aquel nefasto día. Aunque era una cara de aspecto tranquilo, le faltaba un poco de variedad, en cierto modo. Por mucho que su

propietario se enfadase, su cara permanecía plana. Aprendí también que al viejo señor Kaneda le gustaba mucho el *sashimi* de atún, y que cuando lo comía se daba palmaditas sordas en la calva. Como era pequeño y rechoncho, usaba sombrero de copa *y* alzas en los zapatos para parecer más alto, y su cochero se reía de esas excentricidades, y no se cansaba de repetírselas al mozo que tenía a su servicio. Podría seguir eternamente con esos detalles sobre las intimidades de la familia Kaneda.

Yo solía entrar en el jardín por la puerta trasera y vigilaba la posición desde un montículo estratégicamente situado que fue construido por motivos decorativos. Una vez me aseguraba de que todo estaba tranquilo y despejado, y de que las puertas correderas estaban cerradas, seguía adelante sigilosamente y saltaba a la galería. Pero si escuchaba voces o consideraba que existía riesgo de ser visto desde el interior, me daba una vuelta por el estanque, pasaba por el excusado y una vez la situación se había despejado me colaba bajo la galería. Mi conciencia estaba tranquila y no tenía razón alguna para temer nada, pero había aprendido perfectamente qué se puede esperar si uno tiene la mala fortuna de toparse con uno de esos temibles e irracionales bípedos. Si el mundo estuviera lleno de ladrones violentos y temibles como aquel legendario Chohan Kumasaka [38] ajusticiado hace ya tiempo, entonces hasta el más virtuoso e ilustrado de los hombres actuaría con mi misma cautela. El señor Kaneda era un hombre de negocios y, por tanto, no podía esperar de él que me persiguiera con una *katana* como habría hecho Kumasaka. Pero, por lo que había visto y oído, los demás le importaban bastante poco, y si se comportaba de ese modo con los de su propia especie, ¿qué podía esperar yo, un simple gato, de un encuentro con él? Un gato, por muchas virtudes que tuviera, debía adoptar todo tipo de precauciones con un tipo como él. Esa tensión constante por mantenerme alerta y prevenido me resultaba muy estimulante, y mi gusto por el peligro explica mis frecuentes visitas a la casa. Cuando complete mi análisis sobre la mentalidad de los gatos, daré buena cuenta sobre este fascinante asunto.

Un día estaba sentado sobre el montículo de césped del jardín de los Kaneda, mientras observaba el paisaje frente a mis ojos, cuando de pronto me pregunté qué estaría pasando dentro de la casa. Las puertas de la amplia sala de invitad sestaban abiertas de par en par al fantástico día primaveral, y en su interior podía ver a los Kaneda en animada conversación con un invitado. Me sentía un poco intimidado, pues la nariz de la señora apuntaba directamente hacia mí y taladraba furiosamente mi desprotegida frente. Era la primera vez en la vida que me sentía taladrado por una nariz. El señor Kaneda estaba sentado frente a su huésped. Por mi situación, sólo podía verle la mitad de aquella planicie que tenía por cara, y el lugar donde se encontraba la nariz era indetectable, pues no se veía más que su espeso bigote canoso que le nacía directamente de la cara. Era de suponer que en alguna parte, un poco más

arriba, estarían sus orificios nasales. Me divertía pensar que la suave brisa primaveral, cuando soplase, no encontraría jamás ningún tipo de obstáculo al pasar por encima de esa cara roma, de modo que podría soplar a su antojo. De los tres, el invitado de los Kaneda era, por su fisonomía, el más normal. De hecho, y debido a su regularidad facial, no tenía ningún detalle digno de reseñar. Que su aspecto fuese normal era lo de menos, pero que llegase hasta el punto de rozar una mediocridad digna de ignorar era una verdadera lástima. Me preguntaba quién sería el infeliz llamado a nacer en esta época tan gloriosa como la nuestra provisto de una jeta tan insulsa. Si quería satisfacer mi curiosidad no tendría más remedio que acercarme un poco más y colocarme bajo la galería para así escuchar la conversación. Y allá que me lancé.

—... por eso mi mujer se tomó la molestia de ir a ver a aquel hombre y solicitarle información.

Como era habitual en el señor Kaneda, su discurso derrochaba arrogancia. Sin embargo, su voz era tan plana como su cara.

—Ya veo, ya veo. Así que se trata del tipo que solía darle clases al señor Kangetsu. Ya veo. Tuvieron ustedes una buena idea, en efecto. Ya veo.

Por lo visto este invitado tenía cierta inclinación por sazonar la conversación con aquella coletilla tan molesta: «ya veo».

—Pero la visita de mi mujer derivó finalmente en un completo sinsentido.

—No me extraña. Kushami no es precisamente un alarde de clarividencia. Cuando compartíamos habitación era un prodigio de confusión e indecisión. Debió de pasar usted un mal rato —dijo volviéndose hacia la señora Kaneda.

—¿Un mal rato? Eso es quedarse corto. Nunca en mi vida me habían tratado tan mal en una visita —dijo acompañando su respuesta de un soplido nasal de lo más desagradable.

—Oh, ya veo. ¿Le soltó alguna grosería? Ese tipo siempre ha sido un testarudo. Lleva años enseñando inglés, y nada más que inglés, así que imagínense... —dijo el invitado con tono cortés para hacerse el agradable frente a sus invitados.

—Es de los que no atienden a razones. Cada vez que mi mujer le hacía una pregunta le soltaba un bufido —dijo el señor Kaneda con su voz monótona.

—¡Qué insolencia! He de decirles, sin embargo, que en el mundo existen personas de educación escasa, pero enormemente engreídas. Y si son pobres, peor, porque suelen tener un carácter tan agrio como las uvas amargas. En efecto, esas personas resultan de lo más molestas. Estallan de cólera sin motivo alguno con las personas de bien, como si no fueran conscientes de lo ineptas que son. Parece como si los ricos les hubieran robado personalmente a ellos las cosas que, por lo demás, nunca les pertenecieron.

La risa del invitado sonaba afectada, pero se le veía satisfecho consigo mismo.

—No saben nada del mundo y por eso se comportan tan escandalosamente —

repuso la señora Kaneda—. Pero creo que le puse en su sitio un par de veces. Ahora es el momento de que aprenda una buena lección.

—Ya veo. ¡Espléndido! Eso le pondrá en su sitio definitivamente.

El señor de la casa se mostraba encantado con las felicitaciones que su adulador invitado le prodigaba, aun sin saber exactamente en qué consistiría el escarmiento que éste preparaba para el pobre Kushami.

—Ciertamente, señor Suzuki, ese Kushami es un tipo imposible. ¿Sabía que se niega siquiera a intercambiar dos palabras en la escuela con nuestro amigo, el señor Fukuchi? Y, no contento con eso, tampoco hace buenas migas con el señor Tsuki. Pensábamos que últimamente había aprendido la lección, porque parecía más tranquilo, pero el otro día salió corriendo con un palo detrás de nuestro chico de los recados. Imagíneselo usted. ¡Pero si ya tiene treinta años, es ya todo un hombre hecho y derecho! Nadie en su sano juicio actuaría así. Quizás se haya vuelto loco... —añadió la señora con voz temblorosa.

—¿Qué le habrá podido llevar a cometer semejante acto de violencia?

El invitado parecía estar desconcertado por la actitud de Kushami.

—Nada especial, en realidad. Parece que nuestro chico de los recados pasó frente a la casa de Kushami, y debió de hacer algún comentario inocente. Antes de que pudiera reaccionar ya estaba ahí el otro blandiendo una estaca. Dijera lo que dijera el pobre muchacho, a fin de cuentas no es más que eso, un muchacho indefenso. Sin embargo, Kushami ya es un hombre, y lo que es peor, ejerce como profesor.

—Un profesor algo *sui generis*—puntualizó el invitado.

—Un profesor algo *sui generis* —remarcó el señor Kaneda.

Parecía que este trío magnífico había llegado a la conclusión de que un profesor, para ser calificado como tal, debía comportarse como una estatua de madera a pesar de los insultos que se pudieran proferir contra él.

—Y luego está ese otro tipejo, el tal Meitei —dijo la señora—. Nunca en mi vida había visto a nadie soltar tal ristra de imbecilidades en tan poco tiempo. Es de los que mienten más que hablan. En mi vida me había cruzado con un lunático de esa categoría.

—¿Meitei? Vaya, ya veo. Parece que sigue en su línea. ¿También estaba cuando fue usted a visitar a Kushami? Él también puede resultar un personaje insufrible, se lo digo por experiencia. Era otro de los que compartía casa con nosotros. Recuerdo que estaba siempre con sus bromas de mal gusto y con sus comentarios jocosos. Tiene un sentido del humor enfermizo.

—Sacaría de quicio incluso a un santo. Por supuesto, todos decimos mentiras piadosas, a veces por lealtad, otras veces porque la situación lo exige. Pero ese Meitei miente porque lo tiene por costumbre. ¿Qué se puede esperar de un hombre así? Dice lo que le da la gana, sin pararse a pensar en las consecuencias, y se queda tan ancho.

¿Qué beneficio se puede sacar de él?

—Ha dado usted en el clavo. No se puede hacer nada con una persona que miente por pura diversión.

—Yo actué como lo haría cualquier madre responsable: fui de visita a esa miserable casa para interesarme por el pretendiente de mi hija, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Esa gente me ofendió y me humilló. Y, a pesar de eso, me sentí obligada a hacer algo decente y envié a nuestro cochero con una docena de botellas de cerveza. ¿Se imaginan ustedes lo que pasó? Ese animal de Kushami tuvo la caradura de rechazarlas y le dijo al cochero que se largara con viento fresco. El cochero insistió en que se las quedara como muestra de nuestro aprecio y entonces Kushami dijo que lo que realmente le gustaba era la mermelada, que la cerveza le parecía muy amarga. Y entonces le cerró la puerta en las narices. ¿Puede creerlo? ¿Es posible que haya alguien tan maleducado?

—Es terrible... —respondió el invitado con gran convicción.

Tras una breve pausa escuché la voz del viejo Kaneda:

—Y ésa es la razón por la que le hemos pedido que viniera hoy. Por supuesto, lo único que queremos es reírnos un poco de ese chalado de Kushami...

¡Plas, plas, plas! Y empezó a darse palmaditas en la calva como cuando comía *sashimi* de atún. Escondido bajo la galería, me resultaba imposible ver cómo se daba golpecitos en el tatuaje que llevaba pintado en lo más alto de la cocorota. Pero, como ya le había visto en muchas otras ocasiones, era capaz de reconocer el sonido sin ningún género de duda, igual que el monje reconoce sin dudarlo el sonido de cada una de las campanas de su templo.

—Y se nos ocurrió pedirle ayuda en este asunto concreto...

—Cualquier cosa en la que les pueda servir, no duden en pedírmela. Después de todo, es debido a su influencia por lo que he tenido la fortuna de ser trasladado a la oficina de Tokio.

El invitado parecía ansioso por devolverle el favor al señor Kaneda.

Bien, bien. El complot ya iba tomando forma. Y pensar que esa mañana había salido a dar una vuelta simplemente porque el tiempo era fantástico. Desde luego, no esperaba encontrarme con semejantes tejemanejes. Me ocurrió lo mismo que a quienes van a visitar un templo budista el día de los muertos, y son invitados inesperadamente por el monje a comer pasteles de arroz rellenos de mermelada de judías en una degustación privada. Me preguntaba qué clase de ayuda iban a solicitar los Kaneda de ese invitado, que a la luz de los acontecimientos más bien parecía un simple empleado, así que estiré mis orejas todo lo que pude para no perder detalle.

—No me pida qué le explique cómo, pero ese chalado de Kushami sigue inoculando prejuicios en la cabeza de Kangetsu para que no se case con nuestra hija —dijo el señor Kaneda mientras se giraba hacia su mujer.

—Oh, ya veo. ¿Eso es lo que le insinúa?

—Insinuar no es la palabra adecuada —dijo el señor Kaneda con un súbito mal genio—. Cito sus palabras textuales: «Nadie en su sano juicio se casaría con la hija de ese engendro. Simplemente no debes casarte con ella». Eso es lo que dijo, ni más ni menos.

—¡No puede ser! ¿De verdad tuvo la desfachatez de llamarme «engendro»? ¿Se atrevió a llegar tan lejos? —se indignó la mujer.

—Tal como te lo cuento. La mujer del cochero vino expresamente a decírmelo.

—Bueno. Ya ve, señor Suzuki. Ese señor Kushami se está convirtiendo en un verdadero obstáculo para nuestros intereses, ¿no cree?

—Lo suyo es extremadamente irritante. Nadie puede entrometerse en los arreglos matrimoniales de una familia tan formal como la suya. Incluso un cabeza de chorlito como Kushami debería saber eso. De veras, todo esto sobrepasa mi entendimiento.

—En sus días de estudiantes, ustedes compartieron piso y parece que fueron amigos, por mucho que las cosas hayan cambiado hoy en día. Lo que nos gustaría es que hablase con él para tratar de hacerle entrar en razón. Puede que se sienta ofendido, pero si es así, será exclusivamente culpa suya. Si entra en razón, le ayudaré gustosamente con sus asuntos y, por supuesto, dejaremos de molestarle. Pero si sigue en sus trece como hasta ahora, encontraré la forma de resarcirme. Resumiendo, ha de convencerle de que no le merece la pena seguir siendo tan obstinado.

—Hum, ya veo. Tiene usted mucha razón. Sería una idiotez por su parte seguir siendo tan cabezota. No le aportaría ningún beneficio y sí graves inconvenientes. Haré cuanto esté en mi mano para hacer que entienda el mensaje.

—Una cosa más. Como hay otros muchos pretendientes para nuestra hija, no podemos hacer ninguna promesa firme de entregársela finalmente a Kangetsu, pero puede sugerirle que si estudia duro y obtiene su doctorado en un futuro próximo, podrá conservar sus opciones.

—Eso le animará a esforzarse más en sus estudios, supongo. De acuerdo, haré lo que ustedes deseen.

—Ah, y una última cosa. Puede sonar raro, pero lo que realmente nos sorprende es la forma en que Kangetsu, a quien suponemos tan inteligente, se traga todo lo que le dice Kushami. Incluso va por ahí diciendo que ese perturbado es nada menos que un sabio. Y como Kangetsu no es el único pretendiente de nuestra hija, no es que esa actitud resulte determinante para nuestra decisión; sin embargo...

—¿Se da usted cuenta? —dijo la mujer como para afirmar la sugerencia de su marido—. Es sólo que lo sentiríamos de verdad por Kangetsu...

—No he tenido hasta ahora el placer de conocer a ese caballero, pero si entra en su distinguida familia, supongo que es obligado asegurar su felicidad de por vida. Estoy convencido de que él mismo no puede esperar sino el matrimonio con su hija.

—Tiene usted toda la razón —dijo la señora Kaneda—. Kangetsu bien podría casarse con Tomiko. Son precisamente ese Kushami y el pérfido de Meitei los que le meten ideas raras en la cabeza.

—Algo inadmisible, por supuesto. No es el comportamiento que uno espera de una persona educada y razonable. Bien. Iré a hablar con Kushami.

—Y nosotros le estaremos muy agradecidos —recalcó el señor Kaneda—. Pero recuerde que ese Kushami sabe mejor que nadie lo que le gusta a Kangetsu. En su reciente visita, mi mujer fue incapaz de sacar nada en claro, no obstante. Si además de los detalles sobre lo talentoso que es estudiando, y todas esas zarandajas, puede usted descubrir algo más sobre su carácter y su conducta, le estaremos profundamente agradecidos.

—Desde luego. Bien. Hoy es sábado y seguro que Kushami está en casa. ¿Dónde vive el individuo en cuestión? —preguntó el señor Suzuki.

—Giré a la derecha al salir de nuestra casa, y luego, al final de la calle, gire a la izquierda. Un poco más allá verá una casa con una valla oscura medio caída. Allí es —detalló la señora.

—¿Así que es aquí, en el mismo vecindario? No me será difícil encontrarla si me fijo en el nombre escrito en la puerta.

—Quizás no vea el nombre. Según parece, para pegar la tablilla con su nombre al marco de la puerta suele usar dos granos de arroz cocido. Cuando llueve, como es natural, el cartel se despega, así que tiene que esperar al siguiente día soleado para volver a pegarlo en su lugar. No entiendo esa costumbre tan ridicula. Lo que debería hacer es clavar el maldito cartel de una vez por todas. Ya lo ve, ahí tiene una prueba más de su dejadez —concluyó la señora.

—Hum, increíble. En cualquier caso, la encontraré. Nada más tengo que buscar una valla negra medio destruida.

—Con esas indicaciones no tiene pérdida. No hay otra casa en el vecindario con ese aspecto tan cochambroso. Pero, ¡un momento! He recordado otro detalle. ¡Busque una casa en la que crece la hierba sobre el tejado! Así le resultará imposible perderse.

—La hierba sobre el tejado... Hum, veo que se trata de una residencia distinguida —dijo Suzuki entre carcajadas antes de salir.

No debía perder el tiempo, así que me apresuré a volver a casa antes de que llegara Suzuki. Ya había escuchado más de lo que necesitaba oír. Volví sobre mis pasos y salí gateando por la parte inferior de la galería hasta llegar al excusado; desde allí salté hasta el pequeño montículo de hierba para ganar la seguridad de la calle. Con un enérgico trotecillo gatuno, llegué en un suspiro a la mansión donde crecía la hierba sobre el tejado, y salté a la galería.

El maestro había extendido una manta blanca sobre el suelo de madera y yacía, con la cara hacia abajo, tomando un dulce baño de sol primaveral. El sol, al contrario

de otras cosas, suele repartirse de modo equitativo. Cae imparcial sobre el rico y sobre el pobre, e ilumina y caldea sin distinción alguna la humilde casa con hierbajos despuntando por el tejado, y la sólida y confortable mansión de los Kaneda. Sin embargo, me veo obligado a decir que la manta entraba en flagrante contradicción con el sentimiento de renovación provocado por la primavera. Sin duda, el fabricante que la hizo creyó que era blanca. Sin duda, también el vendedor, especializado en artículos extranjeros, la vendió como blanca. Incluso el maestro debió de comprarla en su momento pensando que era blanca. Pero todo eso debió de ocurrir hace más de doce o trece años. Aquella Era de lo Blanco dio paso en algún momento a la Era de lo Oscuro, en la que todos los colores se transformaron en informes sombras grisáceas. Conforme pasara el tiempo, la manta se volvería completamente negra. Sin embargo, dudo que aguantara tanto tiempo antes de volatilizarse, o sencillamente pudrirse. La manta lucía un deterioro tal que apenas se distinguían algunos hilos a lo largo. Carecía ya casi de textura, y no creo exagerar si digo que llamarla «manta» constituía un desiderátum, una profesión de optimismo. El maestro guardaba cosas fabricadas para que durasen dos años, un lustro, o incluso una década, durante una verdadera eternidad, confiando en que le sobrevivirían a su muerte. Se podía pensar que hacía como esos nómadas que suelen recoger todo lo que encuentran a su paso. En cualquier caso, ¿qué hacía tumbado sobre esa auténtica reliquia del pasado? Su barbilla sobresalía ligeramente, apoyada sobre las manos. Sujetaba un cigarrillo en su mano derecha. Eso es todo lo que hacía. Por lo demás, estaba quieto como una tortuga al sol. En el interior de su cabeza, probablemente, daba vueltas y más vueltas a algún tipo de verdad cosmológica, pero, a juzgar por la apariencia que tenía, ahí repanchingado, nadie podría imaginar qué estaba pensando, ni aunque lo intentase.

El cigarrillo se consumía poco a poco, *y* amenazaba con llegar a la boquilla. Un resto de ceniza gris cayó sobre la manta. El maestro ni se enteró, absorto como estaba en la observación del humo agonizante. Elevado por la suave brisa primaveral, ascendía en círculos y vórtices, y revoloteaba caprichosamente para ir, finalmente, a formar una especie de neblina en los cabellos negros recién lavados de su mujer. Por cierto, había olvidado completamente mencionar que su mujer también estaba en la galería.

La señora Kushami estaba sentada de espaldas a su marido. ¿Constituía esa postura una descortesía? Yo diría que no. Cortesía y descortesía dependen en gran medida del punto de vista del observador. El maestro estaba tumbado muy a gusto con la cara pegada a la espalda de su mujer. No estaba molesto por su cercanía ni por su actitud ausente. Su mujer se mostraba igualmente despreocupada en esa posición, con el trasero frente a la cara de su marido. No había ninguna insinuación ni descortesía en sus actitudes. Eran, simplemente, uno de tantos matrimonios que, una vez agotado el primer año de vida en común, habían perdido gran parte de lo que se

considera comunmente «etiqueta». La señora Kushami parecía aprovechar el buen tiempo para darle un lavado integral a su caballera color azabache. Para ello usaba un champú casero hecho a base de huevos crudos y un tipo especial de alga. Dejaba caer ostentosamente sus largos cabellos por encima de los hombros y todo a lo largo de la espalda. Sentada, absorta en su tarea y en silencio, cosía también los botones de la chaqueta de una de las niñas. Probablemente lo único que quería era aprovechar el buen tiempo para secarse el pelo, y por eso había llevado hasta allí su caja de costura y su cojín de muselina para sentarse. Había buscado el ángulo adecuado para exponer al sol su pelo y por eso tenía su trasero frente a la cara de su esposo. Esa era mi teoría, pero también podía haber sucedido que fuera el maestro quien se hubiera movido deliberadamente hasta colocarse en esa posición tan golosa.

Volviendo al asunto del humo, el maestro miraba despreocupado la forma en que flotaba hacia el abundante pelo de su mujer y cómo se enredaba en él, ascendiendo en filamentos azulados. Sin embargo, en la naturaleza del humo está ascender sin fin, y por eso el maestro estaba tan abstraído. Sus ojos seguían su vagar a lo largo de la espalda, los hombros, el cuello... Cuando cada nubecilla completaba su ascensión y se perdía por encima de la coronilla de su esposa, él no podía evitar soltar un involuntario «oh» de admiración.

Allí, en la cima del cráneo de la mujer a la que este hombre había prometido amor eterno y fidelidad hasta la muerte, había una zona redonda despoblada de pelo. Esa inesperada desnudez reflejaba los rayos del sol resaltando su propia existencia. Los ojos del maestro, abiertos como platos a causa de la sorpresa, permanecían fijos en ese inesperado descubrimiento, y sin preocuparse lo más mínimo por el daño que el resplandor pudiera hacer en sus retinas, continuaba mirando ese espejo reluciente de piel. La imagen le trajo a la memoria el brillante plato en el que se había quemado incienso frente al altar familiar durante incontables generaciones. La familia del maestro había pertenecido desde siempre a la secta budista de Shinshu, [39] en la que era costumbre gastar grandes sumas, mayores incluso que las que sus adeptos podían permitirse, en la decoración del altar familiar. El maestro recordó de pronto la primera vez, siendo un niño, que vio el altar. Era un santuario en miniatura, sombrío y dorado, en el que colgaba un plato de latón para el incienso. El incienso brillaba sobre el plato con una luz desmayada, incluso durante el día. Esa imagen del plato brillando en oposición a la oscuridad general del altar, tantas veces vista en su infancia, volvió a su mente al observar el brillante cuero cabelludo de su mujer. El recuerdo se desvaneció de repente y fue sustituido por el de las palomas del templo de Asakusa. [40] No había una conexión obvia entre esas palomas y la imagen de la coronilla de su mujer, pero al maestro, sin embargo, le parecían muy próximas. Y entonces su mente viajó de nuevo al tiempo de su infancia. Recordó que cuando le llevaban al templo de pequeño, se dedicaba a dar de comer a las palomas con judías que vendían

por dos céntimos de yen. Y esos céntimos estaban hechos con un material muy similar en tamaño, forma y color a la pequeña calva de su mujer.

—Un increíble parecido... —Las palabras se escaparon de sus labios en un tono de sincera admiración.

—¿El qué? —contestó la mujer sin girarse.

—Hay una zona despoblada de cabello en tu coronilla. ¿Lo sabías?

—Sí —respondió mientras continuaba con la costura. No parecía en absoluto avergonzada por el descubrimiento de su marido. Una esposa ejemplar, eso es lo que era. Al menos en lo que se refiere a su imperturbabilidad.

—¿Estaba ya ahí antes de casarnos o apareció más tarde? —El maestro no estaba formulando una acusación directa, pero parecía sugerir que se había casado sin tener conocimiento de ese detalle.

—No recuerdo desde cuándo la tengo, pero no creo que importe mucho, ¿no te parece?

—¿Cómo que no tiene importancia? Estamos hablando de tu pelo...

—Precisamente porque es mi pelo carece de importancia. —A pesar de esa respuesta tan efectiva, debió de sentirse algo inquieta, pues se llevó la mano derecha hasta la zona en cuestión.

—¡Oh, Dios mió! —dijo—. Se ha hecho mucho más grande. No me había dado cuenta. —Se puso a la defensiva y añadió—: Claro. Las mujeres nos peinamos con moño, y de tanto tirar y tirar del pelo acabamos perdiéndolo. ¡Justo ahí!

—Si todas las mujeres perdieran el pelo al ritmo que lo haces tú, a los cuarenta estarían todas calvas como una tetera. No sé, debes de haber cogido algún tipo de enfermedad contagiosa. Yo que tú iría a ver al doctor Amaki antes de que sea demasiado tarde —dijo el maestro acariciándose su propia cabeza.

—Eso está muy bien. Pero, ¿qué me dices de ti? Tienes las fosas nasales repletas de canas. Si la calvicie es contagiosa, también lo son las canas. —La señora Kushami pasaba al ataque.

—Una simple cana en la nariz carece de importancia. Ni siquiera se ve. Pero la sarna en la cabeza, por mucho que digas, eso no es algo que pueda ser ignorado. En el caso de una mujer joven como tú es algo especialmente preocupante. Es más, se trata de una deformidad.

—Ah, conque piensas que soy deforme. Entonces, ¿se puede saber por qué te casaste conmigo? Fuiste tú quien me pidió el matrimonio. Y ahora me llamas deforme...

—Pero fue por la simple razón de que no sabía que lo eras. No he tenido conocimiento de ello hasta hoy mismo. Si quieres montar una escena con este asunto, ¿por qué diablos no me lo enseñaste antes de casarnos?

—¡Mira que eres estúpido! ¿Dónde hay en el mundo un lugar en el que se obligue

a examinar el cuero cabelludo de las chicas antes de casarse?

—Bueno, lo de la calvicie puede pasar, pero es que además eres muy bajita. Y si juntamos eso a lo del pelo...

—Dime cuándo he escondido algo sobre mi estatura. Cuando te casaste conmigo sabías perfectamente cómo era.

—Por supuesto que lo sabía. Pero pensaba que crecerías un poco con el tiempo. Por eso me casé contigo.

—¿Cómo puede crecer nadie después de los veinte? ¿Me quieres hacer pasar por idiota? —Tiró la chaqueta que estaba remendando, se giró hasta encarar a su marido y le lanzó una mirada asesina como diciendo: «Si sigues por ese camino te vas a arrepentir».

—Seguro que no hay ninguna ley que prohíba a la gente crecer después de los veinte. Albergaba la vana esperanza de que si te alimentaba con la comida adecuada al final te estirarías un poco.

Cada nuevo paso de la argumentación del maestro contribuía a la creación de un razonamiento de lo más absurdo. De pronto sonó el timbre y la conversación se cortó de golpe. Alguien gritó: «Hola». Parecía que el señor Suzuki, tras olfatear por todo el barrio en busca de la casa del tejado vegetal, había logrado encontrar finalmente la casa de los Kushami.

La señora Kushami pospuso temporalmente su disputa conyugal, agarró la chaqueta y la caja de costura, y desapareció como una exhalación en el interior de la casa. El maestro hizo una bola con la manta y la lanzó hecha un gurruño a su estudio. Entonces apareció la criada con la tarjeta del recién llegado, *y* el maestro, al leerla, puso cara de sorprendido. Le dijo a la criada que hiciera pasar al visitante *y* acto seguido fue al baño con la tarjeta todavía en la mano. Se escapa totalmente a mi comprensión por qué el maestro eligió precisamente ese momento para hacer una visita al baño, *y* más aún por qué razón se llevó consigo la tarjeta del señor Suzuki Tojuro. En cualquier caso, el espíritu de la tarjeta del visitante no debió de sentirse muy contento al tener que visitar, así de primeras, un lugar tan fétido.

La criada colocó un cojín de algodón de vivos colores en el suelo frente a la alcoba, e invitó amablemente al señor Suzuki a que se sentara en el lugar de honor. Luego se retiró. Suzuki inspeccionó la habitación. Comenzó examinando la tira de caracteres chinos colgada de la pared. Se suponía que la había escrito en persona el maestro calígrafo Zen Mokuan. [41] Pero, evidentemente, se trataba de una falsificación mal hecha. Decía así: «Las flores se han abierto. Ya llegó la primavera.» Después se fijó en unos brotes de cerezo tempranamente florecidos colocados en uno de esos jarrones baratos que se venden en Kioto. Luego, cuando su inquisitiva mirada se posó sobre el cojín depositado para su comodidad, se encontró con un gato que lo ocupaba plácida y serenamente. Huelga decir que el gato en cuestión era yo mismo.

En ese preciso momento apareció la primera señal de tensión en el ánimo de Suzuki, un temblor tan pequeño que apenas se reflejó en su expresión, que permaneció imperturbable. Sin duda habían colocado allí ese cojín para él, pero antes de que pudiera sentarse un extraño animalejo le había arrebatado el lugar de honor. Esa primera consideración amenazó con perturbar su espíritu. Si el cojín hubiera estado libre, el señor Suzuki se habría sentado humildemente sobre el *tatami* hasta que el maestro en persona le hubiera invitado a ocuparlo. ¿Quién demonios era ese felino que se apropiaba con descaro de un cojín destinado a acoger, antes o después, sus posaderas? Si se hubiera tratado de un ser humano, habría cedido amablemente el puesto, pero que le quitara el sitio un simple gato le parecía algo intolerable. Y también desagradable. Ésa fue la segunda consideración que amenazaba su paz de espíritu. Es más, había algo en la actitud del gato, es decir, en mí, que le resultaba especialmente irritante. No sabía qué era. Yo, mientras, sin mostrar la más mínima señal de disculpa, seguía sentado arrogantemente sobre el cojín y le miraba desafiante como si estuviera preguntándole: «¿Quién diablos eres?». Eso fue lo tercero que minó el ánimo del señor Suzuki. Si tan molesto estaba, podía haberme cogido del cuello y, simplemente, quitarme de allí, pero en cambio se contuvo. Me taladró con la mirada en silencio. Es inconcebible que criaturas tan grandes como los humanos se asusten tanto y no sean capaces de recurrir a su superioridad y solucionar por la vía directa un problema tan insignificante. En lugar de eso, se enredan en una serie de conflictos interiores y de luchas con su propia voluntad. ¿Por qué no se levantó el señor Suzuki y me echó sin más contemplaciones del cojín? La razón es, creo yo, que estaba muy cohibido por su concepto de lo que debía ser una actitud adecuada en una casa ajena a la que se va de visita. Si de lo que hablamos es de usar la fuerza, un niño de tres años *y* apenas un metro de estatura es capaz de lanzarme por ahí sin despeinarse. Sin embargo, un hombre crecido, un hombre de comportamiento recto, como Suzuki, no era capaz de mover ni un dedo contra esta suprema deidad gatuna que se le había apoltronado sobre el cojín. A pesar de que no había testigos, según su estricta ética de lo correcto, un hombre como él no podía rebajarse hasta el extremo de pelearse con un gato por la posesión de un cojín. Sin duda haría el ridículo y dejaría de ser una persona para convertirse en el actor de una farsa. Una discusión con un gato supondría la degradación total. Así que, a fin de salvaguardar su dignidad, Suzuki no tenía más remedio que quedarse de pie, ahí en medio de la habitación. En consecuencia, el rencor y la inquina iban creciendo en su interior a pasos agigantados. Su cara, poco a poco, fue adoptando un gesto de desagrado. A mí sus agrias muecas me parecían bastante cómicas y divertidas, pero intenté mantener un aire de inocencia y contener la risa.

Mientras se desarrollaba esa pantomima silenciosa, el maestro salió del baño, entró en la habitación y se sentó.

—Hola —dijo.

La tarjeta de visita ya no estaba en su mano, así que es de suponer que el nombre de Suzuki Tojuro había sido condenado a algún tipo de penosa finalidad en ese lugar hediondo del que acababa de salir el maestro, justo antes de que pudiera sentir lástima por el trágico destino de la tarjeta, el maestro me cogió del pescuezo y me lanzó volando por el aire en dirección a la galería.

—Siéntate, por favor. ¡Qué sorpresa! ¿Cuándo has vuelto a Tokio? —El maestro ofreció el cojín a Suzuki y éste le dio la vuelta para no tener que sentarse sobre mis efluvios gatunos.

—Me han destinado a la oficina central. Últimamente he estado muy ocupado y no he tenido oportunidad de decírtelo.

—¡Eso es estupendo! Hacía mucho que no nos veíamos. Ésta debe de ser la primera vez desde que te mandaron a provincias, ¿no es cierto?

—Sí. Hace ya casi diez años. En realidad he venido en varias ocasiones, pero siempre por cuestiones de trabajo y no he encontrado nunca el momento de pasarme a visitarte. Espero que no me lo tomes a mal, pero, sinceramente, el trabajo en una empresa te roba todo el tiempo.

—Sí, en diez años se cambia mucho...— observó el maestro mirando a Suzuki de arriba a abajo. Iba peinado con la raya en medio y vestía un traje inglés de lana rematado con una corbata. Un reloj de oro brillaba en su chaleco. Tenía un porte tan distinguido que era difícil imaginar que este hombre fuera amigo del maestro Kushami.

—Ya ves. Ahora me veo obligado a vestirme así... —Suzuki parecía consciente del efecto en cierto modo vulgar que producía la cadena del reloj asomando desde su escondite.

—¿Es de verdad? —preguntó el maestro sin el más mínimo tacto.

—Oro macizo. Dieciocho quilates —respondió Suzuki con una sonrisa petulante —. Parece que tú también has envejecido un poco. Creo que has tenido una hija, ¿no es así?

—No.

—¿Dos?

—No.

—¿Más? ¿Has tenido tres?

—Sí, ahora tengo tres, aunque no se cuántas más me deparará el futuro.

—Sigues tan extravagante como siempre. ¿Cuántos años tiene la mayor? Será bastante grande, supongo.

—Sí. No estoy muy seguro... Andará por los seis o siete.

Suzuki se rió:

—Debe de ser agradable ser profesor. Parece todo tan sencillo. Seguro que llevas

una vida de libertad. A mí también me habría gustado...

—Inténtalo. En tres días te habrás arrepentido, hazme caso.

—No lo sé. La vida de un profesor parece magnífica: refinada y sin mucho estrés. Con un montón de tiempo libre y la posibilidad constante de estudiar lo que te interesa. Ser un hombre de negocios no está mal, incluso aunque en mi nivel actual las cosas no sean todo lo satisfactorias que debieran. Si te conviertes en un hombre de negocios, tu obligación es llegar a lo más alto. Si no lo consigues, ya sabes que te espera una vida dedicada a beber sake con tu jefe y a reírle sus bobadas, aunque sea lo que menos te apetezca en el mundo. Resumiendo, te condenarás a una forma de vida absurda.

—He de confesarte que, desde mis días de estudiante, no he sentido ninguna simpatía por los hombres de negocios. No hacen nada si no hay dinero de por medio. A mi entender, son lo que se solía llamar antiguamente, en los buenos tiempos, la escoria de la sociedad.

Teniendo en cuenta con quién estaba sentado, el maestro no andaba, precisamente, sobrado de tacto.

—Vamos hombre. Hay de todo. No siempre somos así. Admitamos que tenemos algunos defectos, pero es que quien no está dispuesto a hacer un pacto con el dinero, no alcanzará nunca el éxito. El dinero, créeme, es un poderoso aliciente y nadie le da la espalda a la ligera. Precisamente, vengo de visitar a un colega. Tiene una teoría según la cual la única forma de triunfar en la vida es practicar la llamada «técnica del triángulo»: intentar escapar de tus obligaciones, eliminar tus buenos sentimientos y desterrar de ti la vergüenza. Eliminar y borrar, ¿lo coges? Es bastante inteligente, ¿no te parece?

—¿Quién ha sido el idiota que te ha dicho eso?

—No es un idiota. Es listo como un zorro, de hecho. Y cada vez más respetado en los círculos empresariales. Quizás le conozcas. Vive justo ahí, a la vuelta de la esquina.

—¿Te refieres a ese esperpento de Kaneda?

—¡Madre mía! Realmente te estás alterando. Hablaba en broma. Lo que quiero decir es que para hacer dinero, uno debe poner los pies en el suelo. No te tomes las bromas tan a pecho.

—Puede que esa técnica del triángulo como la llamas tú sea una broma, pero me concederás que tampoco es para manirse de risa. ¿Qué me dices de su mujer, con su nauseabunda nariz? Si has estado en su casa difícilmente podrás haberla esquivado.

—Ah, la señora Kaneda... Es una persona muy comprensiva.

—No estoy hablando de su capacidad de comprensión. Hablo de su nariz. Su nariz, Suzuki, es una monstruosidad sin par. El otro día compuse un poema haitai sobre su apéndice.

—¿Qué demonios es un poema *haitai*?

—¿Quieres decir que no has oído nada sobre los actuales experimentos en la composición de *haikus* extendidos? Parece que no te enteras de lo que pasa en el mundo.

—Cierto. Cuando uno está tan ocupado como yo, es imposible estar al tanto de las últimas tendencias literarias. De todas formas ni siquiera cuando era un muchacho me interesaba especialmente el asunto.

—¿Sabes la forma que tenía la nariz de Carlomagno?

—Desde luego es que tienes unas ocurrencias... No tengo ni la más mínima idea de cómo era la nariz de Carlomagno.

—Bueno. ¿Y la de Wellington? Sus tropas solían llamarle «la Nariz». ¿Lo sabías?

—¿Por qué demonios tienes ese interés en las narices? Si son redondas o puntiagudas ¿qué importancia tiene?

—Al contrario. El asunto reviste la máxima importancia. ¿Sabes algo de Pascal?

—Preguntas, preguntas, preguntas... ¿Es que me estás examinando? No, no sé nada de Pascal. ¿Qué es lo que hizo?

—Pues Pascal tiene un dicho...

—¿Un dicho?

—«Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más corta, la historia del mundo habría sido distinta.»

—¿En serio?

—Quizás ahora entiendas por qué uno no puede subestimar la importancia de las narices.

—De acuerdo. Tendré más cuidado en el futuro cuando hable del tema. Por cierto, hoy he venido porque hay algo que quería preguntarte. Se trata de un muchacho al que solías dar clase. Se llama Kange... Kange... ¡En fin, Kange algo! No me acuerdo exactamente de su nombre, pero según creo os veis bastante.

—Te refieres a Kangetsu.

—¡Eso es, Kangetsu! Bueno, en realidad he venido a hacerte unas preguntas sobre él.

—¿No tendrá que ver con sus expectativas matrimoniales?

—Bien, se podría decir que sí. Como te he dicho, he estado en casa de los Kaneda...

—La Gran Nariz Kaneda estuvo precisamente husmeando por aquí el otro día.

—¿En serio? Bueno, lo cierto es que ella misma me lo d ijo. Me contó que vino a visitarte para obtener cierta información al respecto de ese individuo, Kangetsu, pero que dio la casualidad de que estaba aquí un tal Meitei, y que no pudo sacar nada en limpio porque éste no hacía más que interrumpirle con tonterías y con comentarios frívolos.

—Fue todo culpa suya. Presentarse aquí con una nariz como la suya...

—He de decir que habló de ti con el mayor de los respetos. Sólo se lamentó de que la actuación desplegada por Meitei le impidiera formularte ciertas preguntas personales sobre Kangetsu. Me ha pedido que hable en su nombre. No tengo mucha costumbre en tratar este tipo de asuntos, pero si las dos partes más directamente afectadas no se oponen a ello, no está de más actuar de intermediario en esta historia del matrimonio. De hecho, ésa es la razón de mi visita de hoy...

—¡Qué amable por tu parte! —comentó el maestro ácidamente. A pesar de no que no era proclive a expresar abiertamente sus sentimientos, se conmovió cuando escuchó aquello de «las dos partes más directamente afectadas». Esa conmoción sentimental le hizo sentir como si en una noche cálida y húmeda de verano, una ráfaga de aire fresco entrase por las mangas de su *kimono*. Es cierto que el carácter del maestro era un prodigio de obstinación y de terquedad, pero su naturaleza era completamente distinta a la de esos seres viciosos y sin corazón producto de la civilización moderna. El molde antiguo de su naturaleza se mostraba a las claras cada vez que saltaba ante la más mínima provocación. En realidad, la única razón de fondo de su disputa con la señora Kaneda fue que no podía soportar las maneras tan modernas de que hacía gala. Pero el disgusto con la madre no debía afectar a la hija. De igual manera, dado su desprecio hacia los hombres de negocios, encontraba algo odioso al señor Kaneda. Pero, de nuevo, no se podía culpar de eso a la hija. Kushami no tenía nada en contra de ella, y Kangetsu era uno de sus discípulos favoritos. Le quería igual que si se tratase de un hermano. Si Suzuki estaba en lo cierto al afirmar que las dos partes más directamente afectadas se amaban, entonces no sería un acto digno de un caballero entorpecer el curso de ese amor. Kushami estaba convencido de ser un caballero. Su única duda era si Kangetsu y la señorita Kaneda estaban enamorados realmente, como Kangetsu decía. Si iba a enmendar su actitud, debía estar seguro de cuál era la naturaleza de sus afectos.

—Dime, ¿realmente quiere esa chica casarse con Kangetsu? No me importa lo que piense el señor Kaneda o la Señora Nariz al respecto. Sólo quiero conocer los verdaderos sentimientos de la señorita.

—Bueno, veras... Eso es. Ya entiendo... En fin, supongo que sí lo ama. —La respuesta de Suzuki no ayudaba a aclarar las cosas. Debió de pensar que su única misión era tratar de averiguar algo sobre Kangetsu para luego irle con el cuento a los Kaneda, y no se informó sobre el punto de vista de la señorita. Se consideraba un individuo escurridizo, pero de repente se vio atrapado en un callejón sin salida.

—La palabra «supongo», a mi entender, implica un cierto grado de incertidumbre. —El maestro, sin ningún tacto, como por lo demás era costumbre en él, encaró la cuestión como un toro ante una puerta abierta.

—Cierto. Tienes razón. Quizás debería haberme expresado de una manera más

clara. Puede decirse que ahora la muchacha demuestra una cierta inclinación. Ésa es la verdad. ¿Entiendes? Lo que pasa es que la señora Kaneda me ha confiado que en ocasiones habla mal de él.

—¿Cómo? ¿Quieres decir la hija?

—Sí.

—¡Qué insolencia! ¡Qué desvergüenza! Esa chica criticando a Kangetsu. Eso difícilmente puede significar que le tenga en consideración.

—Pero precisamente de eso es de lo que se trta. Podrás pensar que es una cosa rara, pero a veces la gente tiende a despreciar lo que ama.

—No puedo concebir la existencia de alguien tan obtuso como para comportarse de tal manera. —Esos intrincados comportamientos de la naturaleza humana estaban más allá de la capacidad de una mente simple y elemental como la del maestro.

—De hecho, el mundo está lleno de gente así, aunque tú no lo veas. Y así es como interpreta la madre los comentarios de su hija. Me dijo: «Mi hija debe de estar prendada de ese Kangetsu, porque anoche le oí decir que tenía una cara que parecía una calabaza a la que le han sacado los colores.»

La revelación de estos misterios del corazón humano dejaron al maestro anonadado. Con los ojos abiertos como platos y sin decir palabra, miraba atónito a Suzuki como si fuera un adivino plantado en medio de la calle. Suzuki, por su parte, cayó en la cuenta de que con el rumbo que llevaba la conversación no lograría nada bueno para su causa y todo acabaría en un sonoro fracaso, así que decidió dar un giro a la charla y llevarla por caminos en los que el maestro no pudiera perderse.

—Bien. Ten en cuenta esto —dijo—. Con lo guapa que es y el dinero que tiene, esa chica podría casarse con quien quisiera. Quizás Kangetsu sea un excelente compañero, pero comparando sus respectivas posiciones sociales... No. No entremos en ello. Esas comparaciones son siempre odiosas y se pueden malinterpretar como algo ofensivo. Déjame explicártelo de otra manera, en términos más personales. Si los Kaneda me han pedido que venga aquí, ¿no demuestra eso su preocupación y no indica la fuerza y la naturaleza de los anhelos de su hija?

No se podía negar que Suzuki actuaba con gran perspicacia. Se dio cuenta de que el maestro se había quedado impresionado por esta última argumentación, pero también comprendió que si la conversación volvía a tocar los sentimientos del maestro hacia Kangetsu, estaba perdido. No quedaba más remedio que seguir adelante y hacerlo lo más rápidamente posible.

—Ya ves. Eso es lo que intento explicarte. Los Kaneda no esperan dinero o propiedades de Kangetsu. Lo que les gustaría, más bien, es que Kangetsu adquiriera por sí mismo un cierto estatus y posición. Y cuando digo estatus quiero decir un reconocimiento público de sus cualificaciones, es decir, ¡el doctorado! No quiero decir que entregarán a su hija en matrimonio sólo si obtiene ese doctorado. No debes

malinterpretarme. Las cosas estaban encauzadas, y sólo se complicaron cuando la señora Kaneda fue víctima de la verborrea y de las tomaduras de pelo de Meitei. No, por favor. No hace falta que digas nada. Ya sé que no fue culpa tuya. La señora Kaneda habla de ti como un hombre franco y sincero. Si se ha producido algún malentendido, y hay que culpar a alguien, ése no es otro que Meitei. Resumiendo. La situación es ésta: si Kangetsu puede obtener su doctorado, podrá obtener al tiempo un estatus independiente. La gente tendrá en consideración al doctor Kangetsu, y los Kaneda, por su parte, se sentirán orgullosos de semejante yerno. Así que, ¿cuáles son las opciones para Kangetsu si defiende pronto su tesis y se doctora? ¿Ves? Hasta ahora, en lo que concierne a los Kaneda, ellos son los últimos en exigir un doctorado o una licenciatura a Kangetsu. Pero tienen que considerar lo que la gente piensa, y cuando se trata de la gente, uno debe ser cuidadoso.

Expuesta así la petición de los Kaneda, que demandaban del pretendiente al menos un título de doctor, la cosa parecía bastante razonable. Y, como era razonable, el maestro lo apoyaría inmediatamente. Parecía proclive a actuar como Suzuki le aconsejaba. Suzuki, estaba claro, hacía bailar al maestro al son de su tonada, y yo no podía por menos que considerar a mi amo como un hombre simple pero honesto.

—Bueno, en ese caso le sugeriré a Kangetsu que finalice su tesis. Sin embargo, creo que lo primero que haré será preguntarle de hombre a hombre si realmente quiere casarse con esa mujer o no.

—¡De hombre a hombre! Si se lo preguntas de esa manera todo esto acabará en nada. Es mejor que se lo dejes caer de manera fortuita, en el transcurso de una conversación intrascendente.

—¿Que se lo deje caer?

—Quizás no se trate de la expresión adecuada... Lo que quiero decir es que, seguramente, entenderás sus intenciones si deslizas la pregunta en el curso de una conversación normal.

—No sé si tú serías capaz de semejante cosa, pero yo, si no se lo pregunto directamente, no me las arreglo...

—Bueno, pues haz como quieras. De ti depende, pero no creo que sea una buena idea echar un jarro de agua fría sobre un romance como el que tienen esos dos. Aunque sea por pura diversión, como hace Meitei. Quizás no sea imprescindible lanzarles de cabeza al matrimonio, pero está claro que en asuntos como éstos las dos partes más directamente afectadas deben estar libres de presiones e influencias externas a fin de que puedan tomar la decisión más acertada para su futuro. Así que la próxima vez que venga Kangetsu, por favor, no trates de intervenir de un modo demasiado brusco. Y más que por ti lo digo por Meitei. Nadie sale indemne de una conversación con él.

Suzuki censuraba la actitud de Meitei para no censurar directamente al maestro.

Pero, como dice el refrán, «hablando del rey de Roma...».

—Hola —Meitei estaba entrando por la puerta, como salido de la nada. En su saludo había puesto un especial énfasis en la acentuación de la ele—. ¡Vaya! Pero si es un visitante procedente del pasado. Hacía siglos que no te veía. Kushami no suele tratar a sus amigos íntimos con tanta ceremonia. Un comportamiento realmente extraño, ¿no crees? Quizás lo mejor sería venir sólo una vez cada diez años. Esos dulces, por ejemplo; nunca te darán una cosa así si vienes a menudo. —Se .abalanzó entonces sobre los pasteles de Fujimura, sin ninguna educación, y se metió en la boca uno de gelatina. Suzuki se inquietó, el maestro sonrió y Meitei, mientras tanto, se dedicó i masticar. Yo observaba desde la galería, y en ese momento comprendí cuán importante es el gesto, la mímica, a la hora de dotar a una buena obra de teatro de un efecto dramático. Todos saben que los monjes Zen son capaces de hablar entre ellos telepáticamente, y de mantener largos diálogos en silencio. El espectáculo que se desarrollaba en la habitación era, sin duda, una modalidad de ese diálogo gestual, un intercambio de información que, no por breve, dejaba de ser enormemente elocuente. Por supuesto, fue Meitei quien rompió el silencio.

—Siempre te he considerado un ave pasajera, Suzuki. Siempre de acá para allá, pero, según parece, has vuelto para quedarte. Cuanto más vive uno, más cosas extrañas ve.

Meitei se dirigía a Suzuki con la misma desenvoltura y desparpajo con que lo hacía con el maestro. Aunque hubieran compartido piso en sus días de estudiantes, era de esperar algo más de formalidad en el trato después de más de diez años sin verse ni una sola vez. Eso hubiera sido lo normal para cualquiera. Pero Meitei era diferente. Como no le importaban las convenciones sociales, era fácil tomarlo por un prepotente o por un zafio. Pero si en realidad era un maleducado o solamente un iconoclasta, es algo que no sabría decir.

—Bueno, nunca se sabe. No seas tan exagerado —respondió Suzuki con una evasiva. Pero por el modo en que miraba la cadena su reloj se notaba que estaba bastante inquieto.

—Dime, ¿te has montado ya en el tranvía? —soltó el maestro inesperadamente.

—Parece que si he venido hoy ha sido exclusivamente para alimentar vuestro peculiar sentido del humor. Es cierto que he pasado una larga temporada en provincias, pero habéis de saber que tengo al menos sesenta acciones de la Compañía de Tranvías Metropolitanos de vuestra querida ciudad de Tokio.

—Bueno, eso no es como para pavonearse. Yo tenía ochocientas ochenta y ocho acciones y media, pero se las comieron las polillas. Ahora sólo me queda media. Si hubieras venido hace un rato, te habría dado unas diez que todavía no habían caído en las fauces de los insectos. Es una lástima...

—Veo que no has cambiado nada. Tú y tu peculiar sentido del humor... Pero,

bromas aparte, no harías mal en hacerte con unas cuantas acciones; su precio no deja de aumentar año tras año.

—Sí, desde luego. Aunque sólo tenga media acción, en unos mil años habrá subido tanto que me harán falta al menos tres almacenes para guardar el dinero. Tú y yo, amigo mío, tenemos suerte: estamos al tanto de la trascendencia de los cambios económicos que vivimos en estos trepidantes tiempos y, por supuesto, conocemos el valor de las acciones. Pero ¿y Kushami? Mírale. Fíjate en él. Para él las acciones no son más importantes que los claveles silvestres —remató Meitei mientras miraba al maestro con cara de pena y se lanzaba a por otro pastelito.

Su apetito era contagioso y el maestro alargó el brazo hasta la bandeja de los dulces. En la naturaleza de los hombres está el imitar los gestos positivos de sus semejantes.

—A mí las acciones me importan un bledo. Lo que me habría gustado de verdad es que el pobre Sorosaki hubiera vivido lo suficiente como para poder montar al menos una vez en el tranvía —dijo, y concentró su mirada en la huella que habían dejado sus dientes en el pastel mordido.

—Si Sorosaki se hubiera montado en el tranvía, seguro que se habría perdido y habría acabado dando tumbos por el barrio de Shinagawa. Ahora está mucho más seguro, desde que han inscrito su nombre en una lápida: «El Hombre Santo y Natural». Al menos ahora sabrá dónde está.

—Oh, sí, me enteré de que había muerto. Lo siento mucho. Era un hombre tremendamente inteligente —dijo Suzuki.

—Inteligente, en eso estamos todos de acuerdo —intervino Meitei—. Pero reconozcamos que cuando se trataba de cocer arroz era un completo inútil. Cada vez que le tocaba hacerlo a él, no nos quedaba más remedio que marcharnos al restaurante de abajo a comer soba.

—Cierto. Ahora que lo decís, el arroz de Sorosaki era el único que he conocido que olía a quemado incluso cuando todavía no había cocido del todo. Es más, no sé si recordáis que tenía una extraña manera de acompañarlo con tofu crudo. Y luego lo servía todo junto, en frío. Lo cierto es que aquello era una bazofia incomestible —confirmó Suzuki. Su queja llegaba, al parecer, con diez años de retraso.

—Hasta el momento de su muerte, Kushami y Sorosaki siguieron siendo buenos amigos y salían a pasear todas las tardes. Iban por ahí a comer pasteles de arroz sumergidos en sopa de judías rojas. El resultado es que Kushami se ha convertido en un mártir de la dispepsia. De hecho, Kushami era el que más comía, así que en buena lógica debería haber sido el primero en fallecer.

—Qué razonamientos más extraños eres capaz de hacer —replicó el maestro—. No sé qué tiene de malo salir por ahí a comer unos pasteles. Por lo que yo recuerdo, tú tenías la costumbre de andar por los cementerios tumbando lápidas con un bastón

de bambú. A eso lo llamabas tú ejercicio físico, aunque esa apreciación no te salvó de una buena tunda aquel día que te pilló un monje.

Si se trataba de rememorar antiguas hazañas estudiantiles, sin duda Meitei se llevaba la palma.

—En efecto. Me acuerdo perfectamente de aquel monje. Me dijo que estaba molestando con mis porrazos el sueño eterno de los finados y me pidió que depusiera mi actitud. Lo único que hice fue practicar un poco de esgrima con una vara de bambú, mientras el general Suzuki, aquí presente, se batía en un combate de lucha libre con las lápidas, que era algo que le gustaba mucho. Recuerdo que en una ocasión tumbó tres seguidas.

—¡Eso sí que logró soliviantar al monje! Se empeñó en que devolviera a mis victimas a su posición original. Le dije que se calmara y esperase un rato hasta que encontrase a unos peones, pero se negó en redondo y me dijo: «Sólo las manos del diablo pueden purgar el mal que han ocasionado. Lo muertos no aceptaran más penitencia que la tuya.»

—Y menuda pinta tenías. Gimiendo entre charcos y barro con una camisa de muselina y un taparrabos sujeto con una cuerda...

—Y me acuerdo de cómo tú me mirabas fríamente mientras me peleaba con esas malditas piedras. Qué poca compasión. Me enfado pocas veces, pero en aquella ocasión te habría matado por tu falta de compañerismo. Sobre todo cuando venías a darme ánimos, y me gritabas desde lo alto del hoyo: «¿Estás seguro de que podrás hacerlo?»

—¿Cómo puedes acordarte de lo que dije hace diez años? Sin embargo, yo sí que me acuerdo de una cosa que ponía en una de esas lápidas que tuve que reparar: «In memorian del Excelentísimo Señor Kokaku Daikoji. Falleció el i de enero de 1776, Año del Dragón». Una piedra antigua y elegante. Me entraron ganas de robarla cuando nadie me viera. Tenía un aspecto bastante gótico, ahora que lo pienso, y estaba encantadoramente labrada, con adornos muy bien trabajados, de una belleza notable. —Meitei volvía al ataque con sus lecciones y conocimientos sobre Estética. Eso para quien le pudiera interesar el arte gótico japonés que se estilaba en el año 1776...

—Puede que eso fuera así, como tú dices. Pero escucha, escucha lo que dijiste: «Desde que me propuse dedicar mi vida al estudio de la estética y las artes, no desperdicio ninguna ocasión de plasmar sobre el papel cualquier cosa de este universo que se ponga antes mis ojos y resulte de mi interés». Por si fuera poco añadiste con una frialdad total: «Un hombre como yo, dedicado en cuerpo y alma al propósito de aprender, no puede permitirse sentimientos tales como la pena o la compasión». ¡No podía quedarme quieto ante semejante desplante, te quité el cuaderno con las manos llenas de barro y lo hice trizas!

—Y fue en ese preciso momento cuando se echó a perder para siempre mi talento. Nunca ha vuelto a florecer, y el único culpable fuiste tú.

—No digas bobadas. Si hay alguien resentido en esta historia, ese soy yo.

—Desde que tengo memoria, Meitei ha sido siempre un charlatán. —El maestro, una vez dio buena cuenta de todo el contenido del plato de dulces, se volvió a unir a la conversación—. Nunca sabe lo que dice y, por si fuera poco, jamás ha mantenido una promesa. Y si se te ocurre presionarle para que te dé una explicación, nunca te ofrecerá más que excusas y pretextos sin fin. En una ocasión en la que florecían los mirtos en el patio del templo, dijo que quería completar un tratado que estaba escribiendo sobre esos antiguos principios estéticos antes de que sus flores se marchitaran. «Imposible», le dije. ¿Y sabes lo que me contestó? Dijo que a pesar de las apariencias tenía una voluntad de hierro. «Si dudas de lo que digo, apuéstate algo.» Acepté la apuesta y quedamos en que el perdedor pagaría una cena en un restaurante occidental en el barrio de Kanda. Acepté la apuesta porque estaba seguro de que nunca terminaría su escrito a tiempo, pero, como no tenía dinero para pagarla, me inquieté ante la posibilidad de que pudiera obrarse el milagro. En cualquier caso, no dio señales de ir a terminar el trabajo a tiempo. Pasó una semana. Pasaron tres semanas y no había escrito una sola página. Al final las flores del mirto cayeron y, a pesar de que el árbol estaba desnudo, Meitei seguía tan tranquilo. Saboreando ya esa cena de estilo occidental, conminé a mi amigo a que se rascase el bolsillo para cumplir con su palabra. Pero la única respuesta que recibí de su parte fue que me perdiera.

—Pondría cualquier excusa para librarse de pagar, ¿no es así? —preguntó Suzuki.

—Por supuesto, ¡menudo granuja, valiente caradura! No te puedes imaginar lo obstinado que fue. «Puedes decir lo que quieras», repetía, «sobre mis demás defectos y debilidades. Pero en lo que se refiere a fuerza de voluntad te supero con creces.»

—¿Quieres decir que incluso sin haber escrito ni una palabra, aún mantenía que no había perdido la apuesta? —preguntó Meitei.

—¡Por supuesto que lo hiciste! Dijiste que la apuesta no versaba sobre terminar ningún ensayo, sino sobre tu fuerza de voluntad, sobre tu capacidad en estado puro. Eso sí. Admitías quizás el defecto de una memoria pobre, tan pobre que al día siguiente de la apuesta se te olvidó escribir sobre aquellos principios estéticos. Pero tu voluntad seguía firme e inconmovible. El fallo, me dijiste, estaba en tu memoria, no en tu voluntad, que seguía siendo férrea. Como el tratado seguía sin existir y las flores del mirto había caído, para ti estaba meridianamente claro que no había ninguna razón para pagarme la cena.

—Ya veo. Típico de Meitei... Muy interesante —apuntó Suzuki.

No podía entender por qué esta historia tan aburrida interesaba tanto a Suzuki, pero el tono de sus comentarios era muy diferente del que tenía antes de que Meitei

se presentase en la casa. Quizás la variabilidad del carácter es un signo de la inteligencia de un hombre.

—¿Dónde está lo interesante? —preguntó el maestro enfadado.

—Me preocupa que todavía sigas recordando lo que pasó y que te sientas mal por ello, Kushami. Quiero resarcirte por aquello, y por eso tengo a un montón de gente buscando día y noche y de arriba abajo esas famosas lenguas de pavo que te prometí. Hablando precisamente de ese tratado de estética me he acordado de que hoy venía a comentarte unas noticias muy extrañas que me han llegado.

—Siempre que te dejas caer por aquí es para contarme una de tus noticias extrañas. Te advierto que no me las tomaré en serio.

—Pero es que lo de hoy es verdaderamente sensacional, te lo juro. ¡Kangetsu ha empezado a escribir su tesis! ¿Qué me dices a eso? Como tiene esa opinión tan elevada de sí mismo, no pensé que fuera a comprometerse en una cosa tan mundana como es esa tarea de escribir una tesis, pero, según parece, lo está intentando con verdadero ahínco. ¿No te parece raro? Estaría bien informar a la señora Kaneda de que a partir de ahora puede empezar a soñar con añadir a su árbol genealógico a todo un doctor en física especializado en la estática de las bellotas.

A la primera mención del nombre de Kangetsu, Suzuki empezó a retorcerse la barbilla y a bizquear al maestro con objeto de que no hiciera la más mínima referencia a la conversación que acababan de tener ellos dos. Pero el maestro no se dio cuenta de nada. Un rato antes, bajo la influencia de la charla moral de Suzuki, había empezado a sentir cierta compasión por la hija de los Kaneda, no así por su madre, hacia quien seguía profesando una profunda antipatía. Pero, tan pronto como Meitei pronunció el nombre de la señora, volvieron a su memoria los recuerdos de las disputas recientes con la víbora de las narices. Como el enfrentamiento había tenido también sus aspectos cómicos, no se dejó llevar por la mala sangre. En cualquier caso, la noticia de que Kangetsu había empezado con su tesis era maravillosa. Estaba muy agradecido a Meitei por haber dicho, al fin, algo interesante y por haber traído una noticia tan buena. Sin duda era sorprendente. Sorprendente pero también especialmente agradable. En realidad no le importaba mucho si Kangetsu se casaba o no con la chica, porque lo verdaderamente importante para él era que obtuviera el doctorado. El maestro demostraba un mayor conocimiento de las cosas de lo que uno podría suponer. Aceptaba con naturalidad que nadie derramaría lágrimas sinceras por un trozo de madera abandonado en la esquina del taller de un escultor, por muy noble que fuera la pieza en cuestión. Pero cuando estaba soberbiamente esculpida, cuando su calidad era excepcional, no debían ahorrarse esfuerzos en asegurarle el brillo adecuado y todo su esplendor.

—¿Me estás diciendo de verdad que Kangetsu ha empezado a escribir su tesis doctoral? —preguntó el maestro visiblemente emocionado sin prestar la más mínima

atención a las muecas de Suzuki.

—¡Qué mente más desconfiada! Nunca crees nada de lo que digo. Sí, ha empezado. Pero lo siento, no puedo decirte si versa sobre la física estática de las bellotas o sobre la mecánica del ahorcamiento. Sea como sea, su tesis será un glorioso motivo de asombro para la Señora Nariguda.

Cada vez que Meitei se refería mordazmente a la señora Kaneda, Suzuki se incomodaba, pero él no parecía darse cuenta del malestar que provocaban sus comentarios.

—He seguido investigando sobre el tema de las narices y estoy muy contento de decirte que he encontrado un interesante tratado sobre el tema en el libro *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* [42] Si su autor hubiera conocido semejante apéndice, le habría sido de gran ayuda para desarrollar la trama de su obra. Es la maldición de la cronología. Pensar que semejante órgano, eminentemente cualificado, podría haber obtenido fama mundial de haber nacido en el momento oportuno... Y en lugar de eso tendrá que pasar sin pena ni gloria como le sucede a tantas otras narices. Se me llena el corazón de compasión. Cuando venga por aquí otra vez, pintaré ese enorme promontorio de carne para mi futura referencia en el estudio de las cuestiones estéticas más relevantes de nuestro tiempo.

Nada podía detener a Meitei.

—Pero según he escuchado parece que la hija de los Kaneda quiere convertirse en la prometida de Kangetsu —dijo el maestro a modo de resumen de todo lo anteriormente expuesto por Suzuki, mientras éste continuaba con sus muecas y echando chispas por los ojos a Kushami para que dejara el tema de una vez. Todos sus esfuerzos fueron en vano, y el maestro siguió como si nada.

—¡Qué extraño! Me sorprende que la hija de ese hombre sea capaz de enamorarse... No creo que lo suyo sea verdadero amor. Será más bien una cuestión de narices.

—Sea lo que sea, esperemos que Kangetsu se case con ella —remarcó el maestro.

—¿Cómo? ¿Quién espera ahora que se case con ella? El otro día estabas dispuesto a morir con tal de impedir semejante unión, y hoy no haces más que desearla. ¿Te has ablandado o qué?

—No es una cuestión de ablandarse. Yo nunca me comporto así, pero...

—Pero ha pasado algo. ¿No es así? Mira, Suzuki, aunque seas una de esas pequeñas criaturas que pululan por la jungla de los negocios, déjame que te dé un pequeño consejo para guiar tus futuros patinazos. Es referente a esos ruidosos Kaneda y a la cerdita de su hija. Lo normal en gente razonable sería referirse a esa señorita con el debido respeto como la señora de Kangetsu Mizushima, esa talentosa eminencia nacional, pero permíteme que te diga que eso es imposible. No hay equilibrio entre ellos, como no lo hay entre una campana en un templo y un farolillo

rojo que se le colocase por badajo. Nadie que se considere amigo de Kangetsu se quedaría parado sin decir nada ante semejante matrimonio desafortunado. Seguro que tú, Suzuki, si lo analizas como hombre de negocios, podrás entender lo que estoy diciendo.

—¡Menuda comedia estás montando! Siempre exagerando. Veo que no has cambiado nada en diez años. Eres realmente extraordinario —dijo Suzuki intentando esquivar la cuestión principal.

—Como me adulas diciendo que soy extraordinario, déjame que exponga algunos detalles también extraordinarios para iluminarte sobre este caso. Los antiguos griegos daban mucha importancia a la educación física, y la promovían mediante la entrega de suculentos premios a los ganadores de todo tipo de pruebas atléticas. Pero, por extraño que parezca, no daban premios a nadie por su capacidad intelectual. Hasta hace bien poco esta curiosa circunstancia me inquietaba...

—Ya veo —dijo Suzuki intentando hacerse el amable—. Es extraño, como dices.

—Sin embargo el otro día, en el curso de mis investigaciones, tuve la oportunidad de encontrar la explicación a este misterio. En un instante desaparecieron como por ensalmo largos años de preocupaciones, y en ese estado de gracia me liberé del peso de todos los errores y engaños terrenales. Me sentí transportado a un reino puro de infinita iluminación donde mi espíritu se extasió ante su propia toma de conciencia.

Meitei empezó otra vez con los refinamientos, e incluso el adulador Suzuki puso cara de no poder más. El maestro, por su parte, pensó: «Ya empieza de nuevo». Su expresión era de resignación. Bajó la mirada y empezó a golpear en el plato de los dulces con sus palillos de marfil. Meitei, sin inmutarse, seguía a lo suyo:

—¿Y a quién creéis que le debemos ese brillante análisis lógico que nos ha ofrecido una explicación simple y nos ha sacado para siempre del oscuro abismo de las dudas? A ese famoso filósofo griego, el más grande de los maestros desde que las escuelas filosóficas fueron fundadas, al renombrado fundador de la escuela Peripatética. ¡Aristóteles! Su explicación... Kushami, deja de dar golpecitos al plato y pon un poco más de atención... Su explicación, digo, lo resume todo. Los griegos ofrecían premios en las competiciones deportivas para valorar el esfuerzo y arte de los atletas y, al mismo tiempo, para estimularles. Pero ¿qué pasaba con la ciencia? Si hubieran premiado a los científicos, el premio podría haberse convertido en algo más importante que la ciencia misma, y eso, como todos sabemos, es imposible. Si hubieran reunido dos tesoros, uno tan alto como el monte Olimpo y otro tan fastuoso como las riquezas de Crates, habría sido suficiente, pero de ninguna manera habrían logrado honrar a la ciencia. Así que, como maestros del razonamiento que eran, decidieron no premiar a la ciencia absolutamente con nada. Espero, Suzuki, que con esto hayas aprendido que por mucho dinero que tengas, la riqueza no es nada si se la compara con el supremo valor del conocimiento. Déjanos, pues, que apliquemos esta

verdad revelada, este principio fundamental al problema que tratamos hoy. Seguro que ahora veis al señor Kaneda como lo que es en realidad, un hombre que tiene la nariz y los ojos pegados a un billete. Si se me permite expresarlo de una manera gráfica, diré que ese hombre no es sino un billete con piernas. Y si él es eso, mera moneda de cambio, diría yo, su hija no es más que un pagaré andante. En oposición a ellos, tomemos ahora en consideración a Kangetsu. Se graduó con poco esfuerzo y con la mejor nota en la escuela más prestigiosa de nuestro país. Una vez dejó la Universidad Imperial, no mostró el más mínimo signo de cansancio o debilidad. Al contrario, mientras jugaba con los cordones ciertamente anticuados de su *haori*, se entregó al estudio intensivo de uno de los problemas que más acucian a los sabios y científicos actuales: la estabilidad de las bellotas. Y, por si eso fuera poco, este infatigable servidor de todo lo que tenga que ver con el conocimiento, está a punto de publicar una tesis que, sin ninguna duda, incorporará conceptos intelectuales de tal profundidad, originalidad y alcance, que los obtenidos en su momento por el gran lord Keivin [43] quedarán obsoletos y reducidos a la insignificancia. Es cierto que en un momento dado se vio tentado por la idea del suicidio, pero eso no fue sino una ofuscación pasajera muy común entre los muchachos dotados de su espíritu. De ninguna manera ese incidente afecta a sus conocimientos ni a su reputación como vasto receptáculo de aprendizaje e inteligencia. Si tuviera que describir a Kangetsu como hice anteriormente con los Kaneda, diría de él que es una biblioteca ambulante. Es un cañón cargado y a punto de disparar. Bien es cierto que un cañón de pequeño tamaño, pero sin embargo bien cargado de conocimientos. Y cuando ese cañón encuentre el momento oportuno para lanzar su proyectil, sin duda tendrá un gran impacto en el mundo académico. Explotará, vaya que si explotará.

Meitei daba signos de haberse quedado sin recursos y parecía confuso por su propia verborrea. Poco a poco se desinfló y se vino abajo. El dragón que expelía fuego por su boca meneaba ahora tristemente su cola, dando sus últimas bocanadas. Sin embargo, incapaz de callarse del todo, reunió fuerzas y en unos segundos volvió de nuevo al ataque:

—Tras esa explosión, inevitable, cosas como los pagarés, por miles, serán reducidas a polvo y ceniza. De ahí se deduce una conclusión meridiana: esa chica Kaneda, simplemente, no le va. No podemos consentir que semejante alianza se lleve a término. Es como si un elefante, el más sabio y majestuoso de los animales, se casara con el cerdo más glotón de una pocilga.

Y así, con una traca final, Meitei concluyó su exposición.

—¿No es así, Kushami?

El maestro, en silencio, daba melancólicos golpecitos al plato. Parecía deprimido y al borde de la desesperación. Incapaz de ofrecer una respuesta satisfactoria a semejante diatriba, apenas alcanzó a murmurar algo para expresar su total

desaprobación.

Suzuki, por su parte, parecía como si tuviera las manos aún manchadas de sangre después del asesinato verbal que había cometido contra Meitei apenas media hora antes. El maestro era una persona incapaz de darse cuenta de detalles de esa naturaleza. La táctica de Suzuki consistía en recibir, e incluso en silenciar, los ataques de Meitei, para luego, en medio de la confusión general, escabullirse vilmente. Se notaba que era una persona inteligente. Era un hombre moderno que huía de los enfrentamientos directos, y de esa actitud casi medieval que consiste en meterse en discusiones que, por su naturaleza, no tendrán ningún resultado práctico. Lo mejor era evitarlas. En su opinión, el propósito de la vida no era hablar, sino actuar. Si las cosas sucedían como uno deseaba, entonces la vida, una vez cumplidos dichos propósitos, era razonablemente buena. Pero si encima sucedían como uno esperaba y, además, lo hacían sin dificultades ni altercados, entonces la vida era algo paradisíaco. Esa inquebrantable devoción suya por las cosas que costaban poco y se hacían rápido le había llevado a una carrera profesional exitosa, una vez superados los años de universidad. Había supuesto que lucir ese reloj de dieciocho kilates le había colocado en situación de hacerle un pequeño favor al mismísimo señor Kaneda y, por ende, había hecho posible que estuviese allí para llevar a Kushami por donde él quería, y así cumplir con los deseos de la poderosa familia que le patrocinaba. Pero cuando todo estaba saliendo a pedir de boca, entró en escena el maldito Meitei: una persona totalmente ajena a las realidades de la vida moderna, carente del más mínimo respeto por las convenciones sociales, totalmente excéntrico y que, encima, se manifestaba como el paradigma de lo caprichoso de acuerdo con una psicología nunca antes observada en criatura humana alguna. Sin duda, Suzuki estaba desconcertado; Meitei le estaba llevando poco a poco a su terreno. Los principios por los que se regía Suzuki eran el resultado de la inteligencia práctica propia de muchos prohombres de éxito de la era Meiji. Y él, Suzuki Tojuro, su primer y más devoto discípulo, era el más sorprendido cuando las circunstancias demostraban que esos mismos principios no podían aplicarse a algo.

—Tú defiendes ese matrimonio sólo porque el asunto te viene grande —dijo Meitei para presionar a Suzuki—. Estás ahí sentado, con gesto arrogante, y tu única contribución al tema es comentar, de un modo frío, que sencillamente no estás de acuerdo con nuestras apreciaciones. Pero me pregunto qué habrías hecho si hubieras estado en nuestro lugar el otro día, cuando la Nariz se presentó aquí sin avisar. Incluso tú, un hombre de negocios tan compuesto, habrías tenido ganas de echarla a patadas. ¿No es cierto, Kushami? Díselo. A mí me parece que llevaste muy bien la situación.

—Aunque, según parece, mi actitud causó mejor impresión que la tuya —respondió el maestro con sorna.

La respuesta de Meitei fue una mezcla de lástima y desprecio:

—¡Qué increíble confianza en ti mismo! Ahora empiezo a entender por qué llevas tan bien que tus colegas y tus alumnos se burlen de ti en la escuela y te llamen té salvaje. A mí a fuerza de voluntad no me gana nadie, pero en lo que se refiere a sangre fría, desde luego que no estoy a tu nivel. Me descubro ante semejante demostración de templanza.

—¿Y exactamente por qué motivo tendría que molestarme por esas bobadas que me dicen? No me asustan lo más mínimo. Cuando el gran crítico Saint Beuve enseñaba en la universidad de la Sorbona, era muy poco apreciado por sus alumnos y colegas. Hasta tal punto que cuando salía a la calle se veía obligado a llevar un puñal para defenderse de los ataques de sus enemigos. Cuando Brunètiere censuró las novelas de Zola...

—¡Vamos, Kushami, déjalo ya, anda! ¿Tú que eres? ¿Un profesor de universidad, uno emérito? Para ser un simple maestro de inglés te das demasiados aires comparándote con semejantes lumbreras. Es como si una sardina quisiera que la trataran como a una ballena. Deja de fantasear o acabarás por convertirte en el hazmerreír de todo el mundo.

—Ésa es sólo tu opinión. Desde mi punto de vista, Sainte Beuve y yo, considerando la categoría de mis alumnos, somos ambos de la misma especie.

—¡Qué autoestima, por Dios! Pero si yo fuera tú, me cuidaría muy mucho de andar por ahí armado con una daga. Porque seguro que te cortas. Por supuesto, si los profesores de universidad tienen que salir a la calle armados con puñales, es razonable pensar que los maestros de escuela también hagan lo propio y salgan armados con navajas. Lo mejor es que vayas a la zona comercial de Nakasime, en Asakusa y te compres una de esas escopetas de juguete. Y luego te la cuelgas al hombro. Ya verás qué aspecto tan encantador. ¿Qué te parece, Suzuki?

Suzuki, observando que la conversación había derivado hacia otros derroteros, se tranquilizó. Estaba seguro de que no volverían a tocar el tema de los Kaneda. Para descargar tensión se aventuró a soltar unas cuantas frases halagadoras:

—¡Igual que siempre! Sigue siendo estupendo participar en estas conversaciones tan chispeantes. Como hacía mucho que no os veía, me siento como si hubiera salido de un oscuro callejón y aparecido de pronto en medio de un maravilloso y soleado paisaje. Como podéis imaginar, las conversaciones entre hombres de negocios suelen ser bastante más serías y aburridas. Uno debe medir siempre sus palabras y cuidarse mucho de no decir nada inadecuado. Pero a mí lo que me gusta de verdad son las charlas sinceras y abiertas, como ésta. Resulta maravilloso poder volver a hablar con colegas de estudios en el mismo tono desenfadado de antaño. Me alegro mucho de que mi visita me haya proporcionado el inesperado placer de reencontrarme con Meitei. Bueno, ahora os pido que me disculpéis. Tengo que encontrarme con alguien.

Una vez hubo lanzado estas empalagosas frases de despedida, se dispuso a dejar libre mi cojín. En ese preciso momento, Meitei dijo:

—Me voy contigo. Me esperan en la Sociedad de Artes Escénicas de Nihombashi.

—Estupendo —dijo Suzuki—. Vamos los dos en la misma dirección.

Y así, caminando codo con codo, se marcharon.

Capítulo 5

Describir todos los acontecimientos que tienen lugar en un periodo de veinticuatro horas y leerlos a continuación exigiría, como mínimo, otras veinticuatro horas por lo menos. A pesar de que soy partidario del estilo descriptivo y realista en la literatura, debo confesar que registrar todo lo que sucede en la casa del maestro durante un día y una noche, sería un auténtico *tour de force* que superaría con creces las limitadas capacidades de un simple gato. Por eso, y a pesar de que las palabras y actos del maestro merecerían una exhaustiva descripción, reconozco no poseer el talento ni la energía suficientes para presentarlos a los lectores en su justa medida. Es algo que se me podría reprochar, sin duda, pero incluso un gato necesita descanso.

Tras la marcha de Meitei y Suzuki, el silencio cayó sobre la casa como en una de esas noches de invierno en las que el viento súbitamente se calma y la nieve cae quedamente. El maestro, como de costumbre, se encerró en su estudio. En la habitación de al lado dormían las niñas, y en el cuarto adyacente, orientado al sur, la señora Kushami le daba el pecho a la pequeña Meiko, de apenas un año de edad. Había sido un día neblinoso, propio de la primavera temprana, y el sol se había puesto pronto. El sonido de los zuecos de madera que pasaban por la calle frente a nuestra ventana se podía oír claramente desde el cuarto de estar, y la melodía de una flauta china que llegaba desde la casa de huéspedes que había enfrente entraba por mis somnolientas orejas hasta adormecerme. Fuera la niebla se espesaba. Con el estómago lleno, tras dar buena cuenta del plato de arroz con raspas de pescado que Osan me había puesto en mi escudilla, sentí que era el momento de cerrar los ojos. Descansar, eso era lo que me hacía falta.

Ha llegado hasta mis oídos que algunos autores de *haikus* adoptaron la frase «amor de gato» para indicar que su poema en cuestión hace referencia a la primavera. De hecho, había venido constatando que, en esta primavera temprana, algunos de mis vecinos gatunos se dedicaban a maullar sin fin, haciendo imposible conciliar el sueño. He de decir que, a día de hoy, aún no me ha sido dado experimentar semejante trastorno de los sentidos. Sin embargo, el amor es un estímulo universal, para qué negarlo. Es el motivo y motor de todas las criaturas: desde Zeus Olímpico hasta el más simple de los gusanos que horadan la tierra, pasando por los grillos con su interminable cri-cri. El amor es la causa principal de todos esos comportamientos tan exasperantes y agotadores a que nos tienen acostumbradas las criaturas en cuanto despunta la primavera. Por tanto, es natural que los gatos se mostrasen también pletóricos en su arriesgada búsqueda del amor. Yo mismo fui víctima de ciertas cuitas platónicas por Mikeko. He escuchado que incluso Tomiko, esa glotona devoradora de pastelitos de arroz espolvoreados con aroma de judía, es decir, la hija y heredera del fundador de la técnica del triángulo, el viejo señor Kaneda, acostumbraba a sentir un

cierto cosquilleo como consecuencia de su amor por Kangetsu. Por lo tanto, no despreciaré a mis compañeros ni a sus consortes, tan inspirados todos por la inefable magia de estas noches primaverales, tan descontrolados por la terrible lujuria o abatidos por la soledad. Sin embargo, y aunque me cueste decirlo, de momento no siento esa necesidad perentoria que acucia a todos cuantos me rodean. En mis actuales circunstancias, lo único que anhelo es descansar. Estoy tan muerto de sueño que, honestamente, no podría entregarme a todo ese ritual agotador a que se consagran los demás. Por esa razón me he deslizado sigilosamente en la habitación de las niñas, he pisado territorio prohibido y me he acurrucado a sus pies sin molestarlas hasta caer en un sueño profundo y reparador.

Al cabo de un rato he abierto los ojos para echar un vistazo alrededor y he visto al maestro dormido en la cama contigua a la de su mujer. Cuando se va a la cama, el maestro tiene la fea costumbre de llevarse consigo algún libro. Normalmente se trata de un libro occidental, pero no parece que lea más allá de dos o tres páginas. A veces se lleva el libro, lo deja junto a la almohada y no hace el más mínimo intento de abrirlo. Es muy típico del maestro llevarse a la cama un libro aunque no tenga intención de leer ni una sola línea. Por mucho que su mujer se ría de él, por mucho que le reproche ese estúpido hábito, él sigue erre que erre. Cada noche se hace el mismo propósito y se va a la cama con un libro que no lee. A veces se reta a sí mismo y, no contento con uno, se lleva tres o cuatro volúmenes a dormir. Hasta hace poco se acostaba acompañado, además, por el *Gran Diccionario Webster*, un tomo monumental en cuanto a su tamaño. Supongo que su comportamiento delata algún tipo de desorden psicológico. Igual que algunos hombres particularmente extravagantes no pueden irse a dormir si no son mecidos previamente por el silbido de una de esas teteras Ryubundo, [44] al maestro le ocurre que no puede dormir si no tiene un libro junto a la almohada. Es como si el libro no fuera un objeto destinado a la lectura, sino un mecanismo de inducción al sueño, una especie de somnífero tipográfico, una manta paginada.

Me di una vuelta para ver qué era lo que se había agenciado esa noche, y le encontré completamente dormido con un volumen rojo y fino, medio abierto sobre su barbilla y con el lomo superior casi peinándole el bigote. A juzgar por su dedo pulgar, atrapado entre las páginas como si fuera el contenido de un sándwich, es de suponer que esta vez había avanzado algo en su lectura, puesto que habitualmente sólo llegaba a leer una línea o dos antes de desplomarse. Al lado de la cama, en el lugar de costumbre, lanzando un reflejo frío y gris sobre la cálida noche primaveral, descansaba su reloj niquelado.

La mujer del maestro yacía unos metros más allá, con la niña a su lado. Tenía la boca abierta y roncaba sonoramente. Su cabeza se le había resbalado de la almohada. En mi opinión, no hay costumbre más indecente entre los humanos que dormir con la

boca abierta. Ningún gato será descubierto jamás en toda su vida en semejante degenerada posición. La boca y la nariz tienen funciones separadas: la primera tiene el propósito de emitir sonidos, la segunda tiene funciones respiratorias. Sin embargo, en Japón, sobre todo en las regiones del norte, las criaturas humanas han ido abandonándose a la pereza y sólo en ocasiones abren la boca para decir lo indispensable. Un resultado obvio de esa pereza bucal y de la parsimonia muscular con la que mueven los labios al pronunciar, es ese modo de hablar tan peculiar que tienen, en el que las palabras parecen salir más bien a través de los orificios nasales. Eso es malo, pero es mucho peor cuando la nariz permanece cerrada y es la boca quien asume las funciones respiratorias. En consecuencia, ir por ahí con la boca abierta todo el rato no sólo es un hábito repugnante, sino tremendamente peligroso: de cualquier viga puede caer una lluvia de excrementos de ratón, con el consiguiente riesgo para la salud.

Seguí avanzando por la casa a oscuras, y comprobé que la misma escena se repetía con las niñas, pequeñas reproducciones a escala de las indignidades de sus padres. Yacían despatarradas en sus camas. Tonko, la mayor, para demostrar la tiranía que ejercía sólo por el hecho de serlo, tenía su brazo derecho completamente extendido sobre su hermana pequeña, de modo que su puño reposaba sobre la oreja de ésta. En una especie de contraataque nocturno, Sunko, tumbada completamente de espaldas, invadía con su pierna parte del estómago de su hermana. De alguna forma habían encontrado la forma de doblarse noventa grados desde su posición original. Pero, a pesar de esas posturas perfectamente incómodas, ambas dormían como corderitos.

Hay algo peculiar en el hecho de moverse casi a tientas bajo la luz tenue de una noche primaveral. Aquélla era una casa humilde y sin pretensiones, y una suave y agradable radiación iluminaba la escena. Me preguntaba qué hora era. Reinaba un profundo silencio roto únicamente por el segundero del reloj de pared, por los ronquidos de la señora Kushami, y por el rechinar de los dientes de la sirvienta, un trémolo perfectamente audible a pesar de la distancia que nos separaba de su cuarto. Cada vez que se lo echaban en cara, ella juraba que no rechinaba los dientes. Defendía tercamente que nunca, desde el día en que nació, había hecho nada parecido. Ni siquiera se disculpaba, o decía que intentaría no volver a hacerlo. Simplemente insistía en que ella no hacía semejante cosa. Pero claro, como lo hacía mientras dormía, es bastante probable que no recordase nada. Pero, lo recordase o no, la evidencia de los hechos mostraba que sí los rechinaba. Hay personas en este mundo que, a pesar de haber cometido grandes tropelías, se empeñan en defender su absoluta pureza y santidad. Realmente llegan a convencerse de estar libres de toda culpa. Me atrevo a decir que esta actitud es sobre todo propia de espíritus simples. Por muy cierta que sea la causa de los reproches, como todos tienen defectos, incluso

quienes se los hacen, se sienten libres de responsabilidad. Se me ocurrió pensar que en realidad no había tanta diferencia entre nuestra criada rechinante y esos malvados que tienen un concepto tan elevado de sí mismos. Mientras tanto, la noche transcurría en calma.

De pronto, escuché unos ligeros golpes en las contraventanas de madera de la cocina. Extraño. Nadie vendría de visita a estas horas de la noche. Debía de ser uno de esos odiosos ratones. Que siguieran golpeando. Como ya he dicho en otra ocasión hace tiempo decidí no cazar nunca ni ratas ni ratones. Y dale con los golpecitos en las contraventanas. Aunque, por alguna razón, aquello no sonaba a ratón. Si así fuera, debía de ser uno extremadamente cauteloso, por cuanto los ratones de casa del maestro, al igual que le sucede con sus alumnos en clase, suelen comportarse con una energía desbordante día y noche, como si estuvieran al borde de una revolución cuyo único objetivo fuera el de destruir violentamente los dulces sueños de ese hombre tan digno de lástima. Ninguno de nuestros ratones haría unos ruidos tan discretos. No, no era un ratón. Demasiado tímido. La otra noche uno bastante audaz entró en el dormitorio del maestro, le pegó un mordisco en su raquítica nariz y se marchó dando gritos de triunfo. Mis sospechas respecto a la naturaleza del intruso se confirmaron cuando escuché el chirrido de las contraventanas al abrirse, y luego un suave deslizamiento de algo por la ventana. Ahora sí que estaba seguro de que no se trataba de un ratón. Sólo un humano podía hacer ese ruido. Pero quién. Ni Suzuki ni Meitei serían capaces de entrar a esas horas de la noche, y menos tan furtivamente y por la ventana de la cocina. Tampoco serían capaces de forzar las contraventanas. Me preguntaba si sería uno de esos amigos de lo ajeno de quienes tanto había oído hablar. Si era así, quería ver cuál era su aspecto.

Tan pronto como llegué a la cocina, vi que en el suelo había dos pisadas con trazos de barro. Un tercer paso se dirigió hacia algún objeto que, al ser golpeado, hizo un ruido estrepitoso al romperse en el silencio sepulcral de la noche. Yo me sentía como si me estuvieran pasando por la espalda un cepillo a contrapelo. Durante un momento no se escuchó nada. La señora seguía roncando plácidamente. El maestro probablemente soñaba con su dedo pulgar atrapado entre las páginas de su libro rojo. Poco después se escuchó el sonido de una cerilla prendiéndose. Por muy ladrón que fuese, aquel tipo era incapaz de ver como yo en la oscuridad total de la cocina. Algo poco conveniente para sus propósitos.

Me preguntaba cuál sería el próximo movimiento del intruso. ¿Se dirigiría por detrás de la cocina hacia el cuarto de estar, o giraría a la izquierda a través del zaguán para llegar hasta el estudio? Escuché el sonido de unas puertas correderas y pasos en la galería. Había elegido el estudio. Después, silencio total.

Se me ocurrió que sería todo un detalle por mi parte despertar al maestro y a su mujer antes de que fuera demasiado tarde. Pero, ¿cómo? Se me ocurrieron un par de

ideas al respecto, pero ninguna resultaba razonable o factible a corto plazo. Pensé que quizás podía despertarles si les tiraba de las sábanas. Lo intenté dos o tres veces pero mis esfuerzos fueron en vano. En ese momento se me ocurrió que sería mejor si restregaba mi nariz fría y seca por la mejilla del maestro. Puse mi nariz en su cara y lo único que recibí como respuesta fue un golpe seco en la cabeza. El maestro no se despertó pero volvió a golpearme, esta vez en la nariz. La nariz, incluso la de los gatos, es un punto extremadamente sensible, que duele de un modo indecible cuando se la golpea. A pesar del dolor, insistí. Como no se me ocurría nada más, arranqué a maullar con todas mis fuerzas.

Lo intenté al menos un par de veces, pero por alguna extraña razón la voz no me salía del cuerpo. Cuando, finalmente, tras un inconmensurable ejercicio de disciplina logré que me saliera un tímido maullido, el maestro me mandó callar inmediatamente. A pesar de mis esfuerzos, seguía dormido como un tronco. Agucé el oído y volví a escuchar al ladrón, allá en el estudio. Sus pasos se fueron acercando por la galería. Ya está, me dije. No hay nada más que pueda hacer. Me escondí entre la puerta corredera y un cesto de mimbre de tal manera que, desde la seguridad de mi escondite, pudiera observar al criminal en plena acción.

Los pasos avanzaron hasta la misma entrada del dormitorio. Se detuvieron justo delante de la puerta corredera. Contuve la respiración. Cada nervio de mi cuerpo esperaba en tensión el siguiente movimiento. Me di cuenta, con horror, de que todos los sentidos que en ese momento estaban avizor, eran los mismos que me habrían hecho falta para cazar ratones. Era como si el alma se me fuera a salir por los ojos. Estaba en deuda con el ladrón: a pesar de que me había propuesto firmemente no dedicarme nunca a la persecución de roedores, gracias a él podía sentir, al menos una vez en la vida, la emoción inherente a la caza.

Al instante siguiente, el tercer cuadrado de papel situado en la mitad superior de la puerta corredera empezó a cambiar de color y se oscureció como si lo hubiera mojado la lluvia. Miré hacia allí y vi en la oscuridad un objeto rojo pálido. Una lengua húmeda y rojiza se posó sobre el papel, y al instante desapareció. En el agujero resultante apareció algo brillante, amenazadoramente brillante: el ojo del ladrón. Extrañamente, ese ojo parecía no prestar la más mínima atención a los objetos de la habitación, sino que se concentraba exclusivamente en mí. El terrible escrutinio no duró más de un minuto, pero a mí me pareció una eternidad. La intensidad de aquella mirada me resultó intolerable, y me preparé mentalmente para salir pitando en cuanto la puerta se abriera y el ladrón apareciese.

En este punto del relato, lo adecuado sería, según los cánones clásicos de las narraciones, hacer una breve descripción de ese extraño e inesperado visitante. Pido indulgencia a los lectores por esta pequeña digresión que quedará perfectamente justificada una vez exponga su oportunidad y pertinencia. Mi digresión tiene la forma

de una declaración, y está basada en mi humilde opinión sobre la naturaleza de lo omnipotente y lo omnisciente.

Desde tiempos inmemoriales se ha dotado a Dios de omnipotencia y omnisciencia. Es, en concreto, al Dios de los cristianos, al que durante al menos los últimos veinte siglos le han atribuido esas cualidades. Sin embargo, el hombre de la calle puede advertirlas como si fueran, justamente, lo contrario: es decir, impotencia e ignorancia. Hay en ello una evidente paradoja de la que poca gente parece percatarse, y yo siento un inevitable orgullo por este descubrimiento mío que evidencia que no soy un gato lo que se dice corriente. Por lo tanto, y a fin de poner en su sitio a esos majaderos acostumbrados a burlarse de los gatos, ofrezco el siguiente análisis de esta paradoja, que llevaría mi nombre si efectivamente tuviera uno. Según tengo entendido, Dios creó todas las cosas del mundo en siete días, de donde se deduce que también creó a los gatos. De hecho, creo que este principio se establece como una verdad fundamental en un libro al que los humanos llaman la Biblia. La especie humana ha estado registrando durante miles de años datos y observaciones sobre los hechos cruciales de la humanidad. De ahí se deriva la enorme acumulación de referencias concernientes a cualquier hecho particular, sea éste cual sea. Eso provoca la admiración de los hombres hacia sus propias capacidades y profundiza en su creencia en la omnisciencia y omnipotencia de Dios. El hecho concreto al que me refiero es, que aunque los seres humanos atestan con su presencia cada rincón de la Tierra, no existen dos con la misma cara. Los elementos constituyentes de esas caras son fijos: dos ojos, dos orejas, una nariz, una boca. Es más, las dimensiones generales de esos elementos suelen ser similares. Sin embargo, y a pesar de que las miríadas de caras humanas sobre el planeta están construidas con el mismo material básico, el resultado final es de una infinita variedad. La reacción de la raza humana no es sólo la de maravillarse ante la apariencia individual de cada uno de sus individuos, sino también la de admirar la increíble capacidad del Creador que, utilizando unos pocos materiales simples y uniformes, ha logrado producir una enorme cantidad de variantes, todas diferentes. Con seguridad, sólo una capacidad e imaginación infinitas y originales pueden dar lugar a semejante e infinita variedad de individuos. Incluso el más grande de los pintores, por mucho que se empeñe en una empresa similar, sólo llegará a producir en toda su vida doce o trece piezas maestras. Es natural, por tanto, que la humanidad se sienta impresionada por la infinita capacidad del Creador a la hora de producir personas tan distintas las unas de las otras. Es algo imposible de alcanzar para los pobres humanos, seres limitados, y es lógico que admiren ese proceso como un rasgo de divinidad atribuible a la omnipotencia del Creador. De ahí nace su interminable admiración por Dios, algo perfectamente comprensible si se observa desde este punto de vista.

Sin embargo, si los mismos hechos se consideran desde el punto de vista de los

gatos, la conclusión es la opuesta: Dios, si bien no del todo impotente, tiene al menos una capacidad limitada, incluso diría que adolece de cierta incompetencia. Su capacidad creativa no es mucho mayor que la propia de un hombre atolondrado. Se supone que Dios creó tantas caras como personas existen. Pero uno no puede evitar pensar que lo que ocurrió en realidad es que le faltó seguridad en el trazo. Al intentar crear a todos los seres humanos iguales partiendo de los mismos materiales, debió de encontrar la tarea imposible y, en consecuencia, produjo una larga serie de modelos que El quería iguales, pero que finalmente derivaron en un desorden de proporciones bíblicas. La infinita variedad de caras humanas se puede contemplar a un tiempo como prueba de su éxito o como constatación de su fracaso. Sin saber a ciencia cierta cuáles eran sus objetivos cuando puso en marcha la creación, sólo se puede decir que la variedad de caras humanas puede ser un argumento tanto para apoyar su omnipotencia como para demostrar su incompetencia.

Consideremos ahora los ojos de que Dios dotó a los humanos. Los empotró por pares en la superficie plana de la cara de sus propietarios y, por tanto, imposibilitó que pudieran enfocarse simultáneamente hacia el lado derecho y el izquierdo de la misma. En consecuencia, los ojos de los hombres son incapaces de captar de una sola vez más de un objeto en un momento concreto. Siendo incapaces de ver en conjunto, incluso en lo referido a los hechos cotidianos que les afectan, no es de extrañar que se centren en los aspectos unidireccionales de la realidad, y tampoco es extraño que caigan rendidos de admiración por su Creador. Cualquier criatura que vea las cosas en su conjunto reconocerá que, si bien es muy difícil crear infinitas variaciones de un modelo, es igualmente difícil concebir absolutas similitudes entre esos prototipos. Si le hubiesen pedido a Rafael que pintase dos retratos exactamente iguales de la Virgen María, se habría dado cuenta de lo imposible que habría sido realizar tal encargo, pues finalmente habría pintado dos cuadros completamente diferentes en absolutamente todos sus detalles. De hecho, puede que pintar retratos similares sea la más dura de todas las tareas posibles.

Kobo Daishi [45] no fue sólo un gran maestro, sino el mayor de todos los calígrafos de su tiempo. Pero si un buen día le hubieran pedido que repitiera exactamente el ideograma de su propio nombre, habría sido incapaz de hacerlo. Consideremos, además, la naturaleza del aprendizaje del idioma. Los seres humanos aprenden las diferentes lenguas exclusivamente por imitación. Reproducen los sonidos emitidos diariamente por sus madres, por sus niñeras, o por cualquiera a quien puedan escuchar. Es decir, aprenden sin el más mínimo atisbo de iniciativa o inventiva. Toda su atención e interés se centra en la pura imitación. Después de diez o veinte años, el lenguaje aprendido por imitación se manifestará en distintas pronunciaciones. Ese hecho demuestra su total incapacidad de producir imitaciones perfectas. Lograr imitaciones exactas es algo extraordinariamente difícil. Si Dios

hubiera demostrado ser capaz de crear seres humanos indistinguibles los unos de los otros, habría sido algo digno de admiración. Si hubiera creado algo parecido a esas máscaras de mujer gorda que parecen todas sacadas del mismo molde, se podría demostrar, aunque sólo fuera someramente, su omnipotencia. Pero en el estado actual de las cosas, en el que cada cara es un poema, ese desbarajuste sólo puede interpretarse como una demostración fehaciente de su limitada capacidad creativa.

Confieso que, llegado a este punto, he olvidado completamente el motivo que me ha llevado a comenzar esta digresión. Estos olvidos son muy frecuentes en la especie humana, así que espero también sean excusables en un gato. Lo cierto es que todos estos pensamientos se agolparon en mi mente a causa de la excitación que me produjo el ladrón cuando abrió las puertas correderas y se plantó ante mis ojos. ¿Por qué? ¿Por qué su aparición motivó en mí todos esos pensamientos y me hizo alumbrar toda esta teoría crítica, a mi entender irrefutable, sobre la omnipotencia divina?

Cuando vi la cara del ladrón todas mis teorías sobre la incompetencia de Dios como creador de rostros iguales, se vinieron abajo de golpe. ¡Puesto que la cara de aquel ladrón era la viva imagen de la de nuestro apuesto y muy querido Kangetsu! Por supuesto, yo no tenía amigos entre la hermandad de los ladrones, pero basándome en sus reprobables comportamientos, me había hecho una idea clara de cómo debía ser el rostro de un ladrón. Un rostro que, en este caso concreto, no coincidía en absoluto con el del ladrón allí presente. Siempre había pensado que los orificios nasales de un ladrón debían ser anchos y ocupar gran parte de su cara, a izquierda y derecha; sus ojos debían ser pequeños como los de una moneda de céntimo, y su cabeza debía estar rapada al uno. Pero había una enorme diferencia entre esa imagen preconcebida y lo que yo contemplaba en aquel momento. No es bueno dejar a la imaginación libertad absoluta. El ladrón era alto, delgado, moreno y tenía las cejas arqueadas. En conjunto, se trataba de un ladrón muy moderno. Como Kangetsu, parecía rondar los veintiséis o veintisiete años. Desde luego, si Dios había sido capaz de operar tales semejanzas, no se le podía calificar en absoluto de incompetente. A decir verdad, el parecido era tal, que mi inmediata reacción fue preguntarme si Kangetsu no se había vuelto loco al irrumpir en mitad de la noche para venir a contar a mis amos sus cuitas amorosas. Pero cuando me di cuenta de la ausencia total de bigote, caí en la cuenta de que aquel intruso no podía ser Kangetsu.

Kangetsu era apuesto y masculino. Dios le creó con tal esmero y cuidado, que no es de extrañar que esa tarjeta de crédito andante de Tomiko, cayera rendida a sus pies. A juzgar por su apariencia, el atractivo de este ladrón para la mujeres debía de ser igual que el de Kangetsu. Si la chica de los Kaneda quedó obnubilada por los ojos y la boca de Kangetsu, lo lógico era pensar que le habría sucedido lo mismo con ese ladrón. Es más, raro sería que no se enamorase de él también. Rápida de mente y

sagaz, habría encontrado un inmediato parecido con Kangetsu y habría aceptado al ladrón como sustituto sin dudarlo; le habría adorado en cuerpo y alma, y prometido felicidad conyugal hasta que la muerte los separase. Si por alguna razón personal, o bien por los continuos sermones de Meitei, Kangetsu terminaba por renunciar a su compromiso matrimonial con la señorita Kaneda, ésta podía estar tranquila de tener al ladrón a su alcance. Mi imaginación volaba y al menos me tranquilicé en lo que al futuro de Tomiko se refería. Mientras aquel intruso existiese, la felicidad de la hija de los Kaneda estaba asegurada pues tendría un marido en la reserva.

El ladrón llevaba algo bajo el brazo. Me fijé y vi que era la manta corroída que un rato antes el maestro había lanzado a su estudio. Plantó sus pies sobre el *tatami*. Vestía de corto y sus piernas, desnudas hasta la rodilla, estaban pálidas. Llevaba puesto una especie de *kimono* corto ceñido con un cinturón de seda gris azulado que le caía desaliñadamente por las caderas. En ese momento, el maestro se dio la vuelta, aún dormido como un tronco, y, probablemente, soñando con que su dedo estaba siendo atacado por el libro rojo, gritó: «¡Es Kangetsu!». El ladrón soltó la manta y dio un respingo hacia atrás como si se hubiera topado con un escorpión. A través de las puertas correderas de papel podía ver un par de piernas temblorosas. El maestro, atrapado en el sueño, murmuró algo sin sentido y apartó el libro hacia un lado. Empezó a rascarse el brazo ruidosamente como si hubiera contraído la sarna. De pronto se calmó y siguió plácidamente dormido con su cabeza fuera de la almohada. Su grito no tuvo nada que ver con la realidad de lo que sucedía en aquel instante, sino con algo que estaba soñando. Pero el ladrón se quedó en silencio un buen rato en la galería, a la expectativa de nuevos acontecimientos. Cuando comprobó que el maestro y su mujer estaban totalmente dormidos, volvió a introducir un cauteloso pie en la habitación. Acto seguido introdujo el otro pie.

El dormitorio estaba iluminado por un rayo de luz, y la sombra del ladrón lo dividía en dos. La oscuridad caía sobre la canasta de mimbre y subía hasta la mitad de la pared. Giré la cabeza y vi cómo la sombra del ladrón se proyectaba hasta casi alcanzar el techo. A pesar de que el tipo era atractivo, su sombra era extraña y deforme como la de una patata contrahecha. Durante un instante permaneció allí quieto, observando la cara de la señora Kushami y, de pronto, por alguna razón desconocida, sonrió. Me sorprendió, pues incluso la sonrisa era un calco de la de Kangetsu. Junto a la almohada de la señora había una caja oblonga de unos ocho centímetros de largo por unos cuatro de ancho, con la tapa bien cerrada. El hecho mismo de que estuviera ahí, hacía pensar que guardaba algo precioso en su interior. Era la caja de ñames que el señor Tatara Sampei había regalado a los Kushami hacía unos días a la vuelta de sus vacaciones en Karatsu. [46] Hay que admitir que es bastante inusual llevarse a la cama una caja de ñames y colocársela al lado, como si fuera un adorno. De hecho, la señora Kushami se caracterizaba por ser bastante poco

hábil escogiendo los emplazamientos para las cosas. Solía guardar el azúcar en su caja de costura, así que no me extraña que tuviera una caja de ñames junto a la almohada. Sin embargo, el ladrón no era en absoluto omnisciente, y no tenía ni idea de las peculiaridades de la señora. Lógicamente pensó que una caja guardada en el dormitorio con tanta precaución debía merecer la pena. Cogió la caja, comprobó que el peso satisfacía sus expectativas y asintió con satisfacción. No pude contenerme y a punto estuve de soltar una carcajada. Me pareció bastante gracioso que el caco estuviese a punto de desperdiciar sus habilidades cometiendo ese hurto vegetal. Me contuve. Si me hacía notar me pondría en una situación peligrosa. El ladrón enrolló cuidadosamente la caja en la manta y miró alrededor para ver si encontraba algo con que atar el fardo. Se fijó en el cinturón de seda que el maestro había dejado en el suelo al desvestirse. Anudó firmemente el botín y se lo ató cuidadosamente a la espalda. Dudo mucho que, de haber podido presenciar la escena, ninguna mujer se hubiera sentido atraída por él, habida cuenta de su aspecto. A continuación cogió los chalecos de las niñas y los introdujo en los calzoncillos largos del maestro. La prenda, hecha de lana, parecía una serpiente que se hubiera tragado una rana, o más exactamente una serpiente preñada. En cualquier caso, tenía una pinta bastante desagradable. El ladrón ató los calzoncillos y se los puso al cuello para dejar libres sus manos y continuar con la rapiña. Me preguntaba cuál sería su próximo paso, así que le observé atentamente. Acto seguido colocó el *kimono* de seda del maestro en el suelo y comenzó a amontonar encima diversos objetos que fue encontrando por la habitación. Me quedé maravillado por su diligencia y por su innata capacidad de empaquetamiento. Unió una faja con el ceñidor del *kimono* y tras atar todo, hizo un fardo de ropa que levantó con una mano. Echó un último vistazo para ver si se dejaba algo, y entonces se fijó en el paquete de tabaco que estaba junto a la cabeza del maestro. Metió el tabaco en el fardo, pero un instante después lo sacó y cogió un único cigarrillo. Lo encendió inhalando profundamente, como un hombre satisfecho con el trabajo bien hecho. Antes de que el humo se disipara en la atmósfera de la noche, los pasos del ladrón se habían perdido en la distancia. Marido y mujer seguían roncando como benditos. Al contrario de la imagen que tienen de sí mismos, los seres humanos no suelen caracterizarse precisamente por mantenerse alerta. Los acontecimientos de esa noche me habían dejado exhausto, y necesitaba un descanso. Me dormí casi al instante.

Cuando desperté, un sol radiante y primaveral lucía en lo alto del cielo. En la entrada de la cocina el maestro y su mujer hablaban con un policía:

—Ya veo. ¿Creen que entró por esta ventana y luego se dirigió hacia el interior de la casa? ¿Y ustedes no escucharon nada?

—Eso es —reconoció el maestro un poco avergonzado.

—¿Sobre qué hora tuvo lugar el robo?

El policía no se dio cuenta de que su pregunta era absurda. Si el maestro hubiera sido capaz de saber a qué hora entró el ladrón, probablemente el robo no habría tenido lugar. El maestro y su mujer, sin embargo, no parecían compartir mi punto de vista, y se tomaron este asunto con evidente preocupación.

—Me pregunto a qué hora sería...

—Espera, déjame pensar —dijo la señora Kushami. Parecía pensar que elucubrando sobre los hechos uno podía fijar la hora exacta de cuándo acontecieron:

—¿Tú a qué hora te fuiste a la cama? —preguntó a su marido.

—Me fui después que tú.

—Es cierto. Yo me fui antes.

—¿Y a qué hora nos despertamos?

—Creo que sobre las siete y media.

—Entonces, ¿qué hora sería cuando entró el ladrón?

—Supongo que en algún momento en mitad de la noche.

—Eso ya lo sabíamos. Ya sabíamos que entró en algún momento en mitad de la noche. Lo que te estoy preguntando es por el momento concreto.

—Pues, si uno lo piensa, es difícil decirlo exactamente —dijo la señora Kushami, y se quedó pensativa.

El policía sólo había hecho la pregunta como pura formalidad, y la realidad era que la hora exacta le era totalmente indiferente. Lo único que pretendía era que el maestro y su mujer ofrecieran algún tipo de respuesta. La que fuera. No importaba si era cierta o no. Pero las dos víctimas del robo se enzarzaron de tal manera en esa cuestión trivial, que el policía empezó a perder la paciencia. En un momento dado les cortó de malas maneras:

—Muy bien. Así que no conocen la hora exacta a la que el ladrón entró. ¿Correcto?

—Supongo que podemos afirmar que no... —contestó el maestro con su habitual tono pedagógico.

El policía no parecía estar pasándoselo bien. Procedía de acuerdo con la rutina policial.

—En ese caso deberán redactar una denuncia en la que manifiesten que con fecha de tal día, en el año treinta y ocho de la era Meiji, [47] una vez cerrada su casa por la noche, se retiraron a su habitación a dormir y, seguidamente, entró un ladrón que forzó tal ventana y anduvo por tal y tal habitación, sustrajo tal y tal cosa de su propiedad. Recuerden que esa denuncia no ha de consistir en una simple lista de objetos perdidos, sino que constituye un documento formal que podrá ser utilizado más tarde como acusación. No deben dirigirla a nadie en particular.

—¿Debemos explicar cada una de las cosas que nos han robado?

—Sí. Pónganlo todo en una lista detallada. Por ejemplo, consignen cuántos

abrigos les han robado y el valor de cada uno de ellos.

Antes de que el maestro pudiera siquiera sugerir lo que le estaba rondando por la cabeza, el policía le cortó:

—No, no creo que sirva de nada que me pida que entre en la casa. El robo ya ha tenido lugar. —Y con este comentario tan poco amable se despidió.

El maestro se sentó en mitad del dormitorio con su pincel de escribir en la mano y una cuartilla. Llamó a su mujer para que fuera a sentarse a su lado. Su tono era beligerante:

—Voy a escribir una denuncia con todas las de la ley. Dime, artículo por artículo, todo lo que nos han robado. Procede, por favor.

—¡Menuda cara tienes! ¿Quién te crees que eres para decirme que proceda? Si me hablas de esa manera tan autoritaria no te diré absolutamente nada.

La señora, aún a medio arreglar, se sentó ruidosamente a su lado.

—Mira el aspecto que tienes. Pareces una fulana barata de un barrio cualquiera. ¿Por qué no llevas puesto el *obi* [48]

—Si no te gusta como voy vestida, ¿por qué no me compras ropa decente? ¡Una fulana de barrio! ¿Cómo voy a vestirme adecuadamente si me han robado la mitad del guardarropa?

—¿Así que te robó el *obi*. Será despreciable... De acuerdo. Empecemos por ahí. ¿Qué clase de *obi* era ése?

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que qué clase de *obi* ¿Cuántos te crees que tengo? Era el de crespón y raso negro.

—Un *obi* de crespón y raso negro... ¿Cuánto dirías que cuesta?

—Alrededor de seis yenes, calculo.

—¡Seis yenes! Eso es demasiado. Sabes que no nos podemos permitir gastar dinero en naderías. Cuando te compres uno nuevo, no te gastes más de cinco yenes.

—¿Y dónde pretendes que encuentre uno por esa miseria? Como siempre te digo, eres un desagradecido. No te importa nada cómo se viste tu mujer mientras tú vas por ahí de punta en blanco.

—Bien. Pasemos a otra cosa. ¿Echas algo más en falta?

—Un *haori* de seda bordado regalo de mi tía Kono. Algo de esa calidad es imposible de encontrar hoy en día.

—No te he preguntado nada sobre lo difícil que sería encontrar la prenda hoy día sino sobre su valor. ¿Cuánto costaría?

—No menos de quince yenes.

—¿Quieres decir que has andado por ahí vestida con una prenda de quince yenes? ¡Eso sí que es una extravagancia! Me da la impresión de que vistes por encima de nuestras posibilidades.

—¿Y eso qué importa? Tú no lo compraste.

—Bueno. ¿Qué más te falta?

—Un par de calcetines negros.

—¿Tuyos?

—No digas tonterías. ¿Cuándo has visto a una mujer vistiendo calcetines negros? Eran tuyos. Y costaban unos veintisiete céntimos.

—¿Qué más?

—Una caja de ñames.

—¿También se ha llevado los ñames? Me pregunto cómo se los habrá comido, si cocidos o en sopa.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Ve y pregúntaselo a él.

—¿Cuánto costaban?

—No tengo ni idea del precio de los ñames.

—En ese caso, digamos doce yenes y cincuenta céntimos.

—¡Eso es ridículo! Incluso en el caso de que los hubieran cultivado en Kyushu y los hubieran transportado hasta aquí sobre la chepa, ¿cómo iban a costar semejante dineral?

—Dijiste que no sabías lo que costaban.

—Lo dije y lo mantengo, pero doce yenes con cincuenta es una cantidad absurda.

—¿Cómo puedes mantener a un tiempo que no sabes lo que cuestan y que doce yenes con cincuenta es una cantidad absurda? No tiene ningún sentido. A no ser que seas Otanchin Paleologus.

—¿Que sea quién?

—Otanchin Paleologus.

—¿Quién es ése?

Difícilmente se podría culpar a la señora por su ignorancia. A pesar de la larga experiencia que he ido adquiriendo, de la rara habilidad que he ido desarrollando a la hora de descodificar los pensamientos del maestro expresados en viles juegos de palabras, en retorcidas referencias en japonés dialectal, y en mustios panfletos de erudición occidental, debo decir que esa demostración particular de su capacidad resultaba aún más oscura y absurda de lo normal. No estoy seguro del todo de lo que quería decir con la alusión a ese extraño personaje, pero sospecho que lo único que pretendía era demostrarle a su mujer que era un poco bruta. ¿Por qué complicarlo todo tanto y no dejarlo simplemente en Otanchin, sin añadir nada más? Porque a pesar de los temerarios ataques contra su mujer, el maestro no estaba completamente convencido de que ella hubiera escuchado «Otanchin», una palabra que se utiliza coloquialmente para referirse a alguien medio tonto. ¿Qué hizo entonces? Buscó un camino intermedio entre «Otanchin» y «Konstantin», el nombre que recibía el último emperador de Bizancio, de la familia de los Paleólogos y, a través de una serie de conexiones cerebrales abstrusas, vedadas a la comprensión del resto de la humanidad,

acabó en semejante expresión para no decirle abiertamente a su mujer que era muy bruta y tener que asumir las consecuencias del insulto. Sin duda, la señora estaba confundida y exigía una explicación.

—No te preocupes por eso. ¿Qué más ponemos en la lista? Todavía no has mencionado mi *kimono*.

—No te preocupes por el *kimono*. Sólo dime qué quiere decir eso de Otanchin Paleologus.

—Nada. Es una cosa sin sentido que me he inventado.

—Eres tan inteligente que estoy segura de que podrás explicarlo. ¿Por qué clase de tonta me tomas? Te aprovechas de mí porque no sé hablar inglés

—Deja de decir tonterías y sigamos con la lista. Si no nos damos prisa con esto, jamás recuperaremos nuestras propiedades.

—Oh, ya es demasiado tarde para lo de la denuncia. Y ahora dime a qué te referías con lo de Otanchin Paleologus.

—Mira que te estás poniendo pesada... Ya te dicho que no quiere decir nada, no tiene ningún sentido. Y no tengo nada más que decir.

—Bueno, si sigues con esa actitud, por mi parte se acabó la lista.

—¡Qué tozudez! Hazla tú entonces. No pienso seguir escribiéndola para ti.

—Pues haz lo que quieras. Pero luego no vengas a molestarme con que si falta esto o lo otro. Me da exactamente igual si escribes la denuncia o no.

—Entonces olvidémoslo —sentenció el maestro. Con sus habituales formas bruscas se puso en pie y se metió en su estudio. La señora Kushami se retiró al cuarto de estar y se sentó frente a su caja de costura. Durante al menos diez minutos ambos permanecieron en silencio mirando hacia la puerta corredera que les separaba.

Así estaban las cosas cuando apareció el señor Tatara Sampei, el donante de ñames. Abrió la puerta principal, y entró enérgicamente en el salón. Hay que decir que este Tatara fue durante cierto tiempo el chico de los recados de los Kushami, pero una vez se licenció en Derecho, encontró un trabajo en el departamento de minas de una gran compañía. Como Suzuki, aunque más joven, se había convertido en un digno representante de esa especie protegida que es el hombre de negocios. Sin embargo, con motivo de su antigua relación, todavía visitaba de tanto en tanto la humilde morada de su benefactor. De hecho, como hacía un tiempo casi había formado parte de la familia, había ocasiones en las que pasaba con los Kushami el domingo entero.

—Qué tiempo tan maravilloso, señora Kushami. —Se sentó frente a ella con sus pantalones recogidos por encima de las rodillas y la saludó en el dialecto de Karatsu.

—¡Vaya! Hola Tatara.

—¿Ha salido el maestro?

—No, está en su estudio.

—No creo que sea muy bueno para su salud estudiar de esa manera. Hoy es domingo y hay que disfrutar un poco, ¿no cree? Si no la semana se hace demasiado larga, ¿no le parece?

—No tiene sentido que me lo digas a mí. Ve y díselo a él.

—Sí, pero... —Miró a su alrededor por la habitación y le preguntó a su anfitriona —: ¿No están las niñas?

No había terminado de decirlo cuando las dos, Tonko y Sunko, irrumpieron en la habitación.

—Hola señor Tatara. ¿Ha traído *sushi*? — Tonko, la hermana mayor, no perdía el tiempo, y era rápida en recordar las promesas.

Tatara se rascó la cabeza.

—¡Caramba, qué memoria! Lo siento, me he olvidado completamente, pero la próxima vez os prometo que os lo traeré.

—¡Qué pena! —dijo Tonko. Su hermana pequeña repitió inmediatamente a modo de coro:

—¡Qué pena!

La señora Kushami sonrió ligeramente.

—Confieso que me he olvidado del *sushi*, pero en cambio os he traído unos ñames. ¿Los habéis probado ya?

—¿Qué es un ñame? —preguntó Tonko, y su hermana, sin tiempo para dejarla terminar su pregunta, la siguió:

—¿Qué es un ñame?

—Así que no los habéis probado. Pedidle a vuestra madre que os cocine alguno. Los ñames de Karatsu son especialmente buenos. Nada que ver con los que venden en Tokio.

Mientras el señor Tatara hacía honor a su tierra, la señora Kushami recordó que debía darle las gracias de algún modo por su cortesía.

—Fue muy amable por tu parte traernos el otro día tal cantidad de ñames. Fuiste muy generoso.

—¿Ya se los han comido? Hice la caja yo mismo para que no se estropearan. Espero que estuvieran todos a su gusto.

—Estaban todos en perfecto estado, pero siento decir que la pasada noche entró un ladrón en casa y nos los robó.

—¿Que han entrado a robarles los ñames? Vaya crimen tan peculiar. Nunca pensé que la pasión por los ñames, aunque sean ñames de Karatsu, pudiera llevarse hasta ese extremo. —Tatara parecía muy impresionado.

—Mama —dijo Tonko—. ¿Ha venido un ladrón por la noche?—

—Sí —respondió la señora con suavidad.

—¿Un ladrón? ¿Aquí? ¿Un ladrón de verdad? —preguntó Sunko maravillada—.

¿Y qué cara tenía?

La señora Kushami no sabía qué responder.

—Tenía una cara que daba miedo —dijo mientras miraba a Tatara con aire cómplice.

—¿Quieres decir que tenía una cara como la del señor Tatara? —preguntó Tonko sin tacto alguno.

—Realmente, Tonko, ese comentario es de muy mala educación por tu parte.

—¡Madre mía! Así que mi cara da miedo... —dijo Tatara riendo a carcajadas. Se rascó una vez más la cabeza. Encima de la nuca tenía una calva de aproximadamente un centímetro de diámetro. Le había aparecido hacía casi un mes y, aunque se había tomado el asunto bastante en serio, la cosa no tenía pinta de mejorar. Tonko se fijó en la calva y dijo:

—¡Anda, mira! La cabeza de Tatara brilla como la de mamá.

—¡Tonko, compórtate! Te he dicho que te calles.

—¿El ladrón también tenía la cabeza brillante? —preguntó Sunko inocentemente. A pesar de lo incómodo de los comentarios, los adultos rompieron a reír. Como las ocurrencias de las niñas interrumpían la conversación constantemente la señora Kushami decidió mandarlas fuera:

—Id a jugar un rato al jardín. Portaos bien y luego os daré unas chucherías.

Cuando las niñas se marcharon, la señora Kushami se volvió hacia Tatara y, con toda la gravedad de alguien que comparte un mismo problema, le preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Creo que algo así como una infección de la piel. No es sarna, pero por lo visto es una especie de gusano que tarda mucho en desaparecer. ¿Tiene usted el mismo problema?

—¡Puaj, no! Y no me hables de gusanos. En mi caso se trata del problema habitual en las mujeres. Como nos peinamos siempre con moño, el pelo se nos debilita.

—Según me han dicho, todas las calvicies están provocadas por una bacteria.

—Pues la mía no.

—Vamos, señora Kushami. No sea obstinada. Uno no puede dar la espalda a los hechos científicos.

—Lo que tú digas. Aunque lo mío no es una bacteria. Pero, dime: ¿Cómo se dice en inglés «calva»?

—Si no me equivoco, se dice *bald*.

—No, no. Es una palabra mucho más larga.

—¿Por qué no le pregunta a su marido? Él mejor que nadie puede sacarle de dudas.

—Si te pregunto a ti precisamente es porque él no quiere ayudarme.

—Hasta donde yo sé, se dice *bald*, *baldness*. Pero si dice usted que es una palabra mucho más larga... No sé. ¿Podría darme alguna pista de cómo suena?

—Creo que es algo así como Otanchin Paleologus. Por lo que tengo entendido, «Otanchin» significa cabeza, y «Paleologus» calva.

—Es posible. Dentro de un rato, cuando vaya al estudio del maestro, lo buscaré en el *Diccionario Webster* y saldremos de dudas. Por cierto, es raro que el maestro se quede en casa en un día tan magnífico como éste. Sin duda, sus problemas de estómago no mejoran. ¿Por qué no le convence para que vaya a ver las flores en el parque Ueno? [49]

—Vete tú mismo si no te importa. Nunca hace caso a lo que le decimos las mujeres.

—¿Sigue comiendo tanta mermelada?

—Igual que siempre.

—El otro día se quejaba de que no hacía más que reprochárselo, pero me aseguró que se equivocaba. Dice que no come tanta, y según él, también usted y las niñas comen de lo lindo.

—¿Cómo te pudo decir algo así?

—Pero, señora Kushami, si usted tiene cara de que le encanta la mermelada.

—¿Cómo puedes decir algo así de alguien sólo con mirarle a la cara?

—No puedo, por supuesto. Pero dígame señora. ¿De verdad no le gusta?

—Bueno, claro que me gusta, y a veces tomo un poco. ¿Por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, es nuestra mermelada.

El señor Tatara se rió y dijo:

—Justo lo que yo pensaba. Pero ahora en serio: qué mala suerte el asunto ese del ladrón. ¿Se llevó algo más aparte de los ñames?

—Si sólo hubieran sido los ñames no nos habría molestado. Pero además se ha llevado toda nuestra ropa.

—Entonces sí que tienen un problema. ¿Otra vez tendrán que pedir dinero prestado? Si al menos esa cosa de ahí hubiera sido un perro en lugar de un gato... Menuda diferencia. En serio. Deberían tener perro. Un perro grande y fiero. Los gatos no sirven prácticamente para nada. Todo lo que hacen es comer y dormir. Éste, por ejemplo, ¿ha cazado alguna vez un ratón?

—Ni uno. Es un gato vago e insolente.

—Eso es terrible. Debe deshacerse de él inmediatamente. ¿Quiere que me lo lleve y lo tire por ahí? Además, guisados están bastante buenos.

—¿Estás diciendo que te gusta comer gatos guisados?

—Sí, desde siempre. Tienen un sabor delicioso.

—Debes de tener un estómago de hierro.

Ya había escuchado yo en alguna ocasión que entre esos estudiantes que las

familias acogen a cambio de que les hagan los recados existía la degenerada costumbre de comer gatos. Pero nunca, ni en mis peores sueños, habría imaginado que Tatara, de quien recibía tantas atenciones, fuera uno de esos salvajes. Por supuesto, ya no era ni estudiante ni ejercía de chico de los recados. Ni mucho menos. Ahora, una vez acabados sus estudios universitarios, era un distinguido licenciado en Derecho, y al tiempo un próspero hombre de negocios que trabaja para la prestigiosa compañía Mutsui Products. Por eso fue precisamente por lo que me sorprendieron tantos sus gustos culinarios. Como dice el proverbio: «Al hombre desconocido tenlo por ladrón». Refrán muy bien traído para ilustrar la aventura de la noche anterior con nuestro caco particular. Pero ahora, gracias a Tatara, el adagio podría enunciarse de otro modo: «Al hombre desconocido tenlo por zampagatos». Cuanto más tiempo vive uno en este extraño mundo, más aprende. Siempre es bueno aprender, pero cuanto más conocimiento se acumula sobre lo raro que es el mundo, más cauto se vuelve uno y más preparado se está para lo peor. Astuto, sin conmiseración, y siempre alerta y a la defensiva. Así es como se vuelve uno en cuanto se le ocurre atisbar al mundo exterior. Llegar a esa horrible constatación es el precio a pagar por la edad. Lo cual explica lo difícil que es encontrar a alguien decente entre las personas de cierta edad. Los viejos saben demasiado como para ver las cosas de frente, como para sentir de manera limpia, como para actuar sin que les anime una intención oculta.

Estaba pensando que quizás sería mejor dejar este mundo mientras aún fuera joven, y me acurruqué en un rincón de la habitación para intentar hacerme invisible y no convertirme en el ingrediente principal del siguiente guiso de Tatara. Atraído por la voz de su antiguo pupilo, el maestro irrumpió en la habitación.

—Me han dicho, señor, que les han robado —dijo Tatara iniciando la conversación—. Qué cosa más horrible.

—Ese ladrón de ñames era realmente un estúpido —dijo el maestro sin dudar ni un instante de su propia inteligencia.

—En efecto el ladrón era un estúpido, pero el que se deja robar tampoco parece muy inteligente —replicó Tatara.

—Quizás los que no tienen nada que merezca la pena ser robado, como es el caso del señor Tatara, sean los más inteligentes. —La señora Kushami se puso por sorpresa del lado de su marido.

—Bueno, en cualquier caso una cosa está clara. Ese gato es un inútil. ¿Para qué lo tenéis aquí? No caza ratas ni ratones. Un ladrón entra en la casa y él, mientras, se queda ahí, tranquilamente sentado. ¿Por qué no dejáis que me lo lleve?

—Bueno, quizás te deje. ¿Qué harías con él? —respondió el maestro.

—Un rico estofado.

Al escuchar la feroz proposición, el maestro soltó una dispéptica carcajada pero no dijo ni sí ni no. Para mi sorpresa y alivio, eso aplacó a Tatara, que no volvió a

insistir en su repugnante proposición.

—El gato me da igual, pero lo peor es que se han llevado nuestra ropa, y llevo todo el día con un frío horrible.

Es cierto, el maestro estaba tiritando. Hasta el día anterior al robo llevaba siempre encima dos *kimonos* acolchados, pero tras lo ocurrido la noche anterior, sólo le quedó uno bastante fino y una camisa de manga corta. Además, se había pasado el día sentado sin hacer ningún ejercicio. Y como su sangre parecía haberse concentrado en mantener en funcionamiento su debilitado estómago, era normal que tuviese helados los brazos y las piernas.

—Ser maestro es una birria —apuntó Tatara—. Entran a robarte en casa y tu mundo entero se te derrumba ante los ojos. Pero todavía no es tarde para un cambio. ¿Por qué no se mete usted en el mundo de los negocios?

—Mi letrado esposo no tiene el más mínimo interés por el mundo de los negocios. Así que, incluso sugerírselo, constituye una pérdida de tiempo —dijo la señora Kushami. Estoy convencido de que ella misma estaría encantada de ver prosperar a su marido.

—¿Cuántos años han pasado desde que se graduó? —preguntó Tatara.

—Nueve —respondió la señora mirando fijamente a su marido. Éste ni confirmó ni desmintió el dato.

—Nueve años y sigue teniendo el mismo sueldo que cuando comenzó. Por mucho que estudie, nadie apreciará sus esfuerzos. «Lo mismo que un joven solitario» —dijo Tatara recordando el verso de un poema chino que había aprendido en la escuela. La señora no entendió la cita y no supo qué contestar.

—Por supuesto que enseñar no es el trabajo de mi vida, pero menos aún me gustan los negocios —dijo el maestro como si realmente no tuviera muy claro qué es lo que realmente le gustaba.

—No le hagas caso, no le gusta nada —dijo la señora.

—Bueno, pero estoy seguro de que su mujer sí le gusta —bromeó Tatara.

—Ella es lo que menos me gusta de todo —soltó el maestro en un tono increíblemente seco.

La señora giró la cara con evidente disgusto, pero al instante se encaró con su marido y le dijo:

—Supongo que lo próximo que dirás es que estás cansado de vivir.

—Cierto. Estoy muy cansado —dijo el maestro como sin darle mucha importancia.

—Tendría que salir a dar un paseo todas las mañanas —intervino Tatara—. Estar todo el día encerrado no puede ser bueno para su salud mental, ni para su cuerpo. Es más, debería pasarse a los negocios. Hacer dinero es tan simple como comer tarta.

—¡Mira quién habla! Porque no parece que tú te estés forrando precisamente.

—Bueno, sólo llevo en la empresa un año. Pero en este tiempo ya he ahorrado más que usted en todos sus años de maestro.

—¿De cuánto hablamos? —preguntó la señora Kushami con verdadero interés.

—Cincuenta yenes.

—¿Y cuál es tu sueldo?

—Treinta yenes al mes. La empresa me retiene cinco y los ahorra por mí. En caso de necesidad, uno siempre puede acudir al capital acumulado. En serio, ¿por qué no compran acciones del tranvía con lo que tienen ahorrado? Su valor se duplicará en tres o cuatro meses. De hecho, cualquiera con un pequeño capital puede doblarlo o incluso triplicarlo en ese período fácilmente.

—Si tuviéramos ahorros —contestó amargamente la señora Kushami— no estaríamos ahora en tantos apuros por culpa de un vulgar ladronzuelo.

—Precisamente por eso es por lo que le insisto a su marido para que se meta en el mundo de los negocios. Por ejemplo, si hubiera estudiado leyes y hubiera entrado en una empresa o en un banco, ahora estaría ganando trescientos o cuatrocientos yenes al mes. Es una lástima que no lo hiciera. Por cierto, señor. ¿Conoce usted a un tal Suzuki Tojuro, que se licenció hace unos años en Ingeniería?

—Sí. Ayer estuvo aquí, precisamente.

—Entonces le ha visto... Coincidimos hace unos días en una fiesta y su nombre salió a relucir. Le conté que yo fui pupilo en su casa durante un tiempo, y él me dijo que habían compartido habitación en su época de estudiantes en una residencia de Koishikawa. Me dijo: «La próxima vez que le vea déle recuerdos de mi parte y dígale que pronto pasaré a visitarle».

—Por lo visto le han trasladado a Tokio.

—Sí. Hasta hace poco estaba destinado en unas minas en Kyushu, pero le han trasladado a la oficina central aquí. Es un tipo listo. Pues bien, ¿cuánto cree que gana?

—Ni idea.

—Su paga mensual es de doscientos cincuenta yenes, pero le dan primas dos veces al año, con lo que el salario medio se le pone en cuatrocientos o quinientos yenes. Un tipo como ése ganando esa cantidad de dinero mientras que usted, todo un profesor de inglés, apenas llega a final de mes. ¿No cree que es un disparate?

—Disparate es la palabra, sí. —Incluso un hombre altivo con tantos aires de superioridad como el maestro se convertía en una criatura de lo más terrenal cuando se trataba de dinero. El hecho de estar pelado todo el año le predisponía sin duda ante la posibilidad de pillar un buen pellizco. Pero Tatara estaba cansado de repetir eslóganes sobre las bondades de la vida dedicada a los negocios. Cambió súbitamente de tema:

—Y dígame, ¿viene alguna vez a verle un tipo llamado Kangetsu?

—Sí, a menudo.
—¿Qué clase de persona es?
—Me han dicho que es un estudiante brillante.
—¿Diría usted que es guapo?
La señora Kushami se permitió un inesperado piropo:
—Yo diría que como poco es tan guapo como usted.
—¿Ah, sí? Pues si es tan guapo como yo...
—¿Por qué me ha preguntado usted por Kangetsu? —preguntó el maestro.
—El otro día alguien me pidió información sobre él. ¿Realmente es alguien por quien merezca la pena andar preguntando? —Tatara mostraba con su tono condescendiente que no valoraba mucho a Kangetsu.
—Diría que, como persona, es bastante más relevante que tú —contraatacó el maestro.
—¿Más relevante que yo?
Con su estilo característico, Tatara ni sonrió ni se sintió ofendido. ¿Era un hombre astuto, con un control total sobre sí mismo? ¿O más bien un tontaina insensible? ¿Merecía la pena siquiera hacerse la pregunta? Era un hombre que comía gatos, ¿no lo dice eso todo?
—Pero dígame. Ese Kangetsu va a doctorarse uno de estos días, ¿no es así?
—Por lo que sé, ha emprendido la redacción de su tesis.
—O sea que es un idiota después de todo. ¡Obtener un doctorado! Esperaba que fuera más brillante que eso.
—No te des tanta importancia —dijo la señora con una sonrisa—. Siempre te lo has tenido muy creído. Te consideras el centro del mundo. ¿Qué hay de malo en tener educación?
—Alguien me dijo que una vez obtenga el doctorado se casará con la hija de no sé quién. Por supuesto, yo le dije que un hombre que trabaja tanto para obtener un doctorado debe de estar loco, y no merece casarse con la hija de nadie. Y que mejor haría esa chica en casarse conmigo, en lugar de con alguien como Kangetsu.
—¿A quién le dijiste todas esas cosas? —preguntó el maestro con interés.
—Al hombre que me pidió que preguntara por ahí sobre Kangetsu.
—¿A Suzuki?
—¡No, por Dios! Nunca hablaría de cosas así con alguien como él. Al menos de momento... No me atrevo...
—O sea, que eres un gallito en casa, pero fuera no eres más que un cobarde —dijo la señora—. Te das muchos aires cuando estás con nosotros, pero si se trata de Suzuki te quedas calladito.
—Por supuesto que sí. Estaría loco si no lo hiciera. Una palabra en falso y me buscaría un problema.

El maestro irrumpió de golpe en la conversación:

—Tatara, vamos fuera a dar un paseo.

Ahí sentado, con su escasa ropa, debía de estar congelándose, y la idea de que un paseo le calentaría un poco los huesos pareció seducirle. No podía haber otra explicación para tan extraña proposición. Tatara, ese impertinente, esa especie de alga marina que baila al son de las mareas, ese veleta cuya opinión cambia con la dirección del viento, no rechazó la propuesta.

—Sí, vamos. ¿Qué le parece si nos acercamos al parque Ueno? Vayamos a probar esos famosos pasteles de Imozaka. ¿Los ha probado? Usted también debería probarlos señora Kushami, aunque sólo fuera por una vez. Son deliciosos y además muy baratos. Y también sirven sake. —Mientras Tatara se explayaba con su habitual verborrea, el maestro estaba ya en la puerta esperándolo con el sombrero calado hasta las cejas.

La verdad es que yo también necesitaba un descanso. ¿Qué necesidad tenía yo de enterarme de lo que el maestro y Tatara hacían o dejaban de hacer en el parque de Ueno, de cuántos pasteles se comían o de cualquier cosa sin sentido que se les pasara por la cabeza? En cualquier caso, carecía de la energía necesaria para ir tras ellos. Lo único que quería hacer era relajarme y no seguir dando cuenta de más acontecimientos. Todas las criaturas tienen el derecho casi divino a tomarse algo de tiempo para sí mismos. Todos hemos nacido con la obligación de avanzar mientras podamos, pero para poder hacerlo necesitamos parar de vez en cuando. Si Dios me dijera que he nacido para trabajar, no para descansar y vaguear, le diría que tiene razón, pero que es imposible trabajar si no se descansa a veces. A mí este argumento me parece incontestable. Incluso el maestro, ese pequeño pero quejumbroso eslabón de la gran cadena del sistema educativo nacional, suele cogerse en ocasiones, aunque ello le cueste dinero, un día libre. Yo no soy como ellos, un mero engranaje humano. Soy un gato, un ser extremadamente sensible a los más sutiles cambios en la mente o el alma del mundo. Y, naturalmente, necesito dormir más que el resto. Pero reconozco que esa visión que dio Tatara de mí como un animal prácticamente inútil, así como su errónea interpretación de mi necesidad de dormir, me preocuparon terriblemente. Los filisteos como él, criaturas pendientes exclusivamente de los fenómenos materiales, suelen ser incapaces de apreciar nada que esté más allá de las apariencias superficiales ofrecidas por sus cinco sentidos. A no ser que estuvieras con los pantalones arremangados por las rodillas y sudando del esfuerzo, consideran que uno no estaba trabajando. Se cuenta que un monje Zen llamado Bodhidharma [50] estuvo sentado en actitud contemplativa tanto tiempo, que al final se le pudrieron las piernas. La hiedra que trepaba por la pared que tenía detrás le cubrió el cuerpo, los ojos y la boca hasta dejarle inmóvil. Eso no quiere decir que estuviera durmiendo o muerto. Al contrario, su mente estaba muy viva. Sin piernas y perdido en la espesura de la

vegetación, llegó a la iluminación y a verdades tales como la de la identificación de lo santo y lo vulgar. Es más, según he oído, los seguidores de Confucio tienen por costumbre practicar la meditación y suelen recluirse en una celda en total soledad, y no precisamente para flagelarse o dedicarse a vaguear. Todas estas personas concentran tales poderes en su mente, que quienes no practican la meditación difícilmente pueden llegar a imaginárselos. Como la apariencia exterior de estos gigantes espirituales es tan solemne, plácida e inalterablemente serena, esos miopes incapaces de ver más allá de sus narices les miran y no aprecian sino su físico yacente, como si estuvieran en estado de coma o catatónicos. Estos mediocres les tachan de zánganos y gandules. Pero el error está, precisamente, en la mediocridad de sus miradas, en su incapacidad para ver más allá de las apariencias y no penetrar en las profundidades de su espíritu.

Sampei Tatara era el paradigma de este tipo de personas, la consagración de todo lo superficial. No me extraña que al verme me despreciase, pero lo que me llegó al corazón fue que el maestro guardara silencio sobre el asunto. Al fin y al cabo, era una persona versada en la materia, y era perfectamente capaz de ver más allá de la superficie de las cosas. Por eso me dolió que se rindiera tan fácilmente a las bobadas de Tatara y no pusiera objeciones a su propuesta de preparar conmigo estofado de gato. Sin embargo, cuando lo miro con perspectiva puedo entender que no es tan irracional como parece que el maestro y Tatara me despreciaran de esa manera. A modo de explicación, se me ocurren dos antiguos refranes chinos. Uno es el que dice: «La música angelical no penetra los oídos vulgares», y el otro reza: «Muchos cantan canciones populares, pero pocos alcanzan lo sublime al interpretar piezas como Primavera Radiante o Nieve Blanca». O dicho de manera más vulgar, que no está hecha la miel para la boca del asno. Es una pérdida de tiempo pedirle a un hombre tan corto de miras como Tatara que comprenda la vastedad de su propio espíritu. Es como pedirle a un monje Zen que se haga trenzas, como pedirle a un atún que imparta una conferencia, o como exigir a un tranvía que abandone los raíles. Como aconsejar al maestro que deje su trabajo, o como pedirle a Tatara que se olvide del dinero. En resumen, es absurdo pedirle a los hombres que no sean como son. Ahora el gato es un animal social, y, por muy sabias y superiores que sean sus palabras, como tal animal social tiene que intentar al menos estar en armonía con el resto de la sociedad. Es realmente lamentable que personas de la ralea de Osan o Tatara, e incluso del maestro y su mujer, no me traten con el debido respeto, pero no se puede hacer nada al respecto. Así son las cosas y sería mucho peor, de hecho fatal, que llegaran tan lejos en su ignorancia como para liquidarme y servirme estofado en la mesa de Tatara, y vender después mi piel vacía a un guarnicionero cualquiera. Como soy un gato poco común nacido con una misión puramente mental, soy responsable de salvaguardar el inestimable valor de mi propia peculiaridad. Como dice el refrán: «El hijo del rico

nunca está sentado al borde del precipicio». Yo soy demasiado especial como para que se me exponga al peligro del modo en que se está haciendo. No es, por tanto, lo que se dice prudente andar alardeando antes los demás del poder de uno. Sin embargo, hasta el más fiero de los tigres encerrado en un zoológico se sienta con resignación junto a un cerdo bien cebado, y un gran pavo real metido en un gallinero bien puede acabar, el día menos pensado, bajo el cuchillo de algún carnicero. Por lo tanto, como me muevo entre hombres bastante corrientes, debo comportarme yo también como un gato corriente. Los gatos corrientes cazan ratones. Y fue así cómo, tras esta larga deducción lógica, descubrí lo que tenía que hacer si quería salvarme: debía cazar un ratón.

Desde hacía algún tiempo Japón estaba en guerra con Rusia. Siendo, como era, un gato japonés, evidentemente mis simpatías estaban del lado nipón. Acaricié la idea de reclutar una brigada de gatos cuya misión consistiría en ir a clavar las uñas allí donde más les dolía a las hordas rusas. Siendo un gato tan militante y patriota, ¿por qué iba yo a vacilar ante la visión de uno o dos miserables ratones? El deseo de cazar bullía en mi interior, y habría sido capaz de atrapar a cualquier roedor sin pensármelo dos veces. En la Antigüedad, alguien le preguntó a un monje cómo debía esperar la iluminación. Éste le respondió: «Debes proceder como un gato que acecha a los ratones». En efecto, concentrarse en un objetivo suele ser garantía de éxito. Por supuesto, existe otro proverbio, negativo del primero, que alerta sobre el exceso de confianza: «Incluso la mujer ladina puede tener problemas para vender su vaca». Pero, la verdad, yo nunca he oído decir que un gato haya fallado al cazar un ratón. Por tanto, un gato con mis cualidades no debería tener el más mínimo problema para cazar cualquier bicho que se le pusiera a tiro. No me imagino cómo podría fallar si de verdad me lo propusiera. El hecho de no haber cazado hasta ahora, simplemente sirve para demostrar mi escaso interés en la materia, y punto.

Al igual que el día anterior, el sol se puso entre nubes multicolores y el viento de la tarde levantó los pétalos de los cerezos en flor y los arrastró hasta una rendija de la puerta de la cocina. Volaron hasta caer flotando sobre el agua de un cubo, y su brillo se despertó bajo la tenue luz de la lámpara del techo. Ahora que había decidido sorprender a todos con mis capacidades cinegéticas, me di cuenta de que antes que nada sería imprescindible reconocer el campo de batalla a fin de estar completamente seguro de la topografía de mi terreno de persecución.

El campo de maniobras no era especialmente grande. Quizás de unos seis metros cuadrados en total. De toda el área, una octava parte estaba ocupada por el fregadero y luego estaba la zona en la que los mozos depositaban los encargos del día. Desde la estufa, ideal para la cocina de un hombre pobre, me llegaban los reflejos irisados de una resplandeciente tetera de cobre. Tras la estufa, en una franja de madera de unos veinte centímetros cuadrados, estaba la escudilla en forma de concha donde me

servían la comida. Cerca del cuarto de estar estaba la alacena de unos dos metros de largo donde se guardaban platos y cuencos. El mueble reducía notablemente mi capacidad de movimiento. También se veía un barreño de madera inclinado hacia fuera y dentro de él un jarro boca abajo. Junto al rallador de nabos estaba el pequeño mazo del almirez, y a su lado pendía la badila de la estufa que se utilizaba para apagar el fuego. De una cornisa ennegrecida por el humo surgía un gancho del que colgaba una gran cesta. El movimiento del aire en la cocina hacía que la cesta se balancease con cierta solemnidad. Cuando llegué a la casa recuerdo que me pregunté para qué tenían esa cesta allí colgada, pero después comprendí que la habían puesto precisamente en ese lugar para evitar que los gatos pudiéramos alcanzar la comida que los humanos guardaban en su interior, una prueba más de la mala sangre de esa especie. Una vez finalizado el reconocimiento, lo siguiente era planear una campaña adecuada. Pero una batalla con ratones sólo puede tener lugar cuando previamente hay ratones que cazar. Por muy brillantemente que uno posicione sus fuerzas sobre el terreno, de nada sirve si no tiene contendiente. Debía, por tanto, realizar una inspección detallada de los lugares donde más probablemente vivirían los roedores. Plantado en el medio de la cocina, me tiré un buen rato mirando a mi alrededor y preguntándome cuál sería su ubicación más probable. Me sentía como el almirante Togo [51] cuando derrotó a la flota rusa.

La horrible señora Osan se había marchado hacía ya un buen rato a los baños públicos y no había vuelto todavía. Ya hacía mucho tiempo que las niñas se habían ido a dormir. El maestro se había pasado la tarde comiendo pasteles en Imozaka, había vuelto a casa y había desaparecido en su estudio. Ni idea de lo que estaba haciendo su mujer, pero a buen seguro andaba por ahí dando cabezadas y soñando con su cesta de ñames. Se escuchó el sonido de una calesa pasando por delante de la casa. A cada movimiento le seguía un silencio, y eso provocaba que la noche pareciese más profunda, más solitaria. Mi decisión de entrar en acción, mi enorme resolución, el campo de batalla de la cocina, la espera, el sentimiento general de soledad: todo se conjuraba para crear la atmósfera perfecta en la que tienen lugar los acontecimientos inmortales. De eso no había ninguna duda. Yo era el almirante Togo de los gatos. Cualquiera que se haya encontrado alguna en una situación parecida a la mía, sin duda habrá experimentado el mismo sentimiento de euforia, pero confieso que bajo ese placentero sentimiento había un poso de intranquilidad bastante desasosegante. Había decidido plantar batalla a los ratones, así que no me preocupaba por el número de sus efectivos. Pero lo que sí me parecía preocupante era no saber en qué dirección exacta aparecerían en desbandada. Tras recoger y analizar los resultados de mi reciente reconocimiento, había llegado a la conclusión de que había tres lugares por los que esa chusma podría avanzar hacia el campo de batalla. Si eran ratones de arroyo seguramente saldrían del desagüe de la tubería, y desde allí

avanzarían hasta las proximidades de la estufa. En ese caso, la táctica más correcta sería la de esconderme tras la badila y desde esa posición cortarles la retirada. Otra alternativa era que esos villanos salieran por el sumidero del baño: si elegían esa ruta de entrada podían deslizarse hacia el interior y desde allí saltar a la cocina, en cuyo caso mi mejor posición sería sobre la tapa de la olla arrocera desde cuya atalaya podría vigilar su entrada y caer sobre las hordas ratoniles como rayo desde el cielo. En último lugar, mi reconocimiento del terreno me llevó a la esquina derecha de la alacena, bajo la cual había una abertura en forma de media luna que parecía muy conveniente para los roedores. Planté la nariz y olfateé el terreno. Olía a ratón. Si los roedores escogían salir por allí para presentar batalla, utilizaría la columna como escudo y me abalanzaría sobre ellos al pasar.

Me asaltó otro pensamiento. Supuse que también podrían abalanzarse sobre mí desde las alturas. Miré hacia el techo y vi el hollín brillando a la luz de la lámpara, como si el infierno colgase sobre mi cabeza. Dadas mis limitadas fuerzas y capacidades, era perfectamente consciente de mi incapacidad para trepar a las alturas. Entonces caí en la cuenta de que si yo no podía hacerlo, difícilmente los ratones podrían, así que abandoné la idea de cubrir en mi escrutinio semejantes alturas infernales. En cualquier caso, seguía existiendo un peligro real de ser atacado desde tres direcciones diferentes. Si sólo atacaran por un flanco, podría zamparme todo el lote con un ojo tapado. Si atacaran por dos, aun así arrasaría. Pero si venían por tres sitios a la vez, por mucha confianza que tuviera en mi capacidad cazadora innata, la situación se presentaría arriesgada. Sería una afrenta a mi dignidad tener que pedir la ayuda de alguien como Kuro, el gato del carretero. ¿Qué debía hacer entonces? Ante este tipo de preguntas resulta difícil encontrar una respuesta satisfactoria, y lo más fácil es pensar que lo que más tememos no sucederá. De hecho, todos asumimos que alguna vez ocurrirá algo que no soportaremos. No hay más que echar un vistazo a lo que acontece en el mundo. La que hoy es una encantadora prometida, mañana perfectamente puede morir entre estertores, pero ahí vemos a su prometido recitando alegres textos de buenos auspicios, sin que la preocupación nuble su mirada. Y no porque no existan motivos para preocuparse, sino porque de todos modos preocuparse no serviría de nada. De la misma manera, en mi caso no había ninguna razón para pensar que el ataque se lanzaría simultáneamente por tres flancos diferentes, pero al menos debería asegurarme. Todos necesitamos tener certezas. Incluso yo. Consecuentemente, llegué a la firme conclusión de que ese ataque no tendría lugar.

Aun con eso, sentía todavía cierta inquietud. Ponderé la causa de esta preocupación que me embargaba, hasta que, finalmente, pude comprender su origen. Se trataba de la angustia que me provocaba el hecho de no poder encontrar una respuesta simple a un problema simple. En mi caso, decidir cuál de las tres estrategias

sería la más ventajosa. Si las ratas salían de la alacena, tenía un plan para afrontar la situación. Si lo hacían por el sumidero del baño, tenía otro perfectamente adaptado, y lo mismo ocurría en caso de que se asomaran por el fregadero. Pero elegir una de las tres opciones y permanecer firme era lo que me parecía extraordinariamente difícil. Según parece, el almirante Togo se había encontrado en una situación parecida cuando tuvo que valorar si la flota rusa del Báltico cruzaría el estrecho de Tsushima, el más accesible de Tsugaru o si, por el contrario, tomaría el camino más largo por el Pacífico para cruzar el estrecho de Souya entre la isla de Hokkaido y Sakhalin. La propia situación por la que yo atravesaba me hizo albergar una gran empatía por lo que el noble almirante debió de sentir en esos momentos cruciales. No sólo me encontraba en las mismas, sino que compartía con él la agonía de la decisión.

Mientras estaba abstraído en hallar una solución a mi problema estratégico, la puerta anteriormente forzada por el ladrón se abrió y ante mi vista apareció la horrible cara de Osan. Cuando digo que apareció su cara no quiero decir con ello que no viniera acompañada de piernas y brazos, sino que en la oscuridad de la estancia lo único que se le veía iluminado era su rostro brillante y sonrojado. Volvía de los baños públicos y sus mejillas, que por lo habitual eran rojas, presentaban en ese momento un color escarlata. Aunque aún era pronto, comenzó a cerrar todo cuidadosamente, quizás como castigo por su negligencia a la hora de impedir el asalto de la noche anterior. El maestro le gritó desde el estudio que pusiera el bastón junto a su almohada. ¿Para qué quería ese bastón? ¿Acaso pretendía convertirse en aquel valiente que tomó la espada y asesinó al primero de los Emperadores Chinos? ¿Era posible pensar que su bastón de paseo fuera como aquella mítica espada enterrada y que, en caso de volver el ladrón, rugiría como un tigre, gruñiría como un dragón y volaría hacia el cielo? Seguro que el maestro era incapaz de albergar tan absurdas ilusiones. La noche anterior habían sido los ñames junto a la cama, luego el bastón. ¿Qué vendría después?

No era muy tarde y las ratas tardarían todavía un buen rato en aparecer. Me merecía el reposo del guerrero antes de entrar en batalla. En la cocina del maestro no había ventanas. En su lugar, sobre el techo había un pequeño dintel que, tanto en verano como en invierno, servía para iluminar y ventilar la habitación. El viento soplaba con fuerza y me despertó una ráfaga de repentino olor a flor de cerezo. La luna iluminaba la escena y proyectaba la sombra de la estufa en el suelo de madera. Me preguntaba si había dormido demasiado y sacudí las orejas dos o tres veces. Reinaba un silencio sepulcral sólo interrumpido por el tic-tac del reloj de pared. Era el momento justo para que apareciesen mis enemigos. Volví a preguntarme por dónde saldrían. En ese preciso momento se escuchó un rumor en la alacena; sonaba como si los ratones estuvieran intentando coger algo de un plato y mordisqueándolo con sus repugnantes dientes. Ante la expectativa de que hubieran salido por el agujero en

forma de media luna que había al fondo de la alacena, me deslicé hasta allí para acechar justo al lado de la abertura. No parecían tener demasiada prisa. De pronto el ruido se detuvo, pero al momento se escucharon pisadas sobre una especie de cuenco. Mi nariz expectante atisbaba la escena tras la delgada puerta, separada del alboroto por apenas unos milímetros. Por momentos el rumor de pequeños pasos se aproximaba a donde yo estaba, pero inmediatamente volvía a alejarse sin que un solo ratón hubiera asomado el hocico. Comprendí que justo detrás de la puerta estaba el enemigo arramplando con toda la alacena, pero todo lo que podía hacer era esperar pacientemente junto al agujero. Me armé de paciencia. Las ratas, como los rusos en la bahía de Lushun, parecían estar montando un enorme jaleo. Ojalá esa estúpida de Osan hubiera dejado la puerta de la alacena entreabierta para permitirme entrar, pero qué se podía esperar de esa imbécil.

Tras la estufa escuché el sonido de mi escudilla. ¡Vaya! El enemigo también se acercaba por esa dirección. Me acerqué flotando sobre las silenciosas almohadillas de mis patas, pero todo lo que alcancé a ver fue un trozo de cola que desapareció rápidamente por el fregadero. Poco después escuche un ruido que venía desde el baño. ¡Estaban detrás de mí, venían por la retaguardia! Giré la cabeza y pude ver a un enorme ratón corriendo a toda velocidad con una bolsita de polvos dentífricos entre las fauces para ir a esconderse bajo la tarima del suelo. Decidido a no dejarle escapar, salté tras él pero justo antes de aterrizar, aquel repugnante bicho había conseguido escabullirse. Cazar ratones era más difícil de lo que había previsto. O quizás es que yo era congénitamente incapaz de llevar a cabo esta actividad.

Cuando me dirigía al baño para tomar posiciones, los ratones salían por la alacena. Cuando vigilaba la alacena, lo hacían por el fregadero, y cuando me plantaba en medio de la cocina se dispersaban a un tiempo por los tres frentes. Jamás había visto tanta desvergüenza y bravuconería combinada con tanta cobardía. Sus continuas huidas para evitar un enfrentamiento justo los hacía indignos adversarios de un caballero como yo. Di por lo menos quince o dieciséis vueltas tratando de entablar un combate justo pero nada. Lo único que conseguí fue extenuarme física y mentalmente. Estaba avergonzado de mi fracaso, pero ante semejante tropa ni el almirante Togo con todos sus recursos hubiera sido capaz de llevar a buen puerto su ataque. Me había lanzado a esta aventura con espíritu marcial y un gran coraje, con la firme intención de aplastar al enemigo, pero ahora todo me parecía necio e irritante. Dejé de acechar y me planté en medio de la cocina. A pesar de estar allí completamente inmóvil, si mantenía la mirada atenta alrededor de mí, estaba seguro de que esa miserable y malvada tropa ratonil no intentaría nada serio contra mí. Cuando el enemigo adopta tácticas mezquinas y rastreras, como era el caso, la guerra deja de ser una actividad honorable, y al guerrero le embarga un sentimiento de odio sordo. Cuando esa animosidad se mitiga finalmente, uno se desanima e incluso se

hunde en la indiferencia y, una vez el alboroto general se aplaca, aparecen el cansancio y el sueño. Hasta tal punto es así, que dan ganas de echarse a dormir y dejar hacer a la horda lo que le dé la real gana. ¿Qué cosa realmente importante serían capaces de hacer esos hijos de la degradación más absoluta? Tras atravesar por todos y cada uno de los estadios psicológicos de que he hablado, caí en un profundo sueño. Todo bicho viviente tiene derecho a descansar, incluso estando cercado por sus propios enemigos.

Me desperté asustado por una súbita ráfaga de viento. De nuevo pude oler el aroma de los pétalos de los cerezos en flor, e incluso vi alguno caer lentamente frente a mis narices. Justo en ese momento algo salió disparado de la alacena como un misil, saltó por el aire y, raudo como un rayo, me clavó un diente en la oreja izquierda. Apenas tuve tiempo de reaccionar ante lo que estaba pasando, cuando noté, tras de mí que algo se movía, y luego sentí cómo unas garras se clavaban en mi cola. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Sin pensarlo dos veces pegué un brinco por puro instinto. Me sacudí con todas mis fuerzas para tratar de quitarme de encima a esas criaturas que me acosaban. El diablo que colgaba de mi oreja perdió el equilibrio y cayó a plomo junto a mi cara. Su cola, tierna y resbaladiza como un tubo de goma, se introdujo inesperadamente en mi boca. Entonces vi que era la mía. Cerré con todas mis fuerzas la mandíbula y comencé a agitar la cabeza con rabia de un lado a otro. Pero el apéndice se rompió y la infame criatura fue a estamparse contra una pared empapelada con periódicos viejos, y a continuación se desplomó sobre el suelo. Cuando la miserable rata estaba tratando de recuperar el equilibrio, salté sobre ella para que no se me escapara, pero, como si fuera una pelota de goma, rebotó delante de mis fauces y aterrizó en una balda situada más arriba. El roedor me miraba desde arriba, yo le observaba desde abajo. La distancia entre nosotros era como de medio metro. En ese espacio la luna proyectaba su halo como si fuera un velo blanco flotando en el aire.

Concentré todas mis fuerzas en mis patas y brinqué hasta la balda. Mis patas delanteras se hincaron en el borde de la balda, pero lastrado como estaba por otro ratón enganchado a mi cola, no logré que las patas traseras alcanzaran su objetivo y se quedaron suspendidas en el aire. Estaba en peligro. Intentaba mover las manos para lograr una posición más estable, pero cada movimiento, por culpa del peso de mi cola, sólo tenía como resultado debilitar aún más mi frágil equilibrio. Si me resbalaba sólo medio centímetro estaba perdido. Realmente estaba en peligro. Mis uñas arañaban ruidosamente la tabla de madera. En un último intento, traté de avanzar con mi pata izquierda un poco más, pero fallé al clavar las uñas en la superficie lisa de la madera y acabé suspendido de una única uña de la pata derecha. Mi cuerpo, arrastrado por su propio peso y por el del demonio que tenía agarrado a mi cola, empezó a moverse y a rotar como una peonza. El monstruo, mientras, refugiado e

inmóvil como estaba en la balda de la estantería, fijó su mirada en mí, y se lanzó sobre mi frente. La uña, mi último punto de agarre, falló.

Mezclados en una informe masa negra, los tres cuerpos nos desplomamos horadando la claridad de la luna. Todos los objetos de la balda inferior, el mortero, un jarro, los botes vacíos, cayeron al suelo estrepitosamente y chocaron con la badila de la estufa. Algunos se hundieron en la tinaja de agua, y los demás se desintegraron al chocar contra el suelo de la cocina. En la profunda calma de la noche el ruido sonó como un estallido. Un terror escalofriante se apoderó incluso de mi espíritu, por lo general calmado.

—¡Ladrones! —vociferaba el maestro mientras salía despavorido por la puerta del dormitorio. Llevaba una lámpara en una mano y en la otra blandía su bastón. De sus ojos adormecidos salían rayos de furia. Me acurruqué en silencio junto a mi escudilla y los dos innombrables que me habían atacado se esfumaron por el agujero de la alacena.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién diablos hace ese ruido?

El maestro lanzó estas preguntas al aire con su tono más amenazador, pero no había nadie allí para responderlas.

La luna había caído hacia el oeste y el velo blanco de su luz se hacía cada vez más estrecho sobre la pared de la cocina, hasta que, finalmente, desapareció.

Capítulo 6

El calor era insoportable, especialmente para un gato. Un clérigo inglés, un cierto Sydney Smith [52] dijo en una ocasión que el único método efectivo para combatir el calor es arrancarse la piel y la carne y quedarse únicamente con los huesos. A mí su sistema me parecía algo exagerado, pero de buena gana me habría quitado por las noches este manto de pelo gris pálido que me cubre y lo habría mandado a lavar o a la casa de empeños durante una temporada. Desde el punto de vista de los humanos, la vida de los gatos puede parecer extremadamente simple y económica: siempre tenemos la misma cara y vestimos todas las estaciones del año el mismo traje, viejo y usado. Pero los gatos, eso os lo puedo asegurar, también sentimos el calor y el frío. Había veces en las que incluso consideraba seriamente la posibilidad de darme un buen baño, pero secarme me habría llevado horas, así que decidí que no pasaba nada si andaba por ahí oliendo a sudor. También pensé en utilizar un abanico o un ventilador, pero al no poder sujetarlo con las patas, rechacé pronto la idea.

Comparado con nuestro sencillo estilo de vida, el de los humanos es, cuando menos, extravagante. Hay cosas que pueden comerse crudas o vivas, pero a los humanos les gusta complicarse en exceso y pierden gran cantidad de tiempo y energía en cocerlas, asarlas, sumergirlas en vinagre para encurtirlas, o bien en untarlas en soja. Enloquecen de placer ante los productos resultantes de todos estos procesos. Una cosa igual de absurda les sucede con la vestimenta. Han nacido cargados de imperfecciones, así que sería demasiado pedirles que vistieran todo el año con la misma ropa, como hacemos los gatos. En cualquier caso, seguro que no les pasaría nada por renunciar a adornarse con tal cantidad de ropajes diferentes. Les trae sin cuidado su brutal dependencia de las ovejas, de los pobres gusanos de seda, e incluso de la caridad de los campos de algodón. Hay que admitir que su extravagancia deriva directamente de su incompetencia.

Si uno observa sus rarezas e incluso transige en aceptar esas perversas peculiaridades en materia de atuendo y alimentación, no puede hacer lo mismo cuando de lo que se trata es de analizar aspectos que no afectan lo más mínimo a su naturaleza. Tomemos como ejemplo su pelo. Puesto que éste crece a la fuerza y de modo natural, lo más lógico sería dejarlo tal como viene, esto es, libre y a sus anchas. Pero no. Los humanos actúan de un modo de lo más extravagante respecto a su pelo. De una manera totalmente caprichosa e innecesaria, tienden a complicarse la vida con peinados de todo tipo, y cuanto más estúpida es su arquitectura, más orgullosos se sienten. Los llamados sacerdotes, o monjes, tienen la costumbre de afeitarse la cabeza y lucir siempre un cráneo de invariable color azulado: azulado en verano, azulado en invierno. Cuando hace mucho calor se encasquetan un sombrero y si hace mucho frío se cubren el cráneo con mantas. Y, puesto que necesitan cubrirse por una razón o por

otra, haga frío o haga calor, ¿por qué razón entonces se afeitan la cabeza? No tiene ningún sentido. Hay otros que usan un instrumento parecido a una sierra y dividen su cabello en dos mitades exactamente iguales. Parecen encantados con el resultado. Otros se atusan el pelo que sobrepasa con creces el límite natural de los huesos del cráneo, y lo dejan caer hacia los lados como si fueran las falsas hojas de una platanera. Y unos cuantos acostumbran a raparse el centro de la cabeza, pero dejan que su pelo crezca a izquierda y derecha. En tales casos, su peinado tiene apariencia de un seto de cedro podado por un jardinero enloquecido. Además de todos estos, también existen los maníacos empeñados en cortar todos y cada uno de los pelos de modo que tengan la misma longitud. Están los que se lo cortan al cinco, al tres e incluso al uno. ¿Quién sabe? Si se aplicaran podrían llegar incluso a cortarse por debajo del cuero cabelludo. Bien pensado, podría ser la última moda: un corte al menos uno o al menos tres. En cualquier caso, soy incapaz de comprender cuáles son las razones que llevan a los hombres a esclavizarse con algo tan insignificante.

Y luego está otro asunto que debería llevarnos a todos a reflexión. ¿Por qué usan sólo dos piernas para caminar cuando resulta que tienen cuatro extremidades disponibles? ¡Qué enorme desperdicio de recursos naturales! Si utilizasen las cuatro patas podrían andar mucho más aprisa, sin embargo, insisten en seguir usando sólo dos y llevar las otras dos colgando de los hombros como si fueran un par de bacalaos secos. De todo esto sólo se puede deducir que los seres humanos, con bastante más tiempo para desperdiciar que los gatos, combaten su aburrimiento congénito dedicándose en cuerpo y alma a actividades que les hacen perder el tiempo. Pero lo más curioso del asunto es que cada vez que uno de ellos se encuentra con otro no hacen más que hablar de lo tremendamente ocupados que están, y lo bueno es que sus caras parecen demostrar que no mienten. De hecho, parecen tan extenuados que uno se pregunta cuántos de ellos caerán víctimas de sus propias ocupaciones. En ocasiones, cuando he tenido la fortuna de que se fijen en mí, les he oído hablar de cómo envidian la vida tranquila y relajada de los gatos. ¡Pero si podrían llevar una vida así si quisieran! Nada se lo impide. Nadie les obliga a obcecarse como lo hacen en cosas inútiles. Si están ocupados, es por culpa suya. Ellos son los que se sobrecargan de tareas que no pueden atender. Y luego, claro, se quejan de que están terriblemente ocupados. Si uno prende una hoguera, que luego no se queje del calor que hace. Incluso nosotros los gatos, si tuviéramos que dedicarle el mismo tiempo que ellos a pensar en las diferentes formas de cortarnos el pelo, no podríamos seguir llevando la despreocupada vida que llevamos. Si lo que se quiere es vivir sin estrés, lo mejor es seguir mi ejemplo: estar dispuesto a llevar en pleno verano el mismo traje de todo el año. Sin embargo, hay que reconocer que a veces se pasa demasiado calor... Demasiado calor para un pelo como el mío en verano.

Con ese calor abrasador, era imposible incluso echarme una cabezadita después

de comer, en realidad uno de mis mayores placeres últimamente. ¿En qué podía ocupar mi tiempo entonces? Hacía mucho ya que había abandonado mis análisis sobre la sociedad humana, y pensé que quizás fuera un buen momento para retomar mis investigaciones y escuchar sus dimes y sus diretes, sus galimatías y sus discursos habitualmente incomprensibles. Por desgracia, el carácter del maestro, al menos en lo que concierne al asunto de las siestas, era como el mío: se lo tomaba con la misma seriedad, y desde que empezó el verano se puede decir que no había dado un palo al agua. Aunque podía observarle en detalle, con él no iba a aprender nada nuevo sobre la condición humana. Si al menos hubiera aparecido alguien como Meitei, le habría sacado de su sopor gatuno y habría agitado un poco su deprimente y dispéptico cuerpo.

Y justamente estaba pensando en que ya era hora de que Meitei viniera a visitarnos, cuando escuché a alguien chapoteando en el baño. Quienquiera que fuese, no se conformaba simplemente con refrescarse, sino que además tenía que calificar cada una de sus acuáticas abluciones con expresiones de lo más peculiar: «¡Perfecto! ¡Qué fresca está el agua, sí señor! Traiga un poco más, si no le importa». Su voz retumbaba por toda la casa. Sólo había en el mundo un hombre capaz de vociferar de una manera tan descortés. Gracias a Dios, Meitei había vuelto a hacernos una visita.

Recuerdo que pensé: «Bueno, al menos le daremos esquinazo a este aburrimiento veraniego». Entonces entró Meitei. Iba cubierto con un *kimono* de verano y se limpiaba el sudor de la cara sin ninguna ceremonia, tal como era habitual en él. Se quitó el sombrero, lo arrojó sobre el *tatami* y exclamó:

—Dígame señora Kushami, ¿cómo está hoy su marido?

La señora dormía plácidamente en la habitación de al lado. Tumbada con las rodillas encogidas y con la cara inclinada hacia la caja de costura, se pegó un buen susto al escuchar la voz de Meitei repercutiendo en sus tímpanos. Se levantó trastabillando y se dirigió con los ojos medio cerrados hacia la habitación de al lado. Meitei, vestido con un *kimono* de lino, se abanicaba alegremente.

—Buenas tardes —acertó a decir la señora Kushami aún medio dormida—. No tenía ni idea de que estaba aquí. —Cuando se inclinó para saludarle, una gota de sudor le resbaló por la nariz.

—No hará ni un minuto que he llegado. Su criada me ha ayudado a refrescarme en el baño. Y ahora me siento espléndidamente. ¿No hace mucho calor aquí dentro?

—Mucho. Estos últimos días se suda aun sin hacer nada.

Pero usted tiene buen aspecto, como siempre —dijo la señora con su gota de sudor colgando todavía de la nariz.

—Muchas gracias. Lo cierto es que sí, me encuentro bien. Normalmente el calor no me afecta demasiado, pero este tiempo de los últimos días ha sido algo especial. No ayuda nada sentirse abotargado.

—Tiene razón. Yo no tengo por costumbre dormir la siesta, pero con este tiempo...

—¿Estaba durmiendo la siesta? ¡Pero qué maravilla! Si pudiera dormir durante el día y también durante la noche, sería magnífico.

Como de costumbre, decía lo primero que se le pasaba por la cabeza en cada momento, pero en esta ocasión no parecía demasiado satisfecho con su aportación y se apresuró a añadir:

—Fíjese en mí, por ejemplo. Por mi naturaleza, no soy de dormir mucho. Por eso, cuando veo a un hombre como su marido, que cada vez que llego lo pillo durmiendo, siento una irrefrenable envidia. Bueno, supongo que este calor no es nada bueno para alguien tan dispéptico como él. En días como éste incluso a los que estamos sanos nos cuesta mantener la cabeza en equilibrio sobre los hombros. Menos mal que está firmemente sujeta y es imposible arrancártela para quitarte el peso de encima.

Por una vez Meitei no parecía muy seguro sobre qué hacer con su cabeza.

—Y a usted, señora Kushami —continuó—, ¿no le cuesta un trabajo increíble sostener su cabeza, con todo ese pelo que tiene? Sólo el peso del moño debe de dejarla agotada.

La señora Kushami pensó que Meitei se había dado cuenta de lo revuelto que llevaba el pelo tras levantarse de la siesta, y sonrió un tanto avergonzada. Se atusó los cabellos y dijo:

—¡Oh, qué poco considerado es usted!

Meitei, sin inmutarse lo más mínimo por la reacción de la mujer, se salió por la tangente:

—¿Sabe?, ayer intenté freír un huevo en el tejado.

—¿Y a quién se le ocurre...?

—Las tejas estaban tan calientes que pensé que sería una lástima no darles algún uso. Así que eché un poco mantequilla en una de ellas y rompí un huevo encima.

—¡Vaya ocurrencia!

—Pero el sol no me ayudó. Esperé siglos y lo único que logré es que sólo se hiciera a medias. Me marché abajo a leer el periódico y al cabo de un rato llegó un amigo. Me olvidé completamente del huevo. A la mañana siguiente me acordé y pensé que ya estaría hecho.

—¿Y cómo estaba?

—Pues en lugar de haberse cocinado, se había escurrido por el tejado hasta caer por la fachada de la casa.

—¡No me diga! —dijo la señora tratando de fingir que le interesaba.

—¿No le parece extraño el fresco que ha hecho durante todo el verano, y que de repente haya venido esta ola de calor?

—Sí, en efecto. Hace unos días el *kimono* de verano no parecía suficiente y, de

pronto, empezó la canícula.

—Ya sabe usted. Los cangrejos caminan siempre de lado, pero este año el calor parece caminar hacia atrás. Quizás el calor demuestre la verdad que subyace a ese refrán chino que dice que en ocasiones conviene actuar contra la razón.

—¿Cómo dice? —dijo la señora Kushami, poco versada en proverbios chinos.

—Nada, nada. El hecho es que el tiempo parece andar hacia atrás, como el toro de Hércules.

Meitei se había ido calentando y ya empezaba con sus rarezas. Y como siempre, la mujer del maestro perdida en su ignorancia, se había quedado rezagada, porque no pillaba nada de lo que Meitei decía. Se limitaba a decir «oh» de vez en cuando, y a guardar silencio. Meitei, por supuesto, ni se dio cuenta.

Pero no había sacado a colación el tema del toro para que no le preguntaran. Miró a la señora y le preguntó sin rodeos:

—Señora Kushami, ¿sabe algo sobre el toro de Hércules?

—No, nada.

—Ah. Bueno, entonces déjeme que le cuente algo al respecto. ¿Le importa?

Como no le podía decir a las claras que se callara, se limitó a musitar:

—Adelante.

—Un buen día, en los tiempos de antaño, Hércules iba guiando un toro.

—¿Y quién era ese Hércules? ¿Una especie de vaquero?

—No, no. No era ni un vaquero ni tampoco el propietario de una cadena de carnicerías. De hecho, en aquellos tiempos de la antigua Grecia ni siquiera había carnicerías.

—¡Ah, bueno! Así que es una historia griega. Habérmelo dicho desde el principio.

—Pero mencioné a Hércules, ¿no?

—¿Hércules es otro nombre para decir Grecia?

—En realidad, Hércules fue un héroe griego.

—Es la primera vez que oigo hablar de él. Bueno, ¿y qué es lo que hizo?

—Le sucedió como a usted, querida. Sintió sueño y se durmió...

—¿En serio?

—Y mientras dormía llegó el hijo de Vulcano.

—¿Y quién era ese Vulcano?

—Vulcano era un herrero, y su hijo le robó el toro a Hércules, pero lo hizo de una manera un tanto especial. ¿Se imagina cómo? Lo arrastró por la cola. Bien, cuando Hércules se levantó comenzó a buscar a su toro y al no encontrarlo gritó: «Toro, toro ¿dónde estás?» No lo vio y tampoco pudo seguir su pista, pues al robarlo el hijo de Vulcano le obligó a caminar hacia atrás volviendo sobre sus pasos, así que no habían dejado rastro. Una táctica inteligente, ¿no le parece? Y más tratándose del hijo de un

herrero.

Meitei parecía satisfecho.

—Por cierto —soltó de pronto—, ¿qué diablos hace su marido durmiendo todavía la siesta? Si se trata de leer poesía china, estos breves descansos suenan muy refinados e incluso románticos, pero cuando se trata de un tipo como su marido, la cosa resulta bastante más vulgar. Ha reducido la eterna elegancia de la vida a una forma fragmentada de la muerte. Disculpe que se lo pida, pero ¿podría despertarle, por favor?

La señora Kushami parecía compartir el punto de vista de Meitei sobre las siestas de su marido:

—Tiene razón usted, duerme demasiado. Es malo para su salud, especialmente después del almuerzo.

—Hablando de almuerzo. Lo cierto es que yo todavía no he tomado el mío.

Meitei solía soltar este tipo de perlas muy compuesto, con magnanimidad, como si fueran chispazos de pura sabiduría.

—¡Oh! lo siento. Nunca me acuerdo de ofrecerle nada. Es la hora del almuerzo, por supuesto... ¿Le apetecería quizás un poco de arroz, unos nabos encurtidos, unas algas, acompañado todo de un poco de té caliente?

—No gracias. Estoy bien.

—Como no pensábamos que nos honraría hoy con su visita, no habíamos preparado nada especial para ofrecerle.

No sin razón, la señora le respondía con un punto de sarcasmo, pero eso equivalía a perder el tiempo con un tipo como Meitei.

—No se preocupe, de verdad —contestó éste imperturbable—. No quiero té ni agua caliente. Cuando venía encargué el almuerzo en un restaurante y pedí que me lo enviasen aquí. Ya comeré cuando llegue —anunció Meitei sin inmutarse.

—¡Oh! —dijo la señora Kushami. Pero en su exclamación en realidad abarcaba tres exclamaciones de matices diferentes. Una de pura sorpresa, otra de ofensa, y una tercera de alivio. Fue en ese momento cuando entró el maestro tambaleándose ligeramente. Había empezado a quedarse amodorrado, cuando el molesto ruido de la cháchara de su amigo le trajo de vuelta al estado de consciencia.

—Eres un tipo de lo más ruidoso —protestó entre bostezos—. Siempre igual, cuando uno está a punto de quedarse dormido, cuando más relajado está...

—¡Vaya, así que estabas despierto al fin y al cabo! Siento mucho haber perturbado tu descanso, pero por una vez que te lo pierdas no te va a pasar nada. A lo mejor incluso te sienta bien. Siéntate aquí, haz el favor. —Meitei se hacía el anfitrión educado en la casa del propio maestro.

El maestro se sentó sin decir palabra. Cogió un cigarrillo del paquete, lo encendió y se puso a dar lentas caladas. Entonces vio el sombrero que Meitei había tirado de

cualquier manera en la habitación, y dijo:

—Vaya, ya veo que te has comprado un sombrero.

—¿Qué te parece? —Meitei se inclinó hasta cogerlo, y se lo entregó al maestro para que lo inspeccionara de cerca.

—Es muy bonito, parece como de lana. Y es muy suave —dijo la señora Kushami mientras le pasaba la mano por encima.

—Este sombrero, querida, es una joya, y es tan obediente como uno pueda desear. Fíjese. —Con el puño cerrado oprimió con fuerza la parte superior de la copa de su precioso sombrero panamá. Al apretar hizo un hoyo tan grande como el puño. La señora soltó un gritito de sorpresa, y Meitei volvió a meter el puño por el lado contrario para dejarlo en su forma original. Después lo juntó por los bordes y lo aplastó. No contento con eso lo apoyó en el suelo y lo apisonó como si fuera la masa de un pastel bajo el rodillo de un pastelero. Después lo envolvió como un rollito de primavera y, finalmente, dijo:

—¿No les decía yo que era una joya? —Y dicho esto lo metió en la bocamanga de su *kimono*.

—¡Es extraordinario! —exclamó la señora Kushami. Parecía más bien que estuviera observando con los ojos como platos los juegos de manos del gran mago Shoichi Kitensai. [53] Meitei, por su parte, parecía entusiasmado con la demostración. Se sacó el sombrero por la bocamanga contraria y anunció:

—¡Ni una arruga!

Inmediatamente después se lo colocó sobre la punta de un dedo y empezó a darle vueltas. Pensé que ahí terminaba la actuación, pero no contento con eso se lo puso de nuevo, se lo quitó y para rematar se sentó encima de él.

—¿Seguro que estás bien...? —Incluso el maestro parecía preocupado.

La señora, bastante excitada, le dijo:

—Pare ya, por favor. Sería una lástima estropear un sombrero tan elegante...

El único que quería seguir con las demostraciones era su propietario.

—¡Pero si es indestructible! —Se sacó el sombrero de debajo de las posaderas y se lo puso tal cual en la cabeza, donde recuperó de nuevo su forma.

—Desde luego, es un sombrero muy resistente. Es increíble —dijo la señora Kushami, cada vez más impresionada.

—No tiene nada de especial. Es simplemente que este tipo de sombrero es así —dijo Meitei con una sonrisa de satisfacción.

La señora se volvió hacia el maestro y le dijo:

—Deberías comprarte uno igual.

—Pero si ya me he comprado un bonito canotier italiano.

—Precisamente el otro día las niñas se pusieron a jugar con él y lo destrozaron completamente —insistió la señora.

—¡Qué lástima!

—Por eso pensé que debía comprarse un sombrero como el suyo, fuerte y magnífico —dijo la señora Kushami dirigiéndose a Meitei. Evidentemente, no tenía ni idea del precio de un panamá, de ahí su insistencia—. En serio, querido, tienes que comprarte uno como ése...

En ese momento, Meitei sacó de su bolsillo derecho una navaja que guardaba en una funda escarlata:

—Olvide el sombrero por un momento, señora Kushami, y mire bien esta navaja. ¿No es fantástica? Puede usarla de catorce modos diferentes.

Si no hubiera sido por la súbita exhibición de la navaja, el maestro habría terminado por sucumbir ante la machacona insistencia de su mujer para que se comprase un nuevo sombrero. Felizmente, curiosas que son las féminas, la atención de su mujer se desvió hacia ese nuevo objeto. Pensé que Meitei había actuado así para ayudar al maestro y así distraer la atención de su mujer, pero pronto me di cuenta de que Meitei no tenía la más mínima intención de echarle una mano a su colega en ese sentido. Sólo la suerte había salvado al maestro de hacer un dispendio que habría resultado muy doloroso para su economía.

Tan pronto como la señora se centró en la navaja de catorce usos, Meitei volvió de nuevo al ataque con todo su verborreico arsenal:

—Déjeme que le explique cada una de sus funciones. Preste atención. Bien. ¿Ve usted aquí una abertura redondeada? Pues aquí se mete un puro y así puede cortar la boquilla antes de fumarlo. Esta cosa de aquí abajo puede cortar un cable como si fuera un tallarín. Y si saca usted esto y lo pone sobre un papel, ya tiene usted una regla. En la otra parte ve que la regla está graduada, así que también sirve para medir. En esta parte de aquí tiene una lima para las uñas. Luego, si aprieta en este punto aparece un destornillador. Esto es un martillo, y este accesorio con su apéndice puede sacar hasta los clavos mejor clavados de la tapa de una caja. Además, en el extremo de esta cuchilla hay un punzón muy fino con el que puede tachar cualquier cosa que haya escrito mal. Finalmente, si guarda todas esas cosas, tiene usted un excelente cuchillo para cortar lo que le dé la gana. Pero mire señora Kushami; todavía hay una última e interesante función. Si se fija aquí verá una bolita del tamaño del ojo de una mosca. ¿La ve? Fíjese bien en ella.

—No quiero. Seguro que me va a tomar el pelo otra vez.

—Me apena, querida, que tenga usted tan poca confianza en mí, pero créame al menos en esta ocasión y eche un vistazo. Se lo ruego.

Y le pasó la navaja a la señora.

La señora cogió la navaja con cautela y puso su ojo cerca de la bolita para intentar ver algo dentro.

—¿Y bien?

—Nada. Todo está negro.

—¿Todo negro? No puede ser. Gírese un poco hacia la puerta y mire hacia la luz, y no mueva así la navaja. Eso es. ¿Ve algo ahora?

—¡Oh! ¡Es una fotografía! ¿Cómo puede haber una fotografía aquí dentro?

—Por eso es un objeto tan especial.

La señora y Meitei parecían absortos en la conversación. El maestro, que hasta ese momento había guardado silencio, sintió de pronto ganas de ver también él la famosa fotografía. Le pidió a su mujer la navaja, pero ella, con su ojo pegado al objeto, sólo acertaba a decir:

—¡Qué maravilla! ¡Qué estudio más bonito del desnudo! —No quería separarse de la navaja.

—Vamos, déjame ver.

—¡Espérate! Qué pelo tan largo y tan bonito, le cae hasta las caderas. Su cara se ve muy bien, parece una mujer muy alta, y es una belleza.

—¡Maldita sea! Déjame ver de una vez —tronó el maestro con gesto amenazante.

—Venga, anda, tómala. Mírala hasta que te aburras. Mientras le pasaba la navaja, la sirvienta vino desde la cocina para anunciar que había llegado la comida de Meitei. Llevaba en la mano una bandeja con dos platos de bambú llenos de tallarines.

—Estupendo —dijo Meitei—. Ésta es la comida que encargué, señora. Con su permiso —dijo respetuosamente. Por su tono no estaba claro si tanta ceremonia era sincera o si hablaba medio en broma, así que la señora no supo bien qué contestar. Se retiró un poco y dijo parcamente: —Por favor, no se corte. Adelante. El maestro apartó los ojos de la fotografía y dijo: —No sé cómo le pueden sentar bien los tallarines con el calor que hace. Tienen que ser horrorosos para la salud.

—No hay peligro. Lo que a uno le gusta rara vez le hace daño —dijo Meitei mientras levantaba la tapa colocada sobre el plato—. Las cosas que te gustan sólo pueden hacerte bien. —Parecía muy satisfecho con el aspecto de la comida—. En mi opinión, a los tallarines que se dejan mucho tiempo en el caldo les pasa como a los hombres de barba cerrada, que nunca se puede confiar en ellos —dijo mientras añadía una buena porción de *wasabi* [54] a su cuenco de soja.

—No te pases. Si le pones mucho *wasabi* picarán a rabiar —dijo el maestro un tanto ansioso.

—Los tallarines se tienen que comer siempre con salsa de soja y *wasabi*. Seguro que ni siquiera te gustan. —Sí me gustan, pero prefiero el *udon* [55] —Eso es comida para mozos de cuadra. Compadezco al hombre al que no le gusten unos buenos tallarines picantes —dijo Meitei mientras hundía sus palillos de madera de cedro en la masa de los tallarines, y los alzaba en tandas de unos quince centímetros de largo.

—¿Sabía usted, señora Kushami, que hay varias maneras de comer tallarines? Los principiantes en este arte ponen demasiada salsa y mastican esta delicadeza como si

fueran ganado pastando hierba. De esa forma se pierde inevitablemente su sabor. El procedimiento correcto es éste... —Levantó con sus palillos una cortina de tallarines de varios centímetros de longitud, y miró al plato para ver si se habían desprendido del resto. Continuó con su explicación:

—¡Qué tallarines más largos! Fíjese, señora. ¿No son los más largos que ha visto en su vida? —Meitei sólo se dirigía a su audiencia cuando estaba seguro de que nada más podían contestar sí o no.

—En efecto, son larguísimos —dijo la señora, maravillada por la disertación.

—Ahora, se moja un tercio en la salsa y se tragan de una vez. No deben masticarse. La masticación destruye su sabor único. El truco de los tallarines está en que entren directamente por la garganta.

Los levantó hasta una altura vertiginosa y luego bajó un poco el brazo para sumergirlos en el cuenco de la salsa que sostenía con su mano izquierda, lo que, de acuerdo con el principio de Arquímedes, provocó que el nivel de la salsa ascendiera por el cuenco al ser desplazada por los tallarines. Sin embargo, como el cuenco estaba bastante lleno, el nivel del líquido alcanzó el borde del recipiente antes de que Meitei pudiera llegar a mojar el preceptivo tercio de la longitud de los tallarines. Detuvo el descenso de los palillos para analizar la situación, y así se mantuvo durante un tiempo. Si seguía bajando, la salsa se desbordaría, pero si no lo hacía no cumpliría con sus propias indicaciones. Sin duda estaba confundido. En ese momento alargó cabeza y cuello, como si fuera una serpiente, y colocó su boca justo debajo de los tallarines. Se escuchó un fuerte sonido de absorción. La garganta de Meitei se convulsionó en un par de ocasiones y todo el cargamento desapareció. De sus ojos cayeron lágrimas. Todavía no estoy seguro de si esas lágrimas surgieron como consecuencia de lo picante que estaba el wasabi., o si fueron provocadas por el enorme esfuerzo derivado del paso de toda esa comida por el gaznate de Meitei.

—¡Qué prodigio! —soltó el maestro, asombrado—. ¿Cómo es posible que puedas tragarte semejante cantidad de una sola vez?

—¡Es increíble! —La señora también estaba ciega de admiración.

Meitei no dijo nada. Dejó los palillos y se golpeo el pecho un par de veces.

—Mire, señora Kushami —dijo tosiendo—. Un plato de tallarines debe comerse de a tres o, a lo sumo, de a cuatro bocados. Si se alarga el proceso, perderán el sabor.

Se limpió la cara con una servilleta y se retiró un poco para tomarse un merecido respiro.

Y a que no adivinan quién apareció por la puerta en ese mismo momento: pues sí, Kangetsu en persona. Arrastraba indolente sus pies llenos de polvo. Me pregunté por qué los llevaría así. Quizás se debiera al calor del verano. Llevaba puesto un sombrero de invierno que le debía de estar provocando unos sudores terribles.

—Hombre, hola —exclamó Meitei—. Aquí llega nuestro bello héroe. Te ruego

que me disculpes, todavía no he terminado de comer.

Sin más contemplaciones, se dedicó a dar buena cuenta de los tallarines que le quedaban. En esta ocasión no hizo más intentos de repetir su virtuosismo deglutidor, y así se ahorró el mal trago de tener que limpiarse la cara entera con la servilleta y tomarse un respiro entre bocado y bocado. Y de esa forma, comiendo como una persona normal, acabó con las tallarines en un par de minutos.

El maestro preguntó:

—Kangetsu, di nos, ¿cómo va tu tesis?

—Dado que la adorable señorita Kaneda te pretende, debes darte prisa en acabar lo más rápido posible, para no hacerla esperar más —añadió Meitei.

Kangetsu sonrió con su habitual y macabra mueca.

—Sobre todo porque la espera debe de estar matándola. Pero la verdad es que me gustaría acabar cuanto antes. Lo que pasa es que el tema de mi tesis es complejo y requiere una exhaustiva investigación. —Hablaba con seriedad de cosas que seguramente ni él mismo era capaz de tomarse en serio.

—Bien es cierto —apuntó Meitei tratando de adoptar el mismo tono serio, y dirigiéndose a la audiencia—. Teniendo en cuenta lo arduo y extenso del tema, supongo que es imposible abordarlo tan rápido como el señor Kangetsu desearía. Sin embargo, teniendo en cuenta el olfato de la narizota de su madre, es mejor que no se haga el remolón, lo olería a distancia.

El maestro fue el único dispuesto a hacer un comentario razonable.

—¿Cuál dijiste que era el tema de tu tesis?

—Se titula: «Los efectos de los rayos ultravioleta sobre la acción galvanizada en el globo ocular de las ranas».

—Impresionante —apuntó Meitei—. Justo lo que se podía esperar de ti. Me gusta el ritmo, la originalidad sustancial de la última parte, ese choque eléctrico... «En el globo ocular de las ranas». Vaya. ¿Qué te parece, Kushami? Deberíamos informar a los Kaneda al menos del título del estudio antes de que nuestro licenciado acabe con su pesquisa.

El maestro, sin prestar atención a las tomaduras de pelo de Meitei, prosiguió:

—¿Puede un tema como ése implicar tanto trabajo de investigación?

—Sí, sí. Por supuesto. Se trata de un tema de lo más arduo. De entrada, la estructura ocular de la rana no es nada simple. De hecho, mi plan es construir y pulir una bola de vidrio...

—¿Una bola de vidrio? ¿No sería más fácil ir a una óptica directamente e informarte?

—No, desde luego que no —dijo Kangetsu un tanto contrariado—. Para empezar, las líneas rectas y curvas son puros conceptos geométricos, y en el mundo real no existen modelos que se correspondan de manera exacta con estos conceptos.

—Si no existen, ¿no sería mejor que abandonases la idea de crearlos? —preguntó Meitei.

—Precisamente, para poder llevar a cabo mi experimento, me di cuenta de que la única salida era construir una bola de vidrio convenientemente pulida y esculpida según unas medidas previamente calculadas. Empecé justo el otro día, precisamente.

—¿Y ya la has terminado? —preguntó el maestro tomándose el asunto como si fuera pan comido.

—¿Cómo voy a terminarla? —Kangetsu se dio cuenta de que si no decía nada más podría pensarse que se contradecía, y se apresuró a explicar:

—Es algo bastante complicado. Después de haberla pulido durante un tiempo, me di cuenta de que el radio era demasiado grande, así que tuve que reducirlo, pero esto me provocó otras complicaciones. Cuando al fin logré el radio óptimo, me di cuenta de que la bola entera era deforme. Después de corregir esa distorsión, me di cuenta de que por alguna razón el diámetro volvía a ser inadecuado. La bola de vidrio, originalmente del tamaño de una manzana, se redujo al de una fresa y, a medida que iba luchando para alcanzar la perfección, comprobé cómo se reducía al tamaño de una judía. Incluso así, sigue sin ser una esfera perfecta. Créanme. He pulido y pulido... Me parece que lleve una vida entera puliendo. Desde el día de año nuevo he acabado no menos de seis bolas de diferentes tamaños, que han terminado por desaparecer entre mis manos. —Hablaba con una pasión tan extraña que uno no podría decir si estaba diciendo la verdad.

—¿Y dónde realizas ese trabajo de pulimentación?

—En el laboratorio de la universidad, por supuesto. Comienzo a pulir a primera hora de la mañana, paro un rato para el almuerzo, y no lo dejo hasta que se pone el sol. Es un trabajo realmente agotador.

—¿Quieres decir que vas a la universidad todos los días, incluyendo el domingo, a pulir simples bolas de vidrio? ¿Es eso lo que te mantiene tan terriblemente ocupado?

—Exactamente. En este momento de mi investigación, para que ésta prospere, no tengo más remedio que pulir bolas de vidrio día y noche.

—Eso me recuerda —dijo Meitei llevando el asunto a su terreno, pues en el de Kangetsu estaba un poco perdido—, a una obra de teatro *kabuki* en la que uno de los personajes logra sus objetivos disfrazándose de jardinero. —Adoptó la actitud oportuna y comenzó a declamar—: «Como he sido llevado por fortuna entre civiles, nadie conoce mi cara. Así que me he hecho pasar por cultivador de crisantemos». Tú, Kangetsu, parece que te fueras a ganar la vida puliendo bolas de cristal. Estoy seguro de que cuando se entere del ardor que le dedicas al asunto y de tu dedicación egoísta al pulido de vidrio, la madre de todas las narices no se sentirá muy reconfortada contigo. Precisamente el otro día tenía que hacer un trabajo en la biblioteca de la

universidad y, cuando ya me marchaba, me crucé con un antiguo colega llamado Robai. Me pareció curioso que después de tantos años siguiera usando la biblioteca y le dije: «Robai, me dejas perplejo. Perplejo por verte aquí, todavía en la biblioteca, después de tanto tiempo.» Me miró de una manera extraña y me dijo que él no había ido allí a consultar libros. Pasaba cerca y había aprovechado para ir a orinar. Un uso curioso para un templo del conocimiento como aquél. Sin embargo, esa anécdota me sugirió que Robai y tú sois dos ejemplos perfectos, aunque dispares, de cómo se puede infrautilizar la universidad. Seguro que conoces esas piezas narrativas chinas sobre hombres famosos, que se construyen a base de anécdotas paralelas, una antigua y una moderna. Bien, pues últimamente estoy ejercitándome y escribiendo algunas, y con tu permiso me gustaría incluir en ese compendio la de las bolas de vidrio y los urinarios.

El maestro, al menos, parecía tomarse el tema más en serio:

—Está muy bien que pases todo el día frotando bolas. Pero, ¿cuándo terminarás y obtendrás de una vez tu doctorado?

—Teniendo en cuenta mi actual progresión, calculo que en unos diez años.

—¿Diez años? Creo que deberías dejar tu labor de pulimentación de bolas bastante antes.

—Aunque diez años es una estimación optimista. Igual podría llevarme veinte.

—¡Eso es terrible! No puedes dedicarle tanto tiempo a obtener el doctorado.

—No. Por supuesto que no. Me encantaría acabar lo antes posible, más que nada para que la señorita se quede tranquila, pero ni siquiera podré empezar con mi primer experimento si previamente no pulo bien la bola. —Kangetsu guardó silencio durante un momento, como si su mente estuviera absorta en los misterios de la pulimentación del vidrio, pero tras la pausa continuó—: No hay motivo para preocuparse. Los Kaneda están al tanto de mi trabajo. De hecho, les di una completa explicación hace unos días cuando estuve en su casa de visita. —Sonrió bastante complacido.

La señora Kushami, que parecía haberse perdido en la conversación, puntualizó:

—Pues, según parece, la familia Kaneda al completo se fue a la playa en Oiso a principios de mes.

El comentario desconcertó a Kangetsu, que se limitó a mantener un aire de inocencia:

—Qué raro —dijo—. No lo entiendo. Hay momentos en los que Meitei desempeña un papel social verdaderamente útil. Cuando la conversación decae, cuando uno se siente avergonzado de continuar por alguna razón, cuando a uno le entra el sueño o está en dificultades, aparece inmediatamente con algo divertido que decir:

—Vaya. Encontrarse en Tokio hace sólo unos pocos días con gente que se marchó a Oiso hace un mes es algo encantadoramente misterioso. Es un magnífico ejemplo

de intercambio de espíritus, o bien de telepatía, como prefiráis. Un fenómeno como ése ocurre en raras ocasiones, por ejemplo, cuando se siente un gran amor por alguien. Cuando se escuchan estas historias parecen como un sueño, pero incluso aunque sean sueños, éstos son más ciertos que la propia realidad. Para alguien como usted, señora Kushami, que se casó con el maestro sin amarle al igual que hizo él con usted, la vida nunca les ha dado la oportunidad de comprender la extraordinaria naturaleza del amor. Por eso les parecerá tan extraño que existan estas aparentes disparidades que usted menciona.

—No sé por qué tiene que decirme siempre cosas tan horribles. ¿Se puede saber por qué me trata usted así? —respondió la señora con gesto arisco.

—Porque tú mismo tampoco eres, precisamente, un hombre muy versado en cuestiones amorosas —atacó frontalmente el maestro en apoyo inesperado de su mujer.

—Bueno, como mis amoríos han sido todos pasajeros, es lógico que no guarde especial memoria de ellos. Precisamente debido a mis continuos fracasos es por lo que he acabado como lo que soy, un licenciado solitario —dijo Meitei mirando uno por uno a sus interlocutores.

La señora estalló en una carcajada:

—¡Vaya, vaya! Qué interesante.

—Cállate —replicó el maestro, y miró hacia el jardín.

Kangetsu añadió en tono educado y con una leve sonrisa:

—A mí lo que me gustaría es escuchar el relato de sus antiguas historias, aunque sólo sea para mi beneficio en el futuro.

—Mi historia, amigo mío, contiene también lances cargados de misterio. Si no fuera porque está muerto, habría despertado el interés del mismísimo Lafcadio Hearn. [56] Debo decir que me resisto a contar esta historia, pero ya que insistes. Confiaré en mi audiencia con la única condición de que me escuche atentamente hasta el final.

Todos asintieron, y él continuó:

—Si no recuerdo mal, fue hace... Mmmmh, veamos. ¿Cuántos años? Bueno, no importa. Digamos que sucedió hace quince o dieciséis años.

—Eso es imposible —soltó el maestro.

—Meitei, tiene usted la memoria muy corta —añadió la señora con sorna.

Kangetsu fue el único de los tres que mantuvo su promesa y no dijo nada. Su expresión era la de un hombre que esperaba con ansia la continuación del relato.

—En cualquier caso, fue en invierno, hace unos cuantos años. Viajaba a través del valle de Takenoko en Kambara, en la provincia de Echigo, y me disponía a cruzar el paso de Takotsubo para entrar en el territorio de los Aizu.

—Vaya ristra de palabrejas —interrumpió de nuevo el maestro.

—Cállate y escucha. Esto se pone interesante —cortó la señora a su marido.

—Por desgracia, se estaba haciendo de noche. Me perdí. Tenía hambre. Al final me vi obligado a llamar a la puerta de una casa que había en mitad del desfiladero, pensando que allí me darían alojamiento por una noche. Cuando se abrió la puerta, apareció una chica sujetando una vela. Me hizo pasar. Cuando pude verla a la luz de la habitación, mi cuerpo entero se puso a temblar. Desde aquel instante fui consciente de la fuerza ciega de eso que llamamos amor.

—¡Qué fantasía tiene! Me pregunto si en esas montañas dejadas de la mano de Dios abundan las chicas hermosas —puntualizo la señora.

—No tiene importancia que la encontrase en las montañas. Podía haberme sucedido lo mismo al borde del mar. Pero señora Kushami, debería usted haberla visto, aunque sólo fuera por un instante. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, a la manera de las jóvenes casaderas...

La señora se rindió sin palabras ante la maravillosa escena que Meitei le estaba describiendo, y exhaló un profundo suspiro.

—Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, vi que estaba en una sala con una gran chimenea en el centro. La chica vivía con sus dos abuelos. Pronto estuvimos los cuatro sentados confortablemente alrededor del fuego. Debieron de suponer que traía mucho hambre, como en efecto ocurría. Pedí que me sirvieran cualquier cosa sencilla para comer, pero el anciano dijo que, como rara vez tenían visita, prepararían arroz de serpiente en mi honor, así que debía tener paciencia. Escuchen bien, porque en este punto es donde comienza a fraguarse mi decepción amorosa.

—Por supuesto que escuchamos con atención, pero me parece muy improbable que incluso en lo más salvaje de Echigo haya serpientes en pleno invierno —intervino Kangetsu.

—Bueno, tu observación es muy justa. Pero en una historia romántica como ésta, uno no puede ser demasiado escrupuloso con la lógica de los detalles. ¿Por qué si no se pueden encontrar cangrejos andando por la nieve en las novelas de Kyoka? [57]

—Ah, bueno —dijo Kangetsu, adoptando de nuevo su actitud de oyente devoto.

—En aquellos tiempos yo era capaz de comer cualquier cosa, era un campeón zampándose lo más raro que uno pueda imaginarse. Como ya estaba cansado de langostas, babosas, ranas rojas y cosas por el estilo, pensé que el arroz de serpiente supondría un cambio agradable en mi dieta. Le dije al hombre que estaría encantado de probarlo. Colocó una olla encima del arroz y echó varios puñados de arroz. Aquello empezó a cocer lentamente. Lo único que me llamó la atención fue que había unos diez agujeros de distintos tamaños en la tapa de la olla. Pronto el vapor empezó a salir por esos agujeros. Estaba fascinado por el efecto y pensé en lo ingeniosa que podía llegar a ser aquella gente tan rústica que vivía en el campo. En ese preciso instante, el hombre se levantó y salió de la casa. Volvió poco después con una cesta de mimbre bajo el brazo. Cuando la puso en el suelo eché un vistazo dentro. Ahí

estaban: varias serpientes de diferentes clases, todas muy largas y que el frío invernal había adormecido, como muy bien podrá confirmar Kangetsu.

—Por favor, le ruego que deje ya de hablar de cosas tan asquerosas. Está usted logrando que se me revuelva el estómago —dijo la señora Kushami.

—No, ahora no puedo dejar mi relato porque detrás de estos detalles, todos necesarios, está la causa última de mi fracaso amoroso. Bien. De cuando en cuando el hombre levantaba la tapa de la cazuela con su mano izquierda, mientras con la derecha cogía un puñado de serpientes de la cesta. Las metía en la olla y volvía a cerrar la tapadera. Debo reconocer que aunque no soy muy amante de las serpientes aquello me ponía los pelos de punta.

—Ya, ¡pare! No puedo soportar más esa historia horripilante —gritó la señora Kushami verdaderamente afectada.

—Acabo pronto, acabo pronto. Ahora entenderán la causa de mi decepción. Un poco de paciencia, por favor. No había pasado ni un minuto cuando de pronto la cabeza de una de las serpientes salió por uno de los agujeros de la tapa. Todavía estaba admirado por el descubrimiento, cuando de pronto salió otra más por el agujero de al lado, y luego otra y otra y una más, hasta que todos los agujeros estuvieron ocupados por cabezas de serpientes que se achicharraban.

—¿Y por qué se asomaban? —preguntó el maestro.

—Porque en su agonía trataban de escapar del calor a través de la única salida posible. Tras un rato, el hombre dijo algo difícil de entender en su dialecto local, y la mujer y la chica obedecieron. Cada una agarró una de las cabezas y tiró con fuerza de ellas hasta arrancar la piel y los huesos para dejar sólo la carne en la cazuela.

—¿Y cómo le llamarías a eso? ¿Serpiente deshuesada? —dijo Kangetsu entre risas.

—En efecto, deshuesadas o, mejor dicho, sin espinas. Pero, ¿no es algo realmente audaz? Levantaron la tapa, mezclaron bien la carne con el arroz y me invitaron con gran ceremonia a probar el guiso.

—¿Y te lo comiste? —preguntó el maestro con una voz inquieta.

Su mujer torcía el gesto con cara de asco:

—¡Quiero que deje de una vez esa historia! Me estoy poniendo mala del estómago, y creo que no voy a poder probar bocado en varios días.

—Dice eso porque nunca ha tenido la suerte de probar arroz de serpiente. Si lo hubiera probado jamás olvidaría su exquisito sabor.

—¡Nunca! ¡Nada en el mundo me haría probar semejante plato!

—En cualquier caso, cené bien y se me pasó el frío. Miraba la cara de la chica y me quedé obnubilado con el corazón latiendo a toda prisa. Podía haberme quedado así para siempre, pero pronto el anciano me sugirió que me fuera a dormir, y recordé que a la mañana siguiente debía seguir mi camino. Seguí su consejo, me acosté y casi

al instante caí rendido.

—¿Y qué pasó entonces? —En esta ocasión era la señora Kushami quien le urgía para que continuase.

—Cuando me desperté a la mañana siguiente noté que me dolía el corazón.

—¿Le pasó algo? —siguió inquiriendo la mujer del maestro, con cara de estar mareada.

—No, no pasó nada especial. Me desperté, encendí un cigarrillo y, mientras fumaba distraído, se me ocurrió mirar por la ventana de atrás, donde había alguien lavándose la cara. Era alguien calvo como una tetera.

—Sería el anciano —dijo el maestro—, o quizás su mujer.

—Al principio no lo tuve muy claro. Me quedé ahí un rato sentado, y cuando la tetera se giró hacia mí me llevé la sorpresa de mi vida. Era la chica por la que había perdido el corazón.

—Pero si hace un momento dijiste que era una chica que llevaba uno de esos peinados típicos de las jóvenes casaderas —objetó el maestro rápidamente.

—La noche antes, una belleza incontestable. La mañana después, una tetera fulgurante.

—¡De verdad! A ver con qué bobada va a salir ahora... —dijo el maestro mirando al techo, como era habitual en él cuando se enfadaba.

—Como es natural, me quedé profundamente sorprendido, incluso me entró un poco de miedo. Traté de hacerme invisible para seguir mirando. Al fin la tetera terminó de lavarse la cara, cogió una peluca que estaba encima de una piedra, se la colocó en la cabeza, y entró de nuevo en la casa. En ese momento caí en la cuenta, pero para entonces ya era un hombre incurablemente desgraciado, un hombre con el corazón roto.

—El corazón roto más estúpido que haya existido nunca. Fíjate bien, mi querido Kangetsu, en lo alegre y vivaz que sigue estando para inventarse cosas así a pesar de su corazón lastimado —dijo el maestro dirigiéndose a Kangetsu para expresar su pésima opinión sobre la desastrosa historia de amor de Meitei.

—Pero si la chica no hubiera estado calva y Meitei la hubiera traído a Tokio, ahora sería aún más alegre y vivaz de lo que ya es. Lo que me parece una verdadera lástima es que la chica fuera calva. Pero, dígame Meitei: ¿cómo es que una chica tan joven había perdido todo el pelo? —preguntó Kangetsu.

—Bueno, posteriormente he pensado bastante en el asunto, y ahora estoy seguro de que la alopecia debió de ser resultado de comer en exceso arroz de serpiente. El guiso se sube a la cabeza, ya sabes. La sangre sube a la cabeza y daña los folículos pilosos del cuero cabelludo.

—Me alegro de que no le ocurriera a usted nada parecido... —apuntó la señora Kushami con un deje de sarcasmo en la voz.

—Es cierto que me preocupó la posibilidad de quedarme calvo, pero, como puede ver, desde aquel día soy miope. —Y entonces se quitó sus gafas doradas y las limpió cuidadosamente con su pañuelo.

Hubo un breve silencio. Ser miope era algo que sonaba tan grave que nadie se atrevió a pedir más explicaciones. Pero el maestro, hecho de un material muy duro, y, probablemente porque sabía que la miopía era más bien debida al paso de los años y no a las consecuencias de una cena aislada, no se contentó:

—Me parece recordar —dijo— que mencionaste un misterio que hubiera interesado incluso a Lafcadio Hearn. ¿Qué misterio es ése?

—¿Compró ella la peluca o la robó? Y, en el caso de que la robara, ¿de dónde? Ahí reside el verdadero misterio. A día de hoy todavía no sé con qué respuesta quedarme —dijo Meitei mientras se ponía de nuevo las gafas.

—Escucharle a usted es como oír a un comediante —dijo la señora.

Como la historia de Meitei había tocado a su fin, pensé que quizás se callaría. Pero no. Parecía incapaz de cerrar el pico a menos que le amordazasen. De nuevo volvía al ataque:

—Mi decepción en el amor fue, desde luego, una experiencia lamentable, pero si me hubiera casado con esa chica ignorando su calvicie, el asunto habría constituido un motivo de fricción entre nosotros durante toda la vida. Uno debe ser cuidadoso. Cuando se trata del matrimonio, uno tiende a ser el último en descubrir defectos ocultos en los lugares más inesperados. Por eso te aconsejo, Kangetsu, querido amigo, que no desperdicies tu juventud en anhelos fútiles o en amores desesperados, sino que sigas puliendo tus bolas de vidrio con tu mente y tu corazón entregados totalmente a la tarea.

—Nada me haría más feliz. Pero el hecho es que la hija de los Kaneda sigue encaprichada conmigo a pesar de lo mucho que eso me fastidia —replicó Kangetsu exagerando su disgusto.

—Cierto, en tu caso es la familia la que molesta. Pero hay muchos casos cómicos de gente que cree en sí misma por encima de todo, y eso sí que es molesto de verdad. Por ejemplo ese Robai que usa las instalaciones de la universidad para miccionar. Era un tipo extremadamente raro...

—¿A qué te refieres?¡—preguntó el maestro retomando de nuevo la conversación.

—Déjame que te lo cuente. Hace mucho, mucho tiempo, se alojó en el hotel Tozai-Kan de Shizuoka. Sólo pasó allí una noche, pero fue suficiente para que acabara pidiendo en matrimonio a una de las sirvientas que trabajaban allí. Yo soy también bastante impulsivo, pero nunca llegaría a tal extremo. El hecho es que en ese hotel trabajaba una chica de belleza extraordinaria a la que llamaban Onatsu. Aquel día le tocó limpiar su habitación.

—¡Qué casualidad! Es lo mismo que te pasó a ti en esa montaña de no sé dónde...

—observó el maestro.

—Sí, en efecto. Los dos casos guardan una cierta semejanza. De hecho, hay ciertas similitudes entre Robai y yo. En cualquier caso, le propuso matrimonio a la chica, pero antes de que esta pudiera responder, sintió una tremenda necesidad de comerse una raja de sandía.

—¿Eh? —se sorprendió el maestro. No fue el único. Su mujer y Kangetsu se miraron e intentaron encontrar el hilo de la historia. Meitei, sin preocuparse lo más mínimo por su audiencia, siguió adelante como si tal cosa.

—Llamó a la chica y le preguntó si era posible comprar sandía en Shizuoka. Ella le contestó que, aunque en Shizuoka no estaban tan a la última como en Tokio, se podía encontrar sandía en cualquier sitio de manera casi inmediata. Acto seguido apareció de nuevo con una cesta repleta de rodajas de sandía, se la dejó y, mientras esperaba la respuesta de la chica, Robai la engulló sin más contemplaciones. Poco después se puso a gritar como un loco, y llamó de nuevo a la chica. En esta ocasión para preguntarle si había algún médico disponible. La chica le contestó que, aunque en Shizuoka no estaban tan a la última como en Tokio, en materia de médicos estaban bien servidos, y a los pocos minutos volvió con un doctor. El doctor, por cierto, tenía un nombre bastante raro, algo así como Tenchi Genko, Cielo y Tierra, algo, sin duda, sacado de alguno de esos clásicos chinos a los que tan aficionada es la gente. A la mañana siguiente, cuando Robai se despertó, comprobó que su dolor de barriga había desaparecido por completo. Debía dejar el hotel en quince minutos, así que llamó de nuevo a Onatsu, la camarera, para que le diera su respuesta a una oferta de matrimonio. La chica respondió con una carcajada. Le dijo que en Shizuoka era fácil encontrar un doctor e incluso una sandía, pero muy pocos eran los que encontraban una prometida en una sola noche. Se dio media vuelta y salió de la habitación dando un portazo. Ésa fue la última vez que él puso los ojos encima a una mujer. Desde entonces, Robai, al igual que yo, es un hombre profundamente marcado por las flechas del amor trágico. Un solitario. Alguien que sólo va a una biblioteca cuando su vejiga se lo pide de rodillas. Todo lo cual demuestra la crueldad del género femenino.

El maestro salió en apoyo de Meitei, para variar:

—¡Qué razón tienes! Precisamente el otro día estaba leyendo una de las obras de Musset, en la que uno de los personajes cita las palabras de Ovidio: «Más ligero que una pluma es el polvo; más que el polvo, el viento; más que el viento, la mujer, pero más que la mujer, nada». Una observación muy aguda, ¿no te parece? Las mujeres son, en efecto, el fin más temible que se puede esperar.

El maestro lanzó su sentencia alardeando de estar muy versado en el asunto, pero su mujer parecía no estar muy de acuerdo con sus apreciaciones, y no dejo pasar la ocasión de zaherirlo con uno de sus afilados comentarios:

—Te quejas de lo ligeras que somos las mujeres, pero yo no veo qué ventaja tiene

ser como vosotros, unos pesados.

—¿Qué quieres decir...?

—Pues eso, que eres bastante pesado.

—¿Por qué dices que soy pesado?

—Porque lo eres. Muy pesado.

Se enzarzaron entonces en una de sus habituales y absurdas peleas. Meitei permaneció en silencio durante un rato sin abrir la boca. Escuchaba entre interesado y divertido el intercambio de la pareja, hasta que se decidió a intervenir:

—La forma en que os tratáis, golpeándoos hasta que el contrario queda malherido, es, quizás, la demostración más fehaciente del hecho de que sois marido y mujer. Me inclino a pensar que el matrimonio antiguamente era algo menos trascendente de lo que es hoy en día.

Ninguno de los dos afectados por el comentario podría haber dicho si les estaba alabando o reprochando algo, pero, al menos, su comentario tuvo el efecto balsámico de acabar con la pelea. Meitei añadió:

—Por lo que he escuchado, antiguamente una mujer no podía ni soñar con replicar a su marido. Para el hombre, su mujer era poco menos que una sordomuda. A mí me habría desagradado una relación así. Yo prefiero a las mujeres como usted, señora Kushami; alguien dotada de un espíritu combativo, capaz de revolverse y decirle a su marido que es un pesado sin que le duelan prendas. Si no queda más remedio y uno tiene que casarse, a fe que sería insoportablemente aburrido no tener nunca la oportunidad de entablar una pequeña e inofensiva pelea. Mi madre, por ejemplo, se pasó toda su vida dándole a mi padre la razón a pesar de que él era un déspota iracundo. Así vivió durante veinte años: asintiendo a todo, y sin poner un pie fuera de casa excepto para ir al templo. Era algo realmente lamentable, si bien también tenía sus ventajas. Por ejemplo, la enorme satisfacción de saberse de corrido la lista completa de nombres póstumos de todos los antepasados de la familia. En cualquier caso, esa clase tan odiosa de relación no es algo exclusivamente circunscrito al ámbito matrimonial, sino que es algo que se extiende hasta cubrir en su totalidad todo el rango de relaciones entre los sexos opuestos. Cuando yo era un chaval, incluso algo tan inocente como tocar música con una chica era impensable. No existían cosas tales como los encuentros amorosos, ni siquiera, como le pasó a nuestro amigo Kangetsu aquí presente, los intensos intercambios espirituales.

—Debía de ser horrible —señaló Kangetsu con una risilla nerviosa.

—Lo era. Verdaderamente lo siento por quienes lo sufrieron. Sin embargo, eso no quiere decir que las mujeres de antes se portasen mejor que las de ahora. ¿Sabe, señora Kushami?, la gente tiene la costumbre de echar pestes sobre el comportamiento de las estudiantes de hoy en día, pero era mucho peor lo que sucedía en los llamados tiempos dorados.

—¿En serio? —La señora Kushami tomó el comentario por muy cierto.

—Por supuesto. Y no lo digo por decir. Puedo demostrarlo. Seguramente te acordarás, querido Kushami, de cuando teníamos cinco o seis años y por la calle había unos hombres que llevaban una especie de cestas colgadas de los extremos de un palo apoyado sobre los hombros. En cada una de las cestas solían llevar niñas que ellos vendían como si fueran calabazas. ¿Te acuerdas?

—En absoluto.

—En fin, no sé si en tu ciudad natal ocurriría, pero te aseguro que en Shizuoka sí.

—No me diga... —murmuró la mujer del maestro.

—¿Es eso cierto? —preguntó Kangetsu en un tono que delataba la escasa credibilidad que le otorgaba al asunto.

—Como lo oyes. En una ocasión, mi padre llegó incluso a regatear el precio de una. Yo debía de tener unos seis años. Mi padre y yo salimos a la calle, y al llegar a un cruce vimos a un hombre que se acercaba y gritaba: «Niñas en venta, niñas en venta. ¿Quién quiere una niña?». Cuando llegamos a la esquina de la segunda manzana, nos lo volvimos a encontrar justo enfrente de una mercería llamada Isegen. Es la más grande de Shizuoka. Daos una vuelta por allí la próxima vez que vayáis a la ciudad. Está en un edificio muy bonito. No ha cambiado nada desde entonces. El encargado se llama Jimbei, y está todo el día sentado en la caja con cara de haber enterrado a su madre el día anterior. Justo a su lado se sienta un hombre joven, de unos veinticuatro o veinticinco años, llamado Hatsu. Es un tipo muy pálido, parece unos de esos novicios que, para demostrar su devoción al decimotercer sumo sacerdote de la secta Shingon, se tira veintiún días ayunando y sólo se alimenta de tazones de ese agua caliente que se usa para hacer sopa de tallarines. A su lado está un tipo cariacontecido, Chodon, sentado frente al ábaco con la cara de alguien que acaba de perder su casa en un incendio. Al lado de Chodon...

—Para ya —cortó abruptamente el maestro—. Que nos estás desgranando la genealogía completa de los empleados de la mercería. Y, además, ¿qué tiene que ver con la historia del tráfico de niñas en Shizuoka?

—¡Ah, sí! Es verdad, la historia de las niñas. Aunque he de deciros que esta historia de la mercería vale realmente la pena, es bastante rara. Pero bueno, seguiré con lo de las niñas.

—Aunque podías dejar ésa también —sugirió el maestro.

—No, no. No puedo dejar la historia a medias. Ofrece una perspectiva magnífica para comparar el carácter de las mujeres de antes con el de las de ahora. Como iba diciendo, mi padre y yo llegamos justo enfrente de la mercería Isegen. Entonces el vendedor de niñas se acercó y le dijo: «¡Eh! ¿Por qué no se lleva unas de éstas que me sobran. Si se la lleva le haré un precio especial». Dejó su carga en el suelo y se limpió el sudor de la frente. En cada una de las cestas había una niña de unos dos o

tres años de edad. Mi padre preguntó: «¿No le queda más que esto?». El hombre contestó respetuosamente: «No señor. Me temo que es todo lo que tengo. Ya he vendido todo el género, pero échelas un vistazo». Cogió a una de las niñas como si fuera una calabaza, la puso al lado de mi padre, que le dio unos golpecitos en la cabeza como si estuviera catando un melón, y proclamó: «Sí que suena bien». Entonces empezaron a regatear, y tras una larga discusión mi padre concluyó: «Todo eso está muy bien. Pero, ¿puede garantizarme la calidad del género?». El vendedor respondió: «Sí. A ésa la llevo todo el día delante de mí, y parece buena; pero a la otra, a la de atrás, no la veo. No tengo ojos en la nuca. No puedo responder por ella. Pero mire, le hago un precio especial por la de atrás». Aunque no era más que un crío, todavía hoy recuerdo perfectamente cada palabra de aquella conversación, y ya entonces me di cuenta de cómo debía de ser la vida para algunas de esas niñas. Afortunadamente, en este trigésimo octavo año de la era Meiji, ya no queda ningún energúmeno que vaya por ahí vociferando y vendiendo niñas, ni queda nadie que diga que si no puedes tenerla a la vista todo el día es posible que no valga nada. En mi opinión este cambio para las mujeres es consecuencia del influjo positivo de la civilización occidental. Y bien. ¿Qué piensa usted, Kangetsu?

Kangetsu se aclaró la voz y expresó su opinión en un tono mesurado:

—Las mujeres de hoy en día, en su quehacer diario, en las escuelas, en un concierto o en una fiesta, tienden a venderse a sí mismas. Viendo cómo se comportan, es como si estuvieran diciendo: «¡Eh!, ¿por qué no me compras?» O: «¡Vaya! No pareces muy interesado.» Por tanto, ya no tienen necesidad de depender, como antiguamente, de tratantes o de personajes con oficios arcaicos, que además van a comisión. Me temo que los gritos que se escuchan en nuestras modernas ciudades anunciando la mercancía son los mismos que se escuchaban antaño. Parece que estos cambios son el resultado inevitable de la introducción de ciertas ideas modernas como la independencia. Los más viejos se quejan porque ven cómo su mundo está en proceso de extinción, pero ésa es la tendencia de la civilización moderna, y uno no puede por menos que darle la bienvenida. Por ejemplo, en los tiempos que corren ya no hay necesidad de que alguien te golpee en la cabeza como si fueras un melón para comprobar si mereces la pena ser comprado, y eso es algo de lo que nos debemos congratular. En cualquier caso, no iríamos a ninguna parte en este mundo tan complicado si fuéramos más exigentes de lo que debiéramos. De todos modos, con estas nuevas realidades no es de extrañar que uno pueda acabar perfectamente con cincuenta o sesenta años y hecho un solterón.

Kangetsu, digno representante de la juventud del siglo XX, peroraba como si representara a toda su generación. Encendió un cigarrillo y le echó el humo en la cara a Meitei. Pero Meitei no era del tipo de los que se asfixiaban con tan poca cosa:

—Como bien dices, las estudiantes y las jóvenes de hoy en día están muy

marcadas por conceptos como la autoestima y la confianza en sí mismas. Desde luego, es admirable que intenten igualar a los hombres en casi cualquier campo. Por ejemplo, ahí tenéis a las chicas de la escuela que hay enfrente de mi casa. Son increíbles. Van por ahí en pantalones, y se columpian arriba y abajo en una barra de ejercicios. Cada vez que las observo desde la ventana y las veo catapultarse por los aires en sus ejercicios gimnásticos, me recuerdan a esas antiguas mujeres griegas que buscaban incansables la fuerza y la belleza...

—¡No, por Dios! Otra vez los griegos no —se lamentó el maestro con algo parecido a un sollozo.

—Es inevitable. Es como si todo lo estéticamente bello se hubiera originado en la antigua Grecia. Tanto si hablas de estética o de Grecia, en realidad estás hablando de la misma cosa. Cuando veo a esas chicas morenas entregadas en cuerpo y alma a la gimnasia, no puedo por menos de acordarme de la historia de Agnodice [58] —dijo Meitei poniendo cara de fuente de la sabiduría.

—No sé cómo lo ha hecho, pero ya se las ha arreglado para endilgarnos otra de sus historias protagonizadas por gente de nombre raro —dijo Kangetsu con una amplia sonrisa.

—Agnodice fue una mujer extraordinaria. La miro a través de la perspectiva de los siglos, y sus logros me siguen impresionando. En aquellos días lejanos, las leyes de Atenas prohibían a las mujeres ejercer de comadronas. Era algo muy inoportuno e inconveniente, y se puede entender fácilmente por qué a Agnodice le pareció injusto.

—¿Cómo? ¿Qué palabra has dicho?

—Agnodice. Una mujer. Es un nombre de mujer. La cosa es que se dijo a sí misma: «No sólo es lamentable que una mujer no pueda ejercer de comadrona sino que además es todo un problema. Le ruego a Dios poder ejercer esa profesión. ¿No habría alguna forma de lograrlo?». Estuvo tres días enteros con sus noches cavilando, y justo al acabar el tercer día escuchó el llanto de un recién nacido en la puerta de al lado. Entonces se le ocurrió la solución. Inmediatamente se cortó su larga melena, se vistió como un hombre y se marchó a las clase sobre alumbramientos que impartía el eminente Hierófilo. Una vez aprendió todo lo que pudo, empezó a ejercer de comadrona. ¿Y sabe, señora Kushami?, tuvo un éxito arrollador. De aquí, de allá, de todas partes la llamaban para que ayudara en los partos, y pronto hizo fortuna. Sin embargo, los caminos del señor son inescrutables y nunca llueve a gusto de todos. Descubrieron su ardid, la llevaron ante un tribunal y se enfrentó a la posibilidad de recibir la pena máxima impuesta por las autoridades.

—Parece usted un cuentista profesional —dijo la señora Kushami.

—¿A que soy bueno? Bien, en ese momento todas las mujeres de Atenas se reunieron y firmaron un manifiesto conjunto en su apoyo. Un apoyo que los jueces no pudieron ignorar. Gracias a ello quedó libre de cargos y se cambiaron las leyes que

impedían a las mujeres ser comadronas. Vivió felizmente el resto de su vida.

—¡Cuántas cosas sabe usted! Es maravilloso —le aduló la señora.

—Cierto. Lo sé casi todo sobre casi todo. Probablemente lo único que no conozco es el verdadero alcance de mis propias tonterías. Pero incluso en eso me atrevería, más o menos, a decir hasta dónde alcanzo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué cosas tan graciosas dice usted! —La señora Kushami reía alegremente.

De pronto, sonó el timbre de la puerta principal.

—¿Cómo, otro visitante? —se preguntó la señora, al tiempo que se retiraba a la habitación de al lado.

Y quién iba a ser sino nuestro viejo amigo Ochi Toito. Con su llegada, el elenco de excéntricos que tenía por costumbre reunirse en casa del maestro estuvo al fin completo. Para que no parezca descortés el comentario, debería puntualizar que todos esos personajes se reunían en torno a mí a fin de sacarme de mi aburrimiento cotidiano, y sería injusto no reconocer que eso me satisfacía enormemente. Si hubiera vivido en otra casa me podría haber pasado todas y cada una de mis siete vidas sin enterarme siquiera de que tales tipos existían. Podía sentirme afortunado de haber sido adoptado por el maestro. Es más, constituía un raro privilegio contarme siquiera entre la caterva de discípulos del profesor Kushami: sólo por eso estaba en disposición de observar, mientras reposaba tranquilamente, los comportamientos y reacciones no sólo del maestro, sino de esas figuras tan heroicas, esos guerreros sin par, como eran Meitei, Kangetsu o el mismo Ochi Toito. Incluso en sitios grandes como Tokio resulta raro encontrar personas así, y me sentía muy halagado por que ellos me aceptaran en su compañía como un igual. El hecho de ser consciente de semejante privilegio es lo único que me ayudaba a soportar el calor veraniego. Estar todo el día entretenido gracias a ellos era algo muy de agradecer. Cada vez que se juntaban los cuatro era seguro que algo divertido iba a suceder, así que les miraba con respeto desde el ventilado rincón junto a la puerta donde me había retirado.

—Siento mucho no haber venido a visitarles últimamente —dijo Ochi Toito con cierta modestia. Me di cuenta de que su cara lucía tan brillante como la anterior vez que lo vi. A juzgar por su peinado, se le podría haber tomado por un actor de segunda, pero, habida cuenta de lo ceremonioso de su atuendo, con su *hakama* de color blanco, parecía, como poco, un discípulo del famoso maestro de *katana*, Sakakibara Kenkichi. [59] De hecho, la única parte del cuerpo de Toito que tenía un aspecto más o menos normal era la sección que separaba sus caderas y sus hombros.

—Qué amable por tu parte venir a visitarnos, y más con este bochorno. Entra, entra. —Como de costumbre, Meitei actuaba de anfitrión en casa ajena.

—Hacía mucho tiempo que no le veía —dijo Toito dirigiéndose a Meitei.

—Bastante. Yo creo que al menos desde aquella reunión de lectura de la pasada

primavera. ¿Sigues participando en ellas? ¿Has vuelto a representar el papel de prostituta de lujo? Lo hiciste muy bien. Te aplaudí como un loco, ¿te diste cuenta?

—Sí. Me dio muchos ánimos, y eso me dio fuerzas para seguir hasta el final.

—¿Cuándo tendrá lugar vuestra próxima reunión? —intervino el maestro.

—Descansamos durante julio y agosto, pero esperamos volver a actuar en septiembre. ¿Podría sugerirnos algo interesante para representar?

—Bueno... —dijo el maestro distraídamente.

—¡Oye Toito! ¿Por qué no representáis una obra mía? —intervino inesperadamente Kangetsu.

—Vaya. Si es suya, sí que debe de ser interesante. ¿De qué se trata?

—Es un drama —respondió Kangetsu con toda la seriedad que pudo, y dándose aires. Los tres compañeros de tertulia se sorprendieron y le miraron inquisitivamente.

—Un drama, qué bien. ¿Una comedia o una tragedia? —preguntó Toito, que fue el primero en recuperarse del impacto provocado por la noticia.

—Ni una cosa ni la otra. Como la gente hoy en día está siempre discutiendo sobre si se deben escribir obras al estilo clásico o a la manera moderna, me he inventado algo completamente nuevo. Un *haiku* dramatizado.

—¿Y qué demonios es exactamente un *haiku* dramatizado?

—Pues qué va a ser, un drama impregnado del espíritu del *haiku*.

El maestro y Meitei, aparentemente desconcertados por el problema de cómo un poema conceptualmente breve se podía estirar hasta alcanzar la duración de un drama, estaban callados y con cara de consternación. Toito, sin embargo, seguía insistiendo.

—¿Y cómo consigues desarrollar esa idea tan interesante?

—Bueno, como partí de la base del *haiku*, decidí que no debía ser ni muy larga ni excesivamente corta. De acuerdo con eso, la obra sólo puede tener un acto. De hecho, consta de una única escena.

—Entiendo...

—Déjame que te describa la puesta en escena. Por supuesto, ha de ser muy simple. En el centro del escenario hay un gran sauce. Desde el tronco sale una única rama hacia la derecha, y en esa rama hay un cuervo.

—¿Y no se escapará el cuervo? —preguntó el maestro con preocupación, como si hablara para sí mismo.

—Eso no es problema. Se ata la pata del pájaro a la rama y solucionado. Bajo la rama hay una bañera de madera, y en la bañera, vuelta de espaldas, hay una bella mujer lavándose con una toalla de algodón.

—Un poco decadente. Además, ¿qué mujer haría ese papel? —preguntó Meitei.

—Tampoco hay problema. Se contrata a una modelo de la Escuela de Bellas Artes, y arreglado.

—Pero a la policía probablemente le parecería escandaloso —comentó el maestro, que se notaba que empezaba a preocuparse seriamente.

—No puede haber ningún problema si uno está montando una obra de arte, y no un simple espectáculo. Si ése es el tipo de cosas que preocupa a la policía, entonces no sería posible ni pintar un simple desnudo.

—Pero las modelos están disponibles para que los alumnos estudien, no para que las miren encima de un escenario.

—Si ustedes, unos licenciados, prácticamente la flor y nata de los intelectuales japoneses, insisten en tener una visión tan antigua y mojigata del asunto, entonces es que no hay futuro para este país. A ver, ¿cuál es la diferencia entre una pintura y un drama? ¿No son ambas manifestaciones artísticas? —Kangetsu defendía con entusiasmo su idea y al tiempo atacaba los recelos morales de su audiencia.

—Bueno, dejemos eso por el momento —dijo Toito—. Pero, dinos, cómo sigue la obra. —Seguramente tenía intención de representarla, de ahí su interés por cómo se desarrollaba.

—Bien. Entonces entra el maestro de haiku Kyoshi Takahama. [60] Avanza por el escenario empuñando un bastón y tocado con una especie de yelmo blanco. Bajo su *haori* de seda lleva un kimono también blanco estampado de colores, recogido en la espalda. Calza zapatos de estilo occidental. Va vestido como un suministrador de armamento del ejército, pero, como es un poeta de *haiku*, debe andar pausadamente, como si estuviera absorto en la composición de algún poema. Cuando alcanza la parte central del escenario, ve en primer lugar el sauce y después la piel reluciente de la mujer en la bañera. Sobresaltado, mira hacia arriba y ve al cuervo en la rama mirando a la mujer desde lo alto. En ese momento, el poeta adopta una pose que debe mantener durante al menos cincuenta segundos, para mostrar cómo la inspiración le llega del cielo. Por fin, recita en voz alta unos versos:

El cuervo en su rama
se enamora.
Una mujer se lava.

»En ese momento preciso, se baja el telón. ¿Qué te parece? ¿A que te gusta? Creo que ese papel es más fácil que el de prostituta de lujo.

Pero Toito no parecía completamente convencido.

—La obra es demasiado corta. Me deja un poco insatisfecho. Creo que deberías añadir un poco más de trama, algo que dotara a la obra de más humanidad.

Para lo que era su costumbre, Meitei había permanecido muy silencioso hasta ese momento. Pero no pudo aguantar más y dijo:

—Si el famoso *haiku* dramatizado se reduce a eso, déjame que te diga que me parece algo horripilante. Como dice Bin Ueda, [61] que dedica innumerables

artículos y ensayos al mundo del *haiku*, el espíritu del poema, e incluso el espíritu cómico, bien pueden ser cosas negativas, incluso perversas. Y si lo ha dicho él debe de ser verdad. Intenta sacar adelante tu obra y verás lo que te sucede. Bin sería el primero en mofarse de ti. Lo que has escrito es horrendo y no se sabe si es un drama o una farsa. Mira, Kangetsu, es mejor que te dediques a seguir puliendo bolas de cristal en el laboratorio. Aunque compongas doscientos *haikus* dramatizados, es inútil. Todos serán igual de espantosos.

—¿Tan malo es? Pero la idea era muy buena —reaccionó Kangetsu un tanto contrariado, pero sin llegar a decir qué era lo que hacía tan excepcional su drama—. Kyoshi trata de impresionarnos al mostrar cómo un cuervo puede enamorarse de una dama. Eso ya es bastante bueno, me parece a mí.

—Entonces puede que hayas hecho una nueva aproximación al género. ¿Tienes algo que decir en ese sentido? Somos todo oídos.

—Bueno, como científico debo decir que la idea de que un cuervo pueda enamorarse de una mujer carece de fundamento. ..

—Evidentemente.

—Pero si ese imposible se recita con lirismo, la percepción cambia.

—No te creas —dijo el maestro tratando de abrirse un hueco entre los críticos.

A pesar de las reacciones adversas a su propuesta escénica, Kangetsu continuó defendiendo su obra:

—Voy a intentar daros una explicación, a ver si nos entendemos y podemos llegar a un acuerdo. Sentirse fascinado o no, es un sentimiento que sólo existe por parte del poeta. El cuervo está enamorado, no fascinado. No hay por qué pensar que reacciona de esta o aquella manera. Resumiendo, quien está enamorado es él, el propio Kyoshi, extasiado al contemplar la belleza de la mujer en la bañera. Y, al ver cómo el cuervo mira hacia abajo desde la rama del sauce, deduce erróneamente que el pájaro estaba ensimismado por el mismo motivo que él. Atribuye a un animal sus propios sentimientos amorosos. Aunque científicamente sea inexacto, tiene lógica desde el punto de vista literario. ¿No cree, Meitei?

—Me parece que, desde el punto de vista lógico, está muy cogido por los pelos. Hasta el mismo Kyoshi se extrañaría si escuchase tu historia. Tu explicación te parecerá lógica a ti, pero me juego el cuello a que como representes ese drama, los espectadores lo encontrarán ridículo. ¿Qué me dices a eso, Toito?

—Es cierto. Yo también creo que es demasiado obtuso —concluyó Toito.

El maestro estaba intrigado por el rumbo que estaba tomando la conversación, así que le preguntó a Toito:

—¿Y qué nos dices de ti? ¿Tú no tienes ninguna obra?

—Bueno, pues... Verán, tengo unos poemas que he escrito, pero no son dignos de que se los muestre a ustedes. Aunque de hecho estaba pensando en publicar uno o

dos. Por casualidad tengo algunos aquí, y les agradecería una crítica si son tan amables de escucharme.

Sacó de su bocamanga un manuscrito que llevaba enrollado y atado con un cinta púrpura. Desató el paquete, que constaba de unas cincuenta o sesentas páginas, y lo depositó reverencialmente frente al maestro. El maestro, a su vez, adoptó su compostura más solemne y, tras pedir permiso, abrió el libro. En la primera página había una inscripción:

«Para la delicada Tomiko».

El maestro miró la página con una enigmática cara de sorpresa durante bastante tiempo, y Meitei se acercó a echar un vistazo.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Poesía de nuevo cuño? ¡Vaya! Y encima está dedicada. Qué cosa tan espléndida, irrumpir con una dedicatoria tan audaz dirigida a una tal Tomiko, si mis ojos no me engañan —alabó Meitei.

—¿Esa Tomiko existe de verdad? —preguntó el maestro.

—Sí, en efecto. Es una de las jóvenes a las que invité en nuestra última reunión literaria, aquélla a la que asistió Meitei, y en la que me aplaudió con tanto entusiasmo, la recordarán ustedes. De hecho, la dama en cuestión vive en este mismo barrio. Antes pasé por su casa para enseñarle mi colección de poesías, pero, según parece, se ha ausentado. Según me han dicho, hace unos días se ha marchado a Oiso a veranear con su familia —dijo con seriedad para corroborar la veracidad de su dedicatoria.

—Vamos, Kushami. No te pongas tan serio. Eres un hombre del siglo xx. Veamos esa obra maestra que nos has traído, Toito. Para empezar, la dedicatoria me parece un poco justa. ¿Qué quieres decir con «delicada»? —preguntó Meitei

—Pues delicada en el sentido romántico de la palabra: una persona infinitamente delicada, refinada, etérea...

—Bien, pero sabrás que la palabra también se puede utilizar con otras connotaciones. Si se lee como nombre adjetivado, parece que la estés llamando débil. De entrada, yo reescribiría la frase entera.

—¿Puede sugerirme algo? Me gustaría sonar impenetrablemente poético.

—Creo que podría ser algo como «dedicado a todo lo que es delicado bajo el aroma de la nariz de Tomiko». No implica demasiado cambio en las palabras que escogiste, pero cambia notablemente la intención.

—Ya veo —dijo como si hubiera entendido algo en medio de ese galimatías que le acababa de soltar Meitei. Intentó disimular, como si aceptara su opinión de buen grado.

El maestro, que hasta ese momento había permanecido sentado en silencio frente a la primera página, empezó a leer:

En la fragancia de este incienso en el que me consumo,
cuando estoy fatigado, aparentemente,
tu alma aparece en el humo que se retuerce y gira
de amor correspondido. Desdichado, desdichado de mí.
Quién en un mundo tan agrio como éste
no anhelaría en la niebla de sus anhelos
el fuego de uno de tus apasionados besos.

—Siento decir que esto me supera —dijo el profesor, y le pasó el manuscrito a Meitei.

—Es demasiado pomposo —dijo Meitei, y se lo pasó a Kangetsu.

—Ya veo por dónde va —dijo Kangetsu, y le devolvió el manuscrito a su autor.

—Es natural que no lo entiendan —saltó Toito en su propia defensa—. En los últimos diez años la poesía ha sufrido una revolución, y ha trascendido sus cánones clásicos. La poesía moderna no es fácil. No se puede entender si uno la lee en la cama o mientras espera el tren en la estación. En la mayoría de los casos, incluso los propios autores son incapaces de responder a las preguntas sobre su propia obra. Escriben sobre la base de la inspiración y no se les debe pedir más responsabilidad que la que se deriva de su propia escritura. Las anotaciones, comentarios críticos y exégesis son cosas que hay que dejar a los estudiosos. Nosotros, los poetas, no debemos ser molestados con semejantes trivialidades. Precisamente, el otro día un colega, un tipo llamado Soseki, publicó un relato corto titulado «Una noche». [62] Se trataba de una cosa tan vaga que, sinceramente, no hay quien entienda nada. Yo personalmente le pregunté al autor qué es lo que quería decir con esa historia, pero él no quiso darme ninguna explicación, y se limitó a decir que si la historia no tenía ningún sentido, no le preocupaba lo más mínimo. Creo que su actitud es muy demostrativa de los nuevos vientos que soplan para la poesía moderna.

—Pues será un poeta, ese Soseki del que hablas, pero a mí más bien me parece un tío raro —soltó el maestro.

—Debe de estar loco —sentenció Meitei.

Toito, sin embargo, parecía no haber concluido con la defensa de su obra:

—Nadie en nuestro club literario tiene la más mínima relación con ese tal Soseki, y sería una lástima que juzgasen mis poemas en virtud de las opiniones de ese tipo, con el que no quiero ni siquiera que imaginen que tengo mayor relación que la meramente casual. Le he dedicado mucho esfuerzo a esta obra, y me gustaría que se fijaran especialmente en el contraste entre la amargura y la pasión, que van unidas a la idea del beso.

—Se nota que te ha costado muchos sufrimientos —dijo el maestro

ambiguamente.

—En efecto. Con tu habilidad para que dulce y amargo se reflejen recíprocamente, parece como si hubieras sazonado cada sílaba con condimentos distintos, antes de mezclarlos con los conceptos y cocinarlos en un extraordinario poema como éste. Me rindo de admiración ante tu arte, Toito —dijo Meitei mofándose a expensas de un hombre honesto como Toito. Probablemente por ello, el maestro se levantó y se marchó a su estudio. O quizás no fue por esa razón, pues al momento apareció de nuevo con un papel en la mano.

—Aprovechando que estamos en plena lectura de la obra de Kangetsu y del poema de Toito, quizás podáis hacerme algún comentario sobre este pequeño texto que he escrito. —El maestro tenía cara de creer realmente que le iban a tomar en serio.

—Si es el epitafio que escribiste para tu amigo fallecido, el Hombre Santo y Natural, creo que ya lo he oído dos o tres veces, así que me excusaréis... —dijo Meitei.

—Por el amor de Dios, Meitei. ¿Por qué no te callas un rato? Mira, Toito, me gustaría que entendieras que no se trata de un ejemplo de mis mejores trabajos. Sólo lo escribí para divertirme, y no estoy demasiado orgulloso de él, pero veamos qué te parece.

—Estaré encantado de escucharle.

—Tú también, Kangetsu. Ya que estás aquí, escucha.

—Por supuesto. Pero no es muy largo, ¿verdad?

—Muy corto. No sé si llega a unas cuantas estrofas —contestó. Antes de que nadie más le pudiera interrumpir, se lanzó a la lectura:

El Espíritu Japonés, grita el hombre japonés,
debe pervivir, grita él.
Pero su grito se desprende esa clase de voz
que procede del espíritu de una divinidad.

—¡Qué obertura más esplendida! —exclamó Kangetsu con verdadero entusiasmo. —El tema salta a primera vista, directamente y se impone con la firmeza de una montaña.

El Espíritu Japonés grita en los periódicos,
los ladrones también lo gritan:
Con un gran salto el Espíritu Japonés
cruza el océano azul
y llega hasta Inglaterra para enseñar,

mientras una obra sobre tan magnífico tema
arrasa en los escenario de Alemania
¿Un gran éxito? No, ¡un gran grito!

—Espléndido —dijo Meitei asintiendo con su cabeza como para confirmar su aprobación—. Mira que es difícil, pero es incluso mejor que aquel epitafio.

El almirante Togo tiene Espíritu Japonés
como lo tiene el hombre de la calle,
los pescaderos, los timadores, los asesinos.
Ninguno de ellos estaría completo,
ninguno de ellos sería el hombre que es,
ninguno de ellos sería un hombre,
si no hubiera sido cubierto por un manto de paño
impregnado del Espíritu Japonés.

—Por favor, por favor, le ruego que diga además que el Kangetsu también lo está —dijo el propio afectado.

Pero si preguntan qué es ese espíritu,
darán un grito y dirán:
el Espíritu de Japón es el Espíritu Japonés.
Luego se marcharán,
y cuando hayan caminado unos metros,
una voz alta, clara y flemática saldrá de sus gargantas,
y esa voz será el Espíritu Japonés
que se manifiesta en ellos.

—Eso me gusta, Kushami. Es realmente bueno. Tienes verdadero talento de poeta. ¿Cómo sigue?

¿Es triangular el Espíritu Japonés?
¿Creéis que es un cuadrado?
¡Por supuesto que no! Como sus propias palabras
explícitamente muestran,
es algo inmenso, un espíritu sobrenatural.
Y ese tipo de cosas están cerca de Dios,
no se pueden definir por una fórmula
ni medir con ningún sistema.

—Realmente se trata de una composición interesante y, lo que es más infrecuente, dotada de un fuerte carácter pedagógico. Pero, ¿no cree que contiene demasiados «Espíritu Japonés»?

—En eso estoy de acuerdo —confirmó Meitei, que no daba puntada sin hilo.

No existe un solo hombre en Japón
que no haya usado la frase.
Pero todavía no he encontrado ninguno
que sepa a qué se refiere.
El Espíritu de Japón, el Espíritu Japonés.
¿Podría ser uno de esos duendes de nariz larga
que sólo los locos pueden ver?

El maestro culminó así su poema. Creía que había generado tema suficiente para la conversación, y se recostó para esperar la avalancha de comentarios. Sin embargo, y a pesar de que los compiladores de antologías, seguramente, llevaban años esperando una pieza como ésta, su indudable estilo occidental y su ausencia de sentido claro dejaron despistada a la audiencia, sin saber con exactitud si el poema había llegado a su fin o si seguía. Así que se quedaron ahí sentados sin decir nada durante un buen rato. Al ver que la voz del maestro no proclamaba nada más, Kangetsu se atrevió a preguntar:

—¿Eso es todo?

El maestro se limitó a responder con un indefinible gruñido. Al contrario de lo que yo pensaba, Meitei no aprovechó la ocasión para lanzarse a una de sus habituales ensoñaciones. En lugar de eso, se giró hacia el maestro y dijo:

—¿Por qué no publicas algunos de estos poemas? Así tú también podrías dedicárselo a alguien.

—¿Qué tal si te los dedico a ti? —replico el maestro.

—¡Ni se te ocurra! —contestó Meitei con firmeza. Sacó la navaja de catorce usos, extrajo las tijeras y empezó a cortarse las uñas.

Kangetsu se giro hacia Toito, y le preguntó con cautela:

—¿Conoces bien a la señorita Tomiko Kaneda?

—Después de invitarla la pasada primavera a nuestra modesta reunión literaria, nos hemos visto en bastantes ocasiones. Cada vez que la tengo junto a mí me siento totalmente inspirado, y después de dejarla durante un buen rato me veo iluminado como por una musa, y con unas ganas tremendas de ponerme a escribir poesía, ya sea al estilo clásico o moderno. Creo que si este pequeño poemario contiene una proporción tan alta de poemas de amor es porque estoy profundamente conmovido

por las mujeres, especialmente por ella, adorable criatura. Y la única forma que encuentro de expresar mi gratitud es dedicándole este humilde libro. A fin de cuentas, no se puede negar que estoy inmerso en una larga tradición, cultivada por muchos otros poetas líricos que han escrito grandes obras maestras inspirados por el perfume irresistible de alguna mujer encantadora.

—¿En serio? —preguntó Kangetsu como si no pudiera poner ninguna objeción al florido argumento de su interlocutor. Pero debajo de la solemnidad de su piel, yo podía ver a un hombre que se reía de la chifladura de su amigo.

Aquella tertulia de diletantes resultaba de lo más interesante. Pero ya había durado demasiado, y tenía toda la pinta de ir a decaer irremediablemente. Cada vez se hacía más insulsa, y descubrí que no me apetecía seguir allí por más tiempo. Así que me excusé, y salí al jardín a ver si cazaba alguna mantis religiosa.

El sol se estaba poniendo. La luz mortecina de sus rayos flotaba sobre las ramas verdes de las paulonias, y producía una enorme variedad cromática. Las cigarras cantaban enloquecidas desde sus escondites. Parecía que aquella noche caería un buen chaparrón.

Capítulo 7

Por aquel entonces comencé a practicar deporte. A algunos puede resultarles ridículo que un gato como yo practique ejercicio, pero a esos les diré un par de cosas. No ha sido sino hasta hace bien poco que los hombres han empezado a practicar deporte. Anteriormente eran de los que pensaban que su única misión en la vida se reducía a comer y a dormir. La humanidad entera debería recordar la autocomplacencia con la que solía pasar sus días sin hacer absolutamente nada, y su firme creencia de que cuanto menos ejercitaran su cuerpo y su alma, más ennoblecerían su espíritu. La misión de un hombre noble residía en no hacer nada más que estar sentado todo el santo día con sus posaderas sobre un cojín. Practicar deporte, tomar leche, bañarse en agua fría, meterse en el mar o refugiarse del calor en las montañas durante el verano para respirar aire puro, son costumbres que, como una enfermedad contagiosa, han llegado sólo recientemente a éste nuestro país, morada de los dioses. Importaciones que me parecen tan saludables como la peste negra, la tuberculosis o esa dolencia tan occidental llamada neurastenia. Yo nací hace apenas un año, por lo que no podría decir exactamente cuándo empezaron a expandirse todas estas enfermedades contagiosas de las que he hablado. Probablemente ocurrió antes de mi llegada a este valle de lágrimas. Sin embargo, no es exagerado afirmar que un año en la vida de un gato equivale aproximadamente a diez años humanos. Nuestra vida es notablemente más corta que la de los hombres, y el desarrollo de nuestras capacidades felinas es mucho más rápido. De ello se deduce que comparar nuestras habilidades tempranas en relación a la escala humana constituye un grave error. La prueba más evidente de ello es que, pese a tener tan sólo un año y unos pocos meses, yo ya era capaz de discernir claramente cuestiones que a un humano adulto sin duda se le escaparían. Al contrario de mí, la tercera hija del maestro, de unos tres años de edad, estaba notablemente más retrasada que yo en lo que se refería a aprendizaje y conocimiento. Todo lo que hacía era llorar, tomar leche y dormir. Si la comparaba conmigo, alguien dotado ya de una visión del mundo y de la capacidad de lamentarse del cambio que experimentan las cosas, esa criatura era apenas un proyecto de ser pensante. No es extraño, por tanto, que me dedique a reflexionar sobre cuestiones cruciales para mí, como la historia del deporte, la pertinencia de los baños en el mar o los beneficios del cambio de aires. Si alguien se sorprende de la vastedad de mis conocimientos, será porque se trata de uno de esos humanos incapacitados, dotados, tristemente, de un solo par de piernas. Desde tiempos inmemoriales su aprendizaje ha sido tremendamente lento. Sólo en tiempos recientes los bípedos han empezado a reconocer las virtudes del ejercicio físico y de los baños marinos, algo de lo que se jactan como si hubieran descubierto algo sorprendente. Por el contrario, yo ya estaba al tanto de todas esas cosas antes de nacer, y era perfectamente consciente de la

bendición que supone dar un paseo por la playa y disfrutar del agua del mar.

Por cierto, que contar la cantidad de peces que hay en semejante volumen de agua constituye una tarea imposible. Pero una cosa es cierta: ni uno solo de esos especímenes ha tenido nunca necesidad de acudir al médico. Ahí están todos ellos nadando, y disfrutando de una salud de hierro. Cuando un pez enferma, su cuerpo está indefenso, y si muere los japoneses decimos que «asciende». Conviene recordarlo. Si muere un pájaro, cae. Si se trata de un hombre, pasa a mejor vida. Pero un pez, cuando muere, «asciende». Se trata de una notable diferencia. Habría que preguntarle a alguien que haya cruzado la vastedad del océano índico si ha visto, siquiera una sola vez, un pez muerto. Por supuesto que no. Y no es extraño. Puesto que, por muchas veces que se navegue arriba y abajo por el infinito océano, uno nunca verá un solo pez flotando mecido por las olas y dando su último suspiro, aunque quizás sería más correcto decir tomando su último trago. En la inmensidad del mar, durante siglos y siglos, nunca se ha visto jamás a un pez ascender. Quizás porque los peces son inmortales.

¿Por qué son tan resistentes? De nuevo, la humanidad no tiene respuesta a esta pregunta, pero para un gato la respuesta carece de complicaciones. Es porque se bañan incesantemente en agua salada y la beben sin parar. Tan simple como eso. Como el agua salada reporta tantos beneficios, no es difícil deducir que, si quisiera, la humanidad podría obtener la inmortalidad. En 1750, un tal Richard Russell [63] un doctor inglés, aseguró, aunque probablemente exageraba, que cualquiera que se diera un baño en la localidad costera de Brighton se curaría inmediatamente de todas sus enfermedades. Considero risible que les haya llevado tanto tiempo, siglos enteros, llegar a semejante conclusión. Incluso nosotros, los gatos, no tendríamos ningún problema en ir a Kamakura a tomar los baños si fuera necesario. Pero ese momento no ha llegado todavía. Hay una ocasión apropiada para cada cosa. Así como los japoneses anteriores a la restauración Meiji nunca tuvieron oportunidad de darse un baño, los gatos aún no hemos alcanzado las condiciones oportunas para poder hacerlo con seguridad y garantías. A día de hoy ninguno de los gatos arrojados al canal de Tsukiji [64] ha vuelto a casa para contarlo, por lo que considero una imprudencia consagrar mi vida a la natación. Hasta que no digan de nosotros que no hemos muerto, sino que hemos ascendido como los peces, yo no osaré acercarme al agua.

Tuve que renunciar por el momento a los baños de mar, pero estaba decidido a practicar deporte. Quien no hace ejercicio en estos días es considerado poco menos que un dejado, y eso no es bueno para la reputación de uno. No se hace deporte por falta de tiempo o de medios para hacerlo, o por ambas cosas a la vez. Antiguamente, sólo hacían alguna actividad física los buhoneros o los sirvientes en las casas de alta alcurnia. Ahora, en cambio, sucede lo contrario y a los que no ejercitan su cuerpo se les tiende a mirar con condescendencia. Parece que la consideración de los méritos

individuales muta con el tiempo y las circunstancias, como lo hacen las pupilas de los ojos de todo bicho viviente, pero con la diferencia de que, mientras las pupilas sólo cambian de tamaño, los hombres también modifican su valor. Al fin y al cabo, eso carece de importancia. Todo depende del color del cristal con que se mire. Puede que sea gracias a su sorprendente capacidad de adaptación, pero los seres humanos han encontrado la forma de lograr que dos cosas opuestas terminen por ser la misma cosa. Por ejemplo, si uno se fija en el ideograma que representa el concepto de «idea», se da cuenta de que también puede significar «plan». ¿No es fascinante? Un concepto parecido es el de los japoneses cuando se refieren al puente del cielo y se agachan para mirar al firmamento a través de sus piernas con la cabeza para abajo. Visto así, el cielo parece el mar y es como si los pinos colgaran de él, mientras que los verdaderos pinos parecen reflejos en el agua. Se trata de un efecto sorprendente. Lo mismo sucedería con las obras de Shakespeare si se examinasen de nuevo de una forma menos ortodoxa: se apreciarían bajo una óptica completamente nueva. Propongo que en alguna ocasión alguien se atreva a ver *Hamlet* con la cabeza entre las piernas. Vista desde esa perspectiva, la tragedia seguramente no parecería especialmente buena y, si alguien lo dijera, el mundo literario, sin duda, progresaría.

Considerando todo esto, no es raro que quienes antes se negaban a practicar cualquier tipo de deporte, ahora se hayan convertido en verdaderos entusiastas del ejercicio físico. Cada vez es menos extraño ver mujeres caminando por la calle con una raqueta en la mano. Así que espero que nadie se ría de mí por hacer deporte.

Es de sobra conocido que, dada la naturaleza de nuestras patas, los gatos no podemos manejar nada con las manos. Por tanto, somos incapaces de empuñar pelotas, bates o cosas tan endiabladas como una raqueta. Y, además de no poder empuñarlas, de todos modos tampoco tenemos dinero para comprar esos artefactos. Por esas dos razones elegí un ejercicio que no tuviese coste alguno, ni necesitase de un equipamiento especial. El tipo de deporte al que me veía limitado consistía en deambular por ahí, o en corretear como Kuro, el gato del carretero, con una rodaja de atún robado en mis fauces. Aunque hay que reconocer que el hecho de mover mecánicamente las cuatro patas obedeciendo exclusivamente las leyes de la gravedad es algo muy poco estimulante, y, además, me parecía demasiado simple como para ser clasificado como deporte. Ni que decir tiene que, en presencia de un incentivo, por simple que sea, no siempre descarto realizar ese tipo de ejercicio mecánico. Andar por ahí a la caza de un trozo de atún o de salmón constituye un auténtico placer atlético, pero estas actividades suelen estar relacionadas con un objetivo concreto. Si los objetivos desaparecen, el propio ejercicio pierde su sentido y deriva en una simple pérdida de tiempo y esfuerzo.

En ausencia de un premio que me sirviera como estímulo, mis preferencias se inclinaban hacia esa clase de ejercicios que requieren una habilidad concreta. Una

serie de ellos cumplían estos requisitos: saltar desde el alero de la cocina hasta el tejado, mantenerme en pie sobre una teja cumbrera, pasear en equilibrio por el palo del tendedero, tarea casi imposible incluso para una criatura tan sofisticada como yo, pues era de bambú resbaladizo y mis uñas no estaban lo suficientemente afiladas. Quizás uno de mis ejercicios más interesantes fuera el de saltar por sorpresa a la espalda de las niñas, pero debía ser muy cuidadoso respecto a cómo hacerlo y respecto a las veces que lo practicaba, pues las consecuencias solían ser muy graves: tras mis ataques solían meterme la cabeza en una bolsa de papel, y no hace falta que les diga lo desagradable que es que a uno le asfixien. A lo sumo saltaba sobre ellas tres veces al mes. Hay que reconocer que el éxito de este tipo de saltos depende completamente de la disponibilidad de un humano que esté de espaldas, y eso lo hace muy poco conveniente para mis inquietudes deportivas. Otra actividad interesante era la de arañar la cubierta de los libros, pero aquello también tenía un par de consecuencias indeseables. La primera: si era descubierto por el maestro, corría el riesgo de recibir una buena tunda; la segunda: al no implicar más que el movimiento de las uñas, los músculos del resto del cuerpo se me atrofiaban a causa de la falta de movimiento.

Este tipo de ejercicios los clasificaría yo en la categoría de los clásicos. Entre los modernos, hay una serie de ellos que me resultaban especialmente atractivos. Por ejemplo, la caza y captura de mantis religiosas. No resultaba tan estimulante como la caza de ratones pero, al menos, era más seguro, y se podía considerar el mejor pasatiempo desde mediados de verano hasta principios de otoño. Las reglas eran las siguientes: de entrada, salía al jardín y comenzaba la búsqueda del objetivo. Cuando el tiempo era bueno, no resultaba demasiado complicado dar con un buen ejemplar. Tan pronto como descubría la mantis, me lanzaba sobre ella como un rayo. Me preparaba para el combate doblando el cuello en forma de arco. Los insectos se defendían como auténticos valientes y me hacían frente, evidentemente, ignorantes de la descomunal fuerza de su enemigo. Avanzaba en silencio, el cuello erguido y dispuesto al ataque. La mantis reaccionaba al desafío, y eso me estimulaba aún más, produciéndome un ronroneo de placer. De un salto me colocaba frente a ella y acariciaba suavemente sus alas con mi mano escondiendo las uñas. Normalmente las alas estaban pegadas al cuerpo en actitud muy discreta, pero cuando las rozaba con la pata, ellas las abrían de repente y allí desplegaban una trama de color pálido y prácticamente transparente, como el papel cebolla. ¡Qué extraordinario animal! Vestido con esa doble capa incluso en verano, que era, en realidad, su única opción para poder huir del ataque.

La mantis giraba la cabeza tan pronto como sentía el contacto de mis pezuñas. En ocasiones avanzaba en esa postura, pero generalmente se mantenía erguida y firme: esperaba el ataque del enemigo. Era una actitud muy poco conveniente, pues me

impedía demostrar mis capacidades atléticas. Yo le daba la opción de tomar la iniciativa y, como mucho, sólo la animaba dándole pequeños golpes con la pata. Si la mantis era inteligente, huía a toda velocidad, pero si era uno de esos especímenes bravucones, solía hacerme frente y me lanzaba un ataque ante el cual yo reaccionaba en una fracción de segundo. Generalmente, les permitía saltar hasta una cierta altura y, cuando el insecto se confundía en la dirección de su huida, me retiraba movido por la compasión y me ponía a dar vueltas alrededor de un árbol como si fuera un pájaro. Aunque lo habitual es que se diera cuenta de mi fuerza, y no tuviera valor para enfrentarse a mí, por lo que intentaba huir a la desesperada. A cada movimiento, yo le cortaba el paso, y así hasta que se rendía. En un último y desesperado intento por salvarse, se dedicaba a agitar ruidosamente las alas. Las alas de la mantis están en armonía con su largo cuello; son extraordinariamente largas y finas aunque, según parece, no sirven de gran cosa, y su único propósito es decorativo; es como el francés, el inglés o el alemán que estudian algunas personas. Por muchos aspavientos que hiciese con sus apéndices alados, yo no tenía nada que temer. Lo único que conseguían era arrastrarse penosamente por el suelo, en un esfuerzo supremo. Aunque quizás calificar su esfuerzo de supremo sea demasiado generoso para describir el lamentable revoloteo del animal por el suelo. Al constatar sus vanos intentos de huida sentía cierta compasión por el bicho, pero no podía dejar así como así la práctica de mi deporte. Saltaba rápidamente delante de ella para que me hiciera frente, tras lo cual yo la remataba lanzándole un directo a la cabeza. Caía rodando medio noqueada con las alas extendidas, y yo sujetaba su cuerpo, alas incluidas, con mis patas delanteras. Aprovechaba este pequeño descanso en el combate para reponer fuerzas y, una vez recuperaba un poco de fuelle, la dejaba libre para volver a darle caza enseguida. Mi estrategia era la misma que la del guerrero Kung Ming, ese prodigioso militar del siglo iii que luchó en la China del reino Shu: dejaba escapar al enemigo siete veces para darle caza otras tantas. Después de treinta minutos de combate, la mantis estaba exhausta y apenas podía moverse, sujeta como estaba entre mis fauces. La sacudía enérgicamente y volvía a lanzarla al suelo. Apenas se movía ya en este punto de la lucha. Para comprobar que no intentaba engañarme haciéndose la muerta, le daba unos golpes con las patas y cuando salía huyendo de nuevo, le daba el golpe de gracia. Llegados a ese punto, el ejercicio tocaba a su fin, y un nuevo insecto iba en dirección a mi estómago. Para quien no ha tenido la oportunidad aún de probar este bocado, decirle que la mantis no es tan sabrosa ni tan proteínica como pudiera parecer.

Otro de mis deportes favoritos consistía en la práctica de la caza de la cigarra. Pero no todos los bichejos de esa especie son comparables. Al igual que sucede entre los hombres, los hay grasientos, engreídos y ruidosos. Las cigarras podían ser escurridizas, escandalosas e impertinentes. Las escurridizas no eran muy divertidas,

las impertinentes me molestaban, así que me concentraba en silenciar a las chillonas. Salían de sus guaridas al final del verano para empezar a frotar sus patas ruidosamente en busca de pareja para sus cortejos. Es entonces cuando el viento fresco del otoño comienza a soplar y se cuela por las mangas del *kimono* de los hombres y les hace estornudar. Soy de la opinión de que estos insectos no tienen más misión encomendada en el mundo que la de cantar sin cesar y servir de caza a los gatos. Tal era mi dedicación desde comienzos del otoño.

Para quien no esté muy al tanto de los detalles del mundo animal y, en concreto, de las características de este tipo de cigarras, conviene advertir que no se arrastran por el suelo, donde se convierten en blanco inmediato de las hormigas, sino que avanzan por las ramas más altas de los árboles donde cantan frenética y ruidosamente. En este punto quisiera proponer una pregunta a los expertos en la materia: ¿cuando las cigarras cantan, dicen *oishii tsuku tsuku*, o, por el contrario *tsuku tsuku oshi*i?. A mi entender, este asunto es importante, y su solución supondría una valiosa aportación en lo que al estudio de estos insectos se refiere. Una de las razones por las cuales los hombres tienen ventaja sobre los felinos, y por la que se sienten especialmente orgullosos, es, precisamente, por su mayor conocimiento en materia de insectos. Por tanto, es vital que se responda a esta pregunta crucial, a fin de salvaguardar su superioridad en este terreno. En cualquier caso, y en lo que se refiere estrictamente a mis objetivos cinegéticos, el mensaje de su canto me resultaba del todo indiferente.

Mi estrategia a la hora de cazar cigarras era la que sigue: trepaba a un árbol, rastreaba al insecto por su cántico, y lo atrapaba en mitad de su berrea. Así explicada, la táctica parece sencilla, pero la realidad es que exigía un trabajo especializado y extenuante. Dotado como estoy de cuatro patas, me consideraba igual de capacitado que otros animales para trotar por espacios abiertos y despejados. Al menos no me sentía en desigualdad de condiciones con respecto a los seres humanos, pues, según dictan las leyes matemáticas, cuatro patas suman dos más que las dos humanas. Sin embargo, en lo que se refiere a la habilidad para trepar a los árboles, debo reconocer que existen criaturas más hábiles que yo. Sin ir más lejos, el mono: un auténtico profesional en la materia. Precisamente, entre sus descendientes, los hombres, hay muchos que se les podrían comparar en este sentido. No es algo deshonroso no estar bien capacitado en las ascensiones arbóreas. Al fin y al cabo, trepar por un árbol va contra las leyes de la gravedad, pero es cierto que supone un grave inconveniente para la práctica de esta especial forma de caza. Suerte que la naturaleza nos ha dotado a los felinos con esa herramienta fundamental llamada uñas. Con semejante arma secreta uno puede escalar más o menos donde quiera, aunque no siempre sea tarea fácil. No conviene olvidar que las chicharras vuelan. A diferencia de las mantis, desaparecen de un brinco, y, después de haber subido con tanto esfuerzo hasta las

alturas, puede suceder que tanto esfuerzo resulte inútil. Otro factor no menos importante a tener en cuenta era la posibilidad de recibir una lluvia de cigarras. Con lluvia no quiero decir que sobre mí se precipitase una nube cargada de ellas, con intenciones aviesas, sino que con frecuencia me veía expuesto a ser atacado por ellas mediante el lanzamiento de una especie de líquido que expelían directo hacia mis ojos, y que no era precisamente agua de rosas. La única solución al escatológico ataque químico era huir como alma que lleva el diablo, y evitar que el aguacero infecto me pillase debajo. No tengo ni idea de la razón exacta, ya sea física o fisiológica, que desencadena semejante lluvia, pero con toda probabilidad es debido al miedo que las embarga cuando un depredador como yo se acerca por sus dominios. Bien puede ser una estrategia para despistar al atacante y ganar así un poco de tiempo para huir. Algo parecido a lo que hacen los calamares y los pulpos en su huida, o a la actitud de los débiles mentales que se tatúan el cuerpo, o al maestro que suelta de golpe una frase en latín para evitar una discusión. Se trata de un fenómeno digno de estudio para los expertos en la materia, y bien merece que se le dedique alguna tesis doctoral. Sin embargo, para mí era una cuestión menor, poco menos que una molestia, así que no ahondaré en el asunto, y pasaré a retomar el tema de la caza propiamente dicho.

Donde más cigarras se reúnen —había pensado usar aquí la expresión «se daban cita» pero la he rechazado por anticuada—, es en las paulonias. A la paulonia se la conoce también como Parasol de Sultán por sus innumerables hojas, cada una tan grande como un abanico. Crecen con tal exuberancia que impiden ver el tronco, por lo que eran un auténtico reto en lo que a la caza se refería. Pensé que quizás había sido alguna de las cigarras del jardín del maestro la que había compuesto aquella canción popular que decía «se escucha su voz, pero no se ve su figura».

Teniendo en cuenta las características del entorno, no me quedaba más remedio que asegurarme, antes que nada, del lugar exacto de donde provenía el sonido. Me agazapaba, pues, a una distancia de unos dos metros, que era donde las ramas de la paulonia se bifurcaban, y aprovechaba el emplazamiento para tomarme un pequeño respiro. Desde esta atalaya oteaba las alturas a fin de fijar la localización exacta de mis víctimas, mientras procuraba mantener la cabeza bien oculta entre las hojas y así no ser descubierto. Lo malo era que el roce de cabeza y hojas producía una escandalosa sinfonía vegetal, y solía alertar al enemigo, que ponía pies en polvorosa. Si una sola de las cigarras volaba, todo el esfuerzo había sido en vano. Las cigarras, al igual que los hombres, son animales gregarios y lo que hace una lo hacen todas: al más mínimo indicio de peligro la escuadra al completo despega y desaparece por los aires. En tales circunstancias, uno no tiene más remedio que retirarse con el rabo entre las piernas, tras haber trepado hasta las alturas con gran esfuerzo para no lograr nada. Y, por si fuera poco, quedaba aún la desagradable misión de desandar lo andado

y volver a bajar al suelo. Para posponer el trago me quedaba allí descansando un rato, y esperaba la oportunidad de volver a hacer alguna presa. No era raro que en tan lánguida espera me entrase un sueño irrefrenable y me quedase dormido como un tronco. En mis sueños flotaba en el espacio-tiempo del mundo de las hadas, hasta que me despertaba un súbito golpe que no era otra cosa que mi cuerpo rebotando contra las piedras del suelo del jardín.

A pesar de los episódicos fracasos, mi media de capturas no era mala del todo, y cada ascensión solía tener al menos la recompensa de una cigarra. La parte menos divertida del asunto era que, una vez sujeto el animal con los dientes, tenía que descender con él a tierra, con lo que, una vez en el suelo, el bicho apenas daba ya señales de vida. Aun así, era entretenido. La chicharra, como mucho, alcanzaba a estirar y encoger la cola y, cuando su rendición era obvia, aprovechaba para darle el golpe de gracia y aplastarla de modo inmisericorde. Pero antes de exhalar el suspiro final, el bicho daba los últimos estertores y agitaba las alas vertiginosamente en todas direcciones. Era un espectáculo extraordinario y extraño. Entonces yo apretaba al malogrado bicho contra el suelo, y éste reaccionaba al instante para mi deleite. Cuando ya me había divertido lo suficiente, lo engullía sin más y, en ocasiones, notaba cómo el bicho aún continuaba agitándose dentro de mi boca.

Después de la caza de grillos, otra de mis aficiones deportivas consistía en deslizarme por los pinos. Lo describiré brevemente. No se trataba de convertir la superficie del pino en una pista de patinaje, aunque su nombre pudiera sugerir lo contrario. Básicamente el ejercicio consistía en subirse a un árbol, así, sin más. Sin el objetivo concreto de atrapar nada allí arriba. En los pinos, puede decirse, practicaba la escalada pura. El tronco de estos árboles siempre ha tenido una superficie rugosa y áspera. Ya en tiempos de Genzaemon Sano, [65] éste usó su bonsái de pino para caldear la habitación de rezo del templo que habitaba, cuando el sumo sacerdote Saimoyi, regente en los tiempos del reinado de Kamakura, llegó después de haberse perdido en la nieve. El caso es que su corteza tiene muchos puntos de apoyo para las patas, y gracias a ello es el árbol donde resulta más fácil clavar las uñas. Saltaba hasta donde podía agarrarme con seguridad y, después de subir, volvía a bajar. Para bajar usaba dos métodos: o bien bajaba de cabeza, mirando al suelo de frente, y, si no, bajaba de espaldas, según como estaba, hasta sentir que la cola había aterrizado en el suelo. Si me preguntasen cuál de los dos métodos resultaba más sencillo, diría, dado lo osados que son los humanos, que mirando directamente al suelo resultaba mucho más cómodo. Pero se trataría de una percepción equivocada. Mucha gente piensa que si Yoshitsume Minamoto pudo bajar boca abajo con su caballo por el abrupto y vertiginoso paso de Hiyodorigee en las montañas de Rokko, también podrá hacerlo un gato, sin duda. Pero lo cierto es que eso demostraría una gran ignorancia sobre las reglas que gobiernan el mundo de los felinos. Nuestras uñas están diseñadas para

clavar y arrastrar, así que, si invertimos su posición natural, resulta casi imposible sacarlas una vez se han clavado.

Trepaba a los pinos con toda la fuerza de la que era capaz. Como soy un animal terrestre, me era bastante difícil sujetarme en una posición vertical, pues, como las demás criaturas, estoy sujeto a las exigencias de la ley de la gravedad. Un simple descuido, y aterrizaba en el suelo. Soltar las uñas y caer eran acciones instantáneas. Había que servirse de alguna maña para ralentizar la velocidad con la que la gravedad reclamaba mi cuerpo para sí. Este «ralentizar» era exactamente lo que significaba «bajar» para mí. Entre caer y bajar media un abismo. Aunque caer, en realidad, es bajar deprisa, de manera que no hay diferencia entre ambas acciones, si obviamos la velocidad en llevarlas a cabo. Yo odiaba caerme, por eso debía amortiguar la caída de la mejor manera posible. Al contrario de lo que piensan los osados humanos, lo más racional era bajar de espaldas con las uñas clavadas en su posición natural. Eso es bajar. Hacerlo al revés, como hizo el intrépido Minamoto en la montañas de Rókko, anula la función de las uñas y convierte toda la operación en un continuo resbalarse sin control alguno. Bajar así es sacar todas las papeletas para que nos espere una caída segura. Emular a Minamoto era para mí tarea casi imposible. Sin embargo, en lo de bajar pinos de espaldas con la cola para abajo me convertí en un auténtico campeón entre los de mi especie.

Pero no puedo acabar este somero recorrido por mis actividades favoritas sin mencionar el que es mi deporte predilecto: dar vueltas alrededor de la valla. El jardín del maestro formaba un rectángulo cerrado por sus cuatro lados por una valla hecha de cañas de bambú. La parte paralela a la galería exterior de la casa medía unos quince metros. Los otros dos lados tendrían unos siete metros cada uno. El ejercicio consistía en caminar en equilibrio sobre el perímetro de la valla sin caerme. Fracasar no era extraño, y lograr completar la vuelta sin darme un trompazo era un motivo de verdadera satisfacción. Era un considerable ejercicio de malabarismo. Menos mal que los palos transversales colocados para sujetar el bambú ofrecían, de tanto en tanto, un lugar de descanso.

Recuerdo especialmente un día en que estuve muy inspirado. En apenas unas horas, desde la mañana al mediodía, logré completar tres vueltas. Con cada vuelta que daba, más perfeccionaba mi arte. Entonces me sentí con ganas de intentarlo una vez más, y me lancé a dar una cuarta vuelta. Estaba a punto de completarla, cuando tres cuervos, que hasta entonces me habían estado observando desde el tejado del vecino, se acercaron volando y se posaron en la valla, justo delante de mí. Eran unos pajarracos de lo más guarros, unos insolentes, y desde el primer momento supe que su único objetivo era el de intentar que abortara mi misión. Eran, además, unos pájaros vagabundos. Cualquiera sabía de dónde procedían. Aquello, coincidirán conmigo, era algo totalmente intolerable. Lancé un par de maullidos de advertencia

para invitarles a que depusieran su actitud y se largasen de mi casa. Aquello era una propiedad privada. Uno de ellos me desafío con la mirada y me lanzó un graznido de lo más amenazador. El otro, mientras, oteaba el territorio del jardín del maestro, y un tercero se entretenía en limpiarse el pico con el palo que sujetaba la valla, como si acabara de salir de un gran banquete. Tres minutos les di para atender a mi exigencia.

La gente suele decir de los cuervos que son testarudos. Pues bien, aquellos tres eran los primeros de la clase. Pensé que un maullido amenazante, sin mediar siquiera un saludo, sería suficiente para amedrentarles, pero al ver que no reaccionaban, me vi obligado a avanzar posiciones. El más próximo, al verme, extendió sus alas, así que pensé que había comenzado la retirada. Pero se trataba de una falsa alarma. Lo único que hizo fue cambiar sutilmente de posición. Si el desafío me hubiera cogido en tierra, no habría perdido ni un minuto en lanzarme el ataque, pero mis fuerzas habían mermado considerablemente por el ejercicio, y además no me encontraba en situación de emprender una acción tan arriesgada como aquélla en esas condiciones. Tampoco consideraba aceptable tener que esperar sin más a que los pajarracos se cansaran y se marchasen. Mis renqueantes patas no aguantarían tanto, sin duda, mientras que las suyas sí lo harían. Tras mis evoluciones circenses, que me habían dejado al límite de mis fuerzas, yo no estaba para mucha más gimnasia. Incluso sin obstáculos, me resultaba difícil mantenerme en pie, y más aún con esos tres córvidos frente a mí cortándome el paso. Renuncié a la acrobacia y decidí lanzarme al suelo, pero incluso la retirada tenía sus complicaciones. Estaba indeciso sobre lo que hacer: no sabía si bajar a tierra o si seguir sobre las cañas de bambú, esperando a que los cuervos se fuesen. El enemigo era fuerte, temible. Además, su verdadero poder era totalmente desconocido en el vecindario. Sus picos eran puntiagudos y afilados como lanzas. Parecían mensajeros de Tengu, [66] el duende narigudo de las montañas. En cualquier caso, su poderío y su enorme maldad eran evidentes. Lo más seguro y razonable era emprender la retirada. Reflexioné a fin de encontrar la forma más segura de evitar, además, una caída deshonrosa.

El cuervo más próximo a mí se giró y graznó: «ajó». Le siguió el segundo: «ajó»; y luego el tercero, algo más suave: «ajó, ajó». Me tengo por un gato bastante tolerante, pero no podía dejar pasar esa ofensa. Ser ofendido en mi propia casa por unos grajos hipertrofiados superaba todo lo admisible. Si no reaccionaba, mi nombre y mi reputación quedarían mancillados. Mejor dicho, mi nombre en realidad no resultaría afectado, pues aún no tenía, pero otra cosa era mi sacrosanto honor felino. Siempre había escuchado hablar de enormes bandadas de cuervos camorristas que sembraban el terror allá donde iban, por lo que sólo tres no me parecieron un enemigo demasiado numeroso. Pensé en la famosa máxima: «Adelante, siempre adelante. Hacia atrás ni para coger impulso», y avancé con sigilo. Y, mientras, los cuervos como si nada. Se me estaba acabando la paciencia. Lástima que el bambú no

tuviera unos centímetros más de espesor. En ese caso, con una plataforma sólida, les habría presentado batalla sin dudarlo. En las actuales circunstancias, no obstante, todo lo que podía hacer era aproximarme a ellos sigilosamente. Finalmente abandoné la línea de vanguardia y me encontré a un palmo de sus posiciones. Estaba a punto de lanzar el ataque definitivo cuando, de pronto, alzaron el vuelo con aleteos sonoros que provocaron un remolino considerable de aire dirigido hacia mi cara. La tempestad me confundió, tropecé y caí al suelo, desarbolado. Rendición. Miré hacia arriba y los tres descarados plumíferos habían vuelto a posarse sobre la valla. Me miraban fijamente, apuntándome con sus picos, prestos al ataque. Verdaderamente, eran unos bichos de lo más impertinentes. Les taladré con la mirada, pero nada. Al igual que los hombres corrientes son incapaces de comprender la poesía simbolista, aquellos mamertos no reaccionaban al fuego que brotaba de mis ojos.

Al fin y al cabo, yo tenía toda la culpa. Mi error consistía en que les trataba como un gato, y desde una perspectiva estrictamente gatuna. Si hubieran sido felinos, su reacción habría sido similar a la mía. Pero eran cuervos, criaturas indignas y poco merecedoras de confianza. Su reacción era totalmente lógica, si lo pensaba. Insistir en mi actitud era tan absurdo e inútil como intentar que un hombre de negocios le cayese bien al maestro Kushami, o como pretender que el monje Saigyo aceptase el gato de plata que el general Yoritomo Minamoto le había regalado. Tan pronto como el militar salió del templo, se lo regaló a un niño que pasaba por allí. Tan fútil como pretender que los córvidos se largasen al parque Ueno a blanquear con sus defecaciones la estatua de bronce del mariscal Takamori Saigo. [67] Yo solía saber discernir con claridad la oportunidad o no de insistir en algo, y ésta no era una de esas ocasiones. Corrí sin perder más tiempo hasta la galería de la casa.

Mientras tanto, ya se había hecho tarde y era hora de cenar. El día llegaba a su fin. El deporte es una actividad de lo más saludable, pero tampoco conviene abusar. Estaba exhausto, y tenía muchas ganas de descansar. Mi pelo brillaba de sudor. Estaba asfixiado de calor y sólo quería refrescarme, pero era imposible. Lo único que lograba era que el sudor se me pegase al pelo como si fuera aceite. La incomodidad era especialmente grave en la zona de la espalda. Nada comparable, desde luego, con el picor producido por las pulgas, pero éste estaba localizado en una zona fuera del alcance de boca y uñas, y eso lo hacía especialmente insoportable.

En casos así la mejor opción era recurrir a los humanos para que me rascaran allí donde yo no alcanzaba y, en caso de que no hubiera nadie a mano, pues buscaba un pino donde restregarme a gusto. Si cualquiera de las dos opciones fallaba, el asunto se ponía feo, y la perspectiva de pasar un mal rato y no pegar ojo me atormentaba horriblemente. Cuando decía «miau» (por cierto, eso de «miau» es sólo algo que dicen los humanos, nosotros preferimos maullar, sencillamente) y me ponía sobre las rodillas de alguien, normalmente esa persona no tenía la inteligencia suficiente para

saber lo que quería, e interpretaba erróneamente mi gemido como si fuera una señal de cariño. En lugar de rascar, se limitaban a tratarme con mimo y a atusarme la cabeza. Por desgracia, desde el verano sufría una invasión capilar de esos diminutos parásitos, las pulgas, dotados de una increíble capacidad reproductora. Así que, desde entonces, nadie se me acercaba demasiado. Como mucho, me cogían del pescuezo y me lanzaban por ahí, lo más lejos posible de ellos. Me rechazaban por culpa de esos diminutos bichos que, encima, apenas se veían. Cada vez tenía más claro que los sentimientos humanos se caracterizan por lo variables que son. Cómo cambia la actitud de un humano hacia ti sólo porque te acompañen apenas unas mil o dos mil pulgas de nada. Entre los humanos hay un dicho: «Amarás a tu prójimo mientras puedas sacar provecho de él». Una vez me rechazaron por culpa de las pulgas, empezaron a ser bastante esquivos conmigo, por lo que no había forma de que me aliviaran del insoportable picor. El único remedio era echar mano de la segunda solución, esto es, rascarme compulsivamente contra la corteza de un pino.

Bajé de la galería decidido a usar la primera conífera que me encontrase para usarla como rascador, pero en ese momento ocurrió que peor podía ser el remedio que la enfermedad. La razón: los pinos tienen una resina con una fuerza adhesiva extraordinaria, y una vez impregnados los pelos con esa sustancia no había nada en este mundo capaz de quitársela de encima. Si sucedía que se pegaban sólo cinco pelos a una gotita, era irremediable que se pegaran después otros cinco, y luego cinco más, y así sucesivamente.

Yo soy un gato muy especial, y amigo de las cosas sencillas. Y, además, odio esa sustancia pegajosa, horrible y tenaz. Rechazaría a cualquier gata por muy guapa que fuera, si estuviera manchada de resina. De ninguna manera quiero que mi piel se embadurne con esas viscosas lágrimas de pino. Además, me recordaban a las legañas que le salen a Kuro, el gato del carretero, cuando sopla el viento del norte.

Tenía que pensar bien en cómo quitarme el picor de encima sin que ello me supusiera un problema mayor. No enfrentarme a una cuestión tan simple podía afectar a mi reputación, así como a mi brillante pelaje. La única solución era armarme de paciencia, pero no era cosa sencilla. Pensar que no podía rascarme de ninguna manera era desesperante. Si no encontraba pronto una solución corría el riesgo de caer enfermo como consecuencia de la irritación causada por los parásitos y por el sudor.

Me senté a reflexionar, seriamente preocupado. De pronto tuve una idea: el maestro salía a veces de casa, haciendo gala de su habitual desidia, con una toalla y una pastilla de jabón en la mano, y se dirigía a no sé qué lugar misterioso. Al cabo de unos treinta minutos volvía a casa, y su cara, por lo general bastante pálida y enfermiza, brillaba entonces como rejuvenecida. Si un hombre tan feo como el maestro podía experimentar un cambio tan sorprendente como aquél, qué no haría con alguien como yo, un prodigio de belleza. Mi elegancia natural y mi porte harían

la tarea mucho más sencilla. No es que yo lo necesitara por una mera cuestión de físico, pero si no encontraba pronto un remedio para mis desazones dermatológicas, el día menos pensado me iría a la tumba. Y eso, tratándose de alguien como yo, que no tenía más que año y medio, habría sido imperdonable.

En una ocasión pillé una conversación al vuelo en la que hablaban de algo llamado «*onsen*», una especie de baños públicos de aguas termales. Al parecer, se trataba de un invento humano creado con la única finalidad de darse solaz y pasar el rato, sin apenas hacer nada y sin dar un palo al agua. Si en verdad se trataba de un invento de aquellos bípedos tan acostumbrados a la molicie, seguro que no era muy conveniente para nosotros, los gatos, pero sospeché que era mi única oportunidad de curarme de mis picores. Así que me dije que al menos debía intentarlo. Si no daba resultado, con retirarme sería suficiente. M i mayor preocupación residía en si aquellos baños termales serían aptos también para los gatos. El maestro tenía entrada libre en el establecimiento donde se ofertaban, y, por tanto, era probable que a mí también se me permitiese entrar, pues yo era propiedad suya. Pero debía ser cuidadoso: cualquier imprevisto podía poner en riesgo mi buena estrella. Así que antes de dar el paso, decidí acercarme por allí para explorar un poco el territorio. Si el lugar parecía seguro, entraría aunque fuese con la toalla colgada de los dientes.

Puse rumbo al *onsen* y, al doblar el primer callejón a la izquierda, vi algo parecido a un tubo de bambú que expulsaba un espeso humo blanquecino. Opté por entrar con sigilo por la puerta de atrás del establecimiento. Ya sé que hay quien dice que entrar por la puerta trasera es de cobardes y de débiles, pero a mí me parece la eterna lamentación de los envidiosos, incapaces de atreverse a entrar en un sitio si no es por la puerta principal. En la antigüedad hubo hombres inteligentes que usaron esta táctica para derrotar a sus enemigos. Así consta en un libro titulado *Reglas de educación para caballeros* (volumen ii, capítulo i, páginas 5 y 6), en el que se llega a decir incluso que «un caballero debe dejar escrito en su testamento que la puerta trasera es el camino ideal para conseguir la virtud». Soy un gato del siglo xx y esas cosas son moneda corriente para mí, así que nadie puede permitirse el lujo de menospreciarme.

Entré en el *onsen* a hurtadillas, y observé. A mi izquierda había una montaña de astillas de madera de pino y, al lado, un montículo de carbón mineral. ¿Por qué las astillas de pino se amontonaban en forma de montaña y el carbón en forma de montículo? En realidad la distinción no tenía ningún sentido, sólo que en un momento dado pensé que, como los humanos comen arroz, aves, pescado, cuadrúpedos y cosas por el estilo, igual les había dado también por comer astillas de madera de pino y pedazos de carbón. Continué con mi exploración y me metí por un pasillo que desembocaba en una puerta entreabierta. Reinaba un silencio maravilloso, pero, en cambio, en el lado opuesto del pasillo se oía una cháchara bastante

desagradable. Ése debía de ser el famoso *onsen* del que tanto hablaban los humanos. Así que me aventuré por el valle que se abría entre la montaña y el montículo, y giré a la izquierda. A mano derecha había una ventana de la que colgaban unos cubos de madera que conformaban una especie de pirámide. De un poco más allá sobresalía una tabla de madera de varios metros de largo, cuya única finalidad parecía ser la de servirme de trampolín para entrar en el recinto. Estaba más o menos a un metro de altura, y brincar hasta allí no me supuso ninguna dificultad. Me encaramé a la tabla y bajo mis ojos apareció un inmenso tanque lleno de agua. No hay cosa más excitante en el mundo que comer lo que nunca se ha comido, o ver lo que nunca se ha visto. Para los que iban a los baños públicos como el maestro, tres o cuatro veces por semana, aquella vista no tendría nada de especial, pero cuando yo vi aquello, casi me muero de la emoción. Sentí unas ganas tremendas de contemplar aquella maravilla más de cerca. Ni aunque mis padres hubieran estado agonizando en su lecho de muerte habría yo dejado pasar aquella oportunidad. El mundo es inconmensurable, pero a mí jamás se me habría pasado por la imaginación que existiese un lugar como aquél. ¿Qué espectáculo fascinante era ése? Era tan imponente que apenas se me ocurren palabras que puedan describirlo. Todo lo más que puedo decir es que en el interior de aquel inmenso tanque o alberca había muchos hombres parloteando animadamente, y todos ellos estaban desnudos como los aborígenes de la isla de Formosa; o para ser más gráfico, como adanes del siglo xx.

La historia del vestido es larga y procelosa, y yo no soy ni mucho menos el doctor Herr Diogenes Teufelsdrökh, [68] ni ésta su monumental obra *Die Kleider, Werden und Wizken*. Pero, en síntesis, una de las características de los seres humanos es que siempre se han considerado dignos de respeto, no por cómo van vestidos, sino por el hecho mismo de llevar algo encima. En el siglo xviii, Beau Nash [69] redactó una estricta regulación para los que iban a bañarse a la localidad inglesa de Bath: tanto hombres como mujeres tenían que entrar al baño cubiertos con largos vestidos que les cubrían desde los hombros hasta los pies. Hace unos sesenta años a alguien se le ocurrió construir una escuela de arte en otra ciudad inglesa, cuyo nombre no recuerdo ahora. Cuando se terminó el edificio, se colocaron en su interior todo tipo de estatuas y cuadros representando desnudos. Nada extraño en una escuela de arte, donde una de las asignaturas principales era, precisamente, el estudio del cuerpo humano en sus poses más naturales. Pero, llegado el día de la inauguración, los responsables de la escuela se vieron en un aprieto, pues debían invitar a la damas más respetables de la ciudad. En aquella época se pensaba que el hombre era un animal vestido y, por supuesto, que no era descendiente del mono. Un hombre desnudo era algo extraño, e incluso ridículo. Un sinsentido, como lo puede ser un elefante sin trompa, una escuela sin alumnos o un militar carente de arrojo. La ropa era algo consustancial al hombre, casi parte integrante de su esencia. Sin ella, el hombre ya no era un hombre, sino una

bestia. Aunque se trataba de una escuela de arte, y era previsible que entre sus paredes se encontrasen buenos ejemplos de desnudos artísticos, las refinadas damas de la ciudad consideraron que asistir a semejante espectáculo de bestias desnudas resultaría indigno e insultante, y se negaron a acudir a la inauguración. No había forma de hacerles cambiar de opinión. Ni siquiera argumentando que no solamente de cuerpos masculinos se nutrían los artistas, sino que la mujer era uno de los principales motivos artísticos elegidos, algo que no sólo pasaba en occidente sino también en oriente. Las mujeres, por aquel entonces, no acostumbraban a desempeñar trabajos pesados, ni a engrosar las filas de los ejércitos. En realidad, servían para bien poco según la mentalidad de la época. Pero si de lo que se trataba era de inauguraciones, fiestas o actos sociales, entonces su presencia era imprescindible, aunque sólo fuera por puros motivos decorativos. Así que a los responsables de la escuela no les quedó más remedio que buscar una solución. Finalmente, decidieron encargar treinta y seis rollos de tela negra con la que cubrieron los fríos cuerpos de las estatuas y los cuadros ofensivos, a fin de que nadie se sintiera molesto. La solución satisfizo a las señoras, y la inauguración pudo celebrarse sin mayores contratiempos.

Anécdotas como ésta muestran bien a las claras cuán esencial es la vestimenta en la sociedad humana. En nuestros tiempos modernos hay numerosos maestros de pintura que insisten una y otra vez en lo fascinante del cuerpo humano desnudo. Pero yo creo que incurren en un tremendo error. Yo, por ejemplo, desde que nací nunca me he quitado de encima mi peludo abrigo, y no por ello resulto menos atractivo e interesante. Esos maestros tan a la vanguardia se equivocan de cabo a rabo. La moda y el gusto por el desnudo artístico empezaron a popularizarse en la época del Renacimiento gracias a los artistas italianos que tomaban como modelo los cánones de belleza de las antiguas Grecia y Roma. Aquellos griegos y romanos, habitantes de países con un clima del todo benéfico, estaban acostumbrados a ir por ahí desnudos, y no relacionaban de ninguna manera su desnudez con nada que tuviera que ver con la moral pública. Sin embargo, en el norte de Europa hace muchísimo frío. Lo mismo pasa en Japón, donde incluso tenemos un refrán muy famoso que dice: «No se puede viajar desnudo». En países como Alemania o Inglaterra, un hombre desnudo se convertía pronto en un hombre muerto, y si todos y cada uno de los humanos cubrían su cuerpo con ropa, se convertían entonces en animales vestidos y, por tanto, un hombre desnudo dejaba de considerarse como tal para entrar en la categoría de las bestias salvajes. Consecuentemente, las pinturas y desnudos de los europeos, especialmente de los europeos que vivieron más al norte, pueden considerarse sencillamente bestiales. En otras palabras, europeos y japoneses tienen el buen sentido de considerar el desnudo humano como una forma de vida inferior a la de los propios gatos. ¿Es que acaso existe un cuerpo desnudo que a la vez sea bello? Las bestias, aunque sean hermosas, no dejan de ser bestias. Quizás a alguien se le ocurra

preguntarme si he visto en alguna ocasión los vestidos de noche con que se adornan las mujeres europeas. No he tenido la oportunidad, pero, según parece, se trata de una vestimenta que muestra a los demás los brazos y la espalda, y que además les realza el pecho. Algo, como entenderán, de lo más chabacano y desagradable. Antes del Renacimiento, las mujeres no osaban vestirse con semejantes prendas ni mostrar un solo centímetro de piel. En aquella época se vestía de un modo más natural. Entonces, ¿cuál es la razón que ha impulsado a los hombres a cambiar de vestimenta como lo han hecho, hasta acabar convirtiéndose en poco menos que titiriteros? Sería muy largo explicar con detalle la historia de esta decadencia. Quien conozca las razones, lo entenderá, y quien no las conozca, no tendrá necesidad de que me extienda, pues salta a la vista. Eso debería bastar. En cualquier caso, y sean cuales sean las razones históricas, el hecho es que las mujeres modernas siguen vistiéndose a medias cada noche con evidente satisfacción, a pesar de que al final su aspecto suele ser lamentable. Sin embargo, parece que tras su apariencia de animales sin civilizar siguen conservando un cierto rastro de recato humano, pues tan pronto como sale un rayo de sol esas mismas mujeres se cubren inmediatamente brazos, pecho y espalda, e incluso se avergüenzan de mostrar a los demás el inocente dedo de un pie. Sin duda, esta actitud da a entender que todas las normas acerca de la forma de vestir en sociedad son sólo el resultado de las elucubraciones de una mente enferma. Si no están de acuerdo con las opiniones que expreso, ¿por qué razón no andan también a plena luz del día con parte de su cuerpo descubierto, como hacen por la noche? Lo mismo les digo a los partidarios del desnudo porque sí. Si tan bueno es, ¿por qué no mandan a sus hijas desnudas a la calle? ¿Por qué no dejan su ropa en casa y se van a pasear con la familia por el parque Ueno como Dios les trajo al mundo? «Eso no se puede hacer», dirán. Pero yo les responderé: por supuesto que se puede. La única razón por la que uno no sale desnudo a la calle a pasear, es porque los europeos tampoco lo hacen. Para apoyar mis razonamientos no hay más que fijarse en las mujeres japonesas que acuden cada noche embutidas en absurdos vestidos de estilo occidental al Hotel Imperial. Si lo hacen es por pura imitación de los modos y modas de las mujeres occidentales y no por alguna razón que tenga que ver ni por asomo con nuestra identidad nacional. En éste y otros ámbitos, los europeos son poderosos, y siempre habrá alguien dispuesto a hacer el estúpido y a copiar sus maneras, se lo pueda permitir o no. Se rendirá ante los poderosos, se humillará ante los ricos y se dejará aplastar por los que marcan las tendencias desde el extranjero. Si estas actitudes tan lamentables se debieran a algún tipo de necedad o de estupidez congénita, al menos quedaría un margen para la compasión. Pero entonces que no argumenten que Japón es una gran nación. Y sucede tres cuartos de lo mismo en el campo de los estudios académicos. Sin embargo, como no se trata de entrar aquí en temas espinosos, dejémoslo como está.

El vestido es fundamental en la vida humana. De hecho, es tan trascendental que me pregunto qué fue antes, si el hombre o su atuendo. En ocasiones se tiene la impresión de que la historia de la humanidad no es la de su carne, la de sus huesos o la de su sangre, sino la de su indumentaria. Por esa razón, cuando uno se planta delante de alguien desnudo, la impresión es la de estar ante un monstruo y no ante un ser humano. Si de mutuo acuerdo todos llegaran al consenso de que los que andan por ahí en cueros son monstruos, evidentemente ninguno vería nada monstruoso en los demás, y todos tan felices. Cuando los hombres aparecieron sobre la faz de la tierra, todos venían construidos según las mismas normas y especificaciones, y todos, luciendo una desnudez igualitaria, se lanzaron en igualdad de condiciones a la aventura de la vida. El ser humano fue hecho para contentarse con sus atributos uniformes, pero lo que yo no alcanzo a entender es cómo no se conformó con lo que tenía, y afrontó por tanto su condición de ser humano sin necesidad de adornarla con ropajes de lo más variopinto. Quizás a alguno se le ocurrió pensar que, si tan idénticos eran, no valía la pena esforzarse, pues no les reportaría ninguna distinción. Por eso, seguramente, decidió inventar algo, una prenda que pusiera una nota de color y que hiciera evidente a ojos de los demás que se trataba de un ser distinto a los otros. Estoy convencido de que, al primero que se lanzó a cubrirse el cuerpo con telas de colores, esa idea le debió de rondar la cabeza al menos durante un periodo de diez años, hasta que, finalmente, descubrió la utilidad de los calzoncillos. Se los puso y se paseó delante de sus compañeros con aires de superioridad. De estos pioneros descienden, con total seguridad, nuestros actuales carreteros que tiran de esos carritos con dos grandes ruedas, y que solemos ver vestidos con un pantalón pesquero bien arremangado. Es extraño que fuese necesario que transcurriese un periodo tan largo para concebir una cosa tan simple como son los calzoncillos, pero esa extrañeza puede que sea sólo una especie de ilusión óptica generada por la inmensa perspectiva del tiempo. En la época de la prehistoria humana, alcanzar un hito como ése no era baladí. Si no, consideremos la década de esfuerzos intelectuales que le costó a Descartes llegar a su famosa conclusión: «Pienso, luego existo», algo que un niño de tres años es capaz de comprender sin necesidad de tener mucho raciocinio. Si tenemos en cuenta los esfuerzos desplegados para inventar los calzoncillos, es justo reconocer que aquel proto-carretero probablemente estaría dotado de una gran inteligencia, y debía de ser una de las personas más influyentes de su entorno, a pesar de que al resto de sus congéneres no les agradase mucho el hecho de que fuera el único que se paseaba por ahí pomposamente con un trapo cubriéndole las nalgas.

A juzgar por su inutilidad, y basándome en la máxima de que cuanto más absurda sea una cosa, más tiempo se invertirá en su gestación, diría que diseñar el *haori* le llevaría a su inventor no menos de seis años de arduo trabajo mental. Fue entonces cuando se inició la decadencia de la era del calzón, y comenzó la edad de oro del

haori. Pero, por ser demasiado larga, esta prenda resultaba poco práctica. Cuando llegó el ocaso del *haori*, comenzó la edad de esa prenda tan japonesa, inventada con toda seguridad por un hombre de muy mal genio, llamada *hakama*. Una moda que causó furor entre los samuráis y los miembros del gobierno en las épocas medievales. Otros, en cambio, para no quedarse atrás en el asunto de la vestimenta, tuvieron la genial ocurrencia de inventar un ridículo traje, al que llamaron *frac*, y cuyo mero lucimiento hacía que su dueño pareciera una enorme golondrina con piernas.

Llegado a este punto, considero que todo ese interés por inventar vestimentas nuevas no es producto ni de la necesidad ni de la casualidad. Es la consecuencia lógica de un afán muy humano por sobresalir y destacar por encima de los demás. Es como, si al ponerse tal o cual prenda, el que la vistiese quisiera decir: «Yo no soy como vosotros». De esta realidad se puede deducir la siguiente verdad universal: igual que la naturaleza rechaza el vacío, del mismo modo «los hombres aborrecen la igualdad», y para evitarla deben cubrir y empaquetar sus cuerpos con todo tipo de forros y ropas, que pasan a formar parte de ellos como si fueran sus huesos y sus pellejos. La vestimenta es tan importante para ellos que alguien que pretendiese el retorno a la edad primigenia en que se practicaba la desnudez total, sería tachado inmediatamente de perturbado mental, si no de monstruo. En el improbable caso de que tal cosa sucediera, y de que los millones de personas que habitan el mundo fueran calificados de locos o de enfermos, daría absolutamente lo mismo, pues inmediatamente empezarían las distinciones y las diferenciaciones en virtud de los detalles corporales de la desnudez de los supuestos locos. Para evitar males mayores, creo que lo mejor es continuar con las modas y los vestidos, por muy absurdos que sean éstos.

Se me hizo por tanto bastante increíble comprobar que los hombres desnudos que tenía frente a mí habían dejado todos sus aditamentos y perifollos, tales como *haori*, *hakama* y calzón, colgados en las perchas del vestuario, mientras ellos se dedicaban a gritar, montar escándalo y reír sin la más mínima consideración o recato, y mostrando sus vergüenzas a toda la concurrencia. La escena era de tal calibre que yo la calificaría de grotesca. Impresionado como estaba por lo que veía, me sentía, sin embargo, honrado por que las circunstancias me hubieran hecho testigo de aquella visión, y poder así contarla luego a las personas civilizadas con las que me encontrara. Sentía que me embargaba la responsabilidad. Debo comenzar confesando que, encarado con aquella escena caótica, uno no sabe por dónde empezar. Los monstruos no suelen mostrar ningún tipo de orden en lo que se refiere al ejercicio de su locura. Por lo tanto, se me antoja especialmente difícil sistematizar lo que vi. Por supuesto, puedo decir que aquella era una sala de baño. Tendría unos dos metros de ancho por tres de largo, y estaba dividida en dos secciones, cada una de las cuales tenía el mismo tamaño que la otra. En una parte había una gran pila de agua de color

blanquecino, de la que se decía que tenía supuestas propiedades medicinales, aunque a mí su color más bien me sugería que se trataba de agua sucia, grasienta o incluso diría que putrefacta. Su blancura no sé a qué obedecía, pues, según escuché, su contenido completo se cambiaba una vez por semana. Enfrente de esta piscina había otra que contenía agua caliente sin más. Ésta tampoco destacaba especialmente por su transparencia y claridad. De hecho, más bien parecía un tanque lleno de agua de lluvia, y su color, turbio y repulsivo, llevaba a pensar que hubiera estado expuesta a los elementos durante meses en plena vía pública, a la vista de todos los transeúntes.

Hasta este punto, he de decir que todo lo que vi entraba, más o menos, en el terreno de lo normal. Ahora procederé, sin embargo, a describir a los monstruos propiamente dichos, a las criaturas que, ajenas a todo, se revolcaban en ese albañal. Espero que el esfuerzo de hacerlo no me lleve a la tumba. De pie, y uno frente al otro, había dos muchachos que se rociaban mutuamente con cubos de agua de agua caliente. Por lo visto, se trataba de una actividad sumamente interesante. Sus cuerpos estaban bronceados por el sol y eran robustos. Uno de ellos empezó a secarse con la toalla, y le dijo a su compañero:

—Mira Kin-San. Me duele aquí bastante, ¿qué será?

—Eso es el estómago. El dolor de estómago puede matarte, así que deberías vigilártelo —contestó Kin-San muy serio.

—Pero es justo aquí, en el lado izquierdo —dijo señalando hacia donde tenía el pulmón izquierdo.

—Seguro que es el estómago. A la izquierda va el estómago y a la derecha los pulmones.

—¿En serio? Yo creía que el estómago estaba por aquí —y se dio un golpe en la cadera.

—¡No seas idiota! Eso es el lumbago —objetó Kin mofándose de la ignorancia de su compañero.

En ese momento, un hombre de unos veinticinco o veintiséis años, adornado con un bigote incipiente, saltó al baño causando un estrépito de naturaleza acuática. El jabón con el que se había lavado el cuerpo se quedó flotando en la superficie junto con toda la suciedad eliminada. Cerca de él había un anciano medio calvo que hablaba con un amigo sumergido a su lado. No se les veía más que la cabeza asomando por encima del agua.

—Cuando uno se hace viejo, no hay nada que te haga ilusión y cualquier cosa cuesta mucho trabajo, especialmente si te comparas con los que son más jóvenes. Pero cuando te metes en el baño la cosa cambia. Dicen que sólo los chavales soportan el agua bien caliente, pero a mí me gusta así, hirviendo. Eso sí que me hace sentir bien.

—Pero parece que está usted sano y se le ve con mucha energía.

—Ya no tengo tanta energía, no te creas. Lo único que consigo de momento es evitar las enfermedades. Dicen que si no haces nada malo y te cuidas puedes llegar fácilmente a los ciento veinte años.

—¿Se puede vivir tanto tiempo?

—Por supuesto. Incluso más, se lo garantizo. Justo antes de la época de la restauración Meiji vivía en aquí, en Tokio, en la zona de Ushigome, una familia que estaba al servicio del *shogun*, y que se llamaba Magaribuchi. Uno de sus sirvientes llegó a la edad de ciento treinta años.

—¡Qué barbaridad!

—De hecho, vivió tanto que llegó a olvidar su edad. Hasta los cien no tuvo problema, pero a partir de ese momento perdió la cuenta. Cuando le conocí andaba ya por los ciento treinta. No sé qué habrá sido de él, pero seguro que sigue vivito y coleando, y anda por ahí todavía.

Y tras decir esto, el hombre salió del baño, y su compañero le siguió. Una vez fuera del agua, se dedicó a esparcirse polvos de talco por todo el cuerpo.

El que entró después al agua no era en absoluto un hombre corriente. Tenía toda la espalda tatuada con una figura que parecía algo así como la del legendario héroe japonés Jutaro Iwami, [70] y blandía una espada en feroz combate con una boa. Lo malo era que el dibujo estaba incompleto, pues a la boa más que verla se la intuía. Quizás por eso la cara de Jutaro mostraba un cierto desánimo. En cuanto metió un pie en el agua, el hombre de la espalda tatuada dijo:

—Vaya. Hoy el agua está muy fría.

El que entraba detrás de él asintió:

—Es verdad. Debería estar más caliente. —Pero por sus gestos era fácil deducir que de fría nada, más bien estaba hirviendo. Miró a la cara del tatuado y le dijo:

—Hola, jefe.

—Hola. ¿Y Tami, dónde está? —preguntó.

—¿Tami? Ni idea. Debe de andar por ahí jugando.

—No sólo jugando...

—¿Y eso? Es un tipo extraño. Tiene un genio insoportable y por alguna razón no le cae bien a nadie. No hay quien le entienda, así que tampoco nadie se fía de él. Un hombre en su posición no debería tener esa actitud.

—Exacto. Tami está demasiado seguro de sí mismo. Es demasiado fanfarrón, por eso la gente no confía en él.

—Tiene razón. Debe de pensar que es de una raza especial, por eso es tan poco servicial.

—Es una lástima, pero casi todos los colegas del barrio han ido desapareciendo poco a poco. Ya sólo quedamos tú, yo, Moto el de los cubos, y luego el de los ladrillos. Somos los únicos nacidos en Tokio. En cambio, ese Tami, a saber de dónde

ha salido.

—Pues ya ves hasta dónde ha llegado.

—Desde luego, y no hay quien lo entienda. No sé cómo alguien puede querer pasar siquiera un rato en compañía de semejante bastardo.

Durante un rato largo, los dos bañistas continuaron dando un buen repaso al pobre de Tami.

Giré la cabeza en dirección a la sección del baño donde estaba la alberca de agua de lluvia. Después me fijé en la bañera de agua blanquecina, que era donde había mayor concentración humana. Uno no sabía si la piscina estaba llena de agua o llena de cabezas. De hecho, no habían cambiado el agua desde hacía una semana, así que no había riesgo de que se enturbiase aún más.

Escruté con atención en el interior de la bañera, y allí, acurrucado en un rincón, con la cara roja como un tomate, estaba el maestro. ¡Pobre Kushami! Rogaba para que alguien le abriese paso y le dejara salir, pero no había señales de movimiento entre los bañistas, y él permanecía allí inmóvil, aprisionado entre toda esa masa cárnica, sin poder moverse. Sentía lástima por él, pero la culpa de encontrarse en una situación tan poco ventajosa era suya y sólo suya por querer alargar al máximo su baño y amortizar así los dos céntimos de yen que le había costado la entrada. No obstante, su cara denotaba que si no salía de allí rápido corría el riesgo de sufrir una lipotimia. Junto a él había otro bañista que fruncía las cejas compulsivamente como pidiendo auxilio a los demás. Cuando ya no pudo más dijo:

—Oh, Dios mío, me estoy cociendo. Esto está demasiado caliente. Es como si la espalda se me estuviera derritiendo poco a poco.

—¡Qué va! —saltó un fanfarrón—. El agua tiene que estar así si queremos que tenga propiedades curativas. Si no, no sirve absolutamente de nada. En mi pueblo la gente se baña con el agua mucho más caliente.

—¿En serio creéis que esta agua es medicinal? —preguntó otro que tenía un considerable cabezón medio cubierto con una toalla.

—Por supuesto. Tiene un montón de propiedades. Al menos eso dicen. Yo estoy de acuerdo, desde luego.

El que aventuró esa opinión tenía una cabeza escuálida y roma como la superficie de un pepino. Si tan eficaz era el baño medicinal, pensé, entonces él tendría que presentar un aspecto más saludable.

—Los productos químicos disueltos en el agua empiezan a causar efecto una vez pasan tres o cuatro días. Por eso hoy es el día perfecto. —El comentario procedía de un señor gordo con cara de sabiondo. Quizás su gordura se debiera a la sucesiva acumulación de capas de roña en su epidermis.

—¿Y si le pegas un trago? ¿También tiene efectos beneficiosos? —preguntó a voces uno que permaneció oculto entre el bosque de cabezas.

—Deja que se te enfríe el cuerpo y entonces echa un trago. ¡Ya verás! No va a hacer falta que te levantes a media noche para orinar.

—¡Bebe, bebe! —le animó otra voz de origen desconocido.

Dejé mi observación de la bañera para pasar a la sección de entarimado, donde había un grupo de auténticos adanes del siglo xx que, desde luego, no habrían servido de modelo para ningún artista. Al menos, éstos se lavaban, cada cual a su manera, con bastante destreza. El que más me llamó la atención era uno que estaba acostado de espaldas mirando tranquilamente al tragaluz del techo. También había otro tumbado boca abajo, que miraba entretenido entre los huecos de la tarima. Los dos parecían tener tiempo de sobra para perderse en contemplaciones sin sentido. Junto a ellos había también un hombre calvo agachado frente a la pared. Un aprendiz le daba un masaje en los hombros, y de esa guisa parecían mantener una relación de maestro y discípulo. El verdadero masajista del baño público andaba de acá para allá, y atendía a los que se lo pedían. Ese día debía de estar acatarrado pues, a pesar del calor, llevaba una especie de chaqueta acolchada con la que se cubría. Me fijé en que de vez en cuando agarraba un cubo ovalado, que probablemente debía de ser para su uso exclusivo. Inmediatamente después empezaba a echar agua caliente sobre la espalda de su jefe. Llevaba el dedo pulgar del pie derecho vendado. Junto a ellos había otro bañista con tres cubos a su lado. Le insistía a su vecino para que usara su propio jabón y dejara el suyo tranquilo. Hablaban de algo, así que pegué bien la oreja para escuchar lo que decían:

—Las armas de fuego son cosa de extranjeros. Antiguamente sólo se combatía con la espada, y si los extranjeros inventaron las armas de fuego fue para luchar a distancia. ¿Y eso por qué? Porque son unos cobardes, ahí está la explicación. Las armas no llegaron de China, sino de más lejos. En los tiempos de Watonai los guerreros no las usaban. Watonai era de la famosa familia de guerreros Seiwa Genji [71] Cuando Yoshitume Minamoto se marchó a Manchuria, cuentan que se llevó consigo a un hombre sabio nacido en Hokkaido. Un hijo de Yoshitume atacó al gran Ming de China, pero resultó que éste era invencible. Por consejo del hombre sabio, el hijo de Yoshitume envió un mensajero chino al general Iemitsu Tokugawa del tercer shogunzxo, para pedirle una ayuda de tres mil soldados. El shogun no permitió al mensajero volver a Manchuria, y lo retuvo junto a él durante años. El mensajero se casó después en Nagasaki con una cortesana, y el hijo de ese matrimonio fue Watonai. Cuando finalmente el mensajero pudo volver a China, se encontró con que el gran Ming había caído depuesto por los rebeldes...

Su explicación parecía bastante completa, pero no fui capaz de sacar nada en limpio sobre lo que aquel individuo pretendía decir a fin de cuentas. La cháchara se me hacía muy aburrida, así que decidí poner mi atención en otro lugar.

Detrás del diletante metido a historiador, había un hombre de unos veinticinco

años y cara triste dándose un masaje en las piernas con agua caliza. Parecía tener algún tipo de enfermedad. Junto a él, dos jóvenes de entre diecisiete y dieciocho años, que debían de ser alumnos de la escuela vecina y detrás de ellos había un tipo con una espalda de lo más extraña. Su vértebra dorsal terminaba en un coxis excesivamente sobresaliente, coronado con cuatro manchas paralelas como fichas del juego de *Go*. Las manchas estaban inflamadas y tenían mal color, como si estuvieran llenas de pus.

Por todas partes encontraba cosas raras. Tantas, que si tuviera que hacer una descripción detallada de todas ellas nunca acabaría. De pronto entró en el establecimiento un hombre calvo de unos setenta años vestido con un *kimono* de algodón de color azul claro. La aparición causó un gran revuelo entre los bañistas. Muchos de ellos empezaron a inclinarse reverencialmente ante el recién llegado. El jefe de los baños se dirigió a él:

—Gracias. Gracias por haberse dignado a visitar mi humilde negocio. Sírvase tomarse todo el tiempo que necesite y no dude en entrar y salir tantas veces como considere oportuno de las piscinas. Hoy hace frío y el agua medicinal le hará bien...

El hombre se limitó a contestar:

—Vale.

—Un hombre simpático, el dueño del *onsen* —dijo el espontáneo historiador de los hechos y acontecimientos de Coxinga—. Para llevar un negocio como el suyo hay que serlo.

Me quedé tan sorprendido por la aparición de aquel personaje que fijé mi atención en él y descuidé todos los demás acontecimientos que tenían lugar en el establecimiento. Le estaba observando, cuando el anciano extendió la mano hacia un niño de unos cuatro años que había terminado su baño, y le dijo con la voz impostada con la que los ancianos se dirigen a los niños:

—Ven aquí, jovencito.

El niño rompió a llorar asustado por la cara aplastada de aquel vejestorio, y éste preguntó:

—¡Eh! ¿Por qué lloras? ¿Tienes miedo de un viejo como yo? —Pareció contrariado, pero pronto reaccionó. Se dirigió al padre de la criatura con un cambio de tono en su voz:

—Hola Gen-San. ¿Qué tal estás? ¡Vaya frío que hace hoy! ¿Has oído lo del robo en la tienda de la esquina? Ese tipo debía de ser idiota. Después de hacer un agujero enorme en la puerta se marchó sin haber robado nada. Supongo que le sorprendería la policía, o que escucharía venir al sereno. Vaya pérdida de tiempo, ¿no te parece?

Todavía se reía de la mala suerte del ladrón, cuando se giró y miró hacia otro lado. Se dirigió a otro bañista:

—¿No hace un poco de frío aquí? Quizás, como eres joven, no sientes cómo muerde. —Puede que, por motivo de su propia ancianidad, fuera la única persona en

todo el edificio que sentía frío.

El anciano había absorbido completamente mi atención, y me había distraído del resto de acontecimientos que se desarrollaban a mi alrededor. Me volvía a preguntar si el maestro seguiría cociéndose a fuego lento en su rincón, cuando, de repente, escuché un grito atroz. Al momento reconocí la voz del maestro. No me habría extrañado lo más mínimo si la hubiera oído en casa, pero escucharle gritar en aquel lugar me dejó perplejo. Pensé que el grito era debido a alguna clase de desmayo sufrido por haber estado sumergido en esa sopa hedionda durante tanto tiempo. En tal caso, era culpa suya. Pero pronto me di cuenta de que el motivo del altercado no era otro que su disputa con un hombre más joven que estaba sentado cerca de él.

—¡Vete de aquí! ¡Me estás salpicando y además estás echando tu agua en mi cubo! ¡Largo de aquí!

No era fácil interpretar sus gritos de un modo unívoco. Todo dependía del punto de vista que adoptase el oyente. Quizás, para una persona generosa, podía encontrarse un paralelismo entre sus gritos y aquéllos con los que el famoso Hikokuro Takayama [72] se enfrentaba sin dudarlo a los salteadores de caminos con los que se topaba. Es posible que no fuera más que una farsa planeada por el maestro pero, en cualquier caso, como su contrincante no era un ladrón, no sirvió de nada que actuara como lo hizo. Ante sus horribles berridos, el joven se dio la vuelta y, con un tono de total tranquilidad, contestó:

—Yo estaba aquí antes que usted.

Una respuesta de lo más razonable, pensé yo, pero que no denotaba las más mínima intención de que el joven fuera a cambiar de actitud. Eso enfadó aún más al maestro. Lo cierto es que el muchacho no era un bandido y, por tanto, la forma de dirigirse a él no era adecuada en absoluto. En realidad, lo que fastidiaba al maestro era que el joven y su acompañante llevaban un buen rato chapoteando sin preocuparse de nada ni de nadie. Aguantó hasta que al fin no pudo más, y explotó con un grito de cólera.

—¡Malditos zangolotinos! ¡Idiotas! Idos a salpicar con vuestro agua en el cubo de los demás.

Cierto es que aquel muchacho resultaba realmente impertinente y antipático. Pero la forma de comportarse del maestro no era, evidentemente, la más adecuada, tratándose de un miembro del cuerpo docente. Tenía un temperamento explosivo y, en cuanto saltaba una pequeña chispa, a la mínima salía ardiendo. Cuentan que cuando Aníbal atravesó los Alpes con sus tropas y sus elefantes, se encontró en un lugar angosto con una enorme piedra que impedía el avance de su fabuloso ejército. Así que Aníbal roció la piedra con ácido y después le pegó fuego. La roca se reblandeció y la pudieron cortar en trozos igual que se parte en rodajas el kamaboko. El ejército pudo continuar su marcha sin mayor dificultad. A los hombres como el maestro, que

disfrutan del agua medicinal sin ninguna consecuencia positiva para su carácter, habría que tratarles con el mismo método de Aníbal, y rociarles con ácido para después arrojarlos al fuego. Si no, jamás se corregirá su terquedad y carácter violento.

Los individuos flotantes que disfrutaban del agua del baño sin ropa alguna, así como todos los demás que pululaban por allí vagueando sin hacer nada productivo, eran miembros notables de la especie nudista, enemigos acérrimos de la vestimenta que tan necesaria es para el hombre civilizado. Por esa razón no se les podía juzgar según los cánones del sentido común, como al resto de los humanos, y lo que dijeran o hicieran poca importancia tenía. Si aseguraban que el estómago estaba al lado de los pulmones, que Watonai pertenecía a la familia de los Seiwa Genji y que el tal Tami era un indeseable en el vecindario, daba igual. Ninguno de esos asuntos tenía la menor trascendencia. Lo que me llamaba poderosamente la atención era que esos mismos nudistas, una vez volvían al vestuario y se ponían la ropa encima, dejaban de parecer duendes, y regresaban al mundo racional de los hombres civilizados. Su nueva condición de seres disfrazados les obligaba a comportarse como ciudadanos respetables y de pocas palabras.

El maestro salió finalmente de su baño maría y se colocó en el entarimado que hacía de frontera entre la piscina y el vestuario. Era ése un momento solemne, crucial, en el que se volvía al mundo de la elegancia y el atractivo. Pero, incluso en el umbral del retorno a ese mundo, seguía mostrando la misma obstinación de siempre, y parecía un irresponsable integral, como si estuviera aquejado de una enfermedad incurable llamada estupidez. En mi humilde opinión, sólo había una cosa que podía hacer para curar esa enfermedad: ir a hablar con el director de la escuela y que le expulsase sin remisión. El maestro, incapaz de adaptarse a la nueva situación, empezaría a mendigar por las calles, y al poco tiempo moriría de hambre y frío. Resumiendo, su salida de la escuela supondría su entrada en la tumba. Al maestro le encantaba estar enfermo, pero con toda seguridad le horrorizaría la posibilidad de morir. Con tal de no fallecer era capaz de permitirse el lujo de seguir enfermo indefinidamente. Si alguien le hubiese amenazado con la muerte, se habría echado a temblar de lo cobarde que era y, con toda seguridad, le habrían desaparecido de golpe todos los males que le aquejaban. Si aun así la enfermedad persistía, debía de ser cierto que era irremediable.

Pero con mal genio o enfermo, el maestro seguía siendo el maestro, mi amo, la persona que me acogió y que me daba alimento. Yo no podía por menos que ponerme de su parte. Era como el poeta chino de la historia, al que alguien salvó in extremis de una muerte segura ofreciéndole una buena comida, y éste a su vez saldó su deuda salvando más adelante la vida a su benefactor. En el fondo me preocupaba el mal que afligía al maestro, y tanta inquietud me entró que olvidé lo que sucedía a mi alrededor. Volví a la realidad del baño público, y escuché en la piscina de agua

medicinal una especie de pelea, acompañada de voces e insultos. Había dos pares de piernas, unas peludas y otras lampiñas, que pugnaban por un diminuto espacio en la piscina. Era una hermosa tarde de principios de otoño y la luz rojiza del sol poniente iluminaba aquí y allá las nubes de vapor que se elevaban hasta el techo. El vapor lo envolvía todo, y yo era incapaz de ver a los tipos vociferando entre la bruma. Oía gritos de «esto está que arde», y giraba la cabeza a izquierda y derecha para localizar a los contendientes y poder así decir si su voz era de tenor o de bajo. El griterío producía ecos indescriptibles que resonaban por todas partes, y que rebotaban haciendo imposible localizar su fuente. Sentí miedo ante aquella escena espectral y brumosa. Un nuevo griterío incomprensible mostró que la batalla había llegado a su apogeo, y luego la cosa se puso tan tensa que parecía que todo terminaría súbitamente. Llegó el desenlace fatal: uno empujo a otro, el otro al de más allá, y así sucesivamente hasta que aquello derivó en un caos total. Una vez finalizó la batalla campal, sólo quedaba en pie el ganador. Una especie de capitán general, al menos nueve centímetros más alto que el resto de sus contrincantes. Tenía una barba tan cerrada que no se sabía si pertenecía a la cara, o si la cara le pertenecía a la barba. Movía su cara enrojecida por el calor. Con voz triunfante dijo:

—¡Echad agua fría, que esto está hirviendo!

Sus gañidos resonaron brutalmente por la habitación. Una voz que se imponía sobre todo y sobre todos. Pensé que aquel tipo era la materialización misma del superhombre de Nietzsche. Un fuera de serie, el mismísimo emperador de los demonios, el maestro de todos los monstruos, un Tiranosaurus Rex. Mientras le miraba totalmente absorto, alguien contestó con un lacónico «sí». ¿Era un sí de asentimiento, o bien de burla? Nunca lo sabré. Lo único que pude ver cuando giré la cabeza para localizar a quien había dado una respuesta tan ambigua, fue la figura entre la bruma del encargado con sus calzones remangados, que echaba carbón al horno con todas sus fuerzas. Al prenderse, el carbón crepitaba e iluminaba fugazmente al fogonero y la pared de ladrillo que, tras de él, parecía estar incendiándose.

Me aterroricé. Bajé de la ventana de un salto, a toda prisa, y corrí de vuelta a casa como alma que lleva el diablo. En el camino reflexioné sobre todo lo que había visto y oído en los baños, y llegué a la conclusión de que si bien los hombre tratan de buscar un igualdad en su desnudez monstruosa, todo deviene en una tarea imposible, pues siempre aparece un héroe que sobresale por encima de todos los demás y los domina y los subyuga. La igualdad es imposible, incluso en el estado de desnudez más absoluta.

Cuando volví a casa todo estaba en calma. La cara del maestro lucía todavía roja por los calores del baño. Cenaba tranquilamente y, cuando me vio saltar a la galería, rompió su silencio para decir:

—¡Vaya con el gato! Me pregunto dónde habrás estado metido hasta tan tarde.

El maestro no tenía mucho dinero, pero en seguida me di cuenta de cjue esa noche la mesa estaba servida con profusión de platos. En uno había pescado al horno, de un tipo que no pude reconocer, pero que probablemente había sido pescado no más tarde del día anterior, en la bahía de Shinagawa. Antes expliqué que los peces gozan de una salud de hierro como consecuencia de vivir en un entorno tan salado. Sin embargo, una vez pescados y hervidos o asados como aquél, la cuestión de su salud congénita y de las ventajas de vivir en un medio ambiente como el suyo dejaba de ser relevante. Este pobre pez habría hecho mucho mejor en permanecer en el mar, aunque con el transcurso del tiempo hubiera caído enfermo. Me senté al lado de la mesa para ver si caía algo. Simulaba mirar el pescado y no mirarlo. Si no adoptaba la estrategia adecuada, probablemente no conseguiría llevarme nada a la boca. Los que no dominan esta estrategia deben resignarse a no comer nunca un pescado decente. El maestro cogió un trozo con sus palillos pero, de pronto, se detuvo como si fuera a decir que el sabor no le gustaba. Su mujer, sentada frente a él, observaba con ansiedad cómo los palillos se movían arriba y abajo, y cómo el profesor abría y cerraba la mandíbula.

—Dale un golpe al gato en la cabeza —dijo el maestro de repente.

—¿Un golpe, para qué?

—No me discutas. Dale un golpe.

—¿Así? —La señora golpeó suavemente mi cabeza con la palma de su mano. Lo hizo tan levemente que no me hizo ningún daño.

—¿Has visto? No ha soltado ni el más mínimo maullido.

—No, es cierto.

—Dale otro golpe.

—No va a pasar nada por muchas veces que le golpee —replicó la señora mientras me propinaba un nuevo golpecito.

Como no sentí nada me quedé tranquilo. ¿Pero cuál sería el objetivo final de esas instrucciones tan peculiares del maestro? Soy un gato inteligente, y el comportamiento del maestro me pareció totalmente incomprensible. Cualquiera que supiera a dónde quería llegar, sabría cómo reaccionar correctamente, pero en este caso no era fácil saber de qué iba todo aquello. Su mujer era tan sólo la encargada de golpear, y tampoco parecía tener ni idea del motivo de esos golpes. Yo, el infortunado golpeado, estaba igual de perdido. El maestro parecía algo impaciente con su experimento, pues parecía no producir los efectos deseados. Quizás por eso volvió a repetir un tanto enfadado:

—Dale otro golpe.

Su mujer puso cara de resignación, pero no se resistió a preguntar:

—¿Para qué demonios quieres que maúlle el gato? —y me dio otro suave golpe.

Si hubiera sabido lo que quería, habría maullado y se habría acabado el asunto. Habría satisfecho al maestro con un simple maullido, pero me resultaba bastante deprimente no sólo tener que asistir a otra de las demostraciones de su obtuso carácter, sino tener que participar en su absurda demostración. Si quería que maullase, que lo hubiera dicho. Su mujer se habría ahorrado esfuerzos innecesarios y yo no tendría que haber recibido ningún golpe. La orden de golpear a alguien sólo debe darse cuando lo que se quiere es precisamente golpear a ese alguien. Pero si lo que se pretende es obtener un maullido, lo único que hay que hacer es pedirlo educadamente. Golpear entra quizás en la esfera de la responsabilidad del maestro, pero maullar entra en la mía. Es de lo más impertinente asumir que la instrucción de golpear lleva implícita la respuesta de maullar. Esa falta de respeto a la personalidad ajena era un insulto que ningún gato podía tolerar. Era algo propio de individuos como el odioso señor Kaneda, pero no era lógico en una persona como el maestro, que presumía de razonable y tolerante. Algo así sólo podía ser muestra de una galopante debilidad mental. Es justo apuntar aquí que el maestro no es tan malvado como el señor Kaneda. Por tanto, una reacción de ese tipo sólo puede ser atribuible a una especie de enfermedad mental provocada por un cerebro hueco como el de la larva de un mosquito. Si uno se sacia de arroz, se llena. Si uno se corta, sangra. Si a uno le matan, muere. Siguiendo ese razonamiento, se podría deducir que si a uno le golpean, maúlla. Intentaba hacer todo lo posible para justificar la actitud del maestro, pero me negaba a aceptar deducciones lógicas como las reseñadas. Si continuaba por ese camino podía llegar a conclusiones como que si uno se cae a un río, se ahoga; si come pescado frito, contraerá la cigatera; si se recibe un salario, hay que ir al trabajo, y si uno lee libros, se convertirá antes o después en una persona de renombre. Si las cosas funcionasen así, la vida sería un tanto decepcionante. Me pregunto: ¿cuál sería el objetivo de nacer gato si todo lo que se espera de uno es que maúlle cada hora como si fuera la campana del templo de Mejiro? Una vez le lancé esa reprimenda mental al presuntuoso maestro, me digné a satisfacer su capricho con un «miau». Tan pronto como lo escuchó, miró a su mujer, y dijo:

—¿Has oído eso? ¿Era una interjección o un adverbio?

La pregunta fue tan abrupta que la señora Kushami se quedó callada. A decir verdad, en ese momento pensé que el maestro se había vuelto loco como consecuencia de sus recientes experiencias en los baños públicos. En el vecindario era bien conocido por sus excentricidades, e incluso llegué a oír que lo suyo era síntoma de una especie de neurosis. Pero el maestro se tenía a sí mismo por un tipo muy sabio, y estaba muy lejos de considerarse un maníaco. Para él los maníacos eran todos los demás. Si los vecinos le llamaban perro, él, ni corto ni perezoso, les llamaba cerdos. Ésa era su idea de la igualdad y la justicia. Lo malo era que se defendía a sí mismo contra viento y marea sin aceptar la más mínima crítica. A una persona así le

parecía completamente natural hacer preguntas de ese tipo a su mujer, pero para quienes le oían, no eran sino manifestaciones evidentes de su enfermedad mental. En cualquier caso, la señora, lejos de responder, guardaba un silencio sepulcral. Por razones obvias, tampoco yo estaba en disposición de contestar. Al cabo de un rato el maestro gritó: —¡Eh!

—¿Qué? —respondió la señora sobresaltada.

—Ese qué, ¿es una interjección o un pronombre? A ver, responde.

—Sea lo que sea, no tiene la más mínima importancia. Vaya una pregunta más tonta.

—Al contrario. Importa, y mucho. Esa cuestión gramatical trae de cabeza a los mejores lingüistas a lo largo y ancho de todo Japón. Pasa igual que con el gato. ¿Ese «miau» es una palabra en el lenguaje de los gatos?

—¡Madre mía de mi vida! ¿Me estás diciendo que todas esas lumbreras académicas se dedican a dilucidar si un maullido es una palabra? ¡Adonde vamos a llegar! De todas formas, los gatos no hablan japonés.

—De eso se trata precisamente. Es un problema muy difícil del campo de la lingüística comparada.

—¿En serio? —Estaba claro que la mujer del maestro era lo suficientemente inteligente como para no prestar la más mínima atención a ese tipo de cuestiones—. ¿Y ya han encontrado esas eminencias qué parte de nuestro idioma puede compararse al maullido gatuno?

—Es un asunto tan serio que no se puede resolver así como así. —Se metió otro trozo de pescado en la boca y se dispuso a atacar un trozo de carne con patatas—. Esto debe de ser cerdo, ¿no? —preguntó

—Sí —contestó lacónica su mujer.

—¡Puaj! —se quejó mientras se sacaba el trozo de la boca—. Beberé otra copa de *sake*.

—Hoy estás bebiendo mucho. Te estás poniendo rojo.

—Exacto. Estoy bebiendo de lo lindo, porque me da la gana. —Y, antes de empezar con una nueva discusión sobre la bebida, prefirió desviar el tema—. ¿Sabes cuál es la palabra más larga del mundo?

—Sí, creo que la he escuchado en algún sitio. Déjame pensar. .. Algo así como «Hoshoji-no-Nyudo-Saki-no-Kampakudajodaijin».

—No, no me refiero al título del antiguo Consejero Real del Emperador y Primer Ministro. Me refiero a una sola palabra. Una sola palabra pero muy larga.

—¿Te refieres a esas palabras como escritas del revés que usan los occidentales?

—Sí.

—Pues entonces, ni idea. Aunque me parece que ya has tomado suficiente *sake* por hoy, ¿no crees? ¿No te apetece un poco más de arroz?

—No. Pero, si me lo permites, sí tomaré un vaso más de sake. ¿Te gustaría saber qué palabra es ésa?

—Está bien, pero después come más arroz.

—La palabra es *Archaiomelesiidonophrunicherata*.

—Te la has inventado.

—No, de hecho es una palabra griega.

—¿Qué significa en japonés?

—Ni idea. Sólo sé deletrearla. Si la escribes entera ocupa al menos cinco centímetros.

El maestro tenía una capacidad tremenda para decir estupideces con una sobriedad y una frialdad totales. Cualquier otro con la misma cantidad de *sake* en las venas se habría trabado y lo habría echado a perder todo. Es cierto que aquella noche estaba bebiendo más de lo que tenía por costumbre. Normalmente sólo tomaba dos copas, y eso ya era suficiente para ponerse rojo como el pimentón. Ese día llevaba cuatro, y su cara tenía ya el color de una estufa al rojo vivo. Era evidente que el sake no le sentaba bien, pero él seguía insistiendo. Pidió otra copa y su mujer empezó a inquietarse:

—¿No crees que ya has bebido suficiente? Al final conseguirás que te haga daño.

—A partir de hoy beberé todos los días para acostumbrarme y convertirme en un bebedor asiduo. No me importa si me hace daño. Oinachi Keigetsu me ha recomendado que me dé a la bebida.

—¿Y quién se supone que es ese individuo? —preguntó la señora Kushami, para quien ese nombre no significaba nada.

—Es un colega literario y uno de los críticos más reputados de nuestro tiempo. Me ha recomendado que pase menos tiempo en casa con el gato y que aproveche cualquier ocasión para salir por ahí a beber siempre que se tercie. Es casi doctor, al menos doctor en literatura, así que voy a seguir sus órdenes.

—¡No seas ridículo! Me da igual cómo se llame o lo que demonios haga. ¿Cómo se puede ir por ahí aconsejando a la gente que beba? Especialmente si es alguien como tú, con el estómago débil.

—Y no sólo me ha recomendado que beba. También me ha dicho que debo ser más sociable y vivir la vida más intensamente: vinos, diversión, mujeres y, por qué no, algún viaje.

—¿Me estás diciendo que ese crítico de primera línea en vez de dedicarse a lo suyo se permite el lujo de darte consejos a ti? ¿Qué clase de persona es ésa? Me parece increíble que figuras literarias preeminentes se dediquen a dar esa clase de consejos a un hombre casado.

—No hay nada malo en disfrutar de la vida. Si tuviera dinero ya lo habría hecho. Y sin necesidad de esperar los consejos de Keigetsu.

—Bien, me alegra mucho saber que si no te vas por ahí de juerga con mujerzuelas y aprendices de literato es solamente porque no tienes dinero.

—Como parece que la idea no te gusta demasiado, pues renunciaré a mis planes. Pero como mínimo tienes que cuidar mejor de tu marido y prepararme mejores cenas.

—Lo hago lo mejor que puedo teniendo en cuenta lo que me das.

—¿En serio? En ese caso dejaré mi investigación sobre la buena vida para más adelante, y no tomaré más *sake* esta noche.

Con algo parecido a una sonrisa se dirigió a su mujer y le pasó su cuenco de arroz para que se lo rellenara. Se tomó tres cuencos enteros, y a partir de ese momento sólo bebió té. Mi cena, por cierto, consistió esa noche en tres trozos de carne de cerdo y la cabeza de un pescado innombrable.

Capítulo 8

Antes, cuando he descrito mis ejercicios de equilibrista sobre la valla, debería haber explicado alguna cosa más sobre la cerca de bambú que delimita el jardín del maestro. Por detrás, en la parte sur, da paso a otra casa cuyos propietarios no son, propiamente, unos don nadie. Admitámoslo, nuestro barrio es de renta baja, pero el señor Kushami es un hombre de una cierta categoría y, desde luego, no la clase de persona que se pondría a charlar a través de la valla con el vecino de turno. Más allá de la valla hay un espacio vacío de unos nueve metros de largo y, al fondo, una hilera de unos cinco o seis cipreses muy poblados. Si se contemplaba el paisaje desde la galería de casa, uno tenía la sensación de estar frente a un bosque tupido, que rodeaba la vivienda por los cuatro costados. Cabía imaginarse que aquélla era una casa solitaria en la que un sabio indiferente a la fama y a las vanidades del mundo pasara su vida en la única compañía de un gato sin nombre. Pero, al mirar detenidamente, pronto se caía en la cuenta de que los cipreses no eran tan espesos como a uno le gustaría hacer creer y que, a través de sus ramas ralas, se entreveía el tejado, de todo menos distinguido, de una posada barata que obedecía al rimbombante nombre de Gunkaku-Kan, la Posada de las Grullas. Era aquél un panorama que no casaba bien con la descripción que en estas páginas vengo haciendo del maestro como un ser pretencioso y altivo. Si ese cuchitril de posada tenía un nombre tan rimbombante, nuestra casa bien podía haberse llamado algo así como Garyo Kutsu, la Cueva del Dragón Durmiente. No hay impuestos para los nombres, así que uno puede poner a su casa el que le venga en gana.

El solar estaba delimitado a este y oeste por sendos tramos de valla de bambú, para formar después un recodo en la parte norte, que terminaba de envolver la Cueva del Dragón Durmiente. Precisamente allí, en el lado norte, era donde empezaban los problemas. Aquel terreno era la continuación y al tiempo el límite del solar. Su uso más lógico habría sido el de defender la casa por ambos lados, pero ni el amo de la Cueva del Dragón Durmiente, ni el gato excepcional que le acompañaba, sabían exactamente qué hacer con tanto terreno baldío. Si en la parte sur señoreaban los cipreses, en la parte norte lo hacían siete u ocho tristes paulonias colocadas en fila de a una. Habían crecido ya lo suficiente como para que hubieran podido servir de materia prima para fabricar sandalias de madera, y de paso hacer un buen dinero. Pero ocurría que el amo era sólo el arrendatario del solar, y no tenía permiso para cortarlas, aunque ganas no le faltaban. En una ocasión vino un mozo de la escuela con un recado, y cuando se marchó aprovechó para arrancar una buena rama y llevársela. La siguiente vez que apareció, calzaba unas estupendas sandalias que eran el resultado de su hurto arbóreo. Nadie le preguntó por el origen de su calzado, pero él mismo se delató sin el más mínimo asomo de arrepentimiento.

El hecho es que en el solar teníamos muchas paulonias, pero nadie ganaba dinero con ellas. En nuestro caso, el viejo refrán que dice: «Adornado con perlas y sumido en la miseria» podría haberse convertido en: «Rodeados de paulonias y sin un yen en el bolsillo». Las paulonias eran como perlas en el desierto pero, en este caso, el hecho de que no pudiéramos sacar ningún rendimiento de ellas no era culpa del maestro. Mía tampoco. Era única y exclusivamente responsabilidad del señor Dembei, que es como se llamaba el arrendador. Cuando, ocasionalmente, aparecía por allí para cobrar el alquiler, se mostraba totalmente esquivo ante la posibilidad de vender las ramas de las paulonias a un buen zapatero. Cada vez que el maestro intentaba sacarle el asunto, se daba contra una pared. Aquello era perder el tiempo, así que yo tampoco lo perderé más con este asunto. Lo dejaré de lado para entrar de lleno en la descripción detallada de nuestros problemas con la parte norte del terreno. Estoy seguro de que al maestro no le haría ninguna gracia escuchar la historia.

Aquel espacio presentaba, en primer lugar, un inconveniente fundamental, pues carecía de un muro o valla de separación con la parcela de al lado, por lo que el terreno se convertía en lugar de paso para cualquiera que se quisiera aventurar por él. Era un atajo perfecto, una especie de camino de servidumbre, que poco a poco, a fuerza de ser utilizado por todos los vecinos a los que se les antojase, se había ido convirtiendo en un camino comunal. No aclarar esta situación podría constituir un error parecido al que cometen los médicos cuando diagnostican a un paciente sin conocer con antelación las enfermedades que ha pasado. Es, por tanto, imprescindible remontarse al verdadero comienzo de la historia, que coincide con el momento en que el maestro se mudó a esta casa. En los días de más calor del verano, resultaba agradable tener un pequeño terreno fresco al lado de la casa, que ayudase a ventilar y refrescar el ambiente para soportar mejor los rigores estivales. Tales espacios vacíos, sin embargo, tienen el inconveniente de facilitar el acceso a los ladrones, aunque en el interior de la casa no hubiera nada especialmente digno de ser robado. Por esa razón, la casa del maestro nunca había necesitado vallas, muros o parterres que pusieran las cosas un poco más difíciles a un hipotético delincuente. Pero, a mi modo de ver, era precisamente la ausencia de límites físicos lo que determinaba el carácter de los caballeros que campaban por aquella parte del terreno. Aunque he de decir, antes de entrar en mayores explicaciones, que hablar de «caballeros» en este caso puede resultar un tanto precipitado, pues quizás sería conveniente precisar, en primer lugar, si los paseantes en cuestión eran de naturaleza humana o bien animal. Considero que es mejor partir de la base de que todo bicho viviente puede ser adornado, si se dan las circunstancias, con toda clase de atributos caballerescos, y también conviene explicar que aquellos caballeros (muchos de ellos en potencia) que pululaban por allí no eran, al menos, de la clase de los que suelen preocupar a la policía. Lo grave era su número: había tantos como hormigas.

En realidad, eran todos alumnos de una escuela secundaria que había en el barrio, y que respondía al pretencioso nombre de la «Escuela de la Nube Caída». Allí cursaban sus estudios no menos de ochocientos individuos de diversos tamaños, al módico precio de dos yenes mensuales por cabeza. La finalidad de tal dispendio era la de que con el tiempo se convirtieran, precisamente, en honrados caballeros. Con un nombre así, es casi inevitable suponer que esos individuos serían de distinguida extracción. Pero sucedía justamente lo contrario. El nombre tenía tan poca relación con la realidad como lo tenía nuestra casa con una hipotética «Cueva del Dragón Durmiente», y para qué hablar del hediondo cuchitril de al lado con una «Posada de las Grullas». Mientras entre bachilleres y profesores existiesen lunáticos como el maestro, era fácil deducir lo difícil que sería convertir a esos muchachos en auténticos caballeros. En caso de albergar alguna duda respecto a lo que digo, uno sólo tendría que pasarse por la casa del maestro tres o cuatro días de visita, y entonces se convencería él solo.

El solar estaba abierto desde el día en que el maestro se instaló en la casa. Los alumnos de la escuela entraban y salían por allí sin ningún disimulo, igual que hacía Kuro, el gato del carretero. Era su lugar de descanso, de reunión, de charla. Incluso acostumbraban a tirarse en la hierba fresca y hacer sus buenos picnics. Como el lugar tenía toda la pinta de ser tierra de nadie, hacían en él lo que les venía en gana: arrojaban basura, tiraban allí los desperdicios de sus comilonas, abandonaban sus zapatillas viejas, enterraban sus sandalias de madera... Todo lo que era considerado viejo o inútil iba a parar a aquel solar. El maestro, normalmente, toleraba la situación sin decir nada y sin quejarse. No sé si porque no se enteraba o porque estaba agazapado esperando a que llegara el día de la gran venganza. Los caballeros en ciernes, mientras tanto, parecían ganar terreno lentamente. Desde la parte norte avanzaban posiciones hacia la parte sur del solar. Puede que «avanzar» suene un tanto premeditado, y quizás pueda sustituirse por otro verbo menos connotativo, pero la actitud de aquellas hordas no deja mucho margen al vocabulario. Eran como nómadas del desierto a la búsqueda de un nuevo oasis: dejaban las paulonias tras de sí para avanzar hasta los cipreses e instalase justo enfrente de la galería del maestro. Si tanta osadía era resultado de su educación, de ello se deduce que debía de ser terrible. No contentos con ganar terreno, se mostraban triunfantes, y frecuentemente entonaban canciones de victoria. No eran temas clásicos, sino modernos y pegadizos. Lo extraño del caso es que tanto el maestro como yo solíamos poner la oreja cuando empezaban a cantar, evidentemente complacidos, mostrando bien a las claras la excelencia de su educación musical. En ocasiones, aunque suene extraño, admiración y disgusto conviven en paz. El maestro, dividido entre esos dos polos opuestos, se veía obligado en todo momento a optar por uno o por otro, y en más de una ocasión le vi salir de su estudio mientras les gritaba: «¡Fuera de ahí! Ese lugar no es para vosotros». Y ellos,

como eran hombres educados, se marchaban, pero al cabo de poco tiempo regresaban y empezaban de nuevo con sus rituales gastronómicos, musicales y declamatorios. En cuanto a su educación, creo sinceramente que ésta brillaba por su ausencia, pues de sus bocas salían expresiones de lo más vulgar, que tenían poco o nada que ver con las que usaba la gente de la calle. No paraban de decir cosas del estilo: «¡Eh, tú!» y se trataban entre ellos de «mamarrachos». Entiendo que antes de la restauración Meiji ese tipo de expresiones era propio de lacayos, mozos de cuerda y fogoneros de baños públicos, pero puede que con el cambio de siglo este modo de hablar se haya incorporado al lenguaje propio de los caballeros que aprenden a serlo. Algo parecido, quizás, a lo que ha ocurrido con el ejercicio físico. Antiguamente, se trataba de una actividad propia de las clases más bajas y menesterosas, y, sin embargo, en nuestros días, realizar algún tipo de deporte se ha convertido en una especie de moda entre las clases privilegiadas, y uno no es nadie si no va por ahí con una raqueta.

El maestro, en resumen, estaba absolutamente harto del griterío y el escándalo que provenía de su patio. En una ocasión, no aguantando más, salió precipitadamente de su estudio y cazó a uno de los caballeros. El muchacho, sorprendido por la actitud del maestro, se disculpó en los siguientes términos:

—Por favor, le ruego acepte mis disculpas señor, pero tenía la equivocada impresión de estar en el jardín botánico de la escuela.

El maestro le reprendió sin misericordia, y al cabo de un rato le dejó marchar. Aquello tuvo el mismo efecto que cuando se deja correr por la playa a una carnada de tortugas recién nacidas. Las tiernas criaturas se zambullen en el mar y desaparecen sin más. Y si te he visto no me acuerdo. A pesar de que el maestro había sido terminante en sus exigencias, e incluso le había tenido todo el rato cogido de la manga mientras le echaba su reprimenda, el efecto sobre el alumno, sobre el común de los alumnos, no fue el deseado. Como es bien sabido desde los primeros tiempos de la historia china, existe una gran diferencia entre lo que se pretende y lo que se obtiene. Y aquí, como en muchas otras cuestiones, el maestro fracasó. Los alumnos no sólo siguieron entrando en la parte norte del terreno para atajar su camino hasta la calle, sino que a partir de determinado momento empezaron a hacerlo por cualquier parte, incluso por el sendero que daba paso a la entrada principal de la casa. Uno escuchaba voces y pensaba que había llegado un invitado, pero en realidad eran los aprendices de caballeros, que prácticamente se te metían en la casa. Llegué a pensar que lo hacían para provocar. La situación, hay que decirlo, amenazaba con hacer estallar al maestro. Los efectos de la educación de aquellos mozalbetes nefastos se hacían cada día más patentes, y llegó un momento en que el maestro se vio incapaz de dominar aquella especie de invasión mongola. No le quedó más remedio que escribir una carta muy cortés al director de la escuela para que tuviera a bien dominar las incursiones de aquellos espíritus tan elevados. El director le contestó con la

misma cortesía pidiéndole un poco de paciencia, pues las obras para instalar un límite físico entre las dos propiedades ya habían comenzado. Y, en efecto, a los pocos días aparecieron unos obreros que en unas horas levantaron una empalizada de bambú entrelazado de un metro de altura, que previsiblemente serviría de frontera entre los dos territorios. El maestro pensó, ingenuo de él, que las incursiones nómadas concluirían con esa obra, pero en lo más profundo de su ser parecía saber que ninguna valla lograría contener las furiosas embestidas de las hordas enemigas. ¿Qué mayor placer hay en el mundo que provocar sin que el agredido te pueda responder? Incluso para un simple gato como yo, molestar de vez en cuando a las hijas del maestro solía ser motivo de diversión. No me extraña que aquellos potenciales caballeros de la Escuela de la Nube Caída se lo pasaran tan bien burlándose de alguien como el maestro, que ya de por sí era risible. Burlarse de alguien es, evidentemente, motivo de diversión para todo el mundo excepto para el burlado. Un análisis psicológico de los provocadores revelaría dos características destacadas: en primer lugar, todo gamberro que se precie de serlo tiende a no dar respiro a sus víctimas; en segundo lugar, los gamberros deben ser superiores a sus víctimas en fuerza y número.

El maestro, en este sentido, solía relatar frecuentemente una visita que hizo al zoo, y que a él le resultó de lo más reveladora. Al parecer, un perro pequeño se puso a ladrar frenéticamente ante la presencia de un enorme camello. El perro corría dando vueltas alrededor del animal, al que ladraba cada vez con mayor insistencia. El camello, por su parte, permanecía totalmente absorto, rumiando, y sin prestar la más mínima atención a los alaridos histéricos del can. Al final, desesperado, el perro desistió y se sumió en un profundo silencio. El maestro, demasiado estúpido para interpretar la auténtica relevancia de este hecho y compararlo con sus propias circunstancias, sólo veía en la insensibilidad del camello algo cómico, y cada vez que contaba la anécdota se partía de risa. Sin embargo, creo que el incidente venía más bien a demostrar una teoría que yo vengo manteniendo. Y es que no importa lo numeroso o capaz que sea el acosador. Todos sus esfuerzos serán en vano si el agredido adopta la actitud indiferente del camello. Otra cosa sería si la burla fuese dirigida a animales tan poderosos e irascibles como un tigre o un león, porque éstos no necesitan recurrir a su paciencia, y te despedazarán tan pronto como se sientan aludidos. Pero si el que se burla se da cuenta de que su víctima, sea quien sea, no puede hacer nada para resarcirse, y encima nota su rabia y su impotencia para responder a la provocación de modo que ésta cese, entonces el placer de la ofensa no tiene límites.

¿Por qué motivo, me pregunto, resulta tan divertido fastidiar a los demás? Se me ocurren muchas razones, pero la más importante es que se trata de una actividad de lo más entretenida. No hay mejor modo de matar el tiempo que chinchar al prójimo. Es

mucho más entretenido, por ejemplo, que contarte los pelos del bigote. Porque, de todas las tribulaciones de la vida, el aburrimiento es la peor. En una ocasión escuché que había un preso cuya soledad era tan grande, que al verse abrumado por el aburrimiento consagró su vida a pintar todas las paredes de la celda con triángulos, uno detrás de otro, y así durante años. Siempre hay que hacer algo, por pequeño que sea, para dotar de un sentido a la vida. Si no, las cosas no tienen ningún objeto. Pues bien, precisamente son las bromas o las burlas las que constituyen el mayor entretenimiento y estímulo de quien las hace, siempre y cuando la persona objeto de la broma entre en el juego y se muestre ofendida. De otra manera, perderían su interés inmediatamente, y para el bromista la vida continuaría igual de insoportable que siempre.

Si hacemos un somero recorrido por la historia, pronto nos daremos cuenta de que a lo largo de los siglos ha habido, fundamentalmente, dos clases de sujetos bromistas: los ha habido completamente aburridos, personas carentes de inteligencia, pero también ha existido un tipo de bromista bastante peculiar, que utilizaba las burlas para demostrar la propia superioridad. El primer grupo incluiría, por ejemplo, a los señores feudales, aquellas criaturas abonadas al hastío, inútiles de categoría, que si actuaban así era porque ni entendían ni se preocupaban de los sentimientos de los demás. Su equivalencia actual son esos chicos de mentalidad infantil y dotados de muy pocas luces que, sin tiempo para pensar en nada más que en su absurda diversión, son incapaces de utilizar su vitalidad en algo más que la simple persecución de sus pueriles divertimentos. El segundo grupo de bromistas concibe su violencia como un modo de imponerse sobre los demás. Así hieren, matan o encarcelan a quien se les pone por delante, por la mera diversión que esto les reporta. En este caso, la violencia y el abuso son fines en sí mismos. No obstante, si de lo que se trata es de demostrar la propia superioridad, no es necesario infligir un grave daño a los demás, por lo que se puede recurrir a las bromas veniales, que son fastidiosas pero, la mayoría de las veces, intrascendentes. En realidad, si el mundo fuera justo, no debería darse cancha de ninguna manera a este tipo de abusones. Pero sucede que quien quiere demostrar su superioridad, si lo hace maltratando a los demás, quizás puede sentirse tranquilo durante un rato, pero no experimentará ningún placer ulterior. Es evidente que una de las principales características del ser humano es la búsqueda incesante de motivos para reforzar la autoconfianza. Y hasta que no encuentran esos motivos, no se quedan ni tranquilos ni satisfechos. Los iletrados que no comprenden estos razonamientos y los que se desesperan por no encontrar motivos suficientes para confiar en sus propias posibilidades, no desaprovechan la más mínima oportunidad para demostrar su poder. Fijémonos, por ejemplo, en el mundo del judo. YXjudo es un deporte en el que de lo que se trata en la mayoría de las ocasiones es de tirar al suelo al contrincante. El sueño de todo judoka es

enfrentarse con un oponente más débil, y tirarle al suelo de un solo movimiento, para luego colocarle sus posaderas encima de la cabeza. Por esa misma razón, se trata de personas que parecen andar todo el día por ahí buscando la más mínima oportunidad de cruzarse con alguien más débil para derribarlo y dejarlo en el suelo, lamentándose por haber salido de casa esa mañana.

Hay muchas otras consideraciones a tener en cuenta a la hora de analizar este asunto de por qué los abusones son como son, pero prefiero no seguir con esta cuestión, pues me supondría un tiempo considerable llevarla hasta sus últimas consecuencias. A quien siga interesado en ampliar sus conocimientos en la materia, le atenderé con gusto, siempre y cuando venga a visitarme y tenga la deferencia de traerme una buena ración de bonito seco.

Bien. Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, no es difícil llegar a la conclusión de que si uno siente la necesidad perentoria de burlarse de alguien, lo mejor es que escoja a los monos del Zoo, o bien a los maestros de escuela, como mi amo. Reconozco que puede parecer poco respetuoso comparar a los monos del Zoo de Asakusa con los maestros de escuela. Poco respetuoso para los maestros, quiero decir. Pero la verdad siempre triunfa, y no se pueden obviar ciertas similitudes entre ambas subespecies del género animal. Como todo el mundo sabe, los monos están metidos en jaulas, y por mucho que griten, arañen o se peleen, no le pueden hacer daño a nadie. Por lo que se refiere a los profesores, éstos no están enjaulados, ni encadenados, pero están violentamente constreñidos por su salario mensual. Los alumnos pueden burlarse de ellos sin temor a las represalias o a que, en un ataque de ira, les devuelvan la broma propinándoles un mordisco. Estoy convencido de que si tuvieran las suficientes agallas para devolver los ataques, nunca se habrían condenado a sí mismos a la esclavitud de la enseñanza. Mi amo es maestro. Pero no trabaja en la Escuela de la Nube Caída, vecina a nuestra casa. Es un simple maestro, corriente y moliente. El hombre más indicado para el anodino trabajo que desempeña. Una persona inofensiva con un salario insignificante, perfecto para convertirse en objeto de burla y tormento por parte de sus alumnos. En cuanto a los distinguidos estudiantes de la escuela vecina a nuestra humilde morada, no sólo consideraban las burlas y las bromas como una práctica más de su proceso educativo, condición sine qua non para convertirse en honrados caballeros, sino casi como una especie de ritual de paso de la juventud a la madurez. Todos aquellos mozalbetes brutales se sentían investidos de autoridad para ejercer de torturadores en virtud de su propio curriculum educativo. Es más, conformaban una pandilla de auténticos salvajes que dedicaban su energía física y su vitalidad a burlarse de los demás de manera inmisericorde. Y, siendo mi amo como era, se hacía inevitable que acabara como su objeto preferido de burla. Y no sólo eso, sino que Kushami, para mayor satisfacción de los gamberros, solía entrar al trapo de sus provocaciones una y otra vez, sin darse cuenta de que,

cuanto más se enfadara, mejor se lo pasarían ellos. Me detendré, por tanto, para contar con detalle en qué consistían exactamente las burlas de los muchachos, y cuáles eran las irracionales respuestas de mi amo, el maestro.

Cualquiera puede imaginarse cómo es una valla de bambú. Un entramado muy simple, por naturaleza endeble, donde el viento se cuela sin ningún problema, y por donde yo podía pasar siempre que me viniera en gana sin la más mínima dificultad. A todos los efectos, para mí era como si esa valla de bambú no existiera. Evidentemente, el director de la escuela no tenía gato, así que no sabía lo fácil que era pasar de un lado al otro de la valla. Pues su objetivo era el de impedir el paso de sus alumnos. Que el viento pase libremente por una valla no implica que puedan hacer lo mismo las personas. Los cuadrados que formaban los bambúes entrecruzados eran tan pequeños que ni el famoso contorsionista Tyo Seison, [73] que vivió y actuó en los lejanos tiempos de la dinastía Ching, se las habría podido arreglar para sortear aquella trampa. La valla era lo bastante cerrada y lo suficientemente tupida como para evitar las molestas invasiones estudiantiles, y eso alegraba el corazón del maestro y le hacía sentirse seguro. Pero la lógica del maestro tenía un agujero. Un agujero mucho más grande que cualquiera que pudiera tener la valla. Tan enorme que me recordaba a aquel pez monstruoso que, según la leyenda china, se tragó un barco entero de un bocado. El asunto era el siguiente: el maestro asumía que la existencia de una valla implicaba necesariamente que ésta no pudiera traspasarse, y de ahí nacía un ulterior razonamiento. Si la valla existía, ningún alumno digno de ese nombre la cruzaría, pues se hacía fácilmente reconocible como marca o línea fronteriza. Incluso en el supuesto de que cualquiera lo intentara, no sería capaz de llevar a buen término su intento, dado el reducido tamaño de los agujeros que, como mucho, permitían únicamente el paso de un gato de tamaño mediano como yo. Pero el fallo más grave en su razonamiento radicaba en el hecho de obviar que lo más fácil que puede hacer uno con una valla es saltarla, trepar por encima de ella y pasar al otro lado de un salto. Algo que, además, constituye un excelente ejercicio físico.

Desde el mismo día siguiente a que la valla fuera levantada, los jóvenes caballeros en ciernes, salvajes alumnos de la Escuela de la Nube Caída, comenzaron a saltar la valla por la parte norte del solar, con la misma regularidad con la que lo hacían antes de su existencia. Sin embargo, tras su salto, se cuidaban muy mucho de no avanzar hasta sus antiguas posiciones cerca de la casa, pues su retirada a la seguridad de la escuela se vería sin duda ralentizada por la necesidad de tener que saltar la valla de vuelta. Así que se quedaban en la zona intermedia, donde no corrían el riesgo de ser atrapados. El maestro no podía ver lo que hacían los chavales desde su estudio, porque éste se hallaba mirando hacia el este. Para ver lo que hacía la recua de bachilleres no le quedaba más remedio que salir hasta la puerta del jardín, o bien mirar desde el ventanuco del retrete. Desde ese bastión podía observar claramente a

su enemigo y marcar con exactitud su posición. Pero como aquél era todo un regimiento de invasores, resultaba imposible salir a darles caza sin que la tropa se diseminara y corriera en desbandada, haciendo imposible cualquier arresto preventivo, e incluso la toma de rehenes o prisioneros. La única opción era lanzar, de modo indiscriminado, una andanada de gritos admonitorios desde la seguridad de su fortín. Estaba seguro de que si abría la puerta y se enfrentaba directamente a las hordas enemigas, éstas se dispersarían, como harían las focas acosadas por un barco que se les echa encima. Por otra parte, era evidente que el maestro no podía pasarse la vida metido en su bastión del excusado, ni andar de acá para allá, de su estudio a la galería, de la galería al estudio, cada vez que escuchase el más mínimo movimiento enemigo. Para hacer eso tendría que haber renunciado a su profesión de maestro y haber hecho un curso de cazador profesional para ejercer esta actividad a tiempo completo. Su punto débil era que desde el estudio podía oír a su enemigo, pero no podía verlo, mientras que si se asomaba desde la ventana del baño podía observarlo, pero no le podía dar alcance. Los estudiantes, perfectamente conscientes de estas dificultades técnicas y logísticas, explotaban las debilidades defensivas de la plaza asediada a su favor.

Cuando los muchachos estaban seguros de que el maestro se hallaba en su estudio, se desplegaban a lo largo de todo el terreno y empezaban a hablar a voz en grito, sin ahorrarse ningún tipo de comentarios ofensivos sobre el dueño de la casa. Su estrategia para acabar con la paciencia del maestro consistía en variar constantemente el tono de voz, para que de esa forma el enemigo no pudiera estar totalmente seguro de si el griterío provenía de una parte de la valla o de la otra. Si el maestro, iracundo por los comentarios, decidía salir en busca de los alborotadores, podía suceder que se escaparan a toda prisa, o bien que se quedaran allí haciéndose los indiferentes, como si ellos no hubieran hecho nada. Cuando el maestro observaba desde la ventana del retrete —y siento mucho tener que usar de un modo tan reiterativo esta palabra tan inadecuada, pero me veo obligado a ello por puras razones de precisión topográfica—, su campo de visión abarcaba la extensa parcela dedicada al cultivo de las paulonias, y el lugar donde acampaba el enemigo. Entonces lanzaba unos gritos aterradores. Como única respuesta recibía el eco de sus propias barbaridades. Esa táctica tan escandalosa ponía en evidencia al maestro y le descubría como un idiota redomado. En las pocas ocasiones en que pensaba que un asalto por sorpresa tendría un resultado positivo, se lanzaba al ataque armado con un bastón, para encontrarse la parcela completamente desierta. Volvía entonces a su baluarte del retrete, pensando que no habría nadie, y entonces se daba cuenta de que las hordas enemigas iban recuperando posiciones poco a poco. Entonces solía otear de nuevo el terreno, armarse de valor, agarrar el bastón y lanzarse de nuevo en tromba al jardín, para darse cuenta otra vez de que los alumnos habían volado. Y era lo mismo

siempre. Podía intentarlo una y otra vez, y el resultado era siempre el mismo: acababa agotado, enojado y con los nervios destrozados.

Yo, por mi parte, me dedicaba a contar las ocasiones en las que salía, con gesto iracundo, y volvía a entrar, con ademán compungido. Aquello se había convertido en una obsesión. Hasta el punto de que me preguntaba si no habría abandonado su profesión de maestro para enrolarse en el ejército. Y estaba a punto de volverse loco de remate, cuando tuvo lugar el siguiente incidente:

Éstas son las cosas que pasan cuando uno pierde los papeles, cuando no se sabe cómo manejar una situación o cuando se le sube a uno la sangre a la cabeza hasta el punto de hacerle perder el sentido. En este aspecto coinciden Galeno, Paracelso y el ya olvidado sabio chino Henjyaku. [74] Parece que el problema reside en localizar el punto exacto donde se acumula la sangre en el cerebro, y averiguar si se trata verdaderamente de sangre o de otra cosa.

Según la teoría de los antiguos filósofos europeos, una teoría ciertamente pasada de moda, existen en el cuerpo humano cuatro clases de líquidos diferentes o humores: la ira, que si corre en el sentido incorrecto se transforma en furor; la estupidez, que acumulada en la cabeza altera los nervios y causa letargía; la melancolía, que pone tristes a los hombres; y, finalmente, la sangre, cuyo objetivo es activar los brazos y las piernas. A medida que la civilización ha progresado, tres de los cuatro humores, la ira, la estupidez y la melancolía, han pasado a mejor vida, por lo que los sabios coinciden en que el único humor que merece nuestra atención es la sangre. Según parece, ésa es la causa de la preminencia, en nuestros confusos tiempos, de la cólera. La cantidad de sangre que fluye por el cuerpo varía en función del individuo y su temperamento. Cada cuerpo humano contiene unos 9,9 litros de ese preciado elemento, y si tal cantidad de líquido circula por donde no debe y se concentra exclusivamente en la cabeza, el resto del cuerpo se enfría. Es como lo que pasó el día 5 de septiembre de 1905, cuando la gente asaltó las comisarías en protesta por el Tratado de Porthsmouth y todos los policías, tanto los de los cuarteles como los que patrullaban por las calles, tuvieron que refugiarse en la Comisaría Central de Tokio. Pues bien. Aquella huida precipitada a la Comisaría Central tiene grandes semejanzas, desde el punto de vista médico, con la subida de la sangre a la cabeza. Para curar esa enfermedad es preciso que la sangre se distribuya bien por todo el cuerpo, y lograr que la que ha fluido al revés vuelva a hacerlo en su sentido normal.

Según tengo entendido, el difunto padre del maestro tenía por costumbre ponerse una toalla fría sobre la cabeza y tostarse los pies en el brasero, a fin de conjurar este indeseado mal. Tener los pies calientes y la cabeza fría se ha considerado tradicionalmente un método infalible para alargar la vida, tal como demostraba el clásico de la medicina china *Algunas consideraciones sobre las fiebres tifoideas*. La conclusión de ese interesante tratado es que una buena toalla fresca al día te evitará la

visita al médico. Otro sistema para evitar la circulación errónea de la sangre por el cuerpo desapercibido es el que usan desde tiempos inmemoriales los bonzos. [75] En sus largos peregrinajes de un templo a otro, la única residencia que conocen es un árbol sobre la cabeza y una piedra debajo de ella, tal como enseñaba la famosa doctrina del Unsui. No es penitencia impuesta ni mortificación. Se trata, simplemente, de una técnica propugnada por el sexto patriarca de la secta Zen, el chino Hui-neng, que la descubrió mientras recogía arroz y se agachaba para devolver así el flujo sanguíneo de la cabeza al resto del cuerpo. Pruébenlo, es sencillo. No hay más que sentarse sobre una piedra, lo más sombreada y lisa posible. Aunque al principio se sienta algo de frío en el trasero, poco a poco la sangre irá retornando a las nalgas y calentándolas. Se trata de un principio infalible. Así tendrá la cabeza fría y el culo caliente.

Aunque se han inventado numerosos métodos para bajar la sangre de la cabeza, como de momento todavía no ha aparecido ninguno que resulte eficaz para todos, no me entretendré en dar más explicaciones. Normalmente se piensa que cuando la sangre sube a la cabeza no se obtiene ningún beneficio. Sin embargo, hay al menos un contexto en el que sí lo tiene. Hay oficios en los que es indispensable el frenesí que provoca la sangre cuando se sube a la cabeza. Si esto no sucediera no sería posible ejercerlos adecuadamente. El caso más interesante y destacado es el de los poetas. Igual que un barco de vapor es incapaz de ponerse en marcha sin carbón, lo mismo le sucede a un poeta: no es nadie sin el frenesí mental causado por una buena subida repentina de sangre a la cocorota. Si, por alguna circunstancia, no consiguen que esto suceda, inmediatamente se convierten en seres corrientes y molientes sin otro quehacer en la vida que el de comer y quedarse de brazos cruzados mirando al techo. La cruda realidad es que tan súbita afluencia de sangre al cerebro equivale a un pequeño ataque de locura, pero nadie con un mínimo de orgullo profesional admitirá que sólo logra realizar su trabajo si se encuentra sumido en un estado de enajenación mental. Los poetas, si se caracterizan por algo, es precisamente por no llamar a las cosas por su nombre, y a la locura no le dicen locura. Por razón de algún tipo de conspiración lírica, han acordado darle otro nombre, y por eso lo llaman «inspiración», una palabra que repiten sin cesar y a la que atribuyen poderes casi mágicos. Pero el hecho incontestable es que se trata de pura y simple locura. La palabra «inspiración» debieron de inventarla para engañar a la gente, que no tiene ni idea de sus problemas mentales. Incluso el mismísimo Platón se puso de su parte cuando hablaba de «locura divina». Yo no sé cuál puede ser el grado de divinidad de la locura, pero lo cierto es que si se les identificara con los locos, la gente miraría a los poetas con menos respeto. Y creo que los poetas hacen bien en aferrarse a su inspiración, puesto que, aunque la inspiración suena a nuestros oídos como si se hablara de algún tipo de droga o de medicina moderna, sigue constituyendo una

palabra poderosísima, bajo la cual los poetas pueden colocar perfectamente su chifladura sin que nadie se dé cuenta. La locura se disfraza de inspiración, como la pasta de pescado cocido a la que se le añaden trozos de ñame para que le sirva de relleno. Como la imagen de la diosa Kannon [76] tallada en un trozo de madera podrida de apenas unos centímetros de altura. Como la carne fresca de ternera a la que se añaden porciones de caballo rancio en las trastiendas de las cocinas de los restaurantes a fin de engañar al incauto cliente. La inspiración no es más que una especie de locura pasajera y, precisamente, por su condición de pasajera es por lo que muchos poetas han logrado no acabar dando con sus huesos en el manicomio.

A mí me parece que debe de ser extraordinariamente difícil fraguar individuos así, idiotas de corto recorrido y locura con fecha de caducidad, poetas movidos por la inspiración divina. Crear seres corrientes no parece tan complicado, a juzgar por la gran cantidad de ellos que existen. Pero otra cosa bien distinta es lograr fabricar esos maniacos obsesionados todo el día por ponerse a garabatear delante de un papel en blanco. Incluso a un dios superdotado en materia de bellas artes le costaría un trabajo considerable crear un solo individuo como ésos. Los dioses sólo son capaces de producir esos extraños especímenes en raras ocasiones. Por tanto, los poetas frecuentemente deben procurarse inspiración a sí mismos, sin el concurso de un dios que les ayude a encontrarla, y por esa razón es por la que los escolares de todas las épocas se ven obligados a dedicar tanto tiempo a prevenir las subidas de sangre a la cabeza.

En una ocasión hubo un poeta que, obsesionado por encontrar la inspiración, solía comerse una docena de caquis amargos al día en la creencia de que los caquis le producirían indigestión, y que este padecimiento provocaría que su sangre se le subiera a la cabeza, fomentando así la actividad de su materia gris. Otro se bañaba a todas horas en agua caliente con una botella de *sake*, también caliente, que se bebía a grandes tragos. Su idea era que dentro del agua caliente, y bien empachado de *sake* caliente, la sangre se le concentraría toda en la cabeza, y eso le produciría un arrebato creativo. Si aquello no daba resultado, pensaba que otro método adecuado sería el de bañarse directamente en una bañera llena de vino caliente. Por desgracia, el hombre murió sin probarlo siquiera, pues carecía de los recursos económicos suficientes para llenar una bañera de vino. A un último personaje de esta misma ralea se le ocurrió que la inspiración le llegaría, ni más ni menos, vía la imitación de variados personajes antiguos, también dotados de la gracia creativa. Su sistema se basaba en la idea de que quien imita los gestos y actitudes de otro, adquiere las mismas capacidades y estado mental del modelo. Si se imita a un borracho, inmediatamente se tendrán unas enormes ganas de beber vino sin freno. Si se practica la meditación y se aguanta en esa postura el tiempo suficiente, uno tendrá la sensación de haberse convertido en el mismísimo Buda resucitado. Por tanto, si uno imita la actitud de algún famoso

escritor, es más que probable que le entren arrebatos similares a los que le llevaron a este genio de las letras a escribir algunas de sus grandes obras. Cuentan que Victor Hugo tenía por costumbre tumbarse sobre la cubierta de un velero y quedarse mirando al cielo a la espera de que le llegara la inspiración. Por tanto, alguien que tenga los medios económicos y la posibilidad de embarcarse en un yate, no tiene más que tumbarse a lo Victor Hugo y esperar a que las nubes le dicten unas cuantas frases. También suele decirse de Robert Louis Stevenson que escribía todas sus novelas tumbado boca abajo. Así que bastará con adoptar esa postura, coger papel y lápiz, y lanzarse a escribir obras incomparables sobre archipiélagos enteros llenos de islas con tesoros enterrados.

Como se puede observar por los ejemplos citados hasta ahora, en la historia ha habido numerosos intentos de estimular el arrebato creativo, pero hasta el día de hoy ninguno ha demostrado su eficacia fehacientemente. Es una lástima, pero así son las cosas. Provocar esos arrebatos de manera artificial puede decirse que no tiene ningún sentido. Sin embargo, estoy convencido de que más pronto o más tarde llegará el momento en que alguien invente un método de arrebato inducido que produzca por fin beneficios al común de la raza humana. Y, sinceramente, espero que ese momento llegue lo antes posible.

Ya he hablado lo suficiente sobre los métodos conocidos por el hombre para que la sangre se te suba a la cabeza, así que creo que ha llegado el momento de que retome la narración de los sucesos a los que me venía refiriendo antes. Pero, primero de todo, es necesario advertir que previamente a que un gran suceso tenga lugar suelen producirse otros sucesos, sin duda de menor importancia, algunos aparentemente intrascendentes, que sirven de pequeñas pistas, de indicios, de que algo más grande ocurrirá no tardando mucho. A lo largo del tiempo, los historiadores se han concentrado en el estudio de los grandes acontecimientos, los sucesos trascendentes, y han dejado de lado los pequeños detalles, sin considerar su ulterior relevancia. En el caso del maestro, esos ataques de ira, esos arrebatos de sangre borboteante cada vez que recibía la visita en su jardín de los alumnos de la escuela vecina, unidos a la consiguiente presión que el maestro iba acumulando en su interior, hacían pensar que la gran erupción tendría lugar en cualquier momento. Si he detallado estos acontecimientos ordenadamente, si he dado cuenta puntual de los sufrimientos padecidos por el maestro, ha sido para hacer más comprensible la reacción del maestro, y para que ésta no parezca exagerada, caprichosa o producto de un mal día.

Sin embargo, el acontecimiento que voy a contar, sea importante o trivial, no honra en absoluto al maestro. Todo lo sucedido fue lamentable, lo sé, y la inspiración o locura que lo provocó podría clasificarse como de auténtica demencia. Al menos quiero aclarar que su arrebato fue auténtico y, por tanto, no inferior al de nadie que

cualquiera de nosotros pudiera conocer. Eso no quiere decir, entiéndaseme, que la demencia fuese superior en calidad al acontecimiento mismo. El maestro carece de cualidades que le hagan destacar sobre los demás, por lo que si yo, que me he erigido en cronista de los hechos de su vida, no me detengo en estos detalles, seguramente no tendría material suficiente para hacer un relato ameno, y todos mis esfuerzos serían en vano.

El enemigo, atrincherado en el vestíbulo de la Escuela de la Nube Caída, dio en descubrir al cabo de un cierto tiempo una nueva clase de balas tipo «dum-dum», [77] con las que se dedicaban a bombardear la parte norte del solar durante los diez minutos de recreo, e incluso cuando terminaban las clases y salían de la escuela. Estas balas eran lo que comúnmente se conoce como «pelotas». Se lanzaban tras ser golpeadas con una especie de palo rígido desde el patio, o bien mediante un mortero improvisado, y aterrizaban en territorio del maestro. No había peligro de que hiciesen blanco sobre su persona, pues, normalmente, el maestro estaba encerrado en su estudio, poniendo a hervir su sangre. El enemigo conocía perfectamente las técnicas de lanzamiento, y sabía que, a fin de evitar víctimas, debían lanzarlas con una trayectoria abierta y pronunciada. Parece ser que ésa fue la misma táctica utilizada por la armada japonesa en la victoriosa batalla de Lunshun. De igual manera, la propia táctica de lanzar pelotas con trayectoria envenenada al solar vecino solía arrojar por si sola resultados muy positivos. Además, cada vez que los muchachos lanzaban un misil, el disparo iba acompañado de un inevitable «oh» admirativo y colectivo, proferido en ocasiones por decenas de gargantas enemigas gritando al unísono. El resultado era que el maestro, escuchando ese rumor que se alzaba desde las posiciones enemigas, experimentaba un pavor total y caía presa del pánico. La sangre abandonaba sus extremidades, resultado de la contracción total de sus venas, y se marchaba directa al cerebro. De tanto hervirle la sangre, digo yo que antes o después tendría lugar el delirio. Hay que reconocer que la habilidad del enemigo para alimentar su desesperación y provocar en él una explosión devastadora era verdaderamente admirable.

Hace mucho tiempo hubo en Grecia un escritor llamado Esquilo, que tenía una cabeza como la de todos los sabios, es decir, calva. Y era calvo justamente por falta de nutrición capilar. Normalmente, los grandes sabios usan sólo su cabeza para vivir y, por tanto, carecen de ingresos suficientes para alimentarse. Los pocos ingresos que entraban en su casa tenían como consecuencia una alimentación escasa y deficitaria en nutrientes. Y eso suele conllevar la debilidad y la consiguiente pérdida del cabello. Esquilo era un sabio entre los sabios, así que a nadie le extrañará que su cabeza estuviese lisa y reluciente como una naranja monda. Un día salió a pasear, bajo el paraguas de su cabeza calva (con eso no quiero decir que uno pueda cambiarse de cabeza como lo haría de sombrero, y ponerse una para cada ocasión; únicamente

quería llamar la atención sobre el hecho de que su cabeza era tan calva como siempre). Esquilo caminaba bien erguido bajo el magnífico sol del mediodía heleno. Y precisamente los reflejos provocados por sus destellos craneales fueron la causa de un dramático error. Cuando una calva semejante recibe los rayos solares, produce un reflejo que puede ser visto a gran distancia. Al igual que los grandes árboles reciben el azote del viento, esa especie de foco luminoso puede recibir el impacto de cualquier cosa que esté volando por el aire, y que esté buscando un sitio para estrellarse.

En ese momento sobrevolaba sobre la cabeza del pobre Esquilo un águila que llevaba una tortuga atrapada entre sus garras. Las tortugas y otros quelonios son alimentos deliciosos, pero ya desde la época de los griegos son conocidos por tener un caparazón casi impenetrable, y de una dureza imposible. Son muy sabrosos, pero sirven de poco al estar envueltos en tan granítica armadura. Hoy en día está muy de moda comer langostinos a la parrilla, pero seguro que nadie ha visto en ningún restaurante tortugas a la parrilla. Seguro que tal plato no estará nunca disponible en nuestros modernos restaurantes, como tampoco lo estaba en el menú de los antiguos griegos. El águila probablemente se preguntaba qué podía hacer con su presa, cuando de pronto vio allí abajo un objeto resplandeciente. «Ya lo tengo», se dijo, y soltó a su desafortunada presa contra aquel objeto para lograr romper el caparazón con el impacto. Por desgracia para el águila y para el propio Esquilo, los cráneos de los escritores son más blandos que los caparazones de las tortugas, y fue así como aquella luz que guiaba los designios de la literatura se apagó y llegó a su desdichado fin.

Es posible preguntarse por la relación entre esta larga digresión sobre la muerte y el caso particular del maestro, pero estoy convencido de que, cuando llegue el momento, las conexiones aflorarán por sí mismas. Antes, sin embargo, me siento obligado a preguntarme por la verdadera intención del águila. ¿Lanzó la tortuga consciente de que aquel objeto brillante era la cabeza de un escritor, o, por el contrario, pensó realmente que su diana era en verdad una roca redonda y pelada? Dependiendo de la respuesta de cada uno, así se verá el paralelismo entre el águila y los imberbes muchachos de la escuela. Es más, para entender en toda su dimensión el problema, uno debe tener en cuenta una serie de factores en cierto modo conflictivos. Por ejemplo, es un hecho que el maestro no es calvo, y por tanto su cabeza, al contrario que la del desdichado Esquilo y otros eminentes escritores de extraordinaria valía y discernimiento, no emite reflejos resplandecientes. Sin embargo, lo que sí tenía el maestro (aunque la propia humildad de esa posesión haga que todo esto suene un poco triste) era ese sine qua non de tantos literatos: un estudio. Así que, como el maestro se pasaba el día metido en su estudio babeando sobre algún libro de difícil lectura, es de suponer que dedicaba mucho tiempo al cuidado, acondicionamiento y

mantenimiento de tal estancia. Por otro lado, el hecho de que el maestro no fuera calvo no significaba que no pudiera serlo algún día. Quizás era cuestión de que no había hecho todavía suficientes méritos para ser calvo, y, por tanto, no se podía descartar la posibilidad de que, cuando fuera lo suficientemente listo, pudiera convertirse con el tiempo en una reluciente bola de billar o en un improvisado pararrayos de desgracias ajenas.

En cualquier caso, los estudiantes, por alguna razón que se me escapa, lo que en realidad se habían propuesto era lanzar sus proyectiles directamente contra la cabeza del maestro. Yo sabía que, si esa campaña de terror se prolongaba dos semanas seguidas, eso le provocaría tal contracción en sus venas y tal concentración sanguinolenta en su cabeza, que ésta se quedaría desnutrida y pelada como un melón, como una tetera o como una cazuela de cobre. Si el bombardeo se prolongaba un poco más, el caqui se abriría, la tetera se agujerearía y la cazuela se agrietaría. Todo reventaría, y las consecuencias serían imprevisibles. No cabía duda. Y el único de entre todos nosotros que parecía no prever las temibles consecuencias a corto plazo de tal estrategia era, cómo no, el imbécil del maestro.

Una tarde salí a la galería a echarme mi siesta de costumbre. Cuando me quedé dormido, soñé que me había convertido en un enorme tigre. Ordenaba al maestro que me trajese panecillos al vapor rellenos de carne de pollo. El maestro, temblando como una hoja, me traía el encargo con grandes inclinaciones de cabeza, y me daba evidentes muestras de total sumisión. Al poco rato aparecía Meitei, y yo le decía que quería comer carne de primera en el restaurante Yamashita. Con su habitual verborrea, Meitei empezaba a halagar las virtudes del nabo en salmuera, de las verduras y de no sé qué más zarandajas, con tal profusión de detalles que yo ya saboreaba mi encargo carnívoro. Entonces me cansaba de sus interminables explicaciones y emitía un bárbaro rugido, a ver si así se callaba. Meitei me decía que el restaurante estaba cerrado, pero que se las arreglaría para satisfacer mis deseos. Se me antojaba carne de ternera, así que le ordenaba que me la trajera de la carnicería de Nishikawa. Meitei se arreglaba la ropa y se marchaba. Sabía que si no cumplía su promesa corría el riesgo de ser devorado por mí. En lo que volvía, me echaba a dormir en la galería y ocupaba una gran parte de su espacio, pues me había convertido en un gigante. Ya estaba saboreando la carne de ternera en mis sueños, cuando un tremendo ruido en la casa me despertó.

El maestro, que tan sólo unos instantes antes se había postrado ante mis designios aterrorizado ante mi poder, salió como un cohete del baño y me apartó de una brutal patada. Antes de que pudiera recuperarme del golpe, saltó de la casa con sus sandalias de madera, cruzó el jardín y se fue derecho hacia la Escuela de la Nube Caída. Era algo desconcertante pasar en tan poco tiempo de ser un tigre, aunque fuera en sueños, a un simple gato al que dan puntapiés. Confieso que la visión del maestro

completamente enrojecido de ira, junto al dolor provocado por semejante patada, borraron de mi memoria inmediatamente el recuerdo de mis tiempos de gran felino asesino. Mi intuición gatuna me decía que el maestro, al fin, se había decidido a presentar batalla. La diversión estaba garantizada. Me olvidé del dolor de mis costillas y salté al jardín. El maestro blandía un bastón mientras ladraba enloquecido: «¡Ladrones! ¡Sucios ladrones!». Uno de los alumnos de la escuela, con su gorra bien encasquetada en la cabeza, saltó ágil como una gacela la valla que le separaba de su territorio. Tendría unos dieciocho o diecinueve años, y su precipitada huida hizo que el maestro se sintiera animado a seguir vociferando como un loco para ahuyentar a todos los intrusos que quedaban en el jardín. Pero si quería conducir a su ejército hasta la victoria era necesario dar un paso más y traspasar las barricadas para adentrarse en territorio enemigo. En su frenesí, el maestro se plantó junto a la frontera misma que delimitaba los dos territorios. Era imprescindible considerar las consecuencias de traspasar esa línea peligrosa, pues, en caso de hacerlo, el propio maestro se convertiría a él mismo en intruso en tierra extraña. Se detuvo ante la valla. Un solo paso más, y el maestro habría caído en la más total villanía. En ese preciso momento, se acerco hasta la valla uno de los generales enemigos, adornado con incipiente mostacho, y sostuvo con el maestro la siguiente conversación:

—Sí. El que ha huido es alumno de esta escuela.

—Bien. Pues en tal caso, como buen estudiante debería comportarse de modo correcto. ¿Por qué razón tiene que saltar una valla sin solicitar el correspondiente permiso?

—Porque se les cayó la pelota a su jardín y tuvo que ir a por ella.

—¿Y entonces por qué no vino a preguntarme si podía pasar a cogerla?

—Le aseguro que el alumno será castigado.

—Bien, en ese caso estoy de acuerdo.

Yo había imaginado una discusión más bien tensa y, sin embargo, todo se redujo a un inofensivo intercambio de delicadezas sociales. Al maestro no le faltó valor ni entusiasmo pero, como de costumbre, en el momento adecuado su valor no le sirvió para nada. Le ocurrió lo mismo que me había pasado a mí un rato antes: en mis sueños me había convertido en tigre, pero la realidad se había encargado de devolverme a mi condición de gato adoptado. Este fue uno de esos pequeños incidentes que presagiaban algo más grande a los que me refería anteriormente. A partir de ahora comenzaré con el relato en sí del percance trascendental.

El maestro se hallaba tumbado sobre su vientre en el cuarto de estar con las puertas correderas abiertas de par en par. Pensaba en cómo defenderse de los energúmenos de la escuela, pero aún no había pasado nada porque éstos debían de estar en clase y reinaba la calma. En lugar de la algarabía habitual, se escuchaba, a lo lejos, la voz del general que había negociado la paz con el maestro, impartiendo su

clase de ética:

«.. .por tanto, la moral pública y las virtudes cívicas son de la máxima importancia, y las encontrarán en cualquier país europeo, ya sea en Francia, Alemania o Inglaterra. En aquellos países no hay persona, por baja que sea su condición social, que no respete las reglas del comportamiento cívico. Lo triste es que en Japón estas normas básicas de convivencia no se respetan. Quizás alguno de vosotros piense que se trata de cosas ajenas o de ideas importadas del extranjero. Pero resulta que nuestros antepasados ya observaban estos preceptos extraídos de las enseñanzas del mismísimo Confucio, y prestaban especial atención a la práctica de la fidelidad y la benevolencia. Esta última, la benevolencia, es justamente la virtud principal que debe atesorar un ciudadano de bien. Yo soy un hombre y, en ocasiones, me entran ganas de cantar. Pero soy consciente de que si hay alguien cerca de mí, estudiando, leyendo o durmiendo, quizás pueda molestarle. Por lo tanto, a pesar de lo grandes que sean mis ganas de cantar o de dedicarme a la recitación de poemas clásicos chinos, me reprimiré si tengo cerca a alguien que necesita silencio para llevar a buen término su tarea. Pues bien, lo mismo tenéis que hacer vosotros. Debéis tratar de no causar molestias a los demás».

Al llegar a este punto de la explicación, el maestro, que había estado escuchando atentamente, soltó una risotada. Fue la suya una risa de tal calibre, que merece una explicación. Su carcajada se podría interpretar como una reacción de sarcasmo, pero la naturaleza del maestro era demasiado simple, incluso cándida. Sencillamente, no tenía la fuerza mental necesaria para ser malo. Se rió, simplemente, porque estaba complacido con lo que escuchaba, y, en su ingenuidad, pensaba que con su alocución sobre ética, el profesor lograría aplacar a sus alumnos y lograr así que cesara de una vez por todas la lluvia de proyectiles dumdum, lo cual le permitiría dormitar para siempre en la recién recobrada seguridad de su estudio. Podría conservar su pelo intacto, pensó. Sus ataques de ira no desaparecerían del todo, cierto, pero con el paso de los días la virulencia de sus instintos se atenuaría. Quedaba dispensado, pues, de las toallas frías en la cabeza y de tener que tostarse los pies en el brasero, y ya no se vería en la necesidad de dormir bajo un árbol con la cabeza apoyada en una piedra. Al prever todo esto, sonrió. Un optimismo de lo más natural para una persona que seguía creyendo ingenuamente que, aun en el siglo xx, las deudas merecían ser reparadas. Honestamente, el maestro pensaba que la lección pondría fin a las incursiones de los alborotadores.

Y así llegó la hora en que acababan las clases. La lección de ética quedó súbitamente interrumpida, y en ese preciso instante los ochocientos alumnos que había encerrados en la escuela hasta esos momentos salieron del edificio todos a la vez en tromba, como una colmena de abejas que alguien hubiera sacudido por sorpresa, aporreando todo lo que encontraban a su paso, y gritando por puertas,

ventanas y cualquier agujero susceptible de servir como vía de escape. Y fue con esa explosión como empezó todo.

Comenzaré haciendo una breve descripción de la formación de combate de las abejas humanas. Si alguien piensa que exagero usando términos militares para describir el enfrentamiento del maestro con los alumnos de la Escuela de la Nube Caída, se equivoca. Cuando la gente de la calle piensa en campañas militares, lo primero que les viene a la cabeza son los escenarios de los últimos choques bélicos de la guerra ruso-japonesa: Shaka, Mukden, Lunshum, sangrientos campos repletos de cadáveres. La gente algo más enterada, como esos bárbaros a los que les gusta la poesía, suele asociar la guerra con pasajes evocadores de la literatura: Aquiles cargando en su carro con el cadáver de Héctor y dando tres vueltas a las murallas de Troya, o Chang Fei [78] blandiendo una lanza de cinco metros en el puente de Changban para amedrentar a las hordas del ejército de Tsao-Tsao. Cada cual es libre de imaginar la guerra como quiera, pero no es correcto suponer que sólo existe el tipo de batallas que acabo de describir. Se puede pensar que esas extrañas contiendas son cosas del pasado, y que en el Japón imperial actual, en medio de un periodo de paz, tales hostilidades son inconcebibles. Incluso las revueltas populares no tienen mayores consecuencias que las de provocar la quema de unos cuantos puestos de policía. Por tanto, me atrevo a afirmar que el enfrentamiento entre el maestro Kushami, Capitán General de la Cueva del Dragón Durmiente, y el ejército de ochocientos enloquecidos reclutas de la Escuela de la Nube Caída, bien puede considerarse como una de las batallas más importantes desde la fundación de la mismísima ciudad de Tokio.

Tso Shih da cuenta de la batalla de Yen Ling [79] con una descripción inicial de la disposición de las fuerzas enemigas. Como todos los historiadores de cierto renombre que le siguieron han hecho lo mismo, no veo yo por qué no empezar mi relato con la descripción de la formación del ejército de abejas. La colmena estaba formada por una larga columna de soldados acampados al otro lado de la valla. Al frente, una pequeña vanguardia cuyo primer objetivo, según se iría comprobando, era lograr atraer al maestro Kushami a posiciones donde su artillería pudiera infligirle un mayor daño.

—¿Crees que el viejo loco sabe dónde le vamos a arrear?

—Es medio tonto.

—¿Tendrá narices para venir a hacernos frente?

—¿Dónde se habrá metido? Creo que le he visto merodeando...

—O sea, que ha salido ya de ese retrete tan apestoso...

—No puede ser.

—Puede que se haya quedado atascado en la taza.

—Igual se lo ha tragado el váter.

—¡Valiente imbécil asqueroso!

—Vamos a hacer que salga.

—Eh, tú, ladra. ¡Guau! ¡Guau!

—¡Guou! ¡Guou!

Todas estas educadas observaciones culminaron con un griterío a base de todo tipo de sonidos guturales, a cuál más desagradable, cuyo objetivo último era sacar al maestro de su refugio en la retaguardia. Un poco más a la derecha de esa avanzadilla, en el campo de deportes, se encontraba el cuerpo de artilleros tomando posiciones. Uno de sus oficiales empuñaba un grueso palo y miraba directamente en dirección a la Cueva del Dragón Durmiente. Detrás de él, a unos pocos pasos, un segundo oficial encargado de cargar las baterías esperaba su turno, y, frente a ellos, un tercer artillero situado a mayor distancia escudriñaba el terreno, agazapado como una rana. Parece ser que hay un nuevo tipo de juego, importado de Estados Unidos, llamado béisbol, en el que los contrincantes se colocan de esta misma forma. Yo no soy más que una criatura ignorante, aunque tengo entendido que este juego se ha convertido en una verdadera pasión en todas las escuelas y universidades de Japón. Hay que reconocer que en Estados Unidos tienen una especial predilección por inventar cosas extravagantes, y supongo que si enseñaron a los japoneses a jugar un deporte como ése, lo harían de modo ingenuo, sin saber que su ejercicio se podría confundir fácilmente con una carga de artillería. Imagino que los americanos, honestamente, creerán que se trata de un deporte más, pero, entre nosotros, incluso el más inofensivo de los juegos, cuando tiene el potencial de fastidiar a todo un vecindario, puede ser claramente una nueva forma de bombardeo. Bajo mi punto de vista, aquellos mozalbetes estaban disimulando, y pretendían hacer pasar el bombardeo por un partido del juego recientemente importado. Por lo visto, se trataba solamente de una cuestión de denominaciones. Cuántas veces no se habrá estafado a la gente en nombre de la caridad; en cuántas ocasiones se disfraza la locura de arrebato poético. Pues bien, con el pretexto de un inocente partido de béisbol, también se puede entablar una verdadera batalla campal. Puede que el béisbol que practica la gente normal no sea más que un deporte, pero aquello que estaban haciendo esos tipejos era un asedio en toda regla. Éste era el sistema de disparo que empleaban aquellos alumnos para lanzar sus misiles dumdum: uno de los oficiales, el segundo de los que he descrito antes, lanzaba el proyectil en dirección al recluta que tenía enfrente, el que empuñaba el palo. Los profanos en este deporte desconocerán sin duda la composición exacta y el aspecto de la mencionada bala dumdum, pero se trataba ciertamente de una cosa durísima, tan contundente como una piedra y, además, envuelta en piel y cerrada herméticamente. El oficial en cuestión lanzaba la bola a toda velocidad y ésta, cortando el viento, se dirigía directa hacia el segundo oficial quien, armado con el enorme palo, la devolvía impulsándola de nuevo con un

fantástico golpe. Si erraba el tiro, la bola rodaba por el suelo, sin mayores consecuencias. Sin embargo, cuando acertaba de pleno, la bola rebotaba ruidosamente en el palo, multiplicaba su velocidad, y salía disparada gracias a la energía cinética que el recluta en cuestión le transmitía, con una potencia tal que era capaz de aplastarle la cabeza al dispéptico maestro, aun estando éste situado a prudencial distancia. Los tres artilleros que participaban en el complicado juego de bolas yendo y viniendo eran esenciales para llevar la operación a buen término, pero, junto a ellos, había pequeños y compactos destacamentos que tras cada nueva sacudida prorrumpían en gritos y aplausos:

—*Strike*.

—Buen golpe.

—¿Habrá tenido bastante con eso?

—¡A por él!

—¡A ver si la devuelves, idiota!

Semejante tormenta de insultos e insolencias habría bastado para desesperar al ya de por sí picajoso maestro. Pero, además, cada ofensa venía acompañada de una posibilidad real de salir herido, por cuanto uno de cada tres misiles *dumdum* aterrizaba irremediablemente en territorio de la Cueva del Dragón Durmiente. Porque, si no era para fastidiar al maestro, ¿de qué iba a servir eso de lanzar pelotazos potencialmente mortales con un bate de béisbol al jardín del vecino? En todo caso, sin embargo, había un inconveniente para el enemigo. Aunque actualmente las pelotas de béisbol se fabrican a todo lo largo y ancho del mundo, éstas siguen siendo muy caras y de factura costosa. Por tanto, como en todas las contiendas bélicas, el suministro de tales proyectiles es limitado. En general, cada unidad de artillería tenía a su disposición dos o tres proyectiles, por lo que no podían permitirse perder uno cada vez que disparaban. En consecuencia, existía un escuadrón de apoyo al equipo principal, cuya única misión consistía en recuperar los proyectiles ya lanzados. Si éstos caían en territorio amigo, no había problema, pero, cuando aterrizaban en territorio hostil, los escuadrones debían actuar con rapidez y voluntad de hierro para arrostrar el peligro sin arrugarse. En condiciones normales, el oficial encargado de empuñar el palo, consciente de la virtual peligrosidad de perder munición en vano, trataba de no lanzar los proyectiles demasiado lejos; pero el objetivo en este caso era, precisamente, el contrario. Aquella unidad no estaba practicando un deporte, estaba metida hasta las cejas en una guerra en toda regla. Así que esa tarde se dedicaron a lanzar sin descanso sus proyectiles al territorio del maestro, para así encontrar una excusa de invasión y de paso irritarle. El constante aterrizaje de balas *dumdum* en el jardín, acompañado de la invasión de hordas estudiantiles en misión suicida para recuperarlas, ponían al maestro ante un dilema irresoluble: ¿respondía a la provocación, con el consiguiente aumento de su cólera, o bien se rendía

incondicionalmente? Bajo esas premisas, sólo era cuestión de tiempo que el maestro se quedase totalmente calvo. Uno de los proyectiles, particularmente bien lanzado, atravesó silbando el campo de batalla, sobrevoló la zona donde crecían las paulonias, y, finalmente, fue a aterrizar dentro del jardín de la casa, tras golpear en la valla de bambú donde yo tenía por costumbre realizar mis ejercicios de equilibrio. Sabemos gracias a la primera ley de Newton que un cuerpo se mueve en línea recta y con velocidad constante a menos que actúe sobre él una fuerza extraña. Si el movimiento del proyectil hubiera estado gobernado exclusivamente por esa ley, la cabeza del maestro habría corrido la misma desgracia que la del pobre Esquilo. Sin embargo, por suerte, en su ayuda actuó la segunda ley de Newton, según la cual el efecto del cambio de movimiento es proporcional a la fuerza aplicada sobre él. Una vez salvado el primer escollo, esto es, la muerte del maestro por impacto de proyectil fuera de control, el siguiente paso era esperar la incursión en nuestra propiedad del escuadrón auxiliar recogepelotas. Se les podía escuchar mientras avanzaban posiciones pasándose informaciones del tipo:

—¿Ha caído por aquí?

—No, un poco más a la izquierda.

Todas las incursiones enemigas, en frenética búsqueda de los proyectiles *dumdum* perdidos en territorio hostil, iban acompañadas del máximo escándalo posible, pues hacer la exploración en silencio habría supuesto un fracaso en el verdadero propósito de la misión. Por supuesto, lo primero y fundamental era recuperar el misil perdido, pero no lo era menos intentar molestar al maestro para provocarle uno de sus ataques de rabia. En aquella ocasión concreta, el batallón conocía perfectamente el emplazamiento exacto de la bala. Habían presenciado el golpe, seguido la trayectoria del proyectil, y habían fijado con toda claridad el lugar de impacto. No podía ser complicado deducir su localización última, por lo que lo más sencillo habría sido recoger la pelota potencialmente asesina y marcharse en paz sin levantar más polvareda. Leibniz nos enseña que cualquier forma de existencia depende del mantenimiento de un orden formal. Por tanto, las letras del alfabeto deben estar siempre, de acuerdo con su Ley de Orden Sistemático, en la misma relación secuencial. De igual manera, se deben respetar las relaciones establecidas por las convenciones, por los proverbios y por la sabiduría ancestral. La buena suerte exige que no se pase nunca bajo una escalera, al igual que un murciélago y la luna están indisolublemente unidos. No existe una conexión obvia entre una pelota y una valla, pero a los ojos de los artilleros había una hilazón evidente entre ambas, que las emparentaba íntimamente. Disponían de un enorme espacio vacío donde arrojar sus proyectiles, así que era totalmente innecesario hacerlo dentro de nuestra propiedad. Si tal cosa sucedía, y efectivamente decidían disparar la pelota en la dirección de nuestra casa, era solamente para retar al maestro y obligarle a batirse en el campo de batalla.

A pesar de lo que tan claramente nos enseñaba Leibniz, ellos seguían insistiendo en lanzar la pelota una y otra vez en la dirección menos oportuna.

Las cosas habían llegado demasiado lejos, e incluso un hombre tan gandul como el maestro no podía seguir eternamente evitando plantar cara a los alborotadores. ¿Podía un hombre como él, que poco antes había cometido la ingenuidad de poner todas sus esperanzas en los efectos de una inofensiva lección de ética, permanecer allí parado sin hacer nada? En un arrebato de furia salió disparado de la casa y su contraataque por sorpresa tuvo como resultado la captura de un prisionero. Para el maestro fue, sin duda, un acontecimiento extraordinario, pero lo cierto es que aquel temible elemento insurgente apenas contaba quince o dieciséis primaveras, y ni siquiera tenía bigote. Un enemigo poco proporcionado a la edad de un hombre hecho y derecho. Adecuado o no, para el maestro atrapar a aquel sátrapa constituyó un gran acontecimiento. Así que lo arrastró hacia el interior de la casa y lo metió en la galería.

En este punto se hace necesaria una pequeña explicación sobre la táctica que estaba practicando el enemigo. Estaban convencidos, habida cuenta del ataque de ferocidad del día anterior, de que se acercaba el momento en que el maestro perdería definitivamente los nervios. Sabían que, si estando sumido en ese estado de locura lograse capturar a algún miembro de los comandos recogepelotas, sin duda habría problemas. Pero habían previsto que si tal captura tenía lugar, lo mejor sería enviar a algunos de los miembros más jóvenes de la escuela con objeto de minimizar las consecuencias. Todo se arreglaría con una buena regañina y la reputación de la Escuela de la Nube Caída quedaría intacta. Es más, el único perjudicado de verdad sería el propio Kushami, por entrometerse tan estúpidamente en asuntos más propios del patio de un colegio. Ése era el planteamiento del enemigo y, ciertamente, el de cualquier persona razonable. Pero hubo una cuestión que el enemigo pasó por alto: el maestro no era una persona en absoluto razonable. Una buena prueba de ello es que, si hubiera tenido algo de sentido común, no habría dedicado el día anterior a perseguir enfurecido a los alumnos de acá para allá. Un ataque de furia, una afluencia a la cabeza de sangre que hierve, un arrebato de locura, llámese como se quiera, implica que una persona normal se transforme en una especie de lunático. La persona que padece estos ataques, casi siempre leves, no será capaz de distinguir entre mujeres, niños, cocheros o mozos de cuerda y, en su locura pasajera, no logrará más que obtener una momentánea posesión sobre la que descargar su ira. Pero cuando el sujeto, previamente macerado con innumerables ofensas, pierde los papeles completamente, entonces su insignificante víctima, como un imberbe de escuela, se convertirá en un auténtico trofeo de guerra. La captura se habrá hecho, y el único digno de compasión será el pequeño cautivo.

Fue la mala suerte la que le deparó un destino tan aciago, cuando en realidad sólo atendía órdenes de sus superiores como simple soldado raso. Cumplía con su misión

de recogepelotas cuando se vio atrapado por un general enemigo, enloquecido totalmente y que, por sus actos y su aspecto, parecía carente del más mínimo sentido común. Incapaz de alcanzar una vía de escape, había sido capturado y arrastrado al interior del cuartel del rival. En tales circunstancias, estaba claro que el ejército enemigo no podía cruzarse de brazos y abandonar a su suerte a uno de sus miembros. Uno a uno, pues, los mozalbetes fueron saltando la valla y acercándose hasta formar una línea frente a la casa del maestro. Serían una docena, y la mayoría de ellos no llevaba puesta su chaqueta de uniforme. Había algunos con las mangas de la camisa remangadas y, en actitud desafiante, se cruzaban de brazos. Otros vestían prendas de franela muy desgastadas y un último llevaba una especie de camisa blanca con sus iniciales en letras mayúsculas bordadas en negro cerca del pecho. Todos y cada uno de ellos parecían aguerridos soldados llegados recientemente de las montañas de Sasayama, en la provincia de Tamba, pues su porte era como el de los montañeses, bien bronceados y con una musculatura bien formada. Era un auténtico desperdicio que les hubiesen mandado la escuela a estudiar ciencias y ética, pues su fuerza hubiera sido más útil si se les habría empleado como pescadores o cocheros, y su servicio a la patria habría sido infinitamente más provechoso. Estaban descalzos y con los pantalones recogidos hasta las rodillas. Tenían aspecto de estar prestos a participar en la extinción del primer incendio que se declarase en la ciudad. Miraban al maestro en profundo silencio. El maestro se enfrentaba a ellos con la misma actitud silenciosa y desafiante. Durante unos instantes de tensión hubo un intercambio de miradas de odio y sangre entre ambas partes.

—¿Vosotros sois también ladrones? —soltó el maestro de golpe, con un tono que infundía pavor.

La cólera que le quemaba por dentro parecía salir de sus orificios nasales como en esas máscaras de león que se usan en algunas danzas tradicionales japonesas. De hecho, parecía que para hacer las máscaras habían utilizado en algún momento como modelo la imagen de un hombre infinitamente enfadado como el maestro. Si no, esas máscaras no darían tanto miedo.

—Nosotros no somos ladrones. Somos alumnos de la Escuela de la Nube Caída.

—Pues bien, os diré esto. No sólo sois unos ladrones, sino que además sois unos mentirosos. ¿Cómo podrían entrar los alumnos de esa escuela en una propiedad privada sin permiso?

—Puede ver perfectamente el escudo de la escuela en nuestras gorras.

—Pueden ser robadas también. Aunque, aun concediendo que seáis quienes decís ser, explicadme entonces cómo es posible que alumnos de esa respetable escuela se comporten como ladrones, como vulgares mentirosos, como asquerosos usurpadores.

—Nosotros sólo hemos venido a por nuestra pelota.

—¿Y quién os ha dado permiso para entrar en mi propiedad para buscar esa

pelota?

—Hemos entrado sin querer.

—Lo que sois es una panda de desgraciados.

—Tendremos más cuidado en el futuro. Le pedimos disculpas.

—¿Por qué diablos tendría yo que perdonar a una panda de jóvenes delincuentes, todos completos extraños, que se dedican a asaltar de mi propiedad para venir a molestarme?

—Pero, de verdad, señor. Somos alumnos de la escuela.

—Si eso es cierto, ¿en qué curso estáis?

—En tercero.

—¿Es eso cierto? —Sí.

Inmediatamente después, el maestro volvió la cabeza en dirección a la casa y llamó a la criada, que respondió prestamente. Osan asomó un instante después por la puerta.

—Ve inmediatamente a la Escuela de la Nube Caída, y trae a algún responsable.

—¿A quién?

—A quien quieras, pero tráelo aquí de inmediato.

A pesar de las instrucciones recibidas, como la escena del jardín era tan extraña, las órdenes del maestro tan imprecisas y la situación general tan demencial, Osan, en lugar de salir corriendo hacia la escuela, se quedó ahí plantada con una sonrisa estúpida en los labios.

El maestro tenía la impresión de estar librando una importante batalla, y lo menos que se podía esperar es que los suyos acataran las órdenes sin rechistar y con la mayor diligencia posible. Y en lugar de eso, lo que hacía Osan era quedarse allí pasmada sin decir nada y con una sonrisa de idiota dibujada en la cara. El maestro volvió a estallar hecho una furia:

—¿No me has oído? Te he dicho que vayas a la escuela y traigas a alguien, me da igual quién sea. ¿No lo entiendes? Un profesor, una secretaria, al jefe de estudios, quien sea.

—¿Se refiere al director?

Conviene aclarar que, en lo referente a los asuntos de la escuela, esa ignorante de Osan desconocía todo lo relacionado con la jerarquía académica, y no tenía ni idea de quién era quién. Para ella lo mismo era el jefe de inspectores del ministerio que un miserable bedel.

—Sí. A quien sea. Me da igual. ¿Es que no entiendes lo que te estoy diciendo?

—Y si no está ninguno de esos, ¿qué le parece si le traigo al portero?

—No seas imbécil. ¿Cómo va a hacerse cargo de una situación como ésta un vulgar portero?

Osan salió camino de la escuela sin haber entendido ni una palabra, ni tener la

más mínima idea de la razón última del encargo. Seguramente volvería con el portero. Yo estaba impaciente por ver cómo aparecían los dos para enfrentarse con el maestro, cuando el que apareció por la puerta principal fue el profesor de ética. Tan pronto como tomó asiento, el maestro Kushami lanzó la más desquiciada fórmula de cortesía que se le ocurrió:

—La clepsidra apenas ha derramado dos gotas relucientes desde que esos bárbaros han llegado a invadir mi propiedad.

El maestro entonces emprendió un discurso a la antigua usanza, tan obtuso e incomprensible que parecía directamente sacado de esa famosa obra de teatro *kabuki* en la que aparece el juramento de lealtad de los cuarenta y siete samuráis. Continuó con una pregunta cargada de sarcasmo:

—¿Podría usted decirme si estos caballeros son alumnos matriculados en su distinguida escuela?

El profesor de ética no dio muestras de sorpresa. Miró por encima de su hombro en dirección a los chavales que formaban en el jardín, y luego volvió a mirar al maestro. Con total indiferencia contestó:

—Sí. Son todos estudiantes de la escuela. Les hemos dado repetidas instrucciones de que dejaran de molestarle con sus juegos. Lamento profundamente esta situación.

Y luego miró de nuevo a los mozalbetes.

—¿Se puede saber, chicos, por qué habéis cruzado la valla?

Los estudiantes no son más que estudiantes. En todas partes pasa lo mismo. Confrontados con su profesor de ética, parecían no tener nada que decir. Callados, inmóviles y acobardados, estaban allí quietos como un rebaño de ovejas sorprendido por una inesperada nevada.

El maestro se lanzó:

—Como esta casa está justo al lado de la escuela, me doy perfecta cuenta de que es inevitable que las pelotas caigan de vez en cuando aquí dentro. Si esos muchachos de ahí se limitasen a saltar la valla para recogerlas en silencio y marcharse, no diría nada, ¡pero es que lo hacen a voz en grito...!

—Tiene usted toda la razón. Volveré a insistirles para que tengan más cuidado. Pero como son tantos, y uno se los puede encontrar jugando por todas partes, comprenderá que resulta imposible para los profesores mantenerlos a raya. —Y dirigiéndose a los alumnos, les espetó—: Y vosotros, escuchadme: si se os vuelve a colar la pelota, salid del colegio y venid hasta aquí para pedirle permiso al maestro para recogerla. ¿Lo habéis entendido? —Se volvió de nuevo hacia el maestro y continuó—: Como usted sabe, nuestra escuela es enorme, y el deporte es uno de los pilares actuales del actual sistema educativo. Es inevitable que surjan inconvenientes de vez en cuando, y siento de verdad que le incomoden tanto. Le pido que les perdone usted. Desde ahora, cada vez que tengan que entrar a por una pelota, vendrán

por la puerta principal y solicitarán su permiso.

—Eso sería una solución muy satisfactoria para mí. Pueden echar la pelota tantas veces como quieran, pero que de ahora en adelante llamen a la puerta para pedir el correspondiente permiso. Llegados a este punto, le devuelvo a sus alumnos para que se los lleve a la escuela, y le pido perdón por haberle hecho venir hasta aquí para tratar asuntos tan nimios.

Como de costumbre, el maestro empezaba sus arrebatos con frases grandilocuentes y terminaba viniéndose abajo como un muñeco de trapo. El profesor de ética condujo a los fornidos montañeses hasta la puerta principal, y desde allí continuaron su camino hacia la escuela. De esta forma, concluyó el famoso incidente del que venía hablando hace rato. Habrá quien encuentre este episodio cómico, así que el que quiera reír que lo haga libremente. Tales cosas pueden carecer de importancia real, pero no para el maestro, para quien eran de una magnitud considerable. Se le puede achacar que se preocupara de cosas insignificantes, y hay quien incluso le comparará con una flecha muy pequeña disparada con un arco muy grande. Pero es conveniente recordar que esa flechita constituye la esencia del carácter del maestro, y es su peculiar carácter el que le ha convertido durante estos meses en un conocido personaje de una novela cómica por entregas. Los que le tilden de loco por perder tiempo y energía en asuntos pueriles con chavales de escuela, tendrán razón y estaré de acuerdo con ellos. Como también lo estoy, por supuesto, con algunos críticos que le achacan no haber madurado lo suficiente desde su más tierna infancia.

Una vez concluido el relato del incidente, iniciaré ahora el de sus consecuencias. Así lo exige la lógica narrativa. Los escrupulosos me culparán de saltar de una cosa a la otra sin orden ni concierto, pero no soy un gato tan simple y desordenado como pueda parecer. En cada una de mis palabras, en cada una de mis frases, suele ir implícita una filosofía del cosmos, y no es necesario juntar todo eso para crear un sistema completo, claro y consistente, con un principio y un final cuidadosamente planificados, para ofrecer una visión general de toda la creación. Habrá quien me lea con más o menos atención y se tome mis aseveraciones por simples vulgaridades, por pura cháchara, y no vea filosofía por ninguna parte, sino meros sermones moralizantes. Así que animo al lector a que, a fin de evitar estas confusiones, evite leerme tumbado o bien sentado de cualquier manera, o bien saltándose párrafos enteros o deglutiéndolos como si fueran comida barata. Cuando Ryû Sogen leía alguna obra del escritor y político chino Kan Tai-Shih, tenía la deferencia de lavarse las manos con agua de alhelí antes de comenzar la lectura. En fin, yo no pediría tanto.

Me contentaría con que cada cual se comprase con su propio dinero la revista en que este relato se publica por entregas, y no cometiese el abuso de pedírsela prestada a un amigo para así leerla sin pagar. Ahora, por tanto, me dispongo a detallar las

consecuencias del incidente, y para quien piense que no tiene importancia, he de decirle que se equivocará de plano si no continúa leyendo hasta el final.

Al día siguiente, tras el gran acontecimiento, salí a la calle a dar un paseo. Al doblar la esquina me di de bruces con el señor Kaneda, que caminaba en animada conversación con su protegido, el señor Suzuki. Precisamente, este último salía de la mansión de Kaneda, donde había ido de visita, y fue en ese momento cuando se encontró con su propietario de cara aplastada, que llegaba en su coche particular. Hacía tiempo que había perdido el interés por lo que pasaba en la casa de los Kaneda, así que ya no me pasaba tanto por allí. Pero, al encontrarme tan inesperadamente con estos dos individuos, mi interés por los asuntos de la casa Kaneda revivió. A Suzuki también hacía tiempo que no le veía, así que encontrarles a los dos juntos constituyó para mí un inesperado honor. Me acerqué para escuchar lo que decían. Sus palabras fluían hacia mis oídos con una sorprendente ligereza. No es que hubiera desarrollado una capacidad por encima de lo común para ser testigo involuntario de las conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor, es que ambos hablaban a voz en grito y era inevitable enterarse de todo lo que decían. En cualquier caso, no había motivo para reprocharme nada, pues, por lo que toca al señor Kaneda, no tenía ningún escrúpulo en mandar espías donde fuera con tal de proteger sus intereses. Si se enfadaba al tenerme como oyente, eso sólo serviría para demostrar su nulo sentido de la justicia. De todos modos, escuché la conversación, repito, no por decisión propia, sino porque las palabras fluían directamente hasta mis oídos:

—Acabo de estar en su casa. ¡Qué suerte encontrarle aquí fuera! —decía Suzuki sobreactuando, como siempre.

—Una suerte, desde luego. De hecho, mira tú, quería verte.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia! ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Nada serio. Aunque se trata de algo que sólo tú puedes hacer.

—Estése seguro de que, se trate de lo que se trate, lo haré encantado. ¿Qué tiene en mente?

—Bueno, verás... —El señor Kaneda buscaba las palabras adecuadas.

—Si lo prefiere, puedo volver en otro momento...

—No, no. No te preocupes, no es tan importante. Pero mira, ya que estás aquí, aprovecharé...

—Por favor...

—Se trata de ese amigo vuestro tan raro... Kushami creo que se llama.

—¡Ah, sí! Kushami. ¿Qué ha hecho ahora?

—En realidad nada, pero no me quedé totalmente satisfecho desde lo último que nos pasó, ya sabes... Se me quedó un mal sabor de boca.

—Le entiendo. Vanagloriarse como él lo hace es enfermizo. Debería tener en cuenta su verdadera posición social, pero no. Lejos de eso, anda por ahí como si fuera

el señor de la creación.

—Eso es. Ese desprecio que muestra hacia los hombres de negocios me saca de quicio. Parece no estar dispuesto a asumir el verdadero poder del dinero. Pensé en darle una lección para demostrarle de lo que es capaz un hombre de negocios, y durante un tiempo le envié a unos cuantos charlatanes para que le molestasen por un precio módico, ciertamente. Pero su terquedad es impresionante. En mi vida había visto a nadie con una cabeza tan dura como la suya. De hecho, sigue en sus trece respecto a su consideración de lo que supone ser un hombre de negocios moderno. No hay quien le haga bajarse del burro.

—El problema es que no entiende bien lo que significa ganar y perder dinero. Además, es incapaz de apreciar y de poner en una balanza sus ventajas y desventajas. Es un tipo incorregible. Siempre ha sido así, completamente ajeno a sus propios intereses. Es un caso perdido.

El señor Kaneda explotó en una risotada al oír la definición que hacía Suzuki.

—¡Has dado en el clavo! He intentado todo tipo de estrategias para desesperarle y, teniendo en cuenta su limitado nivel de inteligencia, he llegado incluso a contratar a unos alumnos de la escuela de ahí al lado para que lo acosen.

—¡Buena idea! ¿Y funciona?

—Creo que sí. Esta vez parece que lo he puesto al borde de la desesperación. Es sólo una cuestión de tiempo que la presión suba al máximo y estalle.

—Con tantos enemigos juntos no podrá resistirlo. ¡Qué inteligente es usted, señor Kaneda!

—Sí creo que está a punto de rendirse. Parece ya muy debilitado, de hecho. Creo que está empezando a probar su propia medicina. En cualquier caso, me gustaría que te dieras una vuelta por allí para comprobar personalmente cómo está.

—Con mucho gusto. Iré para allá inmediatamente, y a mi regreso le informaré puntualmente de todo lo que vea y oiga. Será interesante y, además, me dará la oportunidad de ver en directo cómo sucumbe.

—Bien, pues. Te veré más tarde. Estaré esperándote impaciente.

—De acuerdo, señor.

¡Así que se trataba de un nuevo complot contra el pobre Kushami! Esa conversación mostraba bien a las claras cuán avasalladora puede ser la gente rica. Kaneda, en su maldad, era el responsable de que el maestro perdiera el sentido común, y de que los pelos de su cabeza se le comenzaran a caer irremisiblemente, hasta convertir su cráneo en una pista de aterrizaje para las moscas, o en un objeto que amenazaba con correr el mismo destino infortunado que el del pobre Esquilo. Yo no sé por qué razón la Tierra gira alrededor de su eje, pero lo que es seguro es que el dinero contante y sonante es la motivación de todas las cosas. Y son precisamente los hombres de negocios los que mejor conocen el verdadero poder y el alcance del

dinero. Si el sol sale por el este y se pone por el oeste no es sino por la influencia de los hombres de negocios. Había empezado a reconocer lentamente sus derechos casi divinos y a atribuir mi atraso a la atmósfera e influencia cultural de la humilde morada de maestrillo donde había sido confinado casi desde mi nacimiento. Había llegado el momento de que el bigotudo maestro despertara y se diera cuenta de cómo eran las cosas en realidad. El hecho de que se mantuviera en sus trece, sólo podía ser una cosa: peligroso. Peligroso incluso para una vida tan sosa, dispéptica y ameboidea como la del maestro. Me preguntaba cómo encajaría la visita de Suzuki, una visita con truco. Estaba seguro de que la forma de admitirle en su casa constituiría el indicador exacto del grado en que el maestro valoraba la verdadera dimensión del poder de un hombre de negocios. Por otro lado, no me perdería ese encuentro por nada del mundo. Aunque sólo sea un gato anónimo, acepto los imperativos de la lealtad, y la seguridad del maestro me preocupa enormemente. Me di media vuelta, y volví a casa a toda prisa para ver si llegaba antes que el repugnante de Suzuki.

Ya en presencia del maestro, Suzuki se mostró tan resbaladizo y sibilino como de costumbre. De sus labios no salió ninguna mención a sus verdaderos promotores, los Kaneda. Con su habitual estilo libidinoso, se limitaba a deslizar consideraciones de tipo general:

—Pareces enfermo, querido Kushami. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—Pero se te ve muy pálido. Deberías cuidarte, el tiempo anda revuelto últimamente. ¿Duermes bien? —Sí.

—Algo te preocupa. Si es así, puedes decírmelo.

—Preocuparme. ¿Preocuparme por qué?

—Bueno, si tienes la fortuna de estar libre de preocupaciones, pues mejor para ti. Sólo lo mencionaba por si podía echarte una mano. Ya sabes que la preocupación emponzoña más el ánimo que cualquier veneno. Resulta mucho más provechoso vivir la vida con alegría. A mí me parece que estás un poco deprimido; decaído al menos.

—La risa también puede ser perjudicial. Hay hombres que se han muerto de tanto reír.

—¡Qué dices! Recuerda lo que dice el refrán: «Por la puerta de la alegría entra la suerte».

—Me da la sensación de que nunca has oído hablar de Crisipo, el antiguo filósofo griego [80]

—En mi vida. ¿Qué hizo ese individuo?

—Se murió de risa.

—¿En serio? ¡Qué cosa tan extraordinaria! ¿Ocurrió hace mucho tiempo?

—¿Y eso qué importancia tiene? Crisipo vio a su burro comiendo higos en una cazuela de plata y le hizo tanta gracia que empezó a reírse. Río y río hasta tal punto

que ya no podía parar. Al final, falleció asfixiado de la risa.

—Verdaderamente, se trata de una historia divertida. Pero yo no te estoy diciendo que te mueras de un ataque de risa. Ríe moderadamente, sólo un poco más de lo que lo haces habitualmente, y verás como te encuentras maravillosamente bien.

Suzuki escrutaba al maestro a través de sus ojos entornados, pero de repente sonó un porrazo tremendo en la puerta, y Suzuki perdió la concentración. Se diría que había llegado una visita, pero no era así:

—Se nos ha colado la pelota —dijo alguien desde la puerta de la calle—. ¿Me haría el favor de dejarme pasar a recogerla?

—Sí, puedes pasar —contestó Osan con voz cansada desde la cocina.

Entonces vieron a un chico que entraba y se deslizaba hasta la parte trasera del jardín. Suzuki, visiblemente contrariado preguntó:

—¿De qué va todo esto?

—Los chicos del colegio de al lado, que han bateado una bola y ha caído en mi jardín.

—¿Tienes un colegio al lado de casa?

—Ahí, en la parte de atrás. La Escuela de la Nube Caída.

—Ya veo... Vaya escándalo deben de montar.

—No te haces una idea. No me dejan ni estudiar. Si fuera Ministro de Educación, lo mandaría cerrar inmediatamente.

Suzuki se rió deliberadamente largo tiempo para tratar de irritar al maestro:

—¡Madre mía! Sí que debes de estar ocupado. Dime, ¿te molestan mucho?

—¿Que si me molestan? Desde luego que sí, desde la mañana a la noche.

—Si tanto te molestan, ¿por qué no te mudas?

—¿Estás sugiriendo que me mude? ¡Qué impertinencia por tu parte!

—No hay razón para que te pongas así conmigo. En cualquier caso, son sólo unos chavales. Yo no les haría ni caso.

—Sí, me imagino que tú actuarías así, pero yo no puedo. Precisamente ayer mandé venir aquí a uno de sus profesores, y le presenté una queja formal en toda regla.

—¡Qué papelón! Se le caería la cara de vergüenza.

—Hombre, avergonzado estaba...

En ese momento se escuchó de nuevo un golpe en la puerta y de nuevo la misma cantinela:

—Se nos ha colado una pelota. ¿Sería usted tan amable de permitirnos pasar a cogerla?

—¡Dios Bendito! Otro chaval con otra pelota —se sorprendió Suzuki.

—Sí. Acordamos que entrarían por la puerta principal y pedirían permiso para pasar a recogerlas.

—Ya veo, ya veo. Y vienen uno tras otro, ¿no es así? Ya veo, ya veo...

—¿Qué es lo que ves?

—Me refiero a ese flujo constante de chavales entrando y saliendo, todos con su pelota de acá para allá.

—Hoy van dieciséis.

—¿Y cómo lo soportas? ¿Por qué no les mantienes a raya?

—¿Mantenerles a raya? ¿Cómo podría hacer semejante cosa? En cualquier caso, hiciera lo que hiciera, las pelotas seguirían volando por encima de la casa hasta el jardín, y ellos entrando a por ellas.

—Vaya, es cierto que no puedes hacer nada. Aunque tampoco veo la razón para que aguantes tanto. La gente cuadriculada lo tiene difícil en este mundo y no sufre más que desengaños. Si te fijas, las cosas redondas se mueven por sí solas y las cuadriculadas sólo lo hacen a golpes. Cuando se mueven se rompen por las esquinas y ya no sirven. No pienses que eres el único con razón en este mundo, ni esperes que los demás actúen como tú esperas. Lo único que conseguirás es perder los nervios y la salud y convertirte en el hazmerreír de todos. Hay gente que puede hacer lo que sea porque se lo puede permitir, y uno no puede hacer nada si el enemigo es múltiple. Es bueno resistir, pero cuando menos lo pienses te darás cuenta de que no te dejarán estudiar, ni cumplir con tus más elementales obligaciones. Cuanto más te esfuerces por nada, peor para ti.

—Disculpe. Se nos ha colado una pelota. ¿Me permitiría pasar a recogerla?

—¿Ves? —dijo Suzuki—. Ya están aquí de nuevo.

—Son unos sinvergüenzas... —dijo el maestro, al que se le había ido poniendo la cara roja de ira.

El objetivo de la visita de Suzuki se había cumplido con creces, así que se despidió educadamente y se marchó, no sin antes prometer que volvería en breve a visitar al maestro.

Tan pronto como se marchó Suzuki, llegó otra visita. En esta ocasión se trataba del doctor Amaki. A lo largo de la historia del mundo ha habido pocas personas que se describieran a sí mismas como dementes. Es obvio que cuando determinados individuos llegan al punto de considerarse seres extraños, es que ya han pasado el límite que da paso a su demencia. El maestro alcanzó y sobrepasó ese punto con el incidente del día anterior, a pesar de que todo empezó como una tormenta de fuego y furia, para concluir finalmente en polvo y ceniza. El hecho fundamental para él es que había llegado a un acuerdo con los alumnos. Por la tarde, mientras rumiaba sobre el día tan agitado que había tenido, se dio cuenta de que en todo el asunto había algo que olía raro. Si esa rareza estaba en él o en los alumnos de la escuela, era algo aún por determinar, pero en el transcurso de su proceso de reflexión se dio cuenta de que, a pesar de la constante provocación que suponía tener una escuela de secundaria en el

vecindario, no dejaba de ser extraño que día tras día, durante semanas enteras, acabara perdiendo los nervios. Si ese algo extraño estaba en él, algo había que hacer. Pero qué, se preguntaba. Al final llegó a la conclusión de que debía recurrir a algún tipo de droga o medicina que le ayudara a eliminar o aplacar su ira, así como la causa interna que la provocaba. El maestro decidió, por tanto, llamar al doctor Amaki para hacerse un examen completo. Dejando a un lado lo acertado o no de semejante conclusión, lo cierto es que se había dado cuenta de lo mal que estaba, y había decidido ponerle remedio. Ciertamente, eso era algo digno de respeto y admiración.

El doctor Amaki, con su habitual tono de serenidad congénita, preguntó:

—¿Cómo nos encontramos hoy? —La mayoría de los doctores hacen esta pregunta en la primera persona del plural. Yo, qué quieren que les diga, personalmente no confiaría nunca en uno que no lo hiciera así.

—Doctor. Estoy convencido de que mi fin se acerca.

—¿Cómo? ¡Bobadas! Eso es imposible.

—Dígame honestamente, doctor. ¿Las medicinas sirven para algo?

El doctor Amaki se quedó un tanto desconcertado ante la pregunta, pero era una persona cortés, y respondió como si nada:

—Las medicinas habitualmente ayudan mucho.

—Pero fíjese por ejemplo en mi estómago. De la montaña de medicinas que he tomado hasta ahora, ninguna me ha supuesto la más mínima mejoría.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo que no? ¿Me ayudan las medicinas a sentirme mejor? —Volvía al tema de su estómago enfermo para pedir una opinión externa sobre un problema interno, del que su sistema nervioso le mantenía informado regularmente.

—Bueno, nada se cura en un abrir y cerrar de ojos. Todas las cosas llevan su tiempo. Pero ahora se encuentra mejor que antes, ¿no es así?

—¿En serio piensa usted eso?

—¿Se sigue irritando con facilidad?

—Por supuesto que sí. Incluso en mis sueños me irrito.

—Quizás le haría bien practicar un poco más de ejercicio.

—Si hiciera tal cosa, perdería los nervios con mayor facilidad.

El doctor Amaki debía de empezar a estar desesperado, porque dijo:

—Bien. Pues vamos a echarle un vistazo.

Tan pronto como el examen concluyó, el maestro dijo, visiblemente nervioso:

—Doctor, el otro día leí un libro sobre hipnosis en el que se aseguraba que esta técnica iba muy bien para curar enfermedades y afecciones como la cleptomanía. ¿Cree usted que debería someterme a un tratamiento de hipnosis?

—Esos tratamientos han venido demostrando su eficacia, efectivamente.

—¿Se practican todavía? —Sí.

—¿Es difícil hipnotizar a una persona?

—No, al contrario. Yo mismo lo hago a menudo.

—¿Cómo? ¿Usted practica la hipnosis?

—Sí. ¿Quiere que lo intente con usted? En teoría, cualquiera puede ser hipnotizado.

—Sí, desde luego. Será muy interesante. Siempre he querido que me hipnoticen, pero me preocupa quedarme en un estado de trance permanente y no volver a despertar nunca más.

—No tiene nada de qué preocuparse. ¿Empezamos?

Conociendo al maestro, me extrañó la rapidez con la que se decidió a someterse a un tratamiento tan novedoso para él. Nunca había asistido a una de esas sesiones de hipnosis de cerca y, excitado por la novedad, me senté en una esquina de la habitación a fin de no perderme detalle. El doctor empezó a pasar sus dedos sobre los párpados del maestro de arriba abajo, de abajo arriba, y así continuó durante un buen rato. Después preguntó:

—Cuando le aprieto de esta manera sobre los párpados siente como sus ojos pesan cada vez más, ¿no es así?

—Desde luego, se ponen mucho más pesados.

El doctor continuó con su masaje de párpados, y de vez en cuando decía:

—Cada vez más pesados, cada vez más pesados. Siente usted como pesan...

El maestro, sintiendo sin duda lo que el doctor le decía, permanecía en silencio. El masaje continuó durante tres o cuatro minutos, y después el doctor murmuró:

—Ahora ya no puede abrir los ojos.

¡El pobre maestro, cegado por su propio médico!

—¿Quiere decir que no se abrirán más? —preguntó.

—Exacto, no los puede abrir.

El maestro, con los ojos cerrados, no decía nada. Yo miraba esa escena aterradora convencido de que le había dejado ciego para siempre. Al poco tiempo, el doctor dijo:

—Ahora intente abrirlos. Le apuesto lo que quiera a que no lo consigue.

—¿De verdad? —contestó el maestro. Y tan pronto como dijo eso, sus ojos se abrieron de golpe—. No ha podido hipnotizarme, ¿verdad? —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—No, no he podido —admitió el doctor Amaki.

Tras el experimento hipnótico, el doctor Amaki se marchó para atender alguna otra urgencia médica. De nuevo, apenas había salido éste por la puerta de la casa, llegó otra visita. El maestro tenía pocos amigos, así que era algo realmente extraordinario que muchos de ellos hubieran elegido precisamente ese día para visitarle. De hecho, yo nunca había visto una cantidad así de visitas en el espacio de

un solo día. En esta ocasión el visitante era un espécimen verdaderamente extraño. Si es digno de que lo describa con cierto detalle, no se debe al hecho de que fuera desconocido, sino al papel esencial que tendría en lo que anteriormente he llamado «consecuencias del gran acontecimiento». Yo desconocía su nombre, pero tendría unos cuarenta años y una cara alargada con una barbita como de chivo. Si Meitei tenía cara de esteta, éste la tenía de filósofo. No es que alardease de ello, como hacía Meitei, pero en su forma de hablar y en sus modales había algo que a mí me sugería esa posibilidad. Deduje que debía de ser otro de esos antiguos compañeros de estudios del maestro, por la manera franca y directa que tenían de dirigirse el uno al otro.

—¿Meitei? Menuda pieza está hecho ése. No puede estarse quieto ni un momento. Me recuerda a la comida que se les echa a los peces de colores en los estanques, inquieta pero siempre flotando en la superficie. El otro día estaba con un amigo suyo de paseo, y pasaron por delante de la casa de un noble al que, por supuesto, ninguno de los dos conocía. Ni corto ni perezoso, invitó al amigo a entrar en la mansión diciéndole que el propietario estaría encantado de convidarles a tomar el té. Verdaderamente, su descaro no tiene límites.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé. No me he molestado en preguntar. Pero algo excéntrico, sin duda. Es un hombre con la cabeza hueca que va flotando por la vida como la comida de los peces. ¿Y a Suzuki? ¿A ése también le ves? ¡Menuda pieza también! De silogismos no tiene ni idea, pero para buscarse la vida es bastante listo. Es de los que parecen gravitar en torno al oro y el dinero. Un buscavidas de primera, pero sin ningún valor. Siempre está hablando sobre la importancia de la fluidez, de lo importante que es hacer las cosas de una manera fluida, sin obstáculos. Pero no tiene ni idea de lo que eso significa. Ni de eso ni de nada. Si Meitei es como la comida para los peces, Suzuki es como la gelatina, una cosa blanda y temblorosa que no se deshace fácilmente.

El maestro parecía impresionado por las sorprendentes comparaciones y, cosa poco habitual en él, soltó una carcajada y preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo?

—¿Yo? Yo soy como un ñame: por más que crezco, no acabo de salir del lodo.

—Al menos pareces no tener preocupaciones, siempre tan compuesto y en tus cabales, y con ese buen sentido del humor. Realmente te envidio.

—Soy un tipo como cualquier otro, no te creas. No hay nada en mí digno de envidiarse. Aunque, al menos, tampoco yo envidio a nadie...

—¿Económicamente te va mejor?

—No, igual que siempre. Lo justo para comer e ir tirando. Es decir, no tengo nada de qué preocuparme.

—Pues yo me siento tan a disgusto, que últimamente pierdo los nervios con una facilidad pasmosa. Aparte de quejarme y enfadarme, no hago mucho más.

—No hay nada de malo en quejarse. Cuando tengas ganas, quéjate abiertamente de lo que te apetezca. Al menos eso te dará cierta calma interior. Todos somos distintos, no se puede pretender que los demás estén hechos a nuestra imagen y semejanza. Fíjate por ejemplo en los palillos para comer y en el pan. Si no usas palillos, difícilmente podrás comerte el arroz, pero con el pan no sirven de nada. Para comerlo hay que cortarlo y cada cual lo puede hacer a su gusto. Un traje hecho a medida por un sastre te quedará como un guante nada más ponértelo. Pero uno fabricado en serie tardará años en adaptarse a tu cuerpo. Si los padres produjesen niños perfectamente amoldables a las condiciones actuales del mundo, todo funcionaría a las mil maravillas. Pero, si has tenido la desgracia de nacer normal, lo único que se puede hacer es adaptarse hasta encontrar la forma de encajar.

—No veo cómo adaptarme al mundo o a los demás. Es un proceso que me deprime.

—Si uno intenta meterse en un traje demasiado pequeño, es lógico que le cueste trabajo ponérselo, y al final se rompe. Por eso hay tantas peleas, tantos suicidios, tantas revoluciones. Tú, por ejemplo, te pasas el día disgustado. Pero no por ello vas a suicidarte ni a pelearte con nadie, ¿verdad? Nunca es para tanto. Podría ser aún peor...

—El caso es que me enfado constantemente por cualquier nimiedad, y con el primero que se me cruza por delante. Si no hay nadie contra quien descargar mi ira, me voy cargando de vapor, como una olla a presión a punto de estallar.

—Ya veo. Lo que te sucede es que te enfadas contigo mismo. Pero no hay nada de malo en eso.

—Pero ya me he aburrido de ser así.

—Pues entonces déjalo ya.

—Entiendo lo que pretendes, pero digas lo que digas, uno no puede hacer las cosas simplemente con pensarlas.

—Pues yo creo que sí. Pero dejando eso de lado, ¿cuál crees que es la causa de tu profundo descontento?

En respuesta a la pregunta de su amigo, el maestro empezó a relatar la larga y triste historia de los agravios que había sufrido últimamente. Empezó por el episodio de la guerra contra los alumnos de la Escuela de la Nube Caída, y, sin solución de continuidad, pasó a los vecinos que le apodaban «té salvaje», «tejón de barro», así como a los continuos incidentes con sus colegas de la escuela. Su amigo filósofo escucho pacientemente y en silencio la larga lista de quejas y, tras una pausa, se dirigió al maestro con las siguientes observaciones:

—No debes prestar la más mínima atención a lo que dicen tus colegas de la escuela. Seguro que no son más que bobadas. En cuanto a los alumnos de la escuela

de aquí al lado, no merecen tu atención. Su triste existencia no merecerá siquiera una nota a pie de página en la historia de la humanidad. Además, un hombre de tu talla intelectual no debería perder el tiempo con eso. Sin embargo, insisten en seguir molestándote, y eso a pesar del arreglo formal al que llegaste. Mira, yo creo que en estas cosas nuestros ancestros japoneses actuaban de una manera mucho más sabia que nosotros, influidos por la maneras europeas y por su así llamado positivismo, al que hemos prestado demasiada atención últimamente. El problema principal con el positivismo es que no reconoce límites. Por mucho que insistas en una acción positiva, uno no adquiere ni la perfección, ni la satisfacción completa. ¿Ves esos cipreses de allí? Supongamos que decides que interrumpen tu vista y decides cortarlos. Entonces te darás cuenta de que la casa que hay detrás se ha convertido en un nuevo obstáculo para tu vista. Cuando consigas derribar la casa, el edificio de más allá se convertirá en una nueva molestia. No habrá un final en tu búsqueda de una vista perfecta. Pues bien, esa profunda insatisfacción que sientes reside en la creencia implícita, muy europea, de que existe un continuo progreso hacia un ideal imaginario. Nunca nadie, ni Alejandro Magno, ni Napoleón siquiera, consiguieron sentirse satisfechos con sus conquistas. Piensa en algo más accesible. Te cruzas con alguien, os dais un golpe y os peleáis. Le llevas a juicio y lo ganas, pero si piensas que ése es el final del asunto, estarás cometiendo un lamentable error. El asunto permanecerá en tu cabeza dando vueltas y más vueltas sin parar, y jamás encontrarás la solución definitiva, y morirás sin haberla obtenido. Esa misma verdad se puede aplicar a cualquier asunto que se te ocurra. Imagina que vivimos bajo un gobierno oligárquico que nos desagrada profundamente y conseguimos cambiarlo por una democracia. Tan pronto como se establezca el nuevo régimen, más participativo, volveremos a no estar satisfechos con sus logros, y ante el riesgo de conmoción social volveremos a buscar una nueva forma de gobierno. Otro ejemplo: si encuentras un río, haces un puente; si una montaña te bloquea el paso, construyes un túnel, y si algo está demasiado lejos, plantas una vía para que circule el tren. Una y otra vez intentamos salvar obstáculos, y, aun así, seguimos sin solucionar el verdadero problema de nuestra insatisfacción positivista. Es cierto que un ser humano solo no puede jamás dar satisfacción a todos y cada uno de sus deseos. El positivismo propio de la civilización occidental ha producido, sin duda, muchos y notables progresos, pero al final no ha producido sino una sociedad profundamente insatisfecha, conformada por gente profundamente infeliz. La civilización tradicional japonesa, en cambio, no buscaba el cambio en los otros, no buscaba el cambio fuera, sino en uno mismo. La diferencia principal entre ambas civilizaciones es que la japonesa asumió desde muy al principio que el ambiente exterior no se podía cambiar significativamente, por mucho que uno se empeñara. Constituye una equivocación pretender encontrar un remedio para las tensiones entre los padres y los hijos a la manera occidental, esto es, mediante un

acuerdo. En nuestro caso, preferimos dejar las cosas como están, y sufrir con paciencia ese desarreglo hasta volver a encontrar la armonía doméstica. Y así tenemos la misma actitud de calma ante cualquier problema que pudiera surgir, ya sea entre marido y mujer, amo y esclavo, o entre las castas de comerciantes y de guerreros. Solíamos mantener esa actitud para estar en consonancia con la naturaleza y ser un reflejo de ella. Si, por ejemplo, una montaña bloqueaba el paso natural hacia un país vecino que queríamos visitar, no nos empeñábamos en hacer un túnel e ir contra el orden natural de las cosas, sino que nos limitábamos a no visitar a nuestros vecinos.

»Por este método se conseguía que un hombre estuviera perfectamente contento incluso en el caso de no poder cruzar una montaña, y eso es algo que se entiende mejor cuando se mira bajo el prisma de las sectas Zen de los confucianistas y de los budistas. Nadie, por muy poderoso que sea, puede hacer lo que quiera con el mundo que le ha tocado vivir. Nadie puede detener al sol en su ocaso, ni lograr que los ríos fluyan en dirección a las montañas. Pero cualquier hombre es capaz de hacer lo que quiera con su propia mente. Por tanto, si estás preparado para soportar la disciplina que supone el control mental, alcanzarás la liberación total y no te preocuparás más por pequeñeces como son los alumnos de la escuela, los estúpidos que te llaman tejón de barro, o tus compañeros de trabajo que te hacen desplantes. Para que entiendas lo que estoy diciendo, te pido que escuches la historia del monje Zen Sogan, quien, en el turbulento siglo xiii en China, fue amenazado de decapitación por la espada de un guerrero mongol. Sentado e inmóvil en su postura de meditación, Sogan recitó el siguiente verso que, en mi opinión, nunca se cita suficientemente:

Como un relámpago, una espada
puede llevarse mi cabeza como si fuera viento de primavera.
Pero uno no se siente amenazado
por un viento que no sopla.

Como puedes imaginarte, el mongol se quedó tan impresionado por el poder de la mente del monje, que se marchó sin tocarle un pelo. Quizás nosotros también, después de muchos años de duro entrenamiento, podamos llegar a un estado de pasividad, de poder y despreocupación como los que mostró el monje en aquella ocasión. No pretendo entender todas y cada una de las complejidades de este asunto, pero una cosa está clara: es un error peligroso depositar una confianza ciega en el positivismo occidental. Tu caso sirve para demostrar mi teoría. Por muy positivamente que luches, no lograrás que los chicos de la escuela dejen de molestarte. Por supuesto, si tuvieras el poder de cerrarla, u ocurriese algo tan grave que llamase la atención de la policía, la cosa sería muy distinta. Pero las cosas están

como están, son como son, y ya has llegado al tope de tu actitud positiva, con escasos resultados. Cualquier aproximación positiva a tu problema implica poner sobre la mesa el poder del dinero. También implica el hecho de que estás en clara minoría y desventaja respecto a una turbamulta de enloquecidos terroristas en potencia. Resumiendo, si persistes en esa actitud tuya tan occidental, te verás obligado a doblegarte ante el hombre rico, y serás aplastado y humillado por el enorme peso de esa enorme recua de infantes. La razón principal de tu profundo descontento reside en el hecho de que eres un hombre que no procura su salud y su equilibrio, y sólo se dedica a luchar a ciegas. En resumidas cuentas, eso es lo que te pasa. ¿Me has comprendido bien?

Y así concluyó su larga disertación.

El maestro, que hasta ese momento había escuchado en respetuoso silencio, no dijo ni sí ni no. Pero después de que su amigo se marchase, se encerró en su estudio sin abrir un solo libro y se quedó absorto en sus pensamientos. Suzuki le había dicho que un hombre sabio es el que se deja llevar por la corriente; el doctor Amaki le dio su opinión profesional de que quizás su estado de nervios pudiera controlarse gracias a la hipnosis, y el último de sus visitantes dejó meridianamente claro que, para alcanzar la paz, lo único que debe hacerse es entrenarse duramente para permanecer pasivo ante los estímulos de la vida. En la mano del maestro estaba decidir por cuál de las tres opciones optaba. Porque una cosa estaba clara: no podía seguir así. Debía hacer algo.

Capítulo 9

El maestro tenía la cara picada de viruela. Según tengo entendido, las caras picadas de viruela estaban muy de moda en la época anterior a la restauración Meiji, pero en estos tiempos de la alianza anglo-japonesa, esas caras de cráter están en cierto modo fuera de lugar. El declive de la viruela empezó, precisamente, cuando entró en vigor el tratado de paz, así que era de esperar que esa moda fuera desapareciendo poco a poco a partir de ese momento. He llegado a esta conclusión gracias a una inequívoca lectura de ciertas estadísticas médicas, de las que, al estar regidas por métodos científicos, ni siquiera un gato como yo, una criatura penetrante y crítica, se atrevería a dudar jamás. No conocía la incidencia actual de la viruela a escala mundial, pero lo que está claro es que en mi barrio no hay un solo gato, ni tampoco un humano, salvo el pobre viejo maestro, siento profundamente tener que decirlo, aquejado de esta enfermedad.

Cada vez que le miraba a la cara, me daba cuenta de la mala suerte que había tenido al vivir en el siglo xx con una cara tan anacrónica como la suya. Es posible que hace mucho tiempo pudiera haber lucido con bravura sus horrendos agujeros faciales, pero, en la actualidad, y gracias a las leyes de vacunación promulgadas en 1870, las marcas de viruela han quedado restringidas a la parte superior del brazo, que es donde se inocula la vacuna. Los agujeros en sus mejillas y narices podían resultar admirables gracias, precisamente, a su tenacidad y resistencia al cambio y a los nuevos tiempos, pero constituían un agravio al honor de todas las viruelas. Sería una gran idea que el maestro se hiciera borrar esas huellas lo antes posible, dado que debían de sentirse muy solas. Quizás se amontonaban desordenadamente en su cara en virtud de una especie de reunión postrera de clanes caídos en desgracia, que intentan así restaurar su gloria pasada. Ahí estaban, inmersas en una carrera de obstáculos, dando un paso atrás para bloquear el curso del tiempo, y chocando con el pertinaz presente; algo que me merecía el más profundo de los respetos. El único problema de esas viruelas del maestro era que también las llevaba enormemente sucias.

Cuando el maestro era un niño, vivía en el barrio de Ushigome un médico de renombre llamado Asada Sohaku, [81] especialista en medicina china. Cada vez que aquel hombre salía de ronda para visitar a sus pacientes, invariablemente utilizaba un palanquín, por lo que tardaba mucho tiempo en ir de un sitio a otro. Tan pronto como murió, y su hijo adoptivo se hizo cargo del oficio, abandonó el palanquín en favor de un *rickshaw* tirado por un mozo. Sin lugar a dudas y en virtud de los nuevos tiempos, el hijo adoptivo rechazó pronto las hierbas tradicionales de su padre para abonarse a la prescripción de aspirinas. Incluso en los tiempos del doctor Asada, recorrer las calles de Tokio en un palanquín debía de resultar un espectáculo de lo más extraño y,

seguramente, los únicos que no veían nada raro en ello eran los cerdos enjaulados en los puestos de los mercados, los espíritus de los ancestros y, por supuesto, el propio y anticuado doctor. Digo esto porque las marcas del maestro eran un atavismo tan grande como el palanquín del doctor Asada. Podían ser un motivo de compasión para algunos, pero la terquedad del maestro, que afloraba hasta en su piel, no tenía nada que envidiar a la del médico del palanquín, y, por eso, no mostraba el menor reparo en ir todos los días a la escuela a cara descubierta, con el fin de iniciar a sus incapaces alumnos en los misterios de la lengua inglesa. Para el propósito de sus enseñanzas le venía bien mostrar esa cara picada, pues causaba la impresión de ser una reliquia del pasado impartiendo enseñanzas muy antiguas, pero trasladadas a los nuevos tiempos. Una y otra vez les leía a sus alumnos extractos sacados de sus preciosos textos, y recitaba verdades universales como «los monos tienen manos». Pero, al mismo tiempo, su piel parecía estar respondiendo silenciosamente a la pregunta, no formulada en voz alta, de cuáles eran los estragos que la viruela podía causar en la cara. Cuando los hombres desfigurados como Kushami abandonasen su profesión de maestros, los alumnos preocupados por la enfermedad estarían obligados a encerrarse en las bibliotecas y en los museos para buscar especímenes ya extinguidos, así como a hacer un esfuerzo mental inmenso para tratar de visualizar las señales que dejaba la enfermedad. Algo parecido a lo que hacemos hoy en día cuando tratamos de imaginarnos a los hombres del Antiguo Egipto a partir del examen, bajo los rayos X, de sus momias. Consideradas desde ese punto de vista, al menos las marcas del maestro tenían cierto mérito.

Sin embargo, él no pretendía hacer de su rostro un motivo de virtud. En su día le vacunaron, pero para su desgracia el virus inoculado en el brazo abandonó esa localización para dedicarse a florecer por toda su cara. Sucedió durante su niñez, y entonces todavía le daban igual las mujeres, así que, cada vez que le picaba, él se rascaba. De ahí que su cara quedara sepultada por cicatrices que eran como los volcanes cuando expulsan lava de sus conos, dejando irreconocible el semblante original que le dieron sus padres. El mismo solía contar a su mujer cómo en aquellos tiempos anteriores a la Gran Erupción, había tenido una tez lisa y tersa como la superficie de una perla, un cutis precioso, tan bello que hasta los extranjeros se daban la vuelta a su paso para admirar su perfección. Bien podía haber sucedido así pero, por desgracia, no había nadie que pudiera dar fe de ello.

Por muy meritorio o significativo que fuese, este asunto de la viruela seguía constituyendo un problema muy desagradable para él. Desde que tenía memoria, había intentado encontrar algún método que le devolviese a su rostro un aspecto algo menos ofensivo para los temerosos ojos de sus conocidos. Pero las marcas de la viruela no se podían aparcar como el palanquín del doctor Asada. Tenían una presencia insoslayable, y el peso que ejercían en la conciencia del maestro era tan

grande, que cada vez que salía a la calle se dedicaba a contar mentalmente el número de personas marcadas de viruela que encontraba en su camino, ya fueran hombres o mujeres. En su diario apuntaba los detalles: cuántos marcados veía en un día, el lugar exacto del encuentro, quizás en el mercado de Ogawamachi o quizás en el parque Ueno. Normalmente, se contentaba con reflejar el número de personas con marcas y palitos, pero en ocasiones se permitía anotar algún detalle, habitualmente exagerado, sobre lo que veía. En cuanto a marcas de viruela, se reconocía a sí mismo como una autoridad indiscutible. El tema le obsesionaba hasta tal punto que tan sólo hace unos días, cuando un amigo suyo recién llegado de sus viajes por el extranjero pasó a visitarle, lo primero que el maestro le preguntó fue:

—Dime, ¿también hay gente marcada de viruelas en Europa?

—Bueno —respondió su amigo tomándose su tiempo antes de contestar—. Algunos hay.

—¿Algunos? ¿Pero eso qué quiere decir? ¿No hay apenas, hay muchos, o sólo hay unos cuantos?

—Si los hay, deben de ser ladrones o vagabundos. Entre las clases instruidas ya no se ve a nadie marcado —respondió indiferente al efecto de su observación.

—¿En serio? Entonces las cosas deben de ser muy distintas allí a como lo son en Japón.

Siguiendo el consejo de su amigo el filósofo, el maestro había abandonado las trifulcas y pendencias con esas pequeñas flores de loto salvaje de la Escuela de la Nube Caída, y desde entonces se había encerrado en su estudio para dedicarse a una actividad bien distinta. Seguía las recomendaciones de su amigo, y se sentaba en silencio sin hacer absolutamente nada, con el único objetivo de entrenar cuerpo y mente para el desapego total. Pero, teniendo en cuenta su inconstancia y su incapacidad para mantenerse de brazos cruzados sin hacer nada, yo no tenía ninguna esperanza de que aquel experimento fuese a llegar a buen puerto. Habría sido mejor que hubiese empeñado todos sus libros de inglés y se hubiese dedicado a recibir clases de una *geisha* para aprender a cantar cualquier canción de moda. En cualquier caso, una persona tan cerril como él no escucharía nunca los consejos de un simple gato, así que desistí de intentarlo, y procuré no acercarme a él durante al menos seis días.

Pero llegó el séptimo día de meditación. Hay monjes de la rama Zen del Budismo que alcanzan la iluminación tras diecisiete días de estricta meditación cruzados de piernas en la postura del loto. Pensé que, vivo o muerto, quizás el maestro hubiera logrado algún resultado concreto durante su encierro. Me acerqué por la galería en silencio hasta el estudio para descubrir los efectos de aquella larga meditación. El cuarto de estudio del maestro era bastante amplio. Estaba orientado al sur y recibía con generosidad los rayos del sol. En el centro había una mesa grande; bueno, más

bien era descomunal, desproporcionada. Tenía un metro ochenta de largo por casi un metro de ancho. Su altura estaba en relación a su tamaño y, sin duda, cuando la encargó no lo hizo con la intención de que sirviera de mesa, sino de algo indefinido que bien podía ser una mezcla de mesa y cama. Jamas tuve la oportunidad de preguntarle al maestro por la finalidad de semejante mueble, si era para escribir o para dormir, pero quizás en alguno de sus estrafalarios delirios, pensó que ambas cosas podían conjugarse en un mismo espacio. En cualquier caso, es justo reconocer que la idea no estaba mal del todo, pero, como sucede con tantas buenas ideas, al final el resultado práctico era nulo. Tener una mesa que sirve de cama o una cama que sirve de mesa es absurdo. No hace mucho tiempo, yo mismo tuve oportunidad de ver al maestro durmiendo sobre ella. Ocurrió que, al darse la vuelta en sueños, cayó rodando hasta la galería. Cuando por fin abrió un ojo, se sintió tan avergonzado que, desde entonces, no ha vuelto a utilizarla con tales fines.

Delante de la mesa, el maestro tenía un cojín como de muselina, con tres agujeros provocados por algún cigarrillo mal apagado. El algodón que asomaba por los agujeros lucía un tono renegrido. El maestro, con cara de estar contemplando a Buda en persona, estaba sentado solemnemente encima de sus pies, y de espaldas a mí. Los bordes de su ceñidor, sucio y grisáceo, caían hasta tocar sus plantas. En más de una ocasión había intentado yo jugar con esos bordes, pero aquello no me había provocado ninguna diversión y sí más de un disgusto. Aquella especie de cinturón no era un objeto lo que se dice adecuado para el juego. Sabía perfectamente que del maestro no se podía esperar ninguna idea feliz, así que le miré para comprobar si seguía meditando. En ese momento vi encima de la mesa un objeto resplandeciente, deslumbrante. Me cegó, y parpadeé repetidas veces. Era el reflejo del sol en un espejo. Pero, ¿cuál era la finalidad de ese espejo colocado encima de la mesa? Los espejos pertenecen a los cuartos de baño. De hecho, esa misma mañana, cuando visité el aseo, el espejo estaba allí. Mi poder de reconocimiento era admirable, de eso no cabe duda, aunque lo cierto es que aquel espejo era en realidad el único espejo de la casa. El maestro lo usaba todas las mañanas después de lavarse la cara para peinarse con sumo cuidado el cabello, con la raya en medio. Es posible que suene extraño que un hombre con el carácter del maestro, perezoso para tantas otras cosas, dedicase un tiempo considerable a peinar cuidadosamente su cabello y distribuirlo en dos mitades, pero así era. Durante todo el tiempo de mi estancia en aquella casa, ni en una sola ocasión le había visto llevar el pelo corto. Ni siquiera en los meses más calurosos del verano hacía una excepción. Lo llevaba más o menos largo, y ponía todo su cuidado en dejar caer una parte de su melena hacia el lado izquierdo, y la otra hacia el lado derecho. Sin duda, he aquí otro síntoma de su grave enfermedad mental. Esa forma de peinarse no guardaba mucha relación con la dignidad antigua que emanaba de la mesa del estudio, pero al menos se trataba de una costumbre inofensiva. Dejando de

lado la discusión sobre la rareza de su pasión capilar, es necesario fijarse en la verdadera razón de tan extraño y pertinaz comportamiento. La razón era que la viruela de su niñez no se había conformado con dejar marcas en su cara, sino que se había extendido a lo largo y ancho de su cuero cabelludo. Por tanto, si se cortaba el pelo al uno como hacía la mayoría de los hombres, inmediatamente quedarían visibles las marcas que tachonaban su cráneo de cráteres. No importaba si se peinaba mucho o poco: lo único cierto era que un corte de pelo al uno dejaría irremediablemente a la vista todas y cada una de sus marcas viruelosas. El efecto podía resultar ciertamente poético, pensará usted, como el de un campo en barbecho cubierto de luciérnagas, pero seguro que su mujer no apreciaría el espectáculo. Al fin y al cabo, el pelo largo le tapaba las ominosas señales. ¿Qué razón había para mostrar públicamente sus defectos? Si hubiera podido, se habría dejado crecer también la barba para ocultar las marcas de sus mejillas. Era de la opinión de que gastar dinero en cortar algo que crecía gratis era absurdo, y más teniendo en cuenta que el pelo le servía para enmascarar los rastros de su viruela. Ésa era la verdadera razón por la que el maestro se dejaba el pelo largo y, para que no se le desmandase, se lo peinaba partido en dos mitades, para lo cual necesitaba mirarse en un espejo en el cuarto de baño. El espejo, de hecho, era el único objeto de cristal que había en toda la casa. ¿Por qué razón había terminado entonces esa pieza única en su estudio? A menos que sufriera de sonambulismo, debía de haber sido el maestro quien lo llevó ahí, de modo consciente y premeditado. ¿Y por qué? ¿Podía necesitar acaso el espejo para su entrenamiento de inactividad?

Todo esto me trae a la memoria una historia que escuché hace ya un tiempo. Hablaba de un antiguo discípulo que visitó a su maestro, un monje budista de mucha fama y renombre a causa de su virtud e iluminación. Cuando llegó a la casa del maestro, el alumno se lo encontró en plena faena, sudando y sacando brillo a una baldosa. «¿Qué hace, maestro?», preguntó el discípulo. «Estoy intentando hacer un espejo.» Sorprendido, el discípulo señaló que, a pesar de sus innumerables virtudes, nunca lograría obtener un espejo de una baldosa. «En ese caso», dijo el maestro «lo dejaré. Pero si buscamos un paralelismo a esto, se podría decir que ningún hombre sería capaz de alcanzar la iluminación aunque leyese todos los libros de la biblioteca más grande del mundo.» Es posible que el maestro hubiera escuchado alguna versión de esta historia y, convencido de lo fútil de la enseñanza, se hubiera entregado, armado únicamente con su espejo, a demostrar triunfantemente que la nada lo es todo. Yo, mientras, le observaba con precaución, consciente de que su inestabilidad mental podía dar un súbito giro peligroso.

El maestro, ajeno a mi presencia y a mis elucubraciones, seguía mirándose fijamente con gran atención en nuestro único espejo. Ese objeto me parecía de lo más siniestro. Según se decía, hacía falta mucho valor para mirarse en él de noche en una

habitación iluminada por una única vela. Recuerdo la primera vez que la hija mayor del maestro me enfrentó a uno; la imagen reflejada en él me alarmó de tal manera que me puse a correr enloquecido por toda la casa hasta completar tres vueltas enteras. Cualquiera que se mire a un espejo, incluso a plena luz del día, con la intensidad con la que lo hacía el maestro, acabaría aterrorizado de la imagen que el espejo le devolvería. Debo decir que su cara, incluso a primera vista, no era parca, precisamente, en elementos aterradores. Me senté y observé detenidamente. Al rato, el maestro empezó a hablar consigo mismo: «Desde luego, tengo una cara horrible», musitó. El reconocimiento de su propia fealdad era algo digno de elogio. A juzgar por las apariencias, su comportamiento era el de una persona desequilibrada, pero ese comentario en concreto sonó bastante cabal. Si seguía por ese camino, podía acabar aterrorizado por su propia fealdad. Hasta que un hombre no se reconoce íntimamente como un villano, no podrá entender los designios del mundo, y quien no demuestra la sabiduría suficiente para comprender el mundo, nunca podrá alcanzar la iluminación. El maestro había llegado al punto de reconocer su maldad intrínseca, y parecía que de un momento a otro se apartaría del espejo para gritar: «¡Qué espanto!». Pero no lo hizo. En lugar de eso, una vez admitió su fealdad, se limitó a inflar los mofletes y a abrir mucho los ojos. No puedo explicar exactamente la razón de ese comportamiento. A continuación, empezó a darse palmaditas en los carrillos. Quizás se tratase de una especie de ritual de brujería. De repente, me pareció que yo ya había visto esa cara en alguna parte. Me estrujé los sesos intentando recordar a quién se parecía el profesor cuando ponía esa cara, y al final obtuve la respuesta: ¡Era clavadito a Osan!

Creo que sería adecuado dedicar en este momento unas cuantas líneas a describir con todo detalle la cara de la sirvienta. Era la suya una cara tumefacta, parecida a esas lamparillas bulbosas hechas de piel seca de pez globo que te regalan cuando visitas el templo de Anamori Inari. Su cara era tan grotescamente mofletuda que a veces ni siquiera se le veían los ojos, de tan ocultos que los tenía entre tantas carnes. Por supuesto, la hinchazón de su cara de pez globo tenía una exacta correspondencia en su rechoncho cuerpo. En el caso concreto de su jeta, su estructura ósea parecía estar diseñada en forma más bien angular, por lo que los mofletes que la recubrían creaban el efecto de que tenía por cara un reloj hexagonal aquejado de una terrorífica hidropesía. Estoy seguro de que, si tuviera la mala fortuna de que Osan escuchase estos comentarios sobre su persona, sin duda montaría en cólera, y yo me vería en problemas, así que, por prudencia, creo que continuaré con el relato de las extrañas actividades del maestro, que parecía, por sus actos, haber sido hechizado de algún modo.

Como decía, primero infló sus mofletes y luego comenzó a golpearlos rítmicamente. Una vez concluido este ritual, volvió a murmurar para sus adentros:

«Cuando la piel se estira resulta difícil apreciar las marcas». Después giró la cabeza ligeramente para mostrar su perfil a la luz. «Así, muy mal. Se notan mucho. Pero si la luz me da de frente no llaman tanto la atención. Aunque incluso así son extremadamente desagradables.» Cogió el espejo con su mano derecha y estiró el brazo todo lo que pudo. Escrutó la imagen reflejada en él. «A esta distancia no está tan mal. Es el primer plano lo que me asusta, aunque eso se puede aplicar a muchas otras cosas. No...» Se detuvo aquí, y pareció susurrar una especie de verdad revelada: «No sólo a las caras marcadas por la viruela». Después plantó repentinamente el espejo en la mesa y comenzó a contraer los músculos faciales y a mover compulsivamente ojos, nariz, cejas y mejillas, todo a la vez. Parecía como si los rasgos se le fueran a salir de la cara. ¡Qué cosa tan espantosa, por Dios!, pensé. El maestro también pareció horrorizado por el resultado y dijo: «No, esto es aún peor», y cesó con las horrendas contracciones faciales. «Me pregunto por qué razón mi cara es tan sumamente repulsiva», dijo, y colocó el espejo a corta distancia. Parecía sinceramente perplejo por sus experimentos. Con su índice derecho empezó a estrujarse las aletas de la nariz. Cada vez que emergía una gotita de grasa, cogía un trozo de papel secante, y la limpiaba con él. Daba muestras de una habilidad extrema en esta práctica. Con el mismo dedo con el que se había limpiado la grasa nasal, comenzó a estirarse hacia abajo el párpado inferior de su ojo derecho. Ya no tenía muy claro si estaba dedicado al estudio de las marcas de la viruela, o si jugaba a poner caras monstruosas delante del espejo para hacer reír a alguien.

Seamos generosos. El maestro era un hombre de costumbres estrafalarias, pero al menos daba la sensación de que, mientras se examinaba de este modo, se le ocurrían ideas e incluso actos originales. Y eso no era todo. Ese comportamiento tan incomprensible del maestro, esas horrendas gesticulaciones ante el espejo, podrían interpretarse, con algo de buena voluntad, como un intento por lograr la revelación de su verdadero yo, o, dicho en términos Zen, de su rostro original. Todos los estudios e investigaciones emprendidas por los hombres se encaminan al conocimiento de ellos mismos, de su propia persona. El cielo, la tierra, los ríos, las montañas, el sol o la luna, no son más que distintos nombres de ese único yo. La razón es que nadie puede prescindir de sí mismo para estudiar algo ajeno. Si eso pudiera hacerse, el propio yo desaparecería como por arte de magia. Al propio yo sólo lo puede comprender el propio afectado. No importa lo encarecidamente que uno se dedique al estudio de los otros, o los otros al de uno. Eso explica por qué los grandes hombres sólo han alcanzado sus logros gracias exclusivamente a su propio esfuerzo. Si uno pudiera encargar a otra persona que se dedicara a estudiarle, por muy honesto y virtuoso que fuera, sería lo mismo que encargarle que se dedicase a comer por nosotros. Por tanto, tras escuchar por la mañana verdades como puños, por la tarde revelaciones sobre el verdadero camino, y luego dedicar la noche entera al estudio de los libros, no es de

extrañar que parezca que estamos entrenándonos para facilitar el conocimiento del propio interior de uno. No hay que esperar de tales disciplinas una verdad contenida en la propia imagen. Si uno existe, es su propio fantasma, una especie de doble. De hecho, en ocasiones sucede que el fantasma tiene más sustancia que la persona en cuestión. Pero, de perseguir a ese fantasma, uno puede acabar dándose de bruces contra la persona que lo origina. En general, las sombras se adhieren al objeto que las produce. Si eran todas estas ideas las que llevaban al maestro a jugar con el espejo, entonces, antes o después, allí aparecería alguien. Los que buscan la verdad dentro de sí mismos son más sabios y mejores personas que esos escolares que alardean de serlo por haber pasado por encima de Epicteto en sus clases.

Un espejo es un instrumento destinado a fabricar engreimiento y, al mismo tiempo, un medio para eliminar todo rastro de vanidad. Nada muestra con mayor claridad lo absurdo y deforme que es cada cual. Desde el comienzo de los tiempos, el orgullo y la vanagloria se han dispersado por el mundo provocando infinidad de daños, tanto en uno mismo como en los demás, y dos tercios de esos daños se deben al propio influjo de los espejos. Al igual que le sucedió al doctor Guillotine, que sin pretenderlo provocó su propia muerte y la de muchos otros como consecuencia de haber ideado un infalible mecanismo de decapitación, el inventor del espejo debería haber vivido lo suficiente para arrepentirse de las desgracias que ha ocasionado tan fatal artilugio. Por otra parte, para las personas que están a disgusto consigo mismas y para las que se sienten espiritualmente inquietas, no hay nada más tonificante que dedicar un buen rato a mirarse en el espejo. El objeto revelará, sin lugar a dudas, la propia fealdad, y podrá ser de gran utilidad para todos aquellos que viven años y años avergonzados por tener que apechugar con una cara horrible. Pues bien, cuando se llega a ese estado de contemplación de la propia mediocridad, se puede decir, sin temor a equivocarse, que uno ha alcanzado la etapa más fértil de su vida. No hay nada más digno de respeto y admiración que la confesión que hace un idiota de su propia idiotez. Hasta los más soberbios están obligados a agachar la cabeza ante un idiota confeso, que puede llegar a ruborizarse de su triunfo o a reírse de la situación. Pero en su caso, risa y vergüenza no serán sino muestras de modestia y sumisión. Yo dudo que el maestro fuera lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de su propia ineptitud a la hora de mirarse al espejo, pero al menos tenía el coraje suficiente como para no pasar por alto las señales que la vida había dejado en su rostro. Ese reconocimiento podía ser el primer paso para que se diera cuenta de la fealdad de su espíritu. Daba buenas muestras de ello, pero también podía tratarse solamente de la influencia pasajera de la reciente visita de su amigo instruido en las virtudes del budismo Zen.

Mientras tanto, el maestro seguía con sus horribles muecas, sin darse cuenta de mi presencia. «Vaya ojos más rojos que tengo. Será la conjuntivitis crónica», dijo.

Empezó a rascarse, seguramente debido al picor, y se los enrojeció aún más. Si seguía así, acabaría pareciendo un besugo en conserva. Cuando los abrió de nuevo, parecían tan nublados como el firmamento de un país del norte en pleno invierno. Aunque, en realidad, no importaba la estación del año: jamás los tenía ni muy despejados ni muy brillantes. Eran unos ojos en los que, siendo gráficos, no existía una clara distinción entre el iris y la pupila. Si su espíritu se hundía lentamente en un mundo de tinieblas, sus apagados ojos seguían el mismo camino. Seguramente ello era debido a las secuelas de la viruela que sufrió en sus días de infancia. A pesar de que se le recetaron ungüentos a base de ranas rojizas y gusanos de sauce, que era lo que se usaba en el Japón de aquellos tiempos para curar y prevenir las enfermedades infantiles, sus glóbulos oculares se quedaron apagados y mustios, como plantas pochas. Los cariñosos cuidados de su atenta madre no habían surtido ningún efecto, y el infortunado profesor seguía padeciendo los mismos inconvenientes, en lo que a su aspecto tocaba, que en su más tierna infancia. Yo, sin embargo, estaba convencido de que sus ojos turbios no eran resultado de la viruela, ni de un envenenamiento infantil, sino el reflejo mismo de la oscuridad en la que su mente se iba sumiendo. Ese estado mental, llegado un cierto punto, empieza a contagiarse a los sentidos. El maestro culpaba a su madre de algo que era exclusiva responsabilidad suya. Donde vemos humo, es que hay un fuego. Los ojos nublados son un signo inequívoco de un corazón nublado. Los ojos del maestro eran un reflejo del estado de su mente, o lo que es lo mismo: en su cerebro había un agujero igual que en esas monedas antiguas de la Reforma Tenpo, [82] de gran tamaño, pero de escaso valor.

El maestro comenzó entonces a retorcerse los bigotes. Hay que decir que su enorme mostacho le crecía de cualquier manera, y cada pelo parecía ir por su lado sin preocuparse lo más mínimo por la dirección que tomaba. En aquella época de individualismo combatiente, un mostacho sin arreglar como el suyo era un motivo de molestia para cualquiera. El maestro se había dedicado durante mucho tiempo a tratar de domarlo, y es justo reconocer que al final tuvo cierto éxito. Tan pronto como se dio cuenta de las posibilidades de aquella mata de pelo insumiso, se dedicó día y noche a cuidarlo y, cada vez que tenía un rato libre, su única ocupación era su cultivo y arreglo. En realidad, yo creo que pretendía emular al imponente kaiser prusiano Guillermo II, pues un bigote frondoso era símbolo de prosperidad, fuerza y progreso. No importaba si los pelos se ladeaban a derecha o izquierda. Tiraba de ellos hacia arriba y lograba domarlos a pesar del evidente dolor que aquel agresivo peinado debía de causarle. Su empeño era definitivo: había que domar aquel bigote al precio que fuera, y, de paso, esa disciplina le serviría también para domar su voluntad. Para cualquier observador objetivo, aquel entretenimiento podía resultar ridículo, pero para el maestro tenía mucho sentido. No se le podía reprochar nada cuando resultaba que el sistema educativo de todo el país estaba igualmente diseñado para que los

maestros domaran a contrapelo los caracteres de sus alumnos, y elevarlos así hacia las metas más ambiciosas. Lo mismo que hacía él con los pelos de su bigote, era lo que había que hacer con los alumnos díscolos.

El maestro estaba absorto en sus brutales arreglos, cuando Osan asomó su hexagonal cara desde la cocina, e interrumpió sus meditaciones y arreglos sin ninguna ceremonia, algo habitual en ella. Alargó su roja mano y anunció secamente: «Ha llegado el correo, señor». Con la mano derecha ocupada en el mostacho y con la izquierda ocupada con el espejo, el maestro se dio la vuelta hacia la puerta. Tan pronto como Osan le vio, le arrojó las cartas y transportó su orondo cuerpo a la cocina para reírse a gusto junto a la olla del arroz. Según su desafortunada opinión, aquel mostacho tenía pinta más bien de cola de pescado. El maestro ni se inmutó por la irrespetuosa actitud de Osan. Dejó el espejo en la mesa y, con la mayor compostura, se dedicó a atender el correo.

La primera carta estaba impresa, y parecía una comunicación seria y formal escrita en caracteres chinos. Decía así:

Estimado Señor,

Permítanos, antes de nada, enviarle nuestros más cordiales saludos y desearle la mayor prosperidad tanto presente como futura. Como bien sabrá usted, la guerra ruso-japonesa ha concluido con la victoria de nuestro glorioso ejército, y la paz ha sido restaurada. Se ha anunciado ya el retorno a casa de nuestras tropas, esos valientes que no dudaron en marchar a miles de kilómetros de distancia para defender su patria arriesgando su propia vida, padeciendo los rigores del verano y las inclemencias del invierno en tierra extraña. Su valor y lealtad a la madre patria debe quedar grabada para siempre en nuestra memoria.

Su vuelta triunfal tendrá lugar este mismo mes, como se nos ha anunciado. Por esta razón, y como representante del barrio, tengo el honor de comunicarle que se ha decidido organizar un acto de bienvenida para el próximo día 25, en reconocimiento al valor y entrega de los más de mil combatientes vecinos de nuestro distrito. Con ello honraremos también la memoria de los que dejaron su vida en el campo de batalla, consolaremos el dolor de sus familias y daremos muestras de nuestra infinita gratitud a los que retornan victoriosos.

Esperamos participe con su generosa colaboración, y nos ayude en la organización de este modesto acto, con lo que nos sentiremos profundamente honrados y agradecidos.

Quedamos, pues, a la espera de su generosa participación, y aprovechamos para saludarle cordialmente...

La carta venía firmada por un noble. El maestro la leyó en silencio y la volvió a

meter en su sobre. Su rostro no dio muestras de que estuviera entusiasmado, ni mucho menos, por el contenido de la misiva. Desde luego, no contribuiría con dinero alguno a la causa. Hacía tan sólo unos días había dado una pequeña cantidad de dinero para los damnificados por las malas cosechas del noreste, expuestos a las hambrunas. Pero desde que tuvo aquel gesto de generosidad no hacían más que bombardearle con todo tipo de peticiones de lo más peregrino. Aquello, más bien, empezaba a parecerse a una estafa en toda regla. Quien contribuye voluntariamente con dinero a una causa benéfica, no puede alegar después que le están robando. Robar implica un acto delictivo, y no era el caso. Sin embargo, el maestro parecía creer sinceramente que le estaban robando. Por eso no se dejó intimidar por la carta, ni por su tono perentorio y extremadamente cortés, ni por el hecho de que estuviera firmada por un noble. En opinión del maestro, antes de tener que honrar al ejército, prefería honrarse a sí mismo. Una vez que lo hubiera hecho suficientemente, quizás podría dedicar algo de esfuerzo a la causa que fuera. Mientras él siguiera siendo un maestro miserablemente retribuido con un salario de risa, prefería dejarle las honras al ejército a los nobles que se lo podían permitir.

«Madre mía», exclamó con sorpresa tan pronto como abrió el segundo sobre. Era otra carta impresa, y empezó a leerla con evidente interés:

Muy señor nuestro,

Tenemos el honor de dirigirnos a usted y su familia para desearle prosperidad y el disfrute de esta estación otoñal que ahora comienza. Como usted bien sabrá, hace dos años nuestra escuela fue víctima de un lamentable contratiempo provocado por unos desaprensivos. Ello nos causó enormes dificultades, de las que nos está resultando muy difícil reponernos. Tras haber superado muchas de ellas, y tras grandes sacrificios y privaciones, nos encontramos en disposición de recaudar fondos para la construcción de una nueva escuela que se ajuste en todo a nuestros elevados principios.

Con este fin nos hemos permitido editar un libro que, bajo el título de Principios Esenciales del Noble Arte de la Costura, se ha preparado a conciencia para asegurar el adecuado conocimiento del arte textil a las generaciones venideras. Este libro que con tanto cariño y dedicación hemos escrito, recorre la teoría y los usos prácticos del arte de tejer, coser y remendar, y esperamos que sea útil a toda ama de casa que se precie.

Nos complace, pues, sugerirle la adquisición de esta magna obra, no sin antes señalar que, para beneficio de las familias, descontaremos los gastos de encuademación. Si realiza usted su pedido, no sólo contribuirá a nuestra labor, sino que lo hará también por el florecimiento de la industria textil y nos ayudará en nuestro proyecto de construir una nueva escuela. Le rogamos tenga a bien adquirir este libro para su sirviente, su criada, para su esposa, o para otra persona a quien

considere pueda interesar.

Agradecemos de antemano su interés, y aprovechamos la ocasión para ponernos a su disposición.

Atentamente,

Shinsaku Nuida

Director

Escuela Superior de Costura Dai-Nippon

El maestro hizo una pelota con la carta y, con gesto indiferente, la arrojó a la papelera. Sentí profundamente que los deseos y formas tan correctas de ese tal Shinsaku Nuida no hubieran servido para nada.

Le tocó el turno a la tercera carta. En esta ocasión, era una carta de aspecto imponente. El sobre venía ribeteado con bandas rojas y blancas, y casi parecía el envoltorio de alguna golosina. En el centro, y escrito a mano en caracteres chinos, se podía leer «Excmo Sr. Kushami». Fuera lo que fuera que guardaba en su interior, el envoltorio era espectacular. Decía así:

Señor,

Si yo dominase el universo, me bebería de un solo trago el mundo entero. Pero si fuera el universo el que me dominase a mí, entonces me convertiría en polvo. Dígame qué relación hay entre mi humilde persona y el universo.

La primera persona que se comió una babosa de mar merece respeto por su atrevimiento. El primero que se comió un pez globo debería ser honrado por su valentía. El que añadió la babosa a nuestra dieta realizó un servicio a la nación, sólo comparable al de Shinran, el fundador de la secta del País Puro. El que lo hizo con el pez globo emuló al sumo sacerdote Nichiren [83] Pero, en su caso, querido doctor, su genio gastronómico no sobrepasa el de las calabazas secas aliñadas con pasta de judías.

Su amigo más íntimo puede traicionarle. Sus padres pueden distanciarse. Incluso su verdadero amor puede darle la espalda. Ningún hombre puede confiarse a la verdad de las palabras honorables. Las tierras y las propiedades desaparecen en un abrir y cerrar de ojos. Todo el conocimiento que atesora se verá reducido a nada. ¿En quién podrá confiar entonces, doctor Kushami? ¿A qué seres del cielo y de la tierra pedirá ayuda? ¿A Dios? Dios es sólo una figura fabricada por los hombres en su profunda desesperación, por seres aterrorizados de no convertirse en nada más que gusanos hurgando en los desperdicios. ¿Puede ser que, a pesar de todo, clame por cierta tranquilidad confiando en objetos que sabe poco fiables? ¡Qué empeño tan inútil! Un borracho tambaleante murmurando palabras incomprensibles se encamina directo hacia la tumba. Las lámparas de aceite han consumido todo su combustible y se extinguen en la oscuridad, al igual que sucede con las pasiones. Cuando su destino

se ha cumplido, ¿qué parpadeo de uno mismo permanecerá o será recordado? Respetado señor, ¿no sería mejor dar un sorbo de té?

Si desdeña a los demás no tendrá nada que temer. ¿Cuál es la razón, entonces, por la que usted, que desdeña a todos los demás, se enfurece con el mundo que le desdeña a usted? Personas de gran rango y categoría parecen unos engreídos por motivo de su desdén hacia la gente. Sin embargo, tan pronto como se les paga con la misma moneda se ponen furiosos. Dejémosles que se enfaden. ¡Son todos unos idiotas!

Cuando se tiene la debida consideración por los otros, y esos otros no corresponden hacia usted con la misma consideración, entonces, en lugar de quejarse, quien se siente descontento será capaz de encaminar sus pasos hacia la luz. Esa acción espasmódica se llama revolución. Las revoluciones no son el resultado de unos cuantos desgarramantas; son fruto del esfuerzo de una clase elevada de personas distinguidas que buscan promocionarse.

Estimado señor, hay un gran negocio con el ginseng de Corea. ¿Por qué, querido señor Kushami, no se sienta tranquilamente a pensarlo tomando una taza de té?

Firmado por Justa Providencia,

y acompañado de dos reverencias.

Respetuosamente suyo por la providencia divina.

El señor Shinsaku, el de los misterios del arte de la costura, se despedía atentamente en su carta, pero éste se despedía, además, de parte de la providencia divina. Y, a pesar de ello y de no pedir dinero, resultaba de lejos la más arrogante de todas las misivas recibidas esa mañana. Era una carta ininteligible, indigesta y dolorosa de leer. Si la hubieran enviado a una revista literaria, aunque fuera de poco nivel, la habrían rechazado de inmediato, así que supuse que el maestro, sin darle mayor importancia, la haría pedazos. Pero para mi infinita sorpresa no lo hizo. No sólo eso, sino que la leyó y releyó una y otra vez. Quizás no daba crédito a una carta como ésa, que no tenía el más mínimo sentido, y por eso no dejaba de leerla, a ver si así aclaraba su verdadero propósito. El mundo está lleno de gente que dice bobadas, pero ninguna carece por completo de sentido. No importa lo simple que sea una frase. Siempre habrá un oyente atento que pueda sacarle un sentido oculto. Se puede decir que la humanidad entera es estúpida o bien que es inteligente. Las dos aseveraciones tienen sentido. De hecho, se puede ir mucho más lejos. No resulta disparatado afirmar que los seres humanos son como los cerdos o como los perros. No causaría ninguna impresión si uno dijera que una montaña es baja o el universo pequeño. Se puede ir por ahí diciendo que los cuervos son blancos, que la bellísima Ono-no-Komachi, la famosa poeta de la época Heian, era en realidad un adefesio, incluso se puede decir que el maestro era un distinguido caballero dotado de innumerables dones. Por tanto, quizás fuera posible sacarle sentido a una carta tan rara e incomprensible como la del

señor Justa Providencia, con sólo retorcer un poco su retórica e intentar sacarle algo de jugo. Puede que hasta un hombre como el maestro, que había pasado toda su vida enseñando inglés, y que incluso manejaba a veces palabras que no tenía ni idea de lo que significaban, fuera capaz de interpretarla de alguna manera. Para un hombre que se había pasado una semana entera discurriendo acerca de cómo explicarle a un alumno por qué había que decir *good morning* a pesar de que hiciera mal tiempo, y que se había pasado tres días con sus correspondientes noches pensando en cómo se pronunciaba en japonés la palabra «Colón», aquello del caballero nipón que comía calabaza seca aderezada con vinagre, o lo del asunto de la revoluciones provocadas por el *ginseng* coreano, seguramente no ofrecería la más mínima dificultad.

El maestro se quedó pensativo durante un buen rato, meditando sobre las cosas tan absurdas que le decía el tal Providencia en su carta. Después de un rato, creyó haberlo comprendido todo, y dijo sinceramente: «Todo esto tiene un sentido trascendente. Su autor ha debido de estudiar filosofía, sin duda. Quizás se trate de un genio». De una aseveración como ésa sólo puede deducirse que su estupidez había llegado a grados preocupantes. Pero, en el fondo, no le faltaba algo de razón. Era su costumbre alabar y apreciar lo que no entendía, aunque hay que decir que esa manía, ciertamente, no era exclusiva del maestro. Cuando uno no entiende algo, todo su esfuerzo se centra en que los demás no lo noten para salvaguardar así su honor y buen nombre. No comprender estimula el amor propio. Por eso la gente ordinaria habla con osadía de lo que no entiende, como si realmente fuese experta en los asuntos más peregrinos. Los sabios, por el contrario, dicen lo que entienden como si no lo comprendieran realmente. Para comprobar este fenómeno, no hay más que darse una vuelta por la universidad. Se aplaude al profesor que explica y al que nadie entiende, pues al que lo hace de forma clara se le considera un pésimo docente.

Así que el maestro alabó la carta, no porque no la entendiese, sino por el esfuerzo que había que hacer para entenderla. Porque en ella convivían babosas con personajes melancólicos. La alabó, en fin, porque no tenía ni idea de lo que iba. Le sucedió algo parecido a lo que le sucede al taoista que admira los *Libros Morales* de Lao-Tsé. Lo mismo que al confuciano que se rinde ante *El Libro de las Mutaciones*, o al budista de la secta Zen que se extasía ante el libro de Rinzai Gigen [84] Ninguno confiesa abiertamente no entender estas obras. Presumen de haberlas leído y además tratan de explicarlas. Ensalzar lo que no se entiende siempre ha sido costumbre de los humanos más necios. Era lógico, pues, que el maestro se extasiara ante una carta escrita con una caligrafía tan cuidada, y que la devolviera con tanta reverencia a su sobre para colocarla acto seguido encima de su escritorio, en un lugar de honor. Se cruzó de pies y brazos, y se quedó en un estado de profunda meditación.

De pronto se escucharon unas voces en la entrada principal:

—¡Hola! ¿Se puede?

Parecía la voz de Meitei, pero era extraño que pidiese permiso para entrar. El maestro había escuchado sin duda las repetidas llamadas de su visitante, pero, con las manos escondidas en las mangas de su *kimono*, permanecía inmóvil. Quizás se regía por el principio que dicta que el señor de una casa nunca debe responder a las llamadas de un desconocido. Según mi experiencia, tal cosa nunca había sucedido en aquella casa, donde todo el mundo salía y entraba como le daba la gana. Osan, la sirvienta, había salido a comprar jabón, y la señora Kushami estaba ocupada en ese momento en el baño. El único que podía atender al visitante era yo pero, honestamente, tampoco tenía ningún interés en hacerlo. La impaciencia se apoderaba del ánimo del visitante, quien se descalzó, entró en la galería y se deslizó hacia el interior de la casa sin que nadie le hubiera invitado a pasar. Estaba claro que, en cuestión de formalidades, el maestro y su visitante coincidían plenamente. Siguió avanzando hasta el cuarto de estar y abrió varias puertas correderas. Finalmente llegó al estudio, y una vez allí dijo:

—¡Pero bueno! Se puede saber qué estabas haciendo. ¿No me has oído llamarte a gritos?

—¡Ah, eres tú!

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Deberías haberme respondido, al menos. Parecía como si todos os hubierais volatilizado en el aire.

—Estaba pensando en algo.

—Nada, no tienes excusa. Al menos podrías haberte limitado a decir «adelante».

—Podría...

—Los mismos nervios de acero de siempre.

—Últimamente intento concentrarme en mi mente.

—¡Fantástico! Pero tus visitas van a acabar sufriendo los efectos de tu afán por la meditación. Espero que no te quedes ahí todo el día plantado como una estatua. El hecho es que hoy no he venido solo. He traído a alguien que suele visitarte pocas veces. ¿No quieres salir a ver quién es?

—¿De quién se trata?

—Eso no importa, sal fuera. Estará ansioso por verte.

—¿Quién?

—No importa. Sólo sal un momento. Es un compañero...

El maestro se levantó sin sacar las manos de las mangas del *kimono*, y murmuró:

—Me apuesto lo que sea a que me estás tomando el pelo otra vez.

Atravesó la galería y llegó hasta el cuarto destinado a recibir a las visitas, con la leve esperanza de encontrarla vacía. Pero allí, frente a la pared, había un anciano muy correctamente sentado en una postura que mostraba solemnidad y una natural cortesía. El maestro sacó inmediatamente las manos de las mangas del *kimono*, y se sentó apoyando la espalda contra la puerta corredera. Impelido por la súbita urgencia

con que el anciano se había sentado, el maestro se había acomodado de igual modo en la pared de enfrente, por lo que les resultaba imposible realizar los correspondientes saludos de cortesía. Y no conviene olvidar que las personas de cierta edad seguían siendo todavía muy estrictas en lo que se refería a la etiqueta.

—Pero por favor, siéntese aquí —dijo el anciano señalando un lugar junto a él, de modo que el maestro quedara de espaldas a la alcoba.

Desde hacía unos años, el maestro no daba ninguna importancia al lugar de la habitación donde se sentaba, pero desde el día en que se enteró de que la alcoba era sólo una mera extensión de la habitación donde antiguamente solían sentarse los *shogun* para atender a los mensajeros, huía de aquel lugar como de la peste. Por tanto, y considerando la presencia de una persona mayor de unos modales tan correctos, nada le hubiera inducido nunca a sentarse en aquel lugar de honor. Desconocía los ceremoniales de la etiqueta, y sólo acertó a inclinarse una vez y a repetir las mismas palabras de su visitante:

—Por favor, siéntese aquí.

—Se lo ruego. Siéntese usted. Si no lo hace no seré capaz de saludarle adecuadamente.

—¡Oh, no! Se lo ruego, siéntese usted. —El maestro parecía incapaz de hacer nada excepto repetir como una cacatúa las palabras de su huésped.

—Señor, su modestia me abruma. Yo no lo merezco. No tenga usted reparos y siéntese ahí.

—Señor, su modestia... ¿Le abruma...? No tenga... —tartamudeó el maestro como única respuesta. Tenía la cara tan roja como un tomate. Su entrenamiento mental parecía no haber dado ningún resultado. Meitei, que se había estado divirtiendo de lo lindo desde la puerta con el ridículo espectáculo, pensó que la cosa ya había ido demasiado lejos.

—Arrímate un poco más allá. Si te pones tan cerca de la puerta no me dejarás sitio. No seáis tan tímidos, y dejaos ya de ceremonias. Y tú, Kushami, no tengas tantos reparos en sentarte en el lugar de honor. —Y se acomodó con cierta dificultad. Su esfuerzo por hacerse un hueco obligó al maestro a moverse un poco hacia la temida zona de honor. Una vez colocados todos, Meitei procedió con las presentaciones:

—Kushami, este es mi tío de Shizuoka, de quien tan a menudo me has oído hablar. Querido tío, éste es el maestro Kushami.

—Encantado de conocerle. ¿Cómo está usted? Mi sobrino me ha contado que tiene usted la amabilidad de recibirle frecuentemente. Tenía pensado pasar a visitarle desde hace ya un tiempo, y como precisamente hoy estaba en la zona, me decidí a venir para darle personalmente las gracias. Le estoy muy agradecido por su amabilidad.

El hombre hablaba con unas formas muy anticuadas y fluidas.

El maestro no tenía ninguna experiencia en lo que se refería a las fórmulas de cortesía, y además era un ser de naturaleza taciturna. Por otra parte, pocas veces había tenido la oportunidad de cruzarse con personas tan anticuadas, si es que eso había sucedido alguna vez. Quizás por esa razón se mostró tímido y apocado desde el principio ante el incesante fluir de fórmulas arcaicas que salían por la boca de aquel hombre. Todos sus pensamientos sobre el *ginseng* coreano envuelto en el sobre ribeteado de bandas rojas y blancas, todos sus esfuerzos por lograr domar su mente, desaparecieron de un plumazo, y lo único que alcanzaba a decir, para su desesperación, eran simples y titubeantes repeticiones:

—Yo también... debería haberle visitado antes... Encantado. .. En efecto.

Al decir esto, inclinaba su cabeza hasta casi tocar el suelo y, cuando la levantaba y veía que el anciano todavía continuaba inclinado, volvía a bajarla para no hacer de menos a su visita.

Una vez terminaron las mutuas reverencias, el hombre dijo:

—Yo también tuve un puesto aquí en Tokio, hace muchos años. Vivía muy cerca de la residencia del *Shogun*. Pero cuando cayó el shogunato me retiré al campo, y desde entonces sólo he visitado la capital en raras ocasiones. Ha cambiando todo tanto, que ahora soy incapaz de orientarme. Si mi sobrino no estuviera aquí para ayudarme, estaría completamente perdido. Grandes, grandes cambios han tenido lugar en el mundo. Como usted sabrá, el shogunato se estableció en un castillo cercano hace trescientos años...

Meitei debió de pensar que la charla de su tío se estaba poniendo algo plomiza, y rápidamente le interrumpió:

—Tío, no cabe duda de que el shogunato fue una excelente institución, pero el actual gobierno también merece nuestra consideración. Antiguamente no existían, por ejemplo, instituciones como la Cruz Roja, ¿no es cierto?

—No. No había nada como la Cruz Roja. También hoy existen otras innovaciones interesantes. Los tiempos modernos nos han dado la oportunidad de permitirnos ver en persona a los miembros de la familia imperial, algo absolutamente prohibido antes. He vivido muchos años, y ha sido sólo ahora cuando les he podido ver en la Asamblea General de la Cruz Roja. Si muriese esta misma noche, créeme, sería un hombre feliz.

—Está bien que haya visto usted de nuevo las calles de Tokio, tío. ¿Sabes, Kushami, que mi tío vino expresamente desde Shizuoka para la Asamblea General de la Cruz Roja que se ha celebrado en Ueno? Por eso lleva esa levita que le compré hace poco en la tienda de Shirokiya.

En efecto, el tío vestía una levita, de eso no cabía duda. De lo que sí que dudaba era de que fuera de su talla. Las mangas le quedaban demasiado largas, y el cuello

demasiado estrecho. En la espalda se le formaba una especie de hondonada pantanosa, y en cada sisa se apreciaba un saliente pronunciado. Ni a propósito se podría haber hecho tan rematadamente mal una levita como aquélla. Pero, por si no bastara con eso, debajo llevaba una camisa de cuello blanco totalmente fuera de lugar, que dejaba su nuez al descubierto cada vez que levantaba la cabeza. Era imposible determinar si la corbata la llevaba por dentro o por fuera de la camisa. A pesar de todo, al menos la levita tenía un pase. Lo más extraño era que su pelo cortado al rape, se remataba en la nuca con una prominente coleta. Después de observar el efecto tan estrafalario que ofrecía todo el conjunto, me fijé para ver si llevaba encima el famoso abanico de metal al que Meitei había hecho referencia en alguna ocasión. Y sí, allí estaba, sobre sus rodillas.

El maestro reaccionó finalmente, y, a pesar de haber quedado tan asombrado al ver la extraña indumentaria del hombre, mantuvo la discreción seguramente gracias a sus recientes ejercicios de entrenamiento mental. Si comparaba las descripciones de Meitei sobre las rarezas de su tío con lo que tenía delante, la realidad superaba toda expectativa que hubiera podido tener. Si las marcas de su viruela merecían un estudio histórico, más lo merecía el peinado del anciano y su abanico de metal. El maestro estaba ansioso por preguntarle sobre el origen de aquel fantástico objeto, pero debió de pensar que no era adecuado entrar en el tema tan directamente. No le quedó más remedio que limitarse a cuestiones superficiales:

—¿Y había mucha gente en esa Asamblea?

—Muchísima. No hacían más que mirarme. La gente se ha vuelto tremendamente molesta. Eso no pasaba en los tiempos del *shogun*.

—Desde luego. Antiguamente las cosas no eran así —confirmó el maestro como si él mismo hubiera vivido en aquella época. Al decir estas cosas no pretendía mostrar sus conocimientos sobre los hábitos de las gentes de antaño. Simplemente decía lo primero que se le pasaba por los oscuros vericuetos de su cerebro.

—Es más, todos se quedaban mirando embobados mi rompeyelmos.

—¿Se refiere a ese abanico metálico? Debe de ser muy pesado —se atrevió a decir el maestro.

—Cógelo Kushami. Ya verás cómo pesa. Tío, ¿se lo presta un segundo?

Lentamente, el anciano lo alzó con ambas manos y con un cortés «por favor» se lo entregó. Mostraba el mismo respeto que los peregrinos del templo Kurodani, en Kioto, cuando ponen sus manos en el sable de Naozane Kumagai. [85] El maestro lo examinó detenidamente y se lo devolvió con el mismo respeto. —En efecto, es muy pesado.

—Todo el mundo cree que es un abanico metálico, pero en realidad se trata de una cosa bien distinta. —¡Ah, sí! ¿Qué es entonces?

—Es un instrumento para romper yelmos. Cuando el enemigo se quedaba sin

sentido, se le asestaba un golpe mortal sobre el yelmo. Creo que éste en concreto es del siglo xiv. Es posible que lo usara el mismísimo general Masashige. [86]

—¿En serio, tío? ¿Es el rompeyelmos del general Masahige?

—No está completamente claro a quién perteneció esta belleza, pero lo que es cierto es que fue fundida en 1335.

—Será tan antiguo como dice, tío, pero no sé si sabrá que se ha convertido en la principal preocupación de nuestro amigo Kangetsu. Verás, Kushami, cuando salimos de la Asamblea en Ueno se me ocurrió pasar por la universidad para hacerle una visita, y pensé que sería una buena idea llegar hasta el Departamento de Ciencias. Una vez allí, entramos en el laboratorio de física, y como resulta que el rompeyelmos es de hierro, todos los equipos magnéticos se volvieron completamente locos. ¡No veas la que armamos!

—No creo. Es imposible que fuera debido al rompeyelmos. ¡Es hierro puro del periodo Kemmu! [87] Hierro de la mejor calidad. Completamente puro.

—No es cuestión de la calidad del hierro. Cualquier objeto de ese material habría provocado el mismo efecto. El propio Kangetsu me lo dijo, pero no se preocupe por esa insignificancia, tío.

—¿Kangetsu? ¿Es ése que estaba puliendo aquellas bolas de vidrio? Un caso triste. Es un chico demasiado joven. Debería estar haciendo algo más productivo que pulir bolas de vidrio.

—Bueno —dijo Meitei—. Supongo que estará rindiendo a base de bien. Ésa es su especialidad, de hecho, y, una vez que sepa pulir adecuadamente, seguramente se labrará un futuro como docente.

—¡Qué cosa tan extraordinaria que alguien puede labrarse un futuro a base de pulir bolas de vidrio! Si es así como dices, el camino para la obtención de cátedras universitarias parece abierto a cualquiera, me temo. Incluso para mí. Pero yo creo que, en ese caso, para obtener una carrera como profesor en la materia, los cristaleros deberían llevar ventaja, ¿no? —Entonces se volvió al maestro—. ¿Sabe? En la antigua Catay, a esos pulidores de vidrio se les conocía como «canteros», y eran todos de una extracción social ínfima.

El maestro inclinó lentamente su cabeza en gesto de asentimiento, y dijo:

—En efecto.

—Ahora parece que todos los jóvenes se dedican al estudio de las ciencias, y no está mal, pero, en circunstancias tan difíciles como las actuales, es algo que no sirve absolutamente para nada. Antiguamente la cosa era bien distinta. Uno se entrenaba en la profesión de las armas con riesgo evidente para su propia vida. Por tanto, había que disciplinar la mente para asegurarse de que, llegado el momento crítico de peligro o esfuerzo supremo, no se incurriera en el más mínimo riesgo de perder el control. Supongo que estará de acuerdo conmigo en que un entrenamiento tan riguroso como

ése era más útil que el de dedicarse a pulir bolas de cristal o a enrollar cables alrededor de una estructura de metal.

—En efecto. —El maestro, una vez más, volvió a asentir con el mismo aire de obediencia y sumisión.

—Dígame, tío: ese entrenamiento mental al que se refiere, que no tenía nada que ver con pulir bolas, desde luego, ¿al final no se reducía a una simple cuestión de sentarse de brazos cruzados?

—Ya estamos otra vez con lo mismo. Por supuesto que no se trataba de eso. Hace más de dos mil años, Men-tsu [88] dijo que la educación del carácter pasaba por la formación de una conciencia recta, que ayudaría después a la liberación de la mente. Esa sabiduría la empleó de nuevo, al menos en parte, Shao K'ang-chieh, el eminente maestro de la dinastía Sung. Insistía en que el más alto logro de las aspiraciones humanas era liberar la mente. Por supuesto, era confuciano, pero incluso entre los chinos budistas se pueden encontrar maestros que merecen la pena como Chung Feng, de la secta Zen, que siempre enseñó que lo más importante del mundo era una mente aplicada y despegada de todo lo terrenal. No creo que esas enseñanzas sean tan fáciles de entender hoy, ¿no le parece?

—Si me pregunta a mí, tío —contestó Meitei—, le diré que me resultan absolutamente incomprensibles. ¿Qué se supone que debían hacer los alumnos con esas enseñanzas?

—¿Has leído alguna vez los discursos del maestro Takuan [89] sobre la doctrina Zen?

—No. En mi vida había oído hablar de ese señor ni de su libro.

—Takuan, quien también concibió importantes tratados sobre el cultivo de los nabos, se preocupó sobre todo de los problemas de focalización de la mente. En su libro más importante, escribió lo siguiente: «Si por el golpe de tu enemigo o por el tuyo propio, si por el hombre que golpea o por la espada que golpea, si por la posición o el ritmo, tu mente es distraída de cualquier modo, tu ánimo titubeará, y eso puede hacer que seas herido. Del mismo modo, si tu mente está concentrada en la muerte de tu oponente, entonces ese deseo dominará todo lo demás. Si tu mente se concentra en el manejo de la espada, entonces todo lo que te rodea estará sometido al imperio de la espada. Si tu mente se concentra en la idea de que no quieres morir, entonces todo en el mundo estará sometido al deseo de no morir. En resumen, no hay nada a donde se pueda dirigir tu mente, sin dejar de ser tu mente. Tonificar cuerpo y mente es algo que sólo se hace al principio del entrenamiento, cuando se es un principiante.»

—Muy interesante, tío. Debe de tener una memoria increíble para acordarse de semejante perorata. Dime, Kushami, ¿has logrado entender algo del complicado razonamiento de ese maestro Takuan?

—En efecto —volvió a contestar el maestro, en esta ocasión como táctica defensiva.

—¿No está de acuerdo con esa verdad? —interrumpió el tío—: «Si por el golpe de tu enemigo o por el tuyo propio, si por el hombre que golpea o por la espada que golpea...»

—Ya vale, tío. Kushami ya está suficientemente versado en la materia. De hecho, lleva un tiempo dedicándose al entrenamiento de la mente. Como ya se habrá dado usted cuenta, ha llegado a un punto de abandono y desapego tales que ya ni siquiera se molesta en atender la puerta cuando llaman. No se preocupe por él.

—Me reconforta mucho escuchar eso. Es muy conveniente que abandone su mente de vez en cuando. Tú mismo deberías hacerlo, Meitei.

Meitei se rió, en parte avergonzado, en parte horrorizado, pero, como de costumbre, no dejó pasar la oportunidad:

—Yo no dispongo del tiempo necesario. Que usted viva sin horarios no significa que nosotros podamos hacer lo mismo.

—Pero parece que lo único que haces es dedicarte a desperdiciar tu vida.

—Al contrario, tío. Incluso en los ratos libres intento mantenerme ocupado.

—Otra vez estamos con lo mismo. Mira que te lo tengo dicho una y otra vez. Debes disciplinar tu mente. Yo siempre he oído decir que uno encuentra un rato libre en medio de sus ocupaciones, y no una ocupación en sus ratos libres. ¿No está de acuerdo conmigo, Kushami?

—Completamente.

Meitei se rió de nuevo, en esta ocasión de modo sincero:

—En fin, me rindo. Por cierto, tío. ¿Por qué no aprovechamos su estancia en Tokio para ir a comer unas anguilas? Hace mucho tiempo que no las come. Le invito a comer en Chikuyo. Si cogemos el tranvía llegaremos allí en un periquete...

—Me encantaría comer esas deliciosas anguilas que dices. Y, en lo que se refiere al restaurante, por lo que he oído, es de lo mejor de la ciudad. Pero, por desgracia, tengo una cita con Suihara y debo marcharme inmediatamente.

—¿Así que va a ver a Sugihara, su viejo y robusto amigo?

—No se dice Sugihara sino *Su-i-ha-ra*. Es de muy mala educación equivocarse con el nombre de la gente. Deberías ser más cuidadoso.

—Pero si se escribe *Sugihara*.

—Sí, pero se pronuncia como te digo.

—Qué extraño...

—No es tan raro. Técnicamente se conoce como lectura nominal. Hay palabras japonesas que pueden leerse de distintas formas dependiendo de la costumbre. Por ejemplo el carácter que corresponde a la palabra *kyûin* puede leerse también como *mimizu* y en los dos casos significa lo mismo: lombriz. La palabra gama, sapo,

también puede leerse *kairu*, rana.

—¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Cuando se mata a una rana, se queda patas arriba, y por eso resulta que kairu puede significar tanto «rana» como «volverse del revés». *Sukigaki* es lo mismo que *Suigaki*, y significa «estacada». *Kukitate* se puede decir también *kukutate*, y significa «tallo de hortaliza». ¡Pero confundir *Sugihara* con *Suihara* es de paletos! Si no tienes más cuidado, harás el ridículo.

—De acuerdo, reconozco su inconmensurable conocimiento en materia de homonimias, pero ahora va a casa de ese no sé quién y yo no tengo ganas de más visitas.

—Si no quieres venir, no vengas. Iré yo solo.

—¿Se las arreglará solo?

—No creo que pueda llegar andando tan lejos, pero si me haces el favor de llamar a un cochero...

El maestro inclinó de nuevo la cabeza en señal de respeto, y le dijo a Osan que saliera a buscar al cochero. Cuando finalmente llegó, el anciano se levantó y se despidió con las esperadas e interminables fórmulas de cortesía. Se sentó confortablemente en la calesa y se marchó. Meitei se quedó en casa del maestro.

—Así que ése es tu famoso tío...

—El mismo.

—En efecto —repitió el maestro por enésima vez. Se sentó sobre el cojín y se cruzó de brazos. Estaba pensativo.

—¿No te parece una antigualla? Aunque tengo suerte de tener un tío como él. Vaya donde vaya, se comporta siempre igual. ¿Te habrá sorprendido, no? —preguntó Meitei con vivo interés.

—No, la verdad es que no.

—Si no te ha impresionado, eso es que por fin ya tienes los nervios templados.

—Me parece que hay algo extraordinario en él. Esa insistencia suya en dominar la mente. Es algo digno de admiración. De admiración y profundo respeto...

—¿No te parece extraordinario? Quizás cuando tengas sesenta años como mi tío puedas permitirte aparentar esas maneras suyas tan anticuadas, pero para mí que deberías tener un poco de cuidado. Ya sabes que esas reliquias del pasado valen más bien para poco.

—Te preocupas demasiado por el hecho de parecer anticuado. En ocasiones, estar un poco chapado a la antigua es mejor que ir a la última moda. La educación moderna, por ejemplo, facilita mucho las cosas. La consecuencia es que la gente cada vez pide más y más sin saber dónde está ei límite. En comparación, la antigua educación oriental era menos agresiva, y su gusto por la pasividad producía menos desigualdades. Esa educación prestaba más atención a la persona y a la formación de

su mente. —El maestro estaba haciendo suyas las ideas que había escuchado recientemente a su amigo el filósofo.

—Vaya. Esto se está poniendo serio. Pareces el mismísimo Dokusen Yagi.

Al oír el nombre de Dokusen Yagi, el maestro abrió los ojos como platos. ¡En realidad, el amigo filósofo que le había visitado unos días antes no era otro que el propio Dokusen Yagi! La teoría que acababa de exponer era un vulgar plagio de la expuesta por su amigo. Estaba convencido de que Meitei no tenía la más mínima idea de quién era Dokusen Yagi, pero, al salir a relucir el nombre, su disfraz de erudito quedó al descubierto. Para averiguar lo que sabía Meitei, le preguntó:

—¿Le has oído alguna vez exponer sus teorías?

—¡Que si le he oído alguna vez! Ese hombre no ha cambiado ni un ápice sus teorías desde que las escuché por primera vez hace diez años, antes de licenciarme.

—Dado que la verdad es inmutable, quizás eso sea un motivo más para demostrar la validez de lo que dice.

—¡Por Dios! Es precisamente porque hay personas como tú que prestan oídos a lo que dice, por lo que él continúa con sus arengas. Pero fíjate solamente en cómo se llama. Su apellido sugiere ya bien a las claras que desciende de las cabras. Esa barba de chivo, que ya lucía en la universidad, no hace más que confirmar su herencia genética. Su nombre es igualmente significativo. Déjame que te cuente una historia. En una ocasión, éramos estudiantes, se quedó en mi casa y empezó a darme la matraca con esa teoría suya sobre entrenarse para alcanzar la pasividad, y bla bla bla. Repetía lo mismo una y otra vez, yo ya me estaba mareando. Cansado de su cháchara, le dije que era momento de dejarlo e irnos a dormir, pero él me aseguró que no estaba cansado, y siguió con su discurso como si nada. Al final le tuve que decir que ya era suficiente; me marché a dormir y le dejé ahí solo con un palmo de narices. Pero es que ahí no acaba la cosa. Tan pronto como se quedó dormido, un ratón le mordió la nariz. No te puedes imaginar el escándalo que montó. Siempre está aleccionando sobre la teoría de la pasividad, pero en aquella ocasión parecía bastante activo luchando, aparentemente, por su vida. Me dijo que el veneno inoculado por la mordedura del ratón corría ya por todo su cuerpo, y que por lo que más quisiera hiciera algo por salvarle. Yo, medio dormido, no tenía ni idea de qué hacer y, al final, se me ocurrió ir a la cocina y hacer una especie de emplasto con unos cuantos granos de arroz. Se lo puse encima y sólo entonces se tranquilizó.

—¿Es que los granos de arroz curan la mordedura de los ratones?

—Le dije que aquel emplasto era en realidad una medicina muy nueva inventada por un médico alemán. Un remedio utilizado para actuar como antídoto en el caso de mordeduras de serpiente. Le dije que me creyera y se tranquilizase. Con semejante remedio su vida no correría ningún peligro.

—Ya entonces te gustaba tomarle el pelo a la gente.

—Bueno, al menos descansó. Se fue a la cama y se quedó dormido como un bendito. A la mañana siguiente casi me da un ataque de risa cuando le vi con la cataplasma toda pegada a su barba de chivo.

—Ya entiendo lo que quieres decir, pero entonces era muy joven todavía. Ahora ha madurado y se ha convertido en un hombre de provecho.

—¿Le has visto últimamente?

—Estuvo aquí hace una semana, aproximadamente. Estuvimos hablando largo rato.

—Vaya. Entonces ya me explico por qué has estado practicando tan activamente sus enseñanzas sobre el control de la mente.

—Eso es. Sus ideas me impresionaron profundamente. Estoy tratando de ponerlas en práctica.

—Hacer esfuerzos mentales es una cosa muy buena. Pero acabarás atontado si sigues poniendo en práctica sus teorías. El problema contigo es que te crees lo que te dice el primero que pasa por ahí. Dokusen tiene mucha labia, pero si rascas un poco bajo esa capa de sabiduría, te toparás con la cruda realidad. ¿Te acuerdas del gran terremoto de hace nueve años? [90] Él fue el único al que le entró el pánico. De hecho, se lanzó a la calle desde un segundo piso. Se rompió una pierna.

—Pero yo creía recordar que él dio otra versión del incidente.

—Por supuesto. Vaya cuento. Según dijo, se estaba entrenando en el ejercicio de la meditación Zen y, de lo imbuido que estaba en ella y lo ducho que estaba en su práctica, reaccionó como una bala al ser disparada por un rifle. Mientras los demás estaban despistados sin saber qué hacer, él se tiró por la ventana. Estaba feliz porque se le había presentado la ocasión de mostrar los efectos de su entrenamiento. Según él, aun después de quedarse cojo, la felicidad le embargaba. Un tipo duro de mollera. Lo que dice no me parece más que palabrería. Un charlatán, eso es lo que es.

—¿De verdad lo crees? —preguntó el maestro, que ya empezaba a dudar.

—Me apuesto lo que quieras a que cuando estuvo aquí el otro día te dijo que toda su sabiduría se la había transmitido un maestro Zen.

—Vaya, pues sí. Ponía un énfasis especial en resaltar el significado de frases del tipo «como un rayo que corta el viento de la primavera».

—¿Todavía sigue con eso? Es lamentable tener que decirlo, pero su discurso es el mismo que hace diez años. Cuando vivía en la pensión le llamábamos «el bonzo ignorante». Cada vez que nos salía con el cuento ese del relámpago fulminante o la espada resplandeciente nos partíamos de risa. Cuando le picábamos con algo, tenía tendencia a perder los nervios fácilmente. Pregúntale la próxima vez que venga. Cuando se siente a darte la charla, interrúmpele y llévale la contraria. Verás como al poco tiempo se desespera y empieza a decir las bobadas más grandes que hayas escuchado en tu vida.

—Contigo no se libra nadie. Eres pérfido...

—Me pregunto quién es el pérfido aquí. Yo soy racional. No me gustan los monjes Zen, y menos sus imitadores, con sus absurdos discursos sobre la iluminación intuitiva. Hay un templo cerca de mi casa donde vive un monje muy anciano. Creo que ya está retirado. Tendrá unos ochenta años. El otro día hubo una gran tormenta, y cayó un rayo en el jardín del anciano que partió en dos un pino cercano a la ventana de su habitación. El ni se inmutó. La gente del barrio estaba admirada de la calma imperturbable del monje y de su serenidad espiritual ante un acto tan destructivo de la naturaleza. Pero después me enteré de que lo que pasaba era que el monje en cuestión estaba sordo como una tapia. Es natural que no se asustara lo más mínimo por la caída de un rayo. ¡Ni siquiera lo escuchó! Pues bien, algo así es lo que sucede con esa gente. Si se limitase a la búsqueda de la iluminación él solito, yo no me metería con él. Lo que me molesta profundamente es su proselitismo. Esta gente no puede dejar a nadie en paz. Me consta que al menos hay dos personas que han perdido el juicio por su causa.

—¿Quiénes?

—Uno es Tozen Riño, supongo que lo conoces. Siguiendo el consejo de Dokusen, se hizo adepto al Zen e ingresó en un monasterio en Kamakura, donde se volvió completamente loco. Como ya sabrá en Kamakura hay un paso elevado del tren, justo enfrente del templo de Engaku. Pues bien, al pobre de Tozen no se le ocurrió mejor idea que sentarse en medio y ponerse a meditar. Llevaba días diciéndole a todo el mundo que tenía poderes espirituales, y que lograría detener el tren en cuanto se aproximase. Cuando llegó el tren se detuvo, efectivamente, pero fue porque el maquinista frenó. Así que el muy estúpido empezó a decirle a todo el mundo que su cuerpo era sagrado y su fuerza inmortal, y que no podía ni quemarse ni ahogarse. De hecho, pocos días después se metió en el estanque de flores de loto del templo y se quedó bajo el agua durante un buen rato, soltando burbujas.

—¿Y se ahogó?

—De nuevo tuvo suerte. En el último momento le rescató un novicio que andaba por allí. Después de eso volvió a Tokio y, sin comerlo ni beberlo, sufrió un ataque de peritonitis y se murió. Como lo oyes, de peritonitis. Y todo fue porque durante su estancia en el templo no hacía más que comer cebada cocida y nabos. En cierto modo, fue Dokusen el que le mató...

—Entusiasmarse en exceso con algo puede llegar a ser peligroso —repuso el maestro como si de pronto se sintiera en peligro.

—Eso es. Bueno, y como te decía, hay otro antiguo compañero de clase que también acabó mal por Dokusen y sus chaladuras.

—¡Otro, dices! Qué cosa tan terrible

—Pobre Robai Tachimachi. Un día empezó a decir cosas sin sentido, como que

las anguilas iban al cielo. Poco tiempo después, él mismo acabó haciendo lo propio.

—¿Qué le pasó?

—Estaba obsesionado con la comida. Era el hombre más glotón que he visto en mi vida. Cuando su glotonería se mezcló con las perversidades que le enseñó Dokusen, todo terminó para él. Al principio no nos dimos cuenta, pero cuando lo pienso ahora recuerdo que, ya desde el principio, empezó a decir cosas muy extrañas. Una vez vino a visitarme a casa y me preguntó si había visto las chuletas de cerdo que colgaban de las ramas de los pinos. En otra ocasión me dijo que en su pueblo era habitual ver flotando por el río raciones de pasta de pescado hervido. Hasta ese momento el tipo era inofensivo, simplemente parecía un poco excéntrico. Entonces un día vino a pedirme que le ayudase a cavar una zanja porque había tenido una revelación de que bajo la tierra había puré de castañas y montones de patatas asadas, y yo me di cuenta de que aquello era bastante más serio de lo que parecía. A los pocos días perdió el juicio completamente, y tuvieron que encerrarlo en el manicomio de Sugamo. Si te digo la verdad, no creo que una persona como él, que todo el día estaba pensando en zampar, estuviera destinada a nada relacionado con el espíritu. Ni siquiera pensé que acabaría volviéndose loco. Pero la influencia de Dokusen...

—¡Vaya! Así que Tachimachi está internado en un manicomio. ..

—Sí, sí. Allí está. Y campando a sus anchas. Ahora, según creo, se ha convertido en un megalomaníaco. Al menos, el lugar donde está resulta inmejorable para desarrollar sus delirios de grandeza. Hace poco llegó a la conclusión de que Róbai Tachimachi no era un nombre adecuado para su estatus espiritual, y se lo cambió por el de Justa Providencia. Es una lástima, su caso. Deberías pasarte por allí algún día a verle.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y has dicho que se llama a sí mismo Justa Providencia? Santo Dios...

—Bueno, pero aunque esté como una regadera hay que reconocer que el nombre que ha elegido es de lo más apropiado. Según su teoría, todos vivimos en la oscuridad más absoluta, y él ha venido al mundo para rescatarnos y llevarnos a la luz. Por eso se dedica a mandar cartas a sus amigos, a todos los que se le ocurre. Yo ya he recibido varias de sus encíclicas, algunas increíblemente largas y procelosas. Y con unas cuantas incluso he tenido que pagarle el franqueo correcto, porque venían con menos sellos de los que eran preceptivos.

—¡Entonces la carta que acabo de recibir debe de ser suya...!

—¡Anda, tu tía! ¿Así que también te escribe a ti? Seguro que te la ha mandado en un sobre ribeteado en colores...

—Rojo en el centro y blanco a los lados. Un sobre poco frecuente...

—Me han dicho que se los hace mandar directamente desde China. Se supone que los colores tienen un significado simbólico. El cielo es blanco, la tierra es blanca,

pero el camino de los hombres se hace rojo entre ambos.

—Ya entiendo, así que hasta el sobre está cargado de simbolismo.

—Para ser un lunático, hay que reconocer que lo de los símbolos lo domina. Pero el asunto es que, aunque ha perdido completamente el juicio, no le ha pasado lo mismo con su apetito. Por lo que sé, sigue siendo un glotón irreprimible. En sus cartas, en realidad, no hace más que hablar de comida. ¿No lo notaste en la carta que te envió?

—Sí, decía algo sobre las babosas de mar.

—¡Lo ves! Las babosas de mar le gustan especialmente. ¿Y no mencionaba nada más?

—La carta contenía varias referencias al pez globo y al *ginseng* coreano.

—Una combinación inteligente. Quizás esté intentando decirte que tomes infusiones de *ginseng* para paliar los efectos nocivos de la ingestión de pez globo.

—No creo que fuera eso lo que pretendía decir.

—Da igual, en cualquier caso. Es un lunático. ¿No te decía nada más en su carta?

—Sí, una cosa más. Al final de la carta me aconsejaba, muy respetuosamente, que tomara té.

—¡Qué cosa, aconsejarte que tomes té! A lo mejor quería darte una lección moral después de todo. ¡Bravo por la Justa Providencia!

Por alguna razón, Meitei encontraba muy divertida la situación. Pero al maestro le hirió en su amor propio. Había leído y releído la carta de aquel lunático como si estuviera llena de importantes revelaciones. Al final, todos sus esfuerzos de fortalecimiento espiritual no habían sido más que una miserable pérdida de tiempo, y se avergonzaba de haber dedicado tanto esfuerzo a seguir los consejos de un tipo como aquél, que estaba literalmente fuera de sus cabales. Tenía la ligera sospecha de que, si había abrazado con tal devoción las palabras de un demente, es que él mismo no estaba muy lejos de perder la cordura. Se quedó sentado con una expresión de preocupación. Se sentía humillado.

En ese momento se oyó el timbre de la puerta y, acto seguido, el sonido de unas pesadas botas acercándose desde la entrada. Una potente voz gritó:

—Hola. Disculpen, ¿hay alguien en casa?

Al contrario del maestro, cuyo carácter era arisco y retraído, Meitei tenía una forma de ser expansiva y abierta. Sin esperar siquiera a que Osan atendiera a la visita, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se levantó de un brinco y se fue directo a la entrada. Era costumbre habitual de Meitei entrar y salir de la casa del maestro sin pedir permiso y, una vez dentro, suplantar directamente al anfitrión. Recibía a los huéspedes como si estuviera en su propia casa, aunque él mismo sólo era uno más. Quizás en su actitud no había más interés que el de ser útil, pero lo cierto es que lograba desesperar al maestro que, en aquella ocasión, permaneció

imperturbablemente perturbado por la agilidad de reflejos de Meitei. Kushami era, sin duda, una persona de lo más peculiar. Tan peculiar que, en lugar de reaccionar, se quedó sentado tranquilamente en el cojín, sin mover un músculo. Se sumió en indescifrables pensamientos. A lo lejos se podía escuchar a Meitei en animada conversación. Luego escuchó un grito desde la entrada.

—Kushami, haz el favor de venir. Te necesitamos aquí.

Al maestro no le quedó más remedio que levantarse, resignado. En el zaguán se encontró a Meitei, que sostenía en la mano la tarjeta de vista del recién llegado. Se trataba del detective Torazó Yoshida, del departamento de la Policía Metropolitana. Al lado del agente había un hombre joven, como de unos veinticinco años, que vestía un elegante *kimono* y que permanecía como el maestro, de brazos cruzados. No decía una palabra, aunque su cara me resultaba vagamente familiar. Le observé con atención. Sin lugar a dudas yo había visto aquella cara. De repente lo reconocí. ¡Era el ladrón que había entrado en la casa, el que se había llevado la cesta de ñames! Me alegré de que lo hubieran detenido

—Kushami —dijo Meitei—, este señor es agente de policía. Ha venido a traerte personalmente al ladrón que hace un tiempo entró en tu casa para robarte.

El maestro cayó al fin en la cuenta del motivo de la visita del agente. Miró al ladrón y se inclinó respetuosamente. El ladrón tenía un aspecto más respetable que el policía, y quizás ése fuese el motivo de que presentara sus respetos a quien no debía. Si yo hubiera sido el ladrón, me habría quedado un poco sorprendido por la actitud del profesor, pero éste ni se inmutó. En vez de confesar su culpa, continuaba ahí, con los brazos cruzados. Aunque, bien mirado, no podía ser de otra manera, puesto que tenía las muñecas esposadas. Cualquier persona normal habría sabido interpretar la situación de modo correcto, pero el maestro, tan chapado a la antigua, se había dejado impresionar por el *kimono* y había atribuido a su dueño una posición que, evidentemente, no le correspondía. Tenía la idea de que los policías gozaban de un enorme poder. Era consciente de que se trataba de funcionarios públicos, pero, cada vez que veía un uniforme o alguien se identificaba como agente de la autoridad, se postraba en actitud sumisa. Su padre fue jefe de distrito, así que, durante su infancia, él se vio obligado a mostrar esa sumisión. Es probable que el hijo hubiera heredado la actitud del padre. En cualquier caso, llevar las cosas hasta ese extremo por un guardia, decía poco en su favor. El detective debía de tener sentido del humor, y no le dio mayor importancia al error del maestro. Se limitó a decir:

—Le agradecería que se presentara mañana a las nueve en punto en la comisaría de Nihon-zutsumi. ¿Me podría decir cuáles fueron los objetos que le robaron?

—Ah, bien los objetos que me robaron... —contestó el maestro con rapidez, pero de repente se detuvo de golpe pues había olvidado qué era exactamente lo que le habían robado. Lo único que podía recordar era aquella absurda caja llena de ñames.

Aquello no tenía la mayor importancia, realmente. Ya tendría tiempo de hacer memoria. Pero si no decía nada rápidamente quedaría como un idiota ante el detective. Debía reaccionar con prontitud, y empezó a enumerar:

—Objetos robados... Pues, una cesta de ñames...

El ladrón no pudo contener la risa, y tuvo que taparse la cara con las mangas del *kimono*. Meitei no pudo contenerse y añadió:

—¡Vaya con los ñames! Pues sí que eran importantes...

El único que mantenía la compostura era el detective.

—Los ñames no han aparecido, pero todo lo demás ha sido devuelto. Mañana, cuando se presente en comisaría, le será entregado todo. Quizás tenga que firmar un certificado. No olvide llevar su sello personal. [91] Y recuerde, mañana a las nueve en punto le espero en la comisaría de Nihon-zutsumi, en el distrito de Asakusa. Adiós.

Una vez cumplido con su deber, y no teniendo más que añadir, el agente se marchó. El ladrón salió detrás de él, pero como tenía las manos esposadas no pudo cerrar la puerta al marcharse. El maestro no había estado a la altura de las circunstancias y se sentía avergonzado. Para rematarlo, le pareció de muy mala educación el hecho de que el ladrón no cerrase la puerta al salir. El mismo se encargó de hacerlo con un portazo.

—¡Vaya, vaya! Pues sí que tienes respeto a la autoridad. Como te comportes siempre de la misma manera, me parece a mí que no acabarás convirtiéndote en el paradigma de las buenas maneras —señaló con sorna Meitei.

—Ha venido desde muy lejos sólo para darme la buena noticia.

—Sólo ha hecho su trabajo. No creo que merezca un trato especial por ello.

—Pero el suyo no es un trabajo corriente.

—Por supuesto que no lo es. Ser detective es igual de rastrero que ser espía, o incluso algo peor.

—Si dices esas cosas acabarás metiéndote en problemas.

—De acuerdo, dejaré el tema. Pero lo que me ha parecido realmente increíble es cómo has saludado al ladrón con tanto respeto.

—¿Quién ha saludado al ladrón con respeto?

—Tú lo hiciste.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Eso es absurdo!

—Será absurdo, pero lo has hecho.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Le has hecho una reverencia.

—No seas idiota. Ese era el detective.

—Los detectives no se visten así.

—¿Pero no te das cuenta? Precisamente porque es detective se viste de una

manera tan distinguida.

—Te estás poniendo un poco pesado.

—Eres tú el que se está poniendo pesado.

—Vamos a ver. ¿Cómo es posible que un detective vaya a casa de alguien y se quede plantado como un pasmarote de brazos cruzados?

—¿Quieres decir que los detectives no pueden estar de brazos cruzados?

—Si te pones así, dejamos la conversación, pero piensa sólo una cosa. Cuando te inclinaste hacía él para saludarle, ¿te correspondió de alguna manera?

—No me sorprende que no lo hiciera. Al fin y al cabo, es detective.

—¡Qué cabezonería la tuya! No atiendes a razones, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Sigues diciendo que esa persona era un ladrón, incluso sin haberle visto cometer ningún delito. Sólo imaginas que lo hizo, y sigues obstinado con esa idea.

En ese punto de la conversación, Meitei abandonó toda esperanza de convencer al maestro de algo que no fueran sus propias imaginaciones. Se sumió en un profundo silencio. El maestro interpretó ese silencio como una prueba evidente de su victoria y de la rendición de Meitei, y adoptó un aire satisfecho. Bajo el punto de vista de Meitei, lo único que conseguía mi maestro siendo tan obstinado es que se le tuviera en menos estima de lo que debería. Y sin embargo, bajo el punto de vista de mi maestro, su firmeza en este aspecto hablaba bien a las claras de su superioridad respecto a tarambainas como Meitei. Esta diferencia de pareceres no es tan inusual como parece en el marco del imperfecto mundo de los hombres. Las personas que se muestran con los demás tan tercas como el maestro, suelen inferir de su terquedad una especie de superioridad que no existe. Frente a cualquier discusión, piensan que han salvado su honra y que sus planteamientos han resultado vencedores. Ni siquiera son capaces de imaginarse que los demás les desprecian precisamente por ese motivo. Sin duda, la suya es una forma de felicidad. Felicidad de idiotas, pero al fin y al cabo felicidad.

—En cualquier caso, ¿irás mañana a por tus cosas? —preguntó Meitei.

—Por supuesto. Ese tipo me ha dicho que esté allí a las nueve, así que saldré de casa a las ocho.

—¿Y la escuela?

—¡La escuela! ¿A quién le importa eso ahora? Me tomaré el día libre.

—De repente te has convertido en un rebelde. ¿No te bajarán el sueldo por tomarte el día libre?

—Por supuesto que no. Mi salario se calcula sobre una base mensual, y no por días. No me van descontar nada por faltar una sola vez.

El maestro demostraba que era más simple que honesto. Lo que quiere decir que era las dos cosas a la vez.

—¿Sabes cómo ir a la comisaría?

—¿Para qué narices tengo que saberlo? Me cojo un *rickshaw*, y santas pascuas.

—Parece como si no conocieras Tokio. Eres peor que mi tío, el del pueblo.

—Eso es lo que tú te crees.

—No pienses que la comisaría está en un barrio cualquiera. Está en Yoshiwara, nada menos.

—¿Dónde?

—En Yoshiwara.

—Oh, vaya. El barrio del placer...

—Exacto. Sólo hay un barrio de Yoshiwara en Tokio. —Meitei empezaba a picarle de nuevo—. ¿Todavía quieres ir?

En el momento en que se dio cuenta de que Yoshiwara era un barrio lleno de placeres prohibidos, un sitio peligroso, el maestro empezó a dudar. Pero respondió con resolución:

—Ni Yoshiwara, ni barrio de placer, ni tres niños muertos. Dije que estaría allí a las nueve, y a las nueve allí estaré. —Kushami estaba quedando como un idiota. Meitei se limitó a decir:

—Será interesante. Te encantará el barrio, ya lo verás...

Poco a poco, la emoción provocada por la inesperada visita del detective fue dando paso a una de esos días letárgicos a los que tan acostumbrado estaba el maestro. Meitei volvió a sus conversaciones de siempre, y cuando empezó a oscurecer, se levantó para marcharse poniendo la excusa de que debía atender a su tío. El maestro cenó a toda prisa y corrió a encerrarse en su estudio donde volvió a meditar en voz alta:

—De acuerdo con lo que me ha dicho Meitei, ese Dokusen Yagi, a quien tanto admiré, no es más que un charlatán y un tipo al que no merece la pena escuchar siquiera. Y no sólo eso, sino que, según parece, sus teorías son propias de un lunático. Por si fuera poco, ya tiene dos discípulos catalogados oficialmente como dementes y chiflados. Sin duda ese hombre es un peligro público. Quien se acerca demasiado a él acaba mal; el propio Robai Tachimachi, alias Revelación Justa, a quien tenía tanto respeto, ha terminado por perder la razón. ¡Lo han encerrado en el loquero! Cierto que Meitei está siempre bromeando, pero esto que ha dicho me lo creo: el infortunado se ha cambiado el nombre y se cree una reencarnación de los dioses. A lo mejor yo voy por el mismo camino... Oh, Dios mío, creo que ya me parezco a él. Ya sabes, Kushami, lo que dice el refrán «Dios los cría y ellos se juntan». Si he admirado las palabras y las teorías de un loco, ¡es posible que yo también me esté volviendo loco y acaben encerrándome! ¡Qué espanto! Quién me mandaría prestar atención a estas teorías. Quizás sea consecuencia de algún tipo de cambio químico en mi cerebro... Pero, aunque no sea eso, hay que reconocer que he estado diciendo y haciendo cosas

raras últimamente. Oh, Dios mío, estoy desequilibrado. ¿Se habrá operado algún tipo de cambio fisiológico en mi persona? Lo malo es que ese tipo de teorías influyen poderosamente en mi voluntad... Aunque no pueda verme nada extraño en la lengua, o en las axilas, lo cierto es que sí que he notado que últimamente me fallan los músculos, y que me duele la raíz de los dientes. Me invade una enfermedad silenciosa, probablemente la demencia. Por fortuna, todavía no he empezado a sermonear a nadie, y todavía puedo seguir viviendo en el barrio como un ciudadano, pasando desapercibido. No soy ni muy positivista, como decía Dokusen, ni muy negativista tampoco. Pero lo que está claro es que no es momento de perder el tiempo con esos entrenamientos pasivos de la mente. Bien, lo mejor será que me tome el pulso. Puede que tenga fiebre. Pero no, tampoco parece ser ésa la razón...

Durante un buen rato, el maestro se quedó allí sentado, en silencio, con cara de preocupación. Parecía reflexionar sobre lo extraños y disparatados que podían llegar a ser sus pensamientos. Al cabo de un rato empezó a murmurar de nuevo:

—Si me comparo con los locos y sólo tengo en consideración las cosas en las que me parezco a ellos, la única conclusión posible es que el manicomio me espera a la vuelta de la esquina. Pero mi error está en tomar a los locos como único modelo de referencia. Tomemos a una persona sana como ejemplo. El tío de Meitei, el viejo de la levita sin ir más lejos. Aquel discurso suyo sobre las enseñanzas Zen, hay que reconocer que también era una cosa de lo más extraña... Resumiendo, el viejo está chiflado. ¿Y Kangetsu? Todo el día puliendo bolas de cristal en su laboratorio, incluso durante las horas para comer. Otro que tal baila... ¿Y qué me dice de Meitei? Lo único que saber hacer es reírse de todo el mundo. Es como si el único objetivo de su vida fuese pasarlo en grande a costa de los demás. Sin duda, Meitei es un positivista de libro. ¿Y la señora Kaneda? Menuda descarada. Carece del más mínimo rastro de sentido común. Al marido todavía no he tenido oportunidad de ponerle la vista encima, pero con una mujer como ésa, debe de ser una pieza de cuidado. Por ahí he escuchado que se trata de una persona fuera de lo normal, y decir eso de alguien es, muchas veces, reconocer que es anormal. Por tanto, otro más que añadir al grupo de perturbados.

¿Qué más, qué más? Los alumnos de la Escuela de la Nube Caída. No son más que unos chavales todavía, pero considerando que son un millar, por lo menos, no es aventurado afirmar que sin duda echarán a perder una generación entera. Vaya, ahora me siento más tranquilo. Al final puede que la sociedad entera no sea más que una especie de congregación de lunáticos, formada por miles de chalados, cada uno con su obsesión particular. Y cuando los locos se juntan, lo único que hacen es enfadarse, pelearse o robarse unos a otros. En una sociedad como ésta, cualquiera que atienda a razones y sepa reflexionar mínimamente sobre las cosas se convertirá en un estorbo, y lo encerrarán en un manicomio. ¡De ello se deduce que los encerrados son los

cuerdos y los que andan sueltos por la calle son los dementes! Todo puede suceder. Hay locos de remate que se sirven del dinero y del poder para provocar todo tipo de problemas, y encima se les considera modelos de virtud y honestidad. En fin, todo esto es un auténtico despropósito.

Bajo la luz centelleante de la lámpara del estudio, el maestro se entregó toda la noche a sus reflexiones. Llegaría la mañana con su alondra, y él seguiría dale que te pego con sus elucubraciones. Eso no hacía más que demostrar, una vez más, la confusión total que gobernaba su cerebro. Todos los detalles de su físico lo demostraban, así como su afición por cultivar un mostacho a lo Kaiser Guillermo. Lo más grave del asunto, sin embargo, es que después de tanta reflexión, fue incapaz de llegar a una conclusión definitiva. Incapaz de llevar sus pensamientos a buen término, sus reflexiones, a la postre, resultaron ser sólo nubes de humo como las del tabaco Asahi que salía expelido por sus fosas nasales, como grandes chimeneas.

Yo sólo soy un gato, y para remate sin nombre, y es seguro que habrá mucha gente que dude de la capacidad de un felino para leer e interpretar los pensamientos de su dueño. Pero eso no es nada si se tienen en cuenta mis otras capacidades, de las que ya he hablado. Poseía, por ejemplo, el don de adivinar los pensamientos de la gente. ¿De dónde me venía ese don? No merece la pena romperse la cabeza para hallar la respuesta. El hecho indiscutible es que poseía esa cualidad, y punto.

Cuando dormía sobre las rodillas de alguien, rozaba mi cuerpo contra el suyo. En ese momento se originaba una especie de corriente eléctrica que me transmitía todo la información de lo que bullía por el interior de la persona que me acogía. En una ocasión, sin ir más lejos, dormitaba sobre las rodillas del maestro. Comenzó a acariciarme con suavidad, y en medio de sus caricias me di cuenta de que en realidad estaba pensando en despellejarme para hacerse un chaleco con mi piel. Me aterroricé. La angustia me invadió. Así que, en respuesta a los macabros planes del maestro, me tomo mi venganza revelando aquí los más escabrosos pensamientos que brotaban sin cesar de su cerebro enfermo.

En fin. Cuando el maestro ya tuvo la cabeza lo suficientemente caliente, tras horas y más horas de reflexión improductiva, se marchó a dormir, tambaleante, con la seguridad de que a la mañana siguiente lo habría olvidado todo. Si se le ocurría en alguna ocasión volver a reflexionar sobre la locura, no tendría más remedio que comenzar de cero. Incluso sería incapaz de llegar a las mismas conclusiones, y en el mismo orden. Sin embargo, sí que había motivos suficientes para pensar que cualquier nueva incursión en el tema desembocaría en el reconocimiento tácito de su propia necedad.

Capítulo 10

La señora Kushami llamó al maestro desde la otra parte de la puerta corredera de la habitación conyugal.

—Querido, ya son las siete.

Era difícil saber si el maestro estaba despierto o dormido. Yacía de espaldas, y no respondió a la llamada de su mujer. Tenía la costumbre de no responder cuando le preguntaban, y sólo cuando se veía en la absoluta obligación de dar una respuesta, se dignaba a emitir un opaco murmullo somnoliento. Pero incluso ese sonido imposible de interpretar salía de su cuerpo con dificultad. Cuando un hombre se convierte en alguien tan vago que es incapaz hasta de contestar, adquiere, por alguna extraña razón, un cierto atractivo, un toque interesante que no siempre aprecian las mujeres. Su mujer parecía no estimarle especialmente, por eso no es difícil imaginarse cuáles eran los sentimientos que despertaba en el resto del mundo. Había por entonces una canción muy de moda que decía: «Si te rechazan tus propios padres y hermanos, ¿cómo podrán apreciarte entonces los extraños?». Llevado al caso del maestro, ¿cómo podían encontrarle atractivo otras mujeres, si hasta su propia mujer le tenía por un despojo? Tampoco se podía llegar al extremo de decir que resultaba repulsivo para las mujeres, pero habría sido injusto quedarme sentado de brazos cruzados, así sin más, mientras él se dedicaba a albergar ilusiones y a obviar la realidad con ideas extrañas, como que si su mujer no se sentía atraída por él, era por culpa de la mala disposición de las estrellas. Yo sólo albergaba en mi corazón el deseo sincero de ayudarle a ver el mundo como realmente era, a que se diera cuenta de su propia realidad, y por eso me veo obligado a consignar aquí detalles tan íntimos y escabrosos sobre su nulo atractivo sexual.

La señora Kushami había recibido órdenes estrictas de despertar a su marido a las siete de la mañana. Si él no se dignaba a contestar y sólo era capaz de emitir un confuso gruñido para confirmar que se daba por enterado, era su problema. Que asumiera las consecuencias de su propia molicie. La señora hizo un gesto elocuente y se desentendió de toda responsabilidad en caso de que su marido llegase tarde a su cita en la comisaría. Se metió en el estudio con una escoba en la mano y un plumero en la otra. El trabajo diario en la casa había comenzado. Como yo no tenía nada que ver con las tareas domésticas, no sabía en realidad si aquello era una forma de divertirse o más bien de hacer ejercicio. Desde luego, no era asunto mío tampoco, pero no puedo dejar pasar la ocasión de señalar que el método de limpieza practicado por la señora Kushami era totalmente inútil, a pesar de que se entregaba a ese ritual con diaria puntualidad. Su idea de limpiar consistía en quitar el polvo de los papeles de arroz de las puertas correderas y pasar la escoba una sola vez por el suelo. Con el debido respeto por estas nobles actividades, debo señalar que la señora no mostraba

el más mínimo interés por descubrir en su trabajo una relación de causa y efecto. El resultado era que los lugares que limpiaba estaban siempre limpios y los que no limpiaba, como rincones, recovecos y demás zonas inaccesibles, estaban eternamente sucios y pulverulentos. Pero, como señaló Confucio a un discípulo suyo que pretendía abandonar la absurda costumbre de sacrificar en el templo un cordero los primeros días de cada mes, al menos es mejor tener un gesto de cortesía que no tener ninguno en absoluto. La forma de limpiar de la señora podría reconocerse, al menos, como un gesto; mejor era eso que no limpiar nada en absoluto. En cualquier caso, aquello no le aportaba ningún beneficio al maestro y, a pesar de ello, su esposa se tomaba la molestia de entregarse día tras día a su inútil ritual, lo cual era el único acto que la redimía. La señora Kushami y la limpieza de la casa estaban unidas en asociación mecánica por la fuerza de la costumbre. Sin embargo, los resultados de tal asociación eran los mismos que los conseguidos en aquellos viejos tiempos en los que no se habían inventado aún la escoba y el plumero. Es decir, ninguno. Se podría asegurar que la relación entre la mujer y la limpieza de la casa era una entelequia, un concepto abstracto más allá de su entendimiento, y, a pesar de todo, estaban formalmente unidas.

Al contrario que el maestro, yo tenía la costumbre de levantarme temprano, así que a aquellas horas ya estaba muerto de hambre. No hay duda de que los gatos deben esperar a que todos los demás coman para poder hacerlo ellos pero, a pesar de eso, seguía siendo un gato, y no podía reprimir mis instintos y apetitos. Me preguntaba si mi escudilla estaría ya servida con la deliciosa sopa de miso de todas las mañanas, y eso me hacía sentir inquieto. A pesar de saber que hay cosas que nunca llegarán, tendemos a seguir esperanzados sin poder evitarlo. Lo mejor en ese caso es concentrarse y permanecer inmóvil. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo. No ayuda mucho no saber si el deseo se ha realizado finalmente o no. Se puede estar completamente seguro de que no ha sido así y, a pesar de ello, uno no se queda tranquilo hasta el momento en el que, decepcionado, comprueba que sus expectativas no se han cumplido. Ya no podía permanecer más tiempo quieto, así que decidí irme a la cocina a investigar. En primer lugar, olfateé mi escudilla, situada normalmente detrás del horno. Estaba vacía. A pesar de ello, la lamí para limpiarla igual que había hecho la noche anterior, aunque aquella mañana tenía un aspecto más desolado que de costumbre, y reflejaba como un espejo la luz dorada del incipiente otoño. Osan ya había cogido el arroz de la olla y lo había puesto en un plato. En ese momento, removía la sopa en otro cacharro colocado sobre el fuego. En el borde de la olla habían quedado adheridos unos restos de arroz que tenían el mismo aspecto que el papel de seda. Todo estaba listo. No podía sino esperar a que me invitasen a participar del desayuno. En cuanto me lo pusieran delante, aceptaría encantado. Pero no por ello debía dejar de insistir. Si un parásito cualquiera está en su perfecto derecho de tener

hambre y servirse cuando le conviene, ¿por qué razón no debía yo, un gato ilustre, exigir mi desayuno? En primer lugar maullé amablemente, después lo hice con un poco de impaciencia y, al final, con un cierto tono de reproche. Osan, no hay ni que decirlo, no se enteró de nada. Como había nacido con ese espíritu poligonal, me daba perfecta cuenta de que su corazón era tan frío y carente de empatia como el mecanismo de un reloj. Pero confiaba en mis capacidades maullativas para suscitar su simpatía. Mi siguiente gemido fue para dar lástima, y sonó con un tono tan patético que habría sido capaz de romperle el corazón a cualquiera. Osan lo ignoró completamente. ¿Acaso era sorda? En absoluto. Si hubiera sido sorda difícilmente podrían haberla contratado como sirvienta. Quizás sólo era sorda al maullido de los gatos. Según parece, hay personas que padecen daltonismo y, aunque para ellos la vida es totalmente maravillosa, desde el punto de vista médico no dejan de tener un defecto en la vista. A Osan podía pasarle algo parecido, pero con los sonidos y las voces. A pesar de ser monstruosa, ella se tenía por alguien perfectamente normal. Por las noches, por ejemplo, cuando yo maullaba una y otra vez para que me abriera la puerta de la calle, nunca se daba por aludida. Si por alguna extraña razón me dejaba salir, después era difícil que me volviera a dejar entrar. En verano, mi salud se resentía por el rocío nocturno, y en invierno por las heladas. Imagínense la agonía que supone esperar toda una noche al raso a que el sol se levante y te caliente con sus rayos. Hace un par de noches, la última vez que sufrí destierro, me atacó un perro vagabundo, de cuyas fauces escapé por los pelos. No me quedó más remedio que subirme al tejado y quedarme allí tiritando toda la noche. Pues bien, todas estas desgracias tenían por causante y propiciadora a esa criatura siniestra, Osan, y a su absoluta falta de compasión para conmigo. Estaba seguro de que por mucho que maullase no conseguiría ablandar su corazón de piedra, pero no por ello me daría por vencido. Siempre se ha dicho que «necesidad manifestada será pronto remediada», así que me armé de valor, y maullé una vez más. Fue aquél un maullido solemne, prolongado, polifónico, capaz de impresionar a cualquiera; me atrevo a compararlo con una sinfonía de Beethoven. Sin embargo, aquello no tuvo el más mínimo efecto en el impertérrito ánimo de la criada. Osan se arrodilló en el suelo para coger un trozo de carbón de la carbonera situada bajo un tablón móvil, lo golpeó bruscamente contra el hornillo y lo partió en tres pedazos. El suelo se cubrió de un polvillo negro. También cayeron unos cuantos restos de carbón en la sopa, pero a Osan esos detalles no parecían importarle lo más mínimo. Puso los trozos de carbón en el fuego y siguió a lo suyo como si nada. No daba ninguna señal de haber escuchado mis llorosos lamentos. Desesperado a la par que humillado, salí de la cocina en dirección a la salita.

Cuando pasé por delante del cuarto de baño, vi a las tres hijas del maestro muy ocupadas en su aseo diario. Quizás sea un poco exagerado decir que se ocupaban de

su aseo, pues las dos mayores todavía estaban en párvulos y la pequeña ni siquiera había alcanzado la edad para ir al colegio. No tenían edad para asearse como es debido, ni para ponerse medianamente presentables sin ayuda de su voluble progenitora. La más pequeña había cogido uno de los trapos que se utilizaban para fregar el suelo y se estaba limpiando la cara con él. Me pareció desagradable que utilizase semejante andrajo para limpiarse la cara, pero no me pareció tan raro. Era una de esas criaturas que reaccionan a los terremotos dando saltos de alegría. Quizás esa muchacha estuviera más versada en los caminos de la iluminación que el mismísimo Dokusen Yagi. La hermana mayor, por su parte, asumiendo la responsabilidad que correspondía a su edad, dejó a un lado el vaso con el que hacía gárgaras y se dirigió a su hermana:

—Nena, deja eso. Se utiliza para limpiar el suelo, no la cara.

La nena tenía la cabeza dura y no era fácil de persuadir. Soltó un «No, *Babu*, y volvió a coger el trapo que su hermana le había quitado de las manos. Nadie sabía que quería decir *Babu* o la razón por la que se dirigía a su hermana de ese modo, pero lo cierto era que la nena lo soltaba cada vez que perdía los nervios. Una tiraba de un extremo del trapo y la otra del contrario, y del estrujado centro comenzaron a caer gotas del agua de fregar. El agua les mojaba los pies y les salpicaba las rodillas. La menor llevaba puesto un *genroku* [92] y se lo estaba mojando todo. Yo desconocía el origen y significado de esa palabra, y me extrañaba que no lo llamasen kimono a secas, y más aún que la pequeña lo utilizase tan frecuentemente.

—Nena, ¡déjalo ya! Te estás mojando el *genroku*. Pórtate bien y estate quieta de una vez.

Era un consejo muy inteligente, especialmente viniendo de alguien que confundía normalmente el *genroku* con el *sudoku*. La hija mayor del maestro siempre confundía las palabras, y eso hacía mucha gracia a quienes la escuchaban. Decía por ejemplo *kinoko* en lugar de *hinoko*, así que confundía los hongos con las chispas. Al *Ochá no mizu*, el agua para el té, le decía *Ochá no miso*, el té para la sopa de miso, y se hacía un lío con *daidoko*, cocina, y *Daikoku*, el dios de la felicidad. Confundía *waradana*, una casa construida con el tejado de paja, con *uradana*, una casa edificada detrás de otra. Cuando escuchaba las ocurrencias de su hija, el maestro se moría de la risa sin tener en cuenta que, probablemente, él decía barbaridades aún más grandes a sus alumnos de inglés.

La nena, que a veces se refería a sí misma y decía «vena», se dio cuenta de que se estaba mojando la ropa y se puso a gimotear: «ropa mojada, frío». Osan salió a toda prisa de la cocina, y de un brinco apareció en el baño. Un genroku mojado era un asunto serio, y aquello no podía pasarse por alto. Les quitó el trapo de las manos, las mandó fuera y secó la prenda de la pequeña. A pesar del alboroto, la mediana, Sunko, había permanecido todo el tiempo sospechosamente silenciosa. Había abierto una

caja de cosméticos de su madre y se había dedicado a maquillarse profusamente. Introducía un dedo en el tarro y luego se lo restregaba por la cara con diversos trazos. El resultado fue que su cara estaba más resplandeciente de lo habitual esa mañana. Osan le quitó el maquillaje de las manos y frotó su cara hasta dejarla limpia como una patena. Sunko no parecía muy conforme con la medida.

Después de asistir complacido a esta encantadora escena infantil, atravesé el cuarto de estar para acercarme al dormitorio a comprobar si el maestro ya se había despertado. No veía su cabeza por ninguna parte, pero logré localizar su pie, que asomaba por debajo del edredón. Quizás se escondía por el miedo que le causaba la perspectiva de tener que levantarse, y había decidido ocultarse como una tortuga en su concha. La señora Kushami, mientras tanto, había terminado ya de limpiar el estudio y, armada de escoba y plumero, volvió a entrar en la habitación:

—¡Pero cómo! ¿Todavía no te has levantado? —gritó con disgusto mirando a la cama descabezada. Igual que antes, la pregunta no obtuvo respuesta. Se internó unos pasos más en la alcoba, agitó el edredón y volvió a preguntar:

—¿Pero todavía no estás despierto?

En esta ocasión el maestro sí que estaba despierto, pero se escondía de la inmisericorde vigilancia de su mujer. Es probable que pensara que si escondía la cabeza, su mujer le dejaría dormir un poco más, pero la señora era implacable. La llamada de atención le preocupó. Su esposa estaba junto a la puerta armada de escoba y plumero, tan sólo a unos seis o siete pasos de distancia. Por su tono supuso que podía propinarle un escobazo en cualquier momento, y era muy consciente de que con semejante mujer hacerse el sordo era la peor estrategia posible. Al final se vio obligado a soltar desde su lóbrego escondite un sombrío gruñido interrogatorio.

—Dijiste que tenías que estar allí a las nueve. Date prisa o llegarás tarde.

—No me lo repitas, ya lo sé —contestó el maestro asomando al fin su cara por debajo del edredón.

La buena señora, afortunadamente, estaba acostumbrada a sus trucos. Si se mostraba convencida de que realmente se levantaría, inmediatamente volvería a dormirse. Había aprendido por la fuerza de la costumbre a mantenerse vigilante y a no dejarse engañar por las argucias de su marido. Por eso respondió secamente:

—¡Levántate ya, caramba!

Es muy molesto que cuando uno le pide a alguien que le despierte, ese alguien venga y te despierte. Para una persona egoísta como el maestro era todavía más molesto. Con un gesto de rabia apartó la ropa de cama que le había servido de refugio y, con los ojos abiertos como platos, dijo:

—¡Deja ya de fastidiar! Si te he dicho que voy es que voy.

—Siempre dices lo mismo y luego nunca te levantas.

—¡Bobadas! ¿Cuándo he dicho yo semejante tontería?

—¿Cómo que cuándo? Siempre.

—No seas idiota.

—¿A quién llamas idiota? A ver, dime —respondió la señora Kushami desafiándole con la escoba en la mano como si fuese una pica a punto de entrar en combate.

En ese preciso momento, Yatchan, el hijo del carretero que vivía en la calle de atrás, rompió a llorar. Lo hacía cada vez que el maestro se enfadaba y levantaba la voz, aunque el motivo de sus llantos era en realidad las maniobras de su propia madre. La mujer del carretero recibía una buena propina del señor Kaneda para que hiciera llorar a su hijo cada vez que el maestro se enfadaba. Pero el verdadero problema no era para Kushami, sino para el pobre Yatchan. Con una madre como ésa debería estar llorando todo el día, y si el maestro no hubiera sido tan egocéntrico, pronto se habría dado cuenta de la estratagema y habría tenido más consideración hacia la pequeña víctima. Habría logrado también aplacar sus ataques de ira y, quizás, contribuir a que el pequeño tuviera una vida más larga. La actitud de la madre denotaba que su estado mental era mucho peor que el del famoso Justa Providencia, encerrado de por vida en el manicomio. El bebé no sólo estaba sometido a la tiranía de tener que llorar en tales circunstancias, sino que también debía hacerlo cada vez que a alguien se le ocurría acercarse a la valla de la casa del maestro y gritarle lindezas como «tejón de barro». En ocasiones, la horrenda mujer del carretero le hacía llorar antes incluso de que el maestro hubiera tenido la oportunidad siquiera de enfadarse. En esas ocasiones, ya no estaba claro si el motivo del enfado era el insulto o el llanto de la criatura. En realidad, para molestar al maestro no era necesaria tanta complicación. Con hacer que el niño llorase habría sido suficiente.

Según parece, antiguamente, en Europa, cuando un condenado a muerte lograba escapar se hacía una especie de muñeco y se le quemaba en la hoguera para simular el castigo no impartido. Los enemigos del maestro debían de conocer esta estrategia y la aplicaban contra el maestro, hombre de limitadas habilidades, con las armas que tenían más a mano: a través de los alumnos de la Escuela de la Nube Caída, a través de la mujer del carretero y de los llantos de su bebé. Es posible que hubiera más conspiradores en el vecindario, pero no es necesario nombrarlos a todos, pues el maestro pensaba, de hecho, que todo el vecindario conspiraba contra él. Los verdaderos enemigos del maestro bien pueden aparecer en escena en el momento más inesperado. De momento, es mejor seguir con la pelea que tenía lugar en el dormitorio.

Escuchar el llanto de Yatchan a esas horas tan intempestivas podía haber hecho enfadar al maestro. Se sentó en la cama sobre el edredón sin dar muestras de que sus entrenamientos mentales, producto de las charlas de Dokusen Yagi sobre la iluminación, hubieran causado ningún efecto en él. Se empezó a rascar violentamente

la cabeza como si quisiera arrancarse la piel. La caspa acumulada durante meses caía como nevada invernal sobre sus hombros y su pijama. Era un espectáculo digno de admiración, pero había algo más en su aspecto que resultaba espectacular: su bigote estirado y puntiagudo. Podía suceder que fuera incapaz de mantenerse en su sitio cada vez que el maestro perdía los nervios, o podía ocurrir también que le hubiese dado un espasmo, y que cada pelo estuviera luchando, incapaz de mantener la simetría de las filas, por salir despavorido de una vez por todas de aquella tupida selva. La imagen era verdaderamente curiosa. El día anterior, el maestro había dedicado mucho tiempo a arreglarse el mostacho al estilo Kaiser frente al espejo y, en sólo una noche, todo el esfuerzo se había desvanecido, y las revoltosas cerdas habían vuelto a la caótica posición anterior. A su bigote le pasaba lo mismo que a su carácter. Era imposible domarlo por mucho que se intentara. Los resultados de todo un día de meditación desaparecían por completo a la mañana siguiente, como si el sol del amanecer los hubiera evaporado. Cada uno de los pelos de su bigote se mostraba tan insumiso como de costumbre. Si uno se preguntaba cómo era posible que el dueño de semejante mostacho conservase aún su puesto de maestro, la única respuesta posible era que Japón es un país de una variedad humana inconmensurable. De hecho, sólo un país con semejante diversidad es capaz de contener en un mismo espacio a seres de la ralea del señor Kaneda y sus acólitos, y hacerles pasar, además, por miembros de la misma especie animal. El maestro estaba convencido de que una sociedad con semejantes individuos no podía considerarse aún desarrollada completamente, pero tendía a pasar por alto sus propias excentricidades sin darles mayor importancia. Si quisiéramos encontrar una explicación razonable a semejante razonamiento, no nos quedaría más remedio que escribir una carta dirigida al noble establecimiento donde se aloja el magno señor Justa Providencia, a fin de que éste nos ilumine con una de sus clarividentes respuestas.

Sentado sobre el edredón, el profesor comenzó a frotarse los ojos mientras bostezaba. Después miró al armario que tenía enfrente. Alcanzaba unos dos metros de alto y estaba dividido horizontalmente en dos partes. La parte inferior tocaba casi con el edredón, así que la superior quedaba al alcance de su vista. Ambas partes se cerraban con puertas correderas enteladas, en las que había pintadas una serie de escenas acompañadas de caracteres ideográficos chinos. El tiempo había estropeado los motivos decorativos, y ahora sólo se veían restos de letras, unas impresas y otras pintadas a mano, al derecho o al revés. Fijó la vista en aquella superficie y, de pronto, sintió curiosidad por lo que allí había escrito. Ponerse a descifrar el sentido de aquellos símbolos en ese momento precisamente era de lo más inoportuno. Se había levantado de tan mal genio que habría sido capaz de golpear la cabeza de la mujer del carretero contra un pino, aunque tenía la suficiente paz de espíritu como para que le entraran ganas de leer lo que ponía en las puertas del armario. Para el maestro, aquel

comportamiento era de lo más normal, y no veía nada reprobable en ello. Sus caprichos no tenían nada de particular. Era como un niño con un berrinche al que le dan un dulce para que sonría. Cuando era estudiante estuvo alojado una temporada en un templo atendido exclusivamente por mujeres. Habría unas cinco o seis monjas, y de sus habitaciones sólo le separaba una puerta corredera. Las mujeres eran famosas por su afición a las bromas, y un día decidieron gastarle una. Comenzaron a golpear rítimicamente sus cuencos de arroz con los palillos mientras cantaban:

El pequeño cuervo llora que llora,
y empieza a reír y en los árboles mora.

El maestro nunca ha sentido especial simpatía por las monjas. En cualquier caso, la letra de aquella canción expresaba a la perfección los rasgos definitorios de su carácter, pues el maestro lloraba y al momento reía, se indignaba y al segundo, y con la misma facilidad, se ponía contento. Sin embargo, ninguno de sus estados de ánimo le duraba demasiado tiempo. Era voluble, inconstante, caprichoso y superficial, o dicho más claramente, un veleta. Así que no es de extrañar que alguien como él, con un carácter tan cambiante, pasara de un estado de ánimo oscuro y amenazador, a otro de repentina curiosidad por la decoración de su armario.

Lo primero que había en el armario era una fotografía del revés de Hirobumi Itóo, [93] uno de los más ilustres políticos de la era Meiji. Se acercó un poco para ver la fecha en que estaba tomada. Vio que fue el 28 de septiembre del año once de la era Meiji, es decir, veintiocho años antes de que el actual Gobernador General en Corea estuviera dando de qué hablar. El maestro se preguntaba a qué se habría dedicado tan ilustre personaje antes de que Corea fuese un lugar en el que poder residir. Hizo un esfuerzo para leer el pie de foto: «Ministro de Hacienda». ¡Qué prohombre! ¡Qué personaje tan ilustre! Ya entonces era ministro. Más abajo aparecía de nuevo el mismo personaje, pero esta vez acostado echándose la siesta, sin darse tanta importancia. Más abajo aún se podían leer dos ideogramas que decían «Tú eres». Ahí terminaba la frase y no había nada más legible. En la siguiente línea se leía «de prisa», y de nuevo ahí concluía sin más información. Si el maestro hubiera sido un detective de la policía metropolitana de Tokio, seguramente habría despegado todo el papel que protegía el armario, la madera o incluso su contenido, aunque perteneciese a otra persona. Curiosear en las cosas de los demás es una característica propia del trabajo policial. Se conoce que como los policías en general no suelen recibir una educación adecuada, tienden a meter sus narices en los asuntos ajenos sin el menor pudor. Es normal que, dada su escasa formación, sean incapaces siquiera de contener las revueltas populares. Sería muy deseable que se comportasen con un poco más de consideración hacia los demás. Las cosas irían mejor si se estableciesen ciertas

normas básicas de comportamiento. Según parece, estos servidores públicos tienen por costumbre arrestar de vez en cuando a personas inocentes y fabricar pruebas falsas. Estos servidores públicos, empleados y pagados por ciudadanos honestos, tienden a detener, a pesar de todo, a esos mismos ciudadanos que les mantienen, una muestra más de la absoluta demencia en que está inmersa la sociedad.

A continuación, los ojos del maestro dieron con otro trozo de papel junto a los pies del ministro, donde estaba dibujada la prefectura de Oita [94] Nada extraño. Si la cabeza estaba cerca de Corea, es lógico que sus pies estuviesen en oita. Después de leer con dificultad lo que allí había escrito, el maestro levantó los brazos y los estiró cuanto pudo. Se preparaba para bostezar y, cuando finalmente lo hizo, sonó como el resoplido de una ballena que sale a la superficie después de una larga inmersión. Se puso el kimono y se encaminó pesadamente hacia el baño. Su mujer, que había esperado pacientemente junto a la puerta, entró en la alcoba y se dispuso a limpiar el polvo y a hacer la cama. Si el método de limpieza de la mujer era simple, el de aseo del marido no lo era menos. Seguía el mismo ritual desde hacía años: primero unas gárgaras, luego se peinaba cuidadosamente y, al final, con la toalla al cuello a modo de bufanda, entraba en el comedor. Cargado de un aire de nobleza venida a menos, se sentó junto al brasero.

La mención del brasero puede llevar a suponer que se trataba de uno de esos objetos tallados en maderas nobles y forrados de cobre en su interior, lacados y con dibujos de princesas o incrustaciones de nácar. Nada más lejos de la realidad. Era tan viejo que incluso a un experto en la materia le habría costado mucho trabajo identificar qué tipo de madera se había usado en él. Cualquier brasero de madera brilla cuando se limpia, pero aquella reliquia ya fuera de madera de paulonia, de cerezo o de olmo, tenía tal cantidad de polvo y hollín incrustados, que era imposible sacarle el más mínimo brillo por más que se frotase. Nadie sabía tampoco dónde se había adquirido, o si era un regalo. ¿Acaso era robado? El maestro no podía aclarar este extremo con claridad, pues lo cierto es que un pariente suyo le había encomendado el cuidado de su casa antes de morir. Cuando se trasladó a la suya, probablemente se llevó el brasero sin darse cuenta. Un descuido no justificable, de acuerdo, pero muy abundantemente repetido en este mundo de ladrones involuntarios por pura inercia. Ahí tenéis a los banqueros, por ejemplo, que creen que el dinero que cuentan y recuentan es suyo, cuando en realidad es de los clientes de su establecimiento. Los gobernantes están al servicio de los ciudadanos que han delegado en ellos su soberanía y, por tanto, deben rendir cuentas y ejercer su autoridad para solucionar los problemas cotidianos. Pero con el tiempo se acostumbran a su poder, y llegan al extremo de considerar que los ciudadanos que les colocaron en esa posición no tienen por qué exigir nada ni meterse en asuntos que no les competen. En este convulso mundo hay mucho servidor público que se comporta

de esta manera tan negligente, así que tampoco se podría acusar al maestro de ser un ladrón por culpa de su inocente descuido. Si alguien lo hiciera, con igual legitimidad podríamos llamar ladrones a todos los empleados de banca.

El maestro se sentó junto al brasero, como digo, pero por mi digresión sobre tan innoble objeto, olvidé mencionar que también se sentó a la mesa. A su lado estaban sus tres hijas: Tonko, la mayor, aficionada a confundir las palabras, Sunko, la mediana, con predilección por los maquillajes, y la nena, la pequeña, que tenía por costumbre limpiarse la cara con el trapo de fregar el suelo. Las tres tomaban su desayuno absortas. El maestro las miró con la misma mezcla de imparcialidad y disgusto. En la cara de Tonko había unas líneas similares a los contornos de las antiguas espadas usadas por los primeros europeos que pisaron el país. La de Sunko tenía los rasgos de esas niñatas engreídas que a veces se ven por los parques, y brillaba como una de las bandejas típicas de Okinawa. La pequeña, por su parte, tenía una cara de lo más peculiar. En lugar de ser alargada en sentido vertical, lo era en sentido horizontal. Por mucho que variasen los gustos de la gente, no creo que una cara como la suya llegase a estar de moda. El maestro cavilaba de vez en cuando sobre el futuro de sus hijas. Algún día, en cuanto se descuidase, llegarían a su mayoría de edad, y eso se apreciaba en el hecho de que crecían sin parar, casi a ojos vista, como lo hacían los brotes de bambú del templo Zen de al lado de casa. Cuando apreciaba algún nuevo indicio de su crecimiento, le embargaba un ataque de pánico, como si alguien estuviera a punto de darle alcance en una persecución. A pesar de su disparatada forma de pensar, se daba cuenta de que antes o después tendría que sentarse a planificar el futuro de sus hijas. Se sentía incapaz de ello, pero si ni siquiera era capaz de eso, habría sido mejor no tenerlas. En el fondo, el maestro era un hombre como todos, es decir: propenso a crearse problemas y dificultades que después no sabía cómo manejar.

Las niñas, en cambio, no parecían preocuparse por nada y vivían felices. No se imaginaban las preocupaciones de su padre, y comían con ganas. La única que parecía a disgusto era la pequeña. Sólo tenía tres años, así que para comer le daban un cuenco y unos palillos adecuados a su edad. Pero era una inconformista, e irremediablemente se apoderaba de los de su hermana mayor, aunque después fuese incapaz de manejarlos. Eran demasiado grandes para sus manitas, pero se peleaba con ellos sin darse jamás por vencida. Su imagen me recordaba la de muchos hombres de espíritu similar. Son pequeños en todo, en capacidad, en competencia y espíritu. Sin embargo, se aferran a sus puestos que les vienen grandes con tal de no perderlos a favor de otro más capacitado. Esas actitudes, no obstante, no suelen surgir por generación espontánea. Lo hacen durante la infancia, precisamente en ese cándido momento de la vida en el que se encontraba la pequeña de las hijas del maestro. Pero, una vez se desarrollan esas actitudes, ni la educación ni la disciplina son capaces de

corregirlas. La pequeña se había apoderado del cuenco y de los palillos de su hermana, y los intentaba manejar aun a cosa de un ímprobo esfuerzo. Metió los palillos en el cuenco pero, en lugar de sacarlos, los empujó aún más hasta lograr que el recipiente se inclinase derramando la salsa contenida en su interior. El líquido fluyó por la mesa y acabó desparramándose sobre su ropa, pero a ella no le preocupaban esas cosas tan insignificantes. Era caprichosa e insistente, y continuó sin inmutarse con su lucha particular. Al final tiró de los palillos con fuerza, y sólo alcanzó a sacar con ellos unos miserables granos de arroz. Los granos acabaron pegados en su nariz y en las mejillas, es decir, en cualquier sitio excepto donde debían acabar. Sin duda, aquélla era una forma extraña de alimentarse. Viendo aquella escena, me vino a la cabeza el señor Kaneda. A la gente como él, a los poderosos que utilizan su dinero para importunar a los demás, habría que decirles que si persisten en su actitud acabarán como los granos de arroz de la hija del maestro: serán abandonados por todos, especialmente aquellos a quienes más atacan y sólo encontrarán la compañía de unos cuantos pelotilleros y aduladores sin futuro.

Tonko, la mayor, una vez despojada de su cuenco y sus palillos, se resignó a comer con los de la pequeña, pero ambos eran diminutos, y en un abrir y cerrar de ojos se terminó su ración. Tuvo que rellenar tres o cuatro veces su cuenco hasta quedar satisfecha. Probablemente estaba aburrida de tanto trajín, así que agarró el cucharón directamente para ahorrarse esfuerzos. Dudó unos instantes entre si servirse o no de esa manera. Al final se decidió. Le gustaba especialmente el arroz medio tostado que se quedaba pegado al fondo. Lo cogió, y mientras estuvo en el cucharón no ocurrió nada, pero cuando quiso dejarlo sobre el cuenquito, el arroz rodó por la mesa y acabó desparramado sobre el tatami. Ni se inmutó. Recogió el arroz del *tatami* y, para mi sorpresa, volvió a echarlo en la cazuela; sin duda, un gesto ciertamente impropio de una señorita. Pero todo este sucio asunto no terminó ahí. Cuando Tonko acabó el arroz de su pequeño cuenco, miró la cara de su hermana pequeña, que seguía afanándose por capturar algún grano de arroz y le dijo:

—Estás horrible, nena. ¡Mira qué pinta tienes! —Y le limpió a su hermana la cara. Empezó quitándole los granos de arroz que tenía pegados en la nariz. Me quedé completamente anonadado cuando comprobé que, en lugar de tirarlos o devolverlos al cuenco, empezaba a comérselos uno a uno. Siguió con los granos que se habían adherido a sus mejillas. Entre todos no sumarían más de veinte en total. Dio buena cuenta de todos ellos, hasta que la cara de su hermanita quedó limpia y resplandeciente. Sunko, la mediana, que hasta ese momento había comido en silencio su ración de arroz y nabo en salmuera, cogió un trozo de batata caliente y se lo llevó a la boca. No hay nada más difícil que comer que la batata caliente, pues el tubérculo suele conservar el calor, y si no se tiene cuidado es fácil abrasarse la boca. Algo que le puede suceder fácilmente a un adulto experimentado, así que todavía le podría

ocurrir con mayor facilidad a una niña aún no versada en el complejo arte de la ingestión de tubérculos ardientes. Se lo metió en la boca y se quemó. Presa del pánico, lo escupió sin ninguna consideración, y el trozo de batata acabó desparramado en mitad de la mesa. La ocasión era propicia para la pequeña. Ni corta ni perezosa, se lanzó a por aquel inesperado bocado y se lo zampó sin inmutarse.

El maestro había presenciado la escena sin decir una sola palabra, como si estuviera teniendo lugar en otro planeta. Se había tomado el desayuno concentrado en sus propias preocupaciones y daba la sensación de que, respecto a la educación de sus hijas, había adoptado una política de no intervención. No tardaría mucho tiempo en ver cómo se alejaban de su casa, acompañadas de sus respectivos amantes. Él, concentrado en su arroz y en su sopa, se limitaría a verlas partir. Era un hombre sin muchos recursos personales, pero si nos fijamos en esos hombres de hoy en día, que parecen tan capaces, comprobaremos con sólo rascar un poco en la superficie que lo único que saben hacer es mentir y engañar para ganarse la simpatía de la gente, sobornar a los demás para hacerse ricos o usar la fuerza para amenazar y quitarse del medio a quienes les molestan. Los jóvenes en edad escolar, qué remedio, tienen por modelos a estos personajes, y todos sus esfuerzos se concentran en emularlos hasta el último detalle. Creen que de otra manera no llegarán a nada en la vida. Para ser hombres del mañana, deben hacer lo que esté en su mano con tal de lograrlo, aunque sus acciones sean despreciables e impropias de personas educadas. Esa manera de actuar no se puede calificar de diligente, sino que es una muestra palmaria de holgazanería. Soy un gato, y soy japonés, y, por tanto, poseo un cierto espíritu patriótico. Así que cada vez que veía a uno de esos holgazanes me daban ganas de expulsarlo del país para siempre. Si no se hacía nada al respecto, la patria japonesa no sacaría nada en claro, ni ningún beneficio. Una nación que tolera a semejantes individuos y, de alguna manera, los premia, lo único que consigue es desprestigiarse a sí misma a la larga. No es fácil comprender por qué hay tantos japoneses holgazanes. Quizás porque su conciencia no está tan limpia como la de los gatos. Parece exagerado, pero así es. Si de lo que se trata es de comparar al maestro con esos mequetrefes desde el punto de vista moral, es justo confesar que se trataba de una persona muy por encima de la media. Quizás fuera un poco simple de mente, pero, por esa misma razón, carecía de malicia, de astucia o de afán de avasallar a los demás.

El maestro terminó su desayuno sin abrir la boca, se puso su *kimono*, subió al *rickshaw* que le esperaba en la calle, y se dirigió a su cita en la comisaría de policía. Cuando le preguntó al cochero si sabía dónde estaba el barrio de Nihon-zutsumi, éste se limitó a sonreír con perspicacia. Creo que fue una estupidez por parte del maestro remarcarle al cochero que se dirigía al barrio de los burdeles. Una vez se marchó, su mujer aprovechó para servirse su desayuno. Les dijo a las niñas:

—Daos prisa o llegaréis tarde al colegio.

Las niñas no hacían ni caso:

—Hoy no hay colegio —dijo una.

—Por supuesto que sí. ¡Hala!

—Pero ayer el profesor dijo que hoy no había colegio —insistió la mayor de las hermanas.

En ese momento, la señora Kushami empezó a sospechar que quizás las niñas tuvieran razón. Se dio la vuelta y miró el calendario para comprobar la fecha. El día estaba marcado en rojo por ser fiesta nacional. Me sorprendió que el maestro enviase a la escuela una nota diciendo que no iría a trabajar, y que no hubiese sido lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que era fiesta. Igualmente, me sorprendió que la señora no se hubiera dado cuenta cuando fue hasta la oficina de correos a mandar la carta. Y, aún más, que Meitei no dijera nada el día anterior. Quizás no lo sabía, o quizás es que prefería no saberlo.

La señora Kushami, aplacada en sus prisas por la noticia, le dijo a las niñas:

—Bueno, pues id fuera a jugar. Pero haced el favor de comportaros como es debido.

Durante la siguiente media hora la paz reinó en la casa, y no sucedió nada digno de reseñar. De pronto, como caída del cielo, apareció una visitante inesperada. Por su aspecto, debía de ser una estudiante. Tendría unos diecisiete o dieciocho años, calzaba unos zapatos con el tacón retorcido por el uso y vestía una *hakama* morada. Llevaba dos grandes coletas sujetas con algún tipo de artilugio que parecía un ábaco. Sin anunciarse, se presentó en la cocina. La señora Kushami la reconoció. Era una sobrina del maestro. Tenía el precioso nombre de Yukie, nieve, pero ella, lejos de parecerse a un bello paisaje nevado, tenía unos rasgos de lo más anodino, iguales que los que puede tener cualquier chica con la que nos crucemos por la calle.

—Hola tía —dijo entrando en el comedor. Acto seguido se sentó al lado de la caja de costura de la señora.

—Hola cariño, qué pronto has venido.

—Como es fiesta, pensé que podía venir a veros. He salido de casa a las siete y media.

—¿Por alguna razón en especial?

—No, pero hacía mucho que no os veía, y tenía ganas de saludaros.

—Bueno, pues quédate un rato. Tu tío volverá pronto.

—¡Se ha ido ya, tan pronto! Qué cosa tan extraña...

—Pues sí. Además, también él tenía que hacer una visita de lo más extraña. A la comisaría. ¿No te parece raro?

—¿Para qué?

—Han cogido al ladrón que nos robó la pasada primavera.

—Y ha tenido que ir a declarar. Qué aburrimiento.

—No, no. Ha ido a recoger lo que nos robaron. Parece que lo han encontrado todo. Ayer mismo vino un policía a avisarnos.

—Ya entiendo. Es por eso que se ha levantado tan pronto. No es su costumbre, desde luego. Si no, me apuesto lo que quieras a que estaría todavía durmiendo.

—Por supuesto. No conozco a nadie tan dormilón como él. Esta mañana, sin ir más lejos, se ha levantado de muy malas pulgas. Ayer me dijo que le despertara a las siete, y cuando lo he hecho, se ha limitado a darse media vuelta y a seguir durmiendo como si nada. Estaba preocupada por si no llegaba a tiempo a su cita, así que le he vuelto a llamar. Lo único que ha hecho ha sido gruñir. ¡Me he puesto furiosa!

—Me pregunto por qué tendrá este hombre siempre tanto sueño. A lo mejor es porque está mal de los nervios —dijo con amabilidad la sobrina.

—No lo sé.

—Es de los que pierden los nervios con facilidad. Me sorprende que siga dando clases en esa escuela en la que trabaja.

—Pues a mí me han dicho que en la escuela es amabilísimo.

—Eso empeora las cosas. Una fiera en casa y un encanto fuera.

—¿Qué quieres decir, cariño?

—¿No te parece fatal que aquí se comporte como un demonio y que en cuanto pasa por el umbral de la escuela se transforme en un angelito?

—Pero no sólo es cuestión de lo insoportable que es. Siempre me está llevando la contraria. Si tú dices izquierda, él te dice derecha. Si dices derecha, él izquierda. Y tú pídele algo, que no lo hará. Tiene la cabeza más dura que una muía.

—Yo creo que es un cascarrabias. No hay nada que más le guste que llevar la contraria. Cuando quiero que haga algo, le pido que haga justo lo contrario. No falla. Por ejemplo, el otro día quería que. me comprase un paraguas y le insistí en que no quería ninguno, porque ir por ahí con paraguas era afectado. Al final acabó comprándomelo.

La señora Kushami soltó una carcajada:

—Qué lista eres. A partir de ahora seguiré tu ejemplo.

—Deberías. No habrá nada que se te resista.

—El otro día llamó un hombre que vendía seguros y trató de convencer a tu tío de lo importante y necesario que era tener uno. Se tiró una hora hablando con él e intentando convencerlo de las ventajas. Pero el muy cabeza cuadrada no se dejó convencer. ¡Como si no se diera cuenta de que tiene tres niñas, y ni un yen en el banco! Si se hubiera dignado a contratar un seguro, por pequeño que fuera, ahora nos sentiríamos un poco más tranquilas. Pero es un zoquete y no se preocupa por nada más que por sí mismo.

—En efecto. Si os sucede algo, me temo que estaréis en un aprieto —Me pareció

que la jovencita no hablaba como correspondería a su edad. Sonaba más adulta de lo que era.

—Al menos fue divertido escucharle discutir con el vendedor. Decía: «De acuerdo, coincido con usted en la necesidad de tener un seguro hoy en día. Deduzco que, precisamente por esa circunstancia, es por lo que existen las compañías de seguros». Y, a pesar de eso, insistía en que nadie necesitaba un seguro a menos que estuviese convencido de que se iba a morir en breve.

—¿En serio dijo eso?

—Lo dijo. El vendedor le contestó: «Por supuesto, señor. Si nadie se muriese nunca, las compañías de seguros no tendrían ningún sentido. Pero la vida humana, por muy larga y saludable que pueda llegar a ser, es algo frágil y precario. No hay nadie que pueda evitarle a usted y a su distinguida familia los riesgos que existen en este mundo». A lo que tu tío contestó: «Mire usted. Yo he decidido no morirme, al menos a medio plazo, así que, en lo que a mí respecta, no tiene por qué preocuparse». ¿Puedes imaginarte a alguien diciendo semejantes idioteces?

—¡Qué tonto! Uno se muere cuando toca, por mucho que decida lo contrario. Yo, por ejemplo, decidí que iba a aprobar los exámenes, y sin embargo he suspendido.

—El vendedor de seguros dijo exactamente lo mismo: «La vida no se puede controlar, señor mío. Si la gente pudiera alargar su vida simplemente con desearlo, nadie se moriría nunca.

—¡Qué razón tiene, el vendedor de seguros!

—Desde luego. Pero tu tío no se daba cuenta de nada. Se limitaba a jurar y perjurar que él no pensaba morirse nunca: «Me he hecho el firme propósito», se limitó a decirle con orgullo al vendedor.

—Vaya chinche.

—Desde luego. Una chinche. Se limitó a despreocuparse del asunto y a decir que era mucho mejor tener los ahorros en el banco que en la prima de un seguro.

—¿Pero es que tiene ahorros?

—Por supuesto que no. El día que se muera no nos dejará ni un céntimo.

—Yo estaría preocupadísima. Me pregunto de dónde habrá sacado esas peculiaridades. Ninguno de sus amigos se parece a él, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Es único en sus rarezas.

—Deberías decirle a alguien que hablase con él. Al propio Suzuki. Si fuera igual de dócil y maleable que Suzuki, las cosas serían mucho más fáciles para él.

—Entiendo lo que dices, pero no tenemos una buena opinión de Suzuki en esta casa.

—En esta casa es siempre todo tan difícil... ¿Qué te parece si le preguntas a ese otro que parece tan serio? Un tal Yagi no se qué...

—¿Te refieres a Dokusen Yagi?

—Ese mismo.

—Tu tío le tenía en alta estima, pero precisamente ayer vino por aquí Meitei, y no hizo más que contar unas historias rarísimas sobre él. En las actuales circunstancias, no creo que sea una buena idea.

—Pero seguro que podría ayudar. Es una persona muy buena y generosa. El otro día vino a mi escuela a dar una charla.

—¿Dokusen Yagi? —Sí.

—¿Enseña en tu escuela?

—No, pero le invitamos a darnos una charla en la Sociedad para la Protección de la Virtud Femenina.

—¿Fue interesante?

—No tanto como pensábamos, pero como tiene esa cara tan larga y esa perilla tan espiritual, nos quedamos muy impresionadas.

—¿De qué os habló?

Apenas terminó la señora de formular su pregunta, cuando las tres niñas entraron ruidosamente por la galería, atraídas probablemente por la voz de Yukie. Supongo que habrían estado jugando fuera, detrás de la valla de bambú.

—¡Viva! Ha venido Yukie —gritaron las dos mayores con evidente satisfacción. La tercera, la nena, miraba con cara de no entender nada.

—No os pongáis nerviosas niñas, y sentaos tranquilamente. Yukie os va a contar una historia muy interesante. —Y tras decir esto, colocó su caja de costura en una esquina de la habitación.

—¿Una historia de Yukie? Me encantan las historias de Yukie —dijo la mayor.

—¿Nos vas a contar el cuento de la montaña kachi kachP. Preguntó la mediana.

—Mira, nena, un cuento. Cuando termine Yukie con el suyo, tú nos cuentas uno —le dijo la señora a la pequeña de sus hijas.

—No, *babu*, contar cuento ahora. —La pequeña no parecía estar dispuesta a que sus historias se pospusieran.

—De acuerdo, empezará la nena. Dinos, ¿cómo se llama tu historia? —preguntó Yukie.

—Nena, nena, ¿dónde vas?

—Muy bien, ¿qué más?

—Voy al campo de arroz, voy a cortar arroz.

—¡Qué inteligente es!

—«Naga» más venir —continuó la pequeña.

—No nena, no. Se dice nada, no «naga» —le corrigió una de sus hermanas. La interrupción no le gustó nada a la pequeña, que olvidó cómo seguía el cuento. Se detuvo y las miró con cara enfurruñada, sin decir nada más.

—¿Eso es todo, nena?

La pequeña ponderó un instante la situación y exclamó:

—No tires pedos y pedos, pu, pu, eso no está bien.

Hubo una risotada general.

—¡Qué cosa más fea! ¿Quién te lo ha enseñado?

—Osan —dijo la niña sin ninguna cautela.

—Vaya con Osan. Pues es muy mala, Osan, por enseñarte esas cosas tan feas —dijo la señora con una sonrisa forzada. Para acabar de una vez con el asunto, se dio la vuelta hacia su sobrina y dijo:

—Ahora ha llegado momento de que Yukie nos cuente su historia. Escuchémosla. Tú también, nena. Estate calladita.

—Esto nos lo contó Dokusen Yagi en su charla. Pues bien, la historia es como sigue: Había una vez una enorme estatua de piedra que representaba al dios guardián de los niños, justo en el lugar donde se cruzaban dos calles. Por desgracia, era un lugar de mucho tráfico y agitación, con muchos carros y caballos que iban de un sitio para otro. La gran estatua del dios Jizo impedía el tráfico, y se había convertido en una verdadera molestia. La gente del barrio se reunió para ver qué se podía hacer con ella, y al final decidieron trasladarla a una esquina de la calle.

—¿Ocurrió realmente? —preguntó la señora Kushami.

—No lo sé. El señor Yagi no lo mencionó. En cualquier caso, parecía que la gente había empezado ya a discutir sobre cómo mover la estatua. El hombre más fuerte de todos dijo que no se preocupasen, que para él sería pan comido. Se dirigió al cruce en que estaba emplazada, y comenzó a empujar y empujar con todas sus fuerzas, hasta que su cuerpo se empapó de sudor por el esfuerzo. Pero la estatua de Jizo no se movió.

—Seguro que estaba hecha de una piedra muy pesada.

—Por supuesto. Era tan terriblemente pesada que incluso el hombre más grande del pueblo fue incapaz de moverla, y tuvo que volverse a su casa para echarse la siesta. La gente volvió a reunirse para tratar el asunto, y en esta ocasión fue el más listo de todos el que dijo: «Dejadme a mí». Llenó una caja con pasteles de arroz y los puso delante de la estatua a una cierta distancia. Señaló la caja y dijo: «Mira qué pasteles tan ricos te he traído. Ven a por ellos». Creyó que la estatua de Jizo no podría resistir la tentación y finalmente se movería, pero tal cosa no ocurrió. El truco de los pasteles no dio ningún resultado, y el hombre astuto pensó que quizás había calculado mal el apetito de Jizo. Decidió intentarlo entonces con un poco de *sake*. Y así lo hizo: volvió a ponerse delante de la estatua con un vaso en la mano. Durante tres horas intentó convencerle para que Jizo se tomase la bebida: «¿No quieres un poco de delicioso *sake*? Si quieres no tienes más que venir y probarlo. Da un solo paso y toda la botella será tuya». Pero Jizo no se movió.

—Yukie —preguntó Tonko, la hija mayor—. ¿No le entró hambre a Jizo?

—Yo habría hecho cualquier cosa con tal de comerme una caja de pasteles de arroz —dijo Sunko.

—Así que el hombre astuto fracasó por segunda vez —continuó Yukie—. Volvió entonces a su casa, y al poco tiempo regresó al cruce con un buen fajo de billetes falsos. Se plantó delante de la estatua y empezó a sacarlos de los bolsillos. Le decía: «Si los quieres, no tienes más que venir a cogerlos». Pero la exhibición de tales riquezas tampoco obtuvo resultado. Sin duda, se trataba de una estatua obstinada.

—Más o menos como vuestro padre... —dijo la señora Kushami.

—Exactamente, igualito a él. El hombre astuto se dio por vencido y se marchó. En ese momento le llegó el turno al más fanfarrón del barrio, que dijo que aquel asunto era lo más sencillo de resolver que había en el mundo, y que él lo arreglaría en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y qué hizo?

—Fue bastante gracioso. Primero se disfrazó de policía y se puso un enorme mostacho como para investirse de autoridad. Se dirigió hacia el lugar en que estaba la estatua, y con voz enérgica y pomposa dijo: «¡Eh, tú! Muévete de ahí inmediatamente. Si no lo haces te meterás en un buen lío. Las autoridades se tomarán tu desplante con el máximo rigor». Era una estrategia que debió de haber funcionado hace mucho tiempo, pues hoy en día nadie se toma en serio a un tipo que se hace pasar por policía.

—Desde luego. ¿Pero Jizo se movió?

—Por supuesto que no. Igual que no lo hubiera hecho vuestro padre.

—Pero nuestro padre le tiene mucho miedo a la policía.

—¿En serio? Bueno, pues la estatua de Jizo no se mostró particularmente impresionada por las bravuconadas de aquel tipo, y se quedó exactamente en el mismo sitio en el que estaba. El fanfarrón se enfadó de lo lindo y volvió a casa rápidamente; se quitó el uniforme, tiro el mostacho falso a la basura y volvió al cruce vestido como si fuera un hombre extremadamente rico. Trató de poner una cara parecida a la del barón Iwasaki, el fundador de la empresa Mitsubishi. ¿Podéis imaginar algo más absurdo?

—¿Cómo es la cara del barón Iwasaki?

—Bueno, probablemente una cara muy orgullosa. En cualquier caso, no dijo nada, y se limitó a caminar alrededor de la estatua con un enorme puro en la boca.

—¿Con qué objeto?

—La idea era que Jizo se marease con el humo del tabaco.

—Parece la broma de un charlatán. ¿Consiguió que se marease?

—Pues no. Después de todo, el dios era de piedra. Viendo que aquello tampoco resultaba, el fanfarrón, en lugar de rendirse y marcharse a su casa, volvió disfrazado de príncipe. ¿Qué os parece?

—¿De príncipe? ¿Pero todavía hay príncipes hoy en día?

—Debe de haber. Así nos lo dijo el profesor Yagi. Nos dijo también que hacerse pasar por alguien de la familia imperial era una auténtica blasfemia. Yo también pienso que se trataba de una conducta muy irreverente, propia de un hombre fuera de sus cabales.

—Pero si iba vestido de príncipe, ¿de qué príncipe se trataba?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que el solo acto seguía siendo irreverente.

—¡Qué razón tienes!

—En cualquier caso, incluso los poderes de un príncipe se demostraron inútiles. Finalmente, aquel fanfarrón admitió su derrota y tuvo que abandonar.

—Se lo tenía bien merecido.

—Desde luego. Le tenían que haber metido en la cárcel por sus bobadas. De todos modos, la gente del barrio seguía preocupada por el asunto, y volvieron a reunirse para ver qué se podía hacer, pero ninguno quiso comprometerse a intentar nada otra vez.

—¿Y así terminó todo?

—¡Qué va! Al final pagaron a una cuadrilla de carreteros y de gente de baja ralea para que se pusieran a montar todo el jaleo posible alrededor de la estatua. El objetivo era molestar tanto a Jizo, que no le quedase más remedio que irse de allí. Se organizaron en turnos de día y noche, y montaron un escándalo tremendo.

—Vaya un asunto tan feo.

—Pero incluso esas medidas desesperadas no dieron ningún resultado. Jizo era mucho más terco que todos ellos.

—¿Entonces qué pasó? —preguntó Tonko.

—La gente se estaba cansando ya de tanto alboroto. Los únicos que parecían pasarlo en grande era aquella chusma de maleantes que, encima, recibían un salario por montar jaleo.

—¿Qué es un salario? —preguntó Sunko.

—Un salario es un dinero.

—¿Y qué iban a hacer con el dinero?

—Pues lo querían para... —Yukie se quedó dubitativa y sonrió un tanto ruborizada—. Bueno, en cualquier caso, la gente esa siguió con el follón día y noche. En el barrio había un chico un poco tonto al que llamaban el tonto del bambú, BakaTake. Era bastante simple, el chico; no sabía nada de nada, y nadie quería tener trato con él. Cuando se dio cuenta del ruido que había por allí, se acercó y preguntó que a qué se debía el alboroto. Alguien se lo explicó, y el tonto del bambú dijo: «¿Pero es que sois idiotas? Nunca conseguiréis mover a Jizo por mucho ruido que hagáis?».

—Es una observación interesante, viniendo de un tonto.

—Pero éste era un tonto fuera de lo común. Nadie pensaba que pudiera ayudar en nada respecto a este asunto, pero como tampoco nadie había logrado nada hasta ese momento, solicitaron su ayuda. Enseguida estuvo de acuerdo, y les pidió que se callasen. El escándalo cesó y él, tan simple como de costumbre, se plantó delante de Jizo con la mayor ingenuidad.

—¿Quién es la «mayor ingenuidad»? ¿Un amigo de BakaTake?

La señora Kushami y Yukie se rieron por la extraña pregunta de Tonko.

—No. No es un amigo.

—Entonces quién es.

—Bueno, la mayor ingenuidad... Imposible de explicar.

—¿Mayor ingenuidad quiere decir imposible de explicar?

—No, no. Mayor ingenuidad quiere decir...

-¿Qué?

—¿Conoces al señor Sampei, no?

—Sí, el que nos trae ñames.

—Bueno, pues mayor ingenuidad es algo parecido al señor Sampei.

—O sea, que el señor Sampei es la mayor ingenuidad.

—Sí. Más o menos... El caso es que Baka-Take se plantó delante de la estatua de Jizo con las manos en los bolsillos y dijo: «Señor Jizo. A la gente del barrio le gustaría que se moviera un poco. ¿Sería usted tan amable de hacerlo, por favor?». A lo que Jizo contestó rápidamente: «Por supuesto que sí. ¿Por qué no me lo han preguntado antes?». Y se movió lentamente hasta colocarse en la esquina del cruce.

—¡Vaya con la estatua!

—Y en ese momento el señor Dokusen Yagi empezó verdaderamente su discurso.

—¿Todavía hay más?

—Desde luego. El profesor Yagi dijo que empezaba con esa historia su conferencia porque ilustraba perfectamente lo que quería decir: «Permítanme la libertad de exponerlo de la siguiente manera», dijo. «Cuando se trata de hacer algo, las mujeres tienen tendencia a no hacerlo directamente, sino a dar rodeos y más rodeos alrededor del asunto en sí. Desde luego, no se trata de una costumbre exclusivamente femenina. En esta época llamada de la Iluminación, debilitada por el veneno de la civilización occidental, incluso los hombres se han vuelto afeminados. Hay infinidad de ellos ocupados día y noche en imitar las costumbres occidentales, en la creencia errónea de que tal ocupación es la que corresponde a los verdaderos caballeros. Esas personas lo único que logran es transformarse en esperpentos, de tanto esfuerzo que hacen por adaptarse a las formas extranjeras. No merecen mayor atención. Sin embargo, desearía que ustedes, que son todas mujeres, actuaran cuando se dé la situación con la misma ingenuidad que Baka-Take. Si así lo hicieran, las dos terceras partes de las discusiones entre maridos y mujeres, así como las de las

mujeres con sus suegras, desaparecerían. Los seres humanos están hechos de una pasta tal, que cuanto más siembran la malicia y los actos deshonestos, más recogen los frutos de la infelicidad. Y la razón por la cual la mayoría de las mujeres son más infelices que los hombres, es, precisamente, porque en ellas hay más malicia. Por favor, tienen que intentar ser ustedes tan ingenuas como Baka-Take». Y así, queridas niñas, el profesor Yagi concluyó su discurso.

—¿En serio? ¿Y tú te estás planteando seguir su consejo?

—¡No, por Dios! Convertirme en una especie de BakaTake, qué dices. Eso es lo último que haría en la vida. La señorita Kaneda, por ejemplo, se enfadó muchísimo. Dijo que el profesor había demostrado muy mala educación y también muy poco gusto.

—¿La señorita Kaneda...? ¿La que vive justo ahí, en la esquina?

—Exactamente. La presumida Tomiko Kaneda.

—¿Va a tu misma clase?

—No. Sólo vino a la charla porque estaba organizada por la Sociedad de Mujeres. Va unos cursos por delante de mí. Sorprendente, ¿no te parece?

—Dicen que es muy guapa...

—En mi opinión, no es nada del otro mundo. Desde luego no es una belleza, como ella se cree. Cualquier chica que se pusiera como ella de maquillaje tendría su mismo aspecto.

—Es decir, que tú, Yukie, si te pusieras el mismo maquillaje que ella, serías el doble de guapa. ¿No es eso?

—No sé qué contestar a eso. Pero en serio, tía. Esa Tomiko se pavonea demasiado. Puede que sea rica pero hay veces que se pasa.

—Bueno, no estaría mal ser igual de rica que ella, aunque luego tuvieras que maquillarte demasiado, ¿no crees?

—Sí, puede que tengas razón. Pero si alguien tiene que tomar ejemplo de ese Baka-Take, ésa es precisamente Tomiko Kaneda. Es una engreída que no te puedes imaginar. Ese mismo día precisamente le estaba diciendo a las chicas que había un poeta que le había dedicado personalmente una colección de poemas escritos en estilo moderno.

—Probablemente fuera ochi Toito. Nos lo contó.

—¿En serio? Debe de ser un tipo de lo más curioso.

—No, no. Es un chico muy formal, no creas. Supongo que le parecerá la cosa más normal del mundo.

—Eso es lo malo. Gracias a chicos como ése, ella se vuelve insoportable. Hay todavía una cosa más divertida. Según parece el otro día alguien le mandó una carta de amor.

—Una carta de amor. ¡Qué horror! ¿Quién pudo hacer semejante cosa?

—Parece que nadie lo sabe.

—¿No estaba firmada la carta?

—Sí, había un nombre, pero nadie ha oído hablar nunca de esa persona. Era una carta muy larga. Larguísima, y plagada de cosas de lo más excéntrico. Decía, por ejemplo: «Te amo de la misma forma en que un hombre santo ama a Dios». O: «Me sacrificaría por ti en el altar como un cordero. Para mí sería el mayor de los honores». También decía: «Mi corazón es como un triángulo en el que Cupido hubiera clavado su flecha.»

—¡Qué horror! ¿Pero todo eso iba en serio?

—Parece que sí. De hecho, tres amigas mías han visto la carta.

—Me parece fatal que vaya por ahí enseñando una carta como ésa. Si todavía tiene intención de casarse con Kangetsu y este tipo de historias trascienden, más tarde o más temprano le costará un disgusto.

—¡Qué va! Todo lo contrario. Esa estúpida está encantada de que hablen de ella. Estoy segura de que se lo contará a Kangetsu la próxima vez que venga a visitarla. Porque no creo que él sepa nada del asunto todavía, ¿o sí?

—Probablemente no. Últimamente lo único que hace es pulir bolas de cristal en la universidad.

—Me pregunto si a Kangetsu le convendrá casarse realmente con esa mujer. Pobre hombre.

—¿Cómo que pobre hombre? Con todo el dinero que tienen los Kaneda, su futuro estará asegurado. ¿Por qué dices eso?

—Tía, no seas tan vulgar. Siempre hablando de dinero, dinero, dinero. El amor es más importante. Si no hay amor, es imposible que funcione una relación entre marido y mujer.

—¿En serio? Dime Yukie: ¿qué clase de hombre buscas tú como marido?

—¿Cómo voy a saberlo? No tengo ni idea.

A pesar de que por su edad difícilmente podía entender de lo que se estaba hablando, Tonko escuchaba atentamente la conversación de su madre y su prima sobre el matrimonio. De pronto, y sin venir a cuento, la pequeña interrumpió la charla para decir que ella también quería casarse. Aunque Yukie, rebosante de ardor juvenil, sentía una lógica simpatía por los deseos de su prima Tonko, no pudo por menos que molestarse ante el inoportuno comentario de su prima pequeña. La señora Kushami no le dio importancia a la interrupción, y preguntó:

—¿Con quién quieres casarte, cielo?

—No sé si decírtelo. Eso sí, me gustaría casarme en el santuario de Shoukonsha [95] pero, como no me gusta cruzar el puente de Suido, no sé qué hacer.

La señora y su sobrina se quedaron perplejas ante la inesperada declaración de la pequeña acerca de entrar a formar parte de un santuario dedicado a los espíritus de los

caídos por la patria. Se quedaron sin argumentos, y no les quedó más remedio que echarse a reír. Aún no se habían recuperado de la risa, cuando la mediana, Sunko, dijo:

—Así que quieres casarte en el santuario de Shoukunsha. Pues yo también, si te digo la verdad. ¿Por qué no nos casamos juntas? Bueno, si no quieres acompañarme tomaré un *rickshaw* y me casaré yo por mi cuenta...

—*Babu* también va —dijo la pequeña. Supongo que, de darse el caso, al maestro le habría parecido de lo más conveniente ese triple matrimonio de sus hijas.

En ese momento se escucharon las ruedas de un rickshaw deteniéndose delante de la puerta de la casa, y la voz del cochero que anunciaba la llegada del maestro. Había vuelto sano y salvo de su visita a la comisaría. El cochero entregó un gran paquete a la criada, y el maestro se presentó en el cuarto de estar con una perfecta compostura. Saludó a su sobrina cariñosamente y dejó junto al famoso brasero familiar un objeto con forma de botella que bien podía pasar por un florero o una jarra. Era un objeto de lo más extraño, y como no soy capaz de describir exactamente lo que era, me limitaré a llamarlo por ahora «objeto con forma de botella».

—¡Vaya! ¡Qué botella tan rara! ¿La traes de la comisaría? —preguntó Yukie al tiempo que se levantaba de su asiento.

El maestro miró a su sobrina y se limitó a decir:

—¿Verdad que tiene una forma maravillosa?

—¿Una forma maravillosa...? ¿Esa cosa?. A mí no me lo parece en absoluto. Parece más bien una aceitera.

—¿Pero cómo puedes decir que este precioso objeto parece una aceitera? Es una observación de lo más vulgar.

—¿Entonces qué es?

—Un jarrón.

—Para ser un jarrón tiene la boca muy estrecha y el culo muy ancho.

—Precisamente por eso es tan especial. No tienes el más mínimo gusto artístico. Tan escaso como el de tu tía, me temo. —Cogió el objeto y lo puso junto a la ventana para mirarlo detenidamente.

—¿Así que no tengo gusto artístico? Pues debe de ser que no. Nunca se me habría ocurrido volver de la comisaría con semejante regalo. ¿A ti qué te parece, tía?

Su tía no mostraba ningún interés por el objeto. Sin embargo, se afanaba en abrir el gran paquete que había vuelto de la comisaría.

—¡Madre mía! Parece que los ladrones están haciendo progresos. Todo está lavado y planchado. Mira, fíjate.

—¿Quién te ha dicho que el paquete lo he traído de la comisaría? Lo que pasa es que me aburría mientras esperaba, así que me di una vuelta por ahí y me encontré con este objeto maravilloso en una tienda. Lo compré al instante. Por supuesto, vosotras

no os dais cuenta, pero se trata de un objeto muy raro.

—Demasiado raro. ¿Dónde lo compraste?

—¿Dónde? ¿Pues dónde va a ser? En el barrio de Nihonzutsumi. También me acerqué a Yoshiwara, [96] por cierto. Es un sitio interesante, y de lo más animado. ¿Habéis visto alguna vez la Puerta de Hierro? Apuesto a que no.

—No, ni creo que la vaya a ver nunca. No tengo ninguna razón para ir a perderme por un barrio de prostitutas. ¿Cómo puede ir todo un profesor como tú a un barrio con esa reputación? Me extraña. Y me sorprende. ¿Tú que dices, tía? ¡Tía!

—¿Sí, cariño? Me preguntaba si el lote está completo. Creo que me faltan cosas.

—Lo único que te falta son los ñames. Me dijeron que fuera allí a las nueve, y me hicieron esperar dos horas. Últimamente la policía japonesa trabaja fatal.

—La policía japonesa trabajará mal, pero mucho peor es darse una vuelta por Yoshiwara. Como se enteren en la escuela, te ponen de patitas en la calle. ¿Verdad, tía?

—Sí, tienes razón, cariño. —Se giró hacia su marido—. No está mi *obi*. Ya sabía yo que faltaba algo.

—¿Qué importancia tiene un ceñidor de *kimono*, querida? Olvídalo y piensa mejor en mí. Me han tenido tres interminables horas allí esperando. La mitad de un día, vamos. Cuatro horas de mi precioso tiempo tiradas a la basura.

El maestro se sentó al lado del brasero y comenzó a observar de nuevo el jarrón. Su mujer pareció conforme con lo que le habían devuelto, lo puso todo junto a la cómoda y volvió a ocupar su sitio.

—Tío, ¿dices que esta aceitera es un objeto raro? ¿No te parece que está sucio?

—¿En serio que has comprado esta cosa en Yoshiwara?

—¿Qué quieres decir con «en serio»? Como si tú entendieras de estas cosas.

—Seguro que un jarrón como éste podrías haberlo encontrado en cualquier sitio, sin necesidad de haberte aventurado por ese barrio apestoso.

—En eso te equivocas. Es un objeto que no puede encontrarse en ningún otro sitio más que allí.

—El tío se parece a esa estatua de piedra de Jizo, ¿no crees?

—¡Cuida tu boquita! Que las chicas de hoy en día tenéis la lengua muy larga. Harías mejor en dedicarte a leer el *Manual de urbanidad para mujeres*.

—Tío, tu mujer me ha dicho que no te gustan los seguros. Pero, dime, ¿qué es lo que te gusta menos? ¿Los seguros o las chicas de hoy en día?

—Vaya, en cuanto a los seguros, no me disgustan. De hecho, son muy necesarios, creo yo. Cualquiera que tenga la más mínima preocupación por el futuro debería tener uno. Pero en lo que toca a las chicas de hoy en día, no valéis para nada.

—A mí me da lo mismo si sirvo para algo o no. Pero tú tampoco puedes hablar, porque ni siquiera estás asegurado.

—Pues mira. El mes que viene lo estaré.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que sí.

—Pues no deberías. Es absurdo asegurarse. Es mucho mejor gastarse el dinero de la prima en cualquier otra cosa, ¿no es así, tía?

La señora Kushami se rió, pero el maestro respondió con seriedad:

—Dices esas cosas porque crees que vas a vivir cien años o incluso doscientos. ¡Pero cuando madures un poco te darás cuenta de lo necesario que es tener un seguro! El mes que viene, sin falta, me aseguraré.

—Me parece requetebien. Haz lo que quieras. Si puedes permitirte tirar el dinero en el paraguas que me compraste el otro día, supongo que te puedes permitir malgastarlo en un seguro. Recuerdo que me lo compraste aunque te repetí varias veces que no lo quería.

—¿De verdad no lo querías?

—No.

—Entonces devuélvemelo. A Tonko le hace falta uno. Se lo daré a ella. ¿Lo has traído contigo?

—Pero, ¿cómo puedes ser así de horrible? ¿Cómo puedes decirme que te lo devuelva después de habérmelo regalado?

—Te he dicho que me lo devuelvas sólo porque tú me has dicho previamente que no lo quieres. No hay nada de horrible en eso.

—Es cierto, no lo necesito; pero tú sigues siendo horrible.

—¿De qué estás hablando? Primero dices que no lo quieres, te pido que me lo devuelvas, y entonces me dices que soy horrible.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero aun así eres horrible.

—Estás diciendo tonterías. Venga a repetir las mismas cosas.

—Tú también estás repitiendo las mismas cosas.

—¿Qué quieres que haga? Has empezado tú. Has dicho claramente que no lo querías.

—Sí, lo he dicho, y es cierto que no lo necesito. Pero no quiero devolvértelo, hala.

—Me sorprendes, querida sobrina. No sólo eres irracional, sino también una obstinada. Un caso desesperado, el tuyo. ¿No os enseñan lógica en la escuela?

—Me da igual la lógica. Soy una ignorante, en cualquier

caso. ¡Di lo que quieras de mí! Pero pedirme que te devuelva el paraguas... Ni un extraño se atrevería a pedirme semejante cosa. Podrías aprender un par de cosas del pobre Baka-Take.

—¿Bata qué?

—Quiero decir que podrías ser más honesto y franco.

—Eres una chica estúpida y cabezota. Por eso es por lo que suspendes una y otra vez.

—Y si suspendo, qué. ¿Te estoy pidiendo que me pagues el colegio, acaso?

Llegados a este punto de la discusión, Yukie pareció derrumbarse presa de emociones incontrolables. Las lágrimas le afloraban a los ojos, corrían por sus mejillas y se derramaban sobre su vestido púrpura.

El maestro se quedó allí sentado, con cara de estupefacción. En ese momento apareció Osan, y anunció la llegada de una visita.

—¿Quién es? —preguntó el maestro.

—Un alumno de su escuela —contestó echando una mirada furtiva a la llorosa cara de Yukie.

El maestro se levantó y se fue hacia la sala de estar. Yo también me levanté de mi cojín, y le seguí por la galería con el objetivo de continuar recopilando material para este libro, una monografía sobre ese animal de extrañas costumbres llamado ser humano. Si uno quiere embarcarse, como yo, en un estudio completo sobre el comportamiento de los humanos, ha de saber que éstos son muy dados a entablar peleas, pendencias y a alimentar rencillas. En la vida cotidiana, los humanos suelen ser de lo más inofensivos, de apariencia un tanto deprimente, y en sus conversaciones tienden a ser enormemente aburridos. Sin embargo, en determinados momentos y por causa de algún proceso peculiar que se me escapa, de naturaleza casi sobrenatural, me temo, su habitual insustancialidad muta en un extraño y maravilloso comportamiento que ningún individuo de la raza felina debería perderse, habida cuenta de su profundo contenido didáctico. El inopinado llanto de Yukie constituye un buen ejemplo de este fenómeno. Aunque Yukie tenía una mente insondable, no había dado muestras de ello en su conversación con la señora. Pero, tan pronto como apareció el maestro e introdujo el extraño jarro en escena, su transfiguración fue total. Como un dragón durmiente al que despiertan de pronto de un profundo sueño echándole encima un barril de agua helada, así se transformó Yukie, sacando a relucir a partir de ese instante todas sus preciosas cualidades, la fuerza de su carácter y todas sus exquisitas sutilezas. Esas cualidades son comunes entre los individuos de sexo femenino a lo largo y ancho del mundo, y es una lástima que sólo las manifiesten de vez en cuando. Para ser más concretos, habría que decir que en realidad se manifiestan continuamente, pero raramente se muestran de un modo completamente desinhibido, puro, abierto y sin ataduras, como esa mañana con Yukie. Sin duda, le debo al maestro, personaje de cualidades inhumanas, hasta tal punto que tenía por costumbre frotarme el pelaje a contrapelo, el privilegio de haber asistido a esta larga serie de revelaciones sobre el espíritu femenino. Tras seguirlo, como su fiel escudero, a lo

largo de toda mi vida, me he dado cuenta de que es una de esas personas que provocan el drama allá donde pisan, siendo él mismo el protagonista prototípico de una tragedia de tintes clásicos. Me siento enormemente afortunado de ser el gato de un hombre como el maestro, pues gracias a él mi vida está repleta de momentos intensos e interesantes. Pero, volviendo al misterioso visitante que nos aguardaba, ¿de quién se trataba?

El muchacho en cuestión era un estudiante, como Yukie, y andaría por los dieciséis o diecisiete años. Tenía el pelo muy corto, y un cráneo de tamaño considerable. Tenía una nariz chata en medio de la enorme cara. Cuando llegamos a la habitación, ya había tomado asiento, aunque su aspecto dejaba adivinar que se trataba de alguien muy tímido, en cierto modo cobarde. Aparte de su enorme cráneo, no había nada más a destacar en su fisonomía. Si llevando la cabeza tan rapada llamaba la atención, con más motivo le mirarían si se dejase el pelo tan largo como el maestro. Una de las teorías de Kushami era, precisamente, que las cabezas grandes suelen venir acompañadas de inteligencias estrechas. Puede que tuviera razón, pero es justo reconocer que a nadie dejaba indiferente la visión de semejantes cabezones napoleónicos. El visitante vestía un *kimono* de tipo estudiantil, pero no sabría decir si el corte era de Satsuma, Kurume o incluso de Iyo [97] Desde luego, no era un *kimono* normal y corriente. Tenía las mangas muy cortas y no se le veía debajo ni camisa ni camiseta. Quizás es que se había puesto de moda no usar ropa interior debajo del *kimono*, pero en aquel caso creo que se trataba más bien de una muestra de desaliño. Como no llevaba calcetines tampoco, había dejado tres huellas en el *tatami*, como el ladrón, y se había sentado sobre la cuarta huella, quizás para ocultarla. Parecía tímido y mostraba una actitud sumisa. Nada extraño, en cualquier caso. Así debía ser el comportamiento de un desconocido que se planta en casa ajena, aunque fuese propietario, como aquél, de una cabeza descomunal. Lo incongruente habría sido que esa actitud la mostrase uno de esos degenerados que se pavonean ante todo el mundo de no tomarse la molestia de hacer una reverencia a sus profesores cuando se cruzan con ellos por la calle, o, por supuesto, de no preocuparse por sentarse adecuadamente, como haría cualquiera. Es más, como ese espécimen en particular estaba tratando de comportarse como si fuera un caballero de cuna, un hombre de modestia y virtud naturales, los sufrimientos que le debía de estar causando su pobre actuación debían de ser terribles. Un estudiante hacía lo que le daba la gana en clase y en cualquier sitio, y aquél en concreto estaba representando una comedia, una triste comedia, haciendo creer que estaba dotado de un autocontrol que, evidentemente, no tenía. Era lamentable y, al tiempo, divertido. Por muy estúpido que fuese el maestro, en situaciones como ésa era bien consciente de su superioridad. De hecho, el maestro parecía muy a gusto consigo mismo.

Se dice que incluso una mota de polvo, si se la deja el tiempo suficiente, puede

llegar a convertirse en una montaña. Un grupo compuesto por una serie de alumnos como aquél que tenía sentado en su salón sería perfectamente capaz, si se organizase, de forzar la expulsión de un profesor, o incluso de organizar una huelga. Cuando un cobarde se apoya y se refugia en el grupo, cabe el peligro de que se transforme en un bravucón. Lo mismo le sucede a un alumno amparado por el escudo de sus compañeros. Pero, en aquel caso, ese individuo en concreto estaba solo, y separado de su pelotón. No podía mostrarse ni omnipotente ni desafiante con su profesor. Tenía que mostrar respeto pues, al fin y al cabo, estaba en una casa ajena.

El maestro entró en la sala y le ofreció el cojín para sentarse. El visitante le dio las gracias con voz débil, pero no se movió, a pesar de que el maestro se había tomado la molestia de ofrecerle un cojín para que se sentara. Ese cojín no se había comprado por motivos decorativos, sino específicamente para complacer a los invitados. Si el alumno se negaba a usarlo, la función del cojín quedaba anulada y, por tanto, la situación de quién lo ofrecía podía resultar embarazosa. El alumno no hacía más que mirar al cojín sin levantar la vista, pero no acababa de sentarse en él. Creo que no es que no le gustase, es que, simplemente, no estaría acostumbrado a tales formalidades. La última vez que habría utilizado semejante cosa habría sido probablemente durante los funerales de su abuelo. Así que permanecía totalmente quieto, sin moverse. Su presencia se estaba haciendo odiosa. Habría sido mejor que se guardara aquella actitud tan recatada para las horas de clase, en lugar de sacarla a relucir en ese momento: temblaba de miedo cuando no había razón, y se mostraba altivo cuando tocaba mostrar respeto o alborotaba cuando debía guardar silencio. El suyo era un comportamiento absurdo. Se abrió la puerta corredera y apareció Yukie, que le ofreció ceremoniosamente una taza de té al huésped. En otras circunstancias, aquél habría sido el motivo perfecto para empezar con la broma del té salvaje, pero en aquella ocasión, delante del maestro y de aquella muchacha que le ofrecía té según el rito de la Escuela Ogasawara, [98] se sentía profundamente cohibido. Yukie sonrió mientras cerraba la puerta. Las chicas, generalmente, son más atrevidas que los chicos. Al menos, Yukie lo era. Especialmente si se la comparaba con aquel tipo tan taciturno. Su risa destacaba especialmente ahora, por contraste con su anterior llanto.

En cuanto Yukie salió, cayó un silencio sepulcral sobre la sala. El maestro se dio cuenta de que, si no hacía nada, aquella visita podía acabar convirtiéndose en una especie de ejercicio espiritual, así que se decidió a tomar la iniciativa:

—¿Cuál dijiste que era tu nombre?

—Furui.

—Furui es un apellido. ¿Cómo te llamas?

—Buemon. Me llamo Buemon Furui.

—Vaya. Qué nombre tan clásico. Desde luego no suena nada moderno. Estás en cuarto curso, ¿no es así?

—No.
—¿En tercero?
—Estoy en segundo.
—¿En la clase A?
—En la clase B.
—¿En la clase B, dices? Hum... Entonces, yo soy tu profesor. Ya veo, oh, sí, sí, claro, lo recuerdo...
El maestro, aunque no lo demostrase, parecía impresionado. A pesar de que se estaba haciendo el desentendido, había reparado en esa cabeza monstruosa desde el día en que comenzó el curso y, de hecho, había reconocido inmediatamente a su portador. Le impresionaba tanto el inmenso cráneo, que a menudo soñaba con él. Sin embargo, nunca había sido capaz de relacionar ese nombre tan clásico con el propietario de ese cráneo gigantesco y, por tanto, tampoco fue capaz de relacionar ambas cosas con su clase. Por eso, cuando reparó en que la cabeza que invadía sus sueños era la de un alumno que estaba realmente en su clase, sintió una genuina extrañeza. En realidad lo que sintió lúe mucho más que extrañeza, porque no podía imaginarse ni por asomo el motivo de aquella visita. El maestro era muy impopular entre sus alumnos, y difícilmente recibiría la visita de cortesía de uno de ellos. De hecho, la visita de ese Buemon Furui era la primera que recibía, de ahí que se sintiera un tanto perdido. Era inconcebible pensar que le visitaba por mera cortesía social, y aún más inconcebible que lo hiciera por algún motivo personal. Era más lógico suponer que el alumno se había presentado allí para darle algún consejo al maestro, que dejara la profesión, quizás, pero, en ese caso, habría mostrado una actitud más desafiante y menos sumisa. El alumno, por su parte, estaba tan azorado que parecía haber olvidado el motivo por el que estaba allí. Al final el maestro fue capaz de plantear la pregunta esencial:
—¿Has venido para charlar?
—No.
—¿Tienes algo que decirme? —Sí.
—; Sobre la escuela?
—Sí. Me gustaría decirle algo sobre...
—¿De qué se trata, dímelo?
—Bueno.
Buemon Furui bajó los ojos y se quedó callado. Aunque, para ser un alumno de segundo año, bastante hablaba. A pesar de que, al parecer, su cerebro estaba más bien poco desarrollado en relación al tamaño de su cráneo, se expresaba mejor que la mayoría de sus compañeros de la clase B. De hecho, fue él mismo quien poco tiempo antes había puesto al maestro en una situación delicada al preguntarle cómo se decía «Colón» en japonés. Un orador como él, que ahora tartamudeaba como una tímida

princesita de los cuentos, debía de estar realmente preocupado para aparecer en su casa de ese modo. Su resistencia a hablar, pues, no podía obedecer simplemente a una cuestión de modestia. Incluso el maestro pensaba que aquello era tremendamente raro.

—Si tienes algo que decir, dilo. ¿Por qué te quedas callado?

—Es que es un poco difícil de explicar...

—¿Difícil? —preguntó el maestro mientras escrutaba la cara de su alumno. Éste seguía mirando al suelo con una expresión de la que era imposible extraer ninguna lectura. El maestro cambió su tono de voz y dijo con suavidad:

—No te preocupes. Puedes decirme lo que quieras. No hay nadie más escuchando y yo no se lo contaré a nadie.

—¿De verdad puedo contárselo? —Buemon Furui seguía dudando.

—¿Por qué no ibas a poder?

—Está bien. Se lo diré. —Levantó abruptamente su cabeza rapada y miró directamente al maestro. Sus ojos tenían forma triangular. El maestro tenía los carrillos llenos de humo del tabaco que acababa de aspirar. Lentamente lo fue soltando por sus grandes aletas nasales, mientras examinaba la cara del alumno.

—Bueno, las cosas últimamente se han puesto algo difíciles. ..

—¿Qué cosas?

—La verdad es que todo resulta terriblemente difícil, y por eso he venido...

—Bien, pero ¿qué es lo que te parece tan difícil? —Yo, en realidad no quería hacerlo, pero Hamada me pidió que se lo prestara...

—¿Cuando dices Hamada, te refieres a Heisuke Hamada? —Sí.

—¿Quieres decir que le prestaste dinero para la pensión, o algo por el estilo?

—¡No, no! No fue eso lo que le presté. —¿Entonces qué? —Le presté mi nombre. —¿Y para qué quería él tu nombre? —Envió una carta de amor. —¿Que envió qué?

—Dije que le llevaría la carta a la oficina de correos en lugar de prestarle mi nombre.

—No entiendo lo que dices. ¿Quién hizo qué? —Envió una carta de amor. —¿A quién?

—Como ya le he dicho, me resulta complicado decírselo.

—Bien, recapitulemos. Quieres decir que enviaste una carta de amor a una mujer, ¿no es eso?

—No fui yo.

—La envió Hamada.

—No, tampoco la envió él.

—¿Quién lo hizo, entonces?

—No lo sé.

—Todo esto que dices no tiene sentido... ¿Entonces nadie la envió?

—Lo único que yo puse fue el nombre.

—¿Sólo pusiste el nombre? No entiendo nada. Tienes que explicarme lo que pasó con claridad y lógica. En primer lugar, ¿quién recibió la carta de amor?

—Una chica que se llama Tomiko Kaneda, que vive justo ahí, en la esquina.

—¿Kaneda, la del hombre de negocios?

—Sí, su hija.

—¿Y qué quieres decir con lo de que prestaste tu nombre?

—Como esa señorita es una engreída y una presuntuosa, decidimos enviarle una carta de amor. Hamada dijo que debía ir firmada y yo le dije que lo hiciera él mismo, pero él me contestó que su nombre no daba la talla y que el mío era mucho más impresionante. Por eso se lo presté.

—¿Conoces a la chica? ¿Sois amigos?

—¿Amigos? Por supuesto que no. En mi vida la he visto.

—¡Qué imprudente! Mandar una carta de amor a una chica a la que nunca has visto. ¿Por qué lo hiciste?

—Todo el muño dice que es una engreída pomposa, así que nos queríamos reír de ella.

—¡Aún peor! Y encima mandaste la carta firmada con tu nombre.

—Sí. La carta la escribió Hamada. Yo presté mi nombre, y Endo se acercó por la noche hasta la casa para echarla al buzón.

—¿Así que los tres sois responsables?

—Sí, pero cuando después pensé que quizás me expulsarían del colegio, me preocupé tanto que llevo dos o tres noches sin dormir. No puedo comportarme como hago normalmente.

—Lo que hicisteis es una cosa increíblemente estúpida. Dime, además de firmar la carta, ¿pusisteis la dirección de la escuela?

—No, no hicimos ninguna mención a la escuela.

—Algo es algo. Si lo hubierais hecho, el buen nombre de la escuela se habría visto involucrado.

—¿Cree que me expulsarán?

—No soy yo el que tiene que decidirlo.

—Es que mi padre es muy estricto y mi madrastra es una bruja. Si me expulsan, estaré en un buen lío. ¿Usted cree que lo harán?

—Debes entender que hicisteis mal.

—Yo no quería hacerlo, pero me dejé arrastrar. ¿Usted podría ayudarme?

Las lágrimas le corrían por la cara. El pobre Furui imploraba la ayuda del maestro.

La señora y su sobrina, mientras tanto, escuchaban tras la puerta corredera, y apenas podían contener la risa. El maestro, dándose importancia, no dejaba de repetir:

«Bueno, no lo sé». Todo aquello era fascinante.

Es muy posible, e incluso muy razonable, que alguien se pregunte qué encontraba yo de fascinante en todo aquello. Para cualquier criatura viviente de este mundo, ya sea humano o animal, lo más importante es conocerse a uno mismo. Aunque seamos iguales en muchas cosas, un hombre que se conoce a sí mismo es más digno de respeto que un gato, por muy iluminado que esté el felino. El mismo día en que los seres humanos con los que suelo tratar diariamente alcancen ese grado de conocimiento de sí mismos, juro que abandonaré inmediatamente este relato de acontecimientos, por injustificado e innecesario. Sin embargo, lo cierto es que sólo unos cuantos conocen la verdadera longitud de su nariz, y menos aún conocen realmente de qué pasta están hechos. Así que no tiene sentido preguntarle entonces a un simple gato como yo, carente siquiera de nombre, la razón de su fascinación por la escena que se estaba desarrollando en la salita. Los seres humanos suelen ser muy presuntuosos, y tienen sobrados motivos para ello. Se creen los reyes de la creación, y pregonan constantemente su supuesta superioridad, a pesar de que padecen graves carencias en lo que respecta a la percepción de sí mismos. Lo peor de todo es que están convencidos de la importancia de su papel en el mundo, lo cual, permítanme, es verdaderamente risible. Pregonan por doquier la nobleza de su sangre, pero a mí me cuesta mucho comprender la razón de tanto orgullo. Ni su lógica ni su sentido común les llevarán nunca a renunciar a ese papel que se atribuyen de reyes de la creación. La raza humana, en su necedad, será capaz de extinguirse antes de renunciar voluntariamente a la fantasía sobre su propia trascendencia como especie. Cualquier criatura que se comporte con semejante inconsistencia de juicio, y que se niegue a reconocer lo contradictorio de tales ínfulas, resultará, como poco, digna de chanza. Y, como el ser humano es, de hecho digno de chanza, de ello se deduce que también es un animal profundamente estúpido.

Los acontecimientos que he descrito hasta ahora ocurrieron tal como los he narrado y, en tanto realidades externas, apenas dejaron huella en el paso del tiempo. Pero en este caso concreto no fue la actitud del maestro, de su mujer, de Yukie o de Buemon Furui lo que más me divirtió, sino la diferente calidad de las reacciones experimentadas en sus corazones ante los mismos acontecimientos. Al maestro, por ejemplo, le importaba poco la travesura de su alumno y, menos aún, el hecho de que su padre fuera un cafre y peor todavía su madrastra. Si expulsaban al pobre muchacho de la escuela, daba igual, porque él seguiría en su puesto, pero si expulsaban a todos los alumnos la cosa sería bien distinta, y con toda seguridad perdería el trabajo. Pero, como la desgracia de este alumno, individualmente considerado, no amenazaba con tener consecuencias en la vida del maestro, no se podía esperar de él que mostrase ninguna compasión. Por eso mantenía una actitud tan distante. Es natural no fruncir el ceño ante la desgracia del primer desconocido que se planta delante de uno. Pero yo,

humildemente, creo que el ser humano es incapaz de mostrar la más mínima comprensión y compasión hacia los demás, si no hay un interés por medio. El hombre no es misericordioso por naturaleza. Si alguna vez derrama alguna lágrima, es por cumplir con las exigencias sociales y con ciertas normas, como cuando se paga un impuesto y luego se mira hacia otro lado. El hombre sólo se compadece si ello le sirve para engañar a los otros. Sin duda, se trata de un difícil arte. Sólo quien logra la maestría y el refinamiento en el engaño será considerado un hombre de sentimientos delicados y digno de estima. Para convencerse de mi teoría no hay más que echar un vistazo alrededor. El maestro formaba parte de aquéllos que se fingían negligentes en lo que se refiere a las normas sociales y, precisamente por eso, no era digno de estima. Y, como no tenía que ganarse la estima de nadie, se mostraba claramente indiferente ante las desgracias ajenas. Eso era lo que pasaba cada vez que contestaba a los ruegos del muchacho con un simple y frío «no lo sé». Pero el maestro, al menos, era un hombre honesto y, por tanto, su comportamiento no merecía ser censurado. La indiferencia es una de las señas de identidad del ser humano, que la trae consigo desde el día mismo de su nacimiento. Precisamente, son los hombres sencillos y honestos los únicos que no tienen reparo en mostrar estas señas de identidad bien a las claras. Si, en las condiciones descritas, alguien esperase algo más que indiferencia, quizás es que de verdad tiene en muy alta estima el valor real de la especie humana. ¿O es que alguien se cree que los ocho perros de esa estúpida novela de Bakin, [99] que encarnaban cada una de las virtudes cardinales del sistema ético confuciano, han saltado de sus páginas para venir a establecerse en este barrio?

En lo que se refiere al maestro, está todo dicho. Pero consideremos ahora la actitud de las dos mujeres que se reían tapándose la boca en la habitación de al lado. Ellas dieron un paso más allá del de la simple indiferencia mostrada por el maestro y, naturalmente, adaptadas como estaban a lo cómico y lo grotesco, se estaban divirtiendo de lo lindo. Las dos mujeres se tomaban el asunto de la carta de amor que tenía martirizado al pobre cabezón como un regalo del cielo. No había ninguna razón particular para tomarse el asunto a broma, pero lo cierto es que ellas sí lo hacían. Si uno analiza sus comportamientos, se da cuenta de que en realidad se alegraban del lío en que se había metido el pobre Buemon. Si se le preguntara a una de esas mujeres si le parecía divertido reírse de las desgracias ajenas, ella nos contestaría, por supuesto, que no, y se lo tomaría muy mal, como si se tratara de una especie de afrenta a la dignidad del sexo femenino. Lo habitual con las mujeres es que, aunque hagan algo deshonroso, ninguna persona decente deberá señalárselo. En consecuencia, su actitud es como la del ladrón que reconoce que ha robado, pero que exige que no se tache esa actitud de inmoral, puesto que podría afectar a su buen nombre. Las mujeres son muy inteligentes, y suelen ser tremendamente lógicas en su forma de pensar. Si uno quiere vivir en paz con ellas, deberá estar dispuesto a permanecer sereno e imperturbable,

aunque sea a costa de recibir insultos, palos y persecuciones. Deberá estar preparado para asumir con agrado las imprecaciones, las burlas y las risas a su costa. Si uno no es capaz de aprender esas sencillas normas, nunca podrá ser amigo de esas hipócritas criaturas. Por un comprensible error de cálculo, el pobre Buemon Furui había cometido una desgraciada torpeza, y por ello le humillaban. Las dos mujeres se daban perfecta cuenta de que reírse de una persona humillada constituía una tremenda falta de educación, pero, a pesar de todo, se reían, y eso era una muestra más de su inmadurez. Las mujeres te llaman estrecho de miras si te enfadas con alguna que comete una descortesía. A menos que el pobre Buemon estuviese dispuesto a recibir mayores humillaciones, lo mejor sería que cerrase el pico.

En último lugar, ofreceré un breve análisis de los sentimientos más íntimos del propio Buemon Furui. Este infante suplicante era en aquellos momentos la ansiedad personificada. Si la enorme cabeza de Napoleón estaba llena de ambiciones, la suya estaba llena de ansiedad. El ocasional movimiento de su chata nariz delataba que su inquietud interior estaba conectada de alguna manera con sus nervios nasales, en lo que constituía una especie de movimiento reflejo e involuntario. Se había pasado varios días rumiando su disgusto, y ahora se sentía como si se hubiera tragado la bala de un cañón, y ésta se le hubiera comenzado a oxidar en el estómago. Estaba tan confuso que la única salida que se le ocurrió para solucionar el problema fue la de ir a casa del maestro a solicitar su ayuda. Al fin y al cabo, Kushami era su tutor. Había tenido que inclinarse ante un hombre que no le gustaba nada, y había olvidado completamente el detalle de que era, precisamente él, el alumno que en mayor medida hacía enfadar al maestro, el principal instigador y organizador de los motines en su contra. Creía que, por el simple hecho de ser su maestro, Kushami no tendría en cuenta sus chiquilladas de colegial y se prestaría rápidamente a echarle una mano para sacarle de aquel turbio asunto. Pero con todas esas reflexiones, lo único que mostraba era su ingenuidad. Ser maestro, tutor o mentor, eran asuntos que a Kushami le importaban más bien poco. La responsabilidad inherente a tal papel le había sido encomendada por el director de la escuela, y para él tenía el mismo valor que el sombrero del tío de Meitei. Resumiendo: la responsabilidad le pesaba y le desagradaba. Si por lo menos ese rimbombante cargo de tutor tuviera alguna utilidad... Si el hecho de llevar un nombre, de tener un cargo, tuviera algo que ver con cómo somos en realidad... Buemon Furui era un muchacho egocéntrico, y sobrestimaba la amabilidad de sus profesores. Asumía que todo el mundo debía ser amable con él, porque sí. Seguro que ni siquiera había considerado la posibilidad de que se estuvieran burlando de él. Al menos, el hecho de haber ido a la casa del maestro le había enseñado una lección muy importante. Si se la aprendía bien, podría usarla en el futuro, y eso le ayudaría a mostrarse, llegado el caso, más indiferente ante las desgracias y los sufrimientos ajenos. De esa manera el mundo por fin lo

encumbraría, igual que encumbró a la familia Kaneda, tan indiferente a todo lo que no fuera su propio interés. Por mi parte, lo único que le deseaba al pobre muchacho era un futuro brillante en el que pudiese reflexionar sobre sí mismo, y en el que se pudiese convertir en un hombre como Dios manda. De no ser así, ninguna de sus muchas preocupaciones, esfuerzos o arrepentimientos le garantizarían el éxito y la fama. Si no aprendía rápido a mostrarse indiferente ante el infortunio ajeno, le considerarían indigno de vivir entre hombres honrados. Y eso, sin duda, sería mucho más grave que ser expulsado de la escuela.

Estaba yo en estas reflexiones cuando, de pronto, se abrió la puerta y apareció la mitad de una cara. El maestro murmuraba todavía su apática letanía, cuando el recién llegado, o, al menos, la mitad de él, le llamó inoportunamente por su nombre. Era Kangetsu.

—¡Vaya! Hola. Pasa, no te quedes ahí.

—¿No estará ocupado con su visita? —preguntó educadamente la mitad visible de Kangetsu.

—No te preocupes por eso. Entra.

—De hecho, venía a proponerle que viniera conmigo.

—¿Adonde? ¿A Akasaka otra vez? Ya he tenido suficiente con ese barrio. Me obligaste a caminar mucho el otro día y aún me duelen las piernas.

—No se preocupe. Así las estira un poco.

—¿Dónde quieres que vayamos? Pero no te quedes ahí parado. Entra.

—Quería ir al Zoo, a escuchar el rugido del tigre.

—¡Vaya ideas! Pero te digo que entres un momento.

Kangetsu pareció llegar finalmente a la conclusión de que, negociando desde la distancia, no lograría sus objetivos. Se quitó ostentosamente los zapatos y entró en la habitación. Como de costumbre, vestía pantalones grises con parches en su parte trasera. Siempre decía que esos parches no eran debidos a que los pantalones fueran muy viejos, o a un trasero demasiado gordo y pesado. La razón era que estaba aprendiendo a montar en bicicleta, y la fricción que ello originaba hacía necesario un refuerzo en sus posaderas. Saludó a Buemon con una leve inclinación de cabeza, y se sentó en la parte de la habitación más próxima a la galería. Por supuesto, no tenía ni idea de que estaba sentado frente a un rival directo que le enviaba cartas de amor a su prometida, a la que todos consideraban ya como la futura señora Kangetsu.

—No hay nada especialmente interesante en el rugido de un tigre —observó el maestro.

—Bueno, ahora seguro que no, pero mi idea es que antes demos una vuelta y que nos acerquemos por allí a las once en punto.

—¿Por qué tan tarde?

—A esas horas estará ya oscuro, y los árboles que rodean el Zoo tendrán un

aspecto aterrador, como el de un bosque silencioso.

—Es posible. Seguro que está más desierto que durante el día.

—Iremos por un camino arbolado por el que, incluso de día, poca gente se aventura. Antes de darnos cuenta, tendremos la sensación de haber dejado atrás la ciudad para internarnos en lo más profundo de las montañas.

—¿Y qué debe hacer uno con una sensación como ésa?

—Esperaremos un rato en silencio hasta escuchar el rugido del tigre...

—¿Es que el tigre está entrenado para rugir a una hora precisa?

—Le garantizo que rugirá. Incluso a plena luz del día se puede oír su rugido desde la Facultad de Ciencias; así que de noche, en plena oscuridad, cuando no haya ni un alma alrededor, cuando se puede sentir la muerte en el aire y uno respire el viento que silba con los espíritus de las montañas...

—Respirar el viento que silba con los espíritus de las montañas... Vaya, qué lírico.

—Sí. Es una expresión para dar a entender una situación aterrorizadora.

—Desde luego, desde luego. *Aterrorizadora*. No es una expresión muy corriente, no creo que la haya escuchado nunca.

—Entonces el tigre rugirá. Un rugido salvaje que hará temblar a los cedros del parque hasta que se les caigan las hojas. Una cosa aterradora, en serio.

—*Aterrorizadora* —le corrigió el maestro—. Ya lo creo.

—Bueno, ¿qué me dice? ¿Se apunta conmigo a la aventura? Estoy seguro de que disfrutaremos enormemente. Será una experiencia inolvidable. Creo que todo el mundo debería escuchar al menos una vez el rugido de un tigre en plena noche.

—No sé... —dudó el maestro. Arrojó la misma manta de indiferencia sobre la propuesta de Kangetsu que había lanzado anteriormente sobre la petición de auxilio de su alumno.

Hasta ese momento, Buemon Furui había escuchado con interés y en silencio la propuesta de ir a escuchar los rugidos nocturnos del tigre, pero la indiferencia del maestro le trajo de vuelta a la memoria el motivo de su visita. Dijo:

—Reverenciado maestro. Estoy enfermando de preocupación. ¿Qué debo hacer?

Kangetsu miró sorprendido aquella enorme cabeza de nariz chata que emitía sonidos. En cuanto a mí, sentí de repente que era el momento de dejar solos a aquellos tres. Me excusé educadamente y salí en dirección al cuarto de estar.

Allí encontré a la señora Kushami, que seguía riéndose, disimuladamente, para que no la escuchasen en la habitación de al lado. Había servido el té en una taza de porcelana china y la había colocado sobre una horrenda bandeja de antimonio rojo. Le estaba diciendo a su sobrina:

—Anda, llévasela a nuestro invitado.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué no? —Sus risitas cesaron abruptamente.

—Simplemente prefiero no hacerlo. —De pronto Yukie adoptó una expresión peculiar; se sentó sobre el tatami y se puso a leer con fingida atención los restos de un periódico. La señora Kushami insistió:

—Desde luego, eres una persona increíble. Es Kangetsu el que está ahí. No hay motivo para que te pongas así.

—Es que simplemente prefiero no ir. —Los ojos de la chica seguían clavados en el periódico. Era evidente que era incapaz de leer siquiera una sola línea. Si hubiera dejado de mirar fijamente a los papeles, habría estallado de nuevo en llanto.

—¿Por qué eres tan tímida? —dijo la señora mientras empujaba deliberadamente la taza y la bandeja hacia el periódico, hasta cubrirlo por completo.

—¡No quiero hacerlo, tía! —exclamó Yukie. Intentó retirar la taza y la bandeja del periódico y, al hacerlo, lo derramó todo. El *tatami* se llenó de té.

—¿Y ahora qué? —dijo la señora.

Yukie salió corriendo hacia la cocina con una expresión en la que se mezclaban el enfado, la vergüenza y la sorpresa. Supuse que iría a buscar un trapo para arreglar el desaguisado. A mí, en cualquier caso, el pequeño drama me pareció de lo más interesante.

Kangetsu, mientras tanto, ignorante totalmente del revuelo que su visita había provocado en las mujeres, continuaba con su extraña conversación con el maestro:

—Me he fijado en que ha cambiado el papel de la puerta. ¿Por qué razón lo ha hecho, si me permite preguntárselo?

—Han sido las mujeres. Parece que han hecho un gran trabajo, ¿no crees?

—Desde luego, muy profesional. Pero ha dicho usted las mujeres. ¿Eso incluye a la colegiala que viene por aquí de vez en cuando?

—Sí, mi sobrina. Nos echó una mano. Dijo que, como ya podía hacerse cargo de un trabajo así, y hacerlo bien, igualmente estaba preparada para casarse.

—Ya veo —dijo Kangetsu mientras examinaba la puerta—. Por la parte de dentro ha quedado bien liso, pero por la de fuera no lo han estirado bien, tiene arrugas.

—Por ahí fue por donde empezaron, justamente, y eso fue antes de que le cogieran el truco.

—Ya veo. Ya me parecía a mí que no estaba bien del todo. La superficie forma una curva exponencial sin relación alguna con funciones ordinarias. —Desde lo más profundo del abismo de su mente científica, Kangetsu hacía observaciones monstruosas.

—Ya, ya —se limitó a decir el maestro, tan indiferente como de costumbre.

En ese momento Buemon comprendió que sus lamentos no servirían de nada, e inclinó la cabeza en silencio a modo de saludo hasta casi rozar con ella la superficie del tatami.

—¡Ah! —dijo el maestro—. Ya te marchas.

Sin decir nada más, Buemon salió al zaguán, se calzó sus sandalias y se marchó tan desconsolado como había venido. Lo único que se escuchó de él fueron sus tristes pasos alejándose. Un caso lamentable. Si nadie lo evitaba y acudía en su ayuda, el muchacho bien podría dedicarse a componer uno de esos poemas de despedida del mundo, grabarlo en cualquier piedra y tirarse después desde la cascada de Kegon. Pasase lo que pasase, lo que estaba claro es que la raíz de todos sus males era la cabeza loca de esa engreída insufrible de Tomiko Kaneda. Si Buemon terminaba por suicidarse, era de esperar que al menos su espíritu la atormentase hasta el día de su muerte. Ningún hombre se lamentaría si una mujer como ésa, o un buen puñado de ellas, desapareciera de este atormentado mundo para siempre. Me parece que si alguien le aconsejase a Kangetsu que se casara con otra joven le haría un gran favor.

—¿Quién era ése? ¿Uno de sus alumnos? —Sí.

—¡Menuda sandía tiene por cabeza! ¿Se le dan bien los estudios?

—Peor de lo que cabría esperar para tener semejante cráneo. Al menos es de los que hacen preguntas originales. El otro día me pilló en un renuncio cuando me preguntó que cómo se pronunciaba «Colón» en japonés.

—Quizás sea el tamaño de su cerebro lo que le lleve a hacer preguntas de ese estilo. ¿Qué le contestó?

—No me acuerdo. Cualquier tontería.

—O sea, que le dio una respuesta. Eso está muy bien.

—Si no contestas a sus preguntas, los alumnos empiezan a perderte el respeto.

—Está usted hecho todo un político. A juzgar por la cara del muchacho, debía de estar terriblemente avergonzado de haberle molestado.

—Él solito se ha metido en un buen lío. ¡Estúpidos chavales!

—¿De qué se trata? El chico se me hace simpático, no me lo imagino.

—Una cosa muy estúpida. Le ha mandado una carta de amor a la hija de los Kaneda.

—¿En serio? ¿Ese cabezón? Los estudiantes de hoy en día parece que no se detienen ante nada. Me asombra.

—Espero que esta noticia no te enfade.

—Para nada. Al contrario, me parece de lo más divertido. Le aseguro que por mi parte no hay problema, por muchas cartas de amor que reciba la señorita.

—Si tan seguro estás de ti mismo, entonces no te importará que...

—Por supuesto que no me importa. No me preocupa lo más mínimo. Pero, ¿no le parece increíble que un cabezón semejante escriba una carta de amor a una chica?

—Bueno, de hecho todo empezó como una especie de broma. Como la chica en cuestión es tan engreída, el precioso trío se puso de acuerdo y...

—¿Quiere decir que fueron tres los que le mandaron la carta a la señorita Kaneda? Vaya, la cosa mejora por momentos. Esa carta conjunta suena como si los

tres se hubieran sentado a la misma mesa para compartir una cena a la occidental, ¿no le parece?

—Lo cierto es que entre los tres se dividieron las funciones. Uno escribió la carta, otro la envió y el tercero prestó su nombre para firmarla. Ese joven cabezón que acabas de ver, el más tonto de los tres, sin duda, es el que puso el nombre. De hecho me ha dicho que nunca en su vida había visto a la chica en cuestión. No puedo imaginarme cómo alguien puede hacer algo tan ridículo sin sacar ningún beneficio de ello.

—A mí me parece espectacular, un signo de nuestros tiempos, una obra maestra del espíritu moderno. Me sorprende que un muchacho como ése haya escrito una carta de amor a una mujer desconocida. En serio, es de lo más divertido.

—Pero podría provocar algunos engorrosos malentendidos.

—¿Y qué más da? Se trata de los Kaneda y de su hija.

—Sí, pero se trata de la mujer con la que quizás te cases un día.

—Cierto, pero sólo *puede* que me case con ella. No se preocupe tanto.

—Quizás no te preocupe a ti, pero...

—Estoy seguro de que los Kaneda tampoco se preocuparán. Hágame caso.

—Pues muy bien. Si tú lo dices... Una vez que la terminaron y la enviaron, al chico empezó a entrarle una enorme preocupación. Es más, se asustó de que pudieran descubrirle, y por eso vino a pedirme consejo.

—¿En serio? ¿Por eso tenía ese aspecto tan decaído? Debe de ser un chico muy tímido. Le daría usted algún consejo, supongo...

—Está muerto de miedo ante la posibilidad de que le expulsen de la escuela. Ésa es su principal preocupación.

—¿Y por qué motivo iban a expulsarle de la escuela?

—Por haber cometido un acto inmoral.

—Hombre, yo no diría que mandar una carta de amor, aunque sea de broma, constituya un acto inmoral. No tiene tanta importancia. De hecho, espero que los Kaneda se lo tomen como un motivo de orgullo y se dediquen a pregonarlo por ahí.

—Seguro que no lo hacen.

—En cualquier caso, incluso aunque estuviera mal hacer una cosa así, ello no es motivo suficiente para dejar que el chico enferme. Tonterías como ésa son capaces de empujar a esos adolescentes a acabar con sus vidas. Aunque tenga una cabeza diabólica, ese chico no es el diablo. ¡Si hasta le temblaba la nariz!

—Te pareces cada día más a Meitei con esas cosas que dices.

—Bueno, supongo que es la moda. Es un poco anticuando tomarse las cosas tan en serio como hace usted.

—No se trata de una cuestión de estar desfasado o de actuar según la moda. Sólo a un completo idiota se le ocurriría mandar una carta de amor a una completa

desconocida. Eso trasciende las épocas. Es algo de sentido común.

—¡Vamos, hombre! La gran mayoría de las bromas no tienen nada que ver con el sentido común. ¡Pobre muchacho! Lo que hay que hacer con los que gastan bromas es ayudarlos. ¡Ellos tienen el mérito! Fíjese en el pobre chaval, si ya iba camino de la cascada de Kegon.

—Quizás debería haberle consolado.

—En efecto, debería haberlo hecho. Hay muchas personas mayores que, con un sentido común más desarrollado que el del muchacho, hacen cosas más graves que mandar una simple carta de amor a una chica. Si le expulsan de la escuela por eso, sería lo mismo que prohibirle formar parte de la sociedad civilizada.

—Quizás tengas razón...

—Bien. Una vez aclaradas las cosas, ¿qué me dice de ir a escuchar rugir al tigre?

—Ah, el tigre.

—Sí. Salgamos a dar una vuelta. De hecho, mañana me ausentaré de Tokio para ir a mi ciudad natal a atender unos asuntos. Estaré fuera unos días, así que no sé cuándo volveremos a tener la oportunidad de salir de expedición nocturna.

—¿Así que te marchas a atender unos asuntos?

—Sí. Algo que tengo que hacer yo personalmente. Venga, vayámonos.

—De acuerdo, de acuerdo...

—Estupendo. Yo invito a la cena.

El entusiasmo de Kangetsu era contagioso y el maestro se dispuso a salir, aunque no se puede decir que estuviera emocionado con la perspectiva.

La señora Kushami y Yukie, eternamente femeninas, se quedaron en casa afilando las uñas y cuchicheando.

Capítulo 11

Delante del *tokonoma* [100] de la casa del maestro estaban sentados frente a frente Meitei y Dokusen. Entre ellos había un tablero de *go* [101]

—No quiero jugar sin apostar —dijo Meitei—. El que pierda paga la cena, ¿de acuerdo?

Dokusen se atusó su barba de chivo y murmuró: —Según mi experiencia, si juegas para ganar, por comida o por algún otro tipo de lucro, el juego se empobrece. El dinero o el lucro lastran la mente al cargar sus células con la preocupación de si se gana o se pierde. Apostar es mal asunto. Yo creo que el auténtico valor del juego es la atmósfera de pausada calma que se crea, en la que todas las consideraciones sobre el éxito o el fracaso quedan al margen y en la que uno, simplemente, deja que las cosas fluyan de manera natural. Entonces, y sólo entonces, es cuando los contendientes pueden saborear verdaderamente las sutilezas del juego.

—¡Ya estás otra vez con tus divagaciones metafísicas! Es imposible jugar a nada con una persona como tú. Parece como si hubieras saltado de las páginas de la *Fábula de los setenta y un ermitaños.*

—Si yo divago es porque, como bien señalo Yuanming, [102] jugar sólo por la apuesta es como tocar un arpa sin cuerdas.

—¡Ah! O sea, que es lo mismo que mandar telegramas por una línea sin cables, supongo —respondió Meitei.

—Vamos, Meitei, seguro que puedes encontrar un símil más acertado. Pero mejor déjalo. No lo intentes. Sigamos con el juego.

—Elige. ¿Blancas o negras?

—Me da igual.

—Como no podía ser de otra manera viniendo de un ermitaño, eres trascendentalmente generoso. Si eliges las blancas, pues será inevitable que yo me quede con las negras. Adelante entonces. Empieza y sal por donde quieras.

—Las reglas dicen que salen las negras.

—¿En serio? ¿Es eso cierto? De acuerdo, empiezo yo entonces. Pondré una negra más o menos por... aquí.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Va contra las reglas.

—Caramba con las reglas. Pero no importa. Es un nuevo movimiento de apertura. Acabo de inventarlo.

Como mi mundo se limitaba a la casa del maestro e inmediatos alrededores, aquélla era la primera vez que veía un tablero de go. Es un cachivache de lo más extraño, algo en lo que ningún gato, por muy sensible que sea, podría siquiera llegar a

imaginarse: se trataba de una tabla cuadrada, dividida en una miríada de cuadraditos más pequeños, en los que los jugadores colocaban piedritas blancas y negras a la buena de Dios, de tal manera que los ojos acaban por bizquearte al menor descuido. Una vez empieza el juego, los devotos de este extraño culto se enzarzan en un griterío confuso cuando alguno de esos ridículos y diminutos objetos corre peligro, escapa, se le atrapa, se le elimina o se le rescata. Y todo ello tiene lugar en un espacio tan reducido, que si se me ocurriese plantar mi pata delantera en él, sin duda provocaría un irreparable destrozo. Como Dokusen bien sabría, dado su conocimiento de los compendios de sermones Zen, *uno junta hierbas para construir un templo, y al cabo del tiempo, cuando ya ha desaparecido, se da cuenta de que debajo de su planta está el mismo suelo de siempre*. En el caso del tablero de go, lo primero que se hace es colocar las piezas dentro y luego se las saca fuera. Un juego absurdo. ¿No será más inteligente dejarlo todo vacío de principio? Vaya pérdida de tiempo y de energía... Sería más fácil quedarse de brazos cruzados mirando el tablero, puesto que al final las piezas van a acabar igual que empezaron. En las primeras fases del juego, mientras las treinta o cuarenta fichas están más o menos en orden, la cosa no reviste demasiado problema. Pero en el momento en el que el juego se acerca a su climax, el desbarajuste de piezas blancas y negras constituye una ofensa a una mente civilizada. Las piedras están tan apretadas las unas contra las otras que chirrían y se amontonan en una especie de desordenado cónclave. Uno teme que las que están más cerca de los bordes del tablero, se caigan al suelo de un momento a otro. Todo lo que pueden hacer es permanecer inmóviles durante un rato y esperar confiadas a su suerte. El go es un producto perverso de la mente del hombre, y, por lo tanto, refleja su espíritu, tan estrecho de miras como las minúsculas casillas y tan abigarrado y confuso como el desbarajuste de piezas que se monta en el tablero a poco que te descuides. De esa apretada concentración se puede deducir fácilmente esa antipatía tan humana por los espacios abiertos, su irremediable propensión a reducir el universo a lo puramente local, y su pasión por las limitaciones territoriales encuadradas en diminutas fronteras que nunca se atreven a traspasar si no es con ánimo beligerante. Se regodean en los rigores de su constricción, en las dolorosas inhibiciones de su elección. Resumiendo, cuando uno observa el juego de *go*, descubre que el ser humano es, más que otra cosa, un auténtico masoquista.

Sólo Dios sabe por qué Meitei, hombre de mente frivola, y su amigo, el místico y solitario Dokusen, habían elegido ese día precisamente para jugar al go. Pero lo cierto es que allí estaban. Habían sacado el tablero de un armario polvoriento, recuperado las piedras necesarias para jugar, y se habían lanzado a una complicada partida. Como era de esperar, formaban una pareja bien equilibrada, y desde el principio tomaron posiciones y repartieron las piezas a su antojo. Al principio, todo marchó bien, pero dado lo angosto del tablero, era inevitable que antes o después estallase el

conflicto, y que éste fuese cruento. Según aumentaba la presión, así aumentaba también la crudeza de las punzadas verbales, y, como era también costumbre en ambos, las poco relevantes citas de clásicos chinos de segundo orden.

—Meitei, tu forma de jugar es, sencillamente patética. ¿No te das cuenta de que es absurdo de que pongas esa pieza ahí? Quítala e inténtalo por otro lado.

—A un simple fanático del Zen como tú, mi estrategia podrá parecerle absurda, pero has de saber que me he dedicado a estudiar las jugadas de un Gran Maestro Hon'imbó [103] Deberías tener más altura de miras.

—En cualquier caso, me comeré tu pieza. —¿No fue el noble Hankai el que aceptó no sólo la muerte por deseo de su señor, sino que le arrojaran a los cerdos? Considérame a mí un nuevo Hankai. Ése es mi movimiento.

—Ésa es tu decisión. Me alegro. Como bien dijo el poeta, «del sur viene la brisa perfumada que da frescor al palacio». Ahora, si muevo esa pieza y la protejo con las demás, estaré a salvo.

—Vaya, así que te proteges. Eres listo. Nunca pensé que te darías cuenta, pero fíjate: rápido como un rayo, *Bang*, *Bang*, y ya piensas que estoy vencido. Espero que hagas caso a esa antigua canción que decía: «No cruces el puente y no toques la campana del templo Hachiman , [104] no sea que despiertes a mi amado». Veamos, qué hago yo ahora... Pondré una ahí. Bueno, ¿qué me dices a eso?

—Pues te responderé con algo tan simple y efectivo como esto. Te bloquearé el paso «como una espada blandiendo afilada contra el cielo». [105]

—Espera un momento viejo amigo. Si haces eso me hundes. En serio, no tiene gracia.

—Ya te advertí que no hicieras ese movimiento.

—Te ofrezco mis más sinceras disculpas. Tenías razón, volveré atrás. Te pido que quites de ahí tu blanca.

—¿Cómo? ¿Es que acaso ése es otro de esos movimientos que aprendiste de no sé qué maestro?

—Y de paso, también puedes quitar esa otra de al lado.

—¡Tienes más cara que espalda!

—¿No pensarás que estoy haciendo trampas? Vamos, Dokusen, ¿qué importancia tienen una o dos fichas? Estamos entre amigos. No seas tan estricto. Sé buen chico y quita esas dos piezas de en medio. Será una fruslería para un espíritu elevado y noble como el tuyo, pero para mí es cuestión de vida o muerte. Estoy en uno de esos momentos de crisis suprema, como cuando en el teatro kabuki uno de los personajes sale tambaleándose y dice a gritos: «Un momento, no lo hagas». [106]

—No veo el parecido por ninguna parte.

—Me da igual si lo ves o no. Sólo se un buen amigo y quita esas piezas de ahí.

—Es la sexta vez que me lo pides.

—¡Qué memoria tienes! La próxima vez que juguemos te lo pediré doce veces. En cualquier caso, ahora te estoy pidiendo que quites de en medio dos miserables piedras. ¡Debo dedique te estás poniendo un poco terco! Creía que con todos los años que llevas dedicándote a la contemplación, habrías aprendido a ser algo más compasivo.

—Pero si muevo esas fichas, perderé.

—Creo que te he escuchado decir hace medio minuto que no te preocupabas por cosas tan mundanas como perder o ganar.

—Desde luego que no me preocupa perder, pero tampoco quiero que ganes tú.

—Dokusen, he de decir que me confunde lo sofisticado de tu iluminación espiritual. Parece que, finalmente, «el viento de la primavera ha partido la espada».

—Lo has dicho mal. Es «la espada brillante parte el viento de la primavera».

—¡Ah sí! Es verdad. Un error inocente, pero a mí me parece que mi versión suena mejor que la tuya. En fin, dejémoslo pasar. «Eso pasó» dijo el poeta, «así que esto pasará también.» Según parece, estás muy lúcido y ya ni te confundes. En fin, qué se le va a hacer. Paciencia.

—Como aprendimos de los patriarcas, «vida y muerte, eso es lo más importante. Todo es inconstante». Yo creo que ya estás vencido. Deberías aceptar tu derrota y dejarte de tonterías.

—Amén —dijo Meitei, y retiró una ficha del tablero.

Mientras Dokusen y Meitei se disputaban encarnizadamente la victoria delante del *tokonoma*, Kangestsu y Toito permanecían el uno junto al otro sentados a la entrada de la alcoba. El maestro, con su cara cetrina y amarillenta, estaba sentado en medio. Justo enfrente de Kangetsu, alineados en el suelo de *tatami*, había tres atunes secos. Un espectáculo extraordinario. Éste los había traído envueltos en su kimono. Kangetsu y el maestro se miraban con una mezcla de repulsión y curiosidad, hasta que Kangestsu finalmente abrió la boca y declaró:

—De hecho, volví a Tokio hace ya unos cuantos días, pero he estado ocupado con esto y lo otro, y por eso no he podido venir a visitarle hasta ahora...

—No había ninguna prisa —dijo el maestro con su habitual falta de tacto social.

—No la había, cierto, pero quería venir lo antes posible, para darle estos pescados.

—Pero están bien secos, ¿no?

—¡Por supuesto! El atún desecado es nuestra especialidad.

—¿Vuestra especialidad? Aquí en Tokio también puede encontrarse un excelente atún seco. —Entonces cogió el trozo más grande y lo olió.

—No se puede juzgar la calidad de este pescado por el olor.

—¿Son tan especiales quizás porque son mucho más grandes? —preguntó el maestro

—Coma un poco y verá.

—Desde luego, pero a este de aquí parece que le falta un trozo.

—Precisamente por eso me he dado tanta prisa en traérselo.

—No entiendo.

—Bueno. Lo estaban mordisqueando los ratones.

—¡Pero eso es tremendamente peligroso! Si no se tiene uno cuidado, se puede coger la peste.

—No se preocupe. Esas mordeduras tan insignificantes no constituyen un riesgo, créame.

—¿Pero cómo es posible que lo mordieran los ratones?

—Fue en el barco.

—¿Barco? ¿Qué barco?

—El que cogí para venir desde mi pueblo. No sabía dónde guardarlos, así que los escondí en la funda de mi violín. Fue ahí donde se produjo el ataque. Sinceramente, me habría dado igual si los ratones se hubieran comido el atún entero, pero lo malo es que también se dedicaron a mordisquear el instrumento.

—¡Qué animales más repugnantes! Quizás la vida en el mar les ha cambiado el gusto por las cosas con toda esa sal, ya sabes. Será la aspereza del alma marina...

El maestro miraba con avidez el regalo de Kangetsu.

—Está en la naturaleza de los ratones comer todo lo que caiga en su radio de acción sin discriminar nada en absoluto —señaló Kangetsu—. Incluso en mi habitación de Tokio, solía sufrir ataques nocturnos inesperados, así que me llevé los atunes a la cama y me pasé toda la noche sin pegar ojo.

—¡Qué asco! Seguro que es malo para la salud.

—Sí, puede que lleve razón. Quizás sea mejor que los lave antes de hincarles el diente.

—Dudo que con sólo lavarlos se limpien debidamente.

—Debería lavarlos con jabón y luego, para que recuperen un poco el color, aclararlos bien y secarlos.

—Y aparte de dormir con el atún mordisqueado, ¿también te llevaste a la cama el violín?

—Bueno. Es demasiado grande para dormir con él y...

En ese momento la conversación se interrumpió. Una voz atronadora llegaba desde la habitación de al lado. Era Meitei, que preguntaba:

—¿Quieres decir que te fuiste a la cama con un violín? ¡Qué romántico! Eso me recuerda este poemita antiguo:

La primavera pasa. Los brazos pueden sentir
el peso del laúd

haciéndose real.

»Por supuesto, se trata de un haiku de lo más anticuado. Si un joven de hoy en día se propusiera hacer algo así, tan a la antigua usanza, no le quedaría más remedio que irse a dormir con su violín. Toito, escucha esto, a ver que te parece está moderna variación sobre el mismo tema:

Bajo esta acolchada manta,
calor en la piel,
toda la noche seguro, los trastes libres de preocupación,
mi amado violín.

»Por supuesto que el violín no tiene trastes, pero qué más da. Uno no puede preocuparse por esos insignificantes detalles cuando se trata de escribir poesía moderna.

Toito, por su carácter, tenía tendencia a tomárselo todo demasiado en serio, y no se adaptaba a las frivolas maneras de Meitei. Contestó:

—Me temo que la poesía moderna, al contrario de lo que sucede con los *haikus* clásicos, no se puede improvisar. Necesita una mayor reflexión, un sentimiento más profundo, y también una fabricación más compleja. Pero una vez se ha compuesto adecuadamente, su tono exquisito extraído de su más íntimo espíritu, es capaz de conmover el alma más cerril.

—¿En serio? Bueno, a mí no me ha pasado nunca. Yo siempre he pensado que sólo el incienso adecuadamente quemado durante el Día de los Difuntos es capaz de traer las almas de vuelta a la tierra. ¿De verdad piensas que la poesía moderna es igual de eficaz? —preguntó Meitei mientras descuidaba su juego y se concentraba en tomar el pelo a Toito.

—Si sigues diciendo bobadas lo único que vas a conseguir es volver a perder —dijo el maestro.

—Me da igual ganar o perder, aunque aquí mi compañero está atascado como un pulpo en una cazuela. Como es tan aburrido esperar a que se decida a mover ficha, pues me he unido a vuestra apasionante conversación.

Dokusen se ofendió y replicó:

—¡Por Dios, Meitei! A quien le toca mover ahora es a ti. Soy yo el que estaba esperando.

—¿Ah, sí? Conque ya has movido...

—Por supuesto, hace años.

—¿Dónde?

—He movido la blanca así, en diagonal.

—Así que...

diagonal y blanca su
mano se extiende
y el desastre concluye.

»Bueno en ese caso mi siguiente movimiento debería ser... veamos. No sé qué voy a hacer, pero será definitivo:

Mientras esto decía, planeo aquello, planeo lo otro,
la luz del día se oscureció
y comenzó la noche.

»Una cosa te diré. Dada mi extrema amabilidad, te permitiré hacer un movimiento más. Planta la ficha donde quieras.

—Pero así no se juega al go...

—¿Acaso rechazas mi generosidad? Entonces no me dejas más opción que... Supongamos que muevo ficha aquí abajo, en estas regiones tan inhóspitas, justo ahí, en la esquina. Oye, Kangetsu, tu violín no será muy bueno cuando ni los ratones lo quieren. ¿Por qué no te compras uno mejor? ¿Quieres que te consiga uno de esos modelos italianos que se construyeron hace trescientos años?

—Nunca podría agradecértelo lo suficiente. Especialmente si te haces cargo tú de la factura.

—¿Cómo va a funcionar aún un cacharro tan antiguo? —La ignorancia supina del maestro no bastaba para que mantuviera cerrada la boca.

—Yo creo, Kushami, que estás comparando los violines viejos con las personas viejas. No son la misma cosa, me temo. Incluso entre los hombres, algunos de los más antiguos ganan con la edad. Mira al señor Kaneda. Cuando se trata de los violines sucede lo mismo que con él: cuanto más viejo, más valioso. .. Es tu turno, Dokusen. No quiero ser un charlatán, pero con gusto te hablaría del pensamiento de Keimasa [107] sobre el teatro *kabuki*, cuando dice: «El sol de otoño se pone pronto».

—Me resulta imposible jugar al go con alguien como tú. No puedo pensar con calma ni un momento, pero si insistes en seguir jugando así de alocadamente, qué le voy a hacer. Muevo ésta aquí.

—¡Qué lástima! Al final has logrado escaparte. Esperaba que no hicieras ese movimiento. Ya ves, llevo un rato intentando distraerte. Pero veo que al final todo ha sido en vano.

—Es natural. Algunos nos concentramos en el juego, no como tú, que te dedicas a la charla.

—Señor, yo nunca charlo. Puede que preste menos atención a este juego que a jugar con los hombres, pero ésas son precisamente las enseñanzas de la Escuela de Hom'imbo, de la Escuela Kaneda y de la Escuela de los Modernos Caballeros. Por cierto, ¿te acuerdas, Kushami, de los nabos en salmuera que Dokusen se comió en Kamakura? Parece que le hicieron bien. Sigue sin tener ni idea de cómo jugar al go, pero al menos le han aportado cierta tranquilidad. Me quito el sombrero ante tu imperturbabilidad y tus nervios de acero.

—Si tanto le admiras —dijo el maestro—, ¿por qué no te esfuerzas en imitar su buen sentido?

Meitei, cosa extraña, no dijo nada y se limitó a sacar una enorme y roja lengua. Dokusen, por su parte, al margen de los comentarios, intentó de nuevo llamar la atención de Meitei sobre el juego:

—Te toca.

Cuando Meitei guardó su lengua y volvió a dedicar su atención al tablero, Toito se giró hacia Kangetsu y le preguntó:

—Dime, ¿cuándo empezaste a tocar el violín? Me gustaría mucho aprender, pero me parece un arte muy complicado.

—Cualquiera puede aprender a tocar.

—Siempre he creído que las personas dotadas para el arte, o con aptitudes para la poesía, tienen más facilidad para iniciarse en la música. ¿Crees que eso es cierto?

—Puede ser. Estoy seguro de que lo harías bien.

—¿Cuándo empezaste tú a tocar?

—En el instituto. ¿Nunca les he contado la historia? —preguntó dirigiéndose al maestro.

—No.

—Quizás tuviste un profesor que te animó a ello —dijo Toito.

—No. Ni profesor ni nada. Aprendí yo solo.

—Pues entonces eres un genio.

—Que sea autodidacta no significa necesariamente que sea un genio —replicó Kangetsu un poco enfadado. Kangetsu era la única persona que yo conocía que se enfadaba cuando le llamaban genio.

—Eso da igual. Dinos cómo aprendiste. Nos será muy útil.

—Y contarlo me haría muy feliz a mí. Señor, ¿me da usted su permiso para hacerlo? —preguntó al maestro.

—Por supuesto, adelante.

—En nuestros días, se ven por la calle muchos jóvenes con sus flamantes violines colgados al hombro. Pero en mis tiempos de estudiante no había un solo instituto en el que se enseñase a tocar instrumentos occidentales. En el caso concreto de mi instituto, estaba en un pequeño pueblo, y allí éramos tan simples que ni siquiera

aprendíamos a tocar instrumentos tradicionales.

—Parece una historia interesante —apuntó Meitei—. Dokusen, dejemos el juego y unámonos a la charla.

—Pero si aún no hemos acabado...

—Olvídalo. Date por vencedor.

—¡Pero no puedo aceptar eso!

—¡Qué meticuloso eres, por Dios! A pesar estar tan versado en las enseñanzas Zen, para mí que eres un poquito insensible. De acuerdo, entonces. Esto lo acabaremos en un abrir y cerrar de ojos. —Y dirigiéndose a Kangetsu, le dijo—: Amigo mío, estoy fascinado con esa historia que nos cuentas de tu escuela. ¿Era una de esas en las que se dice que todo el mundo iba descalzo?

—Efectivamente, eso suele decirse. Pero todo eran patrañas. A la gente le encanta inventarse batallitas.

—Pero yo he oído que ibais descalzos y que de tanto andar de acá para allá se os encallecía la planta de los pies.

—¡Tonterías! ¿Quién te ha contado semejantes majaderías?

—Eso no viene al caso. Pero la misma persona me contó que cada estudiante llevaba colgada del cinturón una enorme bola de arroz, como las naranjas chinas, para así poder almorzar cuando le apeteciese. No me digas que eso también es falso... También me dijeron que los estudiantes se afanaban en mordisquear el arroz de sus *oniguiris* [108] que estaba completamente soso, hasta encontrar la ciruela con sal que previamente habían escondido en su interior. Parece que los muchachos de entonces eran fuertes y vigorosos. ¿Qué te parece, Dokusen? Esas son las historias que a ti te gustan...

—No sé si entiendo exactamente adonde quieres ir a parar, pero estoy muy de acuerdo con lo que dices de que en aquella época éramos bastante más austeros. La vida era más simple entonces...

—Y para rematar, también me han contado que erais tan simples que en la vida habíais oído hablar de esos ceniceros que se hacen cortando un tronco de bambú. Un amigo mío, que estuvo en una escuela así como profesor, intentó comprar una vez uno de esos ceniceros, uno tremendamente basto, además, hasta que el tendero le dijo que cualquiera podía irse al bosque y cortar uno él solito, así que no merecía la pena que ese objeto se vendiese siquiera. Si eso no es ser simple, que venga Dios y lo vea. De todos modos, mientras escuchaba el relato de tus años en el pueblo, me he quedado verdaderamente sorprendido. Es increíble que aprendieses a tocar el violín sin ayuda, y más en un lugar como ese. Hace más de dos mil años, en la época Han, el maravilloso e inigualable Qu Yuan [109] escribía poemas sobre las maravillas de la vida al margen del mundanal ruido. ¿No crees, Kangetsu, que tú podrías ser el nuevo Qu Yuan?

—Eso no me gustaría nada en absoluto.

—Bueno, ¿qué te parece entonces ser el Werther de nuestros días? —Se volvió a su compañero de partida—. ¿Qué te crees que haces, Dokusen? ¿Quieres quitar de una vez las fichas y ponerte a contar? No te molestes. Está meridianamente claro que ya he perdido.

—Pero no se pueden dejar las cosas así en el aire. ¡Quiero saber con certeza cómo hemos quedado!

—Como quieras. Pon tú la puntuación. Pero haz el favor de contar por mí. No puedo permitirme el lujo de perder el tiempo con esas naderías tuyas cuando el Werther de nuestros tiempos está a punto de contar cómo aprendió a tocar el violín. Sería una ofensa a mis ancestros —dijo Meitei moviendo su cojín hasta colocarse justo al lado de Kangetsu. Dokusen se quedó donde estaba, y se dedicó a formar pequeños ejércitos con las fichas, como si las estuviera preparando para pasarlas revista. Kangetsu siguió con su historia:

—No sólo el pueblo era un lugar áspero y arisco. Sus habitantes eran peores aún. Creían que si alguien mostraba el más mínimo interés por las artes, eso era ya motivo suficiente para reírse de él por afeminado. Existía una persecución despiadada hacia cualquiera que mostrase un cierto refinamiento.

—Lamentable. Los estudiantes de la región natal de Kangetsu eran auténticos ejemplos de rudeza. Tengo entendido que solíais vestir con una simple hakama azul oscura. El color ya de por sí era bastante raro, pero el efecto era todavía más espeluznante cuando contrastaba con esa piel tan morena que teníais. Seguramente se debía al alto contenido en sal de la brisa marina. Por supuesto, no importa mucho que los hombres estuviérais así de morenos, pero si las mujeres estaban igual eso podría afectar a vuestros planes de matrimonio. —Como de costumbre, cada vez que Meitei se unía a una conversación, esta derivaba por vericuetos inesperados.

—Las mujeres eran igual de morenas que los hombres.

—¿Y aun así había mozalbetes que querían casarse con ellas?

—Pues, como todos éramos igual de morenos, nadie apreciaba la diferencia.

—Qué cosa tan horrible, ¿no, Kushami? Uno sólo puede sentir lástima por aquellas pobres muchachas...

—Si me estás preguntando mi opinión, te diré que para mí las mujeres, cuanto más morenas, mejor. Las mujeres de piel clara son todas unas presumidas, se pasan el día mirándose al espejo. Incorregibles como son, cualquier cosa que las haga sentirse poco orgullosas de sí mismas hace que pierdan totalmente el control.

—Pero si toda la población tuviera la piel morena, tanto más guapas serían las chicas cuanto más morenas —apuntó Toito.

—El mundo sería un lugar mejor si acabásemos con todas ellas... —resumió el maestro.

—Si vas por ahí soltando tales brutalidades, tu mujer se va a enfadar de lo lindo —le respondió Meitei entre risas.

—No temas.

—¿No está?

—Ha salido hace un rato con las niñas.

—Vaya. Ya me extrañaba que todo estuviera tan tranquilo. Ahora me lo explico. ¿Dónde ha ido?

—No tengo ni la más remota idea. Sale cuando le da la gana, y sin dar ninguna explicación.

—¿Y vuelve cuando quiere?

—Más o menos. No sabéis la suerte que tenéis de estar solteros. Os envidio desde lo más profundo de mi corazón.

Toito parecía un tanto incómodo, pero Kangetsu seguía riéndose con ganas.

—Todos los hombres casados acaban igual. ¿Y tú, Dokusen? ¿También te vuelve loco tu mujer? —intervino Meitei.

—¿Cómo? Espera un momento... Seis veces cuatro hacen veinticuatro, más una y una y una hacen veintisiete... Meitei, a la vista de los resultados podías haber jugado un poco mejor. Te he ganado con un margen de dieciocho fichas. ¿Qué me estabas diciendo?

—Te preguntaba si tu mujer también te vuelve loco.

—¿Bromeas? Mi mujer no me da problemas. Quizás sea porque me ama profundamente.

—¡Oh, vaya! Te pido perdón. Muy típico de ti.

—No sé que tiene de extraño. El mundo está lleno de mujeres que aman a sus maridos —saltó Kangetsu como si fuera el abogado defensor de la causa femenina.

—Kangetsu tiene razón —dijo Toito—. A mí me parece que sólo hay dos caminos para alcanzar la felicidad: uno, a través del arte, y otro, a través del amor. Entre todas las formas de amor, la que proporciona el matrimonio puede que sea la más noble. Quedarse soltero supone apartarse de los designios del Cielo. —Y luego se dirigió con toda seriedad a Meitei—: ¿Qué le parece a usted?

—Me parece que has metido el dedo en la llaga. Mucho me temo que este viejo licenciado jamás encontrará el camino de la felicidad matrimonial.

—Felicidad y matrimonio. Términos contradictorios. —Era la propia experiencia del maestro la que hablaba.

—Sea como fuere, nosotros, los jóvenes, jamás lograremos entender el sentido de la vida a menos que abramos nuestros corazones a la espiritualidad que nos proporcionan las artes —dijo Toito—■. Esa es la razón por la que me gustaría aprender a tocar el violín. Pero sigamos escuchando a Kangetsu.

—¡Ah, sí! Es cierto —dijo Meitei—. Estábamos escuchando la historia nuestro

joven violinista Werther. Adelante, prometo no interrumpirle más

Pero el espíritu de Meitei, como el de la monstruosa hidra, no era tan fácil de aplacar. Se le cortaba una de sus cabezas, e inmediatamente le nacían dos más en su lugar. Meitei se calló, pero fue Dokusen quien le tomó el relevo:

—Ningún hombre se ha convertido en mejor persona por el solo hecho de saber tocar el violín. Sería intolerable que las grandes verdades se pudieran alcanzar sólo mediante el mero disfrute. El que esté dispuesto a entrar en el fondo de las grandes verdades, tiene que estar dispuesto también a colgarse de un precipicio, arrojarse al vacío y morir para resucitar a la vida. —dijo Dokusen intentando rebatir pomposamente el materialismo de Toito.

—¿De verdad? —dijo éste—. Puede que tenga razón, pero yo sigo convencido de que el arte es la expresión de las más excelsas aspiraciones humanas, y nada ni nadie me va a convencer de lo contrario.

—¡Bien dicho! —exclamó Kangetsu—. Será un placer compartir mis experiencias con un alma gemela. Como iba diciendo, me topé con enormes dificultades antes de poder empezar a pensar siquiera en tocar el violín. No se puede ni imaginar, Kushami, los sufrimientos por los que tuve que pasar simplemente para conseguir uno.

—Me imagino que en un sitio como ese, en el que incluso los niños tenían que ir descalzos, no sería nada fácil encontrar una tienda de violines.

—Pues sí que había una, e incluso había ahorrado el dinero suficiente para comprarme un buen instrumento. Pero no era tan sencillo...

—¿Por qué no?

—Sabía que si se me ocurría comprármelo, como el pueblo era tan pequeño y tan atrasado, la gente me haría la vida imposible. Se lo aseguro, lo habría pasado fatal.

—Los genios siempre han sufrido persecuciones —señaló Toito, con evidente simpatía por Kangetsu.

—Ya estamos otra vez. ¡Deja ya de llamarme genio! Me avergüenzas... En cualquier caso, todos los días pasaba por delante de la tienda y me decía a mí mismo: «Cómo deseo tener uno de esos violines».

—Es muy comprensible —dijo Meitei.

—¿No es extraño que a un chaval que andaba por ahí descalzo o con unas simples alpargatas de madera, se le cayese la baba por un violín? —dijo el maestro con toda la inquina de la que era capaz.

—Lo que yo decía. Babear es un síntoma de genialidad.

Sólo Dokusen permanecía ajeno a la conversación, y observaba a sus compañeros atusándose su barba de chivo.

—Quizás os preguntéis cómo es posible que hubiera violines disponibles en semejante villorrio, pero la explicación es bien sencilla. Había una escuela de chicas

en las cercanías, y como las clases de violín eran obligatorias, los comerciantes pronto se dieron cuenta de las posibilidades de un mercado floreciente como aquél. Por supuesto, los violines eran de muy mala calidad, mucho más rústicos que los violines que uno puede encontrar hoy en día en Tokio, y además, los tenderos los trataban sin ningún cuidado. De hecho, los tenían colgados de unos ganchos, como si fueran jamones. En ocasiones pasaba por la puerta, y podía escuchar sus cuerdas silbando al viento o los golpes ocasionales que les daba el muchacho de la tienda. Ese simple sonido me producía tal emoción que parecía como si el corazón se me fuera a salir del pecho.

—Eso suena peligroso... Sabréis que existen muchas variedades de epilepsia, como la que produce la aversión al agua o a las multitudes, pero ésta del joven Werther, propiciada por las cuerdas de los violines, es única en su género —dijo Meitei, que no perdía nunca la oportunidad de decir una estupidez.

A Toito no pareció sentarle demasiado bien el comentario de Meitei y se apresuró a añadir:

—Nadie puede llegar a ser un verdadero artista a menos que tenga una sensibilidad como la de Kangetsu. Repito, este hombre es un genio.

Kangetsu parecía cansado de tener que llevar encima aquella pesada carga de la genialidad.

—No, no... Puede que haya una gran variedad de ataques epilépticos, pero aquello no era una enfermedad. Lo único que ocurría era que sentía una gran emoción al ver aquellos violines. Desde entonces, he tocado mucho, y he asistido a muchos conciertos, pero nunca, jamás, ha habido nada que haya vuelto a producir en mí la emoción de aquella música casual. No hay palabras para describir la magia de aquellos compases, mecidos por el viento...

Nadie hizo el más mínimo caso a Dokusen cuando salió inesperadamente de su ensimismamiento y recitó un oscuro párrafo taoísta: «Melodía de perlas que roza la superficie metálica de una espada». Siento mucho por él y por el pobre Chuang Tzu, [110] el autor, que sus palabras cayeran en saco roto.

—Día tras día durante meses pasaba por delante de la tienda, pero sólo tres veces, tres maravillosas veces, me fue dado escuchar aquel maravilloso sonido, dictado por los ángeles. A la tercera, me decidí a entrar y a comprarme el violín pasara lo que pasara. Ni el rechazo de mis vecinos del barrio, ni las burlas de los estudiantes de otras prefecturas, ni las bromas de mis propios compañeros, ni siquiera la posibilidad real de que me expulsaran de la escuela, me iban a hacer cambiar de opinión. Mi única opción era satisfacer mi ansia de tener aquel instrumento celestial. Y así fue como al final acabé comprándomelo.

—Lo que digo: eso sólo lo haría un genio. Esa manera de conducirse, esa concentración total en la satisfacción de una necesidad... Kangetsu, cómo te envidio.

He intentando experimentar con esa vehemencia cosas similares a lo largo de mi vida y siempre ha sido en vano. He asistido a conciertos, he tratado de educar mi oído hasta tal extremo que ha llegado incluso a dolerme, pero nunca he obtenido ningún resultado —dijo Toito con una mezcla sincera de tristeza y envidia.

—Pues siéntete afortunado. Es sólo ahora cuando puedo hablar de esta experiencia con calma. Pero entonces la vivía como una pura agonía. Aunque al menos, finalmente me decidí y compre el violín.

—¿Cómo fue?

—Fue el día del cumpleaños del Emperador, en noviembre. Todos mis compañeros de escuela se habían marchado al onsen para pasar la noche. Yo les dije que estaba enfermo y ese día no fui al colegio. Me quedé en cama con un solo pensamiento en mente: aquella tarde iría a comprar el violín.

—¿Así que fingiste que estabas enfermo?

—Efectivamente.

—¡Pero qué talento! —dijo Meitei—. Quizás sea cierto lo que dice Toito, y resulta que eres un verdadero genio.

—Y allí estaba yo, tumbado con la cabeza fuera de las mantas mientras esperaba que se hiciera de noche. La impaciencia me comía. Para tranquilizarme un poco me metí debajo de las mantas e intenté conciliar un sueño que no llegaba. Desesperado, volví a sacar la cabeza sólo para comprobar que el sol de otoño continuaba radiante en lo alto del cielo. En ese momento vi una sombra que se movía al viento.

—¿Y qué era?

—Eran unos caquis pelados que mi madre había puesto a secar en una cuerda colgada del tejado, como si fueran si fueran judías de soja en ristre.

—¿Y qué pasó después?

—Como no tenía nada que hacer, salté de la cama, abrí la puerta corredera y salí a la galería. Cogí unos de los caquis y me lo comí.

—¿Estaba bueno? —preguntó el maestro.

—Buenísimo. Los caquis de mi pueblo no tienen nada que ver con los de Tokio.

—Venga, pasa de los caquis. ¿Qué hiciste después? —En esta ocasión era Toito quien exigía una explicación.

—Me volví a meter en la cama, cerré los ojos y me puse a rezar a todos los dioses y a todos los budas para que anocheciera lo más rápidamente posible. Debieron de pasar por lo menos tres o cuatro horas, pero cuando saqué la cabeza de nuevo, el sol del otoño seguía iluminándolo todo y la sombra de los caquis continuaba en el mismo sitio.

—Eso ya lo hemos oído antes.

—La misma secuencia se repitió una y otra vez. Me levantaba de la cama, abría la ventana, me comía un caqui, me volvía a acostar y me ponía a rezar para que

anocheciera lo antes posible.

—No estamos progresando mucho con la historia del violín.

—No me metan prisa. Escuchen con calma, por favor. Volví a meterme otra vez en la cama durante al menos tres o cuatro horas, para sacar de nuevo la cabeza y comprobar que todo seguía exactamente igual que antes.

—Tu historia no va a ninguna parte.

—Me levanté de la cama, abrí la ventana, salí a la galería, me comí un caqui y...

—¿Otro más? A este paso, como sigas comiendo caquis, no vas a acabar nunca.

—Cada vez me impacientaba más.

—¿Te impacientabas? ¿Y qué pasa con nosotros?

—Quieren que se lo cuente todo tan de corrido que me resulta difícil seguir el hilo de la historia.

Si a Kangetsu le parecía difícil, lo mismo le pasaba a su audiencia. Incluso el devoto Toito se atrevió a plantear una pequeña queja.

—Si les parece tan difícil escuchar, no me dejan más remedio que acabar de una vez. Resumiendo, repetí esa secuencia de acostarme y levantarme hasta que me acabé todos los caquis.

—Pero en ese intervalo seguro que se puso el sol.

—Pues, de hecho, no. Después de comerme el último caqui me volví a la cama y al rato volví a echar un vistazo fuera para comprobar que el sol otoñal seguía tal cual.

—Ya estoy harto de esta mandanga. Es siempre lo mismo. Una y otra vez.

—Yo igual. Estoy aburrido de tu cuentecito.

—Tampoco es fácil para mí contarla —se defendió Kangetsu.

—Con la perseverancia que has demostrado tener, no me extraña que no haya nada que se te resista. Si nos quedamos aquí sin quejarnos y decir nada, tu sol de otoño seguiría brillando hasta mañana por la mañana. Simplemente di: ¿fuiste a comprar el violín?

Incluso Meitei, que para estas cosas era infatigable, empezaba a mostrar signos de cansancio. Sólo Dokusen parecía no verse afectado por el largo y lento discurrir, por las interminables idas y venidas de la historia de Kangetsu.

Kangetsu, por su parte, no mostraba signos de cansancio. Compuesto y calmado continuó:

—Alguien me ha preguntado si intenté comprar el violín. Esperaba a que el sol se pusiera para ir a comprarlo. No era culpa mía si cada vez que miraba a la ventana el sol siguiera en su cénit. ¡Cómo sufría por ello! Pero mucho peor era mi impaciencia que la ligera irritación de ustedes por oír el final de esta historia. Después de comerme el último caqui y comprobar que nada había cambiado, rompí a llorar. Me sentía tan desconsolado que sólo podía llorar y llorar.

—No me sorprende nada —dijo Toito—. Tus llantos son tu crédito. Todos los

artistas son muy emocionales, y sus lágrimas son como la verdad destilada. Pero de todas formas deberías darte prisa y terminar con el relato. —Toito era una persona decente, e incluso cuando se encontraba inmerso en la más absurda de las situaciones mantenía sus más educadas maneras.

—Por mucho que quisiera, el sol no se ponía. No se pueden hacer una idea de lo que sufría por ello.

—Tu interminable puesta de sol nos está provocando a nosotros los mismos sufrimientos. Olvídate de tu interminable historia antes de que ella acabe con nosotros —dijo el maestro dando muestras de no querer seguir escuchando.

—Si les parece tan pesado, entonces lo dejaré en este preciso momento. Pero no le impacienten: está a punto de llegar la parte más interesante de la historia.

—De acuerdo entonces. Escucharemos, pero a condición de que el sol se ponga en algún momento.

—Es una orden difícil de cumplir, pero lo manda el maestro, así que el sol se puso.

—¡Bien! Eso ha sido de lo más conveniente —dijo de pronto Dokusen, con un tono extraño que provocó la risa de los demás.

—Al fin anocheció. No se pueden imaginar mi alivio. Salí de la quietud de la posada de Kurakake, que era un pueblo muy pequeño, como una pedanía. Por mi forma de ser, no me gustaban los lugares bulliciosos, y a pesar de las evidentes ventajas de vivir en una ciudad, me había decidido a alojarme en el campo, en la humilde morada de unos labradores.

—Me parece que exageras diciendo que ese pueblo era sólo una pedanía —objetó el maestro.

—Y eso de instalarte en la humilde morada de no se quién suena de lo más pretencioso. ¿Por qué no dices simplemente que vivías en una habitación pequeña, más pequeña aún que una alcoba? Sonaría mejor y mucho menos afectado.

—Fuera cual fuera la dimensión de su habitación, a mí me parece que lo ha expresado de una forma muy poética —saltó Toito en defensa de Kangetsu. El meticuloso Dokusen intervino también para interesarse por algo más prosaico:

—Viviendo en un lugar tan apartado como ese, ¿cuántos kilómetros tenías que caminar al día para ir y volver a la escuela?

—Unos seiscientos o setecientos metros. La escuela estaba en el mismo pueblo.

—En ese caso, muchos de los alumnos estaríais alojados en los alrededores, ¿no es cierto?

—Cierto. Muchas de las casas acogían a uno o dos estudiantes como yo.

—Entonces, ¿por qué decías que vivías en un lugar dejado de la mano de Dios?

—Si no hubiera sido por la escuela, el pueblo se habría quedado prácticamente deshabitado. Pero déjenme que les explique cómo me vestí para aventurarme en la

oscuridad del solitario Kurakake. Me puse mi kimono más acolchado y encima el abrigo del uniforme escolar con sus botones dorados. Me tapé la cabeza con una capucha para que nadie pudiera reconocerme. Era noviembre, los árboles se habían deshojado y tenía que andar con mucho cuidado. La carretera de Nango estaba cubierta completamente de hojas, que crujían bajo mis pies cuando las pisaba. De tanto en tanto, me daba la vuelta para comprobar que nadie me seguía. En un momento dado giré la cabeza y vi tras de mí el templo donde se encuentra el mausoleo de Matsudaira, al pie del monte Kóshin. Me habría alejado ya unos doscientos metros de mi casa, y no había un alma en las calles. Estaba absolutamente aterrorizado. Por encima de mí, los árboles desnudos, y detrás un cielo límpido, iluminado por la luna y por la vía láctea que se reflejaba en las aguas del río Nagase que fluía hacia al este, hacia... Hawai.

—¿Hawai? ¿Y qué pinta Hawai en esta historia? —preguntó Meitei.

—Caminé por la carretera de Nango unos trescientos metros y entré en el pueblo por la parte de Takanodai. Pasé por la calle Kojó, rodeé por la calle Sengoku y dejé a un lado la calle Kuishiro. Recorrí todo el camino de Tóri y después cambié sucesivamente por las calles de Owari, de Nagoya, de Shachihoko y al final tiré por Kamaboko.

—Puedes ahorrarnos el callejeo por el pueblo. Lo que nos interesa saber es si finalmente compraste o no el violín —dijo el maestro impaciente.

—El hombre que vendía los violines se llamaba Kaneko Zenbei y su tienda se llamaba Kane-zen. Pero para llegar hasta allí todavía me faltaba un trecho...

—Olvida la distancia. A ver si llegas ya de una vez y compras el maldito violín. Y hazlo rápido.

—Sus deseos son órdenes para mí. Al llegar a la tienda, miré dentro. Una lámpara resplandecía colgada del techo...

—¿Una lámpara que resplandecía? ¡Oh, no! Otra vez no. ¿Vas a marearnos otra vez ahora con tus resplandores? —En esta ocasión fue Meitei quién se alarmó de veras.

—No se preocupen por la lámpara. A su luz, los violines reflejaban en su caja la claridad de aquella noche otoñal, una claridad tibia. Sus cuerdas también desprendían un fulgor que dañaba los ojos...

—Qué forma tan magistral de describirlo —dijo Toito sinceramente admirado.

—Y entonces lo vi. Supe que ahí estaba el que sería mi violín. La sangre se me agolpaba en el corazón y las piernas me temblaban tanto que apenas podían sostenerme.

Dokusen sonrío con malicia.

—Instintivamente y sin pensar en nada, entré en la tienda, saqué de mi monedero varios billetes de cinco yenes y...

—¡Al final lo compraste! —remató el maestro.

—Iba a comprarlo, desde luego, pero en ese momento pensé que si actuaba irracionalmente podría echarlo todo a perder. Debía esperar un poco y reflexionar, así que me detuve.

—¡Madre mía de mi vida! ¿Estás diciendo que después de toda esta matraca que nos has dado con tu historia del violín al final no lo compraste? Realmente eres insoportable —exclamó el maestro, que había llegado al límite de su paciencia.

—No es mi intención ser insoportable, pero no pude comprarlo.

—¿Y se puede saber por qué no?

—¿Que por qué? Era temprano todavía, y había mucha gente paseando por delante de la tienda.

—¿Y qué mas da si había doscientas o trescientas personas pasando por la calle? Kangetsu, realmente eres insoportable —gritó el maestro realmente desesperado.

—Aunque hubiera habido mil personas, no me habría importado lo más mínimo, pero es que eran mis compañeros del colegio que andaban por allí trasteando con las mangas del *kimono* arremangadas y con bastones en las manos. Había un grupo de mi clase y eran bien conocidos entre nosotros por andar siempre montando jaleo. Eran expertos judokas y en el colegio les llamábamos «los torbellinos». Si compraba el violín en ese momento y salía con él a la calle, podía suceder cualquier cosa. Quería comprarme el instrumento, lo quería con toda mi alma. Pero también quería conservar mi vida. Era preferible vivir sin violín que morir con uno en las manos.

—¿Entonces lo compraste, sí o no? —El maestro indagaba a la búsqueda de certezas.

—Sí, sí. Lo compré...

—Kangetsu, me estás volviendo loco. Si vas a comprar el violín, cómpralo ya de una vez. Si no lo vas a comprar, pues no lo compres. Pero decídete por una cosa o por la otra.

—No todo salió como me había imaginado —dijo sonriendo al tiempo que encendía un cigarrillo. Miró al techo pensativo.

Creo que el humo del cigarro fue lo que acabó definitivamente con la paciencia del maestro. En cualquier caso, llegados a ese punto, el anfitrión se levantó y se introdujo en su estudio de donde volvió a salir con un libro extranjero que colocó frente a él. Lo abrió y comenzó a leer. Dokusen, por su parte, se había retirado ya hacía unos minutos, y estaba enfrascado en una partida de *go*. Jugaba contra sí mismo. El hecho es que la historia de Kangetsu había sido tan tediosa que su audiencia le había ido abandonando lentamente. Sólo dos le permanecían fieles, a esas alturas: Toito, con su inquebrantable fe en el arte de Kangetsu, y Meitei, para quien lo extenso y lo absurdo constituían la esencia misma de la vida. Kangetsu dio una última calada a su cigarro y terminó su historia con la misma lentitud de antes:

—Una vez decidí que la compra del violín no era recomendable a esas alturas, debía determinar cuál sería la ocasión óptima. La primera mitad de la jornada se había revelado demasiado peligrosa, pero la tienda estaría ya cerrada si volvía más tarde. Evidentemente, el mejor momento sería justo antes de que cerrasen la tienda, y después de que mis compañeros de escuela hubieran vuelto a sus casas. Determinar el momento exacto de la compra no resultaba nada sencillo, como seguramente entenderás, Toito.

—Me doy perfecta cuenta —respondió éste.

—Al final, determiné que lo mejor sería pasarme justo a las diez de la noche, pero mientras llegaba el momento debía hacer algo. Pensé en ir a visitar a algún amigo para charlar un rato, aunque me pareció muy egoísta por mi parte utilizar este recurso como mero pasatiempo. Tampoco quería volver a casa para tener que volver más tarde, así que me decidí a dar un garbeo por los alrededores. Sólo serían dos o tres horas y, generalmente, pasear resulta muy agradable. Pero aquella noche, como dice el antiguo poema, aquellas tres horas se me hicieron interminables: «En ocasiones un día puede durar lo mismo que mil otoños».

Al decir esto, Kangetsu miró a Meitei, pues quería comprobar el efecto causado por la cita. La respuesta no se hizo esperar. Meitei era incapaz de resistir semejante provocación:

—Ya lo decía la antigua canción: no sólo es penoso tener que esperar por la persona amada, sino que quien espera siente más dolor que el ausente. Si al violín de la tienda se le hacía penoso esperar por ti, querido amigo Kangetsu, más doloroso tenía que ser para ti vagabundear por el pueblo como un detective sin pistas, hasta que llegase el momento de realizar por fin la compra. Seguro que lo pasaste peor que un perro sin amo. Me imagino lo doloroso que debió de ser...

—¿Un perro sin amo? Qué cosa más cruel. Nadie me había comparado nunca con un perro sin amo.

—Según escucho tu historia —dijo Toito—, siento como si estuviera leyendo la biografía de algún maestro antiguo. Meitei seguramente sólo pretendía hacer una broma cuando te comparaba con un perro. No hagas caso de sus tonterías y sigue con tu historia, por favor.

Pero Kangetsu, en realidad, no necesitaba ni consuelo ni ánimos para continuar con su historia.

—Así que recorrí varias veces las calles Okachi y Hyakki. Después anduve por Ryogae y acabé en Takajó. Al pasar por delante del ayuntamiento, me paré a contar los sauces y cuántas ventanas había iluminadas del hospital. Me senté sobre el puente Konya y me fumé dos cigarros. Miré el reloj y...

—¡Ya eran las diez!

—No, lo siento. Aún no. Crucé el puente Konya y giré hacia el este a lo largo de

la ribera del río. Pasé al lado de tres masajistas. En la distancia, los perros ladraban a la luna.

—«Escuchar en una noche de otoño a la ribera de un río los lejanos ladridos de unos perros...» Suena como la introducción a una obra de teatro *kabuki*. Creo que tú podrías hacer el papel del héroe fugitivo.

—¿Por qué? ¿Hice algo malo?

—No, pero parece como si estuvieras conjurando para hacer algo prohibido.

—¡Qué va! Todo lo que quería era comprar el violín. Si eso se considera algo prohibido, entonces todos los estudiantes de conservatorio deberían ser considerados unos transgresores.

—Es muy difícil determinar de manera absoluta lo que es bueno y lo que es malo. Los actos de un criminal pueden ser, en términos absolutos, buenos. Pero como la opinión pública ha decidido por consenso que son crímenes, a ellos se les trata como proscritos. Toma a Jesucristo, por ejemplo. En el contexto de su sociedad, era un criminal, y como tal fue castigado. Era descendiente nada menos que del rey David, y sus coetáneos le acusaron de pretender ser el rey de los judíos. No negó los cargos que se le imputaban, lo cual, evidentemente, sonó muy grave para el gobernador romano de aquella provincia conquistada. En la placa de cruz escribieron «Rey de los judíos», para identificar su crimen. ¿Niega Kangetsu ser un artista en una sociedad en la que esto se considera ofensivo? ¿Era un delito andar tras un violín en una sociedad en la que semejante inclinación era considerada poco menos que un crimen?

—De acuerdo, lo que usted diga... Pero lo que más me preocupaba en aquel momento era como pasar el rato hasta que llegasen las diez.

—Tonterías —replicó Meitei—. Puedes empezar de nuevo con las calles, si quieres. Y si con eso no tienes bastante, puedes volver a empezar con ese sol de otoño que no se ponía, o puedes comerte tres docenas más de caquis. Con ese tipo de historias, estoy seguro de que nos darán las diez. Estoy dispuesto a escuchar todo el tiempo que haga falta.

Kangetsu se echó a reír y continuó:

—Como me ha quitado las palabras de la boca, no insistiré más. Digamos que ya eran las diez. Según el plan previsto, me presenté en la tienda puntual como un reloj. Hacía bastante frío y no se oía nada más en la calle excepto el desesperante sonido de mis sandalias de madera golpeando el suelo. La tienda parecía cerrada, excepto por una puertecilla lateral...

En ese punto del relato, el maestro abandonó su lectura, levantó los ojos del libro y preguntó:

—Ah, ¿es que todavía no te has comprado el violín?

—Está a punto de hacerlo —salió en su defensa Toito.

—¡Qué! ¿Todavía no? Pues sí que tiene que ser difícil eso de comprar un violín.

Y dicho esto, volvió a su lectura. Dokusen, mientras tanto, había llenado el tablero de fichas blancas y negras y mantenía un silencioso desinterés.

—Reuní todo el valor que pude, y con la cara medio tapada por la capucha me dirigí al mostrador. Con voz tímida, dije que quería un violín. Varios de los empleados de la tienda, que estaban sentados frente a un brasero en animada charla, se volvieron hacia mí con gran sorpresa. Instintivamente, me calé todavía más la capucha. Volví a decir que quería un violín, esta vez un poco más alto. Entonces uno de los empleados se acercó, intentó escrutar mi cara escondida bajo la capucha, y me dijo: «Por supuesto, señor». Se dirigió al escaparate, cogió uno, lo puso frente a mí y dijo: «Son cinco yenes con veinte céntimos». «¿Tan barato es el violín?», repuse yo. «No será de juguete, ¿verdad? ¿Cuestan todos igual, o es que este es el más barato?» «Sí, cuestan todos lo mismo», me contestó el dependiente. «Construidos con el mismo cuidado y con los mismos materiales. Se trata de un violín resistente, eso se lo puedo asegurar.» Pagué el violín y lo envolví en un paño que llevaba preparado especialmente para ello. Aparte de mí y del inquisitivo empleado, nadie había dicho una sola palabra desde que entré en la tienda. Pero llevaba la cara bien cubierta, así que no había peligro de que me nadie me reconociera. En cualquier caso, seguía sintiéndome inquieto y ansioso, y salí lo más rápido que pude de la tienda. Miré a un lado y a otro de la calle. El terreno parecía despejado, excepto por un grupo de dos o tres tipos que recitaban poemas chinos a voz en grito. Aunque estaban bastante lejos, me entró miedo, así que doblé la esquina buscando la oscuridad y luego seguí por la orilla del canal hasta Yakuoji. Pasé por Hannoki y llegué hasta las mismas faldas del monte Kóshin. Serían las dos de la mañana cuando llegué a mi habitación.

—¿O sea, que estuviste prácticamente toda la noche caminando? —preguntó Toito con su habitual deferencia hacia Kangetsu.

—¡Por fin! Menos mal que se ha terminado ya la historia —dijo Meitei aliviado —. Menudos rodeos has dado, por Dios.

—Pero ahora es cuando empieza la parte interesante de mi historia. Esto sólo era el preludio —protestó Kangetsu.

—Ah, ¿es que hay más? Dios santo. No puedes pedir a la audiencia que mantenga la atención después de un preludio tan extenuante como ése.

—Sólo les pido un poco más de paciencia. Si lo dejo ahora sería como preparar un campo para la siembra y luego olvidarte de echar las semillas. Insisto, pues.

—Mi querido amigo. Eres libre para seguir hablando si así lo deseas. Pero nosotros también somos libres de seguir escuchándote o no, si así nos lo parece. En lo que a mí respecta, yo ya he escuchado todo lo que tenía que escuchar.

—¿Y usted, maestro, tendrá la amabilidad de seguir escuchando mi historia? Me permito mencionar, en mi descargo, que ya he conseguido comprar el violín.

—¿Y ahora qué te propones? ¿Venderlo? Si es así, que sepas que me niego a

escuchar tu odisea comercial.

—No, de venderlo nada.

—En tal caso, menos necesidad aún tengo yo de escuchar tu historia.

—Su impaciencia me decepciona, con el debido respeto. En fin, Toito. Pareces el único dispuesto a escucharme hasta el final. Reconozco que eso me desmotiva un poco, pero no importa. Haré todo lo que pueda para ser breve.

—No tienes por qué ser breve. Tómate tu tiempo, tu historia me parece fascinante.

—¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! De vuelta en casa me había convertido, tras muchas vicisitudes, en el orgulloso propietario de un violín. Pero mis problemas no acabaron ahí. En primer lugar, estaba la cuestión de dónde guardar el dichoso instrumento. Recibía muchas visitas y no podía arriesgarme a dejarlo expuesto a miradas indiscretas. Por otra parte, si lo enterraba sería muy trabajoso tener que desenterrarlo cada vez que quisiera tocar.

—Desde luego. ¿Por qué no lo escondiste en el desván?

—Residía en una granja, y no tenían desván.

—¿Entonces?

—¿Dónde crees que lo puse?

—Ni idea. ¿En el hueco de las contraventanas?

—No.

—¿Envuelto en la ropa de cama y oculto en el armario?

—No.

Mientras Kangetsu y Toito se entretenían lanzándose acertijos, el maestro y Meitei hicieron un aparte:

—¿Cómo traducirías esto de aquí? —preguntó el maestro señalando a su libro.

—¿El qué?

—Esta frase de aquí.

—*Quid aliud est mulier nisi amicitie inimica*... ¡Pero si eso es latín! [111]

—Claro que es latín, pero ¿cómo lo traducirías?

—Vamos, Kushami, tú siempre andas presumiendo de tu conocimiento de las lenguas muertas —respondió Meitei con evasivas. Se olía el peligro de que lo pillaran en un renuncio.

—Por supuesto que puedo, sin ninguna dificultad. Pero te estoy pidiendo que me ayudes con esta frase en concreto.

—¡Sabes cómo traducirlo y me preguntas a mí por su significado! ¿No te parece un poco raro?

—No te preocupes sobre si es raro o no. Simplemente dime qué crees que significa.

—¡Pero qué dices! Me das órdenes como si fueras un general del ejército. ¿Por

quién me has tomado?

—No te escaquees con excusas baratas. Sé bueno y dime qué significa para ti esta frase.

—Mira, será mejor que dejemos tus problemas con el latín por el momento. Tengo ganas de escuchar cómo continúa la historia de Kangetsu. Está en un momento crítico: acaba de descubrir el instrumento y ahora no sabe cómo ocultarlo a la vista de los demás. ¿No es así, Kangetsu? ¿Cómo solucionaste el dilema? —Meitei mostró de pronto un renovado entusiasmo por la historia del violín y dejó al maestro solo con su texto.

Animado por la inesperada atención que Meitei le prestaba, Kangetsu se dispuso a explicar cómo se las había ingeniado para esconder su violín:

—Al final me decidí a guardarlo en el baúl para la ropa que me dio mi abuela cuando me marché de casa por primera vez. Lo tenía en gran estima, puesto que era parte de su ajuar de bodas.

—Una antigualla como ésa no parece una buena opción para un violín completamente nuevo, ¿no te parece Toito?

—Estoy de acuerdo —respondió éste—. ¿No deslucía un poco el instrumento?

—Pero acabas de decirme que tú lo habrías guardado en el desván, y eso tampoco me parece una idea brillante que se diga.

—El escondite de Kangetsu me sugiere un haiku. A ver qué os parece:

Un viejo baúl, violín escondido.
Cae el otoño.
Sentimiento de soledad.

—¡Vaya, Meitei! Hoy está inspirado de veras.

—No es sólo hoy. Siempre tengo versos y más versos rondándome la cabeza. Mis conocimientos del arte del haiku son tan profundos, que en más de una ocasión hasta al mismísimo Shiki Masaoka se rindió ante su belleza.

—¿De verdad conoció a Masaoka? —preguntó Toito con cara de sorpresa. Su voz delataba admiración hacia Meitei, que tenía tratos con quien él consideraba el más grande de los poetas.

—Nunca nos conocimos personalmente, pero mantuvimos una estrecha y fructífera relación telepática. —La absurda contestación sumió al pobre Toito en un profundo silencio. Kangetsu se limitó a sonreír y a continuar con su historia:

—Una vez decidí dónde esconder el violín, el siguiente problema fue cómo usarlo sin que nadie se enterase. No encontraba mucha dificultad en el hecho de sacarlo del baúl y contemplarlo, pero con eso no era suficiente. Tenía que tocarlo, y sus sonidos difícilmente pasarían inadvertidos. De hecho, en la casa de al lado, de la que sólo nos

separaba una valla cubierta de rosales, vivía uno de los cabecillas de la banda de «los torbellinos». Tocar el violín podía resultar muy peligroso.

—¡Qué mala pata! —dijo Toito simpatizando de nuevo con su amigo.

—Desde luego. Si tocaba el violín, se enterarían. Estaba en la misma situación que la Dama Kogo, [112] a la que descubrieron por tocar el koto. Vivir del robo o de la falsificación de billetes puede dar resultado, pero tocar el violín e intentar que no te pillen es prácticamente imposible —dijo Meitei.

—Si hubiera podido tocarlo sin emitir sonido alguno...

—No creas que sólo se le puede descubrir a uno por el sonido. Hay cosas muy silenciosas que pueden delatarte. En mi época de estudiante me hospedaba con Suzuki en un templo en Koishikawa. A Suzuki le gustaba mucho el sake y en ocasiones lo compraba y lo escondía en una botella de cerveza para beberlo a escondidas. No le gustaba ofrecerle a nadie, pero un día, cuando salió de paseo, Kushami, siempre tan correcto, cogió la botella sin saber lo que había en su interior y le arreó un par de tragos...

—¡Qué mentiroso eres! —contestó el maestro a voz en grito—. En mi vida toqué nada que perteneciera a Suzuki. Fuiste tú el que bebió...

—¡Vaya! ¿Todavía estás aquí? Creía que estabas tan ocupado con tu lectura que no correría el riesgo de ser interrumpido por el mismísimo culpable de tamaño hurto. Pero ya veo que has estado poniendo la oreja todo el tiempo, lo cual demuestra tu infalible olfato cuando de lo que se trata es de sake. Yo no niego que de vez en cuando le diera un traguito o dos a la botella de Suzuki, pero tú eres quien la encontró. ¿Y quieres que te recuerde cómo te pillaron? Vosotros dos, escuchad atentamente. Todos sabemos que nuestro austero anfitrión es incapaz de beber en serio. Vamos, que no puede ni acercarse al alcohol. Pero sólo por el hecho de que el sake era de Suzuki, él se lo bebió como si su vida entera dependiera de ello. Y pasó lo inevitable. Se le puso la cara roja como un tomate. Era una evidencia andante de su delito.

—¡Cállate, Meitei! Que ni siquiera sabes traducir una simple frase del latín.

—¿Te estás riendo de mí? ¿Quieres reírte? Entonces escuchad cómo sigue la historia. Cuando Suzuki volvió de su paseo, se fue a su escondite, sacó la botella e inmediatamente se dio cuenta de que le faltaba al menos la mitad de su contenido. Lógicamente, sospechó que alguien se la había bebido, así que miró a su alrededor y encontró a Kushami en una esquina con una cara roja como un pimiento morrón.

La anécdota desató la carcajada general, e incluso el maestro rió a pesar de parecer tan concentrado en su libro. Sólo

Dokusen estaba al margen de la comedia y parecía concentrar su mente Zen en las fichas del go. Aunque, si uno se fijaba bien, pronto se daba cuenta de que en realidad la fatiga le había rendido y que el interfecto estaba roncando quedamente con la

cabeza apoyada en el tablero.

Cuando terminaron las risas, Meitei volvió al ataque:

—Y hay más ejemplos en los que el silencio es capaz de delatarte. Dejadme que os cuente otra anécdota. Resulta que, hace unos años, visité un balneario en Ubako y allí tuve que compartir habitación con un hombre mayor que, según parece, había sido sastre en Tokio. Por lo que a mí respecta, si había sido sastre o zapatero remendón me daba exactamente igual, y si os ofrezco ese detalle es, simplemente, para ilustraros sobre el contexto de mi historia. En cualquier caso, aquel tipo me metió en un buen lío. Una mañana, tres días después de llegar al balneario, me entraron ganas de fumar. Ubako es un pueblo perdido en mitad de las montañas. Allí sólo está el balneario, nada más. Puedes comer y bañarte, pero luego te queda un montón de tiempo libre. Imaginaos el sitio, y encima, yo sin tabaco. Se me había acabado hacía dos días, y mis nervios empezaban a resentirse. No es que yo fuera un gran fumador por aquel entonces, pero el simple hecho de no tener qué fumar me provocaba unas irresistibles ganas de hacerlo. Lo peor del asunto es que aquel hombre se había llevado un buen cargamento de tabaco, todo debidamente empaquetado y, de tanto en tanto, sacaba un cigarrillo y se ponía a fumar expeliendo humo como una chimenea. Si hubiera fumado de una manera más discreta, no me habría irritado tanto, pero este sastre disfrutaba de su tabaco a base de bien. Hacía anillos de humo, los lanzaba hacia el techo, hacia el suelo, los expelía por sus orificios nasales y casi hasta por las orejas. Fumaba con tanta presunción que le hubiera asesinado allí mismo si hubiera tenido oportunidad.

—¿Quieres decir que presumía de su tabaco?

—Si hubiera tenido un traje nuevo, no me habría importado que presumiese de él. Pero se trataba de tabaco. Yo no tenía, y él sí. Por eso presumía de fumar. ¿Lo entiendes?

—Si te ponía tan nervioso, ¿por qué no le pediste simplemente que te diera un par de cigarrillos?

—Hay cosas que un hombre honorable como yo no podía hacer. Pedir me daba vergüenza.

—O sea, que está mal pedir tabaco.

—Quizás no sea un pecado, pero yo soy incapaz de pedir.

—¿Entonces qué hiciste para conseguir tabaco?

—La verdad es que le robé los cigarrillos.

—¿En serio?

—Sí. Esa mañana, cuando el hombre bajó a darse un baño, supe que mi momento había llegado. Abrí su bolsa y empecé a sacar cigarrillos, uno detrás de otro, y me los iba fumando uno a uno. Lo hacía por el puro placer de fumar, y en parte complacido también por la satisfacción del ladrón que consuma su hurto. Y estaba yo ahí,

embebido en mi crimen, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció el sastre en persona.

—¿Pero qué pasó con su baño?

—Iba a dárselo, pero justo antes de entrar en las instalaciones se acordó de que se había olvidado la cartera y volvió a recogerla. ¡Qué mala sombra! Como si pensara que le iba a robar la cartera...

—¿Estás seguro de que no lo harías si te la pusieran delante? Parece que te diste mucha prisa con los cigarros.

—Estás de broma. No tiene nada que ver una cosa con l.i otra. En cualquier caso, el hombre demostró ser una persona de buenos sentimientos. Cuando abrió la puerta, la habitación estaba tan llena de humo como si no la hubieran ventilado en dos días. No le costó mucho esfuerzo darse cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Te dijo algo?

—Los años le habían enseñado a controlarse. Sin decir nada, envolvió cincuenta o sesenta cigarrillos en un papel y luego, girándose hacia mí, me dijo: «Le ruego me disculpe por su mala calidad, pero si estos cigarrillos pueden ser de utilidad para usted, me honraría que los aceptase». Después, se dio media vuelta y se marchó cerrando la puerta tras él.

—A lo mejor es a eso a lo que se refieren cuando hablan del «estilo de Tokio».

—No sé si se tratará del estilo de Tokio o del de los sastres, pero lo cierto es que después de aquello nos hicimos buenos amigos y pasamos dos semanas muy entretenidas.

—¿Y todo ese tiempo fumando de gorra?

—Ya que me lo preguntas, sí.

Al maestro le resultaba difícil rendirse con elegancia, pero a veces hacía sus intentos. Cerró el libro, que sostenía sobre su estómago y dijo:

—¿Habéis terminado ya con la historia del violín?

—No, todavía no. Estamos llegando a una parte interesante, así que le ruego que escuche. También me gustaría que escuchase esa persona que está dormida encima del tablero de *go*. ¿Cómo se llamaba? Dokusen, ¿no? Bueno, no creo que sea muy bueno dormir de ese modo. Creo que ha llegado el momento de despertarle.

—¡Eh, Dokusen! Despierta. Despierta. Que la historia se pone interesante. ¡Despierta! Por aquí dicen que es malo que duermas tanto. Es normal que tu mujer esté tan preocupada...

—¿Cómo? —Dokusen se incorporó medio tambaleante. Un hilo de saliva, como la baba de un caracol, le resbalaba por su barba de chivo.

—Estaba dormido como un tronco. Como una nube blanca en lo alto de una montaña. Qué siesta más buena...

— Todos hemos comprobado lo bien que duermes. Ahora intenta mantenerte

despierto.

—Espero que merezca la pena. ¿Alguien tiene algo interesante que contar?

—Kangetsu nos estaba contando lo de su violín. Estaba a punto de... ¿De qué? No me acuerdo. Ayúdame, Kushami.

—No tengo la menor idea.

—Estaba a punto de empezar a tocarlo —intervino oportunamente Kangetsu.

—Eso. Estaba a punto de empezar a tocarlo. Anda, únete a nosotros y escucha.

—¿Todavía con el violín? ¡Qué aburrimiento!

—No deberías enfadarte. Tú eres uno de esos que tocan el arpa sin cuerdas. Kangetsu, sin embargo, tenía toda la razón al estar preocupado por no molestar con sus ruidos al resto del vecindario.

—¿Ah, sí? ¿Todavía no has aprendido a tocarlo sin que te oigan los demás?

—Pues no. Pero me gustaría mucho aprender, si es que tal cosa se puede hacer.

—No hay nada que aprender. Sólo concéntrate, como recomiendan todos los maestros Zen, en la siguiente frase: «Los bueyes blancos como la nieve habitan en el lugar donde no existen los deseos humanos». Automáticamente el deseo desaparecerá de ti y te alcanzará la iluminación. En ese momento sabrás cómo tocar música sin emitir sonidos.

Las frases de Dokusen resultaban incomprensibles. Dudé di' que estuviera bien despierto. Pero Kangetsu le ignoró delibera damente y continuó su historia sin mayores preámbulos:

—Después de mucho pensar y pensar, se me ocurrió un plan. Al día siguiente era el cumpleaños del emperador y, por tanto, fiesta nacional. Me pasé todo el día de la cama al baúl y del baúl a la cama. Cuando comenzó a atardecer y los grillos empezaron con sus cánticos, reuní el coraje suficiente para coger el violín y el arco.

—¡Al fin! —interrumpió Toito—. Kangetsu va a tocar.

—No corras tanto, Toito —dijo Meitei—. Tocar era todavía peligroso en esas circunstancias...

—En primer lugar —continuó Kangetsu—, cogí el arco y empecé a examinarlo de arriba abajo...

—Debías de parecerte a un vendedor de espadas novato —soltó Meitei.

—Si puedes coger el arco de un violín en tus manos y sentir que es tu propia alma lo que estás sosteniendo, entonces es que has alcanzado la misma condición espiritual que un samurai que desenvaina su *katana* y se pasa la tarde entera blandiéndola a la luz crepuscular. Cogí el arco con mis manos y temblé como una hoja.

—¡Vaya genio estás hecho! —dijo Toito.

—¡Uno epiléptico! —añadió Meitei.

—Por favor, por favor. Dejadle que se ponga a tocar ya de una vez —urgió el maestro.

Dokusen no decía nada, pero ponía una cara de evidente fastidio al darse cuenta de lo inútil que resultaba arrojar cierta luz sobre esas almas tan ignorantes.

—Afortunadamente, el arco demostró estar en perfecto estado. Después cogí el violín y lo examiné detenidamente por delante y por detrás. Todo este proceso me llevó al menos cinco minutos. Por favor, intenten vislumbrar ahora con sus propios ojos la escena: los grillos seguían cantando sin descanso desde lo más profundo de sus escondites...

—Podemos imaginarnos lo que quieras, pero haz el favor de coger el violín y empezar a tocar de una vez.

—No. Todavía no. Una vez comprobé que todo estaba bien y en perfecto estado me puse en pie...

—¿Ibas a alguna parte?

—Callen y escuchen. No puedo seguir con la historia si me interrumpen a cada instante...

—Señores, debemos callarnos. ¡Shhh! —ordenó Meitei.

—Pero si eres tú el que interrumpe constantemente.

—¡Ah! Pido perdón.

—Con el violín bajo el brazo, y calzado con unas sandalias de suela blanda que no hacían ruido, di unos pasos dejando atrás la puerta de cristal de mi residencia cuando...

—¡Lo sabía, lo sabía! —dijo Meitei—. En lo más profundo de mi ser sabía que Kangetsu al final se echaría atrás.

—Al menos —apuntó el maestro, sarcásticamente— esta vez no hay más caquis secos colgando por ninguna parte.

—Es una cosa muy lamentable que dos licenciados como ustedes dos se comporten como simples alborotadores —repuso Kangetsu—. Contaré el resto de mi historia únicamente a Toito, que parece ser el único que muestra verdadero interés. Pues bien, Toito, como te iba diciendo, cuando salí de mi residencia me di cuenta de que me había dejado algo en la habitación. Así que tuve que subir a por una manta roja que había comprado en mi pueblo y por la que había pagado tres yenes y veinte céntimos. Una vez en la calle, me envolví la cabeza con ella. Sin embargo, la oscuridad era tal que no pude encontrar las sandalias que había dejado junto a la entrada.

—¿Pero por qué querías salir? ¿Dónde fuiste?

—Paciencia, paciencia. Ya llegaré a eso. Finalmente, como les digo, empecé a caminar por la calle a tientas, con la manta roja sobre la cabeza y con el violín bajo el kimono. El panorama era como el de la noche anterior: hojas de caqui caídas en el suelo y el cielo despejado, aunque más oscuro que el infierno. Me dirigí a la derecha y llegué a las faldas del monte Kóshin. Kl sonido de la campana del templo Tóreji

penetró en mis oídos y me retumbó en la cabeza. ¿Sabes qué hora era, Toito?

—Es tu historia, Kangetsu. No tengo ni idea.

—Eran las nueve de la noche. Caminé completamente solo por un sendero que se internaba cerca de dos kilómetros en la montaña, hasta llegar a un lugar elevado llamado Ódaira. Soy bastante miedoso y aquella era una situación que en otras circunstancias me habría infundido pánico, pero cuando estás concentrado en algo concreto, cuando te mueve una motivación tan grande como la mía aquella noche, los miedos y temores desaparecen y te conviertes en un valiente con un corazón tan intrépido como el de un león. Odaira está en la parte sur del monte Kóshin. En los días claros era un magnífico mirador desde el que se podía recorrer de un solo vistazo el pueblo entero con el castillo a tus pies. El mirador tendría, calculo, como unos trescientos metros cuadrados. En medio se alzaba una roca a modo de plataforma de unos quince metros cuadrados. En la parte norte del monte había una pequeña laguna, a la que llamaban Unomuna, y alrededor de ella, unos enormes alcanforeros. El lugar estaba en medio de las montañas, y la única huella humana era una pequeña cabaña que usaban de vez en cuando los leñadores. Incluso durante el día, el visitante se sentía impresionado por la sensación de soledad y abandono que transmitía el paraje. Pero no era muy difícil de alcanzar, puesto que el cuerpo de ingenieros del ejército había abierto no hacía mucho un sendero para realizar unas maniobras militares. Cuando al fin alcancé la roca que había en mitad de la explanada, extendí la manta y me senté sobre ella. Nunca había subido hasta allí en una noche tan fría. Envuelto en la oscuridad, me recorrió un escalofrío. En un lugar como ése el terror te asalta y se transforma en un temblor agudo y penetrante, pero si se logra desterrar ese sentimiento, lo que queda es una cristalina y extraordinaria claridad mental. Permanecí allí sentado al menos durante veinte minutos, totalmente abstraído en el propio latido de mi corazón. Me sentí como si estuviera solo en un palacio de cristal. Era como si cada molécula de mi cuerpo se hubiera transformado en puro cuarzo, y no podría decir si en ese momento era yo el que estaba dentro de ese palacio o si era el palacio el que estaba dentro de mí.

Meitei no sabía cómo reaccionar al extraño relato de Kangetsu, y en lugar de tomarle el pelo con su habitual estilo, decidió optar por un breve comentario, si cabe aún más dañino:

—Terrible.

Dokusen, por su parte estaba verdaderamente impresionado por el relato de Kangetsu, pues ese estado de conciencia no era ajeno al que experimentan algunos miembros de sectas dedicadas a la meditación:

—Extraordinario. Realmente interesante.

—Si mi estado translúcido hubiera continuado, tendría que haber esperado medio helado en aquella roca hasta que el sol de la mañana me hubiera calentado, y no

habría tocado el violín.

—¿Habías escuchado alguna historia —preguntó Toito— sobre si ese lugar estaba encantado, ya sabes, por zorros, tejones o alguna de esas criaturas de aspecto cambiante?

—Como iba diciendo, no podría decir si estaba consciente o no, y apenas podía distinguir si estaba vivo o muerto. De repente escuché un terrible grito que provenía del otro lado de la laguna.

—¡Menos mal! Empieza la acción —dijo Meitei.

—Aquel terrorífico grito, como un salvaje golpe de viento otoñal en la copa de los árboles, se escuchó en toda la montaña. De pronto, volví en mí.

—¡Menos mal! —repitió Meitei.

—Ya lo decía ese gran maestro: «La muerte renueva los cielos y la tierra». ¿No crees, Kangetsu? —Dokusen parecía muy dispuesto a compartir sus experiencias espirituales, pero su observación cayó en saco roto.

—Una vez me recobré —continuó Kangetsu—, miré a mi alrededor. Toda la montaña estaba sumida en un profundo silencio. No se escuchaba ni un ruido. ¿Qué había sido entonces aquel grito? Demasiado penetrante para ser de origen humano, demasiado fuerte para tratarse de un pájaro. ¿Quizás un mono? Pero por allí no había monos... ¿Qué diablos había sido aquello? Trataba de identificar aquel grito y en mi cabeza se acumulaban los temores, las confusiones, las incertidumbres. ¿Se acuerdan de cuando vino el príncipe Arturo de Connaught [113] y las multitudes se volvieron locas de emoción, corriendo de acá para allá, en un incontrolable frenesí? Pues, para que se hagan una idea, el interior de mi cabeza era mucho más confuso. Y, de pronto, las cosas se pusieron feas. Sentí cómo todos los poros de mi piel se abrían, y por ellos se escapaban todas las virtudes que hasta entonces me habían acompañado: la serenidad, la templanza, la valentía. Como si fuera alcohol que se evapora al contacto con el aire. Mi corazón empezó a latir con fuerza, agitado como una rana roja saltando de piedra en piedra. Las piernas me empezaron a temblar y perdí completamente la compostura. Volví a ponerme la manta sobre la cabeza, me metí el violín bajo el kimono y salí de allí como alma que lleva el diablo en dirección al pueblo. Cuando alcancé el patio cubierto de hojas de caqui y entré en mi habitación, me metí en la cama y creo que perdí la consciencia casi automáticamente. Te aseguro, Toito, que fue la experiencia más aterradora de toda mi vida.

—¿Y luego qué?

—Eso es todo. Nada más.

—¿Al final no tocaste el dichoso violín?

—¿Cómo iba a tocarlo después de escuchar semejante grito? Me apuesto lo que quieran a que ustedes tampoco lo habrían tocado.

—Tu historia me parece de lo más decepcionante.

—Es posible, pero es cierta. —Kangetsu parecía complacido consigo mismo. Miró a su audiencia y preguntó—: Y bien, ¿qué les parece?

—Excelente, excelente —se rió Meitei. —Por momentos, me parecías la reencarnación oriental masculina de Sandra Belloni [114] —Se detuvo para ver si alguien le preguntaba y le daba así la oportunidad de explayarse en la explicación de su oscura referencia sobre la heroína de Meredith, pero la audiencia estaba ya prevenida sobre sus métodos y maneras, así que nadie dijo nada. No le quedó más remedio que lucirse sin que nadie se lo pidiera:

—Sandra Belloni, para vuestra información, solía internarse en un bosque y tocaba el arpa y cantaba arias italianas a la luz de la luna, a fin de convocar a los dioses. Tú, en cambio, subiste al monte Kóshin con tu violín y aunque no tocaste una sola nota, conseguiste llamar la atención del fantasma del tejón del lago. Por supuesto existe una diferencia sustancial entre los dos casos, pero el principio es el mismo. Un principio similar para efectos tan divergentes. En el caso de Sandra Belloni, la consecución de una belleza etérea, y en el tuyo nada más y nada menos que la consecución de una cruda y terrenal farsa. Debió ser muy decepcionante para ti...

—Nada decepcionante, no se crea —contestó Kangetsu, al que parecía que todo aquello que decía Meitei le interesaba más bien poco.

—¡Subir a una montaña de noche a tocar el violín! ¡Vaya ocurrencia! Es normal que te asustaras. —El maestro mostraba una vez más su absoluta falta de empatia.

Dokusen también intervino a su manera:

—Es más que lamentable descubrir que uno debe vivir su vida como hombre confinado en un mundo de naturaleza inhumana.

Las referencias metafísicas de Dokusen no surtieron el más mínimo efecto en el ánimo de Kangetsu. Ni en el de ningún otro, a decir verdad. Sus palabras se esfumaron tras un prolongado silencio. Meitei entonces cambió el tercio y preguntó:

—Por cierto, Kangetsu, ¿sigues puliendo bolas de cristal en la universidad?

—No. Desde que volví a Tokio no me he pasado por allí. De hecho, no creo que retome esa línea de investigación.

—Pero si no sigues con tu labor de pulimentación, entonces no obtendrás el doctorado —señaló el maestro con preocupación.

Kangetsu parecía tan preocupado por obtener el doctorado como por ser la viva imagen japonesa de Sandra Belloni:

—Ya no me hace falta.

—Pero entonces se cancelará el matrimonio y las dos partes se verán perjudicadas.

—¿Matrimonio? ¿Qué matrimonio?

—¿Cuál va a ser? El tuyo.

—¿Y con quién se supone que debo casarme?

—Con la chica de los Kaneda.

—¿En serio?

—¿Acaso no te habías prometido con ella?

—Yo nunca me he prometido con nadie. No hagan caso de los rumores...

—Vaya. ¡Ésta sí que es buena! ¿No te acuerdas tú del incidente, Meitei? —preguntó el maestro.

—¿Incidente? ¿Te refieres a aquel asunto de cuando recibimos la visita de Madame Nariz? Claro que sí. De hecho, hay un periódico bastante serio, cuyo nombre no desvelaré, que me está presionando últimamente para que les facilite algunas instantáneas de la pareja. Quieren sacarlas en su sección de ecos de sociedad. Es más, me consta que Toito terminó hace unos tres meses un poema conmemorativo titulado «El canto de amor del ánade», dedicado a los futuros esposos, y cuya fecha de publicación es inminente. ¡Si te echas atrás con lo del matrimonio, Kangetsu, la obra maestra de Toito se apolillará como un tesoro enterrado y echado a perder! Y todo porque ya te has cansado de pulir tus malditas bolas de cristal...

—No hay motivo para darse prisa con la publicación —repuso Toito—. Por supuesto que puse todo mi corazón en la obra, pero...

—¿Ves? El asunto de tu doctorado tiene repercusiones más graves de las que te imaginas. Ponte manos a la obra hasta que consigas esas bolas esféricas y no dejes de pulir hasta que yo te lo diga...

—Vaya, pues tiene gracia... —dijo Kangetsu—. Pido perdón si le he causado a alguien algún inconveniente, pero lo cierto es que ya no necesito doctorarme.

—¿Por qué no?

—Porque, de hecho, hace unos días que me he casado...

—¡Oh, por todos los dioses! Si ya te digo que este hombre nunca dejará de sorprenderme. ¿Y se puede saber cuándo ha tenido lugar ese matrimonio secreto? Desde luego, la vida te da sorpresas. ¿Ves, Kushami? Parece ser que Kangetsu ya tiene esposa e hijos.

—No, hijos todavía no tengo. Sería terrible si tuviera hijos después de menos de un mes de matrimonio.

—¿Pero cuándo y cómo te casaste? —inquirió el maestro con la misma severidad que lo haría un juez implacable.

—Fue durante mi última visita a casa. Ella me esperaba. Estos atunes, de hecho, son un regalo de sus parientes.

—¡Tres miserables bonitos resecos! Pues vaya un regalo más generoso.

—No, no. En realidad me han dado un montón de atunes, pero sólo he traído tres.

—Y dinos. Así que te has casado con una chica de tu pueblo. ¿Es de piel morena?

—Sí, morena como yo. Perfecta para mí.

—¿Y qué vas a hacer con los Kaneda?

—Pues qué quiere que haga.

—Pero no puedes dejar las cosas así. ¿Tú qué crees, Meitei? —preguntó el maestro. Su preocupación era evidente.

—Yo creo que lo puede dejar así, no hay problema. La chica es una coqueta. Ya se casará con cualquier otro. Después de todo, el matrimonio no es sino dos personas que se pelean en la oscuridad. Si solos no se arreglan, ya llegará alguien para ayudarles. Da igual quién se pelea con quién. En mi opinión, la única persona que merece nuestra compasión es el desdichado autor de «El canto de amor del ánade», aquí presente.

—Gracias, pero no se preocupe por mí. Mi poema es perfectamente válido para el actual matrimonio de Kangetsu. Puedo escribir otro cuando Tomiko Kaneda se decida a casarse ella también.

—¡Qué maravillosa profesionalidad la de los poetas! Escriben una obra maestra cada vez que se quitan el sombrero. Fácil como guiñar un ojo. Uno no puede sentir sino una sana envidia.

—¿Se lo has notificado ya a los Kaneda? —preguntó el maestro, muy preocupado por la suerte del clan rival.

—No. ¿Por qué debería hacerlo? Nunca llegué a proponerle nada a la chica, ni tampoco le pedí la mano a su padre. No veo ninguna razón por la que deba decirles nada. Es más, estoy absolutamente convencido de que están al tanto de toda la historia. No hacen más que mandar espías a que me sigan...

En cuanto escuchó la palabra «espías», el gesto del maestro se tornó agrio:

—Tienes razón, esa gente no se merece ni que les dirijas la palabra. Si a los amigos de lo ajeno se les llama carteristas, qué son los espías sino gente sin principios que se dedica a husmear en los asuntos de los demás. Si a los que rompen una ventana de tu casa para robarte se les llama saqueadores, qué son los espías sino delincuentes que entran sin avisar en tu casa para enterarse de tus intimidades. Si a los que te amenazan con un arma en plena calle se les llama atracadores, qué son los espías sino caraduras que te asaltan amenazando y presionando, todo al servicio de oscuros intereses. A mi modo de ver, da igual que se sea un ladrón, un atracador, un asaltante, un descuidero o un espía, o incluso un detective de la policía. ¡Rastreros, gentuza! No se les puede tratar como al resto de las personas. Habría que acabar con ellos cuanto antes.

—No se sulfure usted. Créame que aunque viniera un batallón de espías tras de mí, no tengo nada que temer. ¡Soy Kangetsu Mizushima, licenciado en Ciencias y pulidor de lentes!

—¡Bravo! Muy bien dicho —añadió Meitei—. Con eso tienes que responderle. Es lo menos que se podía esperar de un licenciado recién casado. Pero si Kushami coloca a los espías a ese nivel, ¿dónde situará entonces al señor Kaneda, que al fin y

al cabo es quien les emplea?

—Puede que al lado de aquel villano de la antigüedad, Chohan Kumasaka.

—Sí, me parece de lo más adecuado. Aunque Chohan Kumasaka terminó partido en dos por la espada de un enemigo, mientras que Kaneda vive aquí al lado, se ha hecho rico con la usura y no tiene ninguna pinta de ir a desaparecer, al menos en breve. Aunque logres cortarle en un millón de trozos, lo único que conseguirás es tener un millón de clones del mismísimo Chohan. Si piensa que ha encontrado en ti un buen motivo para resarcirse, será una eterna fuente de problemas. Así que ten cuidado, Kangetsu.

—¡AI demonio con él! Si se le ocurre venir hacia mí le haré frente. Entonces le diré lo mismo que gritan los héroes del teatro No, ya sabe: «El pretencioso ladrón estará prevenido por mi valiente reputación, y no se atreverá a entrar en mi casa». —Kangetsu, ignorando la gravedad de tener que enfrentarse a semejante enemigo, declamaba con gesto dramático.

—Por cierto, hablando de espías, me pregunto por qué en nuestros días todo el mundo les ve con ese halo romántico... —Como era de esperar, Dokusen desvió la conversación hacia terrenos absolutamente irrelevantes.

—Quizás es por el coste tan elevado de la vida —contestó Kangetsu amablemente.

—Yo creo que es porque hemos perdido nuestra sensibilidad hacia las Artes —dijo Toito, que por lo visto estaba obsesionado por el tema.

—¡Es porque gracias a la civilización moderna nos están saliendo unos cuernos inmensos, y las irritaciones y dolores que provoca ese crecimiento nos están volviendo locos!

Era una lástima que Meitei, una persona culta e inteligente, se esforzara en parecer tan ocurrente en todo momento. Llegó el turno del maestro, que se aclaró la garganta dándose aires de importancia:

—Sabed que yo he dedicado mucho tiempo a meditar sobre este asunto, y he llegado a la siguiente conclusión: si nos gusta espiar a los demás, si nos gusta comportarnos como auténticos detectives, es por la extremada importancia que damos a la propia realización personal. Y con ello no me refiero a esa búsqueda espiritual que Dokusen persigue con sus meditaciones Zen. Tampoco me refiero a ningún tipo de iluminación, ni al nirvana, ni a la identificación del ser con el universo...

—¡Madre mía! Esto se está poniendo demasiado serio —exclamó Meitei—. Mira, Kushami. Si lo que te propones es hacer un análisis desde un punto de vista académico de los males que aquejan a la sociedad de nuestro tiempo, creo que deberías darme la oportunidad, al menos, de que yo también pueda meter baza y dar mi opinión acerca de lo que estás diciendo.

—Eres muy libre de exponer tus argumentos. Pero, conociéndote, seguramente no

dirás más que tonterías.

—Al contrario, lo que tengo que decir es muy importante. Verás, Kushami, hace apenas una semana estabas ahí mismo, sumiso, prosternado, poco menos que arrodillado ante un policía. Y hoy, sin que se sepa muy bien por qué, te dedicas a comparar a esos mismos policías con vulgares delincuentes. Permíteme decirte, querido amigo, que eres la viva reencarnación de la contradicción. Más te valdría aprender de mí. Yo soy un hombre que ni ahora ni nunca se ha regodeado en sus propias certidumbres.

—Los espías son espías, los detectives son detectives y lo del otro día fue lo del otro día. El que cambia su opinión demuestra con ello que su mente no es de piedra. Que no es, como señalaba Confucio en sus *Anales*, un idiota sin esperanza de ser redimido por la educación. Lo cual es tu caso, querido Meitei.

—Eso ha sido muy maleducado por tu parte. De todos modos, incluso un espía, cuando habla, trata de hacerlo con cierta cortesía.

—¿Me estás llamando espía acaso?

—No estoy diciendo eso. Lo que quiero decir realmente es que eres un hombre honesto, y eso es loable. Pero bueno, no más peleas. Sigamos escuchando lo que tengas que decir.

El maestro volvió a aclararse la garganta:

—¡La autoconfianza, tan característica de nuestros tiempos, sólo sirve para darse cuenta de la distancia que existe entre los intereses propios y los ajenos! Cuanto más avanza la civilización y más grande se hace esa distancia, más incapaces somos de comportarnos de manera adecuada o desinteresada. El gran poeta inglés William Henley dijo en una ocasión que su amigo, Robert Louis Stevenson, estaba tan obsesionado consigo mismo que cada vez que pasaba por delante de un espejo, no perdía la ocasión de detenerse para realizar un detallado estudio de su propio reflejo. Ese carácter de Stevenson es un buen ejemplo de lo que le sucede hoy en día a la gente. La conciencia de uno mismo, la necesidad de vigilarnos constantemente, no nos abandona ni un momento, ni siquiera mientras dormimos. Es lógico, pues, que nuestro discurso resulte forzado y artificial. Nos imponemos restricciones e inhibiciones respecto a nosotros y a los demás, y vivimos nuestra vida como si fuéramos eternos pretendientes arreglando en su primera cita un acuerdo matrimonial. Palabras tales como serenidad y compostura se han convertido en conceptos vacíos de significado, que sólo sirven para practicar caligrafía cuando escribimos sus ideogramas. Es por eso por lo que la gente se comporta actualmente como espías. Sabréis que el trabajo de espía se reduce, principalmente, a sacar beneficio del secreto y la ocultación. Sólo cultivando una intensa conciencia de uno mismo se puede llegar a creer en la propia existencia. Con un grado igual de intenso al de su rapacidad, el ladrón está obsesionado consigo mismo, y no hace sino pensar en él mismo, y en

ninguna otra cosa. Es el miedo a que le atrapen el que no le permite olvidarse de sí mismo. El hombre moderno, de igual modo, no deja nunca de pensar en qué le reportará un mayor beneficio o, lo que es peor, en qué le ocasionará unas menores pérdidas. Por tanto, como sucede con los espías y los ladrones, la autocomplacencia de la gente aumenta día tras día. El hombre moderno no hace sino temblar y husmear, temblar y husmear. Día y noche, sin descanso, hasta que la muerte lo arrebata de este mundo. En eso es en lo que nos ha convertido la civilización moderna.

—Qué razón tienes. Es un análisis enormemente preciso, el tuyo —intervino Dokusen, que raramente dejaba pasar la oportunidad de aportar sus propias reflexiones cuando se trataban temas de esa trascendencia—. Creo que la explicación de Kushami ha logrado dar en el clavo. Antiguamente a uno se le enseñaba a olvidarse de sí mismo, pero hoy en día las cosas son bien distintas. Se nos enseña a ser conscientes de nuestros propios actos, y por eso nos pasamos el día entero dedicados a mirarnos el ombligo. ¿Cómo es posible encontrar un minuto de descanso en medio de semejante asedio infernal? Las aparentes realidades de este horrendo mundo no son más que síntomas de la misma enfermedad, que sólo puede curarse mediante el ejercicio del olvido de uno mismo. La situación actual se refleja en un antiguo poema chino:

Quien simplemente se sienta
durante toda una noche bajo la luz de la luna
se desvanece, se desvanece de sí mismo,
es capaz de liberarse del mundo
y liberarse de sí.

»E1 hombre moderno carece de naturalidad incluso cuando lleva a cabo actos de genuina bondad. Los ingleses, por ejemplo, se muestran muy orgullosos de lo que ellos llaman *to be nice*, es decir, ser educados, ser bondadosos en sus acciones. Pero es fácil darse cuenta de que detrás de ese orgullo hay una buena dosis de autosuficiencia y utilitarismo. Quizás sea muy ilustrativo en este sentido recordar la historia de la familia real británica a la que, durante una visita a la India, invitaron a un banquete. Entre los presentes se encontraba un príncipe indio que olvidó por un instante el obligado boato de la ocasión y cogió una patata con la mano para ponerla en su plato. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho se sintió profundamente avergonzado. Pero los caballeros ingleses reaccionaron inmediatamente y, con aparente naturalidad, procedieron a coger patatas con sus manos para colocarlas en sus platos. ¿Fue ése un acto de las más refinada educación y cortesía, o simplemente lo hicieron para que se constatase la superioridad de la nobleza inglesa?

—O sea, que los ingleses comen las patatas con las manos... —murmuró

Kangetsu, que se había perdido la mitad del razonamiento, y que se había quedado con la anécdota solamente. Sin hacer el más mínimo caso a su apreciación, el maestro dijo:

—Y he escuchado otra historia sobre los ingleses. Hubo en una ocasión en un cuartel de Inglaterra un grupo de oficiales que decidió ofrecer una cena en honor a un oficial en la reserva. Al final de la cena, a cada uno le pusieron delante un cuenco con agua y limón para lavarse las manos. Entonces el oficial en la reserva, un hombre poco acostumbrado a los banquetes, levantó el cuenco y se tragó su contenido sin dejar ni una gota. Viendo la escena, el coronel del regimiento levantó el cuenco, brindó a la salud de su camarada y se lo bebió también. Los demás oficiales allí presentes hicieron lo propio.

—A ver si has oído esta —se apresuró a anunciar Meitei, que no dejaba pasar una sin darse importancia por sus conocimientos—. Cuando Thomas Carlyle visitó por primera vez a la reina de Inglaterra, parece ser que no estaba muy al día en lo que se refería a los modales de la corte. Se sentó en una silla a esperar, así que todas las damas y pajes empezaron a reírse de él. Como no sabía qué era lo que estaba haciendo mal, él mismo también estuvo a punto de echarse a reír, pero entonces entró la reina y, dándose cuenta de la situación, fue a sentarse a su lado. La amabilidad de la reina salvó al escritor del apuro. Una cortesía bastante elaborada, ¿no os parece?

—No creo que un hombre como Carlyle se hubiera preocupado en exceso por ser el único que permanecía sentado, aun cuando la reina estuviera de pie —dijo Kangetsu.

—Tener confianza en uno mismo puede llevar a los demás a mostrarnos su lado más amable, eso es cierto. Pero también lo es que cuesta mucho ser amable cuando se tiene excesiva confianza en uno mismo. Según algunos, a medida que la civilización progresa, así disminuye la violencia y mejoran las relaciones entre las personas; pero yo creo que eso es una falacia. Si aumenta la seguridad en uno mismo, ¿cómo van a ser cordiales entonces las relaciones con los demás? Es cierto que el trato moderno esconde la realidad de las cosas, y hace que todo parezca demasiado cordial, demasiado civilizado, incluso diría que demasiado pacífico; pero eso es sólo la superficie de las cosas. Mantener las formas conlleva horribles sufrimientos. Ocurre como con los luchadores de *sumo*. Vistos desde lejos, parece que esperan a la pelea casi inmóviles, pero en realidad están acumulando una enorme tensión mientras aguardan el momento de enfrentarse a sus adversarios.

—En la antigüedad, las disputas —dijo Meitei, que había esperado impacientemente su turno—, solían resolverse por la fuerza bruta, aunque en el fondo fueran disputas inocentes. En cambio hoy se resuelven mediante el. Como dijo Sir Francis Bacon en su obra *Novum Organum*, es fácil vencer a la naturaleza usando las fuerzas que nos ofrece la propia naturaleza. No es extraño que las disputas modernas

sigan tan fielmente el modelo descrito por él. Hacemos lo mismo que los luchadores de. *judo* que se aprovechan de la fuerza del contrario para vencerle.

—Fijaos, por ejemplo, en la generación de energía hidroeléctrica. Al oponer resistencia al paso del agua, se aprovecha su energía para producir electricidad. —Kangetsu parecía haber empezado con un argumento interesante, pero pronto Dokusen le interrumpió:

—Por lo tanto, cuando uno es pobre, está atado a su pobreza; cuando uno es rico, nada en la abundancia; cuando se está preocupado, la ansiedad te abate y cuando se está feliz, uno se marea con su propia felicidad. Un hombre con talento cae en su propia trampa, un hombre sabio se anula con su sabiduría, y un hombre mesurado y equilibrado como Kushami pierde los estribos con facilidad ante sus enemigos.

—Exacto, exacto —confirmó Meitei con evidente satisfacción, y aplaudiendo la ocurrencia de su amigo el místico.

—Bueno, no os creáis que es tan fácil sacarme de mis casillas —dijo el maestro provocando la carcajada general.

—Por cierto, me pregunto qué es lo que sacará de quicio a un tipo como Kaneda.

—Su mujer, evidentemente. El peso de su propia nariz y la dureza de su corazón arrastrarían sin problemas a la tumba al usurero de su marido.

—¿Y la hija?

—La verdad es que no lo tengo muy claro, pues nunca le he puesto los ojos encima. Según parece, acabará aplastada por tanta ropa, reventará de tanto comer y beber. No puedo imaginarme que vaya a morir de amor o de miseria en la cuneta de una carretera, como la bella Ono no Komachi. [115]

—Eso no ha sido muy amable por tu parte —dijo Toito muy afectado. Al fin y al cabo, había compuesto un poema especialmente para la señorita Kaneda.

—«El verdadero rico es aquél que no ama las riquezas» —dijo Dokusen como si él fuera el único depositario de toda iluminación—. A menos que se reflexione sobre estas cuestiones, uno deberá enfrentarse a grandes sufrimientos.

—No sermonees tanto, Dokusen. Tú también puedes ser derrotado por la brillante espada que corta el viento primaveral —le recriminó Meitei.

—Una cosa es cierta —dijo el maestro—. Si la civilización continúa por estos derroteros, yo no quiero estar presente para verlo.

—Eso depende de ti. Ya lo dijo Séneca: «Incierto es el lugar donde te espera la muerte. Espérala, pues, en cualquier parte». ¿Por qué no te decides de una vez? —le ofreció Meitei.

—Me preocupo menos por morir de lo que lo hago por vivir.

—Nadie presta mucha atención al momento en que nace, pero sí al momento en que muere —dijo Kangetsu aportando su propio comentario al respecto.

—Sucede lo mismo con el dinero. Cuando te lo prestan, estás encantado, pero

cuando se trata de devolverlo, es cuando empiezan las preocupaciones —añadió Meitei.

—Feliz el que no se preocupa por las devoluciones de dinero, como feliz es el que no se preocupa por la muerte —soltó Dokusen con voz engolada.

—Supongo que para ti los más valientes ante la muerte son los más iluminados.

—Por supuesto. Seguro que te suena el adagio Zen que dice: «El buey con cara de acero tiene corazón de acero; el buey con corazón de acero tiene cara de acero».

—¿Qué quieres? ¿Tener cara y corazón de acero?

—No estoy diciendo eso. El hecho es que antes, cuando la gente no se preocupaba por la muerte, no existía la neurastenia.

—Esta claro que tú fuiste concebido antes de que apareciese esa afección nerviosa.

El extraño intercambio entre Meitei y Dokusen no despertaba el interés de Kangetsu y Toito, por lo que el maestro no encontró demasiadas dificultades para captar la atención de éstos y empezar a despotricar contra la civilización moderna:

—La clave del asunto —dijo— es encontrar la forma de no devolver el dinero prestado.

—Pero eso es imposible. Si te lo prestan tienes que devolverlo.

—Bueno, bueno. No te pongas así. Esto es una discusión entre personas inteligentes, así que escucha y no interrumpas. Cuando hablaba de no tener que devolver lo que nos prestan, en realidad quería referirme a los intentos de evitar nuestra propia muerte. Se trata de un problema de difícil solución. Los antiguos recurrieron a la alquimia, pero pronto se demostró que no había nada que hacer y que todos teníamos que morir. Era algo inevitable.

—Evidentemente, los propios alquimistas, cuando murieron, dieron buena prueba de ello.

—Bueno, pero no se trata exactamente de eso, así que escucha. Una vez quedó claro que nadie podría escapar a su propia muerte, quedaba una cuestión más por dilucidar.

—¿En serio?

—Ya que no quedaba más remedio que morir, la cuestión residía en dilucidar cuál era la mejor forma de hacerlo. Sólo cuando se formuló esta pregunta es cuando se fundó el club de los suicidas.

—Ya veo.

—Morir es complicado, pero más complicado es no hacerlo cuando no se desea vivir. A las víctimas de neurastenia les resulta mucho más duro vivir que morir, y a pesar de ello continúan obsesionados con la muerte, aunque no por la muerte en sí, sino por la mejor forma de pasar el trance. Y como tienen el entendimiento ofuscado por su enfermedad, no encuentran solución al problema y dejan en manos de la

naturaleza o de la sociedad una decisión que ellos mismos tendrían que tomar. Pero también hay muchos otros que no se dejan arrastrar por la perspectiva de una lenta desaparición y buscan activamente formas de acabar con sus vidas miserables. Sin duda una característica esencial de los tiempos por venir será el incremento de suicidios.

—Será un gran problema.

—Sin duda. Henry Arthur Jones [116] ya escribió una obra en la que el protagonista era un filósofo que abogaba por el suicidio.

—¿Y finalmente el personaje acaba con su vida?

—Por desgracia, no. Pero estoy convencido de que dentro de mil años todo el mundo se suicidará. Es más, me apuesto lo que sea a que nadie morirá de muerte natural.

—Pero eso es terrible...

—Terrible y doloroso. En ese momento el estudio sobre el suicidio habrá llegado a un nivel de desarrollo basado en la experiencia de muchos años de estudio. Esta disciplina, hasta hoy en pañales, se convertirá sin ningún género de dudas en una ciencia debidamente institucionalizada. En las escuelas secundarias como esa de la Nube Caída, se sustituirá la ética por el estudio del suicidio. Será asignatura obligatoria.

—Una perspectiva de lo más inquietante. Daría lo que fuera por acudir a una de esas clases sobre suicidio. ¿Se harán prácticas? Oiga, Meitei. ¿Ha escuchado lo que piensa Kushami sobre el destino del ser humano?

—Sí, lo he oído. Mientras Kushami te echaba su discurso, el profesor de ética de la Escuela de la Nube Caída habrá estado exponiendo a sus alumnos nuestro modelo de moral pública para su reprobación y escarnio. Habrá estado instruyendo a sus jóvenes pupilos sobre cómo abandonar las bárbaras costumbres de sus antepasados y habrá reconocido el suicidio como el primer deber de cualquier persona decente. Es más, les habrá explicado que, como es absolutamente correcto desear para los demás lo que es bueno para uno mismo, antes o después se verán obligados a matar a sus seres queridos. «Considerad el caso de ese extraño profesor Kushami, que vive ahí al lado», les habrá dicho. «Es obvio que la vida le disgusta, pero su absoluta falta de valor le impide tomar la decisión última. ¿No es, por tanto, un deber moral ayudarle a poner fin a su agonía? Pero tened en cuenta, queridos alumnos, que vivimos en una época marcada por el progreso, así que ninguno de los antiguos, crueles y cobardes métodos usados por nuestros ancestros son válidos hoy en día. Nada de lanzas, espadas o incluso armas de fuego. Deberéis acabar con su vida sirviéndoos de las más refinadas técnicas del asesinato verbal, lo cual no será sólo un acto de caridad hacia esa desafortunada alma sufriente, sino un acto que os dignificará ante vosotros mismos y ante vuestra escuela».

—¡Qué interesante! Estoy verdaderamente conmovido por la gran conciencia de quienes nos sucederán.

—Sí, pero todavía hay más motivos para alabar a nuestros sucesores. En nuestros decadentes días la policía tiene por costumbre proteger la vida y las propiedades de los ciudadanos, pero en ese futuro feliz que auguro, la policía llevará porras y perseguirá a la gente como si fueran perros callejeros.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que ahora apreciamos nuestras vidas y, por tanto, la policía nos protege. Cuando en el futuro el solo hecho de vivir se considere una sofisticada forma de agonía, la policía se verá obligada a ayudar a la gente a conseguir una muerte digna. Por supuesto, cualquiera que esté en sus cabales pondrá fin a su vida antes de llegar a ese extremo, por lo que los únicos que morirán a manos de los agentes serán los inválidos, los cobardes o los idiotas. Los que no quieran seguir viviendo pero no sepan cómo poner fin a su vida, pondrán un cartel a la puerta de su casa en el que se explique que desean morir. El policía de turno entrará a la hora más conveniente y cumplirá los deseos de ese individuo. ¿Y qué harán con tanto cadáver? Eso es lo de menos; un oficial pasará con un carro cada noche, e irá recogiendo todos los cuerpos que los agentes hayan ido «preparando». ¿Y los policías? Habrá que reclutarlos de entre los asesinos y los criminales más feroces. Y eso no será todo, si consideramos la parte más interesante...

—¿Es que todavía no ha terminado? —exclamó Toito. Antes de que nadie pudiera responder, Dokusen comenzó a discursear lenta y parsimoniosamente mientras se atusaba con sumo cuidado su ridicula barba:

—Puedes pensar que se trata de una broma, Toito, pero harías mejor si lo considerases una predicción. Para aquellos cuyas mentes no están absolutamente concentradas en la consecución de la Verdad Suprema, es fácil perderse en las meras apariencias, aunque falsas, del mundo de los fenómenos. Todo el mundo tiende a aceptar que lo que ve y lo que siente no son sino simples ilusiones vacías, manifestaciones concretas de una realidad eterna. Por consiguiente, si alguien dice algo, por vago que sea, que se sale de lo corriente, el común de los hombres, meros prisioneros de sus sentidos, sólo podrán interpretarlo como si fuera una broma.

—¿Se refiere— preguntó Kangetsu profundamente impresionado— a algo similar a lo que expresa aquel antiguo poema chino que dice que los pájaros pequeños son incapaces de comprender a los pájaros más grandes? Decía así creo:

La golondrina y el gorrión no ven la utilidad
en cosas que al ganso y al águila
les son de gran ayuda. Puede ser incluso
que desde su pequenez los pequeños

no puedan apreciar la inmensidad.

Kangetsu sonrió con evidente satisfacción. Dokusen, con una inclinación de su cabeza continuó:

—Algo así. Hace muchos años, había una ciudad en España llamada Córdoba...

—¿Pero todavía existe, no?

—Puede ser. La cuestión sobre el tiempo pasado o presente en que se desarrolla esta historia es intrascendente. En cualquier caso, parece ser que en Córdoba, después de que todas las campanas de la ciudad llamaran a la última misa de la tarde, las mujeres tenían por costumbre ir al río a bañarse...

—¿También en invierno?

—No lo sé, pero el caso es que todas las mujeres, jóvenes o mayores, iban al río, donde los hombres no podían acompañarlas. Tenían que conformarse con mirar desde la distancia los rizos formados en el agua por el baño de las mujeres bajo el sol del atardecer, y eso les impedía ver con claridad sus cuerpos.

—¡Qué lírico! Podría ser perfectamente el tema de un poema modernista. ¿Cómo ha dicho que se llamaba ese sitio? —preguntó Kangetsu que siempre mostraba un interés desmedido cuando se trataba de la desnudez femenina.

—Córdoba. Los hombres jóvenes pensaron que era una lástima no poder bañarse con las mujeres ni poder apreciar mejor sus formas bajo una luz más propicia, así que urdieron un plan...

—¿En serio? Cuenta, cuenta. Esto se pone interesante —dijo Meitei. La sola mención de la existencia de un plan tenía sobre él el mismo efecto vigorizante que había tenido antes en Kangetsu la mera mención de la desnudez.

—Tocaron todas las campanas de la ciudad una hora antes de lo previsto y las mujeres, inconscientes por naturaleza, fueron en tropel a la orilla del río para su baño y se desnudaron como tenían por costumbre. Cuando saltaron al agua se dieron cuenta, ya demasiado tarde, de que todavía era de día.

—Sería uno de esos días de otoño en que el sol no termina de ponerse.

—La moraleja de la historia es muy sencilla. Uno debe estar siempre alerta para no dejarse cegar por la fuerza de la costumbre y por las realidades más obvias.

—No está mal tu sermón. Es una historia que merece la pena recordar. Pero déjame que te cuente algo que leí en una revista hace poco, y que se refiere también a alguien cegado por la fuerza de la costumbre. Contaba el artículo que había una tienda de antigüedades con multitud de objetos de arte, pinturas de artistas famosos, utensilios utilizados por personas ilustres, etc. Todos los artículos eran auténticos y de primera calidad, de ahí que su precio fuera altísimo. Un día entró un aficionado a las antigüedades y preguntó el precio de un *kakeyiku*. [117] Era debido a Motonobu, hijo de Masanobu el fundador de la escuela Kanó, a principios del siglo xvi, y costaba una

barbaridad, digamos que seis mil yenes. El interesado dijo que le gustaba mucho pero que no llevaba ese dinero encima y, por tanto, tendría que dejarlo para otra ocasión.

—¿Cómo es posible que sepas con esa exactitud lo que dijo el cliente? —preguntó el maestro.

—No te preocupes, sólo es una historia y puedo hacer que el cliente diga lo que a mí me parezca. En fin, los propietarios de la tienda le dijeron que no se preocupara, ya que para los amantes de Motonobu, el pago de una de sus obras no era una cuestión crucial. Añadieron que si le gustaba tanto podía llevársela, pero el cliente no se atrevía a aceptar. Entonces le propusieron que pagara en cómodos plazos mensuales de cien yenes. Al final, el cliente aceptó el trato.

—Parece como si le estuviera vendiendo la *Enciclopedia Británica* a plazos.

—Sí, pero lo que estoy contando es completamente distinto. Si escuchas atentamente te darás cuenta. Supongamos que compras el cuadro y tienes que pagar cien yenes mensuales. ¿Cuántos meses tendrías que pagar hasta saldar tu deuda?

—Si no me equivoco, tardaría cinco años, ¿no es así?

—Exacto, cinco años. Ahora, Dokusen, ¿cinco años es un periodo largo o corto?
—Dokusen adoptó la pose de un sabio Zen y entonó:

Un simple minuto puede convertirse
en una eternidad sempiterna,
a la vez que diez milenios pueden transcurrir
en un abrir y cerrar de ojos.

—Otra vez con lo mismo —repuso el maestro—. ¿Hay algún sentido oculto detrás de tu reflexión, algo que trascienda el sentido común? En cualquier caso, un pago mensual de cien yenes a cinco años implica sesenta letras, y ahí es donde reside precisamente el peligro del hábito. Si uno paga cien yenes un mes, y luego otro mes, y así hasta cincuenta y dos meses, acabará acostumbrándose al pago, y, vencido el plazo, no podrá parar, ni aunque quiera. Continuará pagando religiosamente sus cien yenes mensuales sólo por la fuerza de la costumbre. Se supone que los hombres somos muy inteligentes, pero todos tenemos la misma debilidad: seguimos nuestras costumbres sin cuestionarnos nada. Mi planteamiento es sencillo: de ser yo el dueño de la tienda, aprovecharía para que el cliente siguiese pagando cien yenes mensuales hasta el día de su muerte.

—No me parece mala idea —dijo Kangetsu—, pero dudo mucho que encuentre fácilmente clientes tan olvidadizos.

Al maestro, sin embargo, la historia no debió de parecerle especialmente divertida. Con una voz muy seria dijo:

—Por desgracia esas cosas suceden. Yo solía pagar religiosámente las letras del

crédito que me concedió la universidad para realizar mis estudios. Llegó un momento en que perdí la cuenta y sólo dejé de pagar cuando me llamaron para decir que no siguiera haciéndolo.

—¿Veis? —aulló Meitei—. Tenemos frente a nosotros al vivo ejemplo del cliente estafado. Resulta que el que se mofaba antes de mi descripción del futuro del mundo, admite en este momento que es justo pagar en infinitas letras lo que con sesenta habría quedado saldado. Vosotros, que sois jóvenes e inexpertos —dijo dirigiéndose a Kangetsu y Toito—, deberíais prestar más atención a lo que decimos los mayores e intentar estar atentos para que nadie os engañe.

—Escucho y tomo nota —respondió Kangetsu—. Nunca en mi vida aceptaré pagar más de sesenta letras.

—Quizás te parezca una broma, Kangetsu, pero te aseguro que es una historia de lo más instructiva —dijo Dokusen—. Supongamos por ejemplo que alguien tan sabio y experimentado como Meitei y Kushami, te dicen que has actuado indebidamente al casarte sin dar explicaciones a nadie. Imagina que te dicen que deberías ir a casa de los Kaneda a presentar tus disculpas. ¿Qué harías? ¿Te plantarías allí?

—Si alguien como ustedes me lo pidiera, no tendría inconveniente en ir a presentar mis excusas. Pero desde luego, yo no pienso ir por propia iniciativa.

—¿Y si te lo ordenase un policía?

—Entonces sí que me negaría rotundamente.

—¿Y si te lo pidiera un ministro del gobierno?

—Pues entonces me negaría aún con más motivo.

—¿Veis cómo han cambiado las cosas? No hace mucho tiempo el poder de las autoridades era ilimitado. Luego, llegó un tiempo en el que ya se le imponían ciertas restricciones, y hoy en día, ni los ministros pueden con nosotros. Para dejar las cosas claras, diré que somos testigos de un tiempo en el que cuanto mayor es el poder de la autoridad, más crece la resistencia a ese poder. Nuestros padres se quedarían perplejos si comprobaran cómo las cosas que ordenan nuestros gobernantes se quedan sin cumplir la mayoría de las veces. En esta época, sin duda, hay muchas cosas que los más ancianos siquiera se habrían atrevido a imaginar. Es increíble la rapidez con la que cambian y evolucionan las personas. Por mucho que os riáis de la visión que Meitei tiene del futuro, haríais bien en no dormiros en los laureles, no sea que un buen día os encontréis con la verdad de frente.

—Honrado me siento de tener unos amigos que me aprecian tanto, así que, si me permitís, seguiré con mi descripción sobre lo que nos deparará el futuro. En primer lugar, me gustaría señalar, como muy bien ha hecho Dokusen, que cualquiera que en nuestros días se sienta orgulloso de su poder en virtud de una autoridad delegada, o que pretenda mantenerla yendo por ahí con una tropa armada con lanzas de bambú, resultará tan patético y anticuado como aquel vejestorio que aseguraba que su

palanquín iba mucho más rápido que el tren. Creo que el mejor ejemplo de todo esto es el usurero de Kaneda, a quien yo personalmente considero el más grotesco de todos los hombres, aunque quizás deberíamos relajarnos y dejar que sea el rodillo del tiempo el pase sobre él y lo aplaste. En cualquier caso, mi previsión sobre el futuro tiene poco que ver con cuestiones tan insignificantes, y mucho sin embargo con fenómenos sociales que determinarán a la postre el destino de la especie humana. Amigos míos, si analizáis las tendencias actuales y las observáis a largo plazo, no tendréis más remedio que aceptar conmigo que el matrimonio como tal desaparecerá. ¿Sorprendidos de que la sagrada institución esté llamada a desvanecerse? Las bases de mi previsión ya se han establecido y, creo yo, ya han sido aceptadas. Cuando la familia estaba representada por el padre, el distrito por el magistrado y la provincia por el señor feudal, los que no ostentaban esos cargos carecían de personalidad alguna. Suponiendo que, excepcionalmente, la tuvieran, era algo tan inapropiado para su posición social que nunca se les reconocía. De pronto, las tornas cambiaron y todos descubrimos que estábamos dotados de personalidad y que cada uno podía optar a una recién descubierta individualidad. Cada vez que dos personas se encuentran, sus actitudes muestran una disposición al enfrentamiento, una determinación soterrada a mostrar que «yo soy yo, y tú eres tú», es decir, a evidenciar que ningún ser humano es más que otro. Evidentemente, todo individuo ganará en fortaleza en virtud de su nueva individualidad, recién hallada. Pero, precisamente, como cada cual se ha hecho más fuerte, nuestra debilidad también crece en la misma medida. Ciertamente, como ahora es más difícil que nos opriman, nuestra fortaleza aumenta. Pero paradójicamente, puesto que ahora es más difícil mediar en los asuntos de los demás, a la vez esta fortaleza individual nos debilita. Naturalmente, a todos nos gusta ser fuertes, del mismo modo que nos disgusta ser débiles. En consecuencia defendemos con uñas y dientes nuestra posición en la sociedad y saltamos como fieras a la mínima oportunidad sobre nuestro prójimo. Al mismo tiempo, nos esforzamos por buscar los puntos débiles del otro para atacarle donde más le duele: en su individualidad. Por esta razón, las relaciones entre la gente se han enfriado, y nos hemos complicado la vida de tal manera que la presión social ha aumentado hasta límites insospechados. Vivimos en una tensión constante y pretendemos aparentar ser fuertes, pero en realidad nos sumergimos en un infierno de penas y amarguras. Para desterrar este infierno, inventamos distintas estrategias a fin de levantar barreras entre nosotros. Esas barreras, ante todo, nos separan de nuestros padres, y así los primogénitos se independizan cada vez más pronto de sus progenitores para no vivir más bajo el yugo familiar. En los lugares más apartados e inaccesibles de Japón, en lo más profundo de las regiones montañosas, todavía hay familias enteras viviendo juntas bajo un mismo techo en perfecta armonía. Esa armonía es posible porque no hay nadie, excepto el cabeza de familia, que tenga una personalidad propia. Y, si se

da el caso de que aparezca un rival, el afectado se cuidará muy mucho de guardarse su individualidad para sí. En la sociedad moderna, sin embargo, cada miembro de una familia lucha con fiereza contra el otro, igual que sucede entre desconocidos. Con ello, cada uno consigue mantener su posición en el grupo, y de paso debilita a sus congéneres.

»En Europa, donde la modernización de la sociedad ha llegado a un punto todavía desconocido en Japón, esta desintegración de las familias de varias generaciones es ya un hecho desde hace décadas. Si se da la circunstancia de que los hijos viven en la misma casa de los padres, con frecuencia pagarán su alojamiento, como harían en cualquier otro lugar. De igual manera, si un hijo le pide prestado dinero a su padre, se lo devolverá con intereses, como si se lo estuviera pidiendo a un banco. Este tipo de arreglos sólo son posibles cuando los padres muestran el debido respeto a sus hijos. Creo que, antes o después, estas costumbres llegarán a nuestro amado Japón. Hace ya muchos años que los tíos, las tías, los primos y las primas abandonaron la morada familiar para iniciar su vida de forma independiente; pues bien, ahora le ha llegado el turno a los padres y a los hijos. Nunca estaremos en paz a menos que nos establezcamos en otra parte y dejemos espacio para los que vengan después de nosotros. Y una vez que padres e hijos, hermanos y hermanas se hayan separado ¿qué más se puede esperar? Únicamente quedará que sean los maridos y las mujeres los que se separen. Hay mucha gente que aun hoy insiste en la idea de que un hombre y una mujer son matrimonio sólo por el hecho de vivir juntos. Pero la cuestión es que sólo pueden llegar a hacerlo si sus respectivas individualidades se armonizan adecuadamente.

Eso era algo que antiguamente jamás sucedía, pues en aquellos tiempos imperaba el adagio confuciano: «Dos cuerpos, un solo espíritu». Marido y mujer eran una sola persona. Aun después de la muerte continuaban estando juntos, e incluso se les solía enterrar en la misma tumba. Pero hoy todo eso ha cambiado. Ahora un marido es simplemente un hombre que se ha casado, mientras que una esposa es alguien que estudió en una excelente escuela donde la enseñaron a reforzar su individualidad y a peinarse a la occidental para convertirse en la novia de alguien. Evidentemente, el hombre con el que se casó es incapaz de lograr que ella haga lo que él quiere. Si se da el caso y la mujer le obedece, la gente dejará de considerarla una mujer, y andará murmurando y cuchicheando que se ha convertido en una muñeca, o en una mera figura decorativa. Cuanto más se esfuerce la mujer por convertirse en una compañera inteligente, más espacio demandará su individualidad y menos podrá controlarla su marido. Y ahí, inevitablemente, empezarán las peleas. Y ocurrirá que cuanto más inteligente sea la mujer, más intensas y cruentas serán las peleas. En un matrimonio de esas características se establece una frontera como la que existe entre el agua y el aceite. Las cosas no estarían mal si al menos mantuvieran una cierta calma, pero esa

línea de fricción marital subirá y bajará constantemente, y tenderá a situar toda la convivencia doméstica al borde de un precipicio. Es por todo eso por lo que la especie humana pronto llegará a la conclusión de que no merece la pena de que los matrimonios vivan juntos.

—¿Y entonces qué habría que hacer? Si todo el mundo se divorciase, vaya perspectiva que nos pinta —observó Kangetsu.

—Pues yo creo que se trata de la única salida. ¿Qué otra cosa se podría hacer si no? Para mí está claro que, según pintan las cosas hoy en día, antes o después todos los matrimo nios acabarán por romperse. No tardando mucho, a todos los que vivan juntos se les considerará bichos raros.

—Así que supongo que alguien como yo puede ser considerado también uno de esos bichos raros... —Kangetsu no perdía oportunidad de recordarle a todo el mundo su reciente matrimonio.

—Tú tienes suerte de haber nacido en la era Meiji —apuntó Meitei—. En estos tiempos todavía se respetan las costumbres y las tradiciones. Siendo, como soy, un profeta especialmente dotado para ver las cosas que sucederán en el futuro, estoy dos o tres pasos por delante del resto de los mortales. Sé bien que hay mucha gente que anda por ahí diciendo que todavía estoy soltero por causa de un desengaño amoroso sufrido mucho tiempo atrás, pero lo que les pasa a los que dicen eso es que tienen una mente tan estrecha que son incapaces de ver más allá de sus propias narices. —Aquí Meitei hizo una pequeña pausa—: Pero volviendo a mis predicciones de futuro... Un buen día aparecerá un filósofo como caído del cielo que se dedicará a predicar una verdad todavía no revelada: que todos los miembros de la humanidad, hombres y mujeres, son, antes que otra cosa, individuos. El emparejamiento de esos individuos sólo podrá conducir a la total destrucción de la raza humana, y como el propósito de la vida humana es mantener y desarrollar esa individualidad, ningún sacrificio será demasiado grande para que se alcance ese fin. Este filósofo afirmará que es contrario a las necesidades de la humanidad continuar con esa antigua y bárbara costumbre de emparejarse en matrimonio. Esos ritos primitivos quizás fueran comprensibles antes del descubrimiento de la sacrosanta individualidad, pero permitir que tales horrendas costumbres tengan lugar en una era en la que el hombre por fin podrá pensar por sí mismo, será impensable. ¡El deplorable hábito del matrimonio deberá desaparecer! En esa cultura tan desarrollada no habrá ninguna razón por la cual dos individuos deban unirse según las normas tradicionales del matrimonio. Una vez ese filósofo caído del cielo haya explicado claramente sus revelaciones, dejarse llevar por emociones básicas y volátiles que pueden concluir en una ceremonia de matrimonio se verá como un acto extremadamente inmoral, propio de jóvenes sin educación. Incluso hoy, en las actuales circunstancias, deberíamos hacer lo que pudiéramos para eliminar esas costumbres tan salvajes.

—Estoy totalmente en contra de esa teoría —dijo Toito con la mayor gravedad posible—. Rechazo totalmente su vil pronóstico. En mi opinión, no hay nada más precioso en este mundo que el amor y la belleza. Es gracias al amor y a la belleza por lo que podemos consolarnos, perfeccionarnos, ser más felices. A tales dones debemos el poder de expresar nuestros sentimientos abiertamente y gracias a ellos nuestro carácter se hace más noble y refinado. No importa si uno ha nacido aquí o en Tombuctú, el amor y la belleza seguirán siendo las guías eternas de la humanidad. Cuando se manifiestan en nuestro mundo de hoy, el amor lo hace a través de la relación entre un marido y su esposa, mientras que la belleza lo hace a través de la poesía o la música. Son las expresiones más elevadas de lo que hay de humano en nosotros. Yo creo que mientras nuestra especie siga habitando el planeta, ni el arte ni el amor caducarán.

—Vaya, pues si es así, perfecto. Pero según las predicciones del filósofo caído del cielo, tanto amor como belleza estarán llamados a desaparecer. Acepta lo inevitable. Hablas ahora de las glorias imperecederas del arte, pero éstas correrán la misma suerte que los matrimonios: caerán en el olvido. El inevitable desarrollo de la individualidad supondrá cada vez una mayoi demanda de los individuos para que se reconozca sn idcnlid.ul particular. En un mundo en que los dos sexos insistimos mir. tantemente en nuestra propia especialidad, ¿cómo |>iu di |» i durar el arte? El arte florece por la armonía que v cM.ibli«• entre el artista y el público que admira su obi.i I i 11 está también condenada a desaparecer. Puedes gritar todo lo que quieras, incluso proclamar a los cuatro vientos que eres un gran poeta modernista, pero si nadie está de acuerdo contigo y comparte esa misma concepción que tienes de las cosas, me temo que nunca te leerán. Por muchos poemas que escribas, morirán en el mismo momento en que los crees. Es gratificante, al menos, que escribas en nuestra era Meiji. Así todo el mundo podrá congratularse con lo que haces.

—No creo que sea tan conocido como para llegar a ese extremo —dijo Toito.

—Si tus espléndidos esfuerzos todavía no han servido para darte a conocer entre el público en general, imagina qué sucederá en el futuro, cuando las ideas que acabo de exponer se hayan asentado. Nadie leerá tus poemas. Y no porque sean malos, sino porque la individualidad se habrá extendido de tal manera que ya nadie tendrá interés por nadie excepto por sí mismo. Ese grado de desarrollo en la literatura se puede observar ya de hecho en Inglaterra, donde dos de sus mejores novelistas, Henry James y George Meredith, tienen una personalidad tan acusada, que nadie se toma la molestia de leer sus novelas. Sólo algunos lectores con una personalidad igual de acusada que la de estos escritores son capaces de hacerlo, y de apreciarlas en lo que valen. Esa tendencia se acelerará, sin duda, y en el momento en que el matrimonio se declare como algo abiertamente inmoral, todo el arte, tal como lo conocemos, habrá desaparecido. Seguro que vivirás para verlo. Cuando algo de lo que alguien escriba se

convierta en un sinsentido para los demás, no habrá nada, ni siquiera el arte, que nos ayude a compartir su punto de vista. Quedaremos incomunicados y aislados los unos de los otros.

—Supongo que tiene razón. Pero mi intuición me hace descreer de ese aterrador panorama que acaba de describir.

—Si tu intuición no te deja, fíate de tu razón.

—Intuición o razón —intervino Dokusen—. ¿Qué más da? La cuestión es que tu juicio es atinado. Es obvio que cuanto mayor libertad tengamos los seres humanos para ejercitar nuestra individualidad, más nos resentiremos en las relaciones personales. Yo creo que toda esa glorificación del súper-hombre de Nietzsche no es más que un intento filosófico de encontrar una escapatoria a una humanidad que se enfrenta cara a cara con su fin. Puede que a primera vista penséis que Nietzsche estaba enunciando algún tipo de ideal, pero en realidad lo único que hacía era mostrar su profundo descontento. Retorciéndose en su cama, preocupado por sus vecinos, se moría de miedo. Y eso le pasó ya en pleno siglo xix. Por muchas jeremiadas que soltara, debió de vivir toda su vida abrumado por un miedo terrible a desaparecer. Si uno lee sus obras, encontrará en ellas de todo menos inspiración. Sólo se puede sentir lástima por un autor tan extraño como él. Su voz no es la de la intrepidez y la determinación, sino la de un hombre que se queja y grita su indignación. Quizás fuese una reacción comprensible en un filósofo al que todo el mundo rechazaba. Antiguamente, cuando aparecía un gran hombre, todo el mundo se reunía espontáneamente bajo su bandera. En nuestros días, a Nietzsche no le habría hecho falta coger lápiz y papel para pintar a su súper-hombre. Hay una enorme diferencia entre los grandes hombres descritos por Homero, o en la *Balada de Chevy Chase* [118] por ejemplo, y los descritos por Nietzsche. AI contrario de los del filósofo alemán, sus héroes están vivos, son alegres y viven plenamente. Sus tiempos eran felices, así que sus textos rezumaban esa felicidad. Por supuesto, en aquellos tiempos no había ni rastro de esos oscuros pensamientos de Nietzsche. No había ningún héroe a la vista y, aunque lo hubiera habido, nadie le habría honrado, respetado o incluso reconocido. Muchos años antes, cuando apareció Confucio en China, no le resultó muy difícil demostrar la trascendencia de su mensaje y reclamar su reconocimiento, pues en aquella época no tenía competidores que le hicieran sombra. En cambio, ahora das una patada a una piedra y salen diez pretendidos genios. Evidentemente, nadie en nuestros días se dejaría impresionar por nadie que afirmara que es el nuevo Confucio. Como consecuencia de ese fracaso, el tipo probablemente se amargaría, y en su descontento se dedicaría a escribir novelas para consolarse pensando que en realidad es un súper-hombre y que nadie le comprende. Buscamos la libertad, pero luego sufrimos las consecuencias de haberla logrado. ¿No se puede deducir de ahí que la civilización occidental, aunque espléndida a primera vista, aparece al final

como una farsa? Sin embargo, y bien al contrario, en Oriente nos hemos consagrado desde hace mucho tiempo, no al cultivo de lo material, sino al cultivo de la mente. ¡Ese es el verdadero camino! Ahora que la presión de la individualidad está provocando todo tipo de desórdenes nerviosos en nosotros, es cuando comprendemos en su totalidad aquel antiguo proverbio: «Pacíficos son los subditos del soberano». Se comprenderá también la verdad que subyace en las enseñanzas de Lao Tse, quien afirmaba que «sin hacer nada, se puede influir en los demás». Pero cuando nos demos cuenta de todo esto, ya será tarde y nos pasará como al alcohólico que promete no volver a tocar nunca una botella.

—Todos parecen odiosamente pesimistas respecto al futuro —dijo Kangetsu—, pero ninguna de sus lamentaciones consiguen deprimirme lo más mínimo. Me pregunto por qué.

—Eso es porque acabas de casarte y... —dijo Meitei.

—Mi querido Kangetsu —le interrumpió el maestro de mala manera—, permíteme decirte que cometes un gran error si te consideras afortunado por haber encontrado una mujer. Para tu información, te leeré a continuación algo que sin duda será de tu interés. —Abrió el libro antiguo que había traído hacía poco de su estudio y continuó—: Como puedes ver, este es un libro antiguo, pero deja bien claro que ya desde hace tiempo las mujeres son criaturas terribles.

—Me sorprende, maestro. ¿Puedo preguntarle cuándo fue escrito el libro?

—En el siglo xvi, por un tal Thomas Nashe. [119]

—Me sorprende todavía más. ¿Quiere decir que ya entonces había alguien que hablaba mal de mi mujer?

—El libro contiene una larga serie de quejas sobre las mujeres, algunas de las cuales, ciertamente, se pueden aplicar al caso de tu mujer. Pero mejor escucha con atención. —De acuerdo, escucho. Con mucho gusto. —El libro empieza diciendo que todos los hombres deben hacer caso a las observaciones de los antiguos sabios sobre la condición femenina. ¿Me sigues?

—Todos escuchamos. Incluso yo, todo un licenciado, le escucho.

—Aristóteles decía que, como las mujeres no valían para nada, lo mejor era, si no quedaba más remedio que casarse, hacerlo con una pequeña, pues daría menos problemas que una grande.

—Kangetsu, ¿la tuya es grande o pequeña? —Es una de esas mujeres robustas. Debe de ser que no vale para nada.

Todos rieron, más por la espontaneidad con la que Kangetsu había entrado en la eterna conspiración de los hombres contra las mujeres, que por la gracia inherente a su respuesta.

—Parece un libro interesante. ¿Por qué no sigues leyendo? —pidió Meitei.

—Un hombre preguntó en una ocasión a un sabio qué era un milagro, y éste

respondió: «Una mujer casta».

—¿Qué sabio dijo eso?

—El libro no lo declara.

—Os apuesto lo que queráis a que fue un sabio al que le pusieron los cuernos.

—Después está Diógenes, a quién le preguntaron por la edad más conveniente para contraer matrimonio. Dijo: «Para un hombre joven todavía es pronto. Si se trata de uno mayor, nunca.»

—Sin duda, ese miserable lo dijo pensando en sí mismo.

—Pitágoras dijo que hay tres demonios muy temibles: el fuego, el agua y las mujeres.

—No sabía —dijo Dokusen— que los filósofos griegos hubieran dedicado un minuto de su tiempo a decir esas bobadas. Si me pidieran mi opinión, diría que tales demonios no son tan temibles como los pintan. Uno puede usar el fuego sin quemarse, o el agua sin ahogarse... —Pero antes de que pudiera rematar su razonamiento, Meitei salió en ayuda del maestro:

—Y ahora dirás que puedes divertirte con una mujer sin caer embrujado, ¿no es así?

Sin hacer caso de las interrupciones de sus amigos, el maestro continuó con su lectura:

—Sócrates dijo que la tarea más difícil para un hombre era intentar controlar a su mujer y a sus hijos. Demóstenes, que el mayor tormento que un hombre podía inventar para su enemigo era ofrecerle a su hija en matrimonio «como una furia doméstica que le martirizara día y noche hasta su muerte». El eminente Séneca dijo que sólo había dos problemas realmente graves en el mundo: la ignorancia y las mujeres. El emperador Marco Aurelio las comparó con los barcos: ambos eran igual de difíciles de mantener a flote durante una tempestad. Marco Accio Plauto decía que si las mujeres se vestían con tanto esmero y cuidado era para ocultar su malicia y su fealdad internas. Valerio Máximo escribió una carta a un amigo suyo en la que le advertía de que prácticamente nada era imposible para una mujer, por lo que le deseaba que no cayera en las garras de ninguna. El mismo Valerio Máximo dijo en otra ocasión que las mujeres eran el verdadero enemigo de la amistad, un dolor inevitable, un mal necesario, una calamidad deseada, un veneno con sabor a miel. También dijo que si era un pecado despreciar a una mujer, mucho mayor era el tormento de intentar mantenerla callada.

—Por favor, ya es suficiente... No puedo seguir escuchando esas cosas tan horribles que dice ese libro sobre mi mujer —pidió encarecidamente Kangetsu.

—Todavía quedan unas cuantas páginas. ¿Seguimos leyendo hasta el final?

—Será mejor que lo dejes. Y hablando del rey de Roma, ¿no crees que tu mujer volverá pronto a casa? —dijo Meitei al escuchar la voz de la señora hablando con la

criada—. Vaya, ha vuelto. Soy adivino. ¿Te has dado cuenta?

—¿Y qué?

—¡Vaya, señora Kushami! —pregunto Meitei elevando la voz—. ¿Cuánto tiempo lleva en casa?

No hubo respuesta.

—¿Ha escuchado usted lo que su noble esposo nos estaba contando?

Sin respuesta.

—Espero que entienda que no estaba expresando sus propios pensamientos. Sólo leía las opiniones del señor Nashe, un tipo bastante anticuado en lo que tocaba a sus opiniones. Fíjese que vivió en el siglo xvi... No es nada personal. No se lo tome a pecho.

—Me da exactamente igual —contestó finalmente la señora con una voz que bien podía venir, como la del tal Nashe, desde el siglo xvi. Meitei se rió nerviosamente.

—A mí tampoco me importa mucho. Disculpe por haberlo mencionado —dijo riéndose a carcajadas.

En ese momento se escuchó la puerta de la calle abriéndose, y unos rotundos pasos que se aproximaban. Justo después, se abrió la puerta corredera sin previo anuncio, y apareció la cara de Tatara Sampei. No parecía el de siempre. Vestía una levita barata y bajo ella dejaba asomar una camisa resplandecientemente blanca. Aparte de no vestir como de costumbre, llevaba en la mano unas botellas de cerveza, según parece, bastante pesadas. Colocó las botellas al lado del atún seco y se sentó sin ninguna ceremonia. Trató de aparentar la pose de un guerrero.

—Señor Kushami. ¿Cómo se encuentra usted de su afección estomacal? No es bueno estar siempre en casa sin salir nunca a la calle. Eso no le hará ningún bien.

—Todavía no le he dicho si mi estómago está bien o mal —objetó el maestro.

—No, pero su aspecto habla por sí mismo. No tiene buena pinta. Está muy amarillo. Creo que es el momento perfecto para ir a pescar. ¿Por qué no alquilamos un bote en Shinawaga? Estuve allí el domingo pasado...

—¿Pescó algo?

—Nada.

—¿Y no le resulta aburrido no pescar nada?

—La idea era darme una vuelta y airear viejos recuerdos. ¿Y ustedes? ¿Han ido a pescar alguna vez? Es muy divertido, verán. —Adoptó un tono didáctico, como si se estuviera dirigiendo a un grupo de niños—: Te sientas en un pequeño bote en medio del inmenso océano.

—Yo preferiría sentarme en un barco inmenso en mitad de un océano minúsculo —repuso Meitei.

—No veo el sentido de iniciar una expedición de pesca sin la garantía de capturar como mínimo una ballena, o una sirena —dijo Kangetsu.

—No se pueden cazar ballenas desde un bote, y por otro lado las sirenas no existen. A pesar de ser hombres de letras, no muestran ustedes ningún sentido común.

—Yo no soy un hombre de letras.

—¿No, entonces qué demonios es? Yo soy un hombre de negocios, y para nosotros lo más importante es el sentido común. —Se giró hacia el maestro y se dirigió a él directamente—. Sabe, señor, durante los últimos meses he amasado una ingente cantidad de sentido común. Es natural, teniendo en cuenta el gran centro de negocios donde trabajo.

—¿Cómo dices?

—Fíjese en el tabaco, por ejemplo. Uno no puede pretender llegar muy lejos en este mundo si anda por ahí fumando cosas como Shiki-shima o Asahi. —En ese momento sacó un paquete de tabaco egipcio, extrajo un cigarro con filtro dorado, lo encendió y comenzó a fumar ostentosamente.

—¿De verdad tienes dinero para permitirte esos lujos? Realmente debes de estar bien metido en el ajo.

—No, la verdad es que no. Pero fumar estos cigarrillos causa muy buena imagen y te confiere un considerable prestigio.

—Desde luego es mejor forma de alcanzar prestigio que puliendo bolas de cristal —dijo mirando de reojo a Kangetsu—. Un verdadero atajo hacia la fama, y mucho menos problemático que sus ocupaciones, ¿no te parece, Kangetsu?

Meitei se quedó callado sin decir nada y antes de que Kangetsu pudiera pronunciar una sola sílaba, Tatara volvió a tomar la palabra:

—Así que usted es el famoso Kangetsu. El que ha dejado a medias el doctorado. Eso me despeja el camino.

—¿Está estudiando un doctorado?

—No. Me refiero al matrimonio con la señorita Kaneda. A decir verdad, siento un poco de lástima por usted por haber perdido la oportunidad de casarse con ella. Sin embargo, me gustaría que a usted no le pareciera mal, señor Kangetsu. ¿Puede entender usted mis sentimientos, señor Kushami?

—Si eso es lo que quieres, supongo que harás bien en casarte con ella —murmuró el maestro.

—¡Espléndido! —saltó Meitei—. Lo que bien empieza bien acaba. Eso demuestra que no merece la pena preocuparse por la posibilidad de que las hijas de uno se queden solteras. ¿No estaba yo diciendo justamente que tan pronto como apareciese alguien apropiado, la señorita Kaneda no dudaría en convertirlo en su prometido? Piensa en ello, Kangetsu, y alégrate. Es un tema perfecto para uno de tus poemas modernistas. No pierdas tiempo y ponte a ello.

—Y supongo que usted será el señor Toito, el famoso poeta —preguntó Tatara ceremoniosamente—. Me sentiría profundamente honrado si compusiera usted algo

para nuestra boda. Lo mandaría imprimir inmediatamente y lo distribuiría entre todos los invitados. Asimismo me preocuparía de que lo publicasen en la prensa.

—Lo haré encantado. ¿Para cuándo lo quiere usted?

—Para cuando a usted le venga bien. E incluso me conformaría con cualquier obra que tuviese ya escrita. Para agradecerle su amabilidad, será un honor invitarle a la recepción que ofreceremos con motivo de la boda. Tomaremos champagne, ¿lo ha probado alguna vez? Es delicioso. Estoy pensando, señor Kushami, en contratar una orquesta para la ocasión, una pequeña. Quizás puedan adaptar el poema del señor Toito y tocarlo mientras los invitados comen. ¿Qué le parece?

—Haz lo que quieras. Por mí es perfecto.

—Y quizás podría usted escribir la adaptación musical, señor Kushami.

—No digas tonterías.

—¿Alguno de ustedes podría hacerlo?

—Sepa usted que el señor Kangetsu, fracasado candidato y pulidor frustrado de bolas de cristal, es un virtuoso del violín. Pregúntele, ande. Pero dudo mucho que se contente de todas sus decepciones con un simple sorbo de *champagne*.

—Pero hay botellas y más botellas, y de la mejor calidad. No se preocupe. No estoy ofreciendo un simple refresco. ¿Qué me dice?

—Por supuesto. Compondré la música con mucho gusto. Lo haría aunque su *champagne* no fuera más que sidra de la mala. Hasta gratis lo haría.

—Nunca se me ocurriría pedirle semejante cosa sin ofrecerle una retribución adecuada. Si el *champagne* no le gusta, qué le parecería esto. —Tatara se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó ocho fotografías de mujeres que colocó sobre el *tatami*. Las había de medio cuerpo y de cuerpo entero. En una de ellas la muchacha estaba de pie y en otra sentada. En una se le veía un faldón, en otras las mujeres aparecían vestidas con *kimonos* ceremoniales de mangas largas y colgantes. Había una con un peinado estilo Shimada. Todas eran fotografías de chicas jóvenes —. Señor Kushami, todas estas son las candidatas que tenía en reserva, pero naturalmente ya no estoy interesado en ellas. Si alguno de ustedes dos, Kangetsu o Toito, están interesados en ellas, no tendré ningún inconveniente en presentárselas como muestra de mi agradecimiento por los servicios que me van a prestar. ¿Qué me dice de ésta de aquí? —preguntó poniendo la fotografía justo delante de las narices de Kangetsu.

—Es guapa, muy guapa. Esta me gusta mucho.

—¿Y qué me dice de esta otra?

—Muy guapa también. Parece encantadora. Sí, también me gusta.

—¿Pero cuál de las dos quiere?

—Me da igual, una u otra.

—Parece usted un poco *apático*. Esta de aquí, por ejemplo, es la sobrina de un

doctor —dijo mostrándosela al maestro.

—Ya veo.

—Y ésta tiene muy buena dote. Es muy joven, sólo tiene diecisiete años... Ésta otra, por su parte, tiene buen carácter y ésta es la hija de un gobernador.

—¿Cree usted que podría casarme con todas?

—¿Con todas? ¡Vaya un apetito que tiene usted, caramba! ¿Es que quiere convertirse en una especie de polígamo o algo por el estilo?

—No, en polígamo no. En *carnívoro*.

—Todo eso da igual. Quita de aquí todas esas fotos, Tatara. ¿No ves que te está tomando el pelo? —dijo el maestro enfadado.

—Bueno, así que no quieren que se las presente —dijo Tatara mientras se guardaba las fotos en el bolsillo, no sin antes ofrecer una última oportunidad a Kangetsu y Toito de echarlas un vistazo.

No hubo respuesta.

—¿Para quién son esas botellas?

—Son un regalo. Las he comprado en la tienda de la esquina para brindar por mi inminente matrimonio. Vamos allá.

El maestro dio unas palmadas para que viniera la criada y abriese las botellas. Los cinco hombres allí presentes, el maestro, Meitei, Dokusen, Kangetsu y Toito, levantaron sus vasos para brindar a la salud de Tatara y por la felicidad en su matrimonio. Evidentemente complacido, Tatara respondió:

—Les invitaré a todos a la ceremonia. ¿Podrán venir? Espero que sí.

—No. Yo no podré —respondió el maestro rápidamente.

—¿Por qué no? Será el día más importante de mi vida ¿y usted no va a venir? Me parece un poco descortés por su parte.

—Yo no soy descortés, pero no voy a ir.

—¡Ah! Es porque no tiene nada que ponerse, ¿no es así? No se preocupe, puedo conseguirle un traje adecuado para la ocasión. Realmente, debería salir más y conocer gente. Le presentaré a personas muy importantes.

—Es lo último que me apetecería hacer.

—Podría ayudarle a mejorar sus problemas de estómago.

—Me da igual si no mejoran.

—Bueno, si se empeña, qué le vamos a hacer. ¿Y qué me dicen ustedes? ¿Vendrán?

—¿Yo? Me encantaría —dijo Meitei—. Estaría encantado de participar en la ceremonia del intercambio de copas de *sake*. Mire, hasta se me ocurre un poema:

Atardecer de primavera.
El rito del matrimonio.

La unión nupcial acerca las copas.

—Suzuki se encargará de la ceremonia del intercambio.

—Debería haberlo imaginado. Es una lástima. Supongo que no puede haber dos oficiantes. En fin, iré como uno más.

—¿Y usted? ¿Vendrá usted con sus amigos?

—¿Yo? —preguntó sorprendido Dokusen, y añadió—:

Con esta caña de pescar como amiga
vivo en la naturaleza y soy libre
de cualquier rastro de preocupación que el mundo me envíe
como una promesa que me enmarañe y me atrape.

—¿Qué es eso? ¿Una especie de guía espiritual sacada de un poema chino? —preguntó Meitei.

—La verdad es que no me acuerdo de dónde lo saqué.

—¿No se acuerda? Pues qué lástima. Bueno, venga usted si su caña de pescar se lo permite. Y usted, Kangetsu. Espero que podamos contar con su presencia también. Después de todo, usted tiene mucho que ver en todo esto.

—Desde luego. Allí estaré. Sería una lástima perder la ocasión de escuchar mi música interpretada por una orquesta.

—Bien. ¿Y usted, señor Toito?

—Iré. Me encantará leer mi poema modernista frente a la pareja contrayente.

—Es maravilloso. Señor Kushami, le aseguro que nunca en mi vida me he sentido tan complacido. Para celebrarlo, les propongo otro brindis. —Volvió a llenar los vasos y todos alzaron sus copas para brindar. La cara de Tatara cada vez estaba más roja.

El sol se ponía aquella tarde otoñal. El fuego del carbón en el brasero se había apagado hacía rato y sus cenizas se mezclaban con las colillas del tabaco. Incluso el feliz grupo de hombres afortunados parecía haber tenido suficiente celebración. Fue Dokusen el primero que se levantó y dijo:

—Se está haciendo tarde. Es momento de volver a casa.

Los demás le siguieron y se despidieron educadamente para desvanecerse en la noche. La habitación se quedó vacía y desolada, como el escenario de un teatro de variedades cuando el espectáculo ha terminado.

El maestro tomó su cena y se encerró en el estudio. La señora Kushami parecía sentir el frescor otoñal y se puso algo más de ropa para protegerse del frío. Estaba sentada sobre el tatami con su caja de costura y cosía uno de sus kimonos de calle. Las niñas se habían dormido y la criada se había marchado a los baños públicos.

Si se golpeaba en el fondo del corazón de aquellos hombres aparentemente tan optimistas, lo que se escuchaba era una triste música. Dokusen, tan iluminado, parecía ya a las puertas del nirvana, pero en el fondo seguía con los pies bien anclados a la tierra. Meitei, a pesar de vivir en un mundo fácil y superficial, estaba muy lejos de esos paisajes idílicos que a él le gustaba describir. Kangetsu, por su parte, había dejado de pulir bolas de cristal y había contraído matrimonio con una chica de su pueblo. Era algo normal e incluso agradable, pero el hecho triste es que esa normalidad terminaría por convertirse, con el tiempo, en algo muy aburrido. Por lo que se refería a Toito, también se daría cuenta un buen día de que dedicar tanto afán a la poesía modernista resultaba inútil. En cuanto a Tatara, me resultaba difícil decir si acabaría triunfando en la vida o revolcándose en el lodo, pero al menos parecía orgulloso y feliz de poder celebrar su estatus recién adquirido con litros y litros de *champagne*. Y Suzuki, el pobre Suzuki seguiría siendo el mismo rastrero de siempre, husmeando a ver de dónde podía sacar beneficio.

En cuanto a mí, soy un simple gato, todavía sin nombre, nacido hace dos años y que ha vivido entre los hombres y contado sus historias. Siempre he pensado que era único en mi especie por mi profundo conocimiento de la raza humana, pero recientemente me ha sorprendido conocer a otro gato de origen alemán, llamado Murr, [120] que solía hablar de sí mismo de una forma muy petulante. Me informé para saber de quién se trataba y me enteré de que, efectivamente, ese visitante, Kater Murr, era el fantasma de un gato que, después de haber muerto y estado en el infierno, hace unos cien años, había vuelto atraído por mi reputación y fama, y se había materializado con el único objetivo de molestarme. Me enteré de que era un descastado. En una ocasión fue a ver a su madre con un pescado en la boca como presente. Sin embargo, fue incapaz de controlar sus apetitos y terminó por darse el gran banquete a costa de su hambrienta progenitora. Esa combinación suya de talento y codicia le hacían casi humano. Según parece, incluso en una ocasión sorprendió a su amo escribiendo un poema. Si semejante portento había logrado demostrar, hace ya casi un siglo, la superioridad de su dotes felinas, quizás un espécimen como yo, no especialmente brillante en nada, lleve demasiado tiempo penando entre los hombres, y puede que no convenga retrasar más el momento de diluirme en la nada.

El maestro morirá antes o después, cómo no, de dispepsia. El señor Kaneda ya se estaba muriendo lentamente, pero de avaricia. Las hojas de otoño habían caído. Todo lo que está vivo ha de morir. La existencia no tiene sentido, y quizás los más sabios sean los que mueren más jóvenes. Si uno hacía caso a lo que se había dicho en aquella habitación esa tarde, probablemente la humanidad ya había sido sentenciada a desaparecer por suicidio. Si los gatos no nos andábamos con cuidado, acabaríamos desarrollando nuestras individualidades hasta el extremo en que lo hacen esos absurdos bípedos humanos, y terminaríamos por cumplir las mismas expectativas que

ellos. La perspectiva era aterradora y la depresión me acechaba. Quizás un trago de la cerveza que trajo Tatara me animara un poco.

Fui a la cocina dando un rodeo. La puerta de atrás estaba medio abierta y por ella se colaba el viento otoñal. La lámpara de aceite se había apagado y la habitación estaba totalmente a oscuras, pero aun así se adivinaban las sombras temblorosas de las hojas del jardín. Supongo que serían debidas al reflejo de la luna. Sobre una bandeja estaban los vasos, dos de ellos medio llenos de un líquido marrón. El líquido permanecía muy quieto, justo delante de los restos de ceniza. En una noche tan fría, esa imagen no invitaba especialmente a echar un trago. Sin embargo, la experiencia merecía la pena. Si Tatara se había entonado y puesto rojo, y había empezado respirar como si hubiera corrido una carrera de fondo, quizás ese líquido podría tener efecto parecido en un gato. Algún día moriría, así que debía probar de todo antes de volatilizarme en el éter. Una vez muerto, sería demasiado tarde para quejarme por no haber probado la cerveza. Así que un poco de coraje y a beber.

Metí la lengua en el líquido y tan pronto como empecé a chupar me llevé una desagradable sorpresa. La lengua me picaba y me dolía, como si me hubieran clavado miles de agujas. ¿Qué placer pueden encontrar los hombres al beber algo tan amargo? He oído gruñir muchas veces al maestro, y decir que una comida que no es de su gusto no vale ni para los perros. Pues bien, yo diría que este líquido no valía ni para los gatos. Debía de existir algún tipo de incompatibilidad esencial entre los gatos y la cerveza. Pero entonces me acordé de algo. Los hombres solían decir que cuanto más amarga es una medicina, antes te curará. De hecho, cada vez que enfermaban, el médico les recetaba unas pócimas y ungüentos tan desagradables, que al tomarlos se ponían a hacer muecas y gestos ridículos. Supongo que las medicinas extraen su efecto precisamente de su repugnante sabor. Era mi oportunidad de descubrirlo por mí mismo. Si beber cerveza envenenaba mis intestinos, pues peor para mí, pero si por casualidad aquello tenía el mismo efecto que en Tatara, me pondría tan contento que la experiencia habría merecido la pena. Incluso me dedicaría a pregonar por el barrio entre los demás gatos las virtudes y alegrías de echarse un traguito de vez en cuando. Tenía que seguir intentándolo. Metí la lengua de nuevo en el vaso con precaución y el líquido me siguió pareciendo igual de difícil de tragar. Cerré los ojos y empecé a lamer, intentando no pensar en nada.

Cuando, gracias a una inquebrantable fuerza de voluntad y a una perseverancia de tigre, logré vaciar el contenido del primer vaso, tuvo lugar en mí un extraño fenómeno. La inicial agonía de mi lengua se suavizó y la sensación de que alguien me estaba apretando las mejillas desapareció. En el momento en que di cuenta del contenido del primer vaso, la cerveza ya no era un problema para mí, así que me tomé el segundo vaso con tanto gusto que después seguí bebiendo los restos de los otros vasos hasta que me lo acabé todo.

Una vez terminé con toda la cerveza, me acosté a fin de estudiar las reacciones de mi cuerpo. Cada vez sentía más calor alrededor de los ojos, y parecía como si las orejas me estuvieran ardiendo. Tenía unas ganas tremendas de cantar y de bailar. Quería levantarme y decirle al maestro, a Meitei y al resto de sus amigos que por mí se podían ir todos al infierno. Tenías ganas de arañar al viejo Kaneda, y de darle un mordisco a la enorme nariz de su mujer, justo en el centro. Me entraron ganas de estirar las piernas un poco. Así que me levanté y me eché a andar dando tumbos. Tenía gracia andar de esa manera. Salí a la calle y le di las buenas noches a la señora Luna. Me sentía maravillosamente bien.

Al fin descubrí cómo se sentía uno cuando estaba borracho. Radiante y glorioso, seguí intentando mover las patas en orden, una delante y otra detrás, lo cual es especialmente difícil cuando se tienen cuatro extremidades. No tenía intención de ir a ningún lugar en concreto, sólo de dar un largo y relajado paseo. De pronto, empecé a tener tanto sueño que, en realidad, ya no sabía si seguía despierto o si ya me había dormido. Traté de abrir los ojos pero los párpados se me habían vuelto insoportablemente pesados, y no había nada que pudiera hacer para volver a ponerlos en su lugar. Tenía tanta confianza en mí mismo que nada en este mundo, ni los océanos ni las montañas, podrían detenerme ni impedir mi avance majestuoso. Eché el paso hacia delante cuando de repente escuché un tremendo estruendo... Algo había sucedido y no tuve tiempo de averiguar cómo. En el mismo momento en que ocurrió, todo empezó a desbaratarse.

Me di cuenta de que estaba flotando en el agua. Sentí pánico y me puse a arañar a diestro y siniestro. Evidentemente, eso hizo que me hundiera cada vez más, y más. Intentaba desesperadamente alcanzar la superficie impulsándome con las patas traseras y con las delanteras a la vez. Mi esfuerzo producía un tremendo escándalo. Logré sacar la cabeza un poco por encima de la superficie y vi que me había caído en una tinaja llena de agua. Durante todo el verano esa tinaja había estado llena de malvarrosas, pero a principios de otoño los cuervos se las habían comido y habían usado el agua para bañarse. Con el calor, el agua se había ido evaporando y los cuervos habían dejado de venir. No podía ni imaginarme que yo sería el siguiente en bañarme en esa maldita tinaja.

Desde la superficie del agua hasta el borde la tina habría, más o menos, un palmo de distancia. Pero, por mucho que estiraba las patas, no conseguía alcanzarlo. Además, el agua no me servía para impulsarme. Si no hacía nada, me ahogaría irremisiblemente. Clavaba las uñas en la superficie de la tinaja, pero lo único que conseguía era arañarla. Es cierto que daba la sensación de que al hacer eso lograba impulsarme un poco, pero tan pronto como me resbalaba volvía a sumergirme de nuevo. Resultaba todo bastante frustrante. Me hundía y me impulsaba, y poco a poco notaba que me iban abandonando las fuerzas. Mis patas cada vez estaban más

aletargadas. Al final no sabía si estaba luchando por intentar salir de allí, o por hundirme cada vez más.

Mientras todo esto ocurría, y a pesar del dolor y de la angustia, tuve un momento de lucidez para razonar, y me di cuenta de que estaba agonizando sólo por querer salir de la tinaja. Por mucho que lo intentara nunca lo conseguiría. Mis patas, completamente extendidas, no llegaban a la altura de un palmo, y aunque hubiera podido ponerme de pie sobre la superficie del agua, nunca habría logrado clavar las uñas en ningún sitio para alcanzar el borde de la tinaja. Estaba meridianamente claro que jamás podría salir de allí, y estaba igualmente claro que no tenía ningún sentido seguir intentándolo. Mi absurda insistencia era la que me provocaba tanto sufrimiento. ¡Qué estúpido! ¡Qué estúpido era seguir prolongando por más tiempo esa tortura!

«Es mejor que me esté quieto. Ya veremos qué sucede después. Ya he tenido bastante con esta lucha sin sentido. No puedo luchar contra la naturaleza.» Había tomado una decisión. Me rendí y me relajé. En primer lugar las patas delanteras, luego las traseras, después la cabeza y, finalmente, la piel.

Gradualmente comencé a sentirme mejor. No sabría decir exactamente si estaba sufriendo o si me sentía en paz. Tampoco tenía claro si me estaba ahogando o si estaba durmiendo en una habitación sobre un colchón de plumas. En realidad, poco importaba. No importaba ni dónde estaba ni qué hacía. Cada vez me sentía mejor. Pero no, en realidad tampoco podría decir si me sentía bien. Sentía como si hubiera acabado con el sol y con la luna. Ya no me afectarían más. Había pulverizado la tierra y el cielo, y por fin me quedaba dormido. Me marchaba en un sueño infinito y desconocido de paz. Me estaba muriendo. Muriendo. Entraba lentamente en un reino de paz. Sólo muriendo es posible alcanzar el estado de divina pasividad. Dios me permita descansar. Estaba agradecido. Muy agradecido. Gracias. Gracias.

Notas

[1] Un tatami es una estera rígida de un metro ochenta por noventa centímetros, hecha de paja de arroz, que conforma el piso habitual de una habitación tradicional de estilo japonés. (Todas las notas son de los traductores.)

[2] El haiku consiste en un poema breve de tres versos de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente. Es una de las formas más extendidas de poesía tradicional japonesa.

[3] Hototogisu (que en japonés significa «cuclillo») fue una revista literaria creada por el poeta Masaoka Shiki. Soseki empezó a publicar, como un relato corto, Soy un gato en esta revista, en 1905.

[4] Myojo (Estrella de la mañana), fue una conocida revista literaria japonesa especializada en poesía.

[5] El No es el género teatral japonés por excelencia. Sus orígenes se remontan al siglo XIV. La música tiene una importancia esencial en el desarrollo de las piezas, la mayoría de tema histórico. Cada representación de teatro No dura una jornada entera, y consiste en cinco obras entre las que se intercalan breves piezas humorísticas. Los actores son siempre hombres, frecuentemente tocados con máscaras, que representan personajes de ambos sexos.

[6] Taira no Munemori es uno de los personajes de Yuya, una obra de teatro No debida a Zeami, uno de los más importantes autores de este género. Históricamente, Taira no Munemori (1147-1185) fue uno de los comandantes en jefe del clan Taira en su enfrentamiento contra el clan Minamoto, en lo que se conoce como las guerras Genpei.

[7] En realidad Edward Gibbon (1737-1794) no es autor siquiera de esa obra, sino de la monumental Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano. Nicholas Nickleby, de Charles Dickens, fue publicada en 1840

[8] William Harrison Ainsworth (1805-1882) fue un conocido novelista inglés, que nada tiene que ver con Frederic Harrison (1821-1923), autor, en 1904, de una monografía sobre el siglo X titulada Theophano.

[9] La Guerra Ruso-Japonesa, que abarcó de febrero de 1904 al 5 de septiembre de 1905, y de cuyos ecos está repleta esta novela, fue un conflicto surgido de las ambiciones imperialistas rivales de la Rusia Imperial y el Japón en Manchuria y Corea. La guerra concluyó con la victoria nipona. El oso simboliza a Rusia.

[10] El haori (abrigo corto) es un tipo de kimono que se suele utilizar desde el otoño hasta principios de primavera. Suele ser de seda y se utiliza para mantener limpio el kimono.

[11] Lushun es el nombre japonés para la ciudad de Port Arthur, situada en el extremo sur de la punta de la península de Liaodong. Objeto del deseo en la Guerra

Ruso-Japonesa, cayó en manos niponas el 2 de enero de 1905.

[12] Thomas Gray (1716—1771) fue un erudito inglés, poeta de Cambridge, que l'iililieó el famoso poema«On The Death OfA Favourite Cat, Drowned In A 111I1 Of Gold Fishes» («Sobre la muerte de mi gato favorito, ahogado en un í 1 ina llena de peces de colores»).

[13] El zoni es una sopa que se come con palillos, y que se acompaña con mochi (pasteles de arroz), y en ocasiones verduras y salsa de soja o miso blanco. Su composición varía según las regiones de Japón. Se suele comer en Año Nuevo.

[14] Sosuken Yasui, esteta japonés (1799-1876); Ryoma Sakamoto (1836-1867) fue el líder del movimiento que expulsó al shogunato Tokugawa durante el final del período Edo.

[15] El hakama es un pantalón largo con pliegues creado sobre todo para usar sobre el kimono cuando se cabalgaba para proteger las piernas.

[16] Tenmei es el nombre de una era de la historia japonesa que va de 1781 a 1789. Manyoshu (literalmente «Colección de las Diez mil Hojas») es una recopilación de poesía japonesa, de hecho la más antigua conocida. Fue compilada en el 759 a. C., durante el período Nara.

[17] Yosa Buson (1716-1784), nació cerca de Osaka (Japón) y fue uno de los grandes maestros del haiku en el siglo XVIII.

[18] Chikamatsu Monzaemon (1653—1725) fue un dramaturgo japonés especialiado en joruri, un tipo de teatro de marionetas, antecedente del kabuki. Se le considera el «Shakespeare Japonés».

[19] Christian Matthias Theodor Mommsen (1817-1903) fue un jurista, filólogo e historiador alemán que recibió el premio Nobel de Literatura en 1902. Su obra más famosa es una Historia de Roma (1854-1856). Goldwin Smith fue un liberal inglés, historiador, que escribió profusamente sobre la antigüedad clásica así como sobre la guerra colonial hispanoamericana.

[20] El templo Daitokuji es un pequeño edificio localizado en la parte noroeste de Kioto, famoso por su quietud. Fue fundado en el año 1319 a las faldas del monte del mismo nombre.

[21] Koyo Ozaki (1868—1903) fue un escritor japonés, hijo único del conocido grabador Kokusai. El demonio dorado (1897-1902), aunque inacabada, es probablemente la novela más leída de los últimos años de la era Meiji, y generó multitud de obras teatrales, canciones e incluso películas.

[22] Barry Eric Odell Pain (1864-1928) fue un conocido periodista, poeta y escritor inglés. Colaborador de Punch, se hizo famoso por sus piezas satíricas.

[23] En el antiguo teatro joruri, en donde un actor hace de narrador oculto y está acompañado por un shamisen, una especie de guitarra de tres cuerdas que se toca con una uñeta llamada bachi, se representaba una obra titulada

Sakuratsubauraminosamezaya, que versaba sobre los celos. En una de sus escenas aparece un personaje llamado Unagidani Hachibe.

[24] *. Se trata de un conocido proverbio inglés, formulado por primera vez en el Pendennis (1850) de William Thackeray (1811—1863). Significa que, entre que decidimos una cosa y la hacemos, es fácil que se eche a perder.

[25] Hidari Jingoro (1596—1644) fue un escultor y ebanista de la era Edo, especializado en deidades budistas. El famoso nemuri-neko el Gato Durmiente, se localiza en el mausoleo Toshogu, en Nikko

[26] Théophile Steinlen (1859-1923) fue un pintor y litógrafo modernista francosuizo, autor del famoso cartel del cabaret parisino Le Chat Noir.

[27] Tennen Koji era el apodo de Yoneyama Hosaburo, el mejor amigo de Soseki hasta la muerte de aquél en 1905. Desde el año 1894, ambos se aficionaron a la practica del budismo Zen, una disciplina cuyos ecos se dejan oír por toda la novela

[28] Se refiere a The Visions of William concerning Piers the Plouwman, de William Langland (ca.1330-1387). Se trata de un poema alegórico-satírico escrito en versos aliterativos sin rima. El poema da cuenta de tres visiones que tienen lugar cuando el protagonista se duerme y cae presa de un profundo sueño cerca de las colinas de Malvern.

[29] La venganza de los 47 ronin, también conocidos como los 47 samuráis, tuvo lugar a principios del siglo XVIII de nuestra era. Con el tiempo, esta historia, en la que se evidencia el código de honor samurái, o Bushido, se convirtió en una de las leyendas más famosas de Japón. Cuenta la historia de un grupo de samuráis cuyo daimyo (señor feudal) es obligado a cometer sepukku (suicidio ritual) tras haber asaltado a un oficial de la corte llamado Kira Yoshinaka, cuyo título era Kozukeno suke. Los samuráis, súbitamente convertidos en ronin (guerreros sin amo, y por tanto sin derechos y obligados a vagar por los caminos, y a convertirse en proscritos), planean durante años cómo llevar a cabo su venganza. Finalmente, logran acabar con el asesino de su amo, pero luego ellos mismos se ven obligados a cometer seppuku, acusados del delito de asesinato. Ecos de esta leyenda están en el famoso cuento de Jorge Luis Borges «El incivil maestro de ceremonias Kotsuké no suké», recogido en su libro Historia universal de la infamia (1935).

[30] Tanto Daimaru (originarios de la región de Kansai, donde están las ciudades de Kioto y Osaka, y cuyo primer establecimiento se remonta al año 1728 de nuestra era) como Shirokiya (fundado en 1662), son famosas tiendas de ropa japonesas, luego reconvertidas en grandes almacenes.

[31] Chu-Tzu (el Gran Maestro) fue el líder durante el siglo iv antes de Cristo de la corriente filosófica Moh, opuesta al confucianismo, y fundada por Mo Ti un siglo antes. Los seguidores de esta doctrina creían en el amor universal, y consideraban que el cielo estaba formado por siete esferas concéntricas, cada una guardada por una

bestia. Encima de la última esfera reinaba el vacío total, el caos.

[32] Shigenobu Okuma (1838—1922), estadista y héroe de guerra, que llegó a ser primer ministro de Japón en dos mandatos diferentes, de junio a noviembre de 1898 y de 1914 a 1916. Está considerado uno de los máximos responsables de la introducción de la cultura occidental en Japón.

[33] Popular barrio situado al este de Tokio.

[34] Oda Nobunaga (1534-1582) fue un conocido daimyd, o señor feudal, que vivió a caballo entre los períodos Sengoku (1467-1568) y Azuchi-Momoyama (1568-1600) de la historia de Japón.

[35] *. Se trata del Buda Dainichi (Gran Buda Sol), una gran estatua dorada, de dieciséis metros de altura, colocado bajo la Todai-ji (literalmente Gran Puerta de Oriente), en la ciudad de Nara. Fue construida durante el llamado período Nara (710-784).

[36] Adolf Zeising fue un psicólogo alemán interesado en las matemáticas y la filosofía. Fue el descubridor del llamado «Número áureo», una especie de proporción matemática presente en muchos fenómenos de la naturaleza, como las hojas de las plantas y las circunvoluciones de las conchas de los moluscos.

[37] *. Padres ambos de la biología celular, cabe destacar a Rudolf Virchow (1821-1902), médico y político alemán, considerado el fundador de la patología de las células. De Rudolf Virchow es la expresión omnis cellula a cellula («toda célula proviene de otra célula»).

[38] Chohan Kumasaka fue el jefe de una banda de ladrones en el Japón feudal del siglo xii. Se hizo famoso, no obstante, por la persona que finalmente acabó con él, un muchacho llamado Yoshitsune, que tenía a la sazón quince años, y que había aprendido sus artes de unas criaturas que eran mitad hombres, mitad pájaros. En su enfrentamiento final le asestó un golpe con su espada, y le partió en dos.

[39] *. La orden budista de Shinshu («La escuela de la verdadera tierra pura») fue fundada por el reformador budista Shinran Shonin (1173—1262), durante el periodo Kamakura, y se desarrolló como una de las escuelas de Budismo más grandes e influyentes de Japón.

[40] Se refiere al Senso-ji, el templo más antiguo de Tokio, situado en el barrio de Asakusa y dedicado a la deidad budista Kannon.

[41] Mokuan Reien fue un monje budista Zen del siglo xiii, uno de los primeros artistas japoneses en trabajar la técnica de la escritura china monocromática.

[42] Escrita entre 1759 y 1767, la obra maestra de Laurence Sterne (1713-1768) influyó notablemente en buena parte de los escritores satíricos posteriores, entre ellos, evidentemente, en Sóseki. Hay que decir que al protagonista de la novela, Tristram Shandy, se le lastima la nariz durante el parto, al aplastársela el doctor con unos fórceps. Eso hace que carezca casi de apéndice nasal, lo que da mucho juego cómico

durante toda la novela.

[43] William Thomson (1824-1907), primer Lord Keivin, fue un importante físico y matemático británico, famoso por haber desarrollado la escala de temperatura Keivin. Fue precisamente esa aportación la que le valió el título nobiliario por el que se le conoce.

[44] Las teteras («tetsubin») Ryubundo, las primeras hechas por la técnica de vaciado de cera, tuvieron una enorme aceptación durante la era Meiji. Hoy constituyen auténticas piezas de coleccionista.

[45] Santo budista del siglo VIII (774-835), fundador de la secta shingon, una de las escuelas principales del budismo japonés y la más importante entre las esotéricas, o tántricas, fuera de la India y el Tíbet.

[46] Karatsu es una ciudad de la prefectura de Saga, en la isla de Kyushu, la tercera isla en tamaño del archipiélago de Japón, y la más meridional. Conocida como «la isla de la longevidad» (allí habitan, de hecho, las personas más longevas del mundo), su economía se basa en la agricultura. Tradicionalmente fue el principal puerto entre Japón y China.

[47] La era Meiji (1867-1912) coincide con los 45 años del reinado del emperador Meiji, Mutsuhito. Durante este periodo, Japón comenzó su modernización. El año treinta y ocho de la era Meiji corresponde a 1905.

[48] El obi es una faja ancha de tela fuerte que se lleva sobre el kimono y que se ata a la espalda. Hay muchos tipos de obis, que se distinguen por su diseño y material.

[49] El parque Ueno es un espacioso parque público, uno de los más visitados de Tokio. Como curiosidad, decir que se levanta en el mismo lugar donde se desarrolló la batalla en que las fuerzas imperiales derrotaron al último apoyo del shogunato Tokugawa en 1868, dando paso a la era Meiji.

[50] Bodhidharma (en japonés Darume) fue un monje de origen indio que vivió en el siglo VI d. C. Fue el fundador la forma de budismo Zen o Chán.

[51] El Marqués Heihachiro Togo (1848-1934) fue un Almirante de la Armada Imperial Japonesa y uno de los héroes navales más importantes de Japón. Los cronistas occidentales lo llamaron el «Nelson del Oriente» al tener una participación decisiva en la Primera Guerra Chino-Japonesa y en la Guerra Ruso-Japonesa.

[52] Sydney Smith (1771—1845) fue un escritor inglés, considerado uno de los espíritus más ingeniosos de su tiempo. Entre otras cosas, es autor de un método rimado para aliñar la ensalada

[53] Shoichi Kitensai fue uno de los más importantes magos de los últimos años de la era Meiji, e introductor de la magia occidental en Japón.

[54] El wasabi (nombre científico, Wasabia Japónica) es una planta de la familia del repollo que se emplea como condimento en Japón. Tiene un sabor

extremadamente fuerte. Su fuerza, más que en el picor, reside en los vapores que se transmiten a lo largo de las fosas nasales y que producen una sensación de ardor.

[55] El udon es una especie de fideo grueso hecho de harina. Se trata de una comida tremendamente popular en Japón, al poder hacerlo en sopa o combinarlo con otros alimentos.

[56] Lafcadio Hearn (1850-1904) fue un periodista, traductor, orientalista y escritor grecoirlandés que dio a conocer la cultura japonesa en Occidente. Se nacionalizó japonés y adoptó el nombre de Yakumo Koizumi. Era especialista en cuentos de fantasmas. Se da la curiosa circunstancia de que Soseki le sustituyó, tras su regreso de Inglaterra, en la cátedra de Filología Inglesa en la Universidad Imperial de Tokio.

[57] Izumi Kyoka (1873-1939) fue un novelista, cuentista y autor de obras kabuki japonés. Su estilo se caracterizaba por un romanticismo teñido de elementos sobrenaturales. Sus novelas y obras, muy famosas en la época de Soseki, todavía se siguen vendiendo y representando hoy en Japón.

[58] Agnodice fue una doctora ateniense que vivió en el siglo IV a. C., y fue una de las primeras comadronas de la historia. Se hizo pasar por un hombre para poder ejercer, lo que tuvo para ella graves consecuencias.

[59] Sakakibara Kenkichi (1830-1894) fue un famoso samurái japonés, profesor de espadachines y maestro militar.

[60] Kyoshi Takahama (1874-1959) fue un poeta japonés de finales de la Era Meiji. Al igual que Soseki, fue uno de los más importantes discípulos del gran maestro del haiku japonés Shiki Masaoka. Fue editor de Hototogisu, donde Soseki estaba publicando por entregas esta novela.

[61] Bin Ueda (1874-1916) fue un escritor japonés, teórico de la poesía tradicional. Graduado en la Universidad Imperial de Tokio, fue traductor de diversos libros occidentales.

[62] El cuento, titulado originalmente «Ichiya», fue publicado en 1906 en Hototogisu. Fue una de las primeras piezas narrativas escritas por Soseki.

[63] Richard Russell (1687-1759) fue un doctor inglés que recomendaba sumergirse en el agua para aplacar todos los males de sus pacientes, así como beber agua de mar. Fue el precursor de la moderna talasoterapia.

[64] Distrito de Tokio ganado al mar durante los años 1700, durante el período Edo, y donde se asienta actualmente la Lonja de Pescado de la ciudad.

[65] Personaje de la obra de teatro No Hachi no Ki (La planta en el tiesto). Genzaemon Sano Tsuneyo es un guerrero que acoge en su casa a un monje viajero, Saimoyi, del que se habla en el texto.

[66] Tengu es un demonio de la mitología japonesa, que suele tener forma animaloide. Habita en los árboles, generalmente pinos y cedros, de las zonas

montañosas. Sus características son su cara color rojo, y su prolongada nariz. En Japón se le relaciona con las personas extranjeras.

[67] Saigyo Hoshi (1118-1190) fue un famoso poeta japonés que vivió desde finales del período Heian hasta principios del período Kamakura. Antes de ser poeta fue soldado, y sirvió al primer shogun, Yoritomo Minamoto (1147-1199). Saigo Takamori (1828-1877) fue un samurai y político japonés, que vivió durante los últimos años del período Edo y los inicios de la era Meiji. Inicialmente fue uno de los personajes políticos que apoyó la eliminación del shogunato Tokugawa y respaldó la Restauración Meiji; posteriormente formó parte del gobierno Meiji. Pero, en 1877, tras la persecución sistemática que sufrieron los samuráis durante el nuevo gobierno, lideró la Rebelión Satsuma, que sería el último conflicto encabezado por los samuráis en la historia japonesa. Takamori es considerado el último samurai verdadero.

[68] Personaje principal y narrador de la obra maestra de íhomas Carlyle (1795-1881) Sartor Resartus, o el remendón remendado. Este tal Diogenes Teufelsdrókh es autor de una obra magna titulada La ropa: sus orígenes e influencia, que Sóseki recoge en su versión alemana.

[69] Beau Nash (1674-1762), seudónimo con que se conocía al dandy Richard Nash, fue un celebrado especialista en modas inglés, conocido sobre todo por ser Maestro de Ceremonias de la ciudad balnearia de Bath.

[70] Jutaro Iwami fue un legendario guerrero japonés del siglo xvi.

[71] *La familia Seiwa Genji constituía la rama más poderosa del clan Minamoto. Entre sus integrantes estaban Minamoto no Yoritomo, al que Soseki menciona previamente en el texto, y que fue fundador del shogunato Kamakura, y Minamoto no Yoshitsune (1159-1189) uno de los samuráis más destacados de la historia japonesa.

[72] *. Hikokuro Takayama fue una prominente figura del período Edo. Natural de la ciudad de Ota, fue un viajero incansable.

[73] *. Así es como se conocía en Japón al famoso artista de circo y variedades Chang Shi-tsun.

[74] Nombre con que se conoce en Japón al chino Pien Chueh, que vivió en el siglo iv y a quien se considera inventor de la acupuntura.

[75] Bonzo: término aplicado a los sacerdotes budistas en Vietnam por los misionarios franceses (viene del japonés bozu, monje budista, el que está solo y se ocupa de una sola cosa). Los bonzo son seguidores del Unsui (literalmente «nube y agua»), que lo incluye todo.

[76] *. Kannon es el nombre con que se conoce en Japón a la diosa china Guanyin. También se la conoce como la Bodhisattva China de la Compasión. El nombre Guanyin es una abreviatura de Guanshi'yin, que significa «la que oye el llanto del mundo».

[77] Nombre con que se conocía coloquialmente a las balas expansivas. Su

nombre proviene del Arsenal Dum-Dum, que el ejército inglés tenía en la ciudad de Calcuta, en Bengala.

[78] Zhang Fei (167-221), conocido en Japón como Chang Fei, fue un general chino que vivió en la llamada Era de los Tres Reinos. La batalla de Changban, a la que se refiere a continuación, tuvo lugar en el emplazamiento del mismo nombre, en el año 208. Enfrentó a Liu Bei, que posteriormente fundaría el Reino de Shu, uno de los Tres Reinos, y Cao-Cao (en japonés Tsao-Tsao), el gobernador de facto de esa provincia. Cuando Liu Bei era perseguido por el ejército de Cao-Cao, Zhang Fei, con veinte jinetes, echó abajo un puente para dar tiempo a que Liu Bei huyera.

[79] La batalla de Yen Ling, enfrentó en el año 575 a. C. a los ejércitos de Chu y Jin, durante el Período de la Primavera y el Otoño (770 a. C-476 a. C.).

[80] Crisipo de Soli (281 a. C.-208 a. C.) fue un filósofo griego, figura máxima de la escuela estoica. Efectivamente, murió de risa tras darle vino a su burro y observar cómo intentaba comerse un ficus.

[81] Asada Sohaku (1815-1894) fue un médico y hombre de negocios, que prestó sus servicios en la corte imperial durante los años de la Restauración Meiji.

[82] La Reforma Tenpo consistió en una serie de medidas económicas introducidas en el año 1842 por el shogunato Tokugawa. Entre las reformas introducidas se incluía el uso de una nueva moneda, que sufrió un amplio rechazo por parte de la población.

[83] Shinran Shonin (1173-1262) fue un reformador budista japonés. Nichiren (1222-1282), fue un monje budista, considerado el Buda Original.

[84] Se refiere al I Ching, el libro oracular chino, cuyos primeros textos se suponen escritos hacia el 1200 a. C. Es uno de los Cinco Clásicos confucianos. Lin-Chi, en japonés Rinzai Gigen (?-866), fue el fundador de la escuela de Budismo Zen que lleva su nombre. La enseñanza de Rinzai estaba caracterizada por fomentar los encuentros duros con los discípulos, con el objetivo de llegar al momento de iluminación mediante puñetazos, bofetadas, etc.

[85] El templo Kurodani es uno de los más importantes de Kioto, construido en 1175. Naozane Kumagai (1141-1208) fue un samurái que se hizo famoso por haber matado al guerrero Atsumori Taira en la batalla de Ichi-no-tani, hecho que aparece reseñado en el Heike Monogatari.

[86] Kusunoki Masashige (1294-1336) fue un soldado del siglo xiv, que combatió junto al emperador Go-Daigo a fin de luchar contra el shogunato Kamakura. Se le considera el ideal del samurai japonés.

[87] El período Kemmu abarca de 1334 a 1338 de la historia japonesa.

[88] Conocido en occidente como Mencio (circa 385-302 a. C.), fue un filósofo chino, del que puede decirse que fue el más confuciano después del mismo Confucio.

[89] Takuan Soho (1573—1645) fue uno de los más importantes teóricos de la

escuela Rinzai del budismo Zen.

[90] El terremoto, de 8,5 puntos en la escala Richter, tuvo lugar el 15 de junio de 1896. Su epicentro estaba en la costa noroeste de la isla de Honshu. Murieron 26 000 personas en todo Japón.

[91] Los japoneses, en lugar de firmar, utilizan un sello con su apellido.

[92] Un kimono de manga rematada en redondo, cuyo origen está precisamente en la época Genroku, de 1688 a 1704.

[93] Hirobumi Ito (1841-1909) fue un jefe de estado japonés, que llegó a ser cuatro veces primer ministro de Japón y el primer genro (nombre con que se designaba a los padres del Japón moderno). Después de la Guerra Rusojaponesa, en noviembre de 1905, Hirobumi Itó fue nombrado Gobernador General de Corea, que se había convertido, tras la contienda, en un protectorado japonés.

[94] La prefectura de oita está situada en la isla de Kyushu, al suroeste del mar interior, y muy cerca de Corea. Es famosa por sus balnearios.

[95] El nombre de este templo significa literalmente «pabellón para honrar a los muertos». Fue erigido por mandato imperial en 1869, apenas un año después de la Restauración Meiji, para honrar las almas de los soldados muertos por la patria japonesa.

[96] Yoshiwara, nombre que significa «El Buen Prado de la Suerte», fue el distrito de los burdeles de Edo, en lo que hoy es Tokio. La puerta de Yoshiwara daba paso al famoso «mundo flotante», un tipo de cultura específicamente asociado al barrio, con sus mujeres, sus libertinas costumbres y sus rituales.

[97] Satsuma, Kurume, Iyo: tres motivos decorativos aplicados al kasuri, la tela con que se fabrican algunos tipos de kimono.

[98] Referencia a la Escuela de Etiqueta Ogasawara, que desde el siglo xii establece una serie de normas de comportamiento propias de la clase samurai

[99] Kyokutei Bakin (1767-1848) fue un conocido autor del período Edo tardío. Su novela más famosa fue Nanso Satomi Hakkenden (La Crónica de los Ocho Perros), una procelosa saga épica de 106 volúmenes, publicada entre 1814 y 1842. Cuenta la historia de ocho samuráis, todo ello mezclado con diversas reflexiones filosóficas de corte confucianista.

[100] El tokonoma es un pequeño espacio elevado que hay en las habitaciones japonesas, en donde se cuelgan rollos desplegables decorativos con pinturas (Kakemono), o bien arreglos florales o Ikebana.

[101] El Go es un juego de mesa para dos jugadores de origen chino. El juego se entabla entre dos jugadores que alternativamente colocan piedras blancas y negras sobre las intersecciones libres de una cuadrícula de 19 x 19 líneas. El objetivo es controlar una porción más grande del tablero que el oponente.

[102] Yuanming (372-427) fue un escritor chino de inspiración taoísta. Celebró la

vida campesina y el vino. Su obra más representativa es La fuente de las flores del pescador, cuya temática es una sociedad sin estado ni jerarquía ubicada en un valle oculto.

[103] Título que se le da a una casta de grandes maestros en el juego del go en Japón. Su nombre proviene de un monasterio budista Zen de Kioto, donde un monje llamado Nikkai, enseñó a otros monjes a jugar al go. El título de Gran Maestro fue hereditario hasta 1939. ** Hachiman era el Dios japonés de la guerra. La campana de este templo,

[104] Hachiman era el Dios japonés de la guerra. La campana de este templo, situado en Tokio, era utilizada para dar las horas en el período Edo.

[105] Amenazado por un ataque del ejército mongol, el primer ministro Hojo Tokimune (1251-1284) no acababa de tomar una decisión. Entonces un monje llamado Mugaku le exhortó: «Una vez que se le corta la cabeza al enemigo, lo único que queda es la espada blandiendo afilada contra el cielo», indicándole que debía deshacerse de cualquier preocupación sobre la muerte.

[106] En la obra kabuki titulada Un instante, el protagonista irrumpe en escena gritando estas palabras, a fin de que no se ejecute a un hombre que está a punto de ser ajusticiado.

[107] *. Keimasa es el nombre de un masajista ciego, un personaje de la obra de teatro La novia tintada en dos colores.

[108] El Oniguiri es una especie de triángulo hecho a base de arroz con algún condimento en el interior y envuelto en algas. Es un tentempié para llevar.

[109] Qu Yuan (340 a. C—278 a. C.) fue un poeta chino del sur del Estado de Chu durante el periodo de los Reinos Combatientes. Su obra se encuentra principalmente recopilada en la antología poética denominada Elegías de Chu.

[110] Chuang Tzu o Chuang Tse (literalmente «Maestro Chuang»), fue un famoso filósofo de la antigua China que vivió alrededor del siglo iv a. C. Se le considera el segundo taoísta más importante, por detrás tan sólo de Lao Tse, y heredero del pensamiento de este último.

[111] «Qué otra cosa es la mujer sino una enemiga de la amistad.» Cita extraída de las Crónicas de Salimbene de Parma (1221-circa 1290), historiador italiano.

[112] La Dama Kogo fue una intérprete de koto que vivió en el siglo xii. Poseedora de una gran belleza, actuó en la corte del Emperador Takakura (1161—1181). Se cuenta que fue descubierta por el Primer Ministro Taira no Kiyomori mientras tocaba su instrumento en una cabaña apartada. El koto es un instrumento de cuerda japonés, parecido a un arpa horizontal.

[113] El príncipe Arturo de Connaught (1883-1938) fue el nieto favorito de la reina Victoria de Inglaterra. Viajó en febrero de 1906 a Tokio para imponerle la Orden de la Jarretera al Emperador Meiji, como culminación de la Alianza Anglo-

Japonesa.

[114] *. Protagonista de la novela homónima de George Meredith (1828-1909). Fue publicada en 1864 con el título Emily in England, y posteriormente, con su denominación definitiva, en 1887.

[115] Ono no Komachi (ca. 825-900) fue una famosa poetisa japonesa de Waka (poesía japonesa). Fue una de los seis mejores poetas de este género de principios del período Heian. Hay que decir, además, que Komachi es un modelo de belleza femenina en Japón.

[116] Henry Arthur Jones (1851-1929) fue un dramaturgo inglés. Sus obras, en la órbita de Henrik Ibsen (autor de quien adaptó varias obras al inglés), se ocupaban de los conflictos de la clase media británica.

[117] También llamado kakemono, el kakeyiku es una lámina que se despliega en vertical, y que representa pensamientos filosóficos o pasajes tradicionales. Suele estar enmarcada en una tela de seda, con lo que se hace posible enro liarla y colgarla fácilmente.

[118] En realidad, existen dos Baladas de Chevy Chase, y ambas narran la misma historia, una larga partida de caza (chase) que transcurre en las colinas Cheviot, en la frontera entre Inglaterra y Escocia. En ella se narran, además, hechos ocurridos en la batalla de Otterburn, de 1388

[119] Thomas Nashe o Nash (1567-1601) fue un escritor satírico inglés. Fue autor de la primera novela picaresca inglesa, El viajero desgraciado o La vida de Jack Wilton. La obra a la que se refiere el maestro Kushami es Anatomía del Absurdo (1588).

[120] Vida y opiniones del gato Murr (1820), del alemán E. T. A. Hoffmann (1776 -1822), sin duda uno de los más importantes predecesores del gato sin nombre de Soseki.